

1657
DAD
CCIÓN

QUINTANA

OBRAS

PQ6557

.A2

Q5

C.1

46587

010410



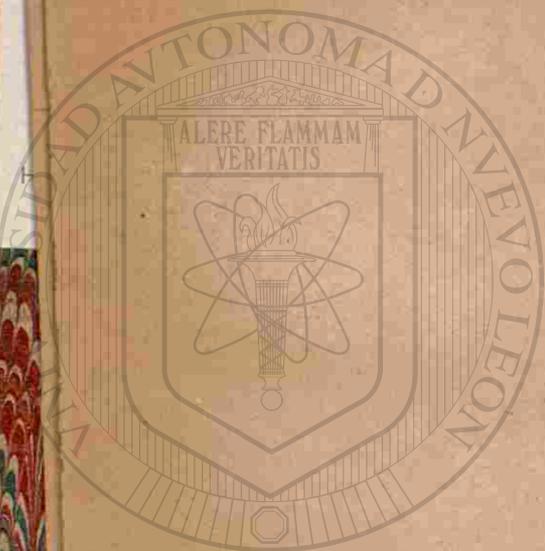
1080021969

ITER PARATIUM

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



OBRAS

DE

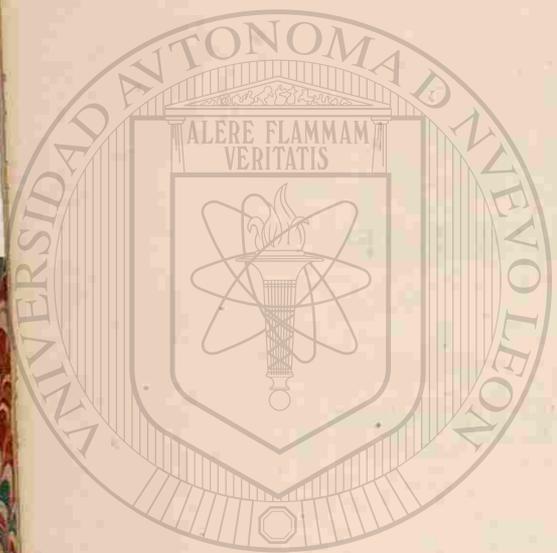
QUINTANA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



⟨ OBRAS ⟩

DEL

EXCMO. SEÑOR

D. M. JOSÉ QUINTANA

CON UN

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

POR

GARCIA-RAMON

TOMO ÚNICO



Emeterio Valverde
PRESBITERO.

Cañilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
PARIS

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1882

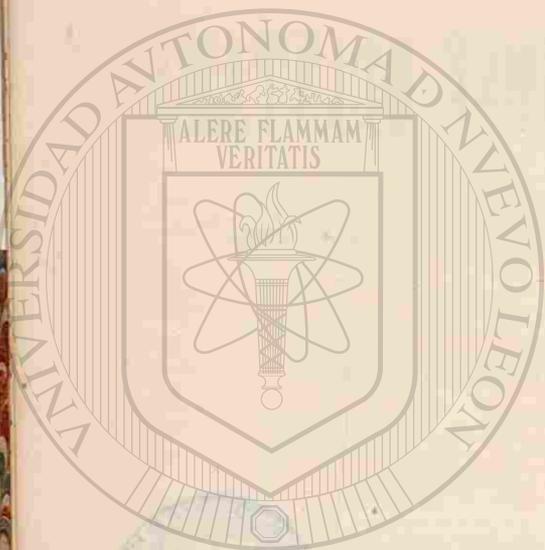
46687

Soc. tip. P. DUPONT, Paris, 41, calle J.-J.-Rousseau (Cl.) 52.984.

PQ6557

A2

Q5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

ACERCA DEL EXCMO SEÑOR

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA

Y SUS OBRAS

Hay nombres que tienen el don de despertar en el alma las benéficas emociones de la admiración, los ardorosos arrebatos del entusiasmo, y hacer concebir á la excitada mente una figura colosal, adornada de todo el prestigio del genio, de toda la simpatía de las virtudes civiles, de toda la gloria del más puro é inquebrantable patriotismo. La tradición, recargada siempre por el amor de las generaciones á sus ilustres hijos, con un tanto de exageración legendaria, trae esos nombres á los oídos del que nace á la luz del estudio y se engrandecen con mil méritos y perfecciones que los pechos jóvenes les prestan. Se forja el estudiante un ídolo, al que en todo quiere imitar, por el que lucha con la sinceridad valiente de la pureza de sus pocos años, por el que desearía sufrir para probarle su cariño, que gustoso animaría para echarse á sus plantas y con lágrimas de delirante júbilo bañarlas y cubrir-las con besos des respetuosa idolatría.

Tal es el luminoso euan sonoro nombre de QUINTANA.

Cuando los juveniles transportes se disipan al helado soplo de la experiencia, y con ménos ímpetu y mas frialdad se estudia la vida de los que fueron nuestros amores, no todo es luz, se encuentran sombras; no todo son virtudes y enterezas, también hay flaquezas y debilidades; en muchas ocasiones, la decepción, casi total, es tan amarga, lo que desde léjos se creyera colosal es tan mezquino, que se siente una especie

010410

de rubor retrospectivo, y se convierte el fogoso entusiasmo en apagada indiferencia. Pero, en otros casos, cuanto más se estudian los actos del que mereciera tales muestras de ternura, cuanto más se penetra en las interioridades de su existencia, más aumentan los sentimientos que sin conocerlo hiciera brotar, más se acrece lo que por él se experimentaba, no hay amarguras que apurar ni desilusiones que enterrar y la figura, grande vista de lejos, es mayor todavía vista de cerca.

Tal es también la noble y ejemplar vida de QUINTANA.

Noble y ejemplar, sí, y basta con mirar un retrato del vate filósofo para quedar convencido de ello, para conocerlo como si se hubiera tenido el placer de tratarlo largos años. Ancha y alta es la frente que impone por la majestad de su perfil; los ojos grandes y bien delineados, miran con expresión de infinita dulzura y en el fondo de las serenas y claras niñas se siente dormitar un fuego pronto á llamear por toda causa justa y elevada; la nariz, larga y energética, algo caída hácia abajo por su punta, como la de Dante, revela un mundo de generosa bondad, que confirman los labios, un tanto gruesos, en particular el inferior, y dibujan una curva sinuosa llena de gracia y benevolencia; en fin, la barba, robusta y redonda, manifestando la constante voluntad, termina el óvalo casi perfecto de las mejillas frescas y sonrosadas por una sangre rica y la pureza de una existencia consagrada al estudio y al trabajo. La expresión general es tan blanda y suave que nada malo, nada bajo puede esperarse de ella, y naturales nos parecen todas las virtudes del hombre, una vez estudiado este fiel trasunto de su alma.

Nació don Manuel José QUINTANA en Madrid, á 11 de abril de 1772, de una excelente familia originaria de Extremadura y fué á estudiar á la universidad de Salamanca, en la que tuvo por condiscípulos y amigos á Cienfuegos y á Meléndez, quienes, después de haber sido recibido en 1795, y nombrado agente fiscal de la Junta de Comercio, le pusieron en relación con el ilustre Gaspar de Jovellanos, el esforzado mantenedor de las ideas liberales en aquel entonces.

El alma grande de QUINTANA aspiraba con ansia á la libertad también, y apenas abrió su bufete en la corte, su casa fué el punto de reunión de cuantos no podían tolerar con calma

la dominación descarada y torpe del inepto favorito Godoy; en cambio, Moratin abría la suya á los aduladores del poderoso guardia de corps. Aunque ya, á los diez y nueve años, había escrito QUINTANA para un concurso de la Academia Española, un ensayo didáctico sobre las *Reglas del Drama* opúsculo en que comenzaba á revelarse, su verdadero estreno literario fue hácia el 1796, y desde luego se hizo notar por lo grandioso de sus ideas y por el acento varonil de su estilo. Su composición dramática *Pelayo* le hizo nombrar censor de teatros, al par que dirigía el periódico las *Varietades*, uno de los mejores de España sin disputa alguna, y en el que se fué dando á conocer cada vez con más aceptación.

El año de 1807 dió á la prensa el primer volumen de sus *Vidas*, su *Plutarco español*, ha dicho un crítico, obra clásica ya en vida de su autor, y que sólo terminó en 1834. La terrible epopeya de la invasión francesa, ese acto de locura de un genio sanguíneo que desconoció la lecciones de la historia y no confió más que en la estrella que le sonreía, fué la causa de tan larga interrupción. Apenas las plantas de las legiones francas hollaron el ameno suelo de la patria, el corazón de QUINTANA se conmovió, se llenó de inspiración su mente, y mientras Cienfuegos caía en manos de los franceses y el dulce y débil Meléndez pasaba con facilidad á los vencedores, él les juró un odio profundo y activo, y empuñando la patriótica lira se elevó á la grandeza de Tirteo, inflamando con sus versos el furor popular, manteniendo y excitando la resistencia con sus artículos en el *Semanario patriótico* que redactaba con Galiano y otros de igual denuedo y valía.

Immensa y directa fué su influencia en la marcha de los acontecimientos, pues escribió casi todos los manifiestos de las juntas insurreccionales y la mayor parte de los documentos oficiales de las primeras Cortes. Nuestra satisfacción hubiera sido completa si, al presentar al público las obras de este hombre eminente, hubiésemos podido dar cabida en este tomo á los escritos políticos á que aludimos. Pero, fuerza es escoger y además, el patriotismo energético y nunca desmentido de QUINTANA se ve grandemente en sus odas, uno de sus títulos incontestables á la inmortalidad y á la admiración del mundo.

Como siempre, el cumplimiento del deber, iba á ser pagado

con el dolor y la penalidad. Restablecido en el trono el cobarde Fernando VII, las persecuciones comenzaron contra aquellos que lo habian salvado. No podia el monarca perdonar á QUINTANA la profusion con que esparciera las ideas liberales, y su gloriosa y gigantesca lucha de seis años fué pagada con seis años de cautividad en la fortaleza de Pamplona. Cautiverio tan duro y cruel que, no sólo se le prohibió el dulce consuelo de ver á sus amigos, sino que se le vedó hasta la distraccion de escribir. Barbarie que es inútil calificar, pues todo corazon bien equilibrado la apreciará con la indignacion que inspira y merece.

La insurreccion victoriosa de Riego no podia olvidar al que yacía en el castillo de Pamplona; en 1º de enero de 1826 abrió las puertas de su prision, le saludó con entusiastas clamores, y le dió el ministerio de instruccion pública.

QUINTANA tenía entonces 48 años; ya habia dado su *Despedida á la Juventud*; su ardor no era el mismo; el cautiverio habia traído á su pecho la fatal experiencia y no creyó en la Revolucion, pues se mantuvo algo de lado, dejando hacer, sin tomar gran parte en ella. Cuando el movimiento fue vencido, se retiró á Cabeza del Buey, ciudad que habia pertenecido á sus mayores y donde le dejaron algunos años tranquilo. En esta soledad, en esta bienhechora oscuridad fué cuando compuso sus elocuentes *cartas á Lord Holland*, en las que cuenta lo pasado con la más absoluta imparcialidad, y que conservó en sus cartones hasta treinta años despues.

En 1828, cuando Fernando VII casó por cuarta vez, con Doña Maria Cristina de Borbon, el poeta recibió un convite oficial de celebrar en verso tan fausto suceso. Era ya anciano QUINTANA, deseaba volver á Madrid, vió sin duda en aquel enlace una nueva era que podia ser favorable á España y no tuvo valor de negarse. Empero, la Oda que envió al monarca es muy débil, como escrita sin conviccion y sin calor, y nuestros lectores nos perdonarán que no la comprendamos entre las otras del autor. Es muy rico en flores de valor para necesitar de tan humilde florecilla, el lector tendrá mucho que admirar para guardarnos rencor, por que le privemos de tener algo que censurar, y nosotros quedaremos más contentos borrando, en lo posible, esta flaqueza, comprensible y excusable

pero sensible por más que sea la sola, de la vida de QUINTANA.

Llamado á Madrid, el poeta se halló al declinar su edad en la senda de la fortuna. En 1833 se le confió el ministerio de Instruccion Pública, que conservó durante diez y seis años, fué nombrado senador y desde el 1843 al 1848 recibió la mision honrosa de velar por la educacion de la jóven reina. A quién tanto habia sufrido por la libertad, á quién tanto luchado por la patria, á quién tan alta habia colocado la Oda castellana, que no irá más allá, debia España una apoteosis y se la concedió. El 25 de marzo de 1853 recibió los honores del triunfo; fué paseado por las calles de Madrid y aclamado por el pueblo, le harengaron en el seno de las Córtes, reunidas de ex-profeso, y la reina Isabel II le coronó en persona con un laurel de oro en medio de frenéticos aplausos y de conmovidos vítores.

Dos años despues, á 11 de marzo de 1857, á los ochenta y cinco de su existencia, el poeta dejó la tierra en brazos de la amistad, siendo universalmente llorado.

Tal es la vida de QUINTANA contada á grandes rasgos y como podemos hacerlo léjos de las fuentes en que nos seria dable recoger los detalles íntimos, las particularidades que hacen interesante y atractiva la Biografía de un grande hombre. Pero, lo hemos dicho en nuestro estudio sobre Calderon, la Biografía está por hacer en España y no tenemos la pretension de sacarla del estado de incubacion en que se halla, á lo ménos por el momento. El lector sabe lo bastante para poder seguirnos en nuestro exámen y es todo lo que deseábamos y todo lo que le hémus prometido.

De toda crítica, la más difícil es aquella en que sólo elogios es dable prodigar, pues la monotonía es el escollo fatal en que corre á estrellarse. Pero, en cambio, es tambien la más agradable para el que escribe y dice con verdad el entusiasmo que le posee. A esto viene reducida nuestra tarea.

Hay dos hombres en QUINTANA, el poeta y el historiador. ¿A cuál dar la supremacía sobre el otro? Imposible es decirlo. El renombre de gran poeta lo tiene tan ganado que á nadie se le podria ocurrir negárselo. De todos los vates que cuenta España, tanto antiguos como modernos, en ninguno vemos una entonacion tan sostenida, tan varonil, tan sonora; cual-

quiera sea la oda que escojamos, hallaremos siempre el mismo acento; acento que otros alcanzaron en alguna de sus composiciones, pero que no supieron conservar. Así como se conoce en un solo verso al divino Herrera, se conoce á QUINTANA. Su hermosa é inimitable entonacion va unida á una elevacion grandiosa, á una belleza de imájenes que con mano pródiga distribuye, á un estilo claro, sencillo y soberbio, á un sentimiento profundo de lo que canta, ora con voz vibrante lance su patriótica indignacion contra el invasor, ora alabe conmovido la danza, ora lllore sobre el heroico Padilla, ora ensalce la hermosura, ora diga á Célida cómo su belleza hiriera su corazon. La entereza, la dulzura, el amor, la piedad, la indignacion, los sentimientos todos se agitan en su pecho con igual fuerza y producen iguales encantadoras rimas; pero, más que ninguno, el patriotismo le inspiró, y más que otro alguno supo exponerlo á los ojos atónitos de sus contemporáneos, á la atencion de las generaciones siguientes.

Con infinito placer cogieramos las odas del poeta y estrofa por estrofa, vers opor verso, iríamos analizándolas, señalando las bellezas, subrayando los puntos más culminantes que pueden escapar en primera lectura aun al más avisado. Pero, no hacemos, por desgracia, un curso de literatura y nos es forzoso renunciar á ese placer. Queda pues el recurso de alguna que otra estrofa y presentar, troncada, una composicion que, más adelante, se leerá entera. Este sistema nos ha parecido siempre muy detestable en los otros para que, á la vez, lo sigamos.

Además, ¿qué necesidad tenemos de semejante cosa? ¿No basta con decir que la lectura de QUINTANA es la más grata que pueda imaginarse; que tan luego se fija la vista en una de sus poesías, la introduccion es tal que se hace imposible dejarla sin llegar al fin, y de una composicion se pasa á otra y el libro se hace corto y se siente que el autor nos haya dejado tan poco que admirar? ¿No basta con decir que esté singular y profundo deleite lo experimenta todo el mundo, aunque la instruccion del lector deje que desear, pues le basta con tener corazon para comprender y entusiasmarse, para llorar ó temblar con aquello que está escrito con el corazon? Y este mérito de la claridad, del lenguaje noble sin afectacion, grande sin altisonancia, elevado sin amaneramiento constituye

una de las dotes eminentes de nuestro autor y lo que más alianza su inmortalidad entre el pueblo. Casi todas las obras de nuestro teatro antiguo son hoy imposibles á la representacion; á no ser á los letrados, pocos son los poetas que producen placer al que los lee; QUINTANA, por más que la lengua castellana se modifique en el trascurso de los siglos futuros, será siempre leído y comprendido con igual solaz, con facilidad igual. Y siempre, por más genios que la feraz España lance á su suelo para asombro del universo y gloria de sus anales, siempre será estudiado QUINTANA como el modelo más acabado y majestuoso de la oda española que, lo hemos dicho y lo volvemos á repetir, llevó á su más alzado grado de perfeccion.

Es pues un poeta de primer orden, — y no nos ciega el amor que como discipulo le profesamos, — y así pareceria natural concederle la primacia sobre el historiador y darle el dictado de grande sin ocuparse ni remotamente de sus otras producciones.

No es así, y como historiador es digno de un laurel tan fresco y verde como el que se merece considerándolo sólo poeta. Posee QUINTANA como historiador tres condiciones capitales: la imparcialidad, la profundidad, la ojeada inmensa que sabe abarcar una época. La imparcialidad llega á tal extremo que, por no haber podido aclarar lo bastante un punto histórico, no poseemos la vida del duque de Alba, y es una pérdida que nunca se sentirá suficientemente. Su profundidad en los juicios que sobre las personas y los sucesos emite ha hecho compararlo con exactitud á Tácito, como á Salustio por su modo de abarcar los acontecimientos y darles el realce que les es propio.

Fuerza nos es elevarnos á Plutarco, modelo que tomó, para encontrar igual manera de contar, aunque con menos difusion que el autor latino. Su prosa, tan elegante y fluida como su verso, tiene una correccion desesperadora, y grandes son las tentaciones de dejar emohecer la pluma cuando se admiran los nutridos periodos del autor, la galanura de las imájenes, la naturalidad con que cuenta. Y, como verdadero biógrafo, siente y se conmueve, haciendos sentir y commoveros con él, ya gima su corazon al pintar la simpática figura del príncipe de

Viana ó se indigne con las crueldades de que fuera objeto, ya se arrebate ante el heroísmo del Cid y la constancia sobrehumana de Guzman el Bueno, ya cante el esfuerzo y las militares virtudes de Córdoba, ya los hechos del conquistador Francisco Pizarro.

En este estudio, QUINTANA ha seguido la opinion del apóstol de las Indias, Bartolomé de Las Casas. Puede tacharse en esto á nuestro autor de severidad, pero esta severidad implica un amor decidido á la justicia. Sin duda, los crímenes de los Españoles en América, como él ha dicho en su oda, *crimen fueron del tiempo y no de España*; pero, es imposible, cuando se consideran, apreciarlos con benevolencia y contener el dolor que sube á los ojos y la indignacion que ahoga el corazon. El amor de nacionalidad nos hace ser dulces con los que, tratándose de otra nacion nos haria ser muy duros, y nada sino apláuso merece QUINTANA por haberse elevado á regiones más puras y haberse desprendido de su nacionalidad, él, tan español, para censurar lo que era digno de censura y dar la piedad á los que la inspiraban.

El estudio sobre la poesía antigua castellana que hémos colocado al frente de las poesías de nuestro autor, bastará para poder apreciar á QUINTANA como crítico literario, y aunque en algunos casos no seamos de igual parecer, debemos reconocer, que su pluma va guiada siempre por la verdad y que, en general, sus juicios son de una profundidad infinita como lo son siempre de una imparcialidad probada.

Un restaurador de la poesía castellana, un historiador de Vidas como no puede España presentar otro, un escritor eminentemente, una gloria del suelo que tuvo la fortuna de verle nacer y una de las lumbreras que ilustrarán la historia de la humanidad en el siglo XIX, tal es Don Manuel José QUINTANA.

L. GARCIA-RAMON.

Paris, 8 de Junio de 1881.

PARTE PRIMERA

HISTORIA

VIDAS

DE

LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES

PRÓLOGO

Las vidas de los hombres célebres son, de todos los géneros de historia, el más agradable de leerse. La curiosidad, excitada por el ruido que aquellos personajes han hecho, quiere ver más de cerca y contemplar más de nacio á los que con sus talentos, virtudes ó vicios extraordinarios han contribuido á la formacion, progresos y atraso de las naciones. Las particularidades y pormenores en que á veces es preciso entrar para pintar fielmente los caracteres y las costumbres, llaman tanto más la atencion, cuanto en ellas se mira á los héroes más desnudos del aparato teatral con que se presentan en la escena del mundo, y convertirse en hombres semejantes á los otros por sus flaquezas y sus errores, como para consolarlos de su superioridad.

Así es que nada iguala al placer que se experimenta leyendo cuando niño las vidas de Cornelio Nepote, y las de Plutarco cuando jóven: lectura propia de los primeros años de la vida, en que el corazon más propenso á la virtud cree con facili-

Viana ó se indigne con las crueldades de que fuera objeto, ya se arrebate ante el heroísmo del Cid y la constancia sobrehumana de Guzman el Bueno, ya cante el esfuerzo y las militares virtudes de Córdoba, ya los hechos del conquistador Francisco Pizarro.

En este estudio, QUINTANA ha seguido la opinion del apóstol de las Indias, Bartolomé de Las Casas. Puede tacharse en esto á nuestro autor de severidad, pero esta severidad implica un amor decidido á la justicia. Sin duda, los crímenes de los Españoles en América, como él ha dicho en su oda, *crimen fueron del tiempo y no de España*; pero, es imposible, cuando se consideran, apreciarlos con benevolencia y contener el dolor que sube á los ojos y la indignacion que ahoga el corazon. El amor de nacionalidad nos hace ser dulces con los que, tratándose de otra nacion nos haria ser muy duros, y nada sino apláuso merece QUINTANA por haberse elevado á regiones más puras y haberse desprendido de su nacionalidad, él, tan español, para censurar lo que era digno de censura y dar la piedad á los que la inspiraban.

El estudio sobre la poesía antigua castellana que hémos colocado al frente de las poesías de nuestro autor, bastará para poder apreciar á QUINTANA como crítico literario, y aunque en algunos casos no seamos de igual parecer, debemos reconocer, que su pluma va guiada siempre por la verdad y que, en general, sus juicios son de una profundidad infinita como lo son siempre de una imparcialidad probada.

Un restaurador de la poesía castellana, un historiador de Vidas como no puede España presentar otro, un escritor eminentemente, una gloria del suelo que tuvo la fortuna de verle nacer y una de las lumbreras que ilustrarán la historia de la humanidad en el siglo XIX, tal es Don Manuel José QUINTANA.

L. GARCIA-RAMON.

Paris, 8 de Junio de 1881.

PARTE PRIMERA

HISTORIA

VIDAS

DE

LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES

PRÓLOGO

Las vidas de los hombres célebres son, de todos los géneros de historia, el más agradable de leerse. La curiosidad, excitada por el ruido que aquellos personajes han hecho, quiere ver más de cerca y contemplar más de nacio á los que con sus talentos, virtudes ó vicios extraordinarios han contribuido á la formacion, progresos y atraso de las naciones. Las particularidades y pormenores en que á veces es preciso entrar para pintar fielmente los caracteres y las costumbres, llaman tanto más la atencion, cuanto en ellas se mira á los héroes más desnudos del aparato teatral con que se presentan en la escena del mundo, y convertirse en hombres semejantes á los otros por sus flaquezas y sus errores, como para consolarlos de su superioridad.

Asi es que nada iguala al placer que se experimenta leyendo cuando niño las vidas de Cornelio Nepote, y las de Plutarco cuando jóven: lectura propia de los primeros años de la vida, en que el corazon más propenso á la virtud cree con facili-

dad en la virtud de los otros, y en que, apasionándose naturalmente por todo lo que es grande y heroico, se anima y exalta para imitarlo. Entonces es cuando elegimos por amigos ó por testigos de nuestras acciones á Aristides, Cimón, Dion, Epaminondas; y estos amigos son tal vez, de los que se escogen en aquella edad, los únicos que al fin no hacen traición á los sentimientos que nos han inspirado. Modélese uno entonces á su ejemplo, y quisiera ansiosamente sembrar como ellos la carrera de la vida con las mismas flores de gloria y de virtud; y aunque después el curso de los años, el choque de los intereses, la experiencia fatal que se hace de los hombres, resfrien este ardor generoso, no se borran enteramente sus huellas, y siempre queda algo de su fuerza para recurso en las situaciones arduas, y para consuelo en las adversidades. Se puede ciertamente dar la preferencia á los otros modos de escribir historia en su parte económica y política; pero en la moral las vidas les llevan una ventaja conocida, y su efecto es infinitamente más seguro.

El mayor escollo que tal vez tiene este género es la perfección que Plutarco ha dado á las suyas. Este gran modelo está siempre presente para acusar de temeridad á todos los que se atrevan á seguir el mismo camino. En vano se le tacha de difuso é importuno en sus digresiones; de creer como una vieja en sueños oráculos y prodigios; de dar á genealogías, las más veces inciertas ó fabulosas, un valor impropio en la pluma de un filósofo. ¿Qué importa todo esto, comparado con la animación que tienen sus pinturas, y la importancia de los sucesos que refiere? Es preciso desengañarse: Plutarco no ha sido igualado hasta ahora, y es de creer que no lo será jamás.

Su libro manifiesta ser de un sabio acostumbrado al espectáculo de las cosas humanas, que no se admira de nada y por lo mismo aplaude y condena sin exaltación; que cuenta y dice de buena fe todo lo que su memoria le sugiere, y va espaciando en su camino máximas profundas y consejos excelentes. Se le compara á un caudaloso río, que se lleva sin ruido y sin esfuerzo por una dilatada campiña, y la riega y fertiliza toda con sus aguas. Pero esto no bastaría á dar á su obra el grande interés que presenta, sin la naturaleza de su argumento, único por ventura en su especie. Vense desde luego luchar en talen-

tos, en virtudes y en gloria las dos naciones más célebres de la antigüedad, una por las artes y el ingenio, otra por su fuerza y grandeza. Se fija después la vista en los retratos que ofrece aquella vasta galería, y cada uno sorprende por el movimiento que imprime en su nación. Este la da leyes, el otro la acostumbra; el uno la defiende de la invasión, el otro la arrebató á las conquistas; este quiere salvarla de la corrupción que la contagia, y aquel enciende la antorcha que ha de ponerla en combustión: todos ostentando caracteres eminentemente dispuestos, ya á la virtud, ya á los talentos, ya á los vicios, ya á los crímenes; y casi todos en esta continua agitación pereciendo violentamente, porque el movimiento y la reacción de que son causa producen al fin el vértigo que los devora á ellos mismos. No, la historia moderna no puede presentar un espectáculo tan enérgico y tan sublime; ninguno de nuestros personajes, por grandes que se les suponga, se ha encontrado en la situación de Solón, terminando la anarquía de Atenas por unas leyes sábias y moderadas, pedidas por todo un pueblo y obedecidas por él; de Licurgo, arrancando de un golpe á la molición los ciudadanos de Esparta, y sujetándolos á un régimen de hierro para que no fuesen sujetados de nadie; de Temistocles, burlando en el estrecho de Salamina la arrogante ambición de Jérges; de Mario, en fin, vencedor de los cimbras, que iban á trágarse la Italia.

Pero aunque el talento no sea igual á la materia tan rica, no por eso deben desmayar los escritores y abandonar un género tan agradable y tan útil. Es oprobio á cualquiera que no tener alguna ilustración ignorar la historia de su país; y si la pintura de los personajes más ilustres es una parte tan principal de ella, fuerza es intentarla para utilidad común, aunque se esté muy lejos del talento de Plutarco, y aun cuando los sujetos que hay que retratar no presenten la fisonomía fiera y proporciones colosales que los antiguos.

Y ¿cuál es la nación que no tiene sus héroes propios á quienes admirar y seguir? ¿Cuál la que no ha sufrido vicisitudes del bien al mal y del mal al bien, que es cuando se crían estos hombres extraordinarios? No lo será ciertamente aquel pueblo que alzó en las montañas septentrionales de España el estandarte de la independencia contra el impetu fanático de los

árabes. Allí no sólo se mantiene libre de la opresión en que gime el resto de la Península, sino que, adquiriendo fuerzas y osadía, baja á derrocar á sus enemigos de la larga posesión en que estaban. Ningun auxilio, ningun apoyo en príncipe ó gente alguna; dividido entre sí, ya por las particiones de los estados, imprudentemente establecidas por sus reyes, ya por las guerras que estos estados se hacian, verdaderamente civiles; al mismo tiempo nuevos diluvios de bárbaros que el África de cuando en cuando envía para reforzar á los antiguos; y todo esto junto mantiene la lucha por siete siglos enteros y forma una serie terrible de combates, de peligros y de victorias. Salen, en fin, los musulmanes de España, y entonces, á manera del fuego que comprimido violentamente rompe y se dilata á lo léjos en luz y en estallidos, se ve el español enseñorearse de la mitad de Europa, agitarla toda con su actividad ambiciosa, arrojarla á mares desconocidos é inmensos, y dar un nuevo mundo á los hombres. Para hacer correr á una nación por un teatro tan vasto y desigual son necesarios sin duda caracteres energicos y osados, constancia á toda prueba, talentos extraordinarios, pechos capaces de la virtud y el vicio, pero en un grado heroico y sublime.

La pintura de estos caracteres sobresalientes es la materia y objeto del libro que ahora se publica, excluyéndose de él las vidas de los reyes, que, como parte principal de nuestras historias generales, son por lo mismo más conocidas. Se engañaría cualquiera que buscara aquí la solución de las cuestiones oscuras que á veces ofrece nuestra historia por falta de documentos auténticos: en tal caso en vez de ser una obra de agradable lectura y de utilidad moral, que es lo que el autor se ha propuesto, se convertiría en un libro de indagaciones y controversias, propias solamente de un erudito ó de un anticuario. Para sentar la probabilidad histórica de los hechos se han consultado los autores más acreditados; y estando indicados al frente de cada vida los que se han tenido presentes para su formación, los lectores que quieran asegurarse de la exactitud y elección de las noticias podrán buscarlas en las mismas fuentes donde se han bebido. Cuando salgan á luz las infinitas preciosidades que ó por nuestra incuria ó por una mala estrella, se encierran todavía en los archivos públicos

y particulares, se corregirán muchos errores, y se sabrán mil datos que ahora se ignoran, y son necesarios para escribir nuestra historia económica y política que en concepto de muchos está aun por hacer. También entónces nuestros héroes, conocidos quizá mejor, podrán ser retratados por un pincel más diestro y más bien guiado; pero entre tanto la juventud, á quien se destina este ensayo, tendrá lo que hasta ahora nadie ha ejecutado bajo este mismo plan, á lo ménos que yo sepa.

Los retratos de nuestros varones ilustres, publicados con tanta magnificencia por la imprenta Real, han sido dirigidos á diferente fin. En aquella obra la stampa es lo principal, y el breve sumario que la acompaña es lo accesorio; y si se indican por mayor allí los hechos principales en que está afianzada la fama de los sugetos, no están igualmente determinados la educación, los progresos, las dificultades y los medios de superarlas: circunstancias que son las que constituyen grande un personaje y le hacen sobresalir entre los demas. El celo mismo que emprendió la obra fué causa de dos inconvenientes que hay en ella. Uno es la multiplicación excesiva de hombres retratados, y que se dan por ilustres: efecto necesario de no haberse ántes de todo fijado los verdaderos límites de la empresa. No se dan la inmortalidad y la gloria con tanta facilidad como se piensa, y hay hombre realmente grande que se avergonzaria de los compañeros que le han puesto en aquella colección. El otro inconveniente es el tono de la obra que reina generalmente en los sumarios. Nada más contrario á la dignidad y objeto de un historiador: cuando se celebra el bien y se disculpa ó se omite el mal, ó no se consigue crédito ó se inspiran ideas equivocadas y falsas.

El autor de la presente obra ha procurado evitar estos escollos. Los héroes en quienes ha empleado su trabajo son aquellos cuya celebridad está atestiguada por la voz de la historia y de la tradición; y no cree que ninguna de las vidas que ofrece ahora al público pueda ser tachada de contradecir al título del libro. *El Cid Campeador*, nombre que entre nosotros es sinónimo del esfuerzo incansable del heroísmo y la fortuna; *Guzman el Bueno*, igual á cualquiera de los personajes antiguos en magnanimidad y en patriotismo; *Roger de Lauria*, el marino más grande que ha tenido la Europa desde Cartago

hasta Colon; *El príncipe de Viana*, tan interesante por su carácter, su instrucción y sus talentos, tan digno de compasión por sus desgracias, y que reúne en su destino, á la majestad y esperanzas de un nacimiento real, el ejemplo y la lástima de un particular injustamente perseguido y bárbaramente sacrificado; *Gonzalo de Córdoba*, en fin, el más ilustre general del siglo xv, aquel que con sus hazañas y disciplina dió á nuestra milicia la superioridad que tuvo en Europa por cerca de dos siglos, y que en su carácter y sus costumbres presenta un espejo donde deben mirarse los militares que no confundan la eroicidad con el heroísmo.

Tales son los hombres cuyas vidas comprende este tomo¹, escritas sin odio y sin favor, segun que los historiadores más fidedignos las han presentado á mis ojos. Si por acaso se extrañase la severidad con que se condenan ciertas acciones y ciertas personas, se debe considerar primeramente que sin esta severidad no puede ser útil la historia, la cual quedaria en tal caso reducida á una mera y fria relacion de gaceta. Á las personas vivas se les deben en ausencia y presencia aquella contemplacion y atenciones que el mundo y las relaciones sociales prescriben; pero á los muertos no se les debe otra cosa que verdad y justicia. Por otra parte, si se leen con atención nuestros buenos libros, se verán en ellos las mismas censuras, que se ahogadas en el cúmulo de noticias que contienen. Cada siglo que se añade á un hecho aumenta la accion y la autoridad para juzgarle imparcialmente; y no sé yo por qué hemos de carecer en el siglo xix de la acuitad y derecho que Zurita, Ovando, y Mendoza tuvieron ya en el xvi.

No creo que debo añadir nada sobre el sistema particular de composicion que he seguido, formas de narracion, estilo y lenguaje de que he usado. Toda recomendacion ó disculpa en esta parte sería absolutamente superflua. El público, como juez único y supremo, aprobará, condenará sin apelacion, ó tal vez disimulará los yerros y desuoidos del autor, en gracia del deseo de ser útil, que es lo que le ha puesto la pluma en la mano para escribir estas Vidas.

Junio de 1807.

1. Se alude á la primera impresion de estas vidas.

EL CID¹

Quando se fijan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia la vista no percibe más que sombras, donde están confundidos los personajes, los caracteres y las costumbres. La mayor sagacidad, la más diligente crítica, no pueden abrirse camino por medio de las memorias rudas y discordes, de los privilegios controvertidos y de las tradiciones vagas que nos han dejado nuestros abuelos por testimonios de sus acciones. Si despues de una prolija indagacion se cree haber descubierto la verdad, en este ó aquel hecho, otras consideraciones y otras pruebas vienen al instante á hacer incierto el descubrimiento; y el resultado de un trabajo tan fastidioso no es en los autores sino una serie más ó ménos equivocada de conjeturas y probabilidades.

En medio de semejante oscuridad se divisa un personaje cuya fisonomia, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Díaz, llamado comunmente *el Cid Campeador*, objeto de inagotable admiracion para el pueblo, y de eternas disputas entre los críticos; los cuales, desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se cuentan,

1. AUTORES CONSULTADOS. — Risco, *Historia del Cid*. Sandoval, *Historia de los cinco Reyes*. Mariana, *Crónica general*. Escolano, *Historia de Valencia*. *Historia de la dominacion de los drabes en España*, por don José Antonio Conde.

hasta Colon; *El príncipe de Viana*, tan interesante por su carácter, su instrucción y sus talentos, tan digno de compasión por sus desgracias, y que reúne en su destino, á la majestad y esperanzas de un nacimiento real, el ejemplo y la lástima de un particular injustamente perseguido y bárbaramente sacrificado; *Gonzalo de Córdoba*, en fin, el más ilustre general del siglo xv, aquel que con sus hazañas y disciplina dió á nuestra milicia la superioridad que tuvo en Europa por cerca de dos siglos, y que en su carácter y sus costumbres presenta un espejo donde deben mirarse los militares que no confundan la eroicidad con el heroísmo.

Tales son los hombres cuyas vidas comprende este tomo¹, escritas sin odio y sin favor, segun que los historiadores más fidedignos las han presentado á mis ojos. Si por acaso se extrañase la severidad con que se condenan ciertas acciones y ciertas personas, se debe considerar primeramente que sin esta severidad no puede ser útil la historia, la cual quedaria en tal caso reducida á una mera y fria relacion de gaceta. Á las personas vivas se les deben en ausencia y presencia aquella contemplacion y atenciones que el mundo y las relaciones sociales prescriben; pero á los muertos no se les debe otra cosa que verdad y justicia. Por otra parte, si se leen con atención nuestros buenos libros, se verán en ellos las mismas censuras, que se ahogadas en el cúmulo de noticias que contienen. Cada siglo que se añade á un hecho aumenta la accion y la autoridad para juzgarle imparcialmente; y no sé yo por qué hemos de carecer en el siglo xix de la rectitud y derecho que Zurita, Ovando, y Mendoza tuvieron ya en el xvi.

No creo que debo añadir nada sobre el sistema particular de composicion que he seguido, formas de narracion, estilo y lenguaje de que he usado. Toda recomendacion ó disculpa en esta parte sería absolutamente superflua. El público, como juez único y supremo, aprobará, condenará sin apelacion, ó tal vez disimulará los yerros y desuoidos del autor, en gracia del deseo de ser útil, que es lo que le ha puesto la pluma en la mano para escribir estas Vidas.

Junio de 1807.

1. Se alude á la primera impresion de estas vidas.

EL CID¹

Quando se fijan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia la vista no percibe más que sombras, donde están confundidos los personajes, los caracteres y las costumbres. La mayor sagacidad, la más diligente crítica, no pueden abrirse camino por medio de las memorias rudas y discordes, de los privilegios controvertidos y de las tradiciones vagas que nos han dejado nuestros abuelos por testimonios de sus acciones. Si despues de una prolija indagacion se cree haber descubierto la verdad, en este ó aquel hecho, otras consideraciones y otras pruebas vienen al instante á hacer incierto el descubrimiento; y el resultado de un trabajo tan fastidioso no es en los autores sino una serie más ó ménos equivocada de conjeturas y probabilidades.

En medio de semejante oscuridad se divisa un personaje cuya fisonomia, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Díaz, llamado comunmente *el Cid Campeador*, objeto de inagotable admiracion para el pueblo, y de eternas disputas entre los críticos; los cuales, desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se cuentan,

1. AUTORES CONSULTADOS. — Risco, *Historia del Cid*. Sandoval, *Historia de los cinco Reyes*. Mariana, *Crónica general*. Escolano, *Historia de Valencia*. *Historia de la dominacion de los drabes en España*, por don José Antonio Conde.

se ven precisados á reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias.

Muchas de las fábulas, sin embargo, se hallan tan asidas á la memoria del Cid, que sin ellas la relacion de su vida parecerá á muchos desabrida y desnuda de interes. La imaginacion hallaba allí un alimento apacible, y veia señalados todos los pasos de este personaje con circunstancias maravillosas y singulares. Aquel desafio con el conde de Gormaz, los amores y persecucion de su hija, el dictado de *Cid* con que le saludan los reyes moros cautivos, su expedicion bizarra á sostener la independencia de Castilla contra las pretensiones orgullosas del emperador de Alemania: todo preparaba el ánimo á la admiracion de las hazañas siguientes. Mas estos y otros cuentos, adoptados imprudentemente por la historia, han sido confinados á las novelas, á los romances y al teatro, donde se ha hecho de ellos un uso tan feliz; y Rodrigo, por ser ménos singular en su juventud, no se presenta ménos admirable en el resto de su carrera.

Nació en Búrgos, hácia la mitad del siglo XI, de don Diego Lainez, caballero de aquella ciudad, que contaba entre sus ascendientes á don Diego Porcelos, uno de sus pobladores, y á Lain Calvo, juez de Castilla. Reinaba entónces en esta provincia Fernando I, que, reuniendo en su mano el dominio de Leon, Castilla y Galicia, fundó la preponderancia que despues gozó la nacion castellana sobre las demas de la Península. Este monarca tuvo cinco hijos, y á todos quiso dejarlos heredados en su reino; pero las desgracias sucedidas por igual division que hizo su padre, el rey de Navarra don Sancho el Mayor ni las representaciones de cuantos hombres cuerdos habia en su corte, pudieron moverle de su intento. El amor de padre lo venció todo; y por hacer reyes á sus hijos labró la ruina de dos de ellos y sumió al Estado en los horrores de una guerra civil. Cupo en la particion Castilla á Sancho, Leon á Alfonso, y Galicia á Garcia; las dos infantas Urraca y Elvira quedaron heredadas, esta con la ciudad y contornos de Toro, aquella con Zamora; y se dice que todos por mandado del padre juraron respetar esta division y ayudarse como hermanos. Vana diligencia, jamas respetada por la ambicion, y nunca ménos que entónces; porque don Sancho, superior en

pericia á sus hermanos, luego que murió su padre revolvió el pensamiento á despojarlos de su herencia y á ser el único sucesor en el imperio del rey difunto.

Era entónces muy jóven Rodrigo Diaz (1065), huérfano de padre; y don Sancho, por gratitud á los servicios que Diego Lainez habia hecho al Estado, tenia á su hijo en su palacio y cuidaba de su educacion. Esta educacion seria toda militar; y los progresos que hizo fueron tales, que en la guerra de Aragon y en la batalla de Grados, donde el rey don Ramiro fué vencido y muerto, no hubo guerrero alguno que se aventajase á Rodrigo. Por esto el Rey, que para honrarle le habia armado poco ántes caballero, le hizo alférez de sus tropas, que en aquellos tiempos era el primer grado de la milicia, al modo que despues lo fué la dignidad de condestable.

Desembarazado Sancho de las guerras extrañas, volvió su pensamiento á la civil, que tal puede llamarse la que hizo al instante á sus hermanos. Los historiadores están discordes sobre á quién de ellos embistió primero; mas la probabilidad está por la opinion comun, que designa á don Alfonso como la primera victima. Sus estados lindaban con los de Sancho, y no es creible que este quisiese atacar ántes al mas lejano. La lucha no podia durar mucho tiempo entre dos concurrentes tan desiguales. El rey de Castilla, ardiente, esforzado, feroz, con un poder mucho más grande, con una destreza militar superior á la de los generales de su tiempo, debia arrostrar fácilmente al de Leon, mucho más débil, muy jóven todavía y falto de práctica en las cosas de la guerra. Mas no por eso este príncipe se dejó arruinar sin estrago y peligro de sus contrarios. Vencido en las primeras batallas, toma fuerzas de su situacion desesperada, junta nuevo ejército, y vuelve á encontrar á su hermano á vista de Carrion. Su ímpetu fué tal, que los castellanos, rotos y vencidos, abandonaron el campo de batalla, y se encomendaron á la fuga. Rodrigo en este desastre, lejos de perder el ánimo, aconseja al Rey que, reuniendo sus tropas dispersas, acometa aquella misma noche á los vencedores: « Ellos, le dijo, se abandonarán al sueño con el regocijo de la victoria, y su confianza va á destruirlos. » Hecho así, los castellanos, puestos en órden por Rodrigo y el Rey, dan con el alba sobre sus contrarios, que descuidados y dormidos no aciertan á ofender ni á

defenderse, y se dejan matar ó aprisionar. Alfonso huyendo se refugia á la iglesia de Carrion, donde cae en manos del vencedor, que le obliga á renunciar el reino y á salir desterrado á Toledo, entónces poseida de los moros.

La guerra de Galicia fué más pronta y ménos disputada (1071), aunque con más peligro de don Sancho. Su hermano García tenía enajenadas de sí las voluntades de sus vasallos. Cargados de contribuciones, atropellados por un favorito del Rey, á quien habia abandonado toda la administracion, su paciencia llegó al término, y convertida en desacato, á los ojos mismos del monarca hicieron pedazos al privado. Con esto, divididos en facciones, y mal avenidos, no pudieron sostenerse contra los castellanos, que entraron pujantes en Galicia. Huyó don García á Portugal, y con los soldados que quisieron seguirle ó vinieron á defenderle quiso probar ventura junto á Santaren, y dió batalla á su hermano. Pelearon él y su gente como desesperados, y la fortuna al principio los favoreció. Don Sancho se vió en poder de sus enemigos; y García, dejándole entregado á unos caballeros, voló á seguir á los fugitivos. Entre tanto el Cid con su hueste, aun entera, acometió á la parte donde estaba el rey de Castilla prisionero, y disipando la guardia que le custodiaba, se apoderó de él, y poniéndose á su frente, salió á buscar á don García. Volvia este de su alcance cuando le denunciaron el vuelco que habian dado las cosas, y sin desmayar por ello acometió á los castellanos; pero, á pesar de su esfuerso, vióse arrancar la victoria que ya tenia, y precisado á entregarse prisionero al arbitrio de su rival, que le despojó del reino y libertad y le envió al castillo de Luna.

Sería mejor quizá para el honor de la especie humana pasar en silencio estos escandalosos debates, hijos de una ambicion desenfadada, que olvida enteramente los lazos más sagrados de la alianza, de la compasion y la sangre. Señor de Castilla, de Galicia y de Leon, Sancho II no se consideraba rey si no poseia tambien la corta porcion de sus débiles hermanas. Lanzó de Toro á Elvira y puso sitio sobre Zamora. Aqui la suerte le tenia guardado el término de su carrera; y el terror de tantos reyes se estrelló en una ciudad defendida por una flaca mujer. Cuando más apretado tenia el sitio, Vellido Dólfos, un soldado

de Zamora, salió de la plaza á manera de desertor, ganó la confianza del Rey, y sacándole un dia para enseñarle una parte del muro que por ser mal defendida podia facilitar la entrada en el pueblo, halló modo de atravesarle con su mismo venablo, y huyó á toda carrera de Zamora. Dicese que Rodrigo, viendo de léjos huir al asesino, y sospechando su alevosia, montó á caballo aceleradamente, y que por no llevar espuelas no pudo alcanzarle, de lo cual irritado, maldijo á todo caballero que cabalgase sin ellas.

Mas, dejando aparte todas las fábulas que se cuentan de este sitio (1072), luego que fué muerto don Sancho los leoneses y gallegos se desbandaron, y los castellanos solos quedaron en el campo acompañando el cadáver, que fué llevado á sepultar en el monasterio de Oña. Entre tanto don Alonso, avisado de aquella gran novedad, partió á toda prisa de Toledo á ocupar los estados del difunto. En Leon no hubo dificultad ninguna; y en Galicia, aunque don Garcia pudo escaparse de su prision y trató de volver á reinar, fué arrestado otra vez; y don Alonso tan culpable con él como su hermano, le condenó á prision perpétua y ocupó su trono. Castilla presentaba más obstáculos: irritados sus naturales de la muerte alevosa de su rey, no querian rendir vasallaje á Alfonso mientras él por su parte no jurase que aquella infamia se habia cometido sin participacion suya. Avinose el Rey á hacer la protestaion costume de su inocencia; mas ninguno de los grandes de Castilla osaba tomarle el juramento por miedo de ofenderle. Sólo Rodrigo se aventuró á representar la lealtad y entereza de su opinion en la ceremonia, y esta se celebró en Santa Gadea de Burgos delante de toda la nobleza. Abierto un misal, y puestas el Rey sus manos en él, Rodrigo le preguntó: «¿Juráis, rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de don Sancho por mandato ni por consejo? Si juráis en falso plega á Dios que muráis de la muerte que él murió, y que os mate un villano, y no caballero.» Otorgó Alfonso el juramento con otros vasallos suyos, y repitióse otra vez; mudándosele en ambas el color al Rey, ya abochornado de la sospecha, ya indignado del atrevimiento. No falta quien deseche tambien esta incidencia como una fábula; pero, ademas de no ser muy fuertes las razones que se alegan para ello, cuadra tan bien con las costumbres pundono-

rosas del tiempo, hace tanto honor á Rodrigo, y da una razon tan plausible del rencor que toda su vida le tuvo el Rey, que no he querido pasarla en silencio.

Al principio no estuvo descubierto este odio, ni la política lo aconsejaba. Rodrigo, enlazado con la familia real por su mujer doña Jimena Díaz, hija de un conde de Astúrias, acompañó al Rey en sus primeros viajes, fué nombrado campeón en varios pleitos que, según la jurisprudencia de entónces, habian de decidirse por las armas, y fué enviado á Sevilla y á Córdoba á cobrar las párias que sus príncipes pagaban á Castilla.

Hacianse entónces guerra el rey de Sevilla y el de Granada, á quien auxiliaban algunos caballeros cristianos. Estos con los granadinos venian la vuelta de Sevilla para combatirla, y aunque el Cid les intimó que respetasen al aliado de su rey, ellos despreciaron su aviso y entraron por las tierras enemigas talando los campos y cautivando los hombres. Rodrigo entónces salió á su encuentro al frente de los sevillanos, los atacó junto al castillo de Cabra, los derrotó enteramente, y volvió á Sevilla, cuyo príncipe no sólo le entregó las párias que debía, sino que le colmó de presentes, con los cuales honrado y enriquecido se volvió á su patria.

En ella le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonso que salir de Castilla á sosegar algunos árabes alborotados en la Andalucía, y Rodrigo, postrado por una dolencia, no pudo acompañarle. Los moros de Aragon, valiéndose de la ausencia del rey, entraron por los estados castellanos y saquearon la fortaleza de Gormaz; lo cual sabido por Rodrigo, aun no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante á ellos con su hueste, y no sólo les tomó cuanto habian robado, sino que, revolviendo hácia Toledo, hizo prisioneros hasta siete mil hombres con todas sus riquezas y haberes, y se los trajo á Castilla. Era el rey de Toledo aliado de Alfonso VI, y por lo mismo este y toda su corte llevaron á malla expedicion del Cid. « Rodrigo, decian los envidiosos, ha embestido las tierras de Toledo y roto los pactos que nos unian con aquella gente, para que irritados con su correría nos cortasen la vuelta en venganza, y nos hiciesen perecer. » Alfonso entónces, dando rienda al encono que le tenia, le mandó salir de sus estados, y él abandonó su

ingrata patria con los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna (1076).

El poder de los moros en aquella época habia degenerado mucho de su fuerza y extension primitiva. Extinguido el linaje de los Abenhumeyas, que dominaron á todos los árabes de España, su imperio se desmoronó, y cada provincia, cada ciudad, cada castillo tuvo su reyezuelo independiente, casi todos tributarios de los cristianos. Debilitados, por otra parte, con el regalo del clima, y entibiado su fanatismo, estaban muy distantes de aquel valor intrépido y sublime que en sus primeros tiempos habia espantado y dominado la mitad del universo. Nuestros príncipes, al contráριο, se extendian y aseguraban, y contemplando la diferente posicion de las dos naciones, se extrañaba cada vez más que nuestros ascendientes no arrojasen más pronto de la Península á los moros. Pero los reyes y los pueblos que debieran emprenderlo estaban más divididos entre sí que debilitados sus enemigos; y la particion impolítica de los estados, las guerras intestinas, las alianzas con los infieles, los socorros que se les daban en las guerras que ellos se hacian: todo contribuyó á alejar la época de una reunion en que estaba cifrada la restauracion de España.

En tal situacion de cosas no es difícil de presumir, á pesar de la oscuridad de los tiempos y la contrariedad de los escritores, cuál fué la suerte del Cid después de su destierro. Cuando una region se halla dividida en estados pequeños, enemigos unos de otros, es frecuente ver levantarse en ella caudillos que fundan su existencia en la guerra y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, al ruido de su nombre y de su gloria acuden de todas partes á sus banderas, y aumentado el número de sus soldados, consolidan su poderío. Especie de reyes vagabundos, cuyo dominio es su campo, y que mandan toda la tierra en donde son los más fuertes. Los régulos que los temen ó los necesitan, compran su amistad y su asistencia á fuerza de humillaciones y de presentes; los que les resisten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia, de sus correrías y de sus saqueos. Cuando ningun príncipe los paga, la máxima terrible de que la guerra ha de mantener la guerra es seguida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distincion de aliado y de enemigo,

son vejados con sus extorsiones ó inhumanamente robados y oprimidos. Héroe para los unos, forajidos para los otros, ya terminan miserablemente su carrera cuando, deshecho su ejército, se deshace su poder; ya, dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania cuando las guerras del siglo xvii, tales los capitanes llamados *condottieri* por los italianos, en los dos siglos anteriores; y tal probablemente fué el Cid en su tiempo, aunque con más gloria y quizá con más virtud.

La serie de aventuras que los noveleros le atribuyen en esta época daría materia á un cuento interesante y agradable, pero fabuloso; las memorias históricas, al contrario, no presentan más que una sucesión de guerrillas, cabalgadas y refriegas sin incidentes, sin variedad y sin interés. Su narración seca por necesidad, sumaria y monótona, fatigaría al historiador, sin instrucción alguna ni placer de los lectores. Por tanto, parece que bastará decirlo único que se puede saber. Rodrigo, saliendo de Castilla, se dirigió primero á Barcelona, y después á Zaragoza, cuyo rey moro Almoctader murió de allí á poco tiempo, dejando divididos sus dos estados de Zaragoza y Denia entre sus dos hijos Almuctaman y Almagib. Rodrigo asistió siempre al primero; y Zaragoza, defendida por él de los ataques que contra ella intentaron Almagib, el rey de Aragón don Sancho Ramírez, y el conde de Barcelona Berenguer, le debió la constante prosperidad que gozó mientras la vida de Almuctaman. Sus enemigos, ó no osaban pelear con Rodrigo, ó eran vencidos mismo tiempo que se entraban en batalla; y el rey de Zaragoza, cediendo á su campeón toda la autoridad en el Estado, colmándole de honores y de riquezas, aun no creía que acertaba á galardonar tantos servicios.

Así se mantuvo el Cid hasta la muerte de aquel príncipe; después se resolvió á volver á Castilla, y el rey Alfonso, contento con la conquista de Toledo que acababa de hacer (1088), le recibió con las muestras mayores de honor y de amistad. Hizole muchas y grandes mercedes; entre ellas la de que fuesen suyos y libres de toda contribución los castillos y villas que ganase de los moros. Rodrigo levantó un ejército de siete mil hombres, se entró por tierras de Valencia, libró á esta ciudad del sitio que tenía puesto sobre ella el conde Beren-

guer; y hecho tributario el régulo que la mandaba, marchó á Requena, donde se detuvo algún tiempo.

Inundaban entónces los almoravides las costas orientales y occidentales de España, y parecía que la buena fortuna de los árabes, viéndolos tan humillados en la Península, había suscitado para vigorizarlos esta nueva gente, que á manera de raudal impetuoso se derramó por toda la Andalucía. Criados á la sombra del fanatismo y de la independencia, y sacudidos después por la ambición, los almoravides salieron del desierto de Zahara conducidos por Abubeker, su primer jefe: entraron en la Mauritania, donde ganaron á Segelmesa, y extendieron sus conquistas hasta el Estrecho, ocupando á Tánger y á Ceuta. Jucef, sobrino y sucesor de Abubeker, fundó á Marruecos, estableció en ella la silla de su imperio, y tomó el título de Miramamolín ó comandante de los musulmanes. Quizá el marhubiera contenido esta plaga, pero el rey de Sevilla Benavet la llamó sobre sí creyendo que con su auxilio se haría señor de todas las provincias que en España poseían los moros. Era suegro de Alfonso VI por su hija Zaida, casada con el monarca castellano; y esta grande alianza exaltó de tal modo su ambición, que ya no cabía en los estados que pacíficamente le obedecían. Tuvo Alfonso la flaqueza de condescender con sus deseos, y apoyó la demanda del auxilio que se pidió á Jucef. Los almoravides vinieron mandados por Ali, capitán valiente, ejercitado en la guerra y locamente ambicioso; y su venida á nadie fué más fatal que á los imprudentes que los llamaron. Por una ocasión ligera los berberiscos se volvieron contra los sevillanos, cuyo rey fué muerto en la refriega; y Ali, apoderándose del estado que había venido á auxiliar, hizo obedecer su imperio á todos los moros españoles, negó vasallaje á Jucef, y se hizo también llamar Miramamolín. Para acabar de desvanecer la fortuna, en el poco tiempo que le favoreció dos veces se encontraron los castellanos con él, y dos veces fueron vencidos: la una en Badajoz, donde el rey Alfonso mandaba en persona. Pero este príncipe, más estimable aun en la adversidad que en la fortuna, rehizo sus gentes y acometió al usurpador á tiempo que desbandado su ejército no pudo hacer frente á los cristianos, y tuvo que encerrarse en Córdoba. Estrechado allí, no vió otro arbitrio para salvarse que com-

prar á gran precio la paz de sus enemigos y hacerse tributario suyo. Pero ni aun así pudo corregir su mala estrella; porque de allí á poco Jucef, respirando venganza, pasó á España, hizo cortar la cabeza al rebelde, afirmó su dominacion en la Andalucía toda, y se dispuso á seguir las conquistas de su gente en el país ¹.

Con un ejército poderoso compuesto de sus almoravides y de las fuerzas de los reyes tributarios suyos, se puso sobre la fortaleza de Halaet, llamada *Alid* por los árabes, que hacen mencion de este sitio en sus historias, y hoy dia conocida con el nombre de *Alido*. Alfonso, que prevenía en Toledo tropas para marchar contra Jucef, avisó á Rodrigo que viniese á juntarse con él, y le dió orden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde habia de pasar el ejército castellano. Pero aunque Rodrigo se apostó en parte donde avisado pudiese efectuar su union, sea despuido, sea error, esta no se verificó, y el Rey con sólo su presencia ahuyentó á los sarracenos. Aquí fué donde sus enemigos, hallando ocasion favorable al rencor que le tenian, se desataron en quejas y acusaciones. Pudieron ellas tanto con Alfonso, que, no contento con desterrar otra vez al Cid de sus estados, ocupó todos sus bienes y puso en prision á su mujer y sus hijos. Rodrigo envió al instante un soldado á la corte á relatar ante el Rey á cualquiera que le hubiese calumniado de traidor. Mas su satisfaccion no fué admitida; bien que ya más apaciguado el ánimo del Príncipe permitió á doña Jimena y á sus hijos que fuesen libres á buscar á su marido, el cual tuvo segunda vez que labrarse su fortuna por sí mismo.

Ni Alfagid, rey de Denia, ni el conde Berenguer podian perdonarle sus antiguas afrentas (1089): el Conde principalmente

1. Estos primeros sucesos de los almoravides en España, especialmente en lo relativo á las revoluciones de Sevilla y guerras de Extremadura, se cuentan con mucha diversidad en la *Historia de los árabes españoles* publicada por Conde, tomo II, capítulos 12 y siguientes. Pero como en esta diversidad no hay nada que se refiera á los sucesos de Rodrigo Diaz, se ha dejado subsistir la relacion del texto tal cual se extractó de nuestros escritores, siendo bastante advertirlo aquí para que el lector pueda, si quiere, consultar la obra de Conde y conocer lo que unos y otros dicen.

hacia cuantos esfuerzos le eran posibles para vengarlas, y la suerte le presentó, al parecer, ocasion de ello en las tierras de Albarracin. Hechas paces con el rey de Zaragoza, auxiliado con dinero por el de Denia, y asistido de un número crecido de guerreros, Berenguer fué á encontrar á Rodrigo, que con su corto ejército se habia apostado en un valle defendido por unas alturas. El rey de Zaragoza, acordándose de los servicios hechos por el Cid á sus estados, le avisó del peligro que corría. Él contestó que agradecia el aviso, y que esperaria á sus enemigos, cualesquiera que fuesen. El Conde tomó su camino por las montañas, llegó cerca de donde estaba su adversario; y creyendo ya tenerle destruido con la muchedumbre que le seguia, le envió una carta para escarnecerle y desafiarle.

Deciale en ella que si tanto era el desprecio que tenia hácia sus enemigos, y tanta la confianza en su valor, ¿por qué no se bajaba á lo llano y dejaba aquellos cerros donde estaba guarecido, más confiado en las cornéjas y en las águilas que en el Dios verdadero? « Desciende de la sierra, añadia, vén al campo, y entónces creeremos que eres digno del nombre de Campeador; si no lo haces, eres un alevoso, á quien de todos modos vamos á castigar por tu insolencia, tus estragos y profanaciones. » Á esto respondió Rodrigo que efectivamente despreciaba á él y á los suyos, y los habia comparado siempre á mujeres, largas en palabras y cortas en obrar. « El lugar mas llano de la comarca, le decia, es este donde estoy; aun tengo en mi poder los despojos que te quitè en otro tiempo; aquí te espero, cumple tus amenazas, vén si te atreves, y no tardarás en recibir la soldada que ya en otra ocasion llevaste. »

Con estas injurias enconados más los ánimos, todos se apercibieron á la pelea. Los del Conde ocuparon por la noche el monte que dominaba el campamento del Cid; y al rayar el dia embisten atropelladamente dando gritos furiosos. Rodrigo, puestas sus tropas á punto de batalla, sale de sus tiendas, y se arroja á ellos con su impetu acostumbrado. Ya cejaban cuando el Cid, caido del caballo, quebrantado y herido, tuvo que ser llevado á su tienda por los suyos; y este accidente restableció el equilibrio. Mas lo que en otras ocasiones hu-

quiera sido causa de una derrota, lo fué entónces de la victoria. Los invictos castellanos siguieron el impulso dado por su general, y arrollaron por todas partes á los franceses y catalanes: gran número de ellos fueron muertos, cinco mil quedaron prisioneros, entre ellos el Conde y sus principales cabos; y todo el bagaje y tiendas cayeron en manos del vencedor.

Berenguer fué llevado á la tienda de Rodrigo, que sentado majestuosamente en su silla escuchó con semblante airado las disculpas y humillaciones abatidas del prisionero, sin responderle benignamente y sin consentirle sentarse. Ordenó á sus soldados que le custodiasen fuera; pero también mandó que se le tratase espléndidamente, y á pocos dias le concedió la libertad. Tratóse luego del rescate de los demas cautivos. En los principales no hubo dificultad: pero ¿qué habian de dar los infelices soldados? Ajustóse, sin embargo, su libertad por una suma alzada, y partieron despues á recogerla á su patria. Parte de ella trajeron, presentando sus hijos y parientes en rehenes de lo que faltaba. Mas Rodrigo, digno de su fortuna y de su gloria, no sólo los dejó ir libres, sino que les perdonó todo el rescate: acción excesivamente generosa, pues en la situación á que sus enemigos le habian reducido, su subsistencia y la de su ejército dependia enteramente de los rescates de los despojos y de las correrías.

La suerte al parecer mejoraba entónces sus cosas para volver á Castilla. Alfonso marchaba contra los almorávides, que habian ocupado á Granada y buena parte de Andalucía. La reina doña Constanza y los amigos del Cid le escribieron que sin detenerse viniese á unirse con el Rey, y le auxiliase en su expedicion, pues de este modo volveria á su favor y á su gracia. Sitiaba el castillo de Liria cuando le llegó este aviso; y aunque tenia reducida aquella fortaleza á la mayor extremidad, levantó el sitio al instante, y marchó á toda prisa á juntarse con el Rey. Alcanzóle en el reino de Córdoba junto á Márto; y Alfonso, oyendo que venia, salió á recibirle por hacerle honor. Uno y otro se encaminaron á Granada: el Rey colocó sus tiendas en las alturas, y el Cid acampó más adelante en lo llano, lo cual al instante fué tenido á mal por el rencoroso monarca, el cual decia á sus cortesanos: « Ved

cómo nos afrenta Rodrigo: ayer iba detras de nosotros como si estuviese cansado, y ahora se pone delante como si se le debiese la preferencia. » La adulacion respondia que sí; y era por cierto bien triste la situacion de aquel noble guerrero, el cual no podia ni ir detras ni ponerse delante sin que moviese un enojo ó motivase una sospecha.

Los berberiscos no osaron venir á batalla con el ejército cristiano; y Jucef, que estaba en Granada, salió de ella, y partió al África, donde el estado de sus cosas le llamaba. Alfonso se volvió á Castilla, siguiéndole Rodrigo: al llegar al castillo de Úbeda (1092), el Principe dió rienda á su enojo disimulado; ultrajó al Cid con las palabras mas injuriosas, le imputó culpas que no tenían realidad sino en su encono y en la envidia de sus enemigos; y las satisfacciones, en vez de aplacar su cólera, la avivaban más á cada momento. Rodrigo que habia sufrido con moderacion las injurias, sabiendo que se trataba de prenderle, miró por sí, y se separó una noche con los suyos del real castellano.

No es posible comprender bien este odio tan enconado y constante en un príncipe de las prendas de Alfonso. Llamado liberal por sus mercedes y bravo por su valor; justo en su gobierno y atinado en sus empresas, comedido y moderado en la fortuna, firme y esforzado en la desgracia; el primero de los reyes de España, y uno de los más ilustres de su tiempo por su poder, su autoridad y su magnificencia, no sufría junto á sí á un héroe, el mejor escudo de su estado y el mayor azote de los moros. ¿Era envidia, era preocupacion, era venganza? La oscuridad de los tiempos no lo deja traslucir; pero las circunstancias con que esta aversión ha llegado á nosotros la presentan como injusta, y es una mancha indeleble en la fama de aquel monarca. ®

Muchos de sus compañeros abandonaron entónces al Cid por seguir al Rey; y él, triste y desesperado ya de toda reconciliacion con su patria, se entró en las tierras de Valencia, con ánimo probablemente de adquirir allí un establecimiento donde pasar respetado y temido el resto de sus dias. Con este objeto reedificó el castillo de Pinnacatel, le fortificó con todo cuidado, y le proveyó de víveres y armas para una larga defensa. Desde allí el terror de su esfuerzo y de su fortuna le sometió á to-

dos los régulos de la comarca. Zaragoza, invadida por el rey de Aragon, le debió como en otro tiempo su salud, pues en consideracion á Rodrigo hizo la paz aquel príncipe con ella. Despues, ensoberbecido con esta consideracion y con la prosperidad que guiaba sus empresas, volvió su ánimo á la venganza, y quiso humillar á su mayor enemigo.

Era este don Garcia Ordóñez, conde de Nájera, comandante en la Rioja por el rey de Castilla; la segunda persona del Estado por el lustre de su casa, por su enlace con la familia real, por sus riquezas y por sus servicios; pero envidioso, enconado con el Cid, atizador del odio que el Rey le tenia, y causador de sus destierros. Rodrigo pues entró en la Rioja (1094) como en tierra enemiga, taló los campos, saqueó los pueblos, persiguió los hombres; ¿qué culpa tenían estos infelices de los malos procedimientos del Conde? Pero siempre los errores y pasiones de los grandes vienen á caer sobre los pequeños. El Cid, irritado, no escuchando más que la sed de venganza que le agitaba, siguió adelante en sus estragos, y Alberite, Logroño y la fortaleza de Alfaro tuvieron que rendirse á su obediencia. Don Garcia, que vió venir sobre sí aquel azote, juntó sus gentes, y envió á decir á su enemigo que le esperase siete dias: él esperó; mas las tropas del Conde, al acercarse, se dejaron vencer del miedo, y no osaron venir á batalla con el campeón burgales.

Satisfecho su enojo, y rico con el botin, dió la vuelta á Zaragoza, donde supo que los almoravides se habian apoderado de Valencia; y entonces fué cuando concibió el pensamiento de arrojarlos de allí y hacerse señor de aquella capital. Valencia, situada sobre el mar, en medio de unos campos fértiles y amenos, bajo el cielo más alegre y el clima más sano y templado de España, era llamada por los moros su paraíso. Pero este paraíso habia sido en aquellos tiempos bárbaramente destrozado por el mal gobierno de los árabes y sus divisiones intestinas. Fué siempre considerada como una dependencia del reino de Toledo, y en tiempo de Almenon gobernada por Abubeker con tal madurez y prudencia, que los valencianos cuando murió este árabe dijeron « que se habia apagado la antorcha y oscurecido la luz de Valencia ». Hiaya, hijo de Almenon, reinabá en Toledo cuando Alfonso la

ocupó; y uno de los partidos que sacó al rendirse fué que los cristianos le pondrian en posesion de Valencia, donde se creia que Abubeker, acostumbrado al mando, no se le querria dejar. Pero Abubeker falleció entónces; y Hiaya, siendo admitido pacíficamente á la posesion del reino, con él entraron de tropel todas las calamidades. Manda mal ordinariamente y es peor obedecido aquel que, perdiendo un estado, se pone á gobernar otro. Hiaya, aunque bien acogido al principio por los valencianos, no tardó en manifestar la flojedad de su espíritu y la inconstancia de sus consejos. La autoridad y las armas del Cid, cuyo amigo y tributario se hizo, le habian salvado de los dos reyes de Denia y Zaragoza, que quisieron arrojarle de Valencia. Pero no pudieron librarle del odio de sus súbditos, ya mal dispuestos con él, y mucho más cuando vieron la cabida que daba á los cristianos y los tesoros que les repartia, acumulados á fuerza de tirania y de vejaciones odiosas. Viendo pues ocupado al Cid en su expedicion de la Rioja, entraron en consejo los principales ciudadanos, y siguiendo el dictámen de Abenjaf, alcaide que era de la ciudad, resolvieron llamar á los almoravides, que á la sazón habian tomado á Murcia. Vinieron ellos, y ocupada Denia, se pusieron delante de Valencia, que á pocos dias les abrió las puertas. El miserable Hiaya, sin consejo y sin esfuerzo, quiso á favor del tumulto salvarse del peligro; y abandonando su alcázar, á cuyas puertas ya arrimaban el fuego sus enemigos, huyó disfrazado vilmente en traje de mujer, y se acogió á una alqueria. Allí fué hallado por Abenjaf, que sin compasion alguna le cortó la cabeza, y mandó arrojar á un muladar su cadáver, haciendo tan triste fin el monarca de Toledo y de Valencia por no saber ser hombre ni ser rey.

Entre tanto la fama de esta revolucion llegó al Cid, que irritado de la muerte de su amigo, y de que los cristianos hubiesen sido expelidos de Valencia, juró vengar una y otra ofensa y apoderarse de todo. Dirigióse allá, ocupó el castillo de Cebolla ó Juballa, ya muy fuerte por su situacion, pero mucho más con las obras que hizo construir en él; y en aquel punto estableció el centro de sus operaciones. Llegados los meses del estío, salió con sus gentes, sentó sus reales junto á la ciudad, destrozó todas las casas de campo y taló las mieses. Los

moradores, afligidos de tantos estragos, le pedían que cesase en ellos: él les puso por condición que echasen de Valencia á los almoravides; pero ellos ó no podían ó no querían, y se volvieron á encerrar y á fortificarse.

Jucef, en cuyo nombre estos árabes desolaban las partes orientales de España, le había intimidado insolentemente que no entrase en Valencia; pero Rodrigo, acostumbrado á despreciar la vana arrogancia de los reyes, despues de volverle en su carta insulto por insulto, publicó en todas partes que Jucef no osaba salir de África de miedo, y sin intimidarse por los inmensos preparativos que disponía contra él, estrechó el sitio con el rigor más terrible. Rindiósele primeramente el arrabal llamado Villanueva, y despues embistió el de Alcudia, mandando que al mismo tiempo una parte de sus soldados acometiese á la ciudad por la puerta de Alcántara. Defendíase los valencianos como leones, y rebatidos los cristianos que asallaron la puerta, se les redobló tanto el ánimo, que la abrieron y dieron sobre sus enemigos. Entonces el Cid, formando de los suyos un escuadron solo, revolvió sobre el arrabal, y sin dejar descansar un momento ni á moros ni á cristianos, les dió tan riguroso combate, fué tal la mortandad, y el pavor que les causó tan grande, que empezaron los de dentro á gritar: « Paz, paz. » Cesó el estrago, y quedó la Alcudia por el Cid, que, usando benignamente de la victoria, otorgó á los rendidos el goce de su libertad y de sus bienes.

Pero mientras los dos arrabales, por su reduccion y el buen trato del vencedor con ellos, gozaban de la mayor abundancia, la ciudad, al contrario, se veía reducida al mayor estrecho por la falta de todas las cosas necesarias á la vida. Constreñidos al fin por la necesidad sus moradores, ofrecieron echar á los almoravides de allí y entregarse á Rodrigo si dentro de cierto tiempo no les venían socorros del África. Con estas condiciones consiguieron treguas por dos meses, en cuyo término partió el Cid á hacer algunas correrías en los contornos de Pinnacatel, donde encerró todo el botín que había cogido, y despues pasó á las tierras del señor de Albarracin, y las estragó todas en castigo de habersele rebelado aquel moro.

Pasado el tiempo de las treguas, y no habiendo venido el

socorro de Jucef, intimó á los valencianos el cumplimiento de lo pactado; pero ellos se negaron á rendirse, fiando en el auxilio que todavía aguardaban. Vino con efecto un ejército de almoravides á sostenerlos; pero ya fuese por miedo, ya por mala inteligencia con los sitiados, ya por causas que se ignoran, estos árabes nada hicieron, y se desbandaron, dejando á Valencia en el mismo aprieto que ántes.

Valor y constancia no faltaban á sus moradores. Desbarataron con sus máquinas las que el Cid asestaba contra ellos; rebatiéronle en los asaltos que les dió, y hubo día en que precisado á recogerse en un baño contiguo á la muralla para defenderse del diluvio de piedras y flechas que le tiraban, los sitiados salieron, le cercaron, en aquel baño, y le hubieran muerto ó preso á no haber tomado el partido de aportillar una de las paredes y romper por la abertura con los que le acompañaban. Mas la hambre espantosa que los afligia era un enemigo más terrible que las armas del Campeador: seguro de domarlos por ella había mandado que se diese muerte á todos los moros que se saliesen de Valencia, y obligado por fuerza á entrar en la plaza á los que con ocasión de la tregua estaban en el campo y en los arrabales. Agotados todos los mantenimientos, apurados los manjares más viles y asquerosos, caíanse muertos de flaqueza los habitantes por las calles; muchos se arrojaban desesperados desde los muros á ver si hallaban compasion en los enemigos, que cumpliendo el decreto del sitiador inflexible les daban muerte cruel á vista de las murallas para escaermentar á los otros. Ni la edad ni el sexo encontraban indulgencia: todos perecian, á excepcion de algunos que á escondidas fueron vendidos para esclavos. Al ver el uso abominable que el hombre hace á veces de sus fuerzas; al contemplar estos ejemplos de ferocidad, de que por desgracia ni las naciones ni los siglos más cultos están exentos, las panteras y leones de los desiertos parecen mil veces ménos aborrecibles y crueles. Al fin, perdida la esperanza de socorro, el tirano Abenjaf rindió la plaza á condiciones harto moderadas; pero él no consiguió libertarse del destino que le perseguía. La sangre de Hiaya gritaba por venganza, y su asesino pereció tambien trágicamente de allí á pocos días, ya por el odio de los suyos, ya por mandato del Cid, que quiso

castigar de este modo la alevosía hecha á su antiguo amigo (109 $\frac{1}{2}$)¹.

Así acabó Rodrigo aquella empresa, igual á la conquista de Toledo en importancia, superior en dificultades, y mucho más gloriosa al vencedor. Toledo había sido sojuzgada por el rey más poderoso de España con cuyos estados confinaba, y auxiliado de las fuerzas de naturales y extranjeros. Valencia, rodeada por todas partes de morisma, socorrida por el África, llena de pertrechos y de riquezas, fué vencida por un caballero particular sin otras fuerzas que las tropas acostumbradas á seguirle. Mas lo que parecía temeridad, y lo fuera sin duda en otro que en él, fué resolverse á mantener aquella conquista, á pesar de las enormes dificultades que lo contradecían. Para ello, lo primero á que atendió fué á establecer una buena policía en la ciudad, de modo que cristianos y moros se llevasen bien entre sí. La *Crónica general* contiene en esta parte particularidades preciosas, que es lástima desterrar entre el cúmulo de las que refiere del Cid. Él prescribió á los suyos el porte cortés y honroso que debían tener con los vencidos, de modo que estos, prendados de aquel trato tan generoso, decían « que nunca tan buen hombre vieron, ni que tan mandada gente trajese ». Gobernólos por sus leyes y costumbres, y no les impuso más contribuciones que las que anteriormente solían pagar. Dos veces á la semana oía y juzgaba sus pleitos. « Venid, les decía, cuando quisieréis, á mí, y yo os oiré; porque no me aparto con mujeres á cantar ni beber, como hacen vuestros señores, á quienes jamas podéis acudir. Yo, al contrario, quiero ver vuestras cosas todas, y ser vuestro compañero, y guardaros

1. Estas muertes trágicas de los régulos de Valencia se cuentan de muy diverso modo en la *Historia de los árabes*. Primeramente son dos los Hiayas de que allí se habla, y no uno solo; y ambos mueren sucesivamente peleando contra los almorávidas en defensa de Valencia. La muerte de Abenjab es harto más triste: al año de la toma de la ciudad por el Cid, y cuando estaba más seguro por las capitulaciones, fué preso de repente con toda su familia, y después llevado á la plaza pública, donde por mandato de su inhumano vencedor se le enterró hasta la mitad del cuerpo, y así fué quemado vivo, en venganza de no descubrir los tesoros que los Hiayas habían dejado. (Véanse los capítulos 21 y 22 de la *Historia de los árabes*, por Conde.)

bien, como amigo á amigo y pariente á pariente. » Volvió después la atención á los cristianos; y temiendo que, ricos con la presa que habían hecho, no se desmandasen, les prohibió salir de Valencia sin su permiso. La principal mezquita fué convertida en catedral, y nombró por obispo de ella á un eclesiástico llamado don Jerónimo, á quien los historiadores hacen compañero de aquel don Bernardo que fué colocado en la silla de Toledo después de ganarse esta ciudad á los moros.

En vano el injuriado Jucef intentó por dos veces arrancarle la conquista enviando ejércitos numerosos á destruirle. Los berberiscos, acudillados por un sobrino del mismo Jucef, fueron ahuyentados primeramente de las murallas de Valencia con las fuerzas solas del Cid, y derrotados después completamente por él y don Pedro, rey de Aragón, en las cercanías de Játiva. Estas dos victorias y la rendición de Olocau, Sierra, Almenara, y sobre todo de Murviedro, plaza antigua y fortísima, acabaron de asegurar á Valencia, que permaneció en poder de Rodrigo todo el tiempo que vivió. Su muerte acaeció cinco años después de la conquista de aquella capital (1099), que aun se mantuvo todavía casi tres por los cristianos bajo la autoridad y gobierno de doña Jimena. Mas los moros, libres ya del terror que les inspiraba el Campeador, vinieron sobre ella, y la estrecharon tanto, que á ruegos de la viuda de Rodrigo tuvo Alfonso VI que acudir á socorrerla. Los bárbaros no osaron esperarle; y él, considerando la situación de la ciudad y la imposibilidad de conservarla en su dominio, por la distancia, sacó de allí á los cristianos con todos sus haberes, entregó la población á las llamas, y se los llevó á Castilla.

Dejó el Cid, de su esposa doña Jimena, dos hijas que casaron, una con el infante de Navarra, y la otra con un conde de Barcelona: algunas memorias le dan también un hijo que murió muy joven en un combate que su padre tuvo con los moros cerca de Consuegra. El cadáver de Rodrigo fué sacado de Valencia por su familia al retirarse de allí, y llevado solemnemente al monasterio de San Pedro de Cardaña, junto á Búrgos, donde aun se ve su sepulcro, que es siempre visitado por los viajeros con admiración y reverencia.

Tal es la serie de acciones que la historia asigna á este caudillo, entre la muchedumbre de fábulas que la ignorancia

añadió despues. Todas son guerreras, y su exposicion sencilla basta á sorprender la imaginacion, que apénas puede concebir quién era este brazo de hierro que arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamas se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Eseudo y defensa de unos estados, azote terrible de otros, eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que adondequiera que acudiese llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador*, *mio Cid*, *el que en buena hora naseo*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que sus contemporáneos le tenian, del honor y ventura que en él se imaginaban. Á primera vista se hacen increíbles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputacion, la incredulidad cesará cuando se considere que casi todas sus batallas fueron contra ejércitos colecticios, compuestos de gentes diversas en religion, costumbres é intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del país, uno de los más debeciosos de España y del mundo. Desgracia fué de Castilla privarse de semejante guerrero: su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquia hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsion total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al Estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

GUZMAN EL BUENO ¹

Reinaba en Castilla Alfonso el Sabio, y era ya el tiempo en que la suerte habia convertido las glorias de sus primeros años en una amarga serie de desventuras. Fué la señal de ellas su viaje á Francia en demanda del imperio de Alemania, pues aunque habia arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el Estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, rey de Fez, inundan la Andalucía, llevándola toda á fuego y sangre; Don Nuño de Lara, comandante en la provincia, muere en una batalla; el Príncipe heredero, gobernador del reino, fallece en Villareal; y el arzobispo de Toledo don Sancho, que salió con un ejército á encontrar al enemigo, empeña un combate con más ardimiento que prudencia, y es hecho prisionero y despues muerto.

Debió en tal conflicto la monarquia su salud á la actividad y acertadas medidas del infante don Sancho, hijo segundo del Rey, ayudado poderosamente del señor de Vizcaya don López Díaz de Haro, que con toda la nobleza castellana bajó al so-

1. AUTORES CONSULTADOS. — Zúñiga, *Anales de Sevilla*. Mondéjar, *Memorias de Alfonso el Sabio*. Mariana, *Crónicas de don Alonso, don Sancho su hijo, y don Fernando su nieto*. *Crónica de la casa de Medinasiona*, por Pedro de Medina. *Ilustraciones á la casa de Niebla*, por Pedro Barrántes Maldonado, obra inédita. *Historia de la dominacion de los árabes en España*, por don José Conde.

añadió despues. Todas son guerreras, y su exposicion sencilla basta á sorprender la imaginacion, que apénas puede concebir quién era este brazo de hierro que arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamas se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Euseudo y defensa de unos estados, azote terrible de otros, eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que adondequiera que acudiese llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador*, *mio Cid*, *el que en buen hora naseo*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que sus contemporáneos le tenian, del honor y ventura que en él se imaginaban. Á primera vista se hacen increíbles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputacion, la incredulidad cesará cuando se considere que casi todas sus batallas fueron contra ejércitos colecticios, compuestos de gentes diversas en religion, costumbres é intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del país, uno de los más debilesos de España y del mundo. Desgracia fué de Castilla privarse de semejante guerrero: su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquia hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsion total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al Estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

GUZMAN EL BUENO ¹

Reinaba en Castilla Alfonso el Sabio, y era ya el tiempo en que la suerte habia convertido las glorias de sus primeros años en una amarga serie de desventuras. Fué la señal de ellas su viaje á Francia en demanda del imperio de Alemania, pues aunque habia arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el Estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, rey de Fez, inundan la Andalucía, llevándola toda á fuego y sangre; Don Nuño de Lara, comandante en la provincia, muere en una batalla; el Príncipe heredero, gobernador del reino, fallece en Villareal; y el arzobispo de Toledo don Sancho, que salió con un ejército á encontrar al enemigo, empeña un combate con más ardimiento que prudencia, y es hecho prisionero y despues muerto.

Debió en tal conflicto la monarquia su salud á la actividad y acertadas medidas del infante don Sancho, hijo segundo del Rey, ayudado poderosamente del señor de Vizcaya don López Díaz de Haro, que con toda la nobleza castellana bajó al so-

1. AUTORES CONSULTADOS. — Zúñiga, *Anales de Sevilla*. Mondéjar, *Memorias de Alfonso el Sabio*. Mariana, *Crónicas de don Alonso, don Sancho su hijo, y don Fernando su nieto*. *Crónica de la casa de Medinasiona*, por Pedro de Medina. *Ilustraciones á la casa de Niebla*, por Pedro Barrántes Maldonado, obra inédita. *Historia de la dominacion de los árabes en España*, por don José Conde.

corro del mediodía. Con don Lope vino entonces don Alonso Pérez de Guzman, joven de veinte años, nacido en Leon, de don Pedro de Guzman, adelantado mayor de Andalucía, y de una noble doncella llamada doña Teresa Ruiz de Castro ¹. El señor de Vizcaya atajó el impetu de los bárbaros, los derrotó junto á Jaen, y vengó la muerte del Arzobispo. Este fué el primer combate en que se halló Guzman; y no sólo se señaló por sus hechos entre todos, sino que tambien tuvo la fortuna de hacer prisionero al moro Aben Comat, privado de Jucef; lo cual fué gran parte para la conclusion de la guerra, porque vuelto Alfonso de su inútil viaje, y escarmentados los enemigos con aquel descalabro, empezaron á moverse condiciones de concierto; y Guzman, que fué el ministro de esta negociacion, pudo con el influjo de Aben Comat, ántes cautivo suyo y ya su amigo, ajustar treguas por dos años con el rey de Berberia (1276).

En celebridad de este suceso se hizo un torne en Sevilla delante de la corte, donde, del mismo modo que en la batalla, Guzman se llevó la prez del lucimiento y bizarría. Llegada la noche, el Rey, que no habia presenciado la fiesta, preguntó á sus cortesanos quién se habia distinguido más en ella; á lo que contestaron muchos á un tiempo: « Señor, don Alonso Pérez es el que lo hizo mejor. » — « ¿Cuál Alonso Pérez? » repuso el Rey, porque habia algunos otros del mismo nombre. Entonces don Juan Ramirez de Guzman, hijo del adelantado don Pedro, que se habia criado en palacio, y que despues sucedió á su padre en la casa de Toral, dijo al monarca: « Señor, Alonso Pérez de Guzman, mi hermano de ganancia. » Pareció mal esta razon á todos, y más que á nadie á Guzman, que creyó ver motejada en ella la ilegitimidad de su nacimiento, porque entonces llamaban hijos de ganancia á los que nacia de mujeres no veladas, y su madre no lo habia sido. Viéndose pues sonrojado así delante de los Reyes, de las damas y caballeros presentes, respondió mal enojado: « Decis verdad, soy hermano de ganancia, pero vos sois y seréis de pérdida; y si no fuera por respeto á la presencia de quien nos hallamos, yo os daria á entender el modo con que debéis tratarme. Mas no

1. Barrantes la llama doña Isabel.

tenéis vos la culpa de ello, sino quien os ha criado, que tan mal os enseñó. » El Rey, á quien al parecer iba arrojada esta queja, dijo entonces: « No habla mal vuestro hermano, que así es costumbre de llamar en Castilla á los que no son hijos de mujeres veladas con sus maridos. » — « Tambien es costumbre de los hijosdalgo de Castilla, replicó él, cuando no son bien tratados por sus señores, que vayan á buscar fuera quien bien les haga; yo lo haré así, y juro no volver más hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia. Otorgadme pues el plazo que da el fuero á los hijosdalgo de Castilla para poder salir del reino, porque desde hoy me desnaturalizo y me despido de ser vuestro vasallo. » Quiso reducirle el Rey, mas siendo vanos sus esfuerzos, hubo de concederle el plazo que pedia, en el cual Guzman vendió todo cuanto habia heredado de sus padres y adquirido por si mismo en la guerra, y salió de Castilla acompañado de algunos amigos y criados, en todos treinta que quisieron seguir su fortuna.

En las estrechas relaciones que habia entonces entre las dos naciones que se disputaban el señorío de España, era muy comun ver á los caballeros cristianos irse á servir á los moros, y á los moros venir á los estados de los cristianos. Estaba todavia en Algeciras Aben Jucef, y Guzman se resolvió á seguirle, prometiéndole que le asistiría en todas sus empresas ménos contra el rey de Castilla ó cualquiera otro principe cristiano. El monarca berberisco recibió á él y sus compañeros con el mayor agasajo; y dándole el mando de todos los cristianos que estaban á su servicio, se le llevó al África consigo.

La primera expedicion en que lo ocupó fué la de ir á sujetar los árabes tributarios que, debiéndole ya dos años de contribuciones, se resistian á pagarlas ¹. Estos árabes, siguiendo siempre la costumbre de andar divagando, no tenian asiento ni domicilio fijo; no pagaban jamas sino forzados; y entonces, orgullosos con su muchedumbre, llevaron la insolencia hasta amenazar al rey de Fez que le quitarian la corona. Guzman, encargado de reducirlos, propuso á Aben Jucef que comprase

1. La *Crónica del rey don Alonso XI* y Barrantes Maldonado les dan el nombre de *rehalies*; y este último dice que son los mismos que los que entre nosotros se llamaban *alarbes*.

ó hiciese dar libertad á todos los cautivos cristianos que hubiese en la ciudad, los cuales, agregados á sus soldados, bastarian á sujetar á los rebeldes, sin necesidad de llevar muchos moros consigo. Hizolo así el Rey; y Guzman al frente de mil y seiscientos cristianos, y de algunos moros que tambien le siguieron, salió en busca de los rebeldes, á quienes arremetió y con grande estrago ahuyentó hasta sus tiendas. Espantados y escarmentados sus alfaquies, vinieron al campo cristiano, y no sólo ofrecieron las pagas que debian, sino que añadieron muchos dones para sus vencedores á fin de que los dejasen en sosiego. Habia muchos en el ejército de Guzman que opinaban por que no se admitiesen sus ofertas; y ensoberbecidos con su fortuna, querian que se destruyese del todo y aniquilase aquella gente amotinada. Mas el caudillo español, conociendo que la seguridad de los cristianos de África consistia en la necesidad que de ellos tuviese el Rey para tener sujetos á los árabes tributarios, no consintió su destruccion, y aceptó las pagas y dones que le hicieron. Con esto dió la vuelta á Fez, y el Rey hizo generosamente merced de una de las pagas á Guzman, el cual la partió con sus soldados.

Con este servicio, con su prudencia y sus demás virtudes, se hizo un lugar tan distinguido en aquella corte, que Aben Jucef ponía en él toda su estimacion y confianza. El poder y autoridad que allí disfrutaba resonaban en Castilla á tiempo que la monarquía, desgarrada en dos facciones, estaba en el punto de padecer una revolueion lastimosa. En medio de las prendas eminentes que adornaban á Alfonso el Sabio, veíase en sus consejos y determinaciones una irresolucion y una inconstancia muy ajenas del carácter entero y firme que tan respetable habia hecho á su padre. Á los dos grandes errores de su reinado, la alteracion de la moneda y la aceptacion del imperio, añadió al fin de sus dias la intencion de variar la sucesion del reino, solemnemente declarada en Córtes á favor de su hijo Sancho. Es verdad que esta declaracion habia sido hecha en perjuicio de los hijos del principe heredero don Fernando de la Cerda, muerto en Villareal al tiempo de la invasion de los moros. Pero Sancho habia defendido el estado; y el vigor y la prudencia que manifestó en aquella ocasion, ganándole las voluntades de los grandes,

de los pueblos, y aun del Rey, fueron recompensados con llamarle á la sucesion, excluyendo de ella á sus sobrinos. Si esto fué una injusticia, ya estaba hecha, y cualquiera innovacion iba á causar una guerra civil, porque Sancho no era hombre de dejarse despojar tranquilamente del objeto de su ambicion, conseguido ya por sus servicios. Estaban anteriormente encontradas las voluntades de hijo y padre con disgustos domésticos, enconados miserablemente por los mismos que debieran concertarlos. Así, cuando el Rey propuso una nueva alteracion en la moneda, y que se desmembrase el reino de Jaen para darle á uno de sus nietos, rompió por todas partes el descontento; y juntos en Valladolid los ricos-hombres con don Sancho, declararon inhábil á administrar y gobernar el reino al legislador de Castilla. Las más de las ciudades, los prelados, los grandes, sus hijos, su esposa, todos le abandonaron, ménos Sevilla, que se mantuvo sola en su obediencia. Los otros principes de España aliados y parientes suyos no le acudieron, y el rey de Granada, su enemigo, confederado con su hijo, hacia más espantoso el peligro y más escandalosa la rebelion.

En tan amargo apuro el infeliz monarca, todo entregado á su desesperacion, pensó meterse con todas sus riquezas en una nave que hizo preparar y pintar de negro; y dejando su ingrata patria y su desnaturalizada familia, abandonarse á las ondas y á la fortuna. Mas ántes de poner en obra este desesperado designio, volvió los ojos al África, y se acordó de Guzman, y quiso implorar la autoridad y el poder que disfrutaba en la corte de Fez. Entonces fué cuando le escribió la carta citada por casi todos nuestros historiadores, monumento singular de afliccion y de elocuencia, al mismo tiempo que leccion insigne para los principes y los hombres. Su contexto literal es el siguiente:

« Primo don Alonso Pérez de Guzman: La mi cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueño; é como cayó en mí, quera amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mi desdicha é afincamiento, que el mio fiijo á sin razon me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios perlados; los cuales, en lugar de meter paz, no á exceso ni á encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la

» mia tierra abrigo, nin fallo amparador ni valedor, non me lo
 » mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice. Y pues que
 » en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar,
 » forzoso me es que en la ajena busque quien se duela de
 » mi : pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en
 » mal que yo busque los de Benamarin. Si los míos hijos son
 » mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis
 » enemigos por hijos ; enemigos en la ley, mas non por ende
 » en la voluntad, que es el buen rey Aben Jucef, que yo le
 » amo é precio mucho, porque él non me despreciará ni fa-
 » llecerá, ca es mi atreguado é mi apazguado. Yo sé cuánto
 » sodes suyo, y cuánto vos ama, con cuánta razon, é cuánto
 » por vuestro consejo fará. Non miredes á cosas pasadas; sino
 » á presentes ; catá quien sodes é del linaje donde venides, é
 » que en algun tiempo vos fará bien ; é si lo vos non ficiese,
 » vuestro bien facer vos lo galardonará ; que el que hace bien
 » nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Alonso Pérez de
 » Guzman, faced á tanto con el vuestro señor y amigo mio,
 » que sobre la mia corona mas averada que yo he, y piedras
 » ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere ; é
 » si la suya ayuda pudiesedes allegar, no me la estorbedes,
 » como yo euido que non faredes ; antes tengo que toda la
 » buena amistanza que del vuestro señor á mi viniere será
 » por vuestra mano ; y la de Dios sea con vusco. — Fecha en
 » la mia sola leal ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi
 » reinado y el primero de mis cuitas (1282). — *El Rey.*»

Guzman, olvidando el desabrimiento pasado, expuso á Jucef la triste situación del monarca castellano, y le presentó la corona que habia de ser prenda del auxilio que se pedia. « Vé, respondió el generoso moro, y lleva á tu señor sesenta mil doblas de oro¹ para que de pronto se socorra ; consuélale y ofrécele mi ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo. La

1. Estas doblas eran probablemente *marroquíes*, que, segun la valuacion que en otro tiempo me comunicó mi difunto amigo don Manuel de Lamas, ensayador mayor y sugeto muy práctico en estas materias, equivalian á sesenta reales de vellon de nuestra moneda actual. Las de la banda correspondian al valor de sesenta y uno á sesenta y dos reales, las moriscas al de cincuenta y ocho á cincuenta y nueve.

corona del Rey quiero que quede aquí, no en prendas, sino para memoria continua de su desgracia y mi promesa. » Guzman pasó el estrecho, y vino á Sevilla acompañado de una muchedumbre lucida de amigos y criados, y presentó al Rey desvalido el tesoro que le traia. Así cumplió con gloria suya la terrible palabra que dió al salir del reino, de no volver á él sino cuando pudiesen llamarle verdaderamente de ganancia. Recibido de Alfonso con el honor y agasajo debidos á tal servicio, entre las demas señales de agradecimiento que mereció fué la de unirle con doña Maria Alonso Coronel, doncella noble de Sevilla, y por su hermosura, su riqueza y sus virtudes el mejor partido de toda Andalucía¹. Tenia entónces Guzman veinte y seis años, y la boda se celebró en Sevilla, haciendo el Rey donacion de Alcalá de los Gazúles á los desposados. De allí á pocos dias dió la vuelta al África, de donde vino después acompañando á Jucef que, seguido de gran tropel de jinetes berberiscos, trajo el socorro prometido.

Viéronse los dos principes junto á Zahara en el campamento moro, rindiendo el africano toda clase de obsequio y de respeto al rey de Castilla. Hizo que entrase á caballo en su tienda magníficamente aderezada, y le obligó á colocarse en el asiento principal, diciéndole : « Siéntate tú, que eres rey desde la cuna ; que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser. » Á lo que respondió Alfonso : « No da Dios nobleza sino á los nobles, ni da honra sino á los honrados, ni da reino sino al que lo merece ; y así Dios te dió reino porque le merecias. » Tras de estas y otras cortesias trataron amistosamente del plan que habian de seguir en sus operaciones. « Dame un adalid, dijo el moro, que me lleve por la tierra que no te obedece, y la destruiré toda, y haré que te rinda la obediencia. Díósele, con efecto, el rey de Castilla, pero encargándole que llevase á los moros por donde ménos mal hacer pudiesen : cuidado paternal, bien digno del que, despidiéndose pública-

1. Era hija de Alonso Hernández Coronel, ya difunto, y de doña Sancha Iniguez de Aguilar : su dote se componia de muchos pueblos y heredades en Castilla, Galicia y Portugal, y tambien en el reino de Sevilla, con joyas y dineros en abundancia. Guzman no efectuó su casamiento sin pedir permiso á Jucef, que se le dió, añadiendo que sentia no hallarse presente para regocijarse en su boda.

mente de los sevillanos al ir á las vistas con Jucef, « amigos, les dijo, vedes á qué so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos, é enemigo de mis amigos : esto sabe Dios que non place á mi ' ».

Las huestes confederadas llegaron á Córdoba, donde ya estaba el principe don Sancho. El moro quiso tentar las vias de negociacion, y envió á don Alonso de Guzman y á un intérprete á exhortarle al deber y á reconciliarse con su padre. Ya eran entrados en la ciudad y admitidos á la presencia del Principe, cuando este supo que los moros se habian acercado á las barreras y habian muerto algunos peones. « ¿ Cómo me venis vosotros con tal mensaje, les dijo irritado, cuando los moros están dando muerte á los míos? Idos pronto de aquí ; no estéis un punto más en mi presencia, pues vive Dios que no sé quién me detiene de haceros morir y arrojaros por encima de los adarves. » Ellos salieron dando gracias al cielo por haberles salvado de tanto peligro, y causando admiracion á todos que en el justo motivo de la indignacion de Sancho su cólera parase en amenazas.

Su presencia en Córdoba y su diligencia inutilizaron los esfuerzos de los africanos, los cuales, después de haber talado y destruido las dehesas y pueblos de la Andalucía y la Mancha, se volvieron con su presa, sin haber hecho cosa de momento en favor de su aliado. Sospechas y desconfianzas sembradas entre unos y otros, y creidas por el rey de Castilla, que, como tan ultrajado de los hombres, á todos les tenia miedo, los separaron al fin, yéndose Alfonso á Sevilla, y Jucef á Algeciras, para desde allí volverse á sus estados.

Con él se fue al África Guzman, llevándose su esposa, la cual era tratada en Fez con el respeto que su honestidad merecia. El caudillo español asistió al rey Jucef en todas las

1. Palabras copiadas á la letra de una crónica antigua que cita Mondéjar. El lector hallará en estas Vidas otras muchas sentencias y aun discursos tomados tambien literalmente de los autores consultados; pero es cuando por su contextura y expresion ha parecido que contribuian á pintar mejor el carácter de los personajes á que se atribuyen y las costumbres del tiempo á que se refieren. La misma diferencia de su lenguaje y estilo los hará conocer sin necesidad de advertirlo.

guerras que por aquel tiempo tuvo que mantener con sus vecinos, debiendo en todas ellas á su valor y á su consejo la victoria y ventajas que conseguia. Las expediciones más señaladas fueron las dos que se hicieron sobre Marruecos : en la primera las armas de Jucef ayudaban á Budeluz, un moro principal que se habia alzado contra el miramamolin Almortuda, de quien era pariente muy cercano. Guzman, por cuya direccion se gobernaba el ejército de Fez, presentó y venció en batalla al Miramamolin, á quien dió muerte por su mano peleando con él. Con esto Budeluz fué alzado por rey de Marruecos; pero á poco tiempo, hallándole Jucef ingrato á sus beneficios, y viendo que no queria cumplir las condiciones estipuladas en su confederacion, envió á Guzman contra él. Vencido y muerto Budeluz en la batalla que se dió junto á Marruecos, este estado vino á parar á la dominacion de Jucef. La misma fortuna siguió á Guzman despues en la expedicion contra Segelmesá, que tuvo tambien que sujetarse al imperio de aquel rey. Al leerse estas proezas segun las cuentan los cronistas de la casa de Medinasidonia, y viéndolas seguidas de la aventura de la sierpe y del leon, parece que su intento ha sido hacer de su héroe un paladin, y de su narracion una leyenda caballescica. Pero aun cuando por ventura haya alguna exageracion en sus *Memorias*, lo que no tiene duda es que la fama de los hechos de Guzman, saliendo de los términos de África y de España, llegaba á Italia á oídos del Papa, que le escribia á él y á sus compañeros en términos y elogios magnificos. Las riquezas adquiridas con tan nobles trabajos fueron tantas, que los dos esposos llegaron á recelar de la codicia de los bárbaros que los perdiesen por ella. La confianza y amor de Jucef hácia Guzman eran siempre los mismos, pero su hijo Aben Jacob y un sobrino que tenia, llamado Amir, envidiaban su privanza y le aborrecian, siendo de temer que, faltando el Rey, el favor y la fortuna que hasta allí habia gozado se convirtiesen en persecucion y desgracia. Acordaron pues separarse, aparentando estar desavenidos y no poderse llevar bien viviendo juntos. El Rey creyó el artificio y favoreció la separacion, de modo que doña Maria Coronel se pudo volver á España con sus hijos y la mayor parte de los tesoros de su marido.

Murió de allí á poco Jucef, sucediéndole en el señorío de Fez y de Marruécos su hijo Aben Jacob. Cuanto el padre habia tenido de generoso, de franco y de leal, tenia el hijo de feroz, vengativo y alevoso. Aborrecia á Guzman y á los cristianos defensores de su imperio; y su rencor, atizado por Amir, no tenia más freno que el temor de que el pueblo se sublevase por la desgracia de Guzman, cuyas virtudes se amaban y respetaban del mismo modo que se admiraban sus hazañas. En esta época es donde los historiadores colocan la batalla con la serpiente monstruosa que tenia aterrada á Fez y á sus contornos; mas las circunstancias increíbles con que se cuenta esta proeza tienen demasiado aire de fábula para adoptarla como cierta, y el valor de Guzman no necesita de semejantes ficciones para recomendarse á la admiracion de los hombres.

Resueltos ya los bárbaros á perderle, tomaron el arbitrio de enviarle con pocos cristianos á cobrar el tributo de los árabes, avisando á estos que le atacasen con la mayor muchedumbre que pudiesen, y ofreciendo perdonarles la contribucion si acababan con él y sus compañeros. Supo él esta alevosía por Aben Comat, aquel moro que fué su cautivo en la batalla de Jaen, y que despues se habia constantemente mostrado amigo suyo. Estaba ya por aquellos dias pensando en los medios de salir de Marruécos; y pareciéndole aquella ocasion oportuna, aceptó la comision que se le daba, y partió con sus cristianos; mas determinado á oponer artificio á artificio, derramó escuchas por todas las veredas para ver si podia coger al mensajero que llevaba á los árabes el aviso acordado. Consiguiólo; y sustituyendo otro en que se les decia que Guzman iba á ellos con gran número de gentes, envió con él á uno de los suyos. Los árabes, que con tanto daño habian experimentado su valor, no quisieron volver á hacer la prueba, y le enviaron con sus alfaques las pagas atrasadas, y muchos dones para él y sus gentes.

Hecho esto, manifestó á las soldados las pérdidas intenciones de la corte de Fez, y les propuso salir del África y volver á España. Dijoles que ya tenia avisado al general de las galeras de Castilla que le esperase en una cala junto á Tánger; repartió con ellos las riquezas adquiridas en aquella expedi-

cion, y todos á una voz le prometieron seguirle. Revolió luego hácia el mar, y atravesando por los lugares de la costa, donde echó voz que iba por mandado del Rey para defenderla de las invasiones de los castellanos, se acercó al sitio convenido. Allí le aguardaban las galeras, donde embarcado con sus compañeros, que serian hasta mil, entró por fin en Sevilla con toda la solemnidad y regocijo de un triunfo (1291).

Ya en esta sazón habia muerto Alfonso el Sabio, y reinaba en Castilla su hijo Sancho. Guzman fué á verse con él á poco tiempo de su llegada y á ofrecerle sus servicios. Admitiéndole el Príncipe, diciéndole cortesmente « que mejor empleado estaria un tan gran caballero como él sirviendo á sus reyes que no á los africanos ». Informóse largamente de las cosas de aquel país, del poder de sus jefes y de la manera más ventajosa de hacerles guerra. Habia en aquellos dias ganado nuestra escuadra una victoria de los berberiscos, tomándoles trece galeras; y á Sancho pareció ocasion oportuna de embestir á Tarifa, plaza importante, situada en la costa, y una de las puertas por donde los africanos entraban fácilmente en España. No habia dinero para la empresa; Guzman lo aprontó, y junto el ejército, atacó á Tarifa por mar y por tierra. Duró el sitio seis meses, siendo siempre Guzman el voto más atendido en los consejos y el brazo más fuerte en los ataques. Los moros se resistieron con el mayor brio; pero al cabo la plaza fué entrada por fuerza y sus moradores hechos esclavos, y aunque hubo pareceres de que se desmantelase, creyendo imposible mantenerla, por su situacion, el maestre de Calatrava se ofreció á defenderla por un año, esperando que á ejemplo suyo algun otro caballero se encargaria despues de ella, como efectivamente sucedió.

En aquel tiempo Guzman, pagando el tributo á la flaqueza humana, se dejó vencer del amor. Su edad no llegaba á los cuarenta años; su esposa, doña Maria Coronel, por indisposiciones que han llegado á nosotros mal disimuladas en el incidente del tizon, se habia hecho inhábil para el uso del matrimonio, y el clima de Sevilla, donde Guzman de ordinario residia, es á maravilla ocasionado á la galantería y los amores. Tuvo pues de una doncella noble de aquella ciudad, con quien trataba, una hija natural, á quien se llamó Teresa Alfonso de

Guzman. Los festejos y profusiones á que con este motivo se abandonó su corazon franco y generoso fueron tales, que llamando la atencion de doña Maria, la hicieron rastrear el secreto, y conocer que si poseia toda la estimacion, respeto y confianza de su esposo, no asi su corazon ni su gusto. Disimuló, sin embargo, su desabrimiento, y tomó el partido que convenia á una mátrona tan prudente y virtuosa como ella. Hizo en primer lugar traer cerca de sí á la niña, y la crió y educó como si fuera propia suya, y andando el tiempo la casó con un caballero sevillano, y la dejó heredada en su testamento. Demas de esto, sin quejarse ni acriminar á su marido, le empezó á insinuar suavemente que seria mejor se fuesen á vivir á algunos de sus lugares ó castillos, á la manera que lo hacian los señores en Francia, pues de este modo ó harian bien á sus vasallos viviendo con ellos, ó desde algun castillo fronterizo harian daño en los moros y servirian al Estado: que la residencia en Sevilla era expuesta á gastos, para los cuales sus rentas no eran bastantes, y que al cabo tendrian que vender las posesiones y heredades que con tanto trabajo habian adquirido para establecer sus hijos; y solia añadir que las ciudades no se habian hecho para vivir en ellas los caballeros, sino los mercaderes, oficiales y tratantes. Dejóse persuadir don Alonso, como quien tanto la estimaba y conocia á qué fin se dirigian aquellos consejos; y resuelto á dejar á Sevilla, tomó una resolucion verdaderamente digna de su reputacion y valor. Cumplase á la sazón el término que el maestre de Calatrava habia señalado á su tenencia de Tarifa; y como ningun otro caballero se ofreciese á sucederle, Guzman tomó sobre sí aquel servicio, y dijo al Rey que él la defenderia por la mitad del costo que hasta allí habia tenido. Llevó allá su familia, reparó los muros, pertrechóla de todo lo necesario, y encerróse en ella, sin prever que el sacrificio de sus bienes y su persona no era nada en comparacion del grande y terrible holocausto que habia de hacer muy pronto al pundonor y á la patria.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse al infante don Juan, uno de los hermanos del Rey. Inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y

despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle el favor. Á cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido no reparando jamas en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el Rey su hermano de darle libertad de la prision á que le condenó en Alfaro cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á don Sancho. De allí se embarcó, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos. Aben Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesía, y le envió, en compañía de su primo Amir, al frente de cinco mil jinetes, con los cuales pasaron el estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignacion. Atacáronla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron, mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que, pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro desecrécian la villa. « Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria. » Furiosos los moros, se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el infante acude á otro medio más poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, se le llevó al África, y le trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le

presentó al padre, intimándole que si no rendía la plaza le matarían á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcadesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues, con la humanidad y la justicia, violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oír sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al Rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. « No engendré yo hijo, prorumpió, para que fuese contra mi tierra; ántes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si don Juan le diese muerte, á mi dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuán léjos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá vá mi cuchillo si acaso les falta arma para completar su atrocidad. » Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, lo arrojó al campo, y se retiró al castillo (1294).

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entre tanto el infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro prorrumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo: « Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa. » De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venía de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que habia durado seis meses, y se volvieron á África sin más fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó toda España, y llegó á los oídos del Rey, enfermo á la sazón en Alcalá de Henáres. Desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa.

Compárale en ella á Abrahan, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir él á buscarle en persona, por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos, senalábanle con el dedo por las calles, hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos viendo á aquel varon insigne que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del Rey, y Sancho al recibirle dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes: « Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca tenéis el dechado. » Á estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; entónces fué cuando le hizo donacion para sí y sus descendientes de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete.

Tuvo pues en la estimacion pública y en la veneracion de aquel siglo toda la recompensa que cabe en los hombres la accion heroica de Guzman. Estaba reservado para nuestro tiempo, tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña, achacándola más á ferocidad que á patriotismo. Injustos y mezquinos, medimos las almas grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallando en nosotros el móvil de las acciones sublimes, queremos ajarlas mas bien con una calumnia, que admirarlas y agradecerlas. ¿ Y á quién vamos á tachar de ferocidad? Á quien no presenta en toda la serie de su vida un rasgo solo que tenga conexion con semejante vicio; al que en las grandes plagas de hambre y peste que afligieron la Andalucía en su tiempo, tuvo siempre abiertos sus tesoros y sus consuelos á la indigencia y al infortunio: al que mereció, en fin, de la gratitud de los pueblos el renombre de *Bueno* por su índole bondadosa y compasiva, ántes que la autoridad viniese á sancionársele por su heroísmo.

El rey don Sancho falleció en Toledo, aquejado de la enfermedad que contrajo por sus fatigas personales en el sitio de Tarifa. Príncipe ilustre sin duda por su actividad, su prudencia,

su entereza y su valor, su memoria sería más respetable si no la hubiera amancillado con su inobediencia y alzamiento, y con el rigor excesivo y cruel que á veces usó para escarmentar á los que eran infieles á su partido : triste y necesaria condicion de los usurpadores, tener que cometer á cada paso nuevos delitos para sostener el primero. Fuera de esto, es innegable que poseia cualidades eminentes. Su mismo padre, aunque injuriado y desposeido por él, le hacia esta justicia; y cuando le dieron la falsa nueva de que habia muerto en Salamanca, el lastimado viejo lloraba sin consuelo, y exclamaba « que era muerto el mejor home de su linaje ». De diez y ocho años salvó el Estado de la invasion de los sarracenos; y declarado heredero, supo mantener y asegurar su derecho incierto al trono contra su mismo padre, que le queria despojar de él, contra las voluntades enemigas de muchos pueblos y grandes, contra la oposicion de casi todos los reyes comarcanos. Pero estas circunstancias, que constituian la gloria y mérito de su vida, se reunieron á atormentarle al tiempo de morir. La mano que habia sabido contrarestarlas iba á faltar, y su hijo en la infancia se veia expuesto sin defensa alguna á la borrasca que iba á arrecharse con más impetu que al principio. Conociendo los grandes talentos de su esposa, la célebre reina doña Maria, la nombró por gobernadora, y ántes de espirar dijo á Guzman estas palabras: « Partid vos á Andalucia, y defendedla, y mantenedla por mi hijo; que yo fio que lo haréis, bueno que sois, y yo os lo he llamado. »

Muerto el Rey, todas los partidos levantaron la cabeza. Los Cerdas, aporados por Francia y Aragon, querian apoderarse de la corona: el infante don Juan, desmembrarla, haciéndose rey de Andalucia; el de Portugal, dilatar su frontera; los grandes y pueblos desfavorecidos ó castigados por Sancho, vengarse y satisfacerse en la menor edad de su hijo; otros personajes, tener parte en el gobierno para mantener su ambicion y su codicia; todos procediendo con una villanía, un descaro y una sed hidrópica de estados y dinero, que dificilmente se encontrarían ejemplares de escándalos iguales en las clases más necesitadas ó en las profesiones más viles. Á estos males se añadió otro mayor, creyendo que fuese un remedio de los demas. Era venido por aquellos dias de Italia el viejo don Enri-

que, hermano de Alfonso el Sabio; y habiase acordado en córtés del reino darle parte en el gobierno, para que su autoridad fuese un freno que contuviese á los otros. Pero este infante era tan malo ó peor que su sobrino don Juan: su genio inquieto y sedicioso le habia llevado desde Castilla á Aragon, desde Aragon á Túnez, y desde Túnez á Italia sin que en parte ninguna se le pudiese tolerar. Ejerció el empleo de senador de Roma, dignidad á que entónces estaba afecta casi toda la autoridad civil de aquella metrópoli del mundo; y haciéndose gibelino, asistió á los principes alemanes en su expedicion contra Carlos de Anjou. Hecho prisionero despues de la batalla de Tagliacozzo, tan fatal á Conradino, estuvo privado muchos años de su libertad, hasta que, al fin, unos dicen que huido, otros que á ruegos, pudo volverse á su patria. Los años le habian privado del esfuerzopersonal, única cualidad brillante que tenia, y las desgracias no habian corregido los vicios de su carácter. Ansiando administrar solo la tutela á cuya parte habia sido admitido, incapaz de orden ni de sosiego, y abusando torpemente de la confianza que habian hecho de él, trataba á un tiempo con el rey de Portugal, con el de Granada y con los grandes sediciosos, engañando á unos y á otros, y destrozando el Estado con sus maquinaciones insidiosas. Su venida á España fué un agüero infausto, su autoridad una calamidad pública, y su muerte una alegría universal.

Contra este raudal de males la Reina oponia en las ocasiones pequeñas las artes de su sexo, el disimulo y a condescendencia; y en las grandes una entereza y una superioridad de espíritu, que á nada se doblaba ni vencía. Guzman entre tanto considerado como el principal personaje de Andalucia, defendió aquellos reinos de las invasiones de Portugal y Granada, y aseguró su quietud con la prudencia de su gobierno. En una de las salidas que tuvo que hacer de Sevilla para contener á los portugueses, estuvo la ciudad á punto de perderse; porque, de resultas de una diferencia entre los naturales y los genoveses sobre asuntos mercantiles, se alteró el pueblo, dió muerte á algunos de aquella nacion, y saqueó y quemó sus casas. El hecho era injusto y lastimoso, y exponia la ciudad á todo el resentimiento de la república genovesa, floreciente entónces por sus riquezas, su comercio y sus fuerzas maríti-

mas. En esta crisis volvió Guzman de su expedición, y propuso á los sevillanos satisfacer á los genoveses los daños que habían sufrido, imponiéndose todos una contribucion para este fin. Aprobado el acuerdo por los hombres buenos de Sevilla, se hizo el convenio con los genoveses, y los males que amagaban por esta parte se desvanecieron.

No era tan fácil desviar los que amenazaban por la de los moros. Si para ello hubiera bastado vencerlos, la ventaja que es llevó Guzman con su hueste sevillana en todos los reencuentros pudiera escarmentarlos; pero confiados en las tramas que urdía con ellos el artificioso Enrique, no se segaban jamas, y esperaban hacerse dueños de Tarifa, ya con las armas, ya con la negociacion. Ofrecian por aquella plaza veinte y dos castillos y pagar todas las pábias atrasadas: el Infante venia en ello; pero Guzman tenia á mengua cederles una de las puertas de España, ganada anteriormente con tanta gloria, y defendida tan á costa suya. La Reina conocia las malas artes de Enrique, y no se atrevia á hacerle frente; Guzman, al contrario, se opuso abiertamente á ellas, y le hizo jurar solemnemente en Sevilla que no daría ni sería en consejo de dar á Tarifa á los moros. No contento con esto, y viéndose sin fuerzas para resistir si los bárbaros, ayudados del Infante, se ponian sobre la plaza, escribió al rey de Aragon pidiéndole dinero para pertrecharla, y ofreciéndole que la mantendría á su nombre hasta que el rey de Castilla, llegado á mayor edad, pidiese satisfacerle. Recordábale al mismo tiempo la honra que ganaría en amparar á un príncipe huérfano y desvalido contra las injurias de los extraños y contra los engaños y falsedad de sus parientes mismos. El aragones alabó mucho su lealtad y su celo, y no envió socorro alguno; mas en medio de todas las contrariedades, el esfuerzo y la industria de Guzman fueron más poderosos que ellas, y Tarifa se mantuvo por el Rey.

No toca á nuestro propósito referir todas las inquietudes y agitaciones de aquella minoridad borrascosa. Los príncipes de la casa real, la mayor parte de los grandes, á manera de bandidos, siempre con las armas en la mano y siempre destruyendo y guerreando, desgarraban el Estado con su ambicion insolente y descarada codicia. La Reina acudia con su

prudencia á todas partes: contemporizaba con los unos, ganaba á los otros, cedia á estos lo que no podia defender, y con las fuerzas que así se procuraba resistia el embate de los demas. Consumiéronse en estas agitaciones una gran parte de los labradores; y los campos de Castilla, huérfanos de los brazos que los cultivaban, dejaron de producir. Una hambre espantosa como nunca se habia conocido vino á colmar aquellas desventuras. Faltos de los granos alimenticios, recurrieron los hombres á la grama, sin que este pasto miserable les impidiese caer muertos de hambre por las plazas y por las calles. Así castigaba la naturaleza la ferocidad de estos bárbaros, y les enseñaba que los brazos se les habian dado para otra cosa que para matar y destruir.

Entre tanto crecia el Rey, y á medida de su edad iba aumentando el respeto y serenándose la tormenta. Luego que tomó en su mano las riendas del gobierno, hizo la guerra á los moros, y se puso sobre Algeciras. Cercóla por mar y tierra, y mientras duraba el sitio envió á Guzman con el arzobispo de Sevilla y don Juan Núñez á atacar á Gibraltar. Llegado allí, y viendo la obstinacion del enemigo, hizo levantar una torre que dominaba sobre la muralla, y los moros, aquejados del estrago que desde ella les hacia, se rindieron por fin, entrando los cristianos en esta plaza por la primera vez desde que los sarracenos la tomaron quinientos años ántes. Este fué el último servicio que Guzman hizo á su patria: de allí á poco, enviado por el Rey á contener las correrías de los moros convecinos, que inquietaban el campo de Algeciras, se entró por las serranías de Gausin, y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, ya los habia ahuyentado, cuando adelantándose imprudentemente cayó mortalmente herido con las flechas que de lejos le dispararon. Su cadáver, llevado primeramente á los reales del rey de Castilla, fué despues conducido á Sevilla por el Guadalquivir. Aquella ciudad, gobernada por sus consejos y defendida por sus armas, le salió á recibir con la pompa más lúgubre y majestuosa. Todos á una voz y llorando le aclamaban su mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia en 1309, cuando él tenia cincuenta y dos años de edad; y sus huesos fueron depositados en el monasterio de San Isidoro del Campo, fundado y dotado por

él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia.

Tal fué en vida don Alonso Pérez de Guzman el Bueno, primer señor de San Lúcar de Barrameda y fundador de la casa de Medinasidonia. En un siglo en que la naturaleza degenerada no presenta en Castilla más que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna á fuerza de hazanas y de servicios, sin desviarse jamas de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consuela al espíritu, del mismo modo que la vista de un templo bello y majestuoso que se mantiene en pie cercado de escombros y de ruinas. Su memoria excita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personajes más señalados de la antigüedad: un Scipion por ejemplo, ó un Epaminondas; y su nombre, llevando consigo el sello del más acendrado patriotismo, no es pronunciado jamas sino con una especie de veneracion religiosa.

ROGER DE LAURIA¹

Cuando el infeliz Conradino, último resto de la casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte á que le condenó su inhumano vencedor Carlos de Anjou, después de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dicese que, sacándose un anillo que traía al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistía al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus estados al príncipe que le vengase. No faltó allí quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al rey de Aragon Pedro III, le hiciese entender con ella las voces del príncipe moribundo, y le recordase el derecho que tenía á los reinos de Nápoles y de Sicilia, usurpados por los franceses. Estaba Pedro casado con Constanza, hija de Manfredo, tío natural de Conradino, que, señor de aquellos estados, había sido antes vencido y muerto por Carlos en los campos de Benevento; y esta alianza daba más peso á las pretensiones del monarca aragonés, que entonces se hallaba en el vigor de la edad, lleno de valor y codicioso de gloria y poderio. ®

1. ATORES CONSULTADOS. — Zurita. Mariana. Herrera. Giannone. Nicolao Specialis y Bartolomé de Neocastro en Muratori. Muntaner. Deselot. Felieu. Capmany. Varios documentos inéditos de aquel tiempo comunicados al autor.

Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo. Los italianos le llaman *Loria* unos, y otros de *L'Oría*; los catalanes *Luria*, y en su testamento también está escrito así; los franceses y los castellanos *Lauria*.

él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia.

Tal fué en vida don Alonso Pérez de Guzman el Bueno, primer señor de San Lúcar de Barrameda y fundador de la casa de Medinasidonia. En un siglo en que la naturaleza degenerada no presenta en Castilla más que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna á fuerza de hazanas y de servicios, sin desviarse jamas de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consuela al espíritu, del mismo modo que la vista de un templo bello y majestuoso que se mantiene en pie cercado de escombros y de ruinas. Su memoria excita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personajes más señalados de la antigüedad: un Scipion por ejemplo, ó un Epaminondas; y su nombre, llevando consigo el sello del más acendrado patriotismo, no es pronunciado jamas sino con una especie de veneracion religiosa.

ROGER DE LAURIA¹

Cuando el infeliz Conradino, último resto de la casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte á que le condenó su inhumano vencedor Carlos de Anjou, después de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dicese que, sacándose un anillo que traía al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistía al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus estados al príncipe que le vengase. No faltó allí quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al rey de Aragon Pedro III, le hiciese entender con ella las voces del príncipe moribundo, y le recordase el derecho que tenía á los reinos de Nápoles y de Sicilia, usurpados por los franceses. Estaba Pedro casado con Constanza, hija de Manfredo, tío natural de Conradino, que, señor de aquellos estados, había sido antes vencido y muerto por Carlos en los campos de Benevento; y esta alianza daba más peso á las pretensiones del monarca aragonés, que entonces se hallaba en el vigor de la edad, lleno de valor y codicioso de gloria y poderio. ®

1. ATORES CONSULTADOS. — Zurita. Mariana. Herrera. Giannone. Nicolao Specialis y Bartolomé de Neocastro en Muratori. Muntaner. Deselot. Felieu. Capmany. Varios documentos inéditos de aquel tiempo comunicados al autor.

Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo. Los italianos le llaman *Loria* unos, y otros de *L'Oría*; los catalanes *Luria*, y en su testamento también está escrito así; los franceses y los castellanos *Lauria*.

Mas la ambicion de este príncipe quizá se habria ejercitado solamente contra los sarracenos sin la conducta que tuvieron los franceses en el país conquistado. Su petulancia, avivada con el orgullo de la victoria y apoyada en la persuasion que tenían de la santidad y justicia de su causa, no conociendo limites ni freno, se abandonó á los mayores excesos, y atropelló todos los derechos domésticos y civiles. Entónces la indignacion rompió los lazos del miedo, y enseñó á los hombres oprimidos las fuerzas que en su abatimiento desconocian.

Un insulto hecho á una dama por un frances en las calles de Palermo dió ocasion á aquella matanza horrible que se conoce en todas las historias con el nombre de Vísperas Sicilianas (30 de marzo de 1282). Los franceses, sus hijos y sus mujeres, aunque fuesen del país, cayeron á manos de la venganza, sin que les quedase en toda Sicilia más que un pueblo de corta consideracion, llamado Esterlinga.

Cogieron estas alteraciones al rey Cárlos en medio de los preparativos formidables que destinaba á la conquista del imperio griego, y parecia humanamente imposible que los infelices sicilianos pudiesen resistir á estas fuerzas, que al instante vinieron sobre ellos. Mecina es sitiada, ombestida, y á pesar del ardor de sus defensores, conoce su flaqueza y trata de capitular; pero el implacable enojo del Rey se niega á todo concierto, y sólo quiere entrar en la plaza rodeado de suplicios y de verdugos. Los mecineses entónces juran desesperados comerse primero unos á otros que entregarse á sus duros opresores, y dan con esto lugar á que llegue el defensor y vengador de Sicilia.

El célebre negociador Juan Prochita, que no perdonaba medio ni fatiga para traer socorros á su desvalida patria, habia podido confederar entre sí al papa Nicolao III, al emperador de Grecia y al rey de Aragon. Tres años antes se habia hecho esta alianza en ruina y odio del poderío frances, ofreciendo el Papa para la empresa socorros espirituales, que valian mucho en aquel tiempo; el emperador dinero, y el rey tropas y su persona. La muerte de Nicolao, y la adhesion de su sucesor á los intereses de la Francia, no pudieron estorbar los efectos de la liga; y Pedro III, desde la costa de África, donde se habia acercado con pretexto de hacer guerra á los

moros, aportó con su escuadra á Palermo, cuando ya los pobres mecineses se hallaban en el mayor aprieto yagonia. Los habitantes de Palermo le alzaron al instante por su rey, y él envió á Mecina un corto refuerzo de almugávares, que en diferentes salidas que hicieron ahuyentaron siempre al enemigo. El déspota, estremecido, conoce entónces que la fortuna se le trueca; y temeroso de alguna alteracion en Nápoles, no se atreve á medirse con su rival, y le abandona la Sicilia.

Los sicilianos y aragoneses acometieron al instante las costas de Calabria, y á vista de Regio se dió la primera batalla naval entre ellos y los franceses, siendo estos vencidos, con pérdida de veinte y dos galeras y cuatro mil prisioneros. Mandaba á la sazón la escuadra aragonesa, como almirante, don Jaime Pérez, hijo natural del Rey: llevado del ardor juvenil, quiso embestir á Regio, contra la órden expresa de su padre, y perdió en aquella faccion algunos soldados, sin poder ganar la plaza; de lo que irritado el Rey, le quitó el mando de la armada, y nombró por almirante de ella á un caballero de su corte llamado Roger de Lauria (1283).

Era nacido en Scala¹, pueblo situado en la costa occidental de la Calabria Superior, y su padre, señor de Lauria, habia sido privado del rey Manfredo, y muerto á su lado en la batalla de Benevento. Roger fué traído á España por su madre doña Bella, ama de leche segun unos, y dama segun otros, de la reina de Aragon doña Constanza, á quien vino asistiendo cuando su casamiento con Pedro III. Crióse en la cámara de este príncipe; el rey don Jaime le heredó en el reino de Valencia; y por su educacion y por las mercedes que habia recibido estaba incorporado con la nobleza aragonesa. Los historiadores no señalan los hechos y los méritos que le sirvieron para el empleo eminente á que fué elevado, y el diploma del Rey no habla de otra cosa que de su probidad, de su prudencia y de su amor á los intereses de su corona. Así puede presumirse que la primera mitad de su vida nada ofreció á la curiosidad y al ejemplo, aunque es fuerza confesar tambien

1. Así consta de una carta latina que se conserva en el archivo real de la corona de Aragon, escrita por Roger al rey don Jaime II en 19 de julio de 1297.

que semejante oscuridad está ampliamente compensada con el lustre que sus hazañas dieron á la segunda.

Fué bien glorioso para el monarca aragones que su enemigo, no atreviéndose á hacerle frente en Sicilia, buscase todos los pretextos de la política para alejarle de allí. Carlos le desafió personalmente, y Pedro aceptó el duelo, que debía verificarse en Burdeos, autorizándole el rey de Inglaterra, señor entonces de aquella parte de Francia. El papa Martino IV, tan adicto á los franceses como contrario les habia sido su antecesor Nicolao, descomulgó al rey de Aragon, puso entredicho en sus estados, y segun el extraño derecho público que reinaba entonces en Europa, le privó de ellos y dió su investidura á uno de los hijos del rey de Francia. Pedro partió de Sicilia á conjurar esta nube; mas para asegurar á sus nuevos vasallos con la confianza de su proteccion, hizo venir á la isla á la Reina su esposa y á Jaime y Fadrique sus hijos, declaró por sucesor suyo en aquel estado al primero; y dejando á Lauria la instruccion sobre el órden que habia de guardarse en el armamento de la escuadra que debia defender á Sicilia, se hizo á la vela para España.

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla para socorrer la ciudadela sitiada por los aragoneses, y al instante se dirigió con las suyas á encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto, y aunque pudo acometerlas de improviso sin ser sentido, quiso más bien esperar el dia para la batalla, y les envió un esquife á decirles que se rindiesen ó se aperciesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas, manifestando á los enemigos que desdenaba los medios de la astucia, y sólo queria servirse del esfuerzo; mas el éxito únicamente podia absolver de temeraria esta lizarria (1285). Eran las galeras enemigas veinte, y las suyas diez y ocho: al rayar el dia embistieron las unas con las otras, y pelearon con tanto teson y encarnizamiento como si de aquella jornada dependiese la restitution de la Sicilia. Medio dia era pasado, y aun duraba la accion, cuando el general frances vió que sus galeras cedian y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Carner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido en saña por la flaqueza de los suyos,

quiso aventurarle todo de una vez, y con denuedo terrible acometió contra la capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa: él con un hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos. Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que los distinguia y el furor que los animaba. En medio de su refriega una azcona arrojada clava á Roger por un pié á las tablas del navío, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenia en la mano; entonces el general español, que habia podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que, atravesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lipari, volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas, Roger, armando cuantas galeras habia en la isla, costeó con ellas toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanías se puso como provocando al enemigo. Para más irritarle se acercó á los muros y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadas. Despues recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los lugares, y talando y destruyendo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas esta devastacion, y ardian ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El rey Carlos no se hallaba allí entonces; mas el principe de Salerno su hijo, á quien habia dejado el gobierno del Estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta hizo armar los barones y caballeros que con él estaban, y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que habia en el puerto, salió él mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que habia de una parte y de otra, aunque todos afirman que eran muchas mas las enemigas. Roger, viéndolas venir, hizose á la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto; lo cual visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo en tal manera, que ya denostaban á los catalanes y sicilianos, y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habian de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Cuando ya

estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquife, y recorriendo con él por los briques de su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y la riqueza de los barones y caballeros franceses como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto, volvió á subir á su galera, puso con ligereza increíble la escuadra en orden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que concurrían, ya por la animosidad de los combatientes, ya por las consecuencias importantes que tuvo, fué el más ilustre de los que hasta entonces se habían dado por mar en aquel tiempo (1284). Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados, mientras que los franceses ardían en ansia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponían los contrarios; y aferradas las galeras por las proas, revolvíanse de una parte á otra á buscar el lado en que más pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercanía se disparase tiro que no fuese mortal. Pero, aunque las fuerzas del Príncipe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde el principio del combate cuánta ventaja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales á los cortesanos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas que pudieron desasirse tomaron la vuelta de Nápoles con el genoves Enrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenían. Roger desde su navio animaba á los suyos al seguimiento, y cuando los sentía flaquear, los amenazaba furioso si dejaban escapar la presa. Entre tanto se peleaba terriblemente al rededor de la galera de Capua, donde iba el príncipe de Salerno. Allí estaba la mejor gente, allí los más bravos caballeros, unidos, apiñados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo, y peleando desesperados contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros, y ponían en balanzas la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera y desfondarla para echarla á pique: entonces el Príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar y le entregó su espada, pidiéndole la vida y la de los que iban con él.

Roger le dió la mano y le pasó á su galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el general de la escuadra enemiga Jacobo de Brusson, Guillermo Stendardo y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el suceso, dieron la vuelta á Nápoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á excitarla á la sedición y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo frances, y en altas voces gritaban: « Viva Roger, muera Carlos. » Costó mucho afán á los ciudadanos amigos del orden contener esta agitación, y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina. Pero ántes en la isla de Capri mandó cortar la cabeza á dos caballeros de los que se habían rendido, por desertores del partido aragones: ejemplo de rigor que deslució el lustre de su victoria, por más que se autorizase en la necesidad del escarmiento. Más noble acción fué la de pedir al Príncipe que pusiese en libertad á la infanta Beatriz, hermana de la reina Constanza, custodiada en prision desde la muerte de Manfredo su padre. Con ella y con sus prisioneros entró triunfante en Mecina, y se presentó á la Reina, que para disminuir al Príncipe la humillacion vergonzosa de su situación, tuvo la atención delicada de alejar á los infantes sus hijos al tiempo de recibirle. Despues mandó que se le custodiase en el castillo de Matagrifon, y en la misma fortaleza hizo guardar á todos los caballeros de su comitiva.

Vióse entonces un acontecimiento que manifiesta la necesidad de respetar la justicia en la victoria, y el peligro de ultrajar insolentemente á los pueblos. El de Sicilia, á pesar de los triunfos y victorias que conseguía, guardaba vivo en su memoria el mal que habia recibido de los franceses. Creyeron los sicilianos que aquellos bárbaros, que tan indignamente abusaron de sus antiguas victorias, no merecían estar al abrigo del derecho de gentes; y amotinándose furiosos, rompieron los encierros donde se guardaban los prisioneros, y ántes que los magistrados pudiesen atajar el alboroto, ya eran muertos más de sesenta de aquellos infelices. No contentos con esta demostracion tumultuaria, se juntaron en Mecina los sindicos de las ciudades, y en córtes generales de la isla decretaron que el

príncipe cautivo debía pagar con su cabeza la muerte que su padre había ejecutado en Conradino. Cuando Carlos de Anjou hizo morir á este príncipe, estaba bien lejos de pensar que llegaría un día en que su hijo y heredero se vería tratado con la misma severidad, y que en tal aprieto sólo debería la vida á la generosa hija de aquel Manfredo, á quien despues de vendido y muerto había tratado tambien con una barbarie sin ejemplo. Con efecto, la reina Constanza hizo entender á los feroces sicilianos que un negocio tan grave no podia tratarse sin conocimiento del rey don Pedro; y al mismo tiempo mandó trasladar al prisionero á otra fortaleza más segura, donde estuviese guarecido de todo insulto popular. Asi le salvó, ganándose con esta accion magnánima la veneracion de su siglo y de la posteridad, al paso que con ella hacia más detestable la conducta sanguinaria del rey Carlos, condenado á la infamia en todos los tiempos y por todos los escritores.

Tres dias despues de la derrota de su hijo llegó á Gaeta con grande refuerzo de galeras y gente de guerra, al tiempo que Nápoles estaba alterada de resultas de aquel suceso. Indignóse tanto, que tuvo propósito de entregar la ciudad á las llamas, y duró mucho tiempo en él, hasta que á ruegos del legado del Papa se templó algun tanto, y se contentó con hacer perecer en los suplicios ciento y cincuenta ciudadanos de los más culpados. Despues, sin entrar allí, se dirigió con todas sus fuerzas á la Calabria para cobrar todo lo que los aragoneses habían ganado en la costa, y hacer la guerra á Sicilia.

La escuadra de Roger, reforzada con las galeras que el rey don Pedro le había enviado para que pudiese hacer frente á las de Carlos, se hizo á la vela y costeó la Calabria. Avistó á los enemigos en el cabo de Pallerin, y no osando los franceses venir á batalla, el almirante español saltó en tierra de noche, y atacó y saqueó á Nicolera, plaza fuerte y bien guarnecida, con tal celeridad, que sin ser sentido de la escuadra enemiga, ya al alba se hallaba en el cabo unido al grueso de su armada. De este modo y con igual felicidad saqueó á Castelvetro, tomó á Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, en tanto número, que ya fué preciso enviar de Sicilia un gobernador que por parte del rey de Aragon defendiese y mandase toda aquella parte de Calabria. Despues de estas facciones Roger, dejando

aquella costa y acercándose á la de África, llegó á la isla de los Gerbes, y saltando en tierra con su gente, los moros, que entónces la poseian, no pudieron resistirle, y se la rindieron (1285). Allí mandó alzar una fortaleza, y dejó un capitán que la guardase. Para colmar su fortuna, una galera catalana hizo cautivo á un régulo berberisco, y con él y los despojos de los Gerbes dió la vuelta á Mecina con igual gloria que otras veces.

Á principios del año de 1285 murió en Foggia el rey Carlos, rendido al dolor que le causaban tantas desgracias. Hombre esforzado, guerrero ilustre si no hubiera manchado sus hazañas y su fama con la inhumanidad y la fiera que manifestó en toda su vida. Se hacian estos vicios tanto más extraños en él, cuanto más se comparaban á la moderacion y dulzura de su hermano el rey de Francia san Luis. Ganó grandes batallas, se apoderó de grandes estados, y de simple conde de Provenza, se vió rey de Nápoles y de Sicilia, árbitro de la Italia, y objeto de espanto á Grecia, adonde ya amagaba su ambicion. La fortuna, que le había acariciado tanto al principio de su carrera, le guardó al fin de ella los amargos desabrimientos que van referidos, frutos todos de la fiera implacable de su carácter y de la insolencia de su gente; porque si él hubiera regido los pueblos subyugados con alguna especie de moderacion y justicia, su dominio, apoyado en la benevolencia de sus súbditos, sostenido por los papas, y defendido con todo el poder de la Francia, no era posible que se resintiese de los débiles embates de un rey de Aragon. Leccion insigne dada á los ambiciosos para que se acuerden que los hombres no disimulan ni sufren la usurpacion y la conquista sino á quien los hace más felices. Él murió en fin, y el odio que se le tenía publicó que se había ahogado á si mismo por no poder con su rabia. Pedro, su rival, al saberlo elogió mucho sus prendas militares, y dijo que había muerto el mejor caballero del mundo. Por su falta un hijo del príncipe prisionero tomó la gobernacion del Estado, auxiliándole el conde de Artois, primo de su padre, y Gerardo de Parma, legado de la Santa Sede.

La guerra entre tanto seguía. El rey de Francia, Felipe el Atrevido, había invadido el Rosellon, apoyando con las armas la investidura que el Papa había dado á uno de sus hijos de

los estados del rey enemigo. Sus preparativos de guerra fueron formidables : ciento y cincuenta galeras amenazaban las costas españolas, mientras que las fronteras eran embestidas de cerca de doscientos mil combatientes, entre ellos diez y ocho mil caballos y diez y siete mil ballesteros. El rey don Pedro, descomulgado por el Papa, vendido por su hermano el rey de Castilla, y acometido de todas las fuerzas de la Francia, lejos de intimidarse en tanto apuro, hizo frente á su enemigo por todas partes. Los franceses ocuparon el Rosellon, atravesaron el Ampurdán y pusieron sitio á Gerona. Defendiéronse los de dentro animosamente, hasta que de resultas de un choque que hubo entre las tropas del rey don Pedro y una parte de las francesas, se rindieron á partido y capitularon. Mas la fortuna, favorable hasta entonces, les volvió la espalda : declaróse la peste en el campo frances, y sus capitanes trataron de volverse por tierra á su país. Despidieron además por economía una gran parte de las naves que tenían en Rósas, con lo cual enflaquecida su escuadra, no pudo resistir á la de Roger de Lauria, que llamado por su rey venia á toda prisa á socorrerle desde Italia.

Acababa de conquistar la ciudad de Taranto y de reducir casi todo lo que faltaba en la Calabria, cuando don Pedro le envió orden de que se viniese con su armada á Cataluña. Hizolo así, y llegó á Barcelona sin que los enemigos le sintiesen. Allí le fué á encontrar el Rey, y le mandó que saliese en busca de las galeras francesas, diciéndole : « Ya sabes, Roger, por experiencia cuán fácil es á los catalanes y sicilianos triunfar de los franceses y provenzales por mar. » Él con tan buen auspicio salió á buscarlos, á tiempo que sus almirantes, dejando quince galeras en Rósas, se venian con otras cuarenta hácia Barcelona, adonde el rey de Francia pensaba llegar por tierra. Hallábanse en San Pol cuando avistaron una division de diez galeras catalanas, y destacaron tras ellas veinte y cinco de las suyas : escapóseles la division, y ántes de que pudiesen las veinte y cinco reunirse á sus compañeras, dieron con la escuadra de Roger, á quien no creian todavía en Cataluña. Era de noche, pero esto no le detuvo en enviarlas á desafiar : cayó en los franceses gran desmayo al saber el adversario que tenían en frente, y se apercibieron flojamente á la pelea; pero con-

fiados en la oscuridad, intentaron desordenar la escuadra española, tomando la misma voz y las mismas señales. Decian los nuestros « Aragon », y ellos repetian « Aragon »; los buques de Roger llevaban un farol encendido, y tambien le encendieron en los suyos : mezclados así, y confundidos los unos con los otros, la batalla se trabó, mas no duró mucho tiempo. Roger acometió á una galera provenzal, y del primer encuentro le derribó todos los remos de un costado, cayendo al mar los remeros y gente que allí habia, con grandes alaridos. Igual esfuerzo hacian los demas buques españoles por su parte; y la ballesteria catalana, entonces la más formidable del mundo, causaba tal estrago en los franceses, que, perdido el ánimo y la confianza, doce de sus velas escaparon con Enrique de Mar, y las demas se rindieron con Juan Escoto, su almirante. Roger trasladó su gente á las galeras apresadas, por estar en mejor estado que las suyas, estas las envió á Barcelona, y se dispuso á seguir el alcance de las fugitivas.

Pasaron de cinco mil los enemigos muertos en el combate, y á otro dia quiso el vencedor tomar en los prisioneros la represalia de los estragos y crueldades que los de su nacion habian cometido á su entrada por el Rosellon. Sólo el almirante y otros cincuenta caballeros fueron exceptuados de esta resolucion inhumana; y con fiereza indigna de su gloria mandó arrojar al mar á trescientos, ensartados en una maroma, y á doscientos sesenta, que no estaban heridos, les hizo sacar los ojos y los envió al campo frances. Corrió despues tras de los que huian, entró en el puerto de Cadaqués, que estaba por el enemigo, rindió el castillo, y apresó tres buques; y en ellos el tesoro que venia para la paga del ejército. No estaba todavía en este tiempo ganada Gerona, que habia conseguido una tregua de treinta dias, para rendirse al fin de ellos si no era socorrida. Los franceses, viendo la actividad y fortuna de Roger, querian que se tuviese por comprendido en aquella tregua, y le enviaron al conde de Fox para que cesase en sus hostilidades. Mas él contestó que ni á franceses ni á provenzales la concederia jamas. Motejóle el Conde de soberbio, y le dijo que al año siguiente pondria su principe una escuadra de trescientas velas, y que el rey don Pedro no podria presentarle otra igual. « Yo la aguardaré, replicó : Dios, que hasta ahora me ha dado

victoria, no me dejará sin ella; y yo fio que no osaréis combatir conmigo.» Y creciéndole el orgullo con la contestacion, «sabad, le dijo, que sin licencia de mi rey no ha de atreverse á andar por el mar escuadra ó galera alguna; ¿qué digo galera? los peces mismos si quieren levantar la cabeza sobre las aguas han de llevar un escudo con las armas de Aragon.» Sonrióse el Conde al oír esta jactancia; y mudando de conversacion, se despidió de él y se volvió á sus reales.

Con esta respuesta, los generales franceses, obligados á quemar los buques que tenían en Rosas para que no cayesen en poder del enemigo, desesperanzados de todo socorro por mar, viendo ya entrada la peste en su campo, y enfermo de muerte el Rey, sin embargo que ya tenían ganada á Gerona, se vieron constreñidos á retirarse á su país. Pusiéronse en movimiento para ejecutarlo, y el desorden y el estrago que sufrieron en su vuelta (1285) fueron iguales á la presuncion y pujanza con que entraron. El monarca aragonés, siempre sobre ellos, hostigándolos con encuentros continuos, cortándoles los viveres, no los dejaba ni marchar ni descansar; y aquel ejército, que contaba por suya á Cataluña sin haber perdido una batalla, entró en Francia roto, desordenado y disperso, dejando los caminos cubiertos de enfermos y despojos, muerto su rey del contagio, y con poco aliento en los que se habian salvado para venir otra vez.

Gerona al instante se redujo á la obediencia de Pedro, el cual, libre de los franceses, volvió su ánimo á castigar la perfidia del rey de Mallorca, su hermano. Dispuso á este fin una armada, y dió el mando de ella al príncipe don Alonso, su hijo. En este estado le acometió una dolencia, de que murió en Villafranca á los cuarenta y seis años de edad. Sicilia conquistada, Nápoles amenazada, su reino defendido de tan formidable invasion, Mallorca castigada, pues se rindió á su hijo, fueron las operaciones brillantes de su reinado. Los aragoneses le dieron el nombre de Grande; y si este título es merecido por el valor, la capacidad y la fortuna, no hay duda en que está justamente aplicado á Pedro III, no solo para distinguirle de los demás reyes de su nombre, sino de todos los de su tiempo, á quienes se aventajó en muchos grados. Pero despues de la extension que habia dado á sus estados el rey don Jaime su padre,

más grandeza y más gloria hubiera cabido á su sucesor si empleara en civilizarlos las grandes dotes que empleó en aumentarlos con conquistas tan lejanas, despoblando sus reinos para mantenerlas, y estableciendo aquella serie interminable de pretensiones, sostenidas por sus sucesores con rios de sangre española.

Muerto el Rey, Roger, ántes de volver á Sicilia, exigió de don Alonso, su heredero, palabra real de ayudar con todas sus fuerzas y contra cualquiera enemigo al infante don Jaime, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla. Con esta seguridad y pacto se hizo á la vela en su armada, y tuvo el contra-tiempo de una tormenta que dispersó los buques, y echó á pique seis en que iban la mayor parte de los tesoros que habia ganado en sus batallas anteriores. Duró el temporal tres dias, y sola la gran diligencia y actividad de los pilotos pudieron salvar la armada que, compuesta de cuarenta galeras, llegó á Trápana en muy mal estado. El Almirante fué por tierra á Palermo, y dió á doña Constanza la noticia de la muerte del rey don Pedro. Al instante su hijo don Jaime tomó el título de rey de Sicilia y se coronó en aquella ciudad; lo cual ejecutado, mandó volver á Roger á España para que manifestase á su hermano el estado de cosas de Sicilia y de Calabria, y para que nada se tratase en perjuicio suyo en las negociaciones de paz que ya mediaban con el príncipe de Salerno, á quien don Pedro poco ántes de su muerte habia hecho traer á España.

Deseaba la paz el rey de Aragon para atender á la tranquilidad de sus estados y quitarse de encima un enemigo tan poderoso como la Francia; deseábala el Príncipe para recobrar su libertad y disfrutar de su corona; deseábala tambien el rey don Jaime para cimentarse en su nuevo estado, que siempre creía le seria asegurado por las convenciones que se ajustasen. Mediaba el rey de Inglaterra á ruegos del Príncipe; pero á pesar de su influjo y del deseo comun, lo estorbaban las miras del Papa y del rey de Francia, que no se mostraban fáciles á acceder á las condiciones con que el rey de Aragon consentia en la libertad de su prisionero. Se ajustaban treguas para hacer la paz, y estas treguas se rompian sin haber concertado nada. El almirante Roger en este intermedio armó seis galeras, y con ellas hizo vela para Aguasmuertas, corrió la costa de la Provenza

combatió á Santueri, Engrato y otros pueblos, hizo grande presa en ellos, y se volvió á Cataluña (1286) sin que la armada francesa, muy superior en número, pudiese contenerle ni alcanzarle.

En su ausencia el rey de Sicilia habia dado el cargo de su armada á Bernardo de Sarriá, uno de los más valientes caballeros de aquel tiempo, el cual con doce galeras armadas de catalanes corrió toda la marina de Capua, tomó las islas de Capri y de Prochita, entró por fuerza á Astura, y se volvió á Sicilia, talando y quemando los casales y tierras de Sorrento y Pasitano, y cargado de un botín inmenso. Estos estragos obligaron á los gobernadores del reino de Nápoles á aprestar una armada y juntar gente para invadir á Sicilia: las atenciones que distraian al rey de Aragon, la ausencia de Roger y la inteligencia que tenían en algunos pueblos de la isla, les prometian buen éxito en su empresa, y aplicaron todos sus esfuerzos á conseguirla. Iban por capitanes de la primera armada que enviaron, el obispo de Marturano, legado del Papa, Ricardo Murrone; y por almirante un caballero muy estimado entónces, llamado Reinaldo de Avellá. Esta armada arribó á Agosta, y el ejército que llevaba saltó en tierra, puso á saco la plaza y fortificó el castillo: hecho esto, la armada dió la vuelta á Brindis, donde el grueso del ejército enemigo esperaba para pasar á Sicilia.

La ausencia de Roger habia ocasionado gran descuido en los armamentos navales de la isla; y cuando llegó á ella y supo la rendicion y toma de Agosta, empezó al instante á reparar la falta y á preparar la armada. Los sicilianos, que vieron á los enemigos otra vez dentro de su país y amenazados del grande armamento que se hacia contra ellos en Brindis, empezaron á culpar de esta situacion al Almirante: la envidia apoyaba la queja, y echándole en cara que por piratear en la Provenza habia abandonado las obligaciones de su cargo, osó llevar á los oídos del Rey aquella odiosa imputacion y calumniarlo con ella. Llegó á Roger la noticia de esta maquinacion á tiempo que se hallaba en el arsenal dando priesa á los trabajos del armamento; y así como estaba, lleno de polvo, mal vestido, ceñido de una toalla, subió indignado á palacio, y puesto delante del Rey y de aquellos viles cortesanos: «¿Quién de vosotros,

dijo, es el que, ignorando los trabajos míos, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy, diga su acusacion, y yo le responderé. Si despreciáis mis acciones y mis fatigas, por las cuales tenéis vida y tesoros, mostrad lo que habéis hecho y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivís, el lujo que ostentáis. Vosotros os divertiais miétras que á mí me oprimia el peso de las armas; ningun cuidado os agitaba miétras que yo disponia mis campañas; ociosos estabais, y no temí ni la muerte ni la fatiga; yo andaba á la inclemencia del mar, y vosotros estabais abrigados en vuestras casas; un banco de remero era mi lecho, y mis manjares fastidiosos y repugnantes á vosotros, acostumbraos á mesas regaladas; en fin, el hambre y el afán me consumian, miétras que, nadando en deleites, hallabais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones, y ved, si la guerra dura, quién ha de ser el martillo de vuestros enemigos, pues no me da tanta vergüenza vuestra calumnia, como dolor vuestro peligro si olvidáis lo que valgo y me desecháis de vosotros.» Vuelto entónces á los que le habian acompañado, «id, exclamó, y traed al instante los testigos de mi valor, los monumentos de mis victorias y de mi gloria: la bandera del principe de Salerno, los despojos de Nicotera, Castrovechio y de Taranto; los de la Calabria cuando hice huir al rey Cárlos de Regio; traed las cadenas serviles de los Gerbes, las insignias del triunfo que conseguí en San Feliu y en Rosas, y las riquezas conseguidas en Aguas y en Provenza; traedlas, y pues que aun dura y durará la guerra, si entre estos hay alguno más valeroso que yo, ese dirija las armas y escuadras de Sicilia y defienda el Estado contra sus enemigos». La magnificencia y dignidad de sus palabras impusieron silencio y admiracion á toda la corte que le escuchaba; los malsines no osaron contradecirle; y él, despreciando sus viles intrigas y su miserable envidia, volvió á entender en la preparacion de la armada, que, á fuerza de su increíble actividad y diligencia, á breve tiempo estuvo dispuesta en número de cuarenta galeras bien pertrechadas.

En ellas se hizo á la vela, y salió á buscar á los enemigos al mismo tiempo que el Rey, despues de haber asegurado á Catania, que tenia inteligencia con ellos, puso sitio sobre la fortaleza de Agosta para arrojarlos de aquel punto, uno de los más

fuertes é importantes de la isla. Los sitiados se defendieron valientemente; pero al fin, siendo mucha gente y faltándoles bastimentos, tuvieron que rendirse á partido de que salvaran las vidas. Fueron en aquella ocasion hechos prisioneros los tres principales personajes del armamento enviado anteriormente por los gobernadores de Nápoles, que eran el legado del Papa, el general Murrone y el almirante Reinaldo de Avellá. Entre ellos se hallaba un religioso, llamado fray Prono de Aydoná, dominicano, el cual habia traído letras y provisiones del Papa para alterar la isla. Ya anteriormente, venido con la misma mision, y cogido, habia sido perdonado generosamente por el Rey, que respetando su estado tambien mandó ahora ponerle en libertad; pero él quiso más bien estrellarse la cabeza contra un muro que sufrir la confusion de parecer á la presencia del monarca ofendido.

Mientras esto pasaba en Agosta, Roger supo que la mayor parte de la armada enemiga se hallaba en Castelamar de Stabia esperando tiempo para pasar á Sicilia. Componiase esta de ochenta y cuatro velas, y él no tenia mas que cuarenta; pero llevaba consigo su pericia, su esfuerzo, su fortuna, y sobre todo su nombre. Así luego que llegó á Sorrento envió un esquife al almirante enemigo, diciéndole que se apercibiese á la batalla, porque él iba á presentársela. Con este aviso los franceses pusieron en órden su armada, en donde iban un número considerable de condes y señores provenzales. Colocaron en medio en dos grandes banderas los dos estandartes del Príncipe y de la Iglesia, y vinieron á encontrarse con los nuestros. Roger dispuso sus galeras en órden de batalla, señaló las que habian de guardar el estandarte real, que colocó en medio, ordenó en cada buque su terrible ballearia, y dió la señal de embestir. Rompióse la batalla por una galera siciliana, que fué rodeada de cuatro francesas, y al fin rendida; pero acudieron más velas españolas y sicilianas, que la reprasaron. Otras acometieron el centro enemigo, donde iban los condes; y empeñada así la batalla, los franceses se distinguian por el número y la valentia, los nuestros por la osadía y la destreza. Veíase á Roger armado sobre la popa de su galera animando á sus capitanes y dirigiendo sus movimientos. Á su voz y á sus gritos, que resonaban feroces en medio de aquel estruendo, los suyos se alentaban, y se estremecian los enemi-

gos. Declaróse, en fin, la fortuna por la pericia: su misma muchedumbre impedía á los franceses maniohrar con acierto; y moviéndose tumultuosamente y en desórden, más parecia que peleaban por conservar el honor que por alcanzar la victoria. Los nuestros, que sintieron su desconcierto, empeñaron más la acción, y empezaron á hacer grande estrago en ellos, que, ya desbaratados y confundidos, no osaban hacer resistencia. Derribados los dos estandartes, vencidas y ganadas las galeras en que iban los condes y gente principal, apresadas cuarenta y cuatro, el resto se puso en huída con Enrique de Mar, hombre muy diestro en escaparse de estos peligros. Roger envió á Mecina las galeras apresadas, con cinco mil hombres que tomó en ellas, y se puso otra vez á vista de Nápoles, que, alborotada con tan grande derrota, se volvió á alterar y aelamar el nombre del almirante español (1287).

En tan gran conflicto los gobernadores del reino tomaron el partido de asentar treguas con Roger. Este creyó que la suspension de armas sería útil al Rey, y la ajustó por un año y tres meses, exigiendo que se le habia de entregar la isla y fortaleza de Iscla, que habian cobrado los franceses; pero don Jaime no quiso confirmar esta convencion, hecha sin consulta suya, y se tuvo por mal servido del Almirante, á quien al instante empezó á acusar la envidia, imputándole que se habia dejado ganar por dinero de los enemigos. Él envió un comisionado suyo al rey de Aragon para que la confirmase por su parte; mas tampoco vino en ello este monarca, ya prevenido por su hermano; y le respondió que él la aceptaría y guardaría si don Jaime la admitiese.

Al año siguiente de 1288 consiguió su libertad el príncipe de Salerno bajo las condiciones siguientes: que pagase veinte y tres mil marcos de plata, diese en rehenes á Roberto y Luis, sus hijos, y alcanzase del Papa y el rey de Francia una tregua de tres años, en la que habia de entrar el Príncipe mismo. Otras muchas convenciones hubo, que no son de este propósito; baste decir que Nicolao IV, pontífice entónces, y el rey de Francia no las aceptaron; que el Príncipe fué coronado por el Papa mismo, rey de Sicilia y señor de Pulla, Capua y de Calabria; y que la guerra volvió á encenderse con más furor que nunca. El rey don Jaime pasó con su ejército á Calabria á

reducir los lugares que se habian rebelado en aquella provincia ; y con intento de dirigirse despues á Gaeta. Escarmentados y reducidos muchos pueblos y fortalezas, y arrojado de allí el conde de Artois, que habia con un grueso ejército querido hacer frente á los nuestros, don Jaime se dirigió á la playa de Belveder para combatir el lugar, que era muy fuerte. Hallábase allí el señor de él, Roger de Sangeneto, que, habiendo sido ántes prisionero del rey de Aragon, por medio del Almirante habia conseguido su libertad, haciendo homenaje de reducirse él y sus castillos á la obediencia del Rey, dejando en rehenes para seguridad dos hijos que tenia. Pudo más con aquel caballero la fe jurada á su primer señor que el amor de sus hijos, y al punto que se vió libre siguió haciendo toda la guerra que podía desde sus posesiones. Fué pues combatido con el mayor teson el castillo de Belveder ; pero Sangeneto se defendia valerosamente, y con una máquina bélica que tenia en la muralla, dirigida contra la parte del real donde se hallaba el Rey, hacía en los sitiadores un estrago terrible. El Almirante, que asistia á don Jaime en toda aquella expedicion, acudió entonces á uno de los medios condenados en todos tiempos por el derecho de gentes, y abominados de la humanidad y de la justicia. Armó una polea con cuatro remos, y puso en alto sobre ella al hijo mayor de Sangeneto, haciéndole blanco de los tiros de la máquina. Todos los triunfos de Roger de Lauria no bastan á cubrir la mancha que deja en su carácter semejante atrocidad, y todo su heroísmo se eclipsa delante de la entereza de aquel infeliz padre, que, sordo entonces á los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio. Cayó el mozo inocente á la violencia de un tiro, que le dividió en dos partes la cabeza, y parece que su desgracia despertó en el bárbaro Roger algunos sentimientos de virtud. El cadáver, cubierto con una rica vestidura, fué enviado al padre ; y don Jaime, no queriendo perder más tiempo delante de aquella fortaleza, levantó el sitio y envió á Sangeneto el otro hijo que tenia en su poder (1289).

La armada y el ejército se dirigieron después á Gaeta, en cuyo puerto entraron sin oposicion. El Rey intimó á la plaza que se rindiese ; y á la repulsa arrogante que de ella recibió, mandó hacer todos los preparativos del sitio, y comenzó á com-

batirla. El rey de Nápoles acudió al instante á la defensa con ejército poderoso, cifrando los dos monarcas rivales su reputacion y su fortuna en el éxito de aquella empresa. El de Sicilia tenia á su favor la compañía de los mejores capitanes del mundo, victoriosos por mar y por tierra, y el empeño de salir con una empresa, la primera en que empleaba su persona, mientras que al de Nápoles instigaba el ansia de reparar los daños y afrentas recibidas, el deseo de dar reputacion al principio de su reinado, y la esperanza que tenia en el brillante ejército que habia juntado en Provenza y en Italia, mandado por uno de los mejores generales de aquel tiempo, que era el conde de Artois. Al principio los franceses embistieron la parte oriental del campamento siciliano, donde se hallaba el almirante Roger, y fueron rechazados y obligados á retirarse del combate. Pero sus fuerzas iban cada día aumentándose con auxilios que les venian del partido güelfo en Italia, y los nuestros parecian ya más sitiados que los de Gaeta. Una batalla era inevitable en esta situacion, y de ella iba á depender el destino de Nápoles y de Sicilia ; pero el rey de Inglaterra, continuando el bello papel de pacificador con que se mostró en estas sangrientas alteraciones, envió un embajador al Papa, exhortándole á que procurase algun concierto entre los dos príncipes : el Papa condescendió con los deseos de aquel monarca, y envió un legado á Gaeta, el cual, con el embajador inglés, persuadió á los dos reyes que asentasen treguas por dos años, con la condicion de que el de Nápoles levantase primero su real. Así lo hizo, y tres dias después don Jaime se volvió con su armada y ejército á Sicilia.

Mas á pesar de estas ventajas y mediaciones, la suerte de los infelices sicilianos iba á conducirlos al riesgo de volver al yugo de sus antiguos opresores. Ellos no tenian otro escudo ni otros valedores que las fuerzas de Cataluña y Aragon, y estas iban á faltarles, y quizá á volverse en contra suya. El rey don Alonso, no juzgándose bastante fuerte para hacer frente á un tiempo á la Francia, á las disensiones intestinas movidas en sus estados por los ricos-hombres, celosos de la conservacion de sus fueros y privilegios, atropellados por el rey difunto ; al rompimiento que amenazaba de parte de Castilla, y á sostener el estado de Sicilia contra las fuerzas de Nápoles,

del Papa y del partido güelfo en Italia, tuvo por más conveniente dar la paz y la tranquilidad á sus estados que sostener sus pretensiones á costa de una guerra á la cual no veía fin. Hizo pues la paz con sus enemigos, ofreciendo, entre otras condiciones, renunciar sus derechos á los estados de Sicilia, sacar de allí sus fuerzas y sus generales, persuadir á la Reina su madre y á su hermano que abandonasen el pensamiento de mantenerse en el dominio de la isla, y aun obligándose, en caso necesario, á arrojarlos él mismo de allí con sus propias fuerzas. Mas cuando Cataluña y Aragon empezaban á respirar con la esperanza de la paz, y aquel Príncipe se disponía á celebrar sus bodas con la hija del Rey de Inglaterra, falleció arrebatadamente en Barcelona á los veinte y siete años de su edad, en 1294. Su muerte fué generalmente sentida, así por su amor á la virtud, á la justicia y á la liberalidad, en la cual fué muy señalado, y obtuvo por ella el sobrenombre de *Franco*; como por haber mostrado la paz al mundo, segun dice Mariana, si bien no se la pudo dar. Llamó por su testamento á sucederle á su hermano don Jaime, con tal de que dejase el reino de Sicilia á don Fadrique, sustituyendo á este en primer lugar en la sucesion, y despues de él al infante don Pedro, en caso de que don Jaime prefiriese quedarse en Sicilia. Pero este principe, luego que supo la muerte de su hermano, se hizo á la vela para España, y celebró su coronacion en Zaragoza, protestando en este acto que no recibia los reinos y señorios por el testamento de su hermano, sino por el derecho de su primogenitura. Con esto anunció que tambien queria quedarse con los estados de Sicilia y de Italia, y al instante empezó á tomar medidas para la seguridad y defensa de ellos.

Dió el cargo de gobernador y general de Calabria á don Blasco de Aragon, hombre de un esfuerzo á toda prueba y de una capacidad y prudencia consumada. Este guerrero, despues de haber con su sagacidad y moderacion establecido la autoridad y preeminencia de su encargo en las tropas de la provincia, que se rehusaban á obedecerle, retó á los franceses que el rey de Nápoles tenía tambien en Calabria, y los desbarató, haciendo prisionero á su general Guido Primerano. Esta victoria aseguró la provincia del estrago que los enemigos hacian en ella, y acabó de afirmar la autoridad de don Blasco. Mas,

como nunca faltan envidiosos al mérito cuando se levanta, fué acusado ante el Rey de haber tomado á Montalto quebrando la tregua que habia con los enemigos, y de haber batido moneda, en desdoro de la preeminencia real. Mandado venir á la corte para responder á estas acusaciones, obedeció, y vino á España; pero ántes hizo homenaje al infante don Fadrique, lugarteniente de su hermano en aquellos estados, de que luego que hubiese dado los descargos á las culpas que se le imputaban, y satisfecho su honor, volveria á la defensa de Sicilia.

Roger de Lauria en este intermedio, despues del sitio de Gaeta, habia corrido con una armada las costas de África y tomado á Tolometa por asalto. Enviado á España por don Jaime, á ruegos de don Alonso, para asegurar las costas, al instante que murió este principe navegó hácia Sicilia, de donde vino acompañando al nuevo rey; mas luego, por su mandado, volvió á hacer vela para la isla á defender sus mares y los de Calabria. Mandaba por los franceses en esta provincia Guillen Estendardo, el cual, teniendo noticia de que la armada siciliana iba á surgir junto á Castilla, puso en celada cuatrocientos caballos en aquella marina, esperando sorprender á Roger. Mas este, que prevenia siempre los accidentes y vencía las asechanzas con ellas, hizo desembarcar su gente con tanto concierto como si tuviesen delante los enemigos. No pudo Estendardo excusar de venir á batalla, la cual fué muy reñida, sin embargo de darse con poca gente (1292); pero herido el general frances, y sacado á duras penas del riesgo, se declaró la victoria por Roger, el cual, siguiendo las fieras instigaciones de su índole inhumana, hizo degollar á uno de los prisioneros, Ricardo de Santa Sofia, porque siendo gobernador de Cotron por el rey de Aragon habia entregado aquella plaza á los enemigos. Ganada la batalla y recogida la gente á la armada, dirigióse hácia levante, costó la Morea, entró de noche y saqueó á Malvasia, taló la isla de Chio, y cargado de presas y despojos, dió la vuelta al puerto de Mecina.

Seguian entre tanto las negociaciones de paz entre los príncipes enemigos, y era difícil al de Aragon lograrla á buen partido en aquel estado de cosas. La union tan estrecha entre las casas de Nápoles y Francia, la adhesion de los papas á su partido, por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia;

el entredicho puesto en Aragon, y la investidura dada á Cárlos de Valois, no consentian concierto ninguno que no tuviese por base la renunciacion de la isla, á menos de que don Jaime consiguiese en la guerra unas ventajas tales, que obligasen á sus adversarios á consentir en la cesion de aquel estado. Pero estas ventajas no podian esperarse del poder que le asistia, y mucho ménos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del gran don Pedro su padre. Blandeó pues al fin, y ajustó su paz con la Iglesia, con el rey de Nápoles y el de Francia, renunciando su derecho sobre la Silicia, y obligándose á arrojar de ella con sus armas á su madre y á su hermano, en caso de que no quisiesen dejar la posesion en que estaban. Concertó casarse con una hija del rey de Nápoles, y por un articulo secreto le prometió el Papa la donacion de las islas de Cerdeña y Córcega en cambio de la Sicilia.

Al rumor de estas negociaciones, los sicilianos enviaron embajadores á don Jaime á pedirle que reformase ó revocase una concordia tan perjudicial para ellos. Entretúvolos el Rey algun tiempo miéntras se terminaba el tratado; y cuando ya estuvo confirmado, al tiempo de celebrar sus bodas en Villabertran con la infanta de Nápoles, les dió su respuesta final, anunciándoles la renuncia que habia hecho de los reinos de Sicilia y Calabria en el rey Cárlos, su suegro. Oyeron esta nueva como si recibieran sentencia de muerte; y delante de los ricos-hombres y caballeros que á la sazón se hallaban presentes, es fama que Cataldo Russo, uno de ellos, se explicó en estas palabras:

« ¡ Con que en vano ha sido sostener tan grandes guerras, verter tanta sangre y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, á quienes juramos nuestra fe, y por quien con tanto tesón hemos combatido, nos entregan á nuestros crueles enemigos! No ganan, no, á Sicilia los franceses, tantas veces derrotados por mar y por tierra; el rey de Aragon es quien la abandona, teniendo ménos aliento para sostener su buena fortuna, que perseverancia y tenacidad sus contrarios para contrastar la adversidad de la suya. Afirmado, como lo está, el reino de Sicilia, conquistada la Calabria toda y la mayor parte de las provincias vecinas, vencedores siempre que hemos combatido, nada nos faltaba á los sicilianos sino un

monarca que nos tuviese en más precio y supiese estimar su prosperidad. ¡ Desventurados! ¿ Qué nos puede valer ya por nuestra parte delante de un rey que confunde todas las leyes divinas y humanas y no sólo abandona á sus más fieles vasallos, sino que pone á su madre y hermanos en poder de sus enemigos? ¡ Qué de atrocidades no harán cometer la rabia y la venganza á estos hombres, ya ántes tan soberbios y crueles, cuando vuelvan á nuestras casas y las vean teñidas aun con la sangre de los suyos! Decid, ¿ á quién queréis que nos demos? ¿ Será á aquel que, siendo príncipe de Salerno y prisionero por vuestra causa, y á presencia vuestra, condenamos á muerte? ¿ Entregaremos vuestra madre y hermanos al hijo de aquel que en un día quitó el reino y vida al rey Manfredo, su padre? Pero la miseria y la injusticia producen al fin la independencia. Los pueblos de Sicilia no son un rebaño vil que se compra y se enajena por interes y dinero. Buscamos á la casa de Aragon para que fuese nuestra protectora, la juramos vassallaje, y con su ayuda arrojamos de la isla á los tiranos y castigamos sus atrocidades. Si la casa de Aragon nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos, y sabremos buscar un príncipe que nos defienda: desde este momento no somos vuestros ni de quien vos queréis que seamos; mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora; y libres y exentos de todo señorío, volvemos al estado en que nos hallábamos cuando recibimos por rey á don Pedro vuestro padre. »

Estas palabras, acompañadas de lágrimas y demostraciones de desesperacion y dolor, conmovieron á todos los circunstantes; pero el Rey, que ya habia tomado su partido, les admitió la protestacion de libertad que habian hecho, dió las órdenes que le pedian, y les encargó que cuidasen de su madre y su hermana, añadiendo que nada les decia acerca del infante don Fadrique, porque este, como buen caballero, sabria bien lo que habia de hacer (1295).

Ocupaba en aquella sazón la silla pontificia Bonifacio VIII, papa célebre por su ambicion, su sagacidad y sus desgracias. Antes de su eleccion habia tenido algunas relaciones con don Fadrique; y el Infante luego que le vió Papa le envió una embajada á congratularle y hacérsele propicio. Bonifacio le pidió

que viniese á verle con Juan Proclita, Roger de Lauria y algunos barones de Sicilia, con el objeto, segun decia, de arreglar las cosas de la isla y tratar del acrecentamiento de aquel príncipe. Estas vistas se hicieron en la playa de Roma; y como el Papa viese la gentil disposicion del Infante y la magnanimidad y discrecion que mostraba en sus palabras, desesperó de poderle traer á los fines que queria, y eran que la Sicilia se pusiese bajo de su obediencia sin oposicion. Abrazóle, y viéndole armado, dió á entender que sentia ser la causa de que tan mozo se aficionase á las armas. Volvióse depués á Roger, y considerándole despacio, « ¿ es este, dijo, el enemigo tan grande de la Iglesia y el que ha quitado la vida á tanta muchedumbre de gentes? Ese mismo soy, padre santo, respondió Roger; más la culpa de tantas desgracias es de vuestros predecesores y vuestra. » Tras de estas y otras pláticas Bonifacio se separó con Fadrique, y persuadiéndole que se conformase con la paz que su hermano habia concertado, le prometió casarle con Catalina, nieta de Balduno, último emperador latino de Constantinopla, y ayudarle con las fuerzas de Francia y las suyas á conquistar aquel imperio. El Infante admitió la oferta, prometió no oponerse á la restitucion de la Sicilia, y se volvió á la isla.

En ella no se creyeron al principio las noticias de la paz ajustada entre el rey de Aragon y sus enemigos. Mas cuando los embajadores enviados á este fin volvieron con la respuesta y declaracion definitiva de don Jaime, sacando fuerzas de su desesperacion misma, los sicilianos en parlamento general del reino, celebrado en Palermo, pidieron al infante don Fadrique que se encargase de aquel estado, lo cual consentido y admitido por él, se señaló dia para juntarse en Catania los barones y señores principales de la isla con los síndicos y procuradores de las ciudades á prestar el juramento de fidelidad. Roger en aquella ocasion, si bien al principio estuvo perplejo por las relaciones estrechas que tenia con el rey de Aragon, y por la incertidumbre en que se hallaba de su renuncia, luego que estuvo cierto de ella y vió el consentimiento general de toda Sicilia, acudió al parlamento señalado, y en la iglesia mayor de Catania, delante de todo el reino, convocado allí á este fin, él fué quien aclamó rey de Sicilia al Infante, y él fué quien probó

que esto le era debido por disposicion divina (1296), por la sustitucion que habia hecho en él su hermano don Alonso y por general eleccion de todos los sicilianos.

El Papa, sabiendo esta resolucion, envió allá embajadores para estorbarla; pero fueron arrojados de la isla sin ser oidos. Don Jaime publicó un edicto mandando á los guerreros aragoneses y catalanes que estaban en Sicilia se viniesen para él, viendo la necesidad que tendria de ellos en la guerra que ya preveia entre él y su hermano. Algunos obedecieron, pero los más se quedaron en Sicilia á persuasion de don Blasco de Aragon, que, á despecho de don Jaime, habia vuelto allá, cumpliendo con la palabra que ántes habia dado á don Fadrique. Este caballero les dijo que, perteneciendo al Infante aquel reino, y siendo los franceses enemigos comunes de Sicilia y de Aragon, nadie debia tenerles á mal caso el que ellos le defendiesen con todo su poder de su bárbara dominacion, y se ofreció á sustentarlo con las armas delante de cualquier príncipe. Era don Blasco uno de los más señalados de aquel tiempo, por su linaje, sus hazañas y sus virtudes; su autoridad contuvo una gran parte de sus compatriotas, y puede decirse que su presencia en Sicilia fué lo que más contribuyó á mantener su independencian en la gran borrasca que la amenazaba.

Llegaba ya el tiempo en que iba á ser privada de su mejor defensa con la desercion de Roger. Este, aunque habia sido nombrado almirante por don Fadrique, y le acompañó en su primera expedicion á Calabria, empezaba á flaquear en la fe que le habia prometido. La primera demostracion del disgusto se manifestó en Catanzaro, plaza fuerte de la baja Calabria, y que estaba entónces defendida por Pedro Russo, uno de los barones más acreditados de Nápoles. Habia el Rey ganado á Esquilache, y llamó á sus capitanes á consejo para tratar si habia de embestir ó no á Catanzaro. El Almirante fué de parecer que se acometiese ántes á Cotron y otros pueblos que estaban descuidados, los cuales rendidos, la empresa de Catanzaro seria más fácil. En un hombre tan arrojado como Roger pareció extraño que propusiese el partido más tímido, y todos lo atribuyeron al parentesco que tenia con Pedro Russo. Sin embargo, ninguno osaba contradecirle, hasta que el Rey,

que deseaba ganar crédito en aquella empresa y autorizar sus armas, dijo que si los enemigos los veían acometer las plazas débiles y huir de embestir á las fuertes, menospreciarían su poder, y que por esto convenia acometer desde luego lo mas arduo, y con una victoria conseguir muchos triunfos.

Prevaleció este dictámen, y el ejército embistió á Catanzaro. Su defensor, conociendo desde los primeros encuentros que no era bastante á resistir, pidió treguas de cuarenta dias, á condicion de rendir la plaza si en ellos no era socorrido. Concediósele este partido, y todos los pueblos de la comarca siguieron el ejemplo de Catanzaro, y se aplazaron del mismo modo; entre ellos Cotron, en cuyas cercanías asentó don Fadrique su campo. Sucedió que entre los vecinos del lugar y los franceses que la guarnecian se movió un alboroto y vinieron á las armas. Los vecinos llamaron en su ayuda á los sicilianos; y estos, no teniendo cuenta con las treguas, entraron en la plaza, acometieron á los franceses, que retirados al castillo creyeron que todo el ejército enemigo venia sobre ellos, y no tuvieron aliento para defenderle de aquella poca gente dispersa y desmandada. Cuando la noticia de este tumulto llegó á don Fadrique, desarmado como estaba subió á caballo, y tomando una maza, corrió con algunos caballeros hácia el castillo á contener á los suyos, que ya andaban robando. Hirió y mató algunos de ellos; mas el socorro no llegó tan presto, que ya los franceses no hubiesen recibido grande daño, y el Rey lo reparó en la manera posible, mandando restituir lo que pudo hallarse, pagando el resto de su cámara, y haciendo poner en libertad dos franceses de los que tenia al remo por cada uno de los que habian muerto en el rebato.

La tregua habia sido ajustada por Roger, y su violacion, aunque imprevista, fué para su ánimo orgulloso un desaire á su autoridad. Impaciente de cólera, llegó á la presencia del Rey, y renunciando su empleo de almirante, se despidió de él diciéndole « que él no era más famoso por sus servicios y sus victorias que por su exactitud y puntualidad en guardar los pactos y conciertos que hacia; que esta fama de leal le hacia ilustre entre italianos, franceses, españoles, moros y orientales; que aquella violacion era una mancha en su fe, la cual mancillaba su buen crédito y disminuia su autoridad; que le diese pues licencia para

retirarse de su servicio; y que presto llegaria tiempo en que sus émulos, confundidos con el peso de los negocios y defensa de aquel reino, confesarían la sencillez y la fidelidad con que Roger servia á su rey. » Este, alterado con aquella resolucion, le respondió indignado « que se fuese donde gustase, aunque fuese á sus contrarios; porque si sus servicios eran muchos, no eran menores ni menos conocidos los premios que se le habian dado; sobre todo, era mucho mayor que ellos su soberbia y su jactancia, la cual no queria él sufrir por nada en el mundo. » Hubiera pasado á mas la alteracion, á no haber mediado Conrado Lanza, cuñado de Roger, persona de grande autoridad por sus muchos servicios. A su persuasion se aplacó el rey, y Roger pidió perdon de su demasia, y se reconcilió en su gracia. Mas sus contrarios no por eso se desalentaron un sus intrigas y en sus imputaciones. Sabian que el rey de Aragón habia intimado públicamente á Roger que entregase al rey Carlos el castillo de Girachi, y que de no hacerlo procedería contra él y sus bienes como señor contra vasallo; sabian que, además de este requerimiento público, habia tratos secretos entre el Almirante y don Jaime, y juzgaban que aquel enojo de Roger era un pretexto para dejar el servicio de don Fadrique.

Mas, sea que estos tratos aun no tuviesen la correspondiente madurez, ó que todavia Roger estuviese de buena fe asistiendo á este príncipe, lo cierto es que después de este lance él mandó la armada siciliana que se envió al socorro de Roca Imperial, sitiada por el conde Monforte. Noticioso de que el sitio se habia levantado, costeó las marinas de la Pulla, haciendo á los enemigos de Sicilia toda la guerra que él acostumbraba en esta clase de correrías. Asaltó y puso á saco á Lecce, y volviendo con el despojo á Otranto, entró sin resistencia en esta ciudad, entonces abierta y sin defensa, y viendo la oportunidad de su situacion y la excelencia de su puerto, hizo reparar sus murallas y fortalecerla con baluartes. De alli pasó con la armada á Brindis, donde habian entrado de refuerzo seiscientos soldados escogidos del rey Carlos, mandados por un francés distinguido llamado Gofredo de Janvila. Roger desembarcó la caballería que llevaba en sus galeras, fortificó un puesto, y desde él comenzó á talar los campos y

estragar la tierra. Al día siguiente, como estuviese sobre el puente de Brindis cubriendo con sus caballos los trabajos de los gastadores, estos se desmandaron; y Roger, temiéndose alguna celada, salió del puente con gran parte de los suyos á recogerlos. Al instante los enemigos embistieron al puente, casi indefenso. El puesto fortificado por los sicilianos, y las galeras donde podían recogerse estaban lejos, y solo haciéndose fuertes en el puente podían evitar el riesgo de ser muertos ó presos. Cargaron pues unos y otros á aquel punto, en que consistía la salvación de los unos y la venganza de los otros. Dos caballeros de Sicilia pudieron sostener el impetu enemigo, mientras que Roger, animando á los suyos con el nombre de Lauria, que repetía á gritos, entró de los primeros en el puente, y cerrando con el general francés, le hirió en el rostro y le hizo caer del caballo. A esta desgracia juntándose el estrago que hacía en los enemigos la terrible ballestía del Almirante, volvieron al fin la espalda, y abandonaron el puente, desde donde los nuestros se recogieron libremente á su campo fortificado.

Cuando Roger dió la vuelta á Mecina halló en ella al rey don Fadrique y á dos embajadores del rey de Aragon, que venían á pedir se viese con su hermano en alguna de las islas de Iscla ó Prochita. Traían también una carta para el Almirante, en que don Jaime le encargaba persuadiese al rey de Sicilia que consintiese en aquella conferencia. Para tratar este punto se celebró parlamento en Chaza, y en él Roger habló largamente sobre la conveniencia y utilidad de acceder á los deseos del rey de Aragon, á quien así don Fadrique como toda la Sicilia debían reconocer por superior. Las razones en que el Almirante fundó su parecer eran tomadas de la pujanza de aquel príncipe, de la flaqueza de la Sicilia, y de la esperanza que podía haber en que se venciese por las súplicas y amonestaciones de su hermano para no entregarlos á los enemigos. Pero el parecer contrario, apoyado en el consentimiento de todos los barones y síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazón del Rey, saliendo acordado del parlamento que no se diese lugar á las vistas, y que si don Jaime venía armado contra su hermano, este le recibiese á mano armada también, y la guerra decidiese su querella.

Vuelta la corte á Mecina, Roger mostró á don Fadrique una carta del rey de Aragon, en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia para ejecutarlo, ofreciendo delante de Conrado Lanza que solicitaría con aquel monarca todo cuanto conviniese á su servicio. Díosela el Rey, y le concedió además dos galeras que pidió para ir á visitar y abastecer los castillos que tenía en Calabria, antes de partir á Aragon. En su ausencia sus émulos acabaron de irritar á don Fadrique en su daño: imputábanle que en su expedición á Otranto, y en aquel mismo viaje que hacía para visitar sus castillos, se había avistado con los generales del rey Carlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decían que su cuidado en pertrechar sus fortalezas manifestaba su intencion de pasarse á los enemigos. Volvió Roger á despedirse del Rey, y llegando á su presencia, le pidió la mano para besársela, y el Rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desaire, y don Fadrique le responde que un hombre que se entiende con sus enemigos ya no es su vasallo; mándale además que quede arrestado en palacio, y entonces el Almirante, dejándose llevar de la ira, á que era tan propenso, «nadie, exclama, hay en el mundo que pueda privarme de la libertad mientras el rey de Aragon esté con ella; ni es este el galardón que mi lealtad y mis servicios han merecido.» Ninguno osaba llegarse á él; y respetando al cabo la palabra del Rey, se tuvo por arrestado, y se apartó á un lado de la sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palaci, que tenían grande autoridad con el Rey, salieron por sus fiadores y le llevaron á su misma casa. En la noche salió á caballo y se dirigió á una de las fortalezas que tenía en Sicilia, y las hizo pertrechar todas. Allí se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir concierto; pagó la suma en que sus fiadores se habían obligado; y el Rey, temiéndose un escándalo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

Los embajadores del rey de Aragon llevaban también el encargo de pedir á la reina doña Constanza y á la infanta Violante su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la Infanta y Roberto, duque de Calabria, heredero del rey Carlos. Vino en ello don Fadrique; y su madre y su hermana, acompañadas de Juan Prochita y de Roger de

Lauria, salieron á un tiempo de Sicilia (1297). Era ciertamente un espectáculo propio á manifestar la vicisitud de las cosas humanas, que á un tiempo y como expelidos dejasen á Sicilia la hija y nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y consejo habia libertado la isla, y el guerrero invencible que la habia defendido á costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que saliendo de allí, se dirigiesen á buscar un asilo entre los mismos de quienes eran mortales enemigos. Roger perdía en la separacion no solo los grandes estados que tenia en Sicilia, sino caudales inmensos que habia puesto en poder de mercaderes. El rey don Fadrique se apoderó de todo, y arrojó de las fortalezas á Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro el hijo del Almirante, que desde ellas habian empezado á hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de almirante de Aragon, el de vice-almirante de la Iglesia, el estado de Concentaina, y el enlace de su hija Beatriz con don Jaime de Ejerica, primo hermano del monarca aragonés, consolaron á Roger de las pérdidas que hacia en Sicilia, y le pagaron su desercion. Es preciso confesar, sin embargo, que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que pareceria mas grande al frente de las fuerzas sicilianas y defendiendo aquel estado, objeto de tanta porfia, que no al frente de sus poderosos enemigos, atraído por dones y empleos, todos por cierto desiguales á su mérito y á su fama.

El alma de aquella nueva confederacion era el Papa, y á nombre de la Iglesia se hacia todo. El rey don Jaime fué á Roma, celebró allí las bodas de su hermana con el duque Roberto, recibió la investidura del reino de Cerdeña, y se volvió á Aragon á hacer los preparativos del armamento que habia de embestir á Sicilia. Entre tanto Roger, acaudillando la gente de guerra que le confió el rey de Nápoles, entró en Calabria con intento de ganar, ya con la fuerza, ya con la astucia, los pueblos que en aquella provincia estaban por don Fadrique. Hallábase ausente don Blasco de Aragon, general en Calabria por Sicilia y en su ausencia el vecindario de Catanzaro alzó banderas por el rey Carlos, y puso el castillo en tanto aprieto, que su guarnicion concertó rendirse si dentro de treinta dias su rey no enviaba socorro tal que pudiese

ponerse en batalla delante de Catanzaro. Un dia antes de cumplirse el plazo llegó don Blasco á Esquilache, y dió vista á las tropas enemigas que estaban en la plaza, acaudilladas por Roger de Lauria y el conde Pedro Russo. Tuvo por la noche noticia de haber llegado refuerzo á los enemigos; y ocultándolo á los suyos para no desanimarlos, llegó con su tropa en la tarde del último dia concertado, faltándole muchas compañías, que por la precipitacion de la marcha no acudieron á tiempo. Púsose con los estandartes tendidos en orden de batalla delante de la ciudad; y el Almirante, confiado en el número de los suyos, que eran setecientos contra doscientos hombres de armas y unos pocos almogávares, acometió con todo el vigor y la impetuosidad que solia. Mas la gente que entonces acaudillaba no eran aquellos catalanes y aragoneses que con solo oír el nombre de Lauria ya se creian seguros de la victoria; el sol era contrario, y el guerrero que tenia contra sí estaba tambien acostumbrado á pelear, mandaba soldados aguerridos, y sobre todo no sabia ceder. Murieron muchos: Roger, herido en un brazo, caido y abandonado junto á un valladar, fué salvado por un soldado, que le subió en su caballo, y aquella misma noche le recogió en el castillo de Badulato. Su herida y su caída, haciendo creer que estaba muerto, desalentaron á los franceses, que huyeron dejando el triunfo y la victoria en manos de los españoles (1297). Este fué el primero y único desaire que recibió Roger de la fortuna, la cual en aquella ocasion quiso pasar á las sienes del guerrero aragonés los lauros que adornaban las de Lauria.

Roger, furioso de ira por aquel revés, y acusando altamente á los franceses delante del rey Carlos, de su cobardía y del desamparo en que habian dejado á su general, salió de Italia y se vino á Aragon á precipitar los medios de la venganza. Esta se le cumplió, aunque no tan pronto como deseaba ni tan exenta de reveses como estaba acostumbrado. Puesta á punto la armada aragonesa, el rey don Jaime navegó á Italia, donde recibió de mano del Papa el estandarte de la Iglesia, y después se juntó con todas las fuerzas del reino de Nápoles, que le aguardaban para embestir á Sicilia. Este fué el armamento mas considerable que se hizo en aquel tiempo: Roger tenia la principal autoridad militar en él, y parecia imposible que la

isla resistiese á una invasion tan formidable. Don Fadrique salió con su armada á la vista de Nápoles, y se apostó en la isla de Iscla para combatir á los aragoneses antes de su union con las galeras francesas. Estando allí, se dice que su hermano le amonestó que no tuviese la temeridad de tentar á la fortuna lejos de su casa, y que se volviese á Sicilia. Fadrique siguió el consejo, y vuelto á la isla, se aplicó con gran diligencia á pertrechar y fortalecer los lugares y castillos de la marina. La escuadra combinada llegó á la costa de Patti; y desembarcado el ejército, Patti y otros muchos pueblos y castillos, parte por fuerza, parte por inteligencias del Almirante, se dieron al rey de Aragon. Mas como llegase el invierno, y la armada necesitase de abrigo, se escogió á este fin el puerto de Siracusa, y la armada dió la vuelta á la isla y entró en aquel puerto. Siracusa se defendió con una constancia que no se esperaba: entre tanto los vecinos de Patti se volvieron á la obediencia del rey don Fadrique, y estrecharon el castillo, guarnecido con tropas de don Jaime. Este envió á socorrer á los sitiados, por tierra al Almirante, y por mar á Juan de Lauria, su sobrino, con veinte galeras escogidas, armadas de catalanes. El Almirante atravesó la isla: á la fama de su venida los sitiadores alzaron el cerco, y después de provisto el castillo de gente y municiones, se volvió á sus reales. Juan de Lauria pasó con sus galeras el Faro, visitó y pertrechó los lugares y fortalezas de la comarca y marina de Melazo, y dió la vuelta hácia Siracusa. Pero los mecineses le salieron al encuentro con veinte y dos velas, le atacaron animosamente, y le ganaron diez y seis galeras, haciéndole prisionero á él mismo. Fulminósele proceso como á traidor, y sentenciado á muerte por la gran corte, le cortaron la cabeza en Mecina: rigor quizá tan inhumano como impolitico, y que, pareciendo hecho menos en castigo de aquel desdichado mozo que en odio del Almirante, anunciaba á éste su destino si algun día venia á parar en manos de sus enemigos.

Para su genio colérico é impaciente debió ser terrible este contratiempo; tanto mas que por entonces se le dilataba la venganza, pues el rey de Aragon, desesperando ganar á Siracusa, abatido con las pérdidas que cada dia hacia su ejército y con el desastre de su escuadra, levantó el cerco, y como

huyendo de su hermano, se fué precipitadamente á Nápoles, y de allí dió la vuelta á España. Mas ardiendo en deseo de lavar la mengua de su campaña anterior, al año siguiente volvió á Nápoles con Roger y con su armada, convocó á la empresa todos los pueblos de la Italia, y luego que estuvieron juntas las fuerzas de los reinos, pasó á Sicilia. Su hermano, no queriendo exponer el interior de la isla á los estragos que habia sufrido en la invasion pasada, y confiando en la fuerza y destreza de sus marinos, confirmadas por la victoria conseguida contra Juan de Lauria, salió de Mecina con su armada, determinado á exponer su estado y persona al trance de una batalla decisiva. Avistáronse las dos armadas en el cabo de Orlando, y era tal la confianza y soberbia de los sicilianos, vencedores siempre en el mar por tantos años, que quisieron acometer sin orden ni concierto á las galeras enemigas, que los esperaban arrimadas á la costa, enlazadas y trabadas unas con otras por disposicion de Roger, á manera de un muro incontrastable. Su rey las contenia; y siendo puesto el sol cuando se avistaron unos y otros, pareciéndoles poco el tiempo que quedaba, esperaron al otro dia para la ejecucion de sus furores.

Fué esta batalla (junio 4 de 1299) sin duda la mas escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la lengua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurriendo uno con otro, no por delito, ni por usurpacion, ni por interés que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambicion ajena, y despojar el uno al otro de lo que su valor y su sangre y la aclamacion de los pueblos le habian dado. Apenas habia guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa, y en compañía de los mismos á quienes iba á ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto á los estandartes de Aragon, recordaban la odiosidad de su actual ministerio; y en vez de ser señal de paz y de concordia, daban con su intervencion á aquella guerra el carácter de sacrilegio, y á las muertes que iban á suceder el de abominables parricidios.

Roger por la noche hizo sacar de sus galeras todos los caballos y gente inútil, reforzólas con los soldados de los presidios que el Rey tenia puestos en los lugares vecinos de la costa, y luego que rayó el dia hizo desenlazar sus buques y

se lanzó en alta mar. Eran sus galeras cincuenta y seis, y las sicilianas cuarenta. Los dos reyes se pusieron en medio cada uno en su capitana, siendo los principales guerreros que asistían al de Sicilia don Blasco de Aragon, Hugo de Ampúrias, Vinchiguerra de Palaci y Gombal de Entenza, entre quienes repartió el mando de las divisiones de su escuadra. Al de Aragon acompañaban en la Capitana el duque de Calabria y el príncipe de Taranto, sus cuñados. Peleóse gran espacio de lejos con las armas arrojadizas, mas Gombal de Entenza, impaciente por señalarse, cortó el cabo que amarraba su galera con las demás de su bando, y se arrojó á los enemigos. Salieron á recibirle tres velas, y la batalla empezó á trabarse de este modo, combatiéndose de ambas partes con igual teson hasta medio día. El calor era tan grande, que muchos soldados morían sofocados sin ser heridos. Cayó muerto Entenza, y su galera se rindió; otras de Sicilia siguieron su ejemplo, hostigadas de una division que Roger había dejado suelta para que acometiese á los enemigos por la popa. Desmayaban con esto los sicilianos; y el rey don Fadrique, viendo declararse la fortuna por su hermano, determinó morir, y mandó que llamasen á don Blasco de Aragon, para juntos acometer al enemigo y acabar como buenos. La fatiga y la rabia, ayudadas del calor insufrible que hacía, rindieron sus fuerzas y le hicieron caer sin aliento. Entonces los ricos hombres que le acompañaban acordaron que la galera se retirase de la batalla tras de otras seis que también huían. Don Blasco, que no quitaba los ojos de la Capitana, luego que la vió huir mandó á su alférez, Fernan Perez de Arbe, que moviese el pendon para acompañar al Rey: « No permita Dios jamás, respondió aquel valiente caballero, que yo mueva, para huir del enemigo, el pendon que me entregaron; » y sacudiendo de la frente la celada, se rompió desesperado la cabeza contra el mástil del navío, y murió á otro día. No peleó con menos aliento el rey don Jaime: clavado por el pié con un dardo á la cubierta de su galera, sufrió el dolor sin dar muestras de estar herido, siguiendo peleando y animando á los suyos con el ejemplo. Este teson era digno de la victoria que conseguía; y la hubiera merecido con mas razon si no la dejara manchar con la inhumana venganza que ejecutó Roger en las diez y ocho galeras

sicilianas que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mecina, pagaron con su vida el suplicio de Juan de Lauria. Dióseles muerte de diversos modos; y mientras los espectadores de esta crueldad, aunque agitados del combate, se movían á compasion y lloraban de lástima, Roger miraba el estrago con ojos enjutos, y en altas voces animaba á la matanza. Saciado ya de muertes, cesó el castigo, y los prisioneros fueron llevados delante del Rey. No faltó entre ellos quien echase á los españoles en cara su inhumanidad y su furor, su olvido de los obsequios y favores que habían recibido en Sicilia; en fin, su ingratitud con aquellos marinos que en San Feliu y en Rosas habían libertado á Cataluña de la invasion de la Francia. Don Jaime oyó estas quejas con indulgencia, y entre los circunstantes había muchos que las aprobaban, y aun murmuraban de su victoria.

Con ella las cosas de Sicilia parecían ya desesperadas. El rey de Aragon, creyéndolo así, y que para apoderarse de la isla no tendrían los napolitanos mas que presentarse, dió la vuelta á sus estados, con gran disgusto del rey Carlos y del Papa, que quisiera que no hubiese abandonado la empresa hasta arrojar él mismo á su hermano de aquel reino. Dejó empero al Almirante para que asistiese al duque de Calabria á tomar la posesion de Sicilia, y con él á los principales capitanes que le acompañaban; los cuales todos se dirigieron á la costa oriental de la isla, y se pusieron sobre Rendazo.

La resistencia que hizo esta plaza, y la variedad que tuvieron los sucesos, dieron al mundo un nuevo ejemplo de que no es fácil poner á un pueblo un yugo que él unánimemente desecha; y que la constancia, la entereza y el horror á la tiranía, prestan á las naciones, por desvalidas y abatidas que estén, una fuerza sobrehumana. Los sicilianos, abandonados á sí solos, vencidos completamente por mar, con dos ejércitos enemigos en la isla, hicieron frente por todas partes al peligro, y le sacudieron de sí. Vuelto don Fadrique á Mecina con las naves que le quedaron de la derrota, dió aviso de ella á los pueblos; y manifestándose con confianza en medio de aquella adversidad, les enseñó á no desmayar por ella, y todos se aperebieron á la resistencia. El duque de Calabria y el Almirante no pudieron tomar á Rendazo, se dilataron por el Val

de Noto, rindiéndoseles de fuerza ó de grado casi todos los castillos y plazas fuertes, entre ellos Catania, Noto, Casaro y Ragusa. Ya un legado del Papa había venido á aquella parte á reconciliar los pueblos con la Iglesia; y el rey Carlos, para apresurar el suceso, había enviado otra armada y otro ejército, con su hijo el príncipe de Taranto, á apoderarse del Val de Mázara. Estas fuerzas arribaron á Trápana, y luego que don Fadrique tuvo noticia de su llegada, determinó ir á encontrarse con el Príncipe y darle batalla. El con su ejército estaba en medio de sus dos adversarios, cubriendo el país que no ocupaban y conteniendo al duque de Calabria. Don Blasco de Aragon, su principal caudillo, no era de parecer que aventurase el Rey su persona en aquella empresa, y se ofrecia con toda la seguridad de su esfuerzo y de su fortuna á buscar al Príncipe y vencerle. Pero don Fadrique por su ánimo y su constancia era digno de su elevacion: tuvo á cobardía este consejo, y quiso arriesgar su persona y su reino al trance de la batalla. Salió pues en busca del Príncipe, que confiado en la suerte que favorecía su partido no dudó de aceptar el combate que los sicilianos le presentaron. Al principio el éxito fué muy dudoso, y aun adverso á don Fadrique, y se dice que uno de los barones que le acompañaban le requirió que saliese de la batalla. « ¿ Salir yo ? respondió el Rey; he aventurado hoy mi persona por la justicia de mi causa: huyan los traidores y los que quieran imitarlos; que yo ó he de morir ó he de vencer. » Dicho est, mandó al caballero que llevaba su estandarte que le tendiese enteramente, y con los que tenia á su lado arremetió el primero adonde el peligro era mas grande. Fué herido en el rostro y en un brazo; pero al fin hizo suya la victoria, contribuyendo mucho á ella la disposicion que don Blasco de Aragon dió al ejército y el valor y destreza de los terribles almogávares. El príncipe de Taranto fué hecho prisionero, y el Rey mandó que se le custodiase en el castillo de Cefalú, guardado por Martin Perez de Oros, el mismo caballero que en la batalla le habia rendido.

Roger habia previsto esta desgracia, conociendo la sagacidad y actividad de don Fadrique y don Blasco; y su dictámen en el consejo que tuvo el duque de Calabria cuando supo la llegada de su hermano al Val de Mázara, era de que al instante

los dos ejércitos marchasen uno á otro á coger en medio al rey de Sicilia, y unirse para concertar sus operaciones. Púsose esto por obra, pero ya fué tarde; y sabida la derrota y prision del Príncipe, se volvieron tristemente á Catania. Con este suceso y la victoria que junto á Gallano consiguió don Blasco en un encuentro que tuvo con los franceses mandados por el conde de Brena, que fué hecho tambien prisionero, los sicilianos, confiados y orgullosos, armaron veinte y siete galeras, y juntándose á ellas otras cinco genovesas, salieron al encuentro á Roger, que con la armada napolitana habia ido á Nápoles á buscar refuerzos de gente para el duque de Calabria. Era almirante de ellas Conrado de Oria, genovés, muy estimado de don Fadrique, y uno de los mejores marinos de su tiempo. Pero ¿ quién podia arrostrar á Roger de Lauria en el mar sin nota de temerario? Las galeras genovesas no osaron entrar en batalla, y las sicilianas, inferiores con mucho en número, y mas todavía en fuerzas y en destreza, fueron vencidas y apresadas casi todas. La Capitana, en que venia Conrado de Oria, hizo una resistencia digna del nombre y reputacion de aquel caudillo y acreedora á mejor suerte. Rodeada por todas partes, sola y sin esperanza, contrastó por gran tiempo su mala fortuna, haciendo una gran carnicería en los contrarios con la ballestería genovesa que llevaba á bordo. Viendo Roger que ni se rendia ni era posible entrarla, mandó que la desfundasen, y como ni aun esto pudiese ejecutarse, determinó que se acostase una galera y la pegase fuego: entonces Oria se rindió, y entregó al Almirante el estandarte real. Fué esta batalla junto á la isla de Ponza; y Roger, según su inhumana costumbre, manchó la gloria adquirida en ella con la crueldad que usó en los ballesteros genoveses de la capitana de Sicilia, á quienes hizo sacar los ojos y cortar las manos, en venganza del daño que le habian hecho. Apenas él habia dado este ejemplo de barbarie tan odioso, Oria y el rey don Fadrique dieron uno bien loable de generosidad y entereza. Fué Oria tratado en su prision con todo rigor, y aun amenazado de muerte si no entregaba el castillo de Francavilla, que tenia en Sicilia: él se negó á la propuesta (1300), diciendo que el castillo era del rey don Fadrique; y éste, estimando mas la persona de aquel caballero, mandó rendir

el castillo sin embargo de la importancia de su posición.

Esta fué la postrera batalla y última victoria señalada de Roger. Cansado ya de vencer y fatigado de triunfos, se avistó con don Blasco de Aragon, para que entre los dos acordasen un medio de concierto entre aquellos príncipes. Púdose extrañar mucho en el carácter duro del Almirante este movimiento á la paz: tal vez desconfiaba ya de sojuzgar la Sicilia, y temía que se le trocase la fortuna. Mas cualquiera que fuese el motivo que le instigase, ni él ni don Blasco fueron los mediadores de la paz, que dos años después se ajustó al fin entre Carlos y don Fadrique. Habian sitiado los franceses á Mecina, y á pesar de la estrechez en que la pusieron, fuéles forzoso levantar el sitio, porque el hambre y miseria que sufrían los cercados las empezaron á padecer los sitiadores. Concertáronse troguas por medio de la duquesa de Calabria, hermana de don Fadrique; y no habiéndose efectuado la paz, los franceses quisieron hacer el último esfuerzo para sujetar la isla. A este fin pasó á ella el conde de Anjou, hermano del rey de Francia, con una poderosa armada y un florido ejército. Las cosas de Sicilia estaban tan desesperadas, que parecia ya temeraria la resistencia. Don Blasco habia muerto de enfermedad en Mecina durante el sitio; los pueblos que estaban por don Fadrique se hallaban en el estado mas miserable, y sin recursos; una gran parte del reino en poder de los enemigos. Mas el invencible corazón del Rey subrepujó á todo: el conde de Anjou entró en la isla, ganó algunos lugares, y se detuvo en Siacca, que defendida por un hombre de valor no quiso rendirse, y le hizo perder cuarenta y tres dias. La peste que se declaró en el campo, matando gran número de hombres y caballos, los disminuía y hostibaga, cuando don Fadrique, aprovechándose de esta situación, se acercó á los franceses con intención de darles batalla. El Conde entonces, no queriendo aventurarse al trance de la pelea ni dejar vergonzosamente el sitio comenzado, creyó que lo mas oportuno seria inducir á los príncipes á hacer la paz. Esta al fin se concertó, quedándose don Fadrique con el reino de Sicilia, renunciando lo que tenia en Calabria, y casándose con Leonor, hija del rey Carlos.

Tal fué el fin de esta célebre contienda, que duró veinte años, y

en que Roger de Lauria fué el principal y mas glorioso concurrente. En los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debia con su persona, y no se estipuló recompensa alguna ó indemnizacion por los grandes estados que habia perdido en Sicilia ni por los servicios señalados que habia hecho á los reyes de Aragon y Nápoles en los últimos años de la guerra. Pero era preciso que así fuese: el rey de Nápoles perdía á Sicilia á pesar de sus triunfos, y á pesar tambien de ellos quedaba siendo rey de la isla don Fadrique. Asentada la paz, él se retiró á España, y murió en Valencia en 17 de enero de 1305. Su cuerpo está enterrado en el monasterio de Santas Cruces, del orden de San Bernardo, en Cataluña, debajo del panteon del rey don Pedro III, cuyo mayor amigo habia sido: allí mandó él enterrarse, en el testamento que otorgó en Lérida, año de 1291, en caso de que su muerte acaeciese en alguno de los estados de Aragon, Cataluña, Valencia y Mallorca. Su epitafio, aunque algo gastado por el tiempo, dice así, traducido de la lengua catalana, en que está escrito: « Aquí yace el noble Roger de Lauria, almirante de los reinos de Aragon y de Sicilia por el señor rey de Aragon, y pasó de esta vida en el año de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo 1304, á 16 de las kalendas de febrero. »

La sencillez y modestia de esta inscripcion hace resaltar mas la gloria de Roger, y avergüenza á los que habiendo sido nullos en vida quieren después engañar á la posteridad con los pomposos epitafios que se les ponen en los sepulcros. Ningun marino, ningun guerrero le ha superado antes y después en virtudes y prendas militares, en gloria ni en fortuna. Era de estatura mas pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que habia de tener. En las ocasiones de lucimiento y en los torneos y justas nadie podia igualarle en magnificencia ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que jüntase á tan grandes y bellas cualidades la dureza bárbara, que las deslucia: su corazón de tigre no perdonó jamás; y abusando con tal crueldad con los vencidos y los prisioneros, se hacia indigno de las victorias que conseguia. Puede excusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de

aquellas guerras, verdaderamente civiles. Mas distinguiéndose él entonces en la crueldad y en la venganza, parece que su corazón era más terrible y más inhumano que las circunstancias y los tiempos. Fué casado dos veces: la primera con una hermana de Conrado Lanza, deudo de doña Constanza, mujer del rey don Pedro; la segunda con una hija de don Berenguer de Entenza; y su descendencia, enlazada á las primeras casas de Aragón y Cataluña, todavía dura, conservando entre sus apellidos el nombre ilustre del Almirante. Si á pesar de haber nacido fuera de España y ser su linaje extranjero, le he colocado entre nuestros hombres célebres, es porque, venido á Aragón desde muy niño, aquí se educó, se formó, se estableció; por Aragón combatió, y al frente siempre de fuerzas aragonesas: su pericia, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos, nos pertenecen.

EL PRÍNCIPE DE VIANA ¹

El teatro de crímenes y sangre en que se hallaron los personajes pintados hasta aquí, se hacia menos horrible con la admiración de sus hazañas y el lustre de su gloria y su fortuna. Los mismos escándalos y mayores delitos se van á recordar ahora, con el desconsuelo de ver los talentos malogrados, los lazos de la sangre rotos del modo más bárbaro y más vil, la virtud perseguida y sacrificada, la injusticia triunfante; y al escribir la vida del desdichado príncipe de Viana, no pudiendo contenerse en la indiferencia histórica, la pluma se baña en lágrimas, y el estilo se tiñe con los colores que le prestan la indignación y el dolor.

Nació en Peñafiel á 29 de mayo de 1421, de don Juan, infante de Aragón, y doña Blanca, hija y sucesora de Carlos III, rey de Navarra, llamado, por la excelencia de su carácter, el Noble. Ardía en aquella sazón Castilla en guerras civiles, atizadas por la ambición de los grandes, que viendo la flaqueza y la incapacidad de Juan II querían á porfía apoderarse de la administración y del gobierno. El Infante hacia un papel muy principal en estas discórdias, aunque por entonces favorecía el partido al parecer más justo, que era el de la corte. Aragón sufría la calamidad de la guerra que sostenía su rey

1. AUTORES CONSULTADOS. — Zurita. Aleson, *continuación de los anales de Navarra*, de Moret. Mariana. *Historia de Poblet*. *Crónicas de don Juan II y don Enrique IV de Castilla*. Nicolas Antonio. Varios manuscritos auténticos del tiempo, comunicados al autor.

aquellas guerras, verdaderamente civiles. Mas distinguiéndose él entonces en la crueldad y en la venganza, parece que su corazón era más terrible y más inhumano que las circunstancias y los tiempos. Fué casado dos veces: la primera con una hermana de Conrado Lanza, deudo de doña Constanza, mujer del rey don Pedro; la segunda con una hija de don Berenguer de Entenza; y su descendencia, enlazada á las primeras casas de Aragón y Cataluña, todavía dura, conservando entre sus apellidos el nombre ilustre del Almirante. Si á pesar de haber nacido fuera de España y ser su linaje extranjero, le he colocado entre nuestros hombres célebres, es porque, venido á Aragón desde muy niño, aquí se educó, se formó, se estableció; por Aragón combatió, y al frente siempre de fuerzas aragonesas: su pericia, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos, nos pertenecen.

EL PRÍNCIPE DE VIANA ¹

El teatro de crímenes y sangre en que se hallaron los personajes pintados hasta aquí, se hacia menos horrible con la admiración de sus hazañas y el lustre de su gloria y su fortuna. Los mismos escándalos y mayores delitos se van á recordar ahora, con el desconsuelo de ver los talentos malogrados, los lazos de la sangre rotos del modo más bárbaro y más vil, la virtud perseguida y sacrificada, la injusticia triunfante; y al escribir la vida del desdichado príncipe de Viana, no pudiendo contenerse en la indiferencia histórica, la pluma se baña en lágrimas, y el estilo se tiñe con los colores que le prestan la indignación y el dolor.

Nació en Peñafiel á 29 de mayo de 1421, de don Juan, infante de Aragón, y doña Blanca, hija y sucesora de Carlos III, rey de Navarra, llamado, por la excelencia de su carácter, el Noble. Ardía en aquella sazón Castilla en guerras civiles, atizadas por la ambición de los grandes, que viendo la flaqueza y la incapacidad de Juan II querían á porfía apoderarse de la administración y del gobierno. El Infante hacia un papel muy principal en estas discórdias, aunque por entonces favorecía el partido al parecer más justo, que era el de la corte. Aragón sufría la calamidad de la guerra que sostenía su rey

1. AUTORES CONSULTADOS. — Zurita. Aleson, *continuación de los anales de Navarra*, de Moret. Mariana. *Historia de Poblet*. *Crónicas de don Juan II y don Enrique IV de Castilla*. Nicolás Antonio. Varios manuscritos auténticos del tiempo, comunicados al autor.

don Alonso en demanda del reino de Nápoles. Francia se hallaba desgarrada con sus divisiones intestinas y la invasion de los ingleses. Solo el pequeño estado de Navarra gozaba de una profunda paz, debida á la prudencia de su rey, y á la habilidad con que habia sabido granjearse el amor de las potencias convecinas, sin chocar jamás con ninguna. Cárlos su nieto, que segun los matrimoniales ajustados entre doña Blanca y don Juan habia de criarse en Navarra, fué llevado á ella por su madre, y puesto bajo la tutela y la educacion de su abuelo. Un año habia cumplido entónces; y el Rey, que tenia puesta en él toda la esperanza de su sucesion y de la felicidad del Estado, quiso condecorarlo como su heredero, y erigió en principado el estado de Viana, para que fuese de allí en adelante el título y patrimonio de los primogénitos de Navarra. Institucion que fué aprobada en cortes generales del reino celebradas en Olite (1422), al mismo tiempo que el niño jurado solemnemente heredero y rey de Navarra para después de los dias de su abuelo y su madre doña Blanca.

Don mas augusto y mas grande que el del principado fué la excelente educacion que recibió, y que si bien no pudo completarse en vida del rey anciano, fué seguida bajo el mismo plan por su virtuosa madre. Todo contribuyó á ello: ejercicios varoniles, máximas de virtud, estudios á propósito para enriquecer su entendimiento y formar su corazon; sobre todo, el espectáculo de un reino tranquilo y floreciente bajo una administracion sabia y moderada. El fruto que se sacó de estos desvelos fué grande en los adelantamientos del Príncipe, cuya conducta y escritos son una insigne prueba de ellos; pero las esperanzas que los pueblos pudieron prometerse fueron tristemente anegadas en la borrasca de sus desventuras.

Era aun muy niño cuando murió su abuelo; mas el fallecimiento de su madre le cogió ya en la edad de veinte y un años cumplidos (1442). Nombróle por heredero suyo universal en los estados de Navarra y de Nemours, segun le competia de derecho y estaba pactado en las capitulaciones matrimoniales de su desposorio con don Juan; mas le rogó que para usar del título de rey tuviese por bien tomar la bendicion y consentimiento de su padre. Habia muerto doña Blanca en Castilla, y por su ausencia era el Príncipe gobernador del reino: encargo

en que quedó después con beneplácito de don Juan. Sus despachos de aquel tiempo manifiestan que el Príncipe, conformándose con los deseos de su madre, se intitulaba en ellos príncipe de Viana, primogénito, heredero y lugarteniente por su padre: particularidades que, aunque parecen demasiado menudas en la historia, son sin embargo necesarias para sentar la justicia del Príncipe en las divisiones que después se siguieron, viéndose por ellas que su moderacion y su modestia fueron siempre iguales á su derecho.

Dejaba doña Blanca al tiempo de su muerte, demás del príncipe de Viana, una hija de su mismo nombre, casada con el príncipe de Astúrias don Enrique; y otra llamada doña Leonor, que casó con Gaston, conde de Fox. El padre de todos estos príncipes, don Juan, habia empleado casi todo el tiempo de su matrimonio en guerras intestinas dentro de Castilla, en cuya corte queria mandar solo. Pudo á los principios conseguirlo, cuando contra su mismo hermano don Enrique favoreció el partido del Rey; mas después que se alzó con la privanza y el poder don Alvaro de Luna, hombre que no cedia á ninguno de aquella época en valor, en astucia y en orgullo, el rey de Navarra no logró con sus sediciosos esfuerzos otra cosa que hacerse aborrecible en todas partes. Los castellanos se quejaban porque no se iba á mandar y gobernar en sus estados, y los navarros se resentian de tener que contribuir para sus empresas, de ningun momento ni utilidad para ellos. Cuando murió su mujer la guerra civil se hallaba algo apaciguada en Castilla, y don Juan y sus parciales habian logrado el triunfo momentáneo de hacer salir de la corte al condestable don Alvaro de Luna. Para mayor seguridad se habian convenido todos en mantenerse en igual valimiento con el Rey: convencion absurda, contraria á lo que cada uno de ellos deseaba, é imposible de verificarse, atendida la flojedad y flaqueza de Juan II, el cual era incapaz de mantener su favor en un equilibrio prudente. Advirtió el rey de Navarra que el almirante de Castilla don Fadrique Enriquez adelantaba en la confianza del Rey, y como ambicioso, empezó á odiar aquel estado de cosas, recelando que don Alvaro iba á volver al mando, ó que el Almirante iba á alzarse con él; y aunque este era parcial suyo, ya le miraba con los ojos de un corte-

sano desgraciado, y le reputaba delincuente porque el Monarca le favorecía. El conde de Castro su amigo y gran confidente, viéndole desabrido y ocupado de estos pensamientos, después de manifestarle la injusticia de sus sospechas contra el Almirante, que siempre le había sido fiel, para acabarle de sosegar le dijo que si quería asegurarse enteramente, estrechase los vínculos que le unían con aquel caballero; y puesto que doña Blanca era muerta, y concurrían en doña Juana Enriquez, hija de don Fadrique, todas aquellas prendas que podría imaginarse para un enlace digno, la pidiese en casamiento á su padre, y de este modo el nudo de su amistad y alianza sería indisoluble.

No bien fué dado el consejo cuando se puso en ejecucion; y un rey de Navarra, lugarteniente al mismo tiempo por su hermano en los estados de Aragon, y heredero presuntivo de ellos, después de hacer en la corte de Castilla el papel de un cortesano intrigante, buscaba la hija de un particular en apoyo de sus pequeñas miras y de su ambicion subalterna. El matrimonio se efectuó; pero ni el Almirante ni don Juan consiguieron de esta alianza el fruto á que aspiraban; porque, vuelto don Alvaro de Luna á la privanza, y asistiéndole la mayor parte de los grandes, los infantes de Aragon fueron vencidos en la batalla de Olmedo; y don Enrique, muerto de sus heridas, y el rey de Navarra, huido, perdieron de una vez sus estados y su autoridad en Castilla.

Gobernaba entre tanto el príncipe de Viana el reino de Navarra, que disfrutaba de la felicidad consiguiente á los sabios y moderados principios establecidos por Carlos el Noble. Alguna vez llegaban á él las chispas de la guerra que se hacía en Castilla, pero eran desvanecidas al instante: y aunque en el año de 1431 el rey de Castilla y su hijo don Enrique entraron poderosamente en Navarra y sitiaron la ciudad de Estella, el Príncipe, cuyas fuerzas no eran bastantes á resistir al castellano, tomó la resolución de irse desarmado á sus reales, y habló á padre y á hijo con tal persuasión, manifestándoles la injusticia de aquel procedimiento en la larga union que había entre los dos estados, que ellos, convencidos de su razon y movidos de su elocuencia, alzaron el sitio de Estella y se volvieron á Castilla. No falta quien dice que esta condescendencia

tuvo otro fin mas político y profundo, y que don Alvaro de Luna, deseoso de librarse de los continuos tiros que hacía á su poder el rey de Navarra, quiso darle en qué entender en sus propios estados, para quitarle la ocasion de venir á inquietar los ajenos; y que hizo unirse estrechamente al rey y príncipe de Castilla con el de Viana, inspirando á este desconfianzas hácia su padre ó abultando las quejas que ya tenía de él.

Los sucesos que siguieron dan verosimilitud á esta presuncion. El rey de Navarra estaba muy malquisto de sus naturales; ellos eran los que sostenían la mayor parte de los gastos á que le obligaban las continuas empresas de su genio turbulento; ellos sufrieron el amago y aun los golpes de la venganza castellana, y pareciales que nada debían á un rey que sacrificaba su provecho y su quietud al interés de lo que deseaba en Castilla. Sentían que, segun lo pactado anteriormente entre los reyes y con el reino, no hubiese ya entregado el dominio y la autoridad real en poder de su hijo, á quien competía por edad, por mérito y por derecho; por último, habían llevado muy á mal que se hubiese casado con la hija del Almirante sin haber dado cuenta de ello ni á su hijo ni al reino, y murmuraban que ningun respeto ni contemplaciones debían á un rey extraño, que no tenía por aquel estado atencion ni amor alguno.

Estas centellas de descontento tomaron la fuerza de un vulcan cuando la venida de su mujer á Navarra, con título de gobernadora, en compañía del Príncipe (1452). « ¿ Con qué derecho, decían, nos envía una mujer extraña á que nos mande, y hace esta injuria á su hijo, que ha gobernado tantos años con tal prudencia y acierto? » Los modales de la Reina, que en vez de ganarse las voluntades con la afabilidad y dulzura propias de su sexo afectaba una arrogancia y un imperio siempre odioso, pero mas á ánimos descontentos, acabaron de apurar la paciencia y soplaron la llama de la sedicion. Había dos parcialidades en Navarra, la agramontesa y beamontesa, nacidas anteriormente de celos de privanza. Toda la autoridad y cuidado de doña Blanca en el tiempo de su gobierno no pudieron extinguirlas, y se volvieron á encender de nuevo con mas furia que nunca al darse la señal de la division entre padre é hijo. Había sido ayo de Carlos, y principal consejero en su gobierno,

don Juan de Beamonte, gran prior de Navarra y hermano de don Luis, conde de Lerin y condestable, casado con una hija natural de Carlos el Noble. Estos eran los jefes del bando beamontés; mientras que los agramonteses seguían por caudillo al mariscal del reino don Pedro de Navarra, señor de Agramont. Declaráronse los primeros por el Príncipe, y los segundos, por ser contrarios á quel partido, favorecieron el del Rey. Dicese en prueba de ello que poco antes del rompimiento, saliendo el Príncipe un día á caza, se encontraron con él don Pedro de Navarra y su amigo Pedro de Peralta, y le dijeron: « Sepa vuesa Alteza que os conocemos por nuestro rey y señor, como es razon y somos obligados, y nadie en esto debe pensar otra cosa; pero si ha de ser para que el Condestable y su hermano nos manden y persigan, sabed, señor, que nos hemos de defender con la mayor honradez que pudiéremos: porque nuestra intencion no es de faltar á vuesa Alteza, sino defendernos de nuestros enemigos, que nos quieren deshacer. » A lo cual respondió el Príncipe: « Yo no entiendo que el Condestable y su hermano os procuren tanto mal como decís: no penseis en eso; que Dios dará remedio á todo, y proveerá que mi padre y yo conozcamos que sois tan fieles servidores como debeis. »

Rompieron en fin padre é hijo, queriendo el primero mantener en Navarra su autoridad soberana como hasta entonces, y el segundo entrar en la posesion de ella, como estaba convenido anteriormente. A cuál de ellos asistia la razon no es necesario ya manifestarlo; pero siempre hubiera sido mas sano que el Príncipe no apoyase la suya con las armas; porque este partido tenia siempre el mal aspecto de la irreverencia, y el inconveniente y los escándalos de una guerra civil. El rey de Castilla y el de Aragon pudieran ser unos mediadores autorizados y poderosos para ajustar las diferencias; y él quizá hubiera adquirido la autoridad á que aspiraba, sin llegar á la extremidad de alzar el brazo contra su padre. Las fuerzas no eran iguales, pues aunque la mas sana parte de Navarra estaba por el Príncipe, casi todas las fortalezas, y el mismo estado de Viana, llevaban la voz del Rey, que desde que murió su mujer doña Blanca, y mucho mas desde su segundo casamiento, habia tenido cuidado de entregar los

castillos y las alcaidias á sus servidores mas fieles. Si á esto se añade la ventaja que le daban en la lucha su artificio y el largo uso que tenia de la guerra, por sus alborotos en Castilla, se ve claramente que el partido mas justo no era el mas fuerte ni seria tampoco el mas feliz.

Negóse el Rey á confirmar los conciertos que su hijo habia hecho con Castilla; y Carlos, ó que ya estuviese cansado de ejercer una autoridad subalterna correspondiéndole la soberana, ó que fuese arrastrado del partido beamontés, dió la señal de la guerra; y ayudado de los castellanos, tomó á Olite, Tafalla, Aivar y Pamplona. Pasó después con sus aliados á sitiar á Estella, donde estaba la Reina su madrastra. A su peligro voló el Rey, ayudado de las fuerzas de Aragon y contando con las que le habia prevenido la parcialidad agramontesa; mas, sin embargo, hallándose menos fuerte para entrar en batalla, se volvió á Aragon por nuevos refuerzos, encargando á los suyos que entretuviesen mañosamente á los contrarios. « Engañó á don Carlos, dice Mariana, su buena, sencilla y mansa condicion »; creyó que la ida del Rey á Aragon era para no volver tan presto; detestaba la guerra, y tal vez no queria hacerse odioso á los navarros teniendo por mas tiempo en el reino tropas castellanas. Estas á persuasion suya levantaron el sitio y se volvieron á Búrgos, á tiempo que el Rey, nunca mas activo que entonces, después de haber juntado con increíble celeridad las fuerzas que tenia en Aragon, volvió prestamente á Navarra, y se puso sobre Aivar con intento de tomarla.

Acudió el Príncipe á socorrerla, y sentó su campo á vista del de su padre. El Rey quiso dar luego la batalla para impedir que se engrosase el ejército enemigo, á quien llegaban por momentos nuevas compañías. Pusieronse unos y otros en orden de pelear, cuando algunos eclesiásticos conociendo la abominacion de semejante contienda hicieron aquella vez el papel que correspondia á su ministerio; y á fuerza de súplicas, de ruegos y amonestaciones pudieron traer á concierto los ánimos de los combatientes. Dió al instante el Príncipe oídos á la composicion, y propuso á su padre una concordia concebida en los términos siguientes: que recibiese en su gracia á él y á los suyos; se le restituyese el principado de Viana y sus for-

talezas, y á los de su partido los lugares y villas que los contrarios les hubiesen usurpado; que él había de quedar en su plena libertad, y en la de disponer su casa como le pareciese; que había de gobernar el reino, como hasta allí, en las ausencias de su padre; que aprobase este los conciertos hechos con Castilla, y se le diese tiempo de avisar á su rey de esta nueva concordia.

No eran estas seguramente proposiciones de un rebelde, puesto que en ellas se dejaba al padre toda la autoridad soberana, por la cual se contendia. El Rey condescendió con algunas, negó y modificó otras; y al cabo el Príncipe, por amor de la paz, cedió á todo, y dijo que como su padre le recibiese en su gracia, volveria con todos los suyos á su obediencia. Firmóse la concordia primero por él, y después por el Rey; juróse solemnemente, y á pocas horas de haberse jurado, los dos ejércitos vinieron á las manos. Cual fuese la causa de esta revolucion tan repentina y tan escandalosa no se sabe, aunque se hace verosímil la sospecha de Aleson, que conjetura que en la enemistad que se tenían las dos parcialidades, no es de extrañar saltase alguna chispa que causó aquel incendio, sin que ni hijo ni padre pudiesen contenerle. Por mucho tiempo tuvieron ventaja los del Príncipe. Su vanguardia encontró tan furiosamente con la del Rey, que aunque compuesta de sus mejores batallones le fué forzoso cejar. Pero hallábase en ella Rodrigo de Robledo, camarero mayor de Juan, hombre de un esfuerzo extraordinario, acreditado ya en otras ocasiones. Este se mantuvo peleando; á su ejemplo los fugitivos cobraron el valor perdido, y volvieron á la pelea. Huyeron de su encuentro los jinetes andaluces que habian venido al socorro del Príncipe; y él, viéndose arrancar de las manos la victoria redobló su esfuerzo y osadia, y atacó con los que le acompañaban el batallon en que estaba su padre. Ya se hallaba este acosado y próximo al peligro de venir á manos del Príncipe, cuando su hijo natural don Alonso de Aragon voló á socorrerle; y acometiendo por un costado con treinta lanzas á los beamonteses, que ya se juzgaban vencedores, los rompió y dió lugar á los realistas para que los desbaratasen y ganasen la victoria. El Príncipe, hostigado á rendirse, no quiso hacerlo á sino su hermano don Alonso, á quien dió el estoque

y una manopla (23 de octubre de 1452), que el otro recibió apeado del caballo y besando al Príncipe la rodilla.

El padre, irritado, no quiso verle; y él tenia la imaginacion tan herida, que temia le diesen veneno en la comida; y ni en el real, ni en el castillo de Tafalla, adonde fué llevado, quiso probar bocado alguno si antes no le hacia la salva su hermano. Con este rigor de la una parte, y tales sospechas de la otra, los ánimos se enconaban mas por momentos, y todos los medios de concordia parecian imposibles. Era signo de aquel tiempo feroz ser condenado á ver el espectáculo de estas guerras parricidas. El príncipe de Castilla trataba de quitar por fuerza la gobernación á su padre; el rey Cárlos de Francia estaba en lid abierta con su hijo, el que fué después Luis XI; y Navarra vió darse la batalla de Aivar en su recinto.

Ganada esta victoria, el Rey partió á Zaragoza, donde le llamaba el cuidado de las cortes de Aragon, que iban á celebrarse allí. En ellas se determinó que se nombrasen cuarenta diputados de los que asistieron entonces, y que estos interviesen en la expedicion de los muchos y graves negocios que en aquella sazón ocurrían: acuerdo molestísimo á don Juan, porque conocia la oposicion que en esta comision hallaria para sus miras ambiciosas. Ningun asunto mas grave que las discordias de Navarra y la prision de don Cárlos: sus parciales, en vez de desmayar con aquella desgracia, tomaron fuerzas de su misma indignacion, y ayudados del príncipe de Astúrias soplaban con mas fuerza el fuego de la guerra civil; se apoderaron de varios lugares, y acometieron las fronteras de Aragon. Lo mismo amenazaba por su parte el rey de Castilla; de modo que los cuarenta diputados trataron seriamente de concordar las cosas de Navarra, para atajar el incendio que iba apresuradamente entrándose por su casa. A estas razones politicas se allegaba tambien la conmiseracion natural que inspiraba el rigor del Rey con el príncipe prisionero. Del castillo de Tafalla fué llevado al de Mallen, de Mallen al de Monroy, sin que el rencor sospechoso de su padre le creyese asegurado en parte alguna. Los ánimos mas templados se ofendian y murmuraban viendo al Príncipe, propietario de Navarra, heredero presuntivo de los estados de Aragon, y

jóven de tan grandes esperanzas por sus virtudes y sus talentos, conducido de prision en prision como un vil criminal.

La primera demostracion que los cuarenta hicieron de su disgusto y de su resolucion fué hacer jurar á las tropas que juntaban para hacer la guerra en las fronteras, que no asistirían al rey don Juan en la oposicion á su hijo: « Si vos, como rey de Navarra, le decian, y lugarteniente de Aragon, teneis dos guerras, nosotros no queremos tener mas que una, y nos basta la de Castilla. » Después, sabiendo que todas las fuerzas de este reino se juntaban para entrar en Navarra y favorecer el partido beamontés, formaron los capitulos de una concordia, por la qual se habia de poner al Principe en libertad; se le entregaba su estado de Viana; él habia de rendir á su padre á Pamplona y Olite, que seguían su voz; las rentas del reino se dividirían entre ambos; todas sus diferencias se ponian en manos del rey de Aragon, que se hallaba en Italia; demás de esto el hijo debia disponer su casa á su gusto, y habia de concederse perdon reciproco á los parciales de uno y otro bando.

El Principe firmó este convenio: el Rey, aunque le firmó, hizo limitaciones que no agradaban á su hijo; tales eran la de que no habia de ir sin su permiso á verse con el rey de Aragon su tío, y que su casa se habia de componer de sugetos de las dos parcialidades beamontesa y agramontesa. Creia don Juan que á trueque de conseguir su libertad vendria en cualquier concierto, por duro que fuese; y Carlos, seguro del armamento que en su favor se hacia en Castilla, queria mejorar su partido, aunque fuese á costa de alguna dilacion. Pasábase asi el tiempo sin concluir cosa alguna. Aragon veia amenazadas sus fronteras; su rey ausente no le acudia, y sus diputados no sabian qué hacerse para sacar el reino de aquel conflicto. Enviaron embajadores á Pamplona para tratar de concordia; y la ciudad contestó que sus armas no se movian en daño de Aragon, sino en defensa de su principe, cuya libertad y gobierno querian. Hicieron mas los navarros, que fué enviar embajadores á las cortes de Aragon á asegurar esto mismo y agradecer los buenos oficios que hacian en favor del Principe, y ordenaron que en los lugares de la frontera se pregonase la paz entre los dos reinos.

La misma ciudad de Pamplona, viendo que nada se adelantaba en cuanto al Principe, nombró una diputacion de tres sugetos principales, para que, auxiliándose de la intervencion de las cortes de Aragon, se la pidiesen al Rey. Este no pudo ya resistir á los ruegos reunidos de los dos reinos y á la fuerza de las circunstancias; y sacando á su hijo de la fortaleza de Monroy, le llevó á Zaragoza, y le entregó en la sala de las Cortes en 25 de enero de 1453. Mas la libertad concedida no era absoluta: habia de tener por prision á Zaragoza, y cuidaban de su custodia dos diputados de los cuarenta. Diéronsele treinta dias para que concluyese la concordia: término que no siendo suficiente para fenecer tantos puntos como se ventilaban, fué preciso prorogarle por dos veces, queriendo siempre el Rey apretar el rigor de la convencion, y no allanándose su hijo sino á lo que fuese justo. Por último consiguió su libertad, quedando en poder de su padre en rehenes de lo pactado el condestable de Navarra y sus dos hijos don Luis y don Carlos de Beamonte, con otros caballeros que generosamente se ofrecieron á ello por ver libre al principe que adoraban.

Mas no por eso cesó la guerra en Navarra. El principe de Asturias don Enrique, que aborrecia mortalmente al rey don Juan su suegro, no queria entrar en ajuste ninguno, y siempre estaba armado sobre la frontera de Castilla, enviando fuerzas á la parcialidad beamontesa. Por este tiempo hizo tambien á la princesa su mujer el agravio de repudiarla y enviarla á su padre, pretextando que por algun hechizo oculto era impotente con ella. No habia para esto, en caso de ser verdad, otro hechizo que haber estragado aquel principe su temperamento con los placeres ilicitos é infames á que se dió en la primera juventud. La desdichada Blanca fué arrojada de un lecho que sus virtudes honraban, para que después le ocupase aquella Juana de Portugal cuya imprudente conducta fué la ocasion de todas las desgracias de Enrique IV. Vivió algun tiempo en Aragon, y después se fué á Pamplona con el principe su hermano, á quien amaba entrañablemente: motivo por el cual vino á incurrir en el odio que su padre tenia á don Carlos. La discordia pues siguió en Navarra con el mismo furor que antes, sin que se remitiese mas que el breve espacio de tiempo

en que se ajustaban algunas treguas por las negociaciones, que siempre estuvieron abiertas. Mediaban en ellas Ferrer Lanuza, justicia de Aragon, enviado por el rey de Navarra al de Castilla á ajustar las diferencias que hubiese; y la reina de Aragon, á quien su esposo Alonso V, justamente afligido de los males que padecía España, envió desde Italia á componerías todas. La paz se ajustó al fin con Enrique IV, que acababa de suceder á su padre Juan II, muerto en aquella sazón; pero las discordias de Navarra no pudieron apaciguarse. Estorbábalo el rencor de las dos parcialidades, y solo pudo conseguirse que se concertasen treguas por un año (1453), que aunque no muy bien guardadas, todavía excusaban algun derramamiento de sangre.

Mas, cumplido el término de aquella suspensión, las hostilidades volvieron con mas furor que nunca. Ardía de saña el Rey porque no se acababan de entregar las fortalezas que, segun el pacto cuando la libertad del Príncipe, se habian de poner en poder de aragoneses; amenazaba con hacer morir á los rehenes que tenia; el Príncipe amagaba hacer lo mismo con algunos que tenia en su poder, de villas que habian tomado su partido, entre ellas la de Monreal. Hubo, no hay duda, exceso de parte de don Carlos en esta ocasion, pues que faltó á lo que él mismo habia firmado y sus apoderados prometido. Pero así él como sus parciales conocian bien el ánimo del Rey, que en todo el proceso de las negociaciones con la reina de Aragon se habia mostrado duro, inflexible, sin querer ceder nada del rigor y nulidad á que quería reducir á su hijo. Llegó en esta parte su furor al extremo de hacer una alianza con su yerno el conde de Fox, por la cual este se obligaba á socorrer al Rey con todo su poder y entrar en Navarra á castigar á los rebeldes, y el Rey á desheredar á sus dos hijos Carlos y Blanca, sustituyendo en su sucesion para después de sus dias al conde y condesa de Fox. Así este insensato disponia de una herencia que no era suya, y daba un derecho que no tenia; y añadiendo la barbaridad á la injusticia, se obligaba tambien á no recibir jamás á reconciliacion alguna ni perdonar á sus dos hijos, aunque quisiesen reducirse á su obediencia.

Ya el Conde habia entrado en Navarra con sus tropas, y

unido á los realistas ponía espanto en los parciales del Príncipe, no bastantes en número ni en fuerzas á resistirle. Ya habian sido sitiadas y rendidas Valtierra, Cadreita y Melida; Rada, famosa por su fortaleza, arrasada; Aivar tambien, que Carlos habia recobrado, tuvo que rendirse á su madrastra, que en persona la habia cercado y combatido. Aquel reino, que tan floreciente y tranquilo se habia mantenido en los felices dias de Carlos el Noble y Blanca, ya era un teatro sangriento de robos, escándalos, desolacion y homicidios: frutos propios de la guerra civil, cuyos móviles no son ni el interés ni la gloria, sino al rencor y la venganza. El Conde instaba por la desheredacion de los dos principes, y don Juan habia nombrado letrados y juristas que les formasen el proceso por contumaces y rebeldes. Pero el rey de Aragon, irritado de la entrada de los franceses en España, y mal contento del rigor y dureza de su hermano, le envió á decir que pusiese en sus manos la querrela que tenia con su hijo, como ya este lo habia hecho; y que de no hacerlo así, le quitaria el gobierno del reino de Aragon y ayudaria con toda su fuerza el partido y la razon del Príncipe. Temió el rey de Navarra la amenaza de su hermano, y suspendió el proceso abierto contra sus hijos. Don Carlos, no sintiéndose fuerte contra su padre y su cuñado, á quienes se creia que ayudaria tambien el rey de Francia, no fiando en los socorros del rey de Castilla, tuvo por mas seguro irse á poner en manos del conquistador de Nápoles y pacificador de Italia, el cual, por sus hazañas, por su mérito personal y por la magnificencia de su corte, era entonces el primer monarca de Europa. Así, dejando encargado el gobierno de la parte de Navarra que le obedecía á don Juan de Beamonte, tomó por Francia el camino de Italia (1457).

Desde Poitiers envió á su tío un secretario suyo á que le informase largamente de los hechos ocurridos en aquel último tiempo, para que á su llegada estuviese bien prevenido á su favor. En la carta que le dió para que le sirviese de credencial le decia que por dos y tres veces habia enviado á su padre gentes suplicándole que le quisiese tener como hijo, y se compadeciese del pobre reino de Navarra, que tan bien le habia servido en otro tiempo; y que cuando las cosas estaban á punto de concordarse, el conde y la condesa de Fox lo habian

estorbado; « los cuales (son sus palabras), como se debía de esperar que fuesen propicios á la dicha concordia, han empujado aquella, é han revuelto en tanto grado los escándalos é el mal entre nos, que no espero el reparo de ellos, si ya la piedad de Dios é vuestra autoridad é decreto, con aquella razon que ha sobre nosotros, no extingue este fuego ».

Mas no solo habian hecho este mal los condes de Fox, sino que tambien malquistaron al Príncipe con el rey de Francia Carlos VII, imputándole que habia favorecido á los ingleses en Bayona, donde se hallaban sus parciales al tiempo que la ganaron los franceses: querian con esto ponerle de su parte, y le incitaban á que, haciendo alianza con ellos y el Rey su padre, entrase por Guipúzcoa, y entretuviese asi las fuerzas del rey de Castilla, que confederado con el Principe se preparaba á socorrer poderosamente su partido. Carlos, que como señor de Navarra y duque de Nemours tenia tantas relaciones con la corte de Francia, siguió su camino á Paris, donde fué recibido por aquel monarca con todo honor y cariño; descargóse de las calumnias levantadas por sus hermanos, y separó al Rey de su rompimiento con Castilla. Hecho este bien á su país, se dispuso á partir á Nápoles, donde ya le llamaba el Rey su tío. Era su intento, si no le favorecia, pasar su vida en destierro, para no causar mas enojo á su padre, y separarse de la guerra civil, que aborrecia. Por todas las ciudades que pasaba recibia los honores y aplausos que nacia de la estimacion de sus virtudes y talentos y del interés que inspiraban sus desgracias. El sumo pontifice Calixto III, español, le agasajó mucho en Roma; mas, requerido por él de que mediase en sus negocios, no se atrevió á hacerlo, y de allí partió el Principe á Nápoles por la via Apia.

Recibió el rey de Aragon con las mayores muestras de honor y de cariño; bien es verdad que le reprendió la resistencia que habia hecho á su padre con las armas, diciéndole que aunque la razon y la justicia estaban claramente de su parte, debía obedecer y sujetarse al que le engendró y disimular su dolor, aunque justo, y asi hubiera cumplido con las leyes divinas y humanas. A esto replicó el Principe que sus vasallos y buenos amigos habian llevado muy á mal el gobierno de su padre después de la muerte de su madre doña Blanca;

que todos deseaban le entregase á él el reino, que le tocaba segun los pactos hechos, y que por su estado y su edad era capaz de gobernar. Confesó que él habia dado muestras de conformarse con su voluntad en esta parte; mas que las cosas no habria llegado á aquel extremo si la hija del Almirante no hubiera venido á gobernar con tanta ofensa suya y de su reino; que así él como sus vasallos habian tenido esto á grande afrenta y mengua de su reputacion, que no podia disimularse. Y concluyó diciendo: « Cortad, señor, por donde os diere contento: solo ruego que os acordeis que todos los hombres cometemos yerros, hacemos y tenemos faltas; este peca en una cosa, aquel en otra. ¿ Por ventura los viejos no cometisteis en la mocedad cosas que podian reprender vuestros padres? Piense pues mi padre que yo soy mozo, y que él mismo lo fué tambien en algun tiempo. »

Fuera de este cargo, no recibió de aquel monarca sino aplausos y favores. Es cierto que aunque no hubiesen mediado los lazos del parentesco estrecho que los unian, y la calidad de heredero de todos los estados de Aragon y Navarra que acompañaba á don Carlos, sola la aficion á las letras y buenos estudios que sobresalia en él, y por la cual ya era célebre, bastaba á darle autoridad y consideracion á los ojos de Alfonso V. Es sabida de todos la pasion de este rey por la lectura y la sabiduria, y en esta parte su sobrino debía tener mucho mas precio á sus ojos que su hermano, el cual jamás hizo otra cosa que intrigar, alborotar y destruir. Tratólo pues como á hijo, pagó todas las deudas que habia contraído en el camino, le hizo una consignacion para sus gastos ordinarios, y así él como su hijo le daban cada dia nuevas señales de cariño en joyas, en caballos y otras dádivas con que á porfia le agasajaban. Escribia Carlos todas estas particularidades á su leal ciudad de Pamplona, con aquella efusion de alegría que tiene un desdichado al ver por la primera vez reir el rostro á la fortuna. « Presto, les decia, placiendo á Dios, irán tales personas de la parte del dicho señor Rey nuestro tío, que reglarán estos fechos en la forma que cumple... E non danzarán mas á este son los que con nuestros daños se festejan. »

Luego que en España se supo la buena acogida que habia tenido en Nápoles, su padre mudó de tono y empezó á darle

en los despachos el título de « ilustre príncipe y muy caro y muy amado hijo », cuando antes se contentaba con llamarle á secas « príncipe don Carlos ». Pero los condes de Fox, que ya devoraban con el deseo la sucesión de Navarra, intrigaron tanto con aquel rey rencoroso, que al fin dió el escándalo de juntar cortes de su parcialidad en Estella, y desheredó allí (1457) á sus dos hijos don Carlos y doña Blanca, pasando la sucesión á su tercera hija la condesa de Fox, y por ella á su marido. Acto por su naturaleza nulo si se atiende á la justicia, pero que de algun modo podia desconcertar el partido opuesto, desengañando á los simples, abatiendo á los cobardes y determinando á los indecisos. Mas los parciales del Príncipe, y don Juan de Beaumont que estaba á su frente, no desmayaron por eso, y oponiendo á aquel acto otro, mas justo sin duda, aunque temerario por las circunstancias, convocaron á cortes en Pamplona á los de su bando, y en ellas aclamaron y juraron por rey á don Carlos con todas las solemnidades legales, en 16 de marzo del mismo año, llamándole rey de allí adelante en los despachos que emanaban del Gobernador y del Consejo.

Indignóse terriblemente don Juan, llamando desacato y desafuero lo que él mismo habia provocado con su injusta y bárbara desheredacion; y achacando aquella medida generosa y atrevida á las instrucciones que habia dejado su hijo, redoblaba su cólera y su indignacion contra él. En esta posicion le halló Rodrigo Vidal, enviado por su hermano para ajustar un concierto; y como es de presumir, no era sazón de recabar cosa alguna. Entre tanto llegó al Príncipe la noticia de su aclamacion, y no pudo dar otra prueba mayor de su inocencia que apresurarse á escribir al Gobernador, á los consejos y á la diputacion de Pamplona, el sentimiento que le causaba aquella determinacion, y la desaprobacion solemne del acto que se le imputaba. Existe aun la carta que escribió entonces, y toda ella es una respuesta convincente á la calumnia que los historiadores, de acuerdo con la injusticia, le han levantado después.

No fué esta sola la gestion que hizo el Príncipe para allanar el camino á la concordia. Escribió tambien á su primo el rey de Castilla, que restituyese las plazas y castillos entregados á él

por los beamonteses para seguridad de la alianza y del socorro que le pedian, al tiempo de los preparativos del conde de Fox. Pero estas gestiones, hechas por el amor de la paz, no impedian que en otras ocasiones el Príncipe sostuviese con entereza sus derechos, cuando veia que de abandonarlos habian de resultar inconvenientes. Así, cuando murió el obispo de Pamplona él presentó al Papa para aquella dignidad á don Carlos de Beaumont, hermano del Condestable y del Gobernador. Su padre se dió mas prisa, y pidió el obispado para don Martin de Amatriain, dean de Tudela, que á la sazón estaba en Roma, y el Pontífice se le habia concedido. No cedió el Príncipe, conociendo que la intencion de su padre era poner en Pamplona un obispo de su partido; y así, representó eficazmente al Papa que revocase la gracia; ni cedió tampoco á las sumisiones y ofertas que desde Roma le hizo el nuevo electo; y el Papa, vencido de sus instancias, y creyendo que don Carlos no estaria tan firme sin la anuencia del Rey su tío, confirió la administracion del obispado al célebre cardenal Besarion.

Todas estas incidencias cebaban el resentimiento del rey de Navarra, sin que las satisfaccions del Príncipe bastasen á calmarle. Rodrigo Vidal, después de haber apurado todos los medios de convenio que sus instrucciones le sugerian, propuso una suspension de armas entre los dos partidos. Venian en él los beamonteses; pero el Rey, orgulloso y fiero con su poder, no quiso consentirle. Vidal entonces, creyendo que su mision era hacer la paz á cualquier costa, pensó otros medios de conseguirla mas favorables al partido del Rey: propúsolos al gobernador Beaumont, quien le preguntó si aquellos artículos se habian propuesto con anuencia del monarca aragonés: respondió Vidal que no; y entonces el generoso navarro, « yo no tengo, dijo, órden del Príncipe sino para obedecer lo que el rey de Aragon ordene; y pues esos partidos son diversos de los que él quiere, yo y todos mis parciales nos expondremos á todo riesgo por obedecerle, antes que tener paz y sosiego tan infame. »

Por este tiempo (mayo 1457) tuvieron vistas los reyes de Navarra y de Castilla para negociar la paz entre si: vino la corte de Navarra á Corella, y la de Castilla á Alfaro, á cuya villa acudió tambien el gobernador Beaumont, y propuso que se entregasen

en secuestro al rey de Aragon todas las plazas fuertes del reino, así de un partido como del otro, y que estuviesen con bandera y gobernadores de su mano, hasta que el mismo rey diese la sentencia que cortase aquellos disturbios. Tampoco quiso el rey don Juan venir en este partido: tenia fundadas esperanzas de reducir al rey Enrique IV, así por sus gestiones propias como por las que hacia su mujer doña Juana con la reina de Castilla. Las dos se veían y se festejaban; y es de ver en los monumentos de aquel tiempo la extrañeza que causaba en los procuradores del Príncipe el lujo, la riqueza y la extravagancia que ostentaban las damas castellanias. Acostumbrados á la modestia con que se habian presentado siempre la reina doña Blanca y la princesa Ana de Cleves, mujer del Príncipe, no podian menos de admirar la locura de las damas que acompañaban á la reina de Castilla. « La una trae bonet, la otra carmaguola, la otra en cabellos, la otra con sombrero, la otra con troz de seda, la otra con un almaizar, la otra á la vizeaina, la otra con un pañuelo; é de ellas hay que traen dagas, de ellas cuchillos victorianos, de ellas cinto para armar ballesta, de ellas espadas, y aun lanzas y dardos y capas castellanias, cuanto, señor, yo nunca vi tantos trajes de habillamientos. » Así escribia al Príncipe su procurador patrimonial Martin Irurita, añadiéndole al fin: « Nuevas de acá otras, señor, buenamente no sé qué escriba, sino que tierra de vascos de ocho dias acá está en vuestra obediencia, et todas las montañas, sino Gorriti; é los vuestros se esfuerzan lo mas que pueden; mas por Dios, señor, son pocos é pobres, é á la larga no se podrán sostener. »

No era pues extraño que el rey don Juan, fiero con su preponderancia, se negase á toda composicion que no humillase completamente á su hijo. A las esperanzas que le daban sus tratos con el rey de Castilla, debieron unirse para este efecto las sugerencias de la condesa de Fox, que tambien se halló á aquellas vistas, y trataria de impedir toda concordia que perjudicase á sus miras codiciosas sobre la sucesion del reino de Navarra. Estaba entonces lisiada de una dolencia que no la dejaria alternar en bizzarria con las dos reinas concurrentes, y que hacia decir con gracia á Rodrigo Vidal, escribiendo al Príncipe: « Dicese, señor, que la condesa de Fox vuestra hermana está cerca de perder un ojo. A la mi fe, señor, no

tengais dolor ó penar, car quien entiende en la perdicion de un tal hermano bien merece perder un ojo, aun el derecho. Ella viene sintiendo estos fechos á mas que de paso, é hoy debe entrar en Tudela. »

Así todo se conjuraba en España en ruina del desdichado don Carlos: su partido desmayaba, el del rey su padre se hacia cada dia mas fuerte en Navarra, sus hermanos atizaban el fuego, y sus aliados le abandonaban; pero el monarca de Aragon creyó ya comprometida su autoridad en hacer obedecer á su hermano, y le envió nuevos embajadores que le hiciesen entender su voluntad y abandonar á su decision los negocios de Navarra. Y aunque hasta allí lo habia repugnado mucho, porque así se desvanecian sus tratos con los condes de Fox, malgrado suyo al fin tuvo que rendirse, y firmó á últimos del año de 1457, en Zaragoza, el compromiso en que puso las diferencias todas con su hijo en manos del Rey su hermano. Con esto cesó la guerra en Navarra, se dió libertad á los prisioneros, y después, á principios del año siguiente, revocó el rey don Juan los procesos que tenia abiertos contra el Príncipe y Princesa sus hijos, con la reserva de que si su hermano no daba sentencia en el término señalado, pudiese abrir otros nuevos: reserva inventada por el rencor y mala fe á fin de que no le faltase nunca pretexto para perseguirlos.

Mas las esperanzas que el príncipe de Viana concibió de este tratado se desvanecieron todas con la muerte del rey de Aragon, que falleció en Nápoles en junio del año siguiente (1458). Conquistador de un reino, que supo hacer feliz con la prudencia de su gobierno; pacificador de la Italia, que le debió su sosiego espléndido en su corte, la más civilizada y culta de Europa; honrador y apasionado del saber; monarca paternal, buen amigo, hombre amable, rey en fin de los reyes de su tiempo, reunió todos los respetos, se concilió todas las voluntades, y á su muerte el sentimiento de los pueblos y de las naciones fué universal. La Italia y la España perdieron á muy mala sazon un moderador, que contenia con su respeto y su autoridad toda la ambicion de los diversos partidos que las agitaban. Pero nadie perdió mas que el príncipe de Viana: sus diferencias iban á ajustarse, y segun el amor que le tenia el Rey su tio, era de esperar que fuese muy á satisfaccion suya la

sentencia: la autoridad y poderío del juez arbitrador aseguraban la estabilidad del partido que iba á tomarse; y cesaban al fin aquellos escandalosos debates que ni hacían honor á su carácter y moderación, ni eran favorecidos de la fortuna, ni podían venir á parar en otro fin que en destruirle á él y destruir su miserable reino. ¿Cómo ya sin nota de insensatez ponerse á luchar con el poder del Rey su padre, señor, por muerte de su hermano, de todos los estados de Aragón? Ni ¿qué esperanzas fundar en la protección de su primo el heredero de Nápoles, cuyo poder é influjo eran ya tan inferiores?

Si el Príncipe hubiera sido tan ambicioso como algunos quieren, ocasion se le presentó en la muerte de Alfonso, cuando mucha parte de los barones y nobles napolitanos se ofrecía á aclamarle rey suyo, no queriendo obedecer á don Fernando, hijo natural del conquistador. Dicen que él daba oídos á estos, y que por no ver probabilidad de buen éxito se embarcó prontamente y se dirigió á Sicilia. Mas lo cierto es que nunca se rompió la buena armonía entre él y su primo, y que este le pagó puntualmente mientras vivió la manda de doce mil ducados anuales, que el rey difunto le dejó en su testamento. El mismo amor y reverencia de los pueblos que se había granjeado en Nápoles por su moderación, mansedumbre, sabiduría y prudencia, le siguieron á Sicilia, donde se llevó también las voluntades de todos. Su padre, que conocía este atractivo de su persona, sabiendo las aclamaciones y el afecto de los sicilianos, hubiera entonces venido en cederle á Navarra y su independencia, con tal de sacarle de la isla. Y ¿qué hacía él entre tanto para dar motivo á estas sospechas odiosas? Declarar en cortes del reino que su intención era volver á la obediencia y servicio de su padre; negarse á las repetidas instancias que se le hicieron para coronarle rey de Sicilia; castigar á tres sujetos principales que no quisieron hacerle homenaje en nombre del Rey, y negarse á las gestiones de los barones de Nápoles, que otra vez le convidaban con aquel estado. Ocupado además en leer los excelentes libros de los monjes benedictinos de San Plácido de Mecina, en escribir algunas obras en prosa y verso y en corresponderse con los hombres eruditos y humanistas de su tiempo, no aspiraba sino á reposar de tantas agitaciones y torbellinos, y volver al seno y amistad paternal.

Para esto exploró la voluntad del Rey por medio de embajadores enviados por él á darle razón de su conducta y negociar la reconciliación. Fué contento el Rey de que se viniese á España, y dió la vela desde Sicilia en una armada que se aprestó al efecto, pasó por Cerdeña (1439), donde obtuvo las mismas aclamaciones y respetos, y arribó á Mallorca, donde se le aposentó en el palacio real, entregándole el castillo de la ciudad. No se hizo lo mismo con el de Belver, según se lo había ofrecido su padre; y esto le dió á entender que la indulgencia y amistad que le prometía eran inciertas y sospechosas. Escribióle en fin una carta, que todos los analistas copian, y cuya sustancia viene á ser reducirse á su obediencia, cederle lo que por él se mantenía en Navarra, pedirle con ahínco la libertad y el perdón de sus parciales, suplicarle que diese estado á su hermana doña Blanca y á él mismo, proponerle que pusiese por gobernador de Navarra un aragonés libre de toda pasión, quitando aquel encargo á doña Leonor su hermana, y pedirle la restitución de su principado de Viana y ducado de Gandia, quedándose el Rey con los castillos para mas seguridad. Entre otras razones le dice esta, que pudiera ablandar á otro padre menos rencoroso y prevenido: «Y non tema ya usia de mí; ca dejadas las razones que Dios y naturaleza quieren, ya estoy tan farto de males y ausadas de mar, que me podeis bien creer.»

El Rey condescendió con unos artículos, alteró otros, y se negó á algunos; pero al fin el convenio se hizo (23 de enero de 1460): la parte de Navarra que obedecía al Príncipe se entregó al Rey, con poco gusto de los beamonteses, que se resistían á ello; el Condestable y demás rehenes se pusieron en libertad, diéronles sus bienes, al Príncipe se le restituían las rentas de su estado de Viana, y quedaba desterrado de los reinos de Navarra y de Sicilia, donde su padre no quería que estuviese. Era tal el ansia de concluir el ajuste, que hizo venir de Navarra á dos hijos naturales que tenía, don Felipe y doña Ana de Navarra y á la princesa doña Blanca, para que estuviesen al lado de su padre: cosa que ponía en gran sospecha á todos los suyos, que decían era entregarlos á sus enemigos para que completasen su perdición.

Hecho esto, dió la vela desde Mallorca y se vino á Cataluña: no había creído que para ponerse en manos de su padre de-

biese esperar su aviso; pero el Rey llevó á mal esta determinación, como una ofensa hecha á su autoridad. Temiale donde quiera que estoviese; temia á la correspondencia que seguía en Sicilia, Nápoles, España y Francia; temia á aquel interés que inspiraban sus desgracias, al respeto que se granjeaban sus virtudes, á la seducción que llevaba en la amabilidad de su carácter y en la moderación de sus costumbres. El aspecto de estas bellas prendas, y el de las esperanzas que prometían, hacia en la imaginación de los pueblos una oposición terrible con los sentimientos que inspiraba el rey don Juan, hombre de pocas virtudes ó ninguna, ya anciano, gobernado por una mujer ambiciosa y arrogante, que por lo mismo que era nacida particular insultaba á los pueblos con la ostentación de su imperio y de su tiranía. Llegó á Barcelona, donde sus moradores quisieron recibirle en triunfo: él entró modestamente, pero no pudo negarse á las luminarias, á los vivas y á las diversiones que el contento de verle inspiraba. Tratáronle con la solemnidad de primogénito, y el Rey se ofendió también de esto, y ordenó que hasta que él le declarase por tal no se le diesen mas honores que los debidos á cualquier infante hijo suyo. Quería el Príncipe verse á solas con su madrastra para terminar todos los puntos de diferencia: ella constantemente se negó, y en compañía del Rey vino á verle á Barcelona, saliendo el Príncipe á recibirlos hasta Igualada. Al encontrarse con ellos se postró á los piés de su padre, le besó la mano, le pidió perdón de todo lo pasado y su bendición; con el mismo respeto hizo reverencia á la Reina, y correspondiéndole los dos con muestras de benevolencia y de amor, entraron juntos en Barcelona, que hizo en aquella ocasión muchos festejos públicos en demostración de su alegría.

Pero no se acaba tan presto rencor tan largo y cebado con tantos agravios, sobre todo de parte de los ofensores. El Rey tenía ya apagado todo cariño hacia su hijo: entregado enteramente á su mujer, no veía sino por ella; la Reina aborrecía personalmente al Príncipe; el interés de su hijo le aconsejaba su pérdida, y su corazón, ardiente y perverso, no desdeñaba medio ninguno de conseguirla. ¿Que acuerdo pues podía tomarse, ni qué concordia ajustarse, que fuese estable y segura? Faltaba casar al Príncipe y declararle los derechos y prero-

gativas de primogénito y sucesor. El Rey se negaba á lo último, á pesar de los ruegos que le hacían los estados de Aragón y Cataluña, que creían ser este el medio mas seguro para afirmarse la paz y evitar nuevos disturbios. No estaba tan negado en cuanto á casarle; pero quería fuese con doña Catalina, hermana del rey de Portugal. Accedió el Príncipe á este enlace, viendo que su padre le deseaba, aunque era mas de su gusto y de su interés el de doña Isabel, hermana del rey de Castilla: unión que estrecharia mas los nudos de la larga alianza que habia tenido con aquella corte y de la protección que habia hallado en ella. Mas los reyes de Aragón querían á Isabel para su hijo Fernando, y es preciso confesar que esta boda, por la edad igual de los dos príncipes, era mas acertada que la de don Carlos, el cual llevaba treinta años á doña Isabel. Todo entregado á este trato, el rey don Juan descuidaba el casamiento del Príncipe como una cosa de poca importancia, y repugnaba el declararle su sucesor como si fuera una injusticia.

En este tiempo los grandes de Castilla, descontentos del gobierno de Enrique IV, conspiraron á reformarle, entrando en esta liga, á ruegos del almirante Enriquez, el rey de Aragón. Esperaba él por favor de los descontentos recobrar los muchos estados que habia perdido en aquel reino: miserable achaque de hombre, no contentarse con tantos dominios y señoríos como tenía, y aspirar á revolver todavía el dominio ajeno para poseer lo que por sus turbulencias y sus ministros, hábiles esta vez, creyeron conjurar la nube estrechando la confederación que tenía aquel rey con el príncipe de Viana, y ofreciéndole la mano de la infanta doña Isabel. Enviaron á este fin un emisario que secretamente se lo propusiese, y el Príncipe dió gustoso oído á este nuevo trato. Cuánta fuese su culpa ó su imprudencia, ó bien su razón y su derecho, en dar la mano á esta negociación, no es fácil determinarlo ahora; sería preciso para ello tener noticia de todos los chismes, de todas las palabras, de todas las acciones, indiferentes en la apariencia, que llevadas de una parte á otra y exageradas por la posición, causan sospechas, incitan á venganza ó á temor, y hacen revivir los odios mal apagados. Lo cierto es que el Príncipe por la concordia se habia atado las manos y privado de todos los recursos, sin querer mas que las prerogativas de primogénito y sucesor de

su padre; y que el Rey, retardando esta declaración, dilatando el darle estado, y teniéndole alejado de sí y de su cariño, se mostraba mas en disposición de favorecer los intentos de sus enemigos que de cimentarle en su gracia.

Celebrábanse á la sazón cortes de Cataluña en Lérida, y de Aragón en Fraga. Los diputados de este reino habian pedido la jura del Príncipe, sin poderla conseguir, cuando el almirante de Castilla, que llegó á averiguar el trato secreto que habia entre su rey y el príncipe de Viana, dió aviso de todo á los reyes de Aragón. Dicen que don Juan no quiso al principio dar asenso á esta noticia, y que fué menester para que la creyese que la Reina se la confirmase, llorando y maldiciendo su fortuna. El consentimiento y aun el poder que habia dado don Carlos, para ajustar su matrimonio con la infanta de Portugal, pudo servir de fundamento á la incredulidad del Rey. Viéndose pues engañado, y teniendo á traición las pláticas de su hijo, determinó arrestarle, y envió á llamarle á Lérida, donde entonces se hallaba celebrando las cortes de Cataluña. Ibanse estas á concluir; y el Príncipe, viendo que no se trataba de jurarle en ellas sucesor del Rey su padre, mostraba desesperacion y abatimiento, como adivinando lo que iba á sucederle. Muchos de sus amigos y consejeros le advertían que no fuese allá á ponerse en manos de sus encarnizados enemigos. Su médico desenfadadamente le decía: « Señor, si sois preso, sed cierto que sois muerto, porque vuestro padre no os prenderá sino para haceros matar; y aunque os hagan la salva, os darán un bocado con que os enviarán vuestro camino. » Unos opinaban que debia escaparse á Sicilia, otros á Castilla; todo era propósitos y proyectos; y él, constituido en extrema urgencia, avisaba á varios pueblos de Cataluña que le socorriesen con dinero. Al fin resolvióse á obedecer á su padre, fiado en el seguro que daban las Cortes. Llegó á Lérida, y al otro día después de fenecidas, llamado por su padre, se presentó á él (2 de diciembre de 1460). Dióle el Rey la mano, y le besó, según costumbre de entonces, y al instante le mandó detener preso. A este terrible mandato el Príncipe se echó á sus piés, y le dijo: « ¿ Dónde está ¡ oh padre! la fe que me disteis para que viniese á vos desde Mallorca? Adónde la salvaguardia real que por derecho público gozan todos los que vienen á la Cortes? Dónde la cle-

mencia? ¿ Qué significa ser admitido al beso de padre, y después ser hecho prisionero? Dios es testigo de que no empecé ni imaginé cosa alguna contra vuestra persona. ¡ Ah señor! no queráis tomar venganza contra vuestra carne ni mancharos las manos en mi sangre. » A estas añadió otras razones que el Rey escuchó sin conmoverse, y fué entregado á los que estaba ordenada su custodia.

A la nueva imprevista de esta prision toda Lérida se alteró, como si de repente fuese asaltada de enemigos. Atónitos al principio y pasmados, no sabían qué creer y qué juzgar, y pensaban si habia alguna conspiracion contra el Rey; mas cuando fueron ciertos de lo que era, y se dijeron los motivos y las circunstancias de aquella novedad, entonces los ánimos, vueltos á la conmiseracion, empezaron casi á gritos á exaltar las virtudes del Príncipe, á llorar su desgracia y á deprimir al padre inhumano que le perseguía. Los diputados de las cortes de Cataluña se presentaron al Rey, le recordaron el seguro que daban las Cortes, le pidieron que se le entregase la persona de Carlos: salían por fiadores de su seguridad, y ofrecieron servir al Rey con cien mil florines por esta condescendencia. Las cortes de Aragón, que aun se tenían en Fraga, enviaron tambien una diputacion reclamando la clemencia del padre para con el hijo y expresando el interés que todo el reino tomaba en su libertad y seguridad; pedían tambien que se les entregase el Príncipe, y ofrecían condescender con las demandas que el Rey habia hecho en ellas. Negóse ásperamente el Monarca á todo concierto, y por suma gracia concedió á su hijo que le llevaria á Fraga desde Aytona, en donde le habia puesto; pero para ello le hizo renunciar todas las libertades y fueros de Aragón, y le dió á entender que esto se lo concedía á ruegos de la Reina su madrestra. ®

Entre tanto mandó que se ordenase de nuevo el proceso que anteriormente habia fulminado contra él. Imputábanle sus enemigos que quería matar á su padre, valido del auxilio que esperaba en los facciosos de todos los estados que le obedecían; que tenia concertado irse secretamente á Castilla, y para ello habia venido á la frontera gente de este reino, y se hablaba de una carta del Príncipe á Enrique IV, donde estaban las pruebas de su horrible conspiracion. Mas no existiendo tal carta, inven-

tada solo por el rencor y la calumnia, apelaron los perseguidores á otras pruebas. Habia sido preso al mismo tiempo que el Príncipe su grande amigo y consejero don Juan de Beamonte, prior de Navarra, aquel que en la guerra civil defendió los intereses del Príncipe con tanto heroísmo y constancia. Este fué llevado á la forteza de Azeon, tratado con todo rigor, y preguntado acerca de los capitulos de acusacion que se hacian contra su señor. Horrorizóse él al oír la inculpacion de parricidio, y aunque declaró los diversos propósitos en que vacilaba el Príncipe, atsigado de las sospechas y del peligro que le mostraban los procedimientos y el rigor de su padre, todos ellos eran dirigidos á la seguridad de su persona, y ninguno al perjuicio del Rey ni del Estado. Estas declaraciones no contentaban á la ira ni la apaciguaban; y el Príncipe desde Aytona fué llevado por el Rey á Zaragoza, luego á Miravet, y desde allí á Morella, donde al fin le creyó seguro, por la fortaleza de su situacion.

Los catalanes, viendo desairadas las representaciones que sobre el caso habian hecho en Lérida las Cortes al Rey, acordaron formar un consejo de veinte y siete personas, las cuales, juntas con los diputados de las Cortes, ordenasen todas las providencias y actos concernientes á este negocio, y enviaron al Rey una diputacion de doce comisarios, y al frente de ellos al arzobispo de Tarragona. Este prelado pidió al Rey que usase de clemencia: le representó los males que iba á causar su repulsa, lo extraño que aquel rigor pareceria á los pueblos, todos persuadidos de la inocencia del Príncipe, y le recordó la obligacion en que estaba de mantener en ellos la paz en que se los habian dejado sus antecesores. Respondió el Rey que las desobediencias de su hijo, y no odio ú enojo particular que le tuviese, le habian precisado á prenderle; que el Príncipe estaba continuamente poniendo asechanzas á su persona y estado; que nada aborrecia mas que su vida; que habia hecho liga con el rey de Castilla contra la corona; y al decirlo maldijo la hora en que le engendró. Viendo los veinte y siete el poco progreso que habian hecho estos embajadores, hicieron poner á toda Barcelona sobre las armas, y diputaron otras cuarenta y cinco personas, con un acompañamiento de caballos armados tan numeroso, que mas parecia ejército que embajada. El abad

de Ager, que iba al frente de ella, representó al Rey que el principado pedia á voces la libertad de su hijo; que solo con ella podian sosegarse los pueblos, alterados con semejante novedad; que tuviese piedad del Príncipe y de sí; y por si acaso fiaba en los socorros del conde de Fox y del de Francia, recordóle que los franceses habian llegado un tiempo hasta Girona, y se volvieron vencidos, pocos y sin rey á su país; y le amonestó, por fin, que no diese lugar con su tenacidad á los últimos extremos de la indignacion pública. Esto era mas bien una amenaza que una súplica; y el Monarca, fiero y temoso por carácter, contestó que él haria lo que la justicia y la obligacion le mandaban; y amenazádoles, añadió: «Acordáos que la ira del Rey es mensajera de muerte.»

En un dietario de la diputacion general del principado, que tengo á la vista, se dice que el Rey no quiso aguardar en Lérida á estos últimos embajadores, y que teniendo miedo á su acompañamiento, salió para Fraga, huyendo á pié, de noche y sin cenar. Otros hacen esta salida posterior, cuando convertida la amenaza en amago, vió ya la llama de la sedicion arder en toda Cataluña, y la asonada de guerra retumbar en sus oidos.

Con efecto, no esperando ya remedio alguno de la sumision ni de las representaciones, el principado apeló á las armas. A gran toque de trompetas se tremolaron sobre la puerta de la Diputacion las banderas de San Jorge y la Real, se proclamó persecucion y castigo contra los malos consejeros del Rey, se mandaron armar veinte y cuatro galeras, se cerraron unas puertas de la ciudad, se puso presidio en otras, y los diputados y oidores se encerraron en la casa de la Diputacion con propósito de no salir de allí hasta la conclusion de aquel gran negocio. Empezáronse á convocar y alistar gentes de armas y ballestería, y los terribles gritos de *via fora somaten* resonaban por todas partes, encendiendo y exaltando los ánimos á la defensa de su príncipe. No habian podido contener esta agitacion el maestre de Montesa y don Lope Jimenez de Urrea, enviados antes por el Rey á este fin; el gobernador Galceran de Requesens, á quien tenian por uno de los acusadores del Príncipe, huyó de Barcelona al acto de tremolar las banderas, pero fué preso después en Molins del Rey, llevado á

Barcelona y puesto en la Veguería. Los capitanes catalanes que estaban en Lérida salieron tendidas sus banderas y se dirigieron á Fraga, de donde el Rey huyó á Zaragoza, y la villa y el castillo se rindieron á los malecontentos. En esta ocasion ya toda España estaba en armas en favor del príncipe. El rey de Castilla arrimó sus tropas á la frontera de Aragon, amenazando; los beamonteses alzaron la frente en Navarra, y su caudillo el Condestable, ansioso de vengar las injurias del Príncipe y las de su familia, revolvió sobre Berja con mil lanzas castellanas; Zaragoza, alterada, pedía también á voces la libertad del primogénito de la corona, y el contagio cundiendo desde el centro hasta las extremidades, los mismos clamores se oían y el mismo daño amenazaba en Mallorca, Cerdeña y en Sicilia.

Triunfaba en su prision el príncipe de Viana de sus viles enemigos, que faltos de consejo, desnudos de recursos, no sabían qué partido tomar. No era entonces como después de la batalla de Aivar, cuando, socorrido de una faccion y ayudado de sus fuerzas aragonesas, el Rey oprimía la faccion contraria y dictaba leyes á los vencidos: ahora todos los estados del reino pedían á voces al prisionero, y la conmocion universal y los progresos que hacia la gente armada no dejaban respiro á la agonía ni lugar á la dilacion. Cejó, en fin, y concedió la libertad al Príncipe, dándosela como á ruegos de la Reina su madrastra. Ella se hizo este honor en la carta que escribió á los diputados del principado de Cataluña, avisándoles que ya habia recabado del Rey la libertad de su hijo, y que ella misma iría á Morella para sacarle del castillo y llevarle á Barcelona. Así lo hizo; y el Príncipe dió al instante parte de su libertad á Sicilia, á Cerdeña y á todos los príncipes sus amigos y confederados. La carta que en aquella ocasion escribió á los de Barcelona es la siguiente: « A los señores, buenos y verdaderos amigos míos, los diputados del principado de Cataluña. — Señores, buenos y verdaderos amigos míos: Hoy á las tres de la tarde ha venido la señora Reina, la cual me ha dado plena libertad; y ambos vamos á esa ciudad, donde personalmente os daremos las debidas gracias. Escrita de prisá en Morella el día 2º de marzo. — El príncipe que os desea todo bien, *Cárlos*. »

Estas demostraciones no engañaban á nadie, y menos á la Diputacion, que envió embajadores á recibir y encargarse de la persona del Príncipe, y á intimar á la Reina que no llegase á Barcelona si queria evitar los escándalos que su presencia iba á ocasionar. Ella se quedó malecontenta en Villafranca del Panadés, y el Príncipe siguió su camino y entró en Barcelona el día 12 de aquel mes á las cuatro de la mañana. Su entrada fué un triunfo mas solemne que el que pudiera celebrarse por una gran victoria sobre los enemigos, y mas apacible, siendo inspirado por la alegría y el amor general de todo un pueblo. Desde el puente de San Boy hasta la ciudad todo el camino de una y otra banda estaba lleno de ballesteros y de gente armada á dos filas: salíanle también al encuentro cuadrillas de niños, que armados puerilmente á la manera de los hombres, mostrando gozo por su libertad y venturosa venida, le saludaban gritando: « ¡Cárlos, primogénito de Aragon y de Sicilia, Dios te guarde! » Toda Barcelona salió á recibirle en sus diputados, eclesiásticos y nobles, no en congregacion, sino cada cual por sí y á caballo; llevando así el concurso, no el aspecto de ceremonia, sino el de regocijo ingenuo y alegría. Las filas de hombres armados estaban tendidas alrededor de la muralla por donde habia de pasar, y la Rambla guarnecida de mas de cuatro mil menestrales armados también. Barcelona en quel aparato manifestaba los esfuerzos que habia hecho para conseguir tan buen día; y las grandes luminarias que encendió por la noche completaban la demostracion de su contento.

Comenzóse después á negociar para sosegar los movimientos de guerra que por todas partes amenazaban. El rey de Castilla se hallaba en Navarra con un poderoso ejército, y ya habia tomado á Viana y Lumbierre. Al rey de Aragon, á pesar de su poder, le faltaban fuerzas para acudir á quel reino, pues no podia servirse de las de Cataluña, y los aragoneses no se prestaban gustosos á ser opresores de los navarros ni á intervenir en lo que no les importaba. Por tanto, necesitaba hacer la paz con prontitud. Las proposiciones que el Príncipe hizo al Rey no eran seguramente de hombre oguloso y desvanecido con su victoria: pedía ser declarado primogénito y sucesor; gozar las prerogativas de tal; que se pusiese en Navarra otro gobernador que la condesa de Fox, dando este encargo á una

persona de la corona de Aragon; y las plazas y castillos los tuviesen hombres del mismo reino por el Rey hasta su muerte, quedando después la sucesion expedita al Príncipe. Tambien negociaba la Reina desde Villafranca; pero los diputados que Barcelona le envió al efecto, quizá en odio de ella, hicieron unas proposiciones tan duras, que mas parecian escarnio que composicion. Pedian que se declarasen válidos y firmes todos los actos hechos por ellos sobre la libertad del Príncipe y en defensa de sus privilegios; que se pusiese al instante en libertad la persona de don Juan de Beaumont; que fuesen declarados inhábiles y destituidos de los empleos todos los consejeros que tuvo el Rey desde que fué hecha aquella prision, sin que pudiesen ser habilitados jamás; que el Príncipe fuese jurado primogénito, y como tal sucesor de todos los reinos de su padre, y gobernador de ellos; que la administracion del principado y condados de Rosellon y Cerdeña fuese suya, con titulo de lugarteniente irrevocable; que el Rey no entrase en el principado; que no interviniesen en el consejo del Rey ni del Príncipe sino catalanes; que en caso de morir don Carlos sin hijos fuese nombrado al mismo fin don Fernando su hermano, con las mismas facultades: ofrecian heredarle allí, y al Rey, si venia en estas condiciones, un don de doscientas mil libras. Pidieron tambien que nunca se pudiese proceder contra alguna de las personas reales y sus hijos, sin intervencion del principado de Cataluña ó de los diputados y consejo de la ciudad de Barcelona. Y por último, no contentos con dar la ley en su casa, querian tambien ordenar las cosas de Navarra, y propusieron que la jurisdiccion y fuerzas de este reino se encomendasen á aragoneses, catalanes y valencianos.

La Reina, asombrada de tales pretensiones, no atreviéndose á concertar nada, se vino á Aragon á comunicarlas con el Rey, y al instante dió la vuelta á Barcelona á dar en persona su contestacion. Mas por segunda vez sufrió el desaire de que la diputacion del principado le intimase que abandonase el intento de entrar en la ciudad. Sintió ella en gran manera estas demostraciones del odio que la tenian, y perseveraba en pasar adelante, cuando el Príncipe tuvo que enviarle nuevos embajadores, excusándose de aquella necesidad; pero intimándola que no se acercase ni con cuatro leguas á Barcelona, y pidién-

dola que declarase á estos mismos la voluntad del Rey sobre los capitulos que se la propusieron en Villafranca. A este nuevo desabrimiento se añadió otro, que acabó de confirmarla en la inutilidad de sus gestiones sobre entrar en la capital. Pasó á Tarrasa con ánimo de detenerse allí á comer; pero los del lugar le cerraron las puertas, se alborotaron furiosos, y tocaron las campanas á rebato, como si sobre ellos viniese una banda de malhechores ó foragidos. Ella con esto hubo de pasar á Caldas, donde comunicó á los catalanes la resolucion del Rey.

¡ Cosa verdaderamente extraña! Este monarca, tan temoso y tan fiero, vino en conceder al principado todos los artículos que se le propusieron, menos la jurisdiccion real que se pedia para el sucesor, y la facultad de presidir y celebrar las Cortes, y aun ofrecia, á pesar de la vergüenza y humillacion que le costaba, no entrar allí hasta que enteramente se sosesasen las diferencias; pero en lo que no queria consentir de modo alguno era en lo que se le pedia acerca del reino de Navarra, como si todo su honor y su gloria consistiesen en negarse á la condicion mas justa de las que se le proponian, que era restituir lo usurpado. De esto mostraron los embajadores tanto descontento, que ni aun quisieron oir el resto de las declaraciones que llevaba la Reina. Ella, viendo su tenacidad, les dijo que sus poderes para ajustar la concordia eran amplios, y así, que la dejasen entrar en Barcelona, y en el término de tres dias compondria las cosas al gusto de la Diputacion. Volvieron los emisarios con esta respuesta; mas como en Barcelona se susurraba que habia en la ciudad quien tenia inteligencia con la Reina, fué tal el tumulto del pueblo y tan grande su movimiento para salir contra ella, que tuvo que volverse á Martorell, y desde allí pasar á Villafranca.

En esta villa se firmó al fin por la Reina el convenio, cuyas condiciones principales eran que el Príncipe fuese lugarteniente general irrevocable del Rey en Cataluña, y que su padre se abstendria de entrar en ella. Esta nueva causó gran regocijo en Barcelona, que hizo procesiones, luminarias y toda clase de funciones para celebrarla. El Príncipe juró solemnemente conservar las constituciones del principado, los usos de Barcelona, y las demás libertades de la tierra; armó en aquel punto caballeros á varios ciudadanos, y salió de la iglesia

paseando por las calles con estoque delante de sí, como correspondía á su dignidad, y seguido de las aclamaciones y aplausos de todo el pueblo.

Este nuevo poder no fué empleado en perseguir y destruir á los que en el proceso de todo aquel gran negocio habian sido contra él. Galcerán de Requesens, antes gobernador de Cataluña, acusado de muchos crímenes y grandes daños hechos á las libertades de la provincia, y creído uno de los instigadores del Rey contra su hijo, no sufrió otra pena que la del destierro. De los demás que tenia por sospechosos y poco afectos á su partido, se contentó con enviar una lista á la Diputación, rogándola que no eligiesen á ninguno de ellos en adelante por diputados ni oidores. Un dia salió de Barcelona á perseguir en Villafranca á un revoltoso, y llegado allá, le perdonó.

Mas á pesar de la concordia hecha, como su situación era violenta y su padre habia venido en aquel ajuste á mas no poder, la desconfianza de los dos partidos seguia siendo la misma. Los catalanes, para empuñar mas su accion, hicieron al Príncipe juramento de fidelidad como á primogénito, en 30 de julio. Este acto se celebró solemnemente en la sala del palacio mayor. Cuando trató de leerse la fórmula no permitió el Príncipe que se leyese, diciendo que ya sabia él que aquella ciudad y sus regidores eran tales que no harian mas que lo debido, así como sus antepasados lo tenian de costumbre; y cuando los sindicos nombrados, después de prestar el juramento, fueron á besarle la mano, él con rostro afable y palabras corteses los hizo levantar, alzándose de su sitial, inclinándose á ellos, y poniéndoles las manos sobre los hombros. Toda su confianza la tenia puesta en Castilla; pero su rey era de un carácter tan débil, que en esta parte no podia afianzar mas seguridad que la que hubiese en los intereses del marqués de Villena, que absolutamente le gobernaba. El partido castellano del rey de Aragon, á cuya frente estaban el Almirante y el arzobispo de Toledo, procuraba hacer suyo al Marqués, y ponía ya en balanzas los conciertos que después de libre el Príncipe se habian seguido sobre su casamiento con la infanta doña Isabel. Demás que el rey de Castilla, cansado de lo poco que adelantaba en Navarra, trataba de volverse á su reino y dejar aquella em-

presa. En esta incertidumbre don Carlos y el principado enviaron al rey de Aragon una solemne embajada para que confirmase de nuevo la concordia ajustada con la Reina, y después pasase á Castilla á concluir el concierto de matrimonio.

El Rey, que aborrecia este enlace mas que la muerte, detuvo á los embajadores bajo pretexto de que no era decente seguir en aquel concierto mientras el rey de Castilla tenia una guerra tan furiosa contra él. Envió además á Cataluña al protonotario Antonio Noguerras, el hombre de su mayor confianza, para que diese la causa de esta detencion. Llegó, y presentado ante el Príncipe, este, después de haber recibido su salutation, sin dejarle comenzar su mensaje, y saliendo por entonces de su moderacion y mansedumbre acostumbrada, le dijo: « Maravillado estoy, Noguerras, de dos cosas: una de que el Rey mi señor no haya escogido persona mas grata que vos para enviarme, y otra de que vos hayais tenido osadia de poneros en mi presencia. ¿No os acordais ya de que estando preso en Zaragoza, tuvisteis el atrevimiento de venir con papel y tinta á examinarme y á entender por vos mismo que yo depusiese sobre las maldades que entonces me fueron levantadas? Quiero que sepais que jamás me acuerdo de este paso sin dejarme arrebatado de la ira; y sed cierto que si no fuera por guardar reverencia al Rey mi señor, de cuya parte venis, yo os hiciera salir sin la lengua con que me preguntasteis y sin la mano con que lo escribisteis. No me pongais pues en tentacion de mas enojo; yo os ruego y mando que os vayais de aquí, porque mis ojos se alteran al ver un hombre que tales maldades pudo levantarme. » Quería responder Noguerras para satisfacerle; y él le dijo: « Idos, vuelvo á decir, y no sopleis el carbon que está ardiendo. » Salióse el enviado aquel mismo dia de Barcelona; pero á ruego de los diputados permitió que volviese á entrar en ella y les dijese su embajada, sin consentir que se pusiese otra vez en su presencia.

Sintióse mucho el Rey de este caso, y el Príncipe no estaba menos indignado de la oposicion que su padre ponía á sus designios. Sus quejas resonaban en España, en Francia y en Italia, al mismo paso que su poder y su dignidad eran respetados de muchos potendados de Europa, que ya se correspondian con él como con un soberano. A pesar de esto siempre

se temia de las intrigas de su padre y su madrastra, que ya tenían casi vuelto á su favor al rey de Castilla, y tentaban la fidelidad y resfriaban el celo de muchos señores principales de Cataluña, que trataban de reducirse á su obediencia. En este conflicto buscó el socorro del rey de Francia Luis XI, que acababa de suceder á su padre y con quien había tenido alianza mientras era delfin. Quería que le ayudase á cobrar su reino de Navarra contra su padre y el conde de Fox, principal promovedor de los disturbios de aquel país; y le decia que, pues Dios le había constituido en tan alto lugar, le ayudase como deudo suyo, por ser su primo, y como mayor y cabeza, por el reino que tenía y descender los dos de una cepa; y decia que casaría con una hermana de aquel rey, ofreciendo también unir á su hermana doña Blanca con Filiberto, conde de Ginebra, príncipe heredero de Saboya y sobrino del rey Luis. Con estos enlaces y confederación pensaba él recuperar su dominio de Navarra y suplir la fuerza que perdía en la desercion del rey de Castilla.

Pero el desenlace de esta tragedia llegaba por momentos. La salud del Príncipe, que no había gozado día bueno desde que salió de la prision de Morella, acabó de arruinarse con los cuidados é incertidumbre en que todavía veía su suerte; y adolecendo gravemente á mediados de setiembre (1471), falleció en 23 del mismo mes. Asistieron á su enfermedad los consejeros de Barcelona; y conociendo que ya se acercaba su último momento, les dijo: « Mi proceso va á publicarse. » Después recibió los auxilios de la Iglesia, y pidió perdón á todos de las molestias y afanes que les había causado, con una mansedumbre y dulzura tal que prorumpieron en lágrimas: de allí á poco espiró entre las tres y las cuatro de la mañana. Moviése gran duelo en Barcelona por el amor que le tenían y las esperanzas que en él se malograban; y en sus exequias, que fueron celebradas con toda la pompa y majestad dignas de un rey, lo más hermoso y solemne fué el llanto y sentimiento universal que en aquel concurso inmenso sobresalian. Su cuerpo estuvo muchos años en el presbiterio de la catedral, hasta que el Rey su padre lo mandó llevar á Poblet, donde yace en una arca cubierta de terciopelo negro, en el mismo panteon de los duques de Segorbe.

El fanatismo, y quizá la política de los catalanes, quisieron hacer de él un santo, y se empezaron á publicar al instante milagros que Dios había hecho por su intercesion. Pero sin recurrir á estos medios, que hoy día la razon y la circunspeccion desechan igualmente, se puede decir que en él se perdió el príncipe mas cabal que entonces se conocía. Su padre don Juan II de Aragon, fuera de sus talentos militares, no puede ser considerado sino como un hombre faccioso y turbulento, que ni de particular ni de rey tuvo ni dió sosiego; Enrique de Castilla era un imbécil; Luis XI, un déspota capcioso y sanguinario; Fernando de Nápoles otro político suspicaz, pérfido y malquisto; Alfonso de Portugal, inquieto, ambicioso y desgraciado, es solo conocido por sus tristes y malogradas pretensiones sobre Castilla. El emperador de Alemania Federico III, débil, supersticioso, indolente y avaro, fué el desprecio universal de Italia y Alemania. Todos ellos, á excepcion de Fernando, rudos y bárbaros: todos reinaron; y aquel que recibió de sus mayores la mejor educacion; que criado en costumbres pacíficas se dió al estudio, no para pasar el tiempo vana y ociosamente, sino para instruirse en aquella parte de la sabiduria sin la cual los estados no pueden ser bien fundados ni instituidos; aquel que en los nueve años de su gobierno en Navarra hizo la prueba de su moderacion y de su justicia; aquel á quien los votos, los aplausos y aclamaciones de todos los pueblos que le conocian le llamaban al mando y al gobierno; este acabó desgraciadamente, luchando por su existencia, aborrecido y perseguido de su padre y despojado de lo que era suyo.

Tenía cuarenta años cumplidos cuando murió. Estuvo casado con Ana de Cleves, la cual falleció sin darle sucesion en 1448; de sus tratos y amores con otras mujeres tuvo después á don Felipe de Navarra, conde de Beaufort, en doña Brianda Vaca; á doña Ana en doña Maria Armendariz, y á don Juan Alonso en una siciliana de clase humilde, pero de extremada hermosura. Fué de estatura algo mas que mediana, su rostro era flaco, su ademan grave y su fisonomía melancólica. Su madre para enseñarle á ser liberal le hacia distribuir diariamente cuando era niño algunos escudos de oro, y su magnificencia y su generosidad cuando jóven y hombre hecho correspondieron á este cuidado. El estudió fué el consuelo que tuvo en la ad-

versidad y el compañero y amigo de su soledad y retiro. La lectura de los autores clásicos, la composición de algunas obras en prosa y verso y la correspondencia con los hombres sabios de su tiempo llenaban aquellas horas que en otros príncipes hubieran sido de aflicción y de amargura ó de crápula y disipación. Entre los hombres de letras con quienes se correspondía, el principal en su estimación fué el célebre Ausias Marc, príncipe de los trovadores de su tiempo. Duraba aun en Sicilia cien años después, cuando el analista Zurita pasó por allí, la memoria de las ocupaciones del Príncipe y de su afición á los libros. Escribió una historia de los reyes de Navarra, tradujo la filosofía moral de Aristóteles, y compuso muchas trovas, que solía cantar á la vihuela con gracia y expresión. Deleitábase mucho con la música, y tenía particular talento para todas las artes, especialmente para la pintura. Traía por divisa dos sables muy bravos, que sobre un hueso renian entre sí: emblema de la porfia que los dos reyes de Francia y Castilla tenían por el reino de Navarra, que con sus contiendas tenían ya casi consumido. Su condición y costumbres fueron las que se han pintado en el curso de esta relación, no amañada por la parcialidad y la envidia, sino tal cual resulta de los hechos que las memorias del tiempo nos han trasmitido. Hasta los historiadores, que en la mayor parte son del partido que vence y han querido dar á su carácter algunos visos de ambición y rebeldía, no pueden dejar de confesar aquel atractivo que la reunión de los talentos, de las virtudes, de la discreción y de la liberalidad ponía en su persona y arrastraba tras de sí la afición de los hombres y de los pueblos. Al contemplarlas se ve la razón con que el severo Mariana, acabando de pintarle, dice: « Mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre mas manso. »

Cuando sus amigos le vieron cercano á morir quisieron todavía ser fieles á su memoria y no obedecer sino á su sangre: para esto le aconsejaron que celebrase su casamiento con doña Brianda Vaca y legitimase al hijo que de ella había tenido, don Felipe. El no lo consintió, ya fuese por no dar ocasión á mas disturbios, ya por no contemplar digna á aquella mujer del honor á que se la quería elevar. Poco satisfecho de su conducta, habíala poco antes apartado de su hijo, encomendándolo al

celo de un caballero de Barcelona llamado Bernardo Zapila, y á ella la puso bajo la guarda de don Hugo de Cardona, señor de Bellpuig.

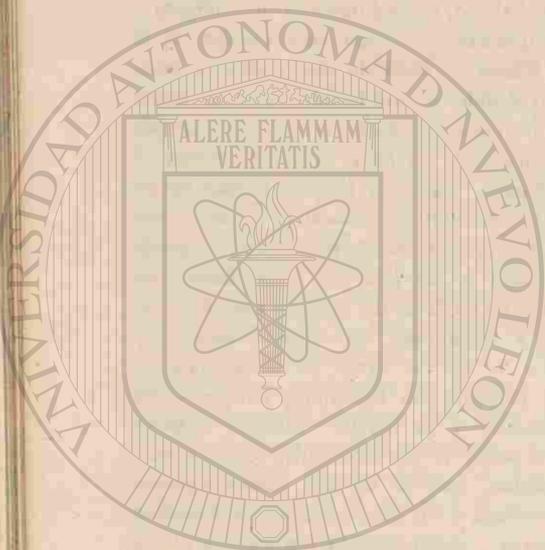
Al punto que su padre tuvo noticia de su muerte hizo jurar heredero del reino de Aragón á su hijo don Fernando, y la Reina le llevó á Cataluña para que el principado le hiciese el mismo homenaje, segun estaba sentado en los artículos de Villafranca. No se negaron los catalanes á este acto, pero resistieron constantemente la entrada del Rey, á quien aborrecían. La Reina, ó por ceremonia ó por complacencia, fué á ver con sus damas la capilla donde estaba el cadáver del Príncipe, y legando, hizo encima una cruz y la besó. Si el Príncipe hubiera hecho milagros, como sus parciales querían, debió entonces con alguna demostración repeler de sí aquel obsequio, que, por quien le daba y al tiempo que se hacía, era un verdadero y escandaloso sacrilegio. A pocos dias después falleció su repostero, y se comenzó á decir que su muerte venía de ciertas píldoras que había gustado de las que se sirvieron al Príncipe en el castillo de Morella. La Reina dió licencia para que le abriesen, y se hallaron los pulmones podridos, como se habían encontrado los del Príncipe. Estas señales, unidas á la sospecha que antes ya habían levantado los furoros de la madrastra, y sus condescendencias después que logró la libertad, irritaron los ánimos de tal modo que de allí á poco tiempo los catalanes, apellidando á su rey parricida y enemigo de la patria, le alzaron el juramento de fidelidad y se pusieron en rebelión abierta contra él. Diéronse primero al rey de Castilla, que aunque al principio oyó gratamente su oferta, al cabo se negó á ella ó por moderación ó por flaqueza. Llamaron después á don Pedro, infante de Portugal, á quien aclamaron rey de Aragón y conde de Barcelona; y este murió de veneno. Trataron á su muerte de constituirse en república, pero prevaleció la idea de traer socorros de fuera, y llamaron á Renato de Anjou, que aunque viejo y cascado, vino á apoderarse de aquella dignidad con muchos franceses que trajo. Su muerte, acaecida de calenturas en lo mas próspero de sus sucesos, destruyó las esperanzas de los catalanes, los cuales, después de una vigorosa resistencia, vinieron al cabo á la obediencia del rey don Juan bajo condiciones muy favorables. De este modo

los estragos y los escándalos siguieron en Cataluña diez años después; y las muertes que esta guerra civil ocasionó fueron otras tantas víctimas que los catalanes consagraron á la memoria infausta del príncipe que fué su ídolo.

Los cronistas antiguos de Castilla aseguran que murió de perlesía, y que la acusacion de veneno es una fábula como la de los milagros y la de la aparicion del alma del muerto pidiendo venganza contra su madrastra, que dicen ellos fueron inventadas para alterar los pueblos y fomentar la sedicion. En acusacion tan grave no puede afirmarse nada sin una circunspeccion prudente; pero estos cronistas eran pagados por el rey Fernando el Católico, que fué el que sacó partido de la reina de Carlos: por otra parte, el rencor de la Reina, la ambicion de que reinase su hijo, el enojo del padre, la rabia de tener que soltarle de la prision á los clamores de los pueblos indignados, el no haber tenido dia ninguno bueno en su salud después que salió del castillo de Morella, la costumbre que aquel tiempo hacia de esta alevosía infame, la muerte del repostero, igual á la de su amo, todas son circunstancias que inclinan mucho á creer la acusacion; y si á ellas se añade la manera bárbara con que el Rey trató á la princesa doña Blanca su hermana, toman el carácter de una evidencia casi completa.

Tenia esta desdichada contra sí parecerse mucho á don Carlos, haber seguido siempre su suerte, y ser legitima señora del reino de Navarra después de sus dias. Habíala envuelto el Rey su padre en la misma proseripcion del Príncipe; y las condiciones con que el conde de Fox vino de Francia á ayudarle en su guerra de Cataluña eran que Blanca habia de renunciar el derecho de sucesion, ó hacerse religiosa ó ser entregada en poder del Conde. Después de la muerte de su hermano, la habia el Rey tenido custodiada en diversas fortalezas porque no cayese en poder de los beamonteses; mas cuando ya se resolvió á cumplir su inhumano concierto, la anunció que se preparase á pasar los montes con él, para ir á ver al rey de Francia, y casarla con el duque de Berri su hermano. Ella respondió que no queria ser homicida de sí misma y que de ningun modo iria. Sus lágrimas y sus ruegos, en vez de ablandar aquel corazon de fiera, no hicieron mas

que endurecerle, y al fin mandó que la llevasen por fuerza, doblándola las guardias. Para mas asegurarla dió el encargo de su persona á Pedro de Peralta, el agramontés mas acérrimo y mas duro. Este la condujo á Marcilla y la aposentó en su misma casa. Dicese que allí la desventurada le pidió « que se compadeciese, como caballero, de una dama la mas afligida y desamparada que se vió jamás; y como buen vasallo, de la hija de su reina doña Blanca, y nieta de don Carlos, á quien él y su familia habian debido su exaltacion; que su padre llevaria á bien esta resolucion cuando la mirase con ojos serenos; que no la sacase de su casa, y no la llevase á Bearne, adonde la acabarian, como en España habian hecho con su hermano. » Aquel hombre bárbaro la arrancó con violencia de allí, y la llevó al convento de Roncesvalles, donde ella tuvo forma de engañar á sus guardias y de hacer una renunciacion de su derecho en favor del rey de Castilla ó el conde de Armeñac; y declarando ser nulas cualesquiera renunciaciones que se viesen de ella en favor de su hermana la condesa de Fox ó del príncipe don Fernando, porque serian arrancadas por la violencia y el miedo. Sabiendo después que iba á ser puesta en poder de sus enemigos, y que se trataba no solo de la sucesion, sino de la vida, volvió á privar solemnemente de su herencia á sus hermanos, é hizo donacion de sus estados de Navarra y demás que la pertenecian al rey don Enrique IV de Castilla, pidiéndole « que la librase, ó vengase las desgracias suyas y de su hermano, y se acordase de su amor y union antiguos, que aunque desgraciados, al fin habian sido como de marido y mujer. » En San Juan de Pié del Puerto la entregaron, en nombre de los condes de Fox, al captal de Buch, el cual la llevó al castillo de Ortez, donde á poco tiempo fué envenenada de orden de su hermana, y murió en 2 de diciembre de 1464. Así el camino del trono fué allanado á la iniquidad ambiciosa: por premio de un fratricidio, la condesa de Fox reinó en Navarra; el hijo de doña Juana Enriquez fué monarca de Aragon, de Sicilia y de Castilla; y si sus grandes talentos y la prosperidad brillante de su reinado templaron algun tanto el horror de tantos crímenes, no le han desvanecido enteramente todavia.



EL GRAN CAPITAN ¹

Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado por su excelencia en el arte de la guerra *el Gran Capitan*, nació en Montilla en 1453. Su padre fué don Pedro Fernandez de Aguilar, rico-hombre de Castilla, que murió muy mozo; y su madre doña Elvira de Herrera, de la familia de los Enriquez. Dejaron estos señores dos hijos, don Alonso de Aguilar, y Gonzalo, el cual se crió en Córdoba, donde estaba establecida su casa bajo cuidado de un prudente y discreto caballero llamado Dieg Cárcamo. Este le inspiró la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor á la gloria y todas aquellas virtudes que después manifestó con tanta gloria en su carrera. Ellas habian de ser su patrimonio y su fortuna, pues recayendo por la ley todos los bienes de su casa en su hermano mayor don Alonso de Aguilar, Gonzalo no podia buscar poder, riqueza ni consideracion pública sino en su mérito y sus servicios.

El estado en que se hallaba entonces el reino de Castilla presentaba la mejor perspectiva á sus nobles esperanzas: el tiempo de revueltas es el tiempo en que el mérito y los talentos se distinguen y se elevan, porque es aquel en que se ejercitan

1. AUTORES CONSULTADOS. — Zurita. Mariana *Crónica anónima del Gran Capitan*. Sumario de las hazañas del *Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar, señor del Salar. Paulo Jovio. Dudoncet. Ayala. Guicciardini. Giannone. Herrera. *Hechos de los españoles en Italia*. Bernaldez, *Crónica manuscrita de los Reyes Católicos*. *Comentarios de los hechos del señor Alarcon*.

con mas accion y energía. La incapacidad de Enrique IV habia puesto el estado muy cerca de su ruina : los grandes descontentos, las ciudades alteradas, el pueblo atropellado, robado y saqueado : el pais hirviendo en tiranos, robos y homicidios ; las leyes sin vigor alguno, ninguna policia, ningunas artes ; todo estaba clamando por un nuevo órden de cosas, y todo dió ocasion á las escandalosas escenas que hubo al fin de aquel triste reinado. Dividióse el reino en dos partidos, favoreciendo el uno al infante don Alonso, hermano de Enrique, á quien despojaron en Avila del cetro y la corona, como inhábil á llevarlos. La ciudad de Córdoba siguió el partido del Infante : y entonces fué cuando Gonzalo, muy jóven todavia, se presentó enviado por su hermano en la corte de Avila á seguir la fortuna del nuevo rey, á quien sirvió de paje y ayudó en la guerra.

La arrebatada muerte de este príncipe desbarató las medidas de su faccion, y Gonzalo se volvió á Córdoba ; mas después fué llamado á Segovia por la princesa doña Isabel, que, casada con el príncipe heredero de Aragon, se disponia á defender sus derechos á la sucesion de Castilla contra los partidarios de la princesa doña Juana, hija dudosa de Enrique IV. Es bien notoria la triste situacion de este miserable rey, obligado á reconocer por hija de adulterio la hija de su mujer, nacida durante su matrimonio, y á pasar la sucesion á su hermana, á quien no amaba ; después, llevado por otro partido que abusaba de su debilidad, á volver sobre sí y declarar por hija suya legitima á la que antes habia confesado ajena, y á destrozarse el Estado con este manantial eterno de querellas y divisiones. Isabel, sostenida por la mayor y mas sana parte del reino, y apoyada en las fuerzas de Aragon, reclamó contra la inconstancia de su hermano. Entonces fué cuando Gonzalo se presentó en Segovia ; y si su juventud y su inexperiencia no le dejaban tomar parte en los consejos políticos y en la direccion de los negocios, las circunstancias que en él resplandecian le constituian la mayor gala de la corte de Isabel. La gallardia de su persona, la majestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio, ayudadas de una conversacion fácil, animada y elocuente, le conciliaban los ánimos de todos, y no permitian á ninguno alcanzar á su crédito y

estimacion. Dotado de unas fuerzas robustas, y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas á la española ó jugando con ellas á la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebatada los aplausos ; y las voces unánimes de los que le contemplaban le aclamaban príncipe de la juventud. Añadiase á estas prendas eminentes la que mas domina la opinion de los hombres, una liberalidad sin limites, y una profusion verdaderamente real. Cuando Covarrubias, un doméstico de la Princesa, vino de su parte á decirle que cuánta gente traia consigo, para señalarle larga y cumplida quitacion, « yo, señor maestresala, respondió él, soy venido aquí no por respecto de interés, sino por la esperanza de servir á su Alteza, cuyas manos beso. » Sus muebles, sus vestidos, su mesa eran siempre de la mayor elegancia y del lujo mas exquisito. Reprendiale á veces el prudente ayo aquella ostentacion, muy superior á sus rentas y aun á sus esperanzas, por magnificas que fuesen ; y su hermano don Alonso de Aguilar desde Córdoba le exhortaba á que se sujetase en ella y no quisiese al fin ser el escarnio y la burla de los mismos que entonces le aplaudian. « No me quitarás, hermano mio, contestó Gonzalo, este deseo que me alienta de dar honor á nuestro nombre y de distinguirme. Tú me amas, y no consentirás que me falten los medios para conseguir estos deseos ; ni el cielo faltará tampoco á quien busca su elevacion por tan laudables caminos. » Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban ya interiormente, y como que manifestaban á España la gran carrera á que le llamaba el destino.

Muerto Enrique IV, el rey de Portugal, que habia tomado la demanda de la doña Juana, hija del monarca difunto, sobrina suya, y con quien se habia desposado, rompió la guerra en Castilla con intencion de apoderarse del reino en virtud de los derechos de su nueva esposa. En esta hizo Gonzalo su aprendizaje militar bajo el mando de don Alonso de Cárdenas, maestro de Santiago. Mandaba la compania de ciento y veinte caballos de su hermano, el cual se hallaba en Córdoba ; y empezaba á demostrar con su valor y bizarría la realidad de las esperanzas cifradas en su persona. Los otros oficiales de su clase solian en los días de accion vestir armas comunes

para no llamar la atención de los enemigos, Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se hacia distinguir por la bizarría de su armadura, por las plumas de su yelmo, y por la púrpura con que se adornaba, creyendo, y con razon, que estas señales, que manifestadan el lugar en que combatia, servirian de ejemplo y de emulacion á los demás nobles, y á él le asegurarian en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fué la que en la batalla de Albuhera le granjeó la alabanza del General, quien dando al ejército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente á Gonzalo, cuyas hazañas, decia, habia distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y su penacho.

Acabada la guerra de Portugal, y apaciguado el interior del reino, Isabel y Fernando volvieron su atención á los moros de Granada. Esta empresa era digna de su poder y necesaria á su politica. Ningun medio mas á propósito para aquietar á los grandes, para afirmar su autoridad y ganarse las voluntades del Estado entero, que tratar de arrojar enteramente á los sarracenos de España. Tuvieron estos la imprudencia de provocar á los cristianos, que estaban en plena paz con ellos, y tomar á Zahara, villa fuerte situada entre Ronda y Medinasi-donia. Esta injuria fué la señal de una guerra sangrienta y porfiada, que duró diez años y se terminó con la ruina del poder moro. Gonzalo sirvió en ella al principio de voluntario, después de gobernador de Alora, y al fin mandando una parte de la caballería. Apenas hubo en todo el discurso de esta larga contienda lance alguno de consideracion en que él no se hallase. Señalóse entre los mas valientes cuando la toma de Tajara, y lo mismo le aconteció en el asalto y ocupacion de los arrabales de Loja. Defendia esta plaza en persona el rey moro Boabdil, poco antes cautivo, después aliado, y últimamente enemigo del rey de Castilla. Loja no podia ya sostenerse, y aquel principe, encerrado en la fortaleza, no osaba rendirse, temiendo los rigores de su vencedor, justamente irritado contra él. En tal estrecho se acordó del agasajo y obsequios que habia recibido de Gonzalo durante su cautiverio; y esperando mucho de su mediacion, le convidó á que subiese al castillo para conferenciar juntos sobre el caso. Pidió Gonzalo al instante licencia á su rey para subir. Todos los cortesanos,

y Fernando mismo, se lo desaconsejaban, recelando alguna alevosia de parte de aquel bárbaro. « Pues el rey de Granada me llama, replicó él, para que le remedie por este camino, el miedo no me estorbará hacerlo, ni dejaré de aventurarlo todo por tal hecho. » Con efecto subió á la fortaleza y persuadió á Boabdil á que se rindiese, asegurándole de la benignidad con que seria acogido por el rey de Castilla. Hizolo así, y entregada la plaza á condiciones harto favorables, pudo libremente irse el príncipe moro á sus tierras de Vera y Almeria. Rindióse poco después Illora (1486), llamada el ojo derecho de Granada por su inmediacion á aquella ciudad y por su fortaleza. Gonzalo, que en esta ocasion hizo las mismas pruebas de valor y capacidad que siempre, quedó encargado por los Reyes de la defensa de Illora; y talando desde ella los campos del enemigo, interceptando los viveres, quemando las alquerías, y aun á veces llegándose á las murallas de Granada y destruyendo los molinos contiguos, no dejaba á los infieles un momento de reposo. Dicese que entonces fué cuando ellos, espantados á un tiempo y admirados de una actividad y una inteligencia tan sobresalientes, empezaron á darle el titulo de *gran capitán*, que sus hazañas posteriores confirmaron con tanta gloria suya.

Cada dia Granada veía caer en poder de los cristianos alguno de los baluartes que la defendian. Todas las plazas fuertes del contorno estaban ya tomadas; y reducida á sus murallas solas, falta de socorros, desigual á sus contrarios, todavía tenia en sí un mal interior, peor que todos estos, para completar su ruina. Dividianla tres facciones distintas, acandilladas por otros tantos que se llamaban reyes: Albohacen, Boabdil, su hijo, conocido entre nosotros con el nombre del *rey chico*, y Zagal, hermano de Albohacen, que se apoderó de una parte de Granada después que Boabdil arrojó de ella á su padre. Si alguna cosa puede dar idea de la rabia desenfrenada de la ambicion es la insensatez de estos miserables: al tiempo que los cristianos iban desmembrando las fortalezas del imperio, ellos, uno en el Albaicín y otro en la Alhambra, armándose traiciones, dándose batallas, bañando en sangre mora las calles de Granada, la dejaban huérfana de los brazos que debian defenderla de su enemigo. Fomentaron los cristianos

estas divisiones, que ayudaban á sus intentos tanto ó mas que sus armas mismas, y ayudaron el partido de Boabdil. Gonzalo y Martin de Alarcon fueron enviados á Granada con este objeto, y Gonzalo consiguió con una estratagema arrojar de la capital á Zagal, y dejar en ella bien establecido al régulo que auxiliaba.

Mas Boabdil, desconceptuado entre sus mismos vasallos por sus relaciones con los cristianos, ni tenia autoridad para mandar ni carácter para hacerse obedecer. Quiso acreditarse con los suyos, é hizo una salida contra los nuestros; tomó y derribó el castillo de Alhendin, y puso sitio sobre Salobreña, que no pudo tomar, por la vigorosa defensa que hicieron los de dentro. Rotos así los lazos que le hacian respetar de nosotros, los Reyes se acercaron á Granada y la estrecharon en sitio formal. La bizarría y valor de Gonzalo se señalaron igualmente en esta época última de la guerra que en las otras (1491). Quiso la Reina un dia ver mas de cerca á Granada, y Gonzalo la escoltaba de los primeros: los moros salieron á escaramuzar, y tuvieron que volverse con mucha pérdida; mas él, no contento con lo que habia hecho en el dia, se quedó en celada por la noche para dar sobre los granadinos que saliesen á recoger los muertos. Salieron con efecto, pero en tanto número, y cerraron con tal impetu, que su osadía pudo costar cara á Gonzalo, que cercado de enemigos, muerto el caballo, y desamparado de los suyos, hubiera perecido á no haberle socorrido un soldado dándole su caballo. Es sabido generalmente el rebato que hubo en el campo cuando se quemó la tienda de la Reina por el descuido de una de sus damas. Gonzalo al instante envió á Illora por la recámara de su esposa doña María Manrique, con quien, por muerte de doña Leonor de Sotomayor su mujer primera, se habia casado poco tiempo habia en segundas nupcias¹. La magnificencia de las

1. Esta doña Leonor era hija de Luis Mendez de Sotomayor y de doña María de Solier de Córdoba, su mujer, señores del Carpio: Gonzalo no tuvo hijos de ella. Así resulta del *Compendio historial de la casa de Aguilar y Córdoba*, por don Blas de Salazar: obra curiosa, que se conserva inédita en algunos archivos. Don Luis de Salazar y Castro, en sus *Advertencias históricas*, da otro nombre á esta señora, llamándola doña María, y la supone hija de Garci

ropas y muebles fué tal, tal la prontitud con que fueron traídos, que Isabel, admirada, dijo á Gonzalo « que donde habia verdaderamente prendido el fuego era en los cofres de Illora » á lo que respondió él cortesantemente « que todo era poco para ser presentado á tan gran reina ».

Por último, los sitiados, viéndose sin recursos, trataron de rendirse, y las capitulaciones fueron ajustadas por Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra, de parte del rey Fernando; y por Bulcacin Mulch, de la de Boabdil¹. Las llaves de la plaza fueron entregadas el dia 2 de enero del año de 1492, y el 6 hicieron los reyes su entrada pública y solemne en ella (1492).

Entre las mercedes que el conquistador hizo á los guerreros que le habian ayudado en la conquista, cupo á Gonzalo el don de una hermosa alquería con muchas tierras dependientes, y la cesion de un tributo que el Rey percibia en la contractacion de la seda. Pero, aunque las acciones de Gonzalo en toda esta guerra fuesen correspondientes á las esperanzas que habia dado en su juventud, y le distinguiesen del comun de los oficiales, aun no habia llegado la ocasion de desplegar toda su capacidad. Su hermano don Alonso de Aguilar, el conde de Tendilla, el marqués de Cádiz y el célebre alcaide de de los Donceles, fueron los caudillos á quienes se fiaron las expediciones mas importantes y los que ganaron mas reputacion. Así es que en las historias generales apenas se hace mención de Gonzalo sino al contar que se le dió el mando de Illora y el encargo de ajustar las capitulaciones de la rendicion de Granada; pero las revoluciones de Italia le iban ya preparando aquel campo de gloria con que, saliendo de repente de la condicion de guerrero subalterno, iba á eclipsar la reputacion de todos los generales de su tiempo.

Acabada la guerra, siguió á la corte, siendo siempre el principal ornato de ella á los ojos de Isabel, que jamás estaba mas contenta y satisfecha que cuando Gonzalo concurría á su

Mendez de Sotomayor, sexto señor del Carpio; pero la razon de los tiempos está por la primera opinion.

1. Gonzalo en esta ocasion entró ocultamente en Granada con el mismo peligro y la misma resolucion que lo habia hecho en Loja seis años antes.

presencia. Sus acciones y sus palabras, en que sobresalía la galantería respetuosa y bizarría de aquel siglo, unidas á la lealtad y eficacia de sus servicios, habian establecido altamente su estimacion en el ánimo de aquella princesa, que no se cansaba de alabarle. Llegaron los cortesanos á sospechar, y aun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la Reina le dispensaba habria algo mas que estimacion; pero la edad, las costumbres austeras de Isabel debian desmentir las cavilaciones de estos malsines, cuya envidia queria mas bien calumniar la virtud de una mujer sin tacha en esta parte, que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocia bien y sabia hacerle justicia, y en cuantas ocasiones se ofrecian se le designaba al Rey su esposo como el sugeto mas á propósito para llevar á gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomendasen. Fernando lo creía así tambien; y no bien se presentó ocasion en las agitaciones de Italia, cuando, determinando tomar parte en ellas, envió á Gonzalo con armada y ejército á Sicilia. Mas para entender bien las causas de esta expedicion y el estado de las cosas, es preciso tomar la narracion de mucho mas arriba.

Con la muerte de Lorenzo de Médicis, principal ciudadano de Florencia, se habia roto el equilibrio establecido por este gran político entre los diferentes estados de Italia, y al cual debia esta nacion algunos años de prosperidad y sosiego. Luis Esforcia, dicho el Moro, gobernaba el Milanesado, ó mas bien le dominaba bajo el nombre de su sobrino Juan Galeazo; y temiéndose que los florentinos y los reyes de Nápoles tramasen algo contra su poder, recurrió á Carlos VIII, rey de Francia, haciendo alianza con él y excitándole á la conquista del reino de Nápoles. Los derechos que la casa de Anjou pretendia tener á este estado por las adopciones que Juana I y Juana II habian hecho en diversos príncipes de esta familia, habian sido cedidos á Luis XI, rey de Francia, padre de Carlos VIII. A esta razon de derecho se llegaba la facilidad con que se suponía podría echarse de Nápoles á la casa reinante, malquista con los nobles y con el pueblo por su crueldad y su avaricia; y sobre todo, la juventud de Carlos, su temeridad, las esperanzas lisonjeras de que le henchian todos sus cortesanos, y su poder, mas absoluto que el de otro ningun rey de Francia,

levantado así á fuerza de fatigas y aun crímenes de su antecesor. En Nápoles reinaba Fernando I, hijo de Alonso V el Conquistador, príncipe avaro y cruel, pero capaz y lleno de actividad. Este, viendo la tempestad que iba á armarse en su daño, comenzó á conjurarla por todos los medios que su sagacidad y su experiencia le sugieran. Quizá lo hubiera conseguido; pero murió en este tiempo, y dejó el trono á su hijo Alfonso, tanto y aun mas aborrecido que él, y sin ninguno de sus talentos. El estrecho parentesco y alianza que unian á esta casa con la de Aragon podrian ser un contrapeso al peligro inminente; pero Carlos VIII, ardiendo en ansia de emprender la conquista, habia allanado todos los obstáculos por esta parte; y cediendo al Rey Católico los estados del Rosellon y Cerdeña, habia exigido la palabra de no ser perturbado en sus empresas. Lo mismo hizo con el emperador Maximiliano, á quien devolvió el Franco-Condado y el Artois, parte del dote de su mujer; y en fin, para no tener oposicion de lado ninguno en los proyectos quiméricos que le lisonjaban, el rey de Francia se sometió á pagar á Enrique VII de Inglaterra seiscientos veinte mil escudos de oro para que no le inquietase. Así empezaba cediendo lo que no podia perder, para adquirir lo que no podia conservar; y según la expresion de un historiador, se imaginaba el insensato « llegar á la gloria por la senda del oprobio ».

Carlos, en fin, baja á Italia con un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos; corto número de gente para una expedicion tan importante, mucho mas careciendo absolutamente de dinero y de recursos para mantenerla. Pero la Italia estaba dividida, desarmada y poco acostumbrada á la guerra con los muchos años de ociosidad: la audacia, la ligereza y el aparato bélico de los franceses la llenaron de terror, y la expedicion de Carlos pareció mas bien un viaje que una conquista. Allanado el paso por Placencia, puestos en respeto los florentinos, escarmentado el papa Alejandro VI, que quiso resistirse á entrar en sus miras, marcha á Nápoles, desamparada de sus reyes, que no osaron oponerse á aquel torrente; y su entrada, parecida á un triunfo (21 de febrero de 1495), según la majestad y aparato con que la celebró, le hacia tocar la realidad de los sueños que le habian halagado en París. Ya con una mano

amenazaba á Sicilia, y con la otra al imperio de Oriente, por los derechos que le habia cedido un príncipe de la casa de los Paleagos, cuando á muy poco tiempo el vuelco que dieron las cosas le hizo conocer toda la imprudencia de su conducta.

Los de Italia comenzaron á agitarse contra la potencia de los franceses, que parecia iban á devorarlos todos. El emperador Maximiliano, el Papa, los venecianos, el rey de España, el mismo Luis Esforcia, ya duque de Milan por la muerte de su sobrino, se coligaron para arrojarlos de Italia, prometiendo cada uno contribuir con sus fuerzas para la causa comun. A este daño se añadía otro no menos grave. Los franceses, por su ligereza, su imprudencia y su libertinaje, se hicieron al instante odiosos á los napolitanos: robaban, saqueaban, no tenían cuenta con los que ó por odio á los príncipes aragoneses ó por amor á la casa de Francia les habian favorecido en la conquista; el Rey, abandonado á sus favoritos, ni sabia gobernar ni mandar; el pueblo, vejado, viendo vender los empleos en vez de distribuirlos al mérito, dar á uno sin razon lo que se quitaba al otro por capricho, y no encontrando utilidad alguna en la mudanza de dominio, echaba menos á los príncipes desposeidos. Noticioso pues el rey de Francia de la liga que se habia formado contra él, y poco seguro de sus nuevos súbditos, abandonó su conquista con la misma precipitacion con que la habia hecho; y á los cuatro meses de su entrada en Nápoles, dejando la mitad de sus fuerzas para la defensa de aquel estado, con la otra mitad se abrió paso para su pais por medio de provincias enemigas, habiendo arrollado junto al Taro al ejército que los príncipes italianos habian juntado para cortarle el paso. Así dejó la Italia, hecho la execracion de toda ella, habiendo llevado con su ambicion frenética todas las calamidades y estragos que la afligieron después, y no compensó con cualidad ninguna buena los vicios de cuerpo y alma, que le hacian un objeto de odio y de desprecio.

Antes de que llegase á Nápoles con su ejército, ya el rey Alfonso II habia renunciado el reino en su hijo don Fernando, con lo cual creyó que se embotaria el odio que todos sus súbditos tenían á la casa de Aragon, por ser aquel príncipe muy bienquisto del pueblo; y asombrado con la venida impetuosa del enemigo, y lleno del terror que acompaña en el peligro á los

malos reyes, huyó precipitadamente, y se retiró á Mázara, en Sicilia, á vivir á lo religioso en un convento. Remedio ya tardío, cuando los franceses á las puertas, el Estado en convulsion, los facciosos y amigos de novedades declarados, cerraban al nuevo rey todos los caminos de restablecer las cosas. Viéndolas pues desesperadas, y después de ensayar algunos esfuerzos inútiles, Fernando huyó tambien, primeramente á la isla de Iscla, y después á Sicilia.

Por el mismo tiempo habia arribado allí Gonzalo de Córdoba al frente de cinco mil infantes y seiscientos caballos (24 de mayo de 1495): ejército preparado ya de antemano por el Rey Católico, cuya sagacidad preveía la vuelta que habian de tomar los negocios, y el partido que podria sacar de las turbaciones de la Italia. En Mecina se abocó el general español con los dos reyes desposeidos, y entre los tres trataron del plan de operaciones que debia seguirse, atendido el estado de las cosas. Quería don Fernando que se fuese en derechura á la capital, de donde ya le llamaban los que estaban cansados de la dominacion francesa. Mas Gonzalo fué de dictámen que debian entrar por la Calabria, en donde Regio estaba por el Rey, y casi todas las plazas abiertas y sin defensa, por no haber puesto los franceses presidio en ellas y ser consumidas y malbaratadas sus municiones. Añadiase á esta razon la de que aquella provincia, por su inmediacion á Sicilia, era mas afecta que otra alguna al partido de España, y Gonzalo queria aprovecharse de esta buena disposicion. Este fué el partido que se siguió, y el ejército compuesto de las tropas que habian ido de España y de las que se habian arrebatadamente juntado en Sicilia, pasó á Calabria.

Mandaba en esta provincia por parte de Carlos, Everardo Stuart, señor de Aubigni, capitán célebre y experimentado; y era virrey de Nápoles Gilberto de Borbon, duque de Montpensier, de la casa real de Francia, general mas distinguido por su nobleza que por su pericia y sus hazañas. Las primeras acciones del ejército español en la Calabria fueron tan rápidas como brillantes. Ganóse por asalto la fortaleza de Regio, pasando á cuchillo la guarnicion, por haber violado páfidamente la tregua que se la habia concedido. Santa Agata, otra plaza fuerte, se rindió á la intimacion primera; é interceptado y

hecho prisionero un regimiento enemigo que marchaba á guarnecer á Seminara, esta plaza tuvo tambien que volver al dominio aragonés. Aubigni, viendo los progresos de Gonzalo, se adelanta á largas marchas para atajarlos, y presenta la batalla á su enemigo. La calidad mas eminente del caudillo español era la prudencia; no fiándose en las tropas sicilianas, poco aguerridas, y conociendo que los soldados españoles, acostumbrados solamente á combatir con los moros, no eran iguales todavía en destreza ni á los caballos franceses ni á la infantería suiza, rehusaba la pelea, y no queria comprometer el crédito de sus tropas ni la suma de la empresa al trance de una accion. Pero el rey don Fernando, como jóven y como valiente, deseaba señalarse y no queria parecer tímido ni á sus contrarios ni al estado que deseaba recobrar; fiaba tambien en que el enemigo era inferior en número, y llevó á su opinion la de todos los generales que habia presentes. La batalla se dió, y el éxito manifestó cuán justos eran los recelos de Gonzalo: porque al principio este con sus españoles sostuvo y aun rompió el impetu de la caballería francesa y de la infantería suiza, los sicilianos se desbandaron casi sin combatir, y los nuestros tuvieron que ceder la victoria, que ya creian segura. El Rey hizo increíbles esfuerzos para restablecer la batalla y detener los fugitivos, y peleó tan esforzadamente y con tanto riesgo de su persona, que muerto el caballo en que iba, hubiera sin duda ó muerto ó caído en poder el enemigo, si Juan Andrés de Altavilla no le hubiera dado el suyo, quedándose á hacer frente á los que le perseguian: generosidad que le costó la vida. El príncipe con esto pudo salvarse y llegar á Seminara, donde tambien Gonzalo se recogió con sus españoles.

Esta fué la única accion en que Gonzalo dejó de ser vencedor; pero los enemigos no sacaron fruto alguno de su ventaja. El general francés, abatido por una dolencia que le afligia, no pudo hacer mas que dar las disposiciones para el combate, el cual ganado, tuvo que apearse del caballo y meterse en el lecho. En tal estado no se atrevió á dirigir el alcance de los vencedores contra los vencidos; y no pudiendo ir á su frente, les concedió un descanso, que él necesitaba mas que nadie. Este descanso le arrebató todos los frutos de su victoria; porque el Rey se pasó al instante á Sicilia, y en

la armada que estaba preparada en Mecina voló inmediatamente á Nápoles, donde aun no se sabia aquel mal suceso, y donde fué recibido con las mayores demostraciones de alegría. Gonzalo abandonó á Seminara, quo no podia defenderse; y retirándose á Regio, se rehizo allí de su descalabro, y prosiguió su intento de sujetar la Calabria, haciendo á los franceses la guerra misma que habia hecho á los moros de Granada, con cuya provincia tenia semejanza: guerra de puestos, de estratagemas, de movimientos continuos y de astucia, acomodada á lo montuoso y quebrado del país y al corto número de tropas que tenia á sus órdenes. No pasaban estas de tres mil infantes y mil y quinientos caballos, y con ellos se apoderó de Fiumar, de Muro y de Calana; rindió á Bañeza, y eran tantas las plazas que de grado ó de fuerza le daban la obediencia, que no podia guarnecerlas por falta de gente. Aubigni, asombrado de tanta actividad, intimidado de aquella fortuna, ni defendia la provincia, ni se atrevia á abandonarla, ni marchaba al socorro de Montpensier, reducido en Nápoles al mayor estrecho por la intrepidez del Rey. Ya Gonzalo, dueño de Cotron, Esquilache, Sibaris y de toda la costa del mar Jonio, veia, el momento en que iba á arrojar de Calabria á los franceses, cuando recibió un mensaje de Fernando, que le llamaba para ir á reunirse con él.

Habia este príncipe á su entrada en Nápoles forzado á los franceses á encerrarse en los dos castillos que defienden la ciudad; y ellos, viendo que no podian mantenerse allí sin ser socorridos, habian capitulado rendirlos si antes no les venia auxilio. Aubigni, que no queria desamparar lo que restaba en la Calabria, habia enviado á Persi con alguna gente á socorrerlos. Este oficial consiguió ventaja en dos combates contra las tropas del Rey, bien que no pudo penetrar hasta Nápoles. Montpensier, que supo estos sucesos, salió por mar de Castelnovo, donde estaba encerrado, y se dirigió primeramente á Salerno: entonces el rey de Nápoles, temiéndose de los sucesos de Persi y de la salida de Montpensier alguna mala resulta, llamó á Gonzalo, que ya pasaba por el primero de los generales de Italia, para que le viniese á asistir donde estaba el nervio de la guerra. Obedeció Gonzalo, y se dispuso á atravesar desde Nicastro, en los confines de las dos Cala-

brias, hasta el principado de Melfi, donde se hacían la guerra el Rey y los franceses. Todo el país intermedio era quebrado y montuoso: los barones anjinos ocupaban las plazas fuertes y los pueblos de todas las serranías estaban excitados por ellos contra los españoles. Pero todos estos obstáculos que la naturaleza y los hombres le oponían fueron gloriosamente arrollados por su audacia y por su pericia. Cada paso era un ataque, cada ataque una victoria; entró á Cosencia á despecho de los franceses que la defendían, que no pudieron resistir los tres asaltos que en un solo día les dió. Escarmentó, con grande estrago que hizo en ellos, á los montañeses de Murano, que fiados en la fragosidad de sus alturas y dificultad del terreno se atrevieron á formarle asechanzas y á cogerle los caminos. Por último, sorprendió á todos los barones de la parcialidad anjoína que se hallaban en Laino: ellos, descuidados, no acertaron á defenderse; el principal de aquella facción, Almerico de Sanseverino, murió peleando, y la plaza fué entrada por los nuestros. Despejado el camino con estas victorias, Gonzalo prosiguió aceleradamente su marcha, y llegó á juntarse con el Rey á tiempo que los franceses, en número de siete mil hombres, con su general Montpensier, se habían encerrado en Atela, creyendo en aquella plaza quebrantar la fortuna y orgullo de sus enemigos.

Al acercarse al campo le salieron á recibir el Rey, el legado del Papa y el marqués de Mantua, general de la liga italiana, haciéndole todos los honores que se debían al atrevimiento y felicidad de su marcha y á la reputación que no solo llenaba ya la Italia, sino también la Europa. Con efecto, en su presencia todos los generales parecían sus inferiores; y él, por la elevación de su espíritu, por la prudencia de sus consejos y por la osadía y valor en las acciones, parecía destinado á mandar donde quiera que se hallase. Allí fué donde italianos y franceses le empezaron á dar públicamente el renombre de Gran Capitan, que quedó para siempre afecto á su memoria. El Rey, que antes vacilaba en sus resoluciones, ya por la vivacidad de su espíritu, ya por respeto al marqués de Mantua, comenzó á manifestar mas denuedo y mas aliento, como si la autoridad del general español y sus talentos fuesen los verdaderos reguladores de todas las determinaciones. Desafióse al

instante al enemigo á batalla, que no fué aceptada; y Gonzalo, considerada la disposición del sitio, estableció sus cuarteles, y al instante quiso que sus tropas diesen una muestra de su valor y de su destreza.

Baña las murallas de Atela un riachuelo que desemboca en el Ofanto, donde se proveían de agua los sitiados, y en cuyos molinos se hacía la harina de que se alimentaban. Manteníase esta posición con un puesto fortificado por la infantería suiza, la mejor entonces de Europa. Gonzalo embistió con los suyos por aquella parte, deshizo los suizos, quemó y arrasó los molinos, y con esta facción llevó la hambre y la miseria dentro de la plaza, que acosada y fatigada con los continuos asaltos tuvo que capitular, pactando, que si dentro de treinta días no era socorrida por el rey de Francia se rendiría con todas las demás (julio de 1496), exceptuándose Gaeta, Venosa, Taranto y las que en la actualidad fuesen defendidas por Aubigni. El socorro no vino, y los franceses con efecto entregaron á Atela y todas las demás plazas que mandaban gobernadores puestos por Montpensier; pero no se entregaron otras muchas, bajo el pretexto de que sus comandantes no las rendirían sin orden expresa del rey de Francia: circunstancia que dió ocasión al de Nápoles para no cumplir tampoco con el tratado. Montpensier y los demás defensores de Atela, considerados como prisioneros de guerra, fueron enviados á Bayas, Puzol y otros parajes malsanos, donde casi todos miserablemente perecieron.

Rendida Atela, Gonzalo volvió á Calabria á contener á Aubigni, que con su ausencia se había vuelto á apoderar de casi toda ella. Su presencia restableció las cosas; y viendo el general francés que la fortuna se le trocaba, envió al español un mensaje, quejándose de la contravención que se hacía á la tregua pactada en Atela. Gonzalo respondió que los primeros á romperla habían sido los franceses, y él en particular, pues había salido á ocupar plazas que al tiempo de aquella convención no estaban en su poder; y por lo mismo, que la suerte de las armas, y no el tratado de Atela, era quien había de decidir del dominio de la Calabria. A este tiempo el crédito de Gonzalo era tal, que los soldados de Italia se iban á sus banderas y le seguían sin sueldo: las plazas se le rendían sin defenderse; engrosado su campo, vencedor por todas partes,

Aubigni tuvo por mejor acuerdo desamparar la provincia que medirse con el Gran Capitan, el cual en pocos dias la redujo toda á la obediencia del rey de Nápoles.

Ya en este tiempo no lo era Fernando. Sin haber podido gustar enteramente ni del reino ni de la victoria, en la flor de su juventud, acometido de una disenteria, falleció en Nápoles á 7 de octubre del mismo año (1496). La época de su reinado será para siempre señalada en los fastos de la historia humana, no tanto por los sucesos de su fortuna, sino por haberse manifestado entonces la enfermedad horrible y dolorosa que empezó á declarar la violencia de su ponzoña al tiempo que este príncipe tenia sitiados los castillos de Nápoles. Llamósele mal francés porque los de esta nacion fueron los primeros que se conocieron estragados con ella. La América nos la inoculó como en represalia de nuestras violencias; y las generaciones siguientes, atacadas en los órganos de la propagacion y los placeres, han maldecido y maldecirán muchas veces la imprudencia y la temeridad de sus abuelos.

El corto tiempo que reinó Fernando, pasado parte en destierro y en desgracia, y parte en guerra porfiada, no manifestó en él mas que el valor, animosidad y suma diligencia que le asistian. Algo oscureció la gloria que acababa de ganar con el mal trato que dió á los franceses prisioneros y la perfidia con que por contentar al Papa procedió con los ursinos. Estas muestras hacian sospechar á la Italia que después de afirmarse en el reino mas bien quisiese imitar las depravadas máximas de su padre y abuelo, que la generosa condicion de Alfonso V, el fundador de su casa. Pero al fin él murió sin confirmar estas sospechas, dejando de sí una memoria agradable y gloriosa; y el reino pasó á su tio Federico, príncipe amable, ilustrado, mas á propósito para regir el Estado en una situacion sosegada que á defenderlo y mantenerse en medio de aquellas borrascas. Luego que Federico fué reconocido en Nápoles, se puso sobre Gaeta, que Aubigni, venido aquellos dias á saludar á aquel rey, hizo que se le rindiese por la poca esperanza que tenia de ser socorrida. Un dia antes de la rendicion de esta plaza llegó al campo Gonzalo, allanada ya toda la Calabria: el Rey, que le recibió con todas las muestras de alegría y de gratitud debidas á sus hazañas y á sus servicios, queria colmarle

de donos y de estados. Pero su moderacion, contentándose con la gloria adquirida, se negó á admitirlos mientras no fuese autorizado á ello por los monarcas de España. Asentadas así las cosas de aquel reino, marchó con su gente á Roma, donde el papa Alejandro VI le llamaba.

Al pasar Cárlos VIII por aquella capital habia dejado mandando en el puerto de Ostia, con guarnicion francesa, á Menoldo Guerri, corsario y vizcaíno, hombre que reunia á los talentos de un guerrero la perversidad de un tirano y la ferocidad de un bandolero. Este desde allí hacia una guerra tanto mas cruel al Papa, cuanto mas proporcion tenia, por el puesto que ocupaba, de afligir con hambre y necesidad á su corte. Todos los navios mercantes que surtian de viveres y demas géneros á Roma por el Tiber era preciso que se sujetasen antes á sus rapiñas y contentasen su avaricia, á menos de exponerse á ser echados á fondo con la artilleria del castillo. La necesidad y carestia se hacian ya sentir en la ciudad, el pueblo clamaba por remedio, el corsario se negaba á todo partido, y sordo á las proposiciones de Alejandro, insensible á sus excomuniones, insultaba desde allí á la debilidad del Papa, que no tenia fuerzas para arrojar á aquel tigre de su caverna. A este mal presente se añadía el temor de que, permaneciendo Ostia en su poder, siempre estaba abierta la puerta de Italia á los franceses. En tal extremidad Alejandro recurrió á Gonzalo (1497), el cual tomando á su cargo la empresa se acercó con sus españoles á Ostia, é hizo á Menoldo la intimacion de desamparar la plaza y dar fin á su tirania. El pirata desechó soberbiamente el partido y se preparó á la defensa no creyendo que una plaza tan bien pertrechada pudiera rendirse sino después de mucho tiempo, lo que quizá daria lugar á los franceses para venir á socorrerle. Mas el Gran Capitan, considerada bien la fortaleza y hechos en tres dias los preparativos del ataque, dió orden para que se batiese la muralla por una parte con la artilleria. Cinco dias tardó en abrirse la brecha; y habiendo casualmente un soldado español descubierto en aquel mismo lado un baluarte de madera, por allí se arrojó al asalto, acudiendo tambien allí los sitiados con todas sus fuerzas á defenderse. Pero al mismo tiempo Garcilaso de la Vega, nuestro embajador en Roma que se habia acercado á la plaza por la parte opuesta con

alguna gente y artillería, hallando las murallas sin defensa, las escaló fácilmente; y los franceses, divididos, no pudieron sostenerse contra el ardor de los españoles, que al cabo, arrollados, muertos, ó prisioneros una gran parte de ellos, entraron y se enseñorearon de Ostia. El mismo Menoldo se rindió á partido de que le conservasen la vida; y Gonzalo, arregladas las cosas de aquel puerto, dió la vuelta á Roma, llevando consigo á los vencidos. Su entrada en aquella capital fué un triunfo: salió á recibirle y le esperaba en calles y balcones todo el pueblo, que á voces le llamaba su libertador; él marchaba al frente de sus soldados, las banderas desplegadas y al son de la música guerrera; los prisioneros con cadenas iban á pié en medio, y Menoldo encadenado también, pero sobre un caballo de mala traza. Su aspecto, todavía feroz, manifestaba mas despecho que abatimiento. En esta forma atravesó las calles de Roma, se apeó en el Vaticano, y subió á dar cuenta de su expedición al Sumo Pontífice, que colocado en su trono y rodeado de varios cardenales y señores de Roma le esperaba. Arrojóse á besarle los piés, y Alejandro le alzó en sus brazos, y besándole en la frente, después de manifestar su gratitud por aquel servicio, le dió la rosa de oro, que los papas solían dar entonces cada año á los que eran mas beneméritos de la Santa Sede. Gonzalo solo le pidió dos cosas: una el perdón de Menoldo, y otra que los vecinos de Ostia, en indemnización de los males que habían sufrido por la tiranía de aquel pirata y por la guerra, fuesen exentos de contribuciones por diez años: ambas fueron concedidas; y Menoldo, después de haber sufrido la mas severa reprobación del Papa, tuvo libertad de volverse á su país.

La escena que pasó entre Alejandro y Gonzalo al tiempo del despedirse fué de un género diferente, aunque no menos honrosa al Gran Capitan. Dejó el Papa caer la conversación hácia los Reyes Católicos, y llegó á decir que él los conocía bien, y que debiéndole muchos favores no le habían hecho ninguno. Era este un verdadero insulto de parte de Alejandro, cuyas costumbres y condición eran tales, que sola la ambición de los príncipes cristianos, opuestos entre sí y necesitando alternativamente de él para sus miras, podía mantenerle en un puesto que indignamente ocupaba. Gonzalo, acordándose de la dignidad de los príncipes á quienes entonces representaba, con-

testó al Papa « que sin duda alguna podía conocer bien á los reyes de Castilla, así por natural de estos reinos como por los muchos beneficios que les debía. Que ¿ cómo se olvidaba de que las armas españolas habían entrado en Italia para defender su autoridad atropellada por los franceses? ¿ Quién le había hecho superior á los ursinos, que ya le afligian? Quién le acababa de conquistar á Ostia? » A estas añadió otras razones sobre la necesidad que tenía de reformar su casa y su corte; y Alejandro, que no esperaba semejante contestación de un hombre á quien juzgaba menor estadista que militar, le despidió de su presencia sin estimarle en menos por aquella osadía.

Gonzalo volvió al reino de Nápoles, en cuya capital entró acompañado del Rey y de los principales de su corte, que salieron á recibirle, tributándole los honores debidos al libertador del Estado. Y no limitándose las demostraciones de Federico á sola una vana pompa, le creó duque de Sant-Angelo, le asignó dos ciudades en el Abruzzo ciferior, con siete lugares dependientes de ellas, diciendo que era preciso dar una pequeña soberanía al que era acreedor á una corona. Embarcóse después para pasar á Sicilia, alterada entonces por las contribuciones que el virrey Juan de Lanza había cargado en sus pueblos. Allí hizo el papel hermoso de pacificador, después de haber tan dignamente ejercido el de guerrero, oyó las quejas, reformó los abusos, administró justicia, contentó los pueblos, fortificó las costas. Llamado por Federico para que le ayudase en la conquista de Diano, única plaza que quedaba por los franceses y se resistía á sus armas, volvió á tierra firme, y la estrechó con tal vigor y tenacidad, que al cabo los sitiados, á pesar de la vigorosa defensa que hicieron, tuvieron que rendirse á discreción. Con esta última hazaña coronó Gonzalo su primera expedición á Italia; y despedido del monarca napolitano, dejando en buena defensa las plazas que en la Calabria quedaban por los Reyes Católicos para seguridad del pago de los socorros que habían dado, regresó á España (1498) con la mayor parte de las tropas que le había asistido en la empresa.

Fué recibido en la corte de Castilla con el mayor aplauso y agasajo, diciendo públicamente el Rey que la reducción de Nápoles y las victorias sobre los franceses eran superiores á la conquista de Granada. Dos años se mantuvo en ella respe-

tado como su gloria merecia, cuando una agitacion que se levantó en Granada le dió ocasion de acreditarse mas. Habíase prometido á los moros, cuando se redujeron á la obediencia del Rey, que se les mantendria en el libre ejercicio de su religion. Hubo algunos entre ellos que, habiéndose hecho al principio cristianos, después habian vuelto á sus ritos. Las diligencias y aun rigor que se usó con estos para volverlos al gremio de la Iglesia, dieron ocasion á los moros de las Alpujarras de creer que con todos iba á procederse del mismo modo y á hacerlos cristianos por fuerza, arracándoles sus hijos al mismo efecto, como se habia hecho con los pervertidos. Cansados por otra parte de la servidumbre en que estaban, y ansiosos de novedades, fiados en los socorros de Africa y en la distraccion de los reyes á las cosas de Italia y de Francia, alzaron el estandarte de la rebelion y tomaron las armas. Los primeros á alborotarse fueron los de Guejar, villa asentada en lo mas alto de aquella sierra. Hallábase á la sazón en Granada el Gran Capitan, el cual salió á domar á los rebeldes en compania del conde de Tendilla, comandante general de la provincia. Para llegar á Guejar era preciso atravesar una llanura que los moros habian empantanado, y después subir por las faldas de la sierra, que eran agrias y fragosas. Atollábanse los caballos, sumianse los peones, y entre tanto los enemigos los herian á su salvo y huian. Gonzalo aquel dia sirviendo mas de soldado que de general, dando el ejemplo de infatigable constancia, delantero en el peligro, fué el primero que se acercó á la muralla del pueblo, y arrimando una escala, subió intrépidamente por ella; asió con la mano izquierda de una almena, y con la espada que llevaba en la derecha dió muerte al moro que se le puso delante, y entró el primero en la villa. A su ejemplo los demás soldados entraron tambien, y pasaron á cuchillo á aquellos infelices. Mas á pesar de esta ventaja y de haberse rendido otros lugares igualmente fuertes, la rebelion cundió de tal modo que fué preciso al rey don Fernando pasar á aquella provincia, convocar ejército, y seguir en persona á los alborotados. Tomó por asalto á Lanjarón; y los infieles, amedrentados, trataron de rendirse bajo ciertas condiciones, poniendo por mediador á Gonzalo, en quien depositaron los moros principales que entregaron en rehenes. Fiaban en la humanidad,

generosidad y lealtad que reconocian y veneraban en él, y esperaban por su intervencion sacar mejor partido en su concierto. Así fué; y Gonzalo les ganó el perdon y unas condiciones que no hubieran fácilmente conseguido sino por su mano.

Esto pasaba en el año de 1500, cuando ya las cosas de Italia se hallaban en un estado que pedia á toda priesa la asistencia de las armas españolas. Habia muerto el rey de Francia Carlos VIII, y su sucesor Luis XII le imitó tambien en sus miras ambiciosas sobre aquel país. Carlos habia sido llamado allí por Esforcia, y Luis vino á despojar á este usurpador del estado de Milan: ejemplo insigne á los príncipes débiles, que casi nunca buscan un protector mas poderoso que ellos sin adquirirse un tirano. Luis, hecha alianza con el papa Alejandro, con los florentinos y con los venecianos, se apoderó del Milanés, y empezó á extender la mano al reino de Nápoles. No quedaba al débil Federico III ningun valedor en Italia: el rey de España era el solo que podia defenderle del daño que le amagaba; pero Fernando el Católico quiso mas bien entrar á la parte de los despojos, que la estéril gloria de la proteccion. La Europa vió con asombro, y aun con indignacion, ir las mismas armas y el mismo general á arrojar de Nápoles á aquel príncipe que tres años antes habia sido reconocido y amparado por el rey de España, su tío, á quien no habia hecho ni agravio ni injuria: como si lo que se llama alta política entre los hombres atendiese nunca á estos respetos de generosidad ó parentesco. Aprestóse en Málaga una armada de sesenta velas, y en ella embarcados cinco mil infantes y seiscientos caballos, salieron en junio de aquel año y se dirigieron á Sicilia, llevando por general á Gonzalo de Córdoba. La fama de este caudillo habia exaltado la juventud española, y ansiosos de gloria y de fortuna los nobles habian corrido á alistarse en sus banderas. Con él fueron entonces don Diego de Mendoza, hijo del cardenal de España; Villalba, que después se distinguió tanto en la guerra de Navarra; Diego García de Paredes, tan señalado por su osadia y por sus fuerzas hercúleas; Zamudio, azote de italianos y alemanes; Pizarro, célebre por su valor, pero mas por ser padre del conquistador del Perú. La armada iba pertrechada de todo lo necesario, pues no se habia perdonado gasto alguno en los preparativos; y Gonzalo se mostró en ella

con todo el lucimiento y bizarría correspondiente á su reputación, auxiliado larga y generosamente con las riquezas de su hermano don Alonso de Aguilar.

El objeto de este armamento no se manifestó al principio. Llegado á Mecina, salió al instante á unirse con la escuadra veneciana, mandada por Benito Pésaro, á contener á los turcos, que invadían las islas de la república en los mares de Grecia. Al acercarse, la armada turca, poseída de terror, se retiró á Constantinopla, y los aliados, habiéndose reunido en Zante, se dirigieron á Cefalonia, arrancada poco tiempo había por los bárbaros á la dominación veneciana. Saltó el ejército en tierra, y puso sitio al fuerte que había en la isla, llamado de San Jorge, donde estaba recogida toda la gente de guerra. Hechos los preparativos del sitio y del ataque, Gonzalo, antes de empezar envió á requerir á los cercados con un mensaje, en que les decía que los veteranos españoles, vasallos de un poderoso rey y vencedores de los moros en España, habían venido en auxilio de los venecianos; que por tanto, si entregaban la isla y la fortaleza podrian retirarse salvos; pero que si hacían resistencia no se libraria ninguno. « Gracias os doy, cristianos, respondió el albanés Gisdar, comandante del castillo, de que sois la ocasión de tanta gloria, y de que vivos ó generosamente muertos nos proporcioneis tal lauro de constancia con Bayaceto, nuestro emperador. Vuestras amenazas no nos espantan; la fortuna ha puesto á todos en la frente el fin de la vida. Decid á vuestro general que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las cuales vengaremos nuestra muerte, ya que no resistamos á vuestro esfuerzo ó á vuestra fortuna. » Dichas estas palabras, hizo traer un fuerte arco con un carcax dorado, para que se le diesen en su nombre á Gonzalo, y acabó la conferencia y despidió á los mensajeros.

La defensa que hizo á los asaltos y combates de sus enemigos fué igual á esta ostentación de bizarría. Eran setecientos los turcos que mandaba, todos aguerridos y feroces; el fuerte bien pertrechado y situado además sobre una roca de áspera y difícil subida. Comenzó á batir el muro la gruesa artillería veneciana; pero Gisdar y los suyos, sin aterrarse por los portillos que hacia ni por el estrago que les causaba, sin

perdonar fatiga ni excusar peligro, resistían á los asaltos, ofendían con sus máquinas, y era tal la muchedumbre de saetas que lanzaban, que las sendas y el campo se veían cubiertas de ellas. Añadiase á esto que estaban enhervoladas, y las heridas, por no conocerse este artificio al principio, eran mortales. Tenían además ciertas máquinas guarnecidas de garfios de hierro, que las memorias de entonces llaman *lobos*, con los cuales asían los soldados por la armadura, y subiéndolos en alto, ó bien los estrellaban contra el suelo dejándolos caer, ó los atraían á la muralla para matarlos ó cautivarlos. Con uno de ellos fué asido Diego Garcia de Paredes, á quien se vió por largo espacio de tiempo luchar en fuerzas con la máquina para no ser sacudido al suelo; y llevado á la muralla, defenderse con tal valor, que los bárbaros, respetándole, le guardaron prisionero, esperando por su medio lograr mejores condiciones si eran forzados á rendirse.

Así proseguía la porfia igual en unos y en otros. Las frecuentes salidas de los turcos tenían en continua vela á los sitiadores, y alguna hicieron que á menos de despertar Gonzalo casualmente soñando lo que pasaba, y mandando maquinalmente que se preparasen á la defensa, fuera grande el estrago y quizá irreparable el daño que hubieran sufrido. Contra la inmensa muchedumbre de sus saetas el general español había dispuesto un bastion, cuyos tiros, alcanzando mas que los arcos enemigos, arredraban á sus flecheros. Mandó después preparar en diversas direcciones contra la muralla aquellas minas que acababa de inventar Pedro Navarro, y disponer las escalas para asaltar el fuerte con su gente. Las minas reventaron, y aunque abrieron varios boquerones, ya los turcos tenían hechos los reparos suficientes, y el lugar quedó tan fuerte como antes. Los españoles embistieron á escalar con su acostumbrado ímpetu y valor; pero los enemigos con piedras, con flechas, con fuegos arrojados, con aceite, azufre y pez hirviendo, se resistían desesperadamente, rompiendo las escalas y arrojando del muro á los españoles que ya habían subido. Fué necesario mandarlos retirar, y el mismo mal éxito tuvo el asalto que poco después intentaron por su parte los venecianos. Indignábanse aquellos guerreros que habían domado los moros en España y expelido los franceses de Nápoles, que una sola fortaleza se les defen-

diese tanto; y los que al principio despreciaban á los turcos como unos bárbaros sin esfuerzo, aprendieron después con daño suyo á temerlos. Eran cincuenta dias pasados desde que comenzó el sitio, cuando Gonzalo, juzgando tambien indigno de su gloria detenerse tanto tiempo en él, habido su consejo con Pésaro, determinó dar un asalto general, en que á un tiempo se acometiese la plaza por las minas, por la artillería y por los soldados. Puestas á punto todas las cosas y animado el ejército, dióse la señal, y los cañones disparados, las minas reventando, los soldados embistiendo en alaridos, parecia hundirse la isla á aquel espantoso estruendo, sin que los turcos fuesen consternados. Pero al fin tuvieron que ceder al destino y pujanza de sus enemigos, que á viva fuerza se apoderaron del muro y entraron la plaza. Gisdar, fiel á su palabra, pereció peleando con trescientos de los suyos, dignos todos de mejor fortuna, y solo se rindieron prisioneros ochenta turcos, que debilitados por los trabajos y heridas recibidas no pudieron hacer la gloriosa defensa que los demás.

Tomada así Cefalonia, y dejándola en poder de su aliado, el Gran Capitan, pasados algunos dias en que tuvo que detenerse por causa del temporal, se volyó á Sicilia á principios del año de 1501. A Siracusa le vino á ençontrar un embajador de la república, la cual en demostracion de gratitud por los servicios que acababa de hacerla, le enviaba el diploma de gentil-hombre veneciano, y un magnifico presente de piezas de plata labrada, de martas y tejidos de brocado y sedas. Rehusólo al principio; mas, obligado á aceptarle por las instancias del embajador, tomó el partido de enviar todas las riquezas á su rey, y él se quedó con solo el diploma, diciendo graciosamente « que lo hacia para que sus competidores, aunque fuesen mas galanes, no pudiesen á lo menos ser mas gentiles hombres que él ».

Estas satisfacciones y esta gloria fueron entonces enlutadas con la desgracia sucedida á su hermano. Habianse vuelto á rebelar los moros de las Alpujarras, resentidos de las medidas que se tomaban para su conversion. Don Alonso de Aguilar fué uno de los primeros que acudieron al peligro en compañía del conde de Ureña, y uno y otro con su hueste empezaron á combatir y perseguir á los rebeldes en Sierra Bermeja. En

todos nuestros historiadores, pero mas bien en Mendoza que en otro alguno, está pintada la tragedia de aquella lastimosa tarde en que los nuestros, hostigando á los enemigos por la sierra arriba, desmandados á robar, se dispersan y dejan caer la noche sobre sí, desamparando sus jefes y banderas. Allí puede verse la ferocidad con que los moros, alentados por el valiente Feri de Benastepar, volvieron la cara á sus contrarios, y comenzaron á herirlos: un barril de pólvora se vuela por desgracia, y su resplandor manifiesta á los bárbaros el desorden de los nuestros, su poco número, su desaliento. En vano don Alonso, don Pedro su hijo, y el conde de Ureña hacen prodigios de valor; todo es inútil: los nuestros caen ó muertos ó heridos ó derrumbados. Don Alonso de Aguilar combatia entre dos peñas, allí le fué á buscar el Feri, allí se asió á brazos con él. « Yo soy don Alonso », decia el cristiano; « yo soy el Feri de Benastepar », replicaba el bárbaro; y atravesándole el pecho, dió con él muerto en el campo. La noticia de este desastre llegó á Gonzalo á Sicilia, y dando lágrimas al infortunio de su hermano, pasó de allí á poco á Regio para ejecutar las órdenes con que habia salido de España.

Confiaba todavia el rey de Nápoles en que aquellas fuerzas venian destinadas á socorrerle. ¿Cuál debió ser el disgusto de Gonzalo en tener que mentir á un rey bueno y bienhechor suyo, con las apariencias de la amistad! Pero era preciso obedecer á Fernando el Católico, que le habia mandado expresamente no declarar su comision hasta cierto tiempo convenido. Este llegó, y el Papa en pleno consistorio anunció la liga entre los reyes de Francia y España, y dió á cada uno de ellos la investidura de las provincias que se habian repartido en el reino de Nápoles. Gonzalo al instante envió un nuncio á Federico para que renunciase solemnemente en su nombre los estados de que le habia hecho donacion por sus servicios en la anterior guerra. Pero aquel monarca, lejos de admitir la renuncia, confirmó la donacion de nuevo, diciendo que él sabia apreciar las virtudes aun en sus enemigos, y que en vez de arrepentirse de las gracias que le habia hecho, quisiera, si le fuera possible, acrecentarlas.

En breves dias toda la Calabria y la Pulla reconocieron el dominio de Fernando, á excepcion de Taranto y Manfredonia

al paso que los franceses estaban ya apoderados también de casi todo lo que les pertenecía en la partición. Federico, después de haber hecho algunas gestiones inútiles para defenderse, había abandonado sus estados y acogídose á la isla de Iscla, desde donde se concertó con el rey de Francia, y haciéndose su pensionario, se retiró á aquel estado mejor que á los del rey de España su tío, á quien aborrecía mortalmente por su perfidia. Gonzalo en esta situación previendo ya que la unión entre dos príncipes ambiciosos no podía durar mucho tiempo, y que cada uno querría tener el todo para sí, se aplicó á ganar la afición de los naturales del país y atraer á su partido todas las personas de distinción. Restituyó sus estados á la casa de los Sanseverinos, á quienes había despojado Federico en castigo de su adhesión á la Francia; y movidos de sus promesas y de su gloria, vinieron á ofrecerle sus servicios Próspero y Fabricio Colonna, jefes de la familia de este nombre en Roma: excelentes militares á quienes dió al instante el mando de las alas de su ejército. A estos siguieron una porción grande de nobles y soldados veteranos, con los cuales, en número de doce mil hombres, puso sitio sobre Taranto.

Era esta plaza la mas fuerte y la mas importante de la Calabria. Fundada sobre una isleta en lo mas estrecho del golfo que tiene su nombre, dos puentes la daban comunicacion con la tierra por la parte de oriente y de poniente, y á la cabeza de ellos había dos castillos fortísimos para defenderlos, mientras que á la parte del mar abierto las rocas altas que la circundan vedan toda proximidad á los navíos. Fiado en esta posición y en seis mil hombres de guarnición que tenía en Taranto, el infeliz Federico había enviado á ella á su hijo Fernando, duque de Calabria, con intento de que se mantuviese allí todo el tiempo posible, creyendo que la tardanza de la expugnación quizá daría ocasion á alguna novedad favorable en el curso de los sucesos. Gonzalo, dudoso si atacaría la plaza á viva fuerza ó convertiría el sitio en b'oqueo, se decidió por este último partido para excusar el derramamiento de sangre. Cercó pues la ciudad con trincheras por tierra, puso dos fuertes en frente de los dos puentes, y mandó que las galeras de Juan Lezcano estuviesen al rededor de la isla y prohibiesen toda comunicacion por las dos entradas del puerto.

Era grande la expectacion con que la Italia aguardaba el éxito de esta empresa, de la cual dependía el fin de la guerra, y quizá la reputacion del Gran Capitan hubiera encontrado allí un escollo si el poco ánimo de los que dirigian al duque de Calabria no le hubiera facilitado la victoria. Ellos creyeron que salvando el precioso depósito que les había encomendado Federico desempeñaban toda su confianza, aun cuando cediesen la plaza; y guiados de este espíritu hicieron proposiciones á Gonzalo, pidiendo treguas por dos meses para recibir avisos del rey desposeído. Las treguas se ajustaron, y no habiendo recibido contestacion de Federico, se prorogaron después por otros dos meses, con pacto de que la plaza se pusiese en tercera por aquel tiempo, y que si en él no venia ni provision ni socorro de parte del Rey, se entregase de ella el general español, dejando libertad al duque de Calabria y á los suyos para irse á buscar á su padre ó adonde bien les pareciese. Juró Gonzalo estas condiciones sobre una hostia consagrada á vista del campo entero, para obligarse á su cumplimiento con mas solemnidad. La contestacion no vino, la plaza fué entregada conforme al concierto; pero el duque de Calabria, en vez de ser dejado en libertad para irse con su padre, fué enviado en una galera á España, á padecer el triste y magnífico trato de un prisionero de estado (1502). ¿Fué nuestro héroe en esta ocasion un pérfido, un sacrilego, un perjuro? En vano algunos historiadores le defienden diciendo que no tenia bastante autoridad para prometer la libertad de una persona tan importante, y que el Rey Católico podía anular una condicion hecha sin participacion suya; en vano otros, entrando en pormenores indignos de la historia, mencionan cartas y refieren convenios posteriores, de que se deduce que la voluntad del Duque era venir á España, y no ir á buscar á su padre. ¡Efugios inútiles! ¿A quién persuadirán? Todos al fin convienen en que aquel príncipe desgraciado fué traído á España por fuerza, mientras que Taranto, ganada á tan poca costa, acusaba altamente la perfidia de los que faltaban tan malamente al pacto solemne de su rendicion. Digase lo que se quiera, este es un torpe borron en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caber al rey de España; y seria mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.

En el tiempo de este asedio fueron grandes los trabajos que padeció el ejército por falta de bastimentos y de dinero, mas á pesar de esta escasez, Gonzalo, escuchando su generosidad y magnificencia, siempre se mostraba grande á los ojos de italianos y franceses. Sucedió que la escuadra francesa mandada por el conde de Rabestein, después de haber vanamente querido ganar de los turcos la isla de Lésbos, fué acometida en el mar de una tempestad violenta, que echó á pique muchos buques y maltrató cruelmente los demás. Desbaratados y dispersos, arribaron por fin á las costas de Calabria, siendo los mas maltratados el general y su capitana. Gonzalo dió las órdenes correspondientes para que se les auxiliase á todos, y él en particular envió al instante á Rabestein tanta copia de refrescos, de vestidos y de utensilios, que el socorro parecia mas bien regalo de un rey que expresion de un particular, bastando no solo para reparar á aquel flamenco, sino á todos los que le acompañaban. Rabestein, que habia creído eclipsar con su expedicion la gloria conseguida por Gonzalo en la de Cefalonia, se vió doblemente confundido por su mala fortuna y por la generosidad y magnificencia de su rival, con quien ya no osaba compararse. Pero la época en que Gonzalo hizo esta demostracion de bizzarria era cuando sus tropas estaban mas necesitadas. Empezaron á murmurar altamente los soldados de que su general fuese tan liberal con los extraños y tan escaso con ellos, debiéndoseles muchos meses de paga y teniéndolos en la mayor necesidad y aprieto. « Mas le valiera, decian, pagarnos, que ser tan generoso á costa nuestra »; de la marmuracion pasaron á la queja, de la queja á la sedicion. Atropados y armados se presentan á su general, y en altas voces demandan lo que les debe, y con su gesto, ademan y armas le amenazan y procuran amedrentarle. El desarmado y tranquilo escuchaba aquel rumor, y oponia su autoridad y su dignidad á sus descompasados gritos y furores. Un soldado fuera de sí le pone la pica á los pechos, y él desvia blandamente la pica, diciendo al soldado sonriéndose: « Mira que sin querer no me hieras. » Un capitán vizcaíno llamado Iciar se arrojó á decirle en ofensa de su hija Elvira palabras que la dignidad de la historia no consiente repetir. Amaba con efecto tanto Gonzalo á su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones; y por lo mismo debió serle tanto mas sensible la increpacion del inso-

lente vizcaíno. Mas no dándose por entendido de ella entonces, sosegó el motin, prometiendo á los facciosos una ligera paga, y á la mañana siguiente amaneció Iciar ahorcado de una ventana en castigo de su desacato. Este ejemplo de severidad aterró á los alborotados, que no osaron después desmandarse; pero el descontento seguia, y estaban ya á punto de desertar de sus banderas por acudir á las de César Borja, hijo del papa Alejandro. Este habiéndose desnudado del carácter de cardenal, hecho duque de Valentinois, ansioso de dominar todos los estados de la Romaña, y rico con los auxilios de la Francia y con sus propias rapiñas, convidaba á los guerreros españoles con el cebo de grandes estipendios. Por fortuna llegó al golfo de Taranto una galera genovesa ricamente cargada, y Gonzalo, bajo pretexto de que llevaba hierro á los turcos, la hizo apresar por las naves de Lezcano; vendió el cargamento, que importó mas de cien mil ducados, y con ellos contentó á su ejército. Reconvenido por esta especie de usurpacion, solia contestar que á tuerto ó á derecho era preciso buscar con que mantener los soldados y procurar la victoria, y después quedaba tiempo de recompensar los daños del inocente con liberalidad y cortesia.

Tomada Taranto y tambien Manfredonia, que se rindió á sus oficiales, el ánimo de Gonzalo se volvió todo á la contienda que ya amenazaba de parte de los aliados; los cuales, no contentándose con la porcion que les habia cabido, aspiraban á ocupar la del rey de España. En la particion que los dos monarcas habian hecho de Nápoles se habia expresado generalmente que al de Francia tocase la tierra que llaman de Labor y el Abruzo, y al de España la Pulla y la Calabria. Quedaron por designar algunas provincias, como el Principado, Capitanata y Basilicata, que después cada uno queria adjudicar á su dominio. Los franceses en particular decian que la Capitanata, mediando entre el Abruzo y la Pulla, ó deberia ser contada como parte del Abruzo, y en tal caso les pertenecia, ó considerarse como provincia separada y dividirse de nuevo: á esto añadian el perjuicio que decian recibir en la particion, por la gran fertilidad y riqueza de las provincias adjudicadas á España, y la esterilidad de las suyas. Disputóse primero con sutilezas de derecho y de geografía; después los franceses, impacientes, empezaron á apode-

rarse por fuerza de algunos lugares, y aun quisieron oponerse aunque en vano, á que Manfredonia se entregase á los oficiales de Gonzalo. El duque de Nemours su general, y el Gran Capitán, consultaron á sus soberanos, y estos lo remitieron á su juicio. Avistáronse ellos por dos veces en una ermita situada entre Melli y Atela, y tampoco pudieron determinar cosa ninguna. Vistó pues que no quedaba otro recurso que las armas, los dos guerreros, después de haberse dado todas las muestras de estimación y cortesía, se separaron á anunciar á sus tropas que la parte que tuviese mas fuerza ó mas fortuna, esa seria señora de todo el reino. Italia, estremecida, vió llegado el tiempo en que, renovadas las antiguas querellas de las casas de Aragon y de Anjou, el poder de uno y otro adversario iban por mucho tiempo á hacerla teatro de escándalos y sangre.

Eran los franceses superiores en fuerzas, y tal vez esto los hizo ser mas tenaces en la altercacion. Su rey les habia enviado socorros de hombres y dinero, y con estos refuerzos ensoberbecidos sus ánimos, comenzaron á apoderarse de las plazas que estaban en la parte adjudicada á España. Sus principales jefes eran el duque de Nemours, virey; Aubigni, segundo en autoridad y primero en reputacion; Alegre y Paliza, oficiales valientes y experimentados. El Virey se puso delante de Gonzalo, y Aubigni marchó con una division á la Calabria, donde su crédito le habia conservado muchos parciales. Luis XII, desde Leon, donde estaba para dar calor á la guerra, pasó á Milan con el mismo fin, y desde allí vió los progresos que hicieron sus armas. Gonzalo con su corto ejército se habia retirado á Barleta á esperar los socorros que á toda prisa habia pedido á España, confiando entre tanto mantenerse en aquella plaza, que situada en la marina de la Pulla le facilitaba la comunicacion con Sicilia y le podia sostener mejor contra la impetuosidad de los franceses. Los oficiales que con sus divisiones cubrian las posesiones españolas no podian, á pesar de prodigios de valor, contener el torrente que los arrollaba. Y el rey de Francia, que vió ocupada por los suyos la Capitanata, á Aubigni vencedor de un ejército de españoles que se reunió en Calabria á las órdenes de don Hugo de Cardona; y en fin, superiores por todas partes los franceses, y dueños de toda la tierra, á excepcion de algunas pocas plazas de la costa, dió la vuelta á su país

creyendo ya inevitable la entera expulsion del enemigo. Mas la constancia y la prudencia del general español desconcertaron el orgullo de estas esperanzas; y la estacion de Barleta será para siempre memorable, como un ejemplo de paciencia, de destreza y de heroismo. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los generales, todo da á esta época un aire de tiempo heroico, que ocupa agradablemente la imaginacion, como la ocupan en la fábula y en la historia el siti o de Troya ó la circunvalacion de Capua.

El duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenian, ya sobre forrajes y mantenimientos, ya sobre la posesion de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que mas alentó los ánimos de los nuestros y abatió á los franceses, fueron los dos célebres desafios que sucedieron entonces. El primero fué entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pié; pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo: negábanlo los españoles, y decian que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la altercacion á parar en que los franceses enviaron un mensaje á Barleta, proponiendo que si once hombres de armas españoles querian hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuán superiores les eran. El mensaje vino un lunes 19 de setiembre (1502), y se aplazaba para el dia siguiente, con la condicion de que los rendidos habian de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogieron de los nuestros once campeones, entre los cuales el mas célebre era Diego García de Paredes, que á pesar de tres heridas que tenia en la cabeza quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos; nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del ejército, y

ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitan hizolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo, « que no pudiendo dudar de la justicia de su causa y de cuán buenos y esforzados caballeros eran, debian esperar con certeza la victoria; que se acordasen que la gloria y la reputacion militar no solo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nacion y la de sus principes, dependia de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos á otros, llevando el propósito de morir antes que volver sin la gloria de la batalla. »

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron, acompañados cada cual de su paje de armas, al lugar del desafío. Llegaron antes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos; al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los cuatro franceses que estaban á pié, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fué forzoso rendirse. A este punto un español mató á un francés de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que se habian rendido de una parte y otra se separaron fuera de la lid; cayó otro francés del caballo, y por matarle ó rendirle todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebataadamente á defenderle. Herianse de todos modos, con la hachas, con los estoques, con las dagas; la sangre les corria por entre las armas, y el campo se cubria con los pedazos de acero que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremecianse los circunstantes y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y estos dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pié y dos á caballo, mientras que los españoles, siendo ocho á caballo y dos á pié, parecia que nada les quedaba ya sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron pues á concluir la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de

los cadáveres, se resistian á sus jinetes y se negaban á entrar. Varias veces embistieron y otras tantas tuvieron que retroceder: entonces García de Paredes á voces les decia que se apeasen y acometiesen á pié, que él no podia hacerlo por las heridas que tenia en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movian partido y confesaban que habian errado en decir que los españoles ne eran tan diestros caballeros como ellos, y que así podrian salir todos como buenos del campo. A los mas de los nuestros parecia bien este partido; mas Paredes no admitia ningun concierto: decia á sus compañeros que de ningun modo cumplan con su honra sino rindiendo á aquellos hombres ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, pérdida la espada de la mano y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se habia señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece al leer esto que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando, rotas que se ven las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio. Apeáronse, en fin, los españoles; y los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Habia durado la batalla mas de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto aceptando este partido. Hicieronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo, y los franceses mas constancia. Entre estos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el « caballero sin tacha »; entre los nuestros los que mas bien pelearon fueron Paredes y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el

Gran Capitan quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habian tenido constancia y saber para completar el triunfo y rendir á sus contrarios. Es notable aqui el honrado proceder de Paredes: él habia reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacian; él fué quien los defendió delante de su general, diciendo que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto á los españoles, no habia para qué tener en poco lo que se habia hecho, porque al fin los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. « Por mejores los envié yo al campo, » respondió Gonzalo; y puso fin á la contestacion.

Quisieron todavia los nuestros apurar mas su ventaja, y al dia siguiente de la pelea Gonzalo de Aller, el caballero español que habia sido rendido, envió á desafiar al francés á quien habia cabido la misma suerte, diciendo que se rindió con mas justa causa que él; y que si otra cosa decia se lo haria conocer de su persona á la suya con sus armas y caballo. Aceptó el francés el desafio, pero no acudió al dia señalado; y Aller le arrastró pintado en una tabla á la cola de su caballo. Lo mismo le sucedió á Diego Garcia con un oficial francés llamado Formans, que desafiado por los denuestos é injurias que escribia de los españoles é italianos, aceptó el duelo y no vino á medirse con el español. Por último, veinte y dos hombres de armas nuestros retaron otros tantos franceses, y ellos respondieron que no querian pelear tantos á tantos, y que de ejército á ejército se verian.

Estas pruebas particulares y esta contienda de honor exaltaban los ánimos de unos y otros en tal manera, que ya mas parecia que luchaban por la gloria y la reputacion de valor, que no por el imperio del pais. Gonzalo procuraba mantener este espíritu generoso, móvil de las bellas acciones; y para acabar con las altercaciones que se movian todos los dias por el rescate de los prisioneros, arregló con el duque de Nemours la cuota que debia pagarse por cada uno, segun su calidad; y con sus consejos y su ejemplo exhortaba á sus soldados á usar de toda humanidad y cortesía con los rendidos. Un caso que sucedió por este motivo manifiesta su delicadeza. Un oficial de caballería español, llamado Alonso de Sotomayor, prisionero

del famoso Bayard y tratado por él con toda urbanidad y cortesía, habia recibido su libertad por un rescate moderado. El español publicaba haber sido tratado por su vencedor dura é ignominiosamente: Bayard, que lo supo, retó al instante á su contrario, diciéndole que mentia. Rehusaba el español, segun se dice, la batalla; pero el Gran Capitan le obligó á aceptarla, diciéndole « que era preciso hacer olvidar sus injuriosas palabras con la gloria del combate, ó sufrir el castigo que merecia por ellas. » Tuvo pues que salir al campo, donde el francés, le esperaba. El español era alto, robusto y membrudo; el francés pequeño y delicado, manifestaba mas agilidad que fuerza, apocada en aquellos dias por unas cuartanas que padecia. Todos le creian vencido, y mas al ver que las armas del combate eran las de un hombre de armas. Tiró Sotomayor á aturdir á su contrario, dándole golpes en la cabeza atropelladamente; pero Bayard, supliendo con el arte lo que le faltaba de fuerza, hirió primero en un ojo al español, y á la accion de alzarse este con toda su furia para vengarse de aquella herida, dejó descubierta la garganta por la juntura de la gola, donde Bayard con celeridad increíble le metió un puñal; la sangre salió á borbotones, y Sotomayor cayó muerto con grande alegría de los franceses y sin ningun sentimiento de los españoles, indignados de su mala lengua é indigno proceder.

Entre tanto los dos generales, observándose reciprocamente, no perdonaban ocasion ni excusaban diligencia para atacarse y sacar ventajas sólidas de este ardor y bizarría de sus soldados. Los franceses habian tomado á Canosa, donde estaba Pedro Navarro que, no teniendo bastante número de gente para defenderla, con acuerdo de Gonzalo la habia rendido, pero saliendo de alli las banderas desplegadas y al son de las trompetas y atambores, con todos los honores de la guerra. En aquella plaza estableció el duque de Nemours su cuartel general, y desde alli molestaba y estrechaba á los nuestros, cortándoles los convoyes, sorprendiendo las partidas que salian á hacer viveres, y á veces ocupando los lugares vecinos á Barleta para cerrarla de mas cerca. Gonzalo oponia iguales ardidés á estos, igual actividad; pero con mas prudencia y mas fortuna. Su objeto era mantenerse en Barleta hasta que llegasen de España y de Alemania los socorros de hombres que tenia pedidos

para igualar sus fuerzas con las del enemigo. Entre tanto todos los contornos sufrían los estragos de las correrías de uno y otro campo. Los que mas sufrían estos daños eran los infelices pastores del Abruzo, que teniendo que conducir sus ganados á las tierras ocupadas de uno y otro ejército, debían sufrir el vejámen de estos ó aquellos, ó de ambos á un tiempo. Creyendo á los franceses mas fuertes, habían sacado seguro de su general, el cual efectivamente cubrió su marcha y sus pastos con sus tropas. Pero Gonzalo, impelido por una parte de la necesidad de veres que tenía su ejército, y por otra de la utilidad de castigar el desprecio que hacían de su autoridad y su fuerza, dispuso varias celadas y correrías, encomendadas casi siempre á don Diego Mendoza, el Aquiles de los nuestros, en las cuales robaron muchos millares de cabezas. Quejáronse los ganaderos á Nemours, amenazando que se irían á los lugares ásperos del país si no eran mejor defendidos. El Duque se acercó á Barleta con sus gentes, cañoneó el puente del Ofanto con intento de derribarle, y envió un trompeta á desafiar á los nuestros. Gonzalo, que quería quebrantar algun tanto el ímpetu francés con la tardanza, respondió « que él estaba acostumbrado á combatir cuando la ocasion y la conveniencia lo pedían, y no cuando á su enemigo se le antojaba; y así, que aguardase á que los suyos herrasen los caballos y afilasen las espadas. » Nemours, creyendo haber intimidado á los españoles, dió la vuelta á Canosa; pero apenas había comenzado su marcha, cuando el Gran Capitan, ordenadas sus haces, salió de Barleta y empezó á inquietarle en su retirada. Envióle un trompeta á anunciarle que ya iba, y que le aguardase; á lo que contestó el francés « que ya estaba muy adelantado el día, y que él no excusaría la batalla cuando los españoles se acercasen tanto á Canosa como él se había acercado á Barleta. »

En una de las correrías del oficial Mendoza había sido hecho prisionero La Motte, capitán de la partida francesa con quien se había peleado. Por la noche en el convite celebrado por Mendoza en celebridad de la victoria conseguida, La Motte, que asistía a él, llevado de su petulancia natural, tal vez acrecentada con el vino, se dejó decir que los italianos eran una triste y pobre gente para la guerra. Un español llamado Inigo Lopez de Ayala sacó la cara por ellos, y dijo al francés que

había en el ejército italianos tan buenos caballeros como los mejores del mundo; mantúvose La Motte en lo que había dicho, y ofreció hacerlo bueno en el campo con cierto número de guerreros que se escogiesen de una y otra parte. Llegó esta conversacion á oídos de Próspero Colonna, el cual, celoso del honor de su nacion, después que se aseguró de la certeza del hecho y de que La Motte se afirmaba en su desprecio, formalizó el desafio proyectado, con licencia que obtuvo del General. Los combatientes habían de ser trece contra trece, y se pactó que los rendidos, además de perder el caballo y las armas, hubiesen de pagar cien ducados cada uno por su rescate. Hizo Gonzalo á los italianos concurrentes toda clase de honras, como si á su valor estuviese fiada la fortuna de aquella guerra; y porque el Duque no quería asegurar el campo, con intento de ver si podia desbaratar el duelo por este medio, Gonzalo dijo que él aseguraba el campo á todos. Salieron los italianos bien amaestrados por Próspero Colonna, y pertrechados de todas armas; llegaron al campo, dióse la señal, y se encontraron unos con otros con tal ímpetu que las lanzas se les quebraron; entonces echaron mano á las otras armas, y con las hachas y los estoques se procuraban ofender cuanto podían. Eran de grande esfuerzo los franceses; pero los italianos, mas diestros, en el espacio de una hora echaron á sus contrarios del campo, menos uno, que quedó muerto, y otro que habiendo sostenido por gran rato el ataque de sus enemigos, vino al suelo mal herido, y hubiera acabado tambien si los jueces no se hubieran interpuesto, declarando á los italianos vencedores. Estos salieron del campo con sus doce prisioneros delante, y se presentaron al Gran Capitan, que los hizo cenar consigo aquella noche y los colmó de honores y distinciones.

La conquista de Rubo coronó la gloria adquirida por los españoles en estos combates particulares que se dieron mientras su estancia en Barleta. Había alzado banderas por España la villa de Castellaneta, sorprendida por Luis de Herrera y Pedro Navarro, á quien después de la pérdida de Canosa envió Gonzalo á defender á Taranto. Nemours previno sus gentes para castigar aquel pueblo y ocuparle otra vez; y el Gran Capitan, para distraerle ó para vengarse, anticipadamente con

una parte de sus tropas salió en persona á combatir á Rubo. Era esta una plaza muy fuerte, defendida por cuatro mil hombres mandados por Paliza, uno de los oficiales franceses mas distinguidos, y comandante en el Abruzzo. Anduvieron los españoles seis leguas, y al ser de dia llegaron á Rubo y empezaron á batir el muro con la artillería: luego que fué abierta la brecha, se precipitaron en ella y se trabó la batalla con igual ardor que si fuera en campo raso. Duró el combate siete horas, y todavía se dilatara si Paliza, herido, no hubiera tenido que retirarse y al fin que rendirse. Entraron los nuestros el lugar y le pusieron á saco: fueron grandes los despojos que allí consiguieron; hicieron prisioneros de mucha cuenta, sin los vecinos de Rubo, que todos, hombres y mujeres, quedaron al arbitrio del vencedor. Gonzalo cuidó de que se guardase todo respeto al sexo, y luego que volvió á Barleta dió libertad á las mujeres sin rescate, y á los hombres por un precio moderado; pero á los franceses los trató con mas rigor, y los envió de remeros á las galeras de Lezeano. Preguntado después por esta severidad, contestó que siendo tomados por asalto, el no pasarlos por las armas era una gracia que le debian. Nemours, avisado del peligro de Rubo antes que pudiese forzar á Castellaneta voló al instante á socorrerle, y fué doblemente infeliz, porque no ganó la plaza que atacaba y no pudo amparar á la otra del desastre que le vino.

Con estas ventajas, y los socorros que de cuando en cuando les llegaban, ya de Sicilia, ya de Venecia, pudieron los españoles sufrir por siete meses la estancia en un pueblo donde á cada momento estaban apurados por la falta de viveres. Murmuraban, sí, y se quejaban, pero al parecer Gonzalo, al ver aquella frente intrépida, aquel semblante majestuoso, la dignidad que sobresalía en su bella figura, y la alegría y serenidad que siempre ostentaba; al oír la confianza con que les aseguraba que pronto se verían en la abundancia y en la victoria, todos se aquietaban, y por fortuna algunos socorros llegaban tan á tiempo, que la confianza que tenían en sus palabras era completa. Sucedió en aquellos dias que una nave de Sicilia arribó allí con una gran porcion de trigo, y otra veneciana cargada de municiones y armas. Gonzalo lo compró todo, y repartió los morriones, cotas, sobrevestas y demás pertrechos por su ejér-

cito con tal profusion, que aquellos mismos soldados que antes desnudos y andrajosos, presentaban el aspecto de la indigencia y de la miseria, ya se mostraban con todos los arreos de la elegancia y del lujo.

El aspecto de las cosas se iba cambiando entonces á toda prisa: la pérdida de Castellaneta y la de Rubo; Aubigni vencido y preso junto á Seminara por un refuerzo de tropas españolas venidas últimamente á Calabria; las galeras de Lezeano vencedoras de la escuadra francesa delante de Otranto; los mil infantes que se esperaban de Alemania llegados á Barleta: todo anunciaba que el viento de la fortuna soplabá en favor de España, y que era tiempo de dar fin á la contienda. En Barleta era ya imposible mantenerse, por la falta de viveres y el peligro de la peste, que iba ya sintiéndose en su recinto. Gonzalo, resuelto á abandonar aquel puesto, anunció al duque de Nemours su determinacion, mandó venir á sí á Navarro y á Herrera, y salió por fin de la plaza. Aquella noche hizo alto en el mismo sitio donde en otro tiempo fué Cánas, tan célebre por la rota que Anibal dió allí á los romanos; y al otro dia se dirigió á Cirinola, diez y siete millas distante, donde los enemigos tenían grandes repuestos de viveres y municiones. El general francés, sabida la marcha de su adversario, reunió tambien sus tropas y corrió en su seguimiento: así las nubes, acumuladas tanto tiempo sobre Barleta, vinieron á descargar su furia en Cirinola, donde la suerte de Nápoles iba á decidirse sin retorno.

No prometia la trabajosa marcha que hicieron aquel dia (27 abril de 1593) los nuestros ningun suceso fortunado. Era el terreno por donde caminaban seco y arenoso, el calor del dia grande, y superior la fatiga: caíanse los caballos y los hombres de sed y de cansancio; algunos, sofocados, morian. En vano hallaron pozos con agua: esta, mas propia para bestias que para hombres, si les apagaba la sed, los dejaba inútiles á marchar. Algunos odres llenos de agua del Ofanto, que Gonzalo había hecho prevenir á su salida de Cánas, no eran bastantes al ansia y necesidad que todos tenían: uno y otro auxilio servia mas de confusion que de alivio. Gonzalo en aquel aprieto levantaba á los caidos, animaba á los desmayados, dábales de beber por su mano, y mandando que los caballos subiesen á las ancas á los

infantes, dió el ejemplo con la órden, subiendo en el suyo á un alferez alemán. Si los enemigos, que ya se habian movido á seguirlos, los hubieran alcanzado en la llanura, tenian conseguida la victoria. Asi toda el ansia de Gonzalo era por llegar al sitio donde proyectaba sentar su campo y esperar allí el ataque de los franceses.

Cirinola está situada sobre una altura, y en el declive que forma el cerro habia plantadas muchas viñas, defendidas por un pequeño foso. En este recinto sentó su real Gonzalo, agrandando el foso cuanto le permitió la premura del tiempo, levantando el borde interior á manera de rebellin, y guarneciéndole á trechos con garfios y puntas de hierro para inutilizar la caballería enemiga. Recogieronse al fin las tropas al campo, y habiendo encontrado agua, el ansia de apaciguar la sed los puso en confusión; de manera que toda la habilidad de Gonzalo y de sus oficiales apenas era bastante para llamarlos al deber y ponerlos en órden. En esto el polvo anunciaba ya la venida de los enemigos, y los corredores vinieron á avisarlo al General. Eran los nuestros cinco mil y quinientos infantes y mil y quinientos caballos, entre hombres de armas, arqueos y jinetes. Gonzalo los dividió en tres escuadrones, que colocó en tres diversas calles que formaban las viñas: uno de españoles mirando hácia Cirinola, mandado por Pizarro, Zamudio y Villalba; otro de alemanes, regido por capitanes de su nacion; y el tercero de españoles, al cargo de Diego Garcia de Paredes y Pedro Navarro, apostado junto á la artillería para ayudarla y defenderla; flanqueó estos cuerpos con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, mandados por Diego de Mendoza y Próspero Colonna: á Fabricio su primo y á Pedro de Paz dió el cuidado de los caballos ligeros, que puso fuera de las viñas para que maniobrasen con facilidad. La pausa que hicieron los franceses, consultando lo que habian de hacer, dió lugar á estas disposiciones y á que la gente, tomando algun respiro, pudiese disponer el cuerpo y el espíritu á la pelea. La excesiva fatiga que habian sufrido aquel dia hacia dudar á Gonzalo de su resistencia, cuando Paredes, viéndole todo sumergido en estos pensamientos, « para ahora, señor, le dice, es necesaria la firmeza de corazon que siempre soleis tener: nuestra causa es justa, la victoria será nuestra, y yo os la prometo con los pocos españoles que aquí

somos.» Gonzalo admitió agradecido el venturoso anuncio y se preparó á recibir al enemigo.

Estaba ya para caer la noche, y Nemours, mas prudente que dichoso, queria dilatar el ataque para el dia siguiente; pero sus oficiales, principalmente Alegre, creyendo ya asir la victoria y acabar con aquel ejército fugitivo, opinaban que se acometiese al instante, y Alegre añadia que no podia esto diferirse sin nota de cobardia. A esta increpacion Nemours picado vivamente da la señal de embestir, y él se pone al frente de la vanguardia, compuesta de los hombres de armas. Seguíale Chandenier, coronel de los suizos, con otro escuadron, donde iba toda la infantería; y últimamente Alegre, con los caballos ligeros, cerraba las líneas, que no se presentaban totalmente de frente, sino con algun intervalo retrasada una de otra. Comenzó á disparar la artillería, que era igual de una y otra parte; pero con algun mas daño de los franceses, por dominarlos la española desde la altura. A las primeras descargas un accidente hizo volar la pólvora de los nuestros, y la llamarada que levanta parece abrasar todo: se anuncia este revés á Gonzalo, y él con cara alegre contesta: « Buen ánimo, amigos; esas son las luminarias de la victoria. » El duque de Nemours y su escuadron, para libertarse del mal que les hacia la artillería, acometieron la lanza en ristre y á toda carrera contra la parte de donde les venia el daño; mas halláronse allí atajados por el foso, por los garfios de hierro y por la resistencia que les hizo el tercio que mandaba Paredes; siéndoles forzoso dar el flanco á los nuestros, y correr á buscar otro paraje menos defendido para saltar al campo. En esta ocasion tuvieron que sufrir todo el fuego de la escopetería alemana, que estaba mas allá; entonces cayó el general francés muerto de un arcabuzazo, y los caballos que le seguian, sin jefe y sin órden, comenzaron á huir. El escuadron mandado por Chandenier quiso probar mejor fortuna; pero fué recibido por la infantería española, que lanzaba todas sus armas arrojadas contra ellos, y no hizo efecto ninguno. El mismo Chandenier, que por la bizzarria y brillo de sus armas y por su arrojo llamaba hácia sí la atencion y los tiros, cayó tambien sin vida; caen al mismo tiempo los mejores capitanes suizos, y el desórden que esto causa hace inclinar la victoria hácia los españoles. Estos, queriendo apurar

su ventaja, salieron de sus líneas. Paredes al frente de su tercio, y el Gran Capitan con los hombres de armas, arrollan por todas partes á los enemigos, que á pesar del valor que emplearon Alegre y los principes de Meli y Bisiñano, que iban en la retaguardia francesa, se vieron rotos y dispersos y se abandonaron á la fuga. La noche detuvo el alcance y atajó la mortandad. Próspero Colonna entró sin resistencia en el campamento enemigo, y viendo cerrada la noche, se alojó en la tienda del general francés, de cuya mesa y cena disfrutó, causando con su ausencia la mayor angustia á su primo Fabricio y al Gran Capitan, que viendo que no volvía le lloraban por muerto.

Este fué el éxito de la batalla de Cirinola, que si se regula por el número de los combatientes y por los muertos no se contará entre las mas grandes, pero que se hace muy ilustre por el acierto y conducta del general vencedor y por las consecuencias importantes que tuvo. Los ejércitos eran casi iguales, ó algo superior el de los franceses; de estos murieron cerca de cuatro mil, y de los nuestros algunos dicen que ciento, otros que nueve. La acertada eleccion de terreno y el auxilio sacado del foso, unido á la temeridad de los enemigos, dieron la victoria y la hicieron poco costosa, á pesar de ser su caballería tan superior, que Gonzalo afirmaba que semejante escuadron de hombres de armas no habia venido á Italia mucho tiempo habia.

Al dia siguiente se halló entre los muertos el general francés, á cuya vista no pudo el vencedor dejar de verter lágrimas, considerando la triste suerte de un caudillo jóven, bizarro y galan en su persona, con quien tantas veces habia conversado como amigo y como aliado. Hizole llevar á Barleta, donde se hicieron sus exequias con la misma magnificencia y bizarría que si fuesen celebradas por sus huestes vencedoras; y él se dispuso á seguir el rumbo que su buena estrella le señalaba.

Cerinola, Canosa, Meli y todas las provincias convecinas se rindieron al vencedor, que al instante dirigió su marcha á Nápoles, á apoderarse de aquella capital. Llegado á Aterra, salieron á recibirle los sindicos de la ciudad, á cumplimentarle por su victoria y á rogarle que entrase en ella, donde en sus manos jurarian la obediencia al Rey Católico. La entrada en

Nápoles se celebró con un aparato real, como si el obsequio se hiciese á la persona misma del nuevo monarca: la ciudad juró obediencia á España, y Gonzalo en nombre del Rey les juró la conservacion de sus leyes y privilegios. Fué esta entrada á 16 de mayo (1503). Así en poco mas de ocho años los napolitanos habian tenido siete reyes: Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Carlos VIII, Federico III, Luis de Francia y Fernando el Católico. Nacion incapaz de defenderse, incapaz de guardar fe; entregándose hoy al que es vencedor, para ser mañana del vencido si acaso la suerte se declara en favor suyo; sus guerreros, divididos entre los dos campos concurrentes, pasándose de una parte á otra á cada instante, y labrando ellos mismos las cadenas que se le echaban por los extranjeros; el pueblo nulo, y esclavo del primero que llegaba. Si hay alguna nacion de quien deba tenerse á un tiempo lástima y desprecio, esta es sin duda alguna: como si los sacrificios necesarios para mantener las instituciones militares y civiles que bastasen á defenderla de las invasiones de fuera, pudiesen jamás compararse con la desolacion y el estrago causados por estas guerras de ambicion y de concurrencia extraña.

Quedaban sin embargo por ganar los dos castillos de Nápoles, defendidos con una guarnicion numerosa y bastecidos de todo lo necesario para una larga resistencia. Gonzalo, antes de marchar á Gaeta, donde estaban recogidas las reliquias del ejército enemigo, queria reducir aquellas dos fortalezas para dejar enteramente asegurada la capital. Hallábase en el ejército Pedro Navarro, y su destreza y su pericia en la construccion de las minas eran un poderoso recurso para vencer las dificultades casi insuperables que presentaban los castillos en su rendicion. Embistióse primeramente á Castelnuovo; y tomado un pequeño fuerte dicho la torre de San Vicente, que está antes, Navarro dispuso sus minas, y las llevó hasta debajo de la muralla principal del castillo. En tal estado, se intimó á los sitiados que se rindiessen, y ellos, confiados en la fuerza de la plaza, no solo desecharon la intimacion, sino que amenazaron al trompeta de matarle si volvía otra vez con semejante mensaje. En seguida pegóse fuego á la mina, y ella, reventando, abrió por mil partes la muralla, que dejando una gran boca abierta, con espantoso ruido y estrago miserable de la gente que habia enci-

ma vino al suelo. Acometió al instante Navarro con los suyos, y anunciándose á Gonzalo que se estaba asaltando ya el castillo, salió corriendo, abrazado su broquel, á animar su gente y hallarse presente al combate. Este fué furioso y porfiado: toda la gente de la ciudad se subió á contemplarle desde las azoteas y torres de las casas, y á juicio de todos, jamás los españoles manifestaron tal impetuosidad ni osadía. Ganaron primero el adarbe; y los enemigos, que se retrajeron á las puertas del castillo con intento de levantar los dos puentes que le defendían, no lo hicieron con tal prontitud que los españoles no llegasen al mismo tiempo. Ganaron el uno Ocampo, Navarro y otros españoles; el otro ya habían logrado los franceses levantarle; cuando Pelaez Berrio, gentilhomme de Gonzalo que estaba allí, asido de un brazo á los maderos y subiendo con ellos, pudo, colgado en el aire, cortar con la espada las amarras de que estaban suspensos: cayó entonces el puente otra vez, él entró acompañado de dos soldados, y entre los tres sostuvieron el impetu enemigo hasta que acudieron mas españoles, y entre todos arrollaron á los contrarios. Los franceses al fin se entraron en la ciudadela y pudieron cerrar las puertas. Entonces el combate se hizo mas espantoso: los nuestros, ayudados de las lachas, picos y máquinas pugnaban por derribarlas, y los franceses, desde arriba, con cal, con piedras, con aceite, con fuego, con todo lo que el furor ó el temor les suministraba, ofendían á los españoles, que, terribles aumentando siempre su furor y su impetu, batían por todos lados la fortaleza. Comenzaba el enemigo á flaquear y movía ya condiciones de entrega, cuando de resultas de haberse abrasado cincuenta españoles con la pólvora y artificios de fuego que los sitiados les arrojaban, embravecidos de nuevo, volvieron al combate con un furor tal que entraron por todas partes el fuerte, cuyos defensores perecieron todos, á excepcion de unos pocos que se rindieron á merced de Gonzalo. Concedió este á sus soldados el saco del castillo en premio de su valor, y ellos se arrojaron al instante sobre las inmensas riquezas que contenía atesoradas allí por los franceses. En su furor y en su codicia no perdonaron ni aun á las municiones, que el General había mandado se conservasen. Cuando se los quiso reprimir, dijeron que debiéndoseles tantos dias de paga, y teniendo aquellas riquezas delante

ganadas con su sangre y su sudor, querían pagarse por su mano. Gonzalo les dejó hacer, proponiéndose comprarles después los artículos necesarios; y porque algunos, menos expeditos y afortunados, se lastimaban de lo poco que habían cogido en el saqueo, su genoroso general, « id, les dijo, á mi casa, ponedla toda á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna. » No bien fueron dichas estas palabras cuando aquellos miserables corrieron al palacio de Gonzalo, que estaba alhajado con la mayor magnificencia, y uniéndoseles mucha parte del pueblo, le despojaron todo, sin perdonar ni mueble ni cortina ni comestible, desde las salas mas altas hasta las cuevas mas profundas. Ganado así el castillo, puso en él por alcaide á Nuño de Ocampo, mandó que en él se quedase para guardarle la compañía de Pedro Navarro, donde estaban los mas valientes soldados del ejército, y á Navarro mandó que sin dilacion combatiese el otro castillo, que llaman del Ovo. Este siguió la misma suerte, pero aun con mas daño de los franceses, porque el efecto de las minas fué mas espantoso.

La armada francesa, que había llegado al otro dia de la toma de Castelново, tuvo que retirarse á Iscla, en donde tampoco fué admitida, por haberse ya alzado en aquella isla la bandera de España, y tuvo que volverse sin hacer efecto. El Gran Capitan, aun antes de que se rindiese el segundo castillo, reunido el grueso del ejército, salió de Nápoles, y rendidos San German y Roca-Guillerma, el campo al fin se asentó sobre Gaeta. Esta plaza, ya fuerte y casi inexpugnable por su situacion, estaba defendida por Alegre, que había llevado allí todas las reliquias del ejército vencido en Cerinola: allí estaban los principales barones que seguían el partido de Francia, los príncipes de Bisiñano y Salerno, el duque de Ariano, el marqués de Lochito y otros; tenían por suya la mar, y el marqués de Saluzo, que traía un socorro considerable de gente, anunciaba la venida de un ejército francés. Empezóse á batir la plaza; y aunque Navarro, después de allanado el castillo del Ovo, vino á reunirse con Gonzalo, y reforzaba con sus ardidés y su arte las operaciones del sitio, nada se adelantaba en él. Los sitiados, cada vez mas orgullosos con su número y la ventaja de su posicion, despreciaban á su enemigo, y ofendían con tal acierto que muchos soldados y oficiales perecieron, entre ellos

don Hugo de Cardona, tiernamente querido de Gonzalo. Así que, después de llorar amargamente este desastre, conocida la inutilidad de continuar por entonces el ataque mientras no fuese dueño del mar, y no queriendo enflaquecer su gente en el nuevo peligro que presentaban las cosas, apartó el real de Gaeta y se retrajo á Castellon, situado no muy lejos de allí.

Luis XII, en vez de perder el ánimo con la ruina de sus cosas en Nápoles, apeló á su poder y juntó tres ejércitos y dos escuadras á un mismo tiempo para atacar por todas partes á su enemigo. Dos ejércitos fueron destinados á acometer las fronteras de España por Vizcaya y Rosellon, y el tercero, mandado por Luis La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, se dirigía á entrar en Nápoles por el Milanés, y volverse á apoderar de aquel estado: de las escuadras, una, mandada por el marqués de Saluzo, había de sostener esta última expedición; y la otra se quedaría cruzando el Mediterráneo para impedir la llegada á Italia de los socorros que se enviaban de España. Era tal la confianza que los franceses tenían en el buen suceso de estos preparativos, que habiéndose dicho á La Tremouille que los españoles le saldrían á recibir, él respondió « que holgaría mucho de ello; » añadiendo « que daría veinte mil ducados por hallar al Gran Capitan en el campo de Vitervo. » Tuvo el caudillo francés la petulancia de hacerlo decir en Venecia á Lorenzo Suarez, pariente de Gonzalo y embajador nuestro á la sazón cerca de la república; á lo que Suarez respondió graciosamente: « Mas hubiera dado el duque de Nemours por no haberle encontrado en la Pulla. »

No pudieron cumplirse los deseos á Tremouille, porque una dolencia que le acometió le postró de tal suerte, que le fué forzoso retraerse á Milan. Entonces el rey de Francia dió el mando de sus tropas al marqués de Mantua, que, según la costumbre de los capitanes italianos de aquel tiempo, ofrecía sus servicios á quien mas daba. Componiase el ejército de mas de treinta mil hombres, pertrechados de tal modo, que si hubieran embestido al instante el reino de Nápoles, las cortas fuerzas de Gonzalo difícilmente resitieran. Pero la mala suerte de Francia hizo que en aquella sazón muriese Alejandro VI; y el cardenal de Amboise, ministro principal de Luis XII, quiso que las tropas destinadas á Nápoles se detuviesen al rededor de Roma para

influir en el cónclave y ser elegido Papa. El cardenal de la Róvera tuvo maña para desconcertar sus medidas, alejar las tropas y hacer elegir pontífice á Pio III, que al cabo de pocos dias falleció; en cuyo espacio pudo ganar los cardenales en favor suyo, y consiguió ser electo en el cónclave siguiente, tomando en consecuencia el nombre de Julio II. Las tropas francesas, detenidas y burladas, siguieron su camino á Nápoles; pero el tiempo estaba muy adelantado, y el cardenal de Amboise, después de subordinar los intereses del Rey á los suyos, ni consiguió ser papa ni aprovechó la ocasion única que se ofrecía de reconquistar aquel estado.

Era ya entrado el invierno (1503), y las lluvias fueron tantas, que los caminos hechos barrizales y las campiñas pantanosas apenas dejaban marchar los hombres, cuanto mas el gran tren de artillería que el ejército arrastraba consigo. Otro inconveniente que tuvo su tardanza fué que el de Gonzalo se engrosó con las tropas que había en Calabria, mandadas por don Fernando de Andrade y vencedoras de Aubigni, y con un número considerable de capitanes y soldados españoles que se vinieron á su campo, dejando las banderas del duque de Valentinois, cuyo poder, después de la muerte del Papa su padre, iba declinando á toda prisa. Pero al fin los franceses vencieron estas dificultades y llegaron á las fronteras del reino; intentaron tomar por fuerza de armas á Roca-Seca; y Pizarro, Zamudio y Villalba, que la defendían, los rechazaron de allí: Roca-Guillerma se les entregó casi por traicion; pero Gonzalo á vista de su ejército lo volvió á tomar siu que ellos osasen moverse. Llegaron á la orilla del Garcellano y empezaron á hacer sus disposiciones para pasarle, confiados en que hecho esto el país que hay desde el rio hasta la capital se les allanaría fácilmente. Gonzalo estaba de la parte opuesta con su ejército, y tenía la desventaja de que siendo por allí mas baja la orilla, la artillería enemiga podía hacerle todo el daño que quisiese.

Los franceses, construido el puente de barcas y maderos con el cual intentaban pasar el rio, á la sazón invadible, hicieron varios esfuerzos para colocarle, y todos fueron vanos al principio, porque los españoles se lo estorbaban, y combatiendo con ellos, los hacian retroceder. Un dia al fin mas afortunados, encontrando con oficiales españoles poco diestros ó

esforzados, arrollaron la guardia de la orilla opuesta, sentaron la punta del puente, comenzaron á pasar, y ganaron el bastion en que los nuestros se colocaban. Retrajéronse los fugitivos al campo y le llenaron de agitacion y tumulto. Llegó á oídos del General que el enemigo habia echado el puente, ganado el puesto, y que arrollando los soldados se acercaba al real; y al punto da la señal de la pelea, se arma, sube á caballo, y sale él mismo al frente de sus tropas á encontrar con los franceses. Precipitáanse los demás capitanes á su ejemplo: Navarro, Andrade, Paredes, ordenan sus bues y tienden sus banderas. Fabricio Colonna es el primero que arremete al enemigo, el cual, no bien ordenado todavía, no puede sostener el impetu de los nuestros y comienza á ciar. Era terrible el estrago que la artillería francesa hacia; mas después que los españoles se mezclaron con los franceses no podía servir, á ménos de hacer igual daño en unos que en otros. El grueso del ejército francés estaba ya sobre el puente, guiado por sus principales cabos que seguían á los primeros. Estos, arrollados, caen desordenados sobre ellos, y los españoles, furiosos, entran tambien en el puente hiriendo, matando, arrojando al rio cuanto hallan por delante. Fué en fin forzoso á los franceses recogerse á sus estancias y abandonar el puente; siendo tal el furor con que se combatió de una parte y otra, que Hugo de Moncada, uno de los hombres mas intrépidos y valientes de aquel tiempo, confesaba después que no habia visto refriega mas terrible. Arrolladas al suelo compañías enteras por la artillería, destrozados los hombres y caballos, eran al instante suplidos por otros que intrépidamente se ofrecían á la muerte por ganar la victoria. Llevóse aquel dia el lauro del valor entre los oficiales Fabricio Colonna, que fué el primero que con mas peligro salió al encuentro al enemigo y le lanzó hácia el puente, y entre los particulares Fernando de Illescas, alferez, que habiéndole llevado una bala la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda, y llevada esta tambien, cogió la insignia con los codos, y así se mantuvo hasta que Gonzalo dió la señal de recogerse.

No eran de extrañarse por cierto estos ejemplos de valor en un campo que por todas partes respiraba honor y bizarría. El puente quedó echado y protegido por la artillería que tenia el

enemigo á la otra orilla. El Gran Capitan queria que se volviese á poner la guardia en el bastion mismo que ántes ocupaba. Diego García de Paredes le dijo: « Señor, ya no tenemos enemigos con quien combatir sino con la artillería: mejor será excusar la guardia, dejar que pasen mil ó dos mil de ellos, y entónces los acometerémos y quizás podrémos ganar su campo. » Gonzalo todavía irritado de la pérdida del bastion, le contestó: « Diego García, pues Dios no puso en vos miedo no le pongais vos en mí. — Seguro está vuestro campo de miedo, respondió el campeon, si no entra en él mas que el que yo inspirare. » Picado hasta lo vivo, descendiende del caballo, y poniéndose un yelmo y cogiendo un montante, se entra solo por el puente. Los franceses, que le conocían, creyendo en su ademán que queria parlamentar, salieron á él en gran número, y él se dispuso á hablar con ellos; mas luego que los vió interpuestos entre sí y las baterías, diciendo en altas voces que iba á hacer prueba de su persona, sacó el montante y empezó á lidiar. Acudieron algunos pocos españoles á sostenerle en aquel empeño temerario, y trabóse una escaramuza en la cual al fin los nuestros tuvieron que retirarse, siendo el último Paredes, cuya ira y pundonor aun no estaban satisfechos con aquella prueba de arrojo.

Pocos dias después sucedió otro caso, que demuestra bien el espíritu que animaba todo nuestro ejército. Habíase dado á guardar la torre del Garellano á un capitan gallego, y el puesto era tan fuerte que con diez hombres solos podia mantenerse, y tan importante que desde allí, como desde una atalaya, se veían todos los movimientos del campo enemigo. Los franceses, que no la pudieron tomar por fuerza, la compraron á los gallegos, y estos se vinieron á nuestro real, dando por causa de su rendicion mil falsedades que se creyeron. Mas cuando al fin se supo en el campo su villanía y su traicion, los soldados mismos hicieron pedazos á todos aquellos miserables, sin que el Gran Capitan castigase este exceso, que conformaba mucho con la severidad que él usaba en la disciplina militar.

Entre tanto la discordia tenia divididos entre sí á los cabos del ejército enemigo. Indignábanse los franceses de obedecer á un general extranjero sin acierto y sin fortuna, que los tenia detenidos allí sin poder adelantar sobre sus contrarios un palmo

de tierra. Dábanle á gritos los dictatos mas viles; y él, desconfiado de salir con la empresa, conociendo ya por experiencia el valor y constancia española, ofendido de los libres discursos del ejército y de las increpaciones atrevidas de Alegre, renunció el mando y abandonó el ejército, llevándose un buen número de tropas italianas que le acompañaban. Todavía, á pesar de este desfalco, eran iguales ó superiores á los nuestros, y el marqués de Saluzo, á quien dieron el mando después de ido el marqués de Mantua, era un general inteligente y activo. Su primera operación fué fortificar la punta del puente de esta parte, para que sus tropas al pasar no pudiesen ser molestadas. Logrólo con efecto, fortificó el puente, y puso en él su guardia. Mas no por eso habia adelantado mucho en su intento de pasar delante: Gonzalo se colocó tan ventajosamente, que era imposible forzarle, y desde allí impedía la marcha del enemigo. Es verdad tambien que el invierno, entónces en su mayor rigor, contribuyó mucho á esta inacción de unos y otros. El Garelano saliendo de madre inundaba aquellas campiñas; pero era con mucho mayor daño de los españoles, que estaban situados en una hondonada: el campo hecho un lago, apenas podian con maderos, piedras y faginas oponer un reparo al agua sobre que estaban; los viveres escaseaban cada vez mas, las enfermedades picaban y ya la paciencia fallecia. Hasta los oficiales primeros del ejército, Mendoza, los dos Colonnas, y otros de igual crédito y esfuerzo, habian desmayado y se fueron á Gonzalo á aconsejarle que, pues el enemigo no podia por el rigor de la estación emprender faccion de momento, diese algun alivio á sus tropas y las pasase á Capua, donde mejor alojadas y mantenidas podrian repararse de los trabajos pasados y estarían á la mira de los movimientos de los franceses. Mas él, firme é incontrastable, les respondió con su magnanimidad acostumbrada: « Permanecer aquí es lo que importa al servicio del Rey y al logro de la victoria, y tened entendido que mas quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante, que vivir un siglo dando uno solo hácia atrás. »

Los franceses no padecian igualmente por la intemperie: la ribera del rio era por allí mas alta, y las ruinas de un templo antiguo, donde se colocó una parte de su ejército, les dieron algun reparo contra la humedad; el resto fué repartido en

los lugares convecinos, porque no acostumbrados á aquellas fatigas, hechos á llegar y combatir, é impacientes de la tardanza, se mostraban menos sufridos á los rigores de la estación. No creyendo que sus enemigos intentasen nada hasta la venida del buen tiempo, tampoco ellos proyectaban nada, y solo atendian á guarecerse de las incomodidades que sufrían. Entre tanto llegó al campo español Bartolomé de Albiano, de la casa de los Ursinos, con tres mil hombres de socorro. Los Ursinos, familia ilustre romana, enemiga y rival de los Colonnas, y odiosa igualmente que ellos al papa Alejandro VI y á su hijo César, habian servido contra España hasta entonces; pero al fin fueron reducidos á seguir sus intereses por las negociaciones de Gonzalo, que tenia por máxima el atraer las voluntades de las casas principales de Italia. Este socorro pues llegó al tiempo mas oportuno, y Albiano, que le conducia, era un excelente militar. Él fué quien inspiró ó hizo valer el dictámen de marchar al instante al enemigo, echando un puente mas arriba de donde tenian el suyo los franceses. Gonzalo le dió el encargo de esta maniobra, y Albiano hizo construir cuatro millas mas arriba un puente hecho de ruedas de carros, de bareas y toneles, todo bien trabado con maromas: tendióle en el rio, y todo estuvo dispuesto para la noche del 27 de diciembre (1503). Al instante pasó la mayor parte del ejército, y Gonzalo aquella noche se alojó en Suyo, pueblo contiguo al rio y ocupado por los primeros que pasaron. A la mañana siguiente se puso en marcha la vuelta del campo enemigo: llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba; el centro, compuesto de los alemanes y demás infantería, le guiaba el mismo General; y la retaguardia, que se habia quedado de la otra parte del rio mandada por Andrade, tenia orden de embestir el fuerte que defendia el puente francés, y pasar por él á juntarse con el resto del ejército. En un mismo punto llegaron al campo enemigo las noticias de haberse construido el puente por los españoles, de su paso por el rio y de su marcha al real. Al principio no lo creyeron; mas después, ya seguros del hecho, y viendo que era tarde para esperar allí y contrarrestar la furia del enemigo, aterrados y sin consejo, desampararon apresuradamente el campo y huyen despavoridos hácia Gaeta, pensando defender el puesto difícil de Mola y Castellon. Gonzalo envió á

Próspero Colonna y á Albiano con doscientos caballos para que los inquietasen en su fuga, y entró en el real enemigo, lleno de despojos y municiones. Allí se juntó con él su retaguardia, porque los franceses que guardaban el puente, poseídos también de miedo, le habían desamparado y deshecho, puesta en las barcas su mas pesada artillería para que río abajo llegase á Gaeta. Mas este mismo peso fué causa de que no caminasen con la priesa necesaria; y los españoles pudieron juntarlas con facilidad, rehacer el puente y pasar el río. Entre tanto los franceses huían, pero ordenados; hacían cara á sus contrarios en los pasos difíciles, para pasarlos sin desconcertarse, saliendo primero la artillería, luego los infantes, y la caballería se retiraba la última, aunque siempre con algun daño. Llegaron así al puente que está delante de Mola, y allí el marqués de Saluzo acordó hacer frente al enemigo y procurar recobrase. Cien hombres de armas mandados por Bernardo Adorno se paran, y peleando valerosamente hacen á los nuestros detenerse y aun retroceder: acuden los fugitivos, y á la sombra de aquel escuadrón se ordenan junto á Mola, cobran ánimo y se preparan á la pelea. Mas el centro de nuestro ejército llegaba ya, conducido por Paredes y Navarro. El Gran Capitan iba allí animando la gente y exhortándola á apresurarse; el caballo en que iba tropieza en los resbaladeros del camino y cae con su dueño al suelo; acuden á socorrerle los que estaban cerca, y él, levantándose sin lesión, les dice alegremente lo que Scipion y César en ocasión semejante dijeron á sus soldados: «Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere.» Ya en esto era Adorno muerto, y aquellos esforzados caballeros se ven constreñidos á huir. El vencedor terrible sigue su marcha aceleradamente á Mola, y dividiendo su ejército en tres trozos, embiste al enemigo por tres partes diferentes, con intencion de envolverle y de cortarle. Fieros los españoles con su superioridad peleaban como leones; no así los franceses, cuyo espíritu, primero sorprendido, después aterrado, no acertaba ni con la ofensa ni con la defensa, ni á guardar ni á seguir consejo. Su general en este apuro, no contando ya con la victoria y viendo la muerte y desolacion por todas partes, dió á un tiempo la orden y el ejemplo de la fuga, y corre hácia Gaeta: todos le siguen, pero desordenados y

dispersos, abandonando banderas, artillería y bagajes, atropellándose miserablemente unos á otros; entregándose estos al hierro del enemigo, que ferozmente los hostiga, aquellos á la venganza de los paisanos vecinos, que cogiéndolos dispersos, los degüellan.

Tal fué la célebre rota del Garellano, que costó á los franceses cerca de ocho mil hombres, todo su bagaje, la artillería mejor de Europa, y la pérdida irreparable de tan hermoso reino. La Italia, que había visto aquel poderoso ejército, cuya muchedumbre y aparato parecía que iba á devorar en un momento al débil enemigo que tenía delante, le vió á poco tiempo deshecho sin batalla, y casi sin peligro ni daño de sus vencedores. Debió Gonzalo esta victoria á la superioridad de sus talentos, al acierto de su posición, y á la constancia con que se mantuvo cincuenta dias delante del enemigo, sin desviarse un momento de su propósito por las enormes dificultades y trabajos que se le oponían. Él conocía á los franceses, sabía que no estaban tan hechos á la fatiga como sus soldados, veía su impaciencia, y quiso á un tiempo ser superior á ellos y á la inclemencia de la estación. Pueden atribuirse otras victorias á la fortuna; pero la del Garellano es enteramente debida á la capacidad del Gran Capitan, que entonces llenó toda la extension de este renombre.

Aquella noche reposó el general español con sus tropas en Castellon; y el descanso era bien necesario á unos hombres que habían hecho una marcha de seis leguas, lidiando y persiguiendo, sin haber tomado alimento en veinte y cuatro horas. Al dia siguiente se puso sobre Gaeta; y luego que asentó la artillería para batirla, los sitiados se rindieron, á partido de que fuesen libres todos los prisioneros franceses, haciendo ellos lo mismo con los españoles: otórgole Gonzalo, y entró en Gaeta el dia 1º del año de 1504, habiendo antes desfilado los franceses, desmontados los caballeros, y doblada la punta de la espada los infantes. Gonzalo suavizó algun tanto la humillacion de esta derrota á los vencidos, consolándolos, tratándolos con el mayor honor y cortesía, alabando su valor; y fué tal su atencion á que se les guardase el respeto debido á los infelices, que viendo á un soldado suyo arrancar por fuerza á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, arrojóse á

castigarle con la espada desnuda, y le hubiera muerto sin arbitrio, á no haberse el soldado arrojado al mar.

Gaeta rendida, y puesto en ella por comandante á Luis de Herrera, Gonzalo dió la vuelta á Nápoles, donde la alegría y pompa triunfal hubo de convertirse en luto y llanto por la aguda dolencia que le sobrevino y le puso á punto de muerte. Toda Nápoles se estremeció al peligro, y el regocijo que manifestó de su mejoría fué igual á las muestras de sentimiento que hizo mientras estuvo enfermo. Siete dias tuvo audiencia pública para que todos pudiesen saciarse con la vista de un hombre á quien amaban igualmente que admiraban. Cobradas al fin las fuerzas, se dió todo al cuidado de arreglar la administracion y policia del reino; hizo confederaciones nuevas, y estrechó las antiguas con los potentados y repúblicas de Italia; envió á varios de sus oficiales contra las pocas fortalezas que aun se tenían por los franceses, y empezó á repartir las recompensas merecidas por sus compañeros en la guerra. Como la liberalidad y magnificencia eran las virtudes que mas sobresalian en él, los premios que dispensó fueron mas propios de un rey que de un lugarteniente. Restituyó á los Colonnas los estados que les habian usurpado los franceses, á Albiano dió la ciudad de San Márcos, á Mendoza el condado de Mérito, el de Oliveto á Navarro, á Paredes dió el señorío de Coloneta; en fin, á todos los que se habian distinguido repartió estados, tierras, rentas pingües y magnificos presentes. Hacíanse todas lenguas en su alabanza, no sabiendo qué exaltar mas en él, si la majestad héroica de su persona, la gracia y cortesania de sus palabras y modales, su gloria y talentos bélicos, su justicia equilibrada con la severidad y la clemencia, ó su generosidad verdaderamente real.

Es disculpable en los que merecen la gloria, que la busquen por todos los medios con que se adquiere. El gusto que recibia Gonzalo de ser alabado en versos latinos, aunque él no entendia esta lengua, le hizo recompensar magnificamente los poemas miserables que en su alabanza compusieron Mantuano y Cantalicio. Ellos, juzgándose indignos del premio que habian recibido, exhortaron á Pedro Gravina, en quien reconocian mayores talentos para la alta poesia, á que se ejercitase en un asunto tan noble y tan bello. Mas á pesar de esta diligencia,

hasta ahora la gloria de Gonzalo de Córdoba está depositada con mas dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesia.

Como la pacificacion y sosiego de Italia eran los mejores medios para asegurar la conquista, Gonzalo se dedicó todo á este objeto. Habia empero un estorbo para conseguirlo, que era el genio revoltoso y terrible de César Borja. César, hijo del papa Alejandro VI, y hecho cardenal al tiempo de la exaltacion de su padre, no quiso contentarse con aquella dignidad, y aspiró á los honores que tenia el duque de Gandia su hermano mayor. Hizole asesinar una noche; y el Papa, estremecido, en vez de castigarle, tuvo que concederle de allí á pocos dias una dispensa para dejar las órdenes sagradas y el capelo. Luis XII, que entonces necesitaba de la ayuda del Papa, le dió el ducado de Valentinois, le señaló una pension, le costeó una compañía de cien hombres de armas, y le casó con Juana Albret, hermana del rey de Navarra y parienta suya. Con semejante apoyo su ánimo fiero y atrevido se revolvió á los proyectos de ambicion, y empezó á ocupar las tierras y fortalezas de la Romaña, á cuyo dominio entero aspiraba. Su divisa era: *Aut cesar aut nihil*; sus medios todos los que le venian á la mano; y los conquistadores mas célebres del mundo no emplearon en sus expediciones mas esfuerzo, mas osadia, mas astucia, mas perfidia ni mas atrocidad que este hombre extraordinario, en la ocupacion del corto territorio que deseaba. Echó de Roma á los Colonnas, se apoderó del ducado de Urbino, hizo dar muerte por las mas baja alevosia á las principales cabezas de la casa Ursina; ocupó sus estados; y Rimini Faenza, Forli, y todas las plazas y fuerzas de la Romaña tuvieron que bajar el cuello al yugo que les impuso. Los tesoros de su padre servian abundantemente á sus designios, y cuando estos faltaban, el veneno dado á los cardenales mas ricos proporcionaba con sus despojos nuevos recursos para nuevos designios. No habia en Italia general ninguno que mejor pagase sus soldados, que mas bien los tratase, y de todas partes acudian á servirle, principalmente españoles. En su escuela se formó una porcion de oficiales excelentes, entre ellos Paredes y Hugo de Moneada. Él de su persona era ágil, esforzado, diestrisimo en el manejo de todas armas, el primero en los pe-

ligros, el mas ardiente en el combate. La gentil disposicion de sus miembros era afeada por la terribilidad de su rostro, que lleno de herpes, destilando materia, y con los ojos hundidos y sanguineos, demostraba la negrura de su alma y daba á entender ser amasado con hiel y con ponzaña. Por una especie de prodigio, la naturaleza se habia complacido en reunir en este hombre solo la ferocidad frenética de Caligula, la astucia profunda y maligna de Tiberio, y la ambicion brillante y arrogada de Julio César. Igualmente atroz que torpe y escandaloso, hizo matar á su cuñado don Alonso de Aragon para gozar libremente de su hermana Lucrecia; abusó feamente de Astor Manfredó, señor de Faenza, y después le hizo arrojar en el Tiber; mató con veneno al jóven cardenal Borja, porque favorecia á su hermano mayor el duque de Gandia; hizo cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, su mayor amigo, por verle querido de la casa Ursina... La pluma se niega á seguir escribiendo tales crímenes, y la imaginacion se horroriza al recordarlos. Nadie le igualó en ser malo; y el tigre, semejante á los mas de los tiranos, que quieren la justicia para los demás y no para sí, la hacia guardar en los pueblos que dominaba, de tal modo, que cuando por la muerte de su padre su autoridad se deshizo y aquellos dominios pasaron á otras manos, los desórdenes y violencias que en ellos se cometian les hacian desear el gobierno de su señor primero.

La muerte del papa Alejandro cortó el vuelo á la ambicion de César. Sus principales oficiales y soldados le abandonaron; los venecianos le ocuparon una parte de sus plazas, y el papa Julio II, en cuyo poder se puso imprudentemente, le arrestó y le hizo rendir á la Iglesia casi todas las demás. Entonces fué cuando con un salvoconducto firmado por el mismo Gran Capitan vino á Nápoles y se puso bajo el amparo de España. Dicese que el salvoconducto tenia por base que César no haria ningun novimiento ni empresa en perjuicio del Rey Católico; sin duda Gonzalo previó que en el genio inquieto y ambicioso de aquel hombre no cabia estar mucho tiempo sin faltar á sus pactos y dar por consiguiente ocasion á que no se le cumpliesen á él. Así fué, y nunca César Borja manifestó tanta capacidad y tanta travesura como entonces. Su designio era trastornar el estado de las cosas de Italia, y volverla á encender en

guerra. El oro, que aun tenia en abundancia, le daba lugar á conseguir sus intentos. Sin moverse de Nápoles hizo socorrer el castillo de Forli, que aun no habia entregado al papa Julio; trató de ocupar el estado de Urbino; halló personas que se obligasen á entrar en Pésaro y matar al señor de ella; negoció con los Colonnas, dándoles dinero para pagar mil soldados; dió orden á un capitan español que le servia, para que se metiese con gente de guerra en Pisa y estorbase que esta ciudad se pusiese bajo la proteccion de España; alteró á Pomblin, que se alzó por él; negociaba á un tiempo con Francia, con Roma y con el Turco; y empezó á sonsacar compañías enteras del ejército de Gonzalo, hallando siempre por su liberalidad dispuestos á servirle alemanes y españoles. Gonzalo, que habia recibido orden del Rey para que echase de Nápoles á César y le enviase á Francia, á España ó á Roma, noticioso tambien de sus tramas, le hizo arrestar en Castelnuovo por Nuño de Ocampo. Dió él al arrestarle un grande y furioso grito, maldiciendo su fortuna y acusando la perfidia del Gran Capitan. Nadie se movió á socorrerle, y de allí á pocos dias fué enviado á España, donde estuvo preso dos años. Al cabo de ellos se escapó del castillo y se recogió á Navarra, donde sirviendo al Rey su cuñado en la guerra que hacia al conde de Lerin, fué muerto en una escaramuza junto á Mendavia. Tal fin hizo César Borja, en cuya prision se culpa mucho la conducta del Gran Capitan: es verdad que César era un tizon eterno de discordia, incapaz de sosegar ni de dejar sosiego á nadie; es cierto que era un monstruo indigno de todo buen proceder; todo italiano tenia derecho á perseguirle como á una fiera; pero el Gran Capitan, que le habia ofrecido un asilo en su desgracia, hubiera hecho mas por su gloria si no abusara de la confianza que César habia hecho de él poniéndose en sus manos.

Mientras él se desvelaba en asegurar su conquista y en mirar por los intereses de su patria y de su rey, la envidia empezaba á labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y á la gloria. Nada habia mas opuesto entre sí que los dos caracteres del Rey Católico y de Gonzalo: este franco, confiado, magnifico y liberal; aquel celoso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado. Gonzalo repartia

á manos llenas las rentas del Estado, las tierras y los pueblos entre españoles é italianos, segun los méritos contraidos por cada uno; y el Rey, que aun no se atrevia á irle á la mano en aquellas liberalidades, decia que de nada le servia tener un nuevo reino, conquistado si con la mayor gloria y el esfuerzo mas feliz, pero tambien disipado por la prodigalidad imprudente de su general. Los malsines atizaban esta siniestra disposicion: los unos decian que las rentas se malgastaban sin orden ni arreglo alguno; los otros que se permitia al soldado una licencia opuesta á toda policia y ruinosa á los pueblos. Hasta los Colonnas, ¡quien lo creyera! los Colonnas, celosos del favor que daba Gonzalo á los Ursinos, insinuaban al Rey que la conducta del Gran Capitan en Nápoles era mas bien de un igual que de un lugarteniente suyo.

Mientras vivió la Reina Católica estas semillas de division apenas produjeron efecto. Los poderes amplios que tenia se redujeron á las funciones de virey; y Fernando dió las tenencias de algunas plazas á otros que aquellos á quienes las habia dado Gonzalo: entre ellas Castelnovo, donde estaba Nuño de Ocampo, fué dado en guarda á Luis Peijoo. Ofendióse altamente de esto el Gran Capitan, porque Ocampo habia sido el que mas se habia distinguido cuando se tomó; y decia que el que supo ganar aquel castillo tambien le sabia defender. Quiso dejar la habitacion que alli tenia; pero Peijoo á fuerza de súplicas le contuvo. En fin, pidió su licencia para volverse á España, exponiendo á los Reyes que añadiría este servicio á los demás que ya les habia hecho; y que habiendo pasado por todos los trabajos y fatigas de caballero, ya era tiempo de que le permitiesen descansar y asistirles en su corte (26 de noviembre de 1504). No tuvo respuesta esta representacion; y entre tanto murió Isabel, siguiéndola al sepulcro las lágrimas de toda Castilla, cuya civilizadora y engrandecedora habia sido. A su magnanimidad, á su actividad y á su constancia se debe la pacificacion del reino, entregado cuando ella entró á reinar, á facciones y á bandidos; la expulsion de los moros, la conquista de Nápoles, el descubrimiento de la América. Los errores de su administracion, y algunos es fuerza confesar que han sido muy funestos, tienen disculpa en la ignorancia y en las ideas dominantes de su siglo; y si su ca-

rácter era mas altivo, mas rencoroso, mas entero que lo que corresponde á una mujer, la austeridad respetable de sus costumbres, y el amor que tenia á la felicidad y á la gloria de la nacion que mandaba, la excusaban delante de sus vasallos, y deben hacer olvidar estos defectos á los ojos de la posteridad.

Nadie perdió tanto en su muerte como Gonzalo. Ella habia sido siempre su protectora y su defensora contra las cavilaciones y sospechas de Fernando; con su falta iba á ser el objeto de los desaires y desabrimientos de un príncipe que, desconfiado por carácter, hecho mas sospechoso con la edad y con las circunstancias, viéndose impotente á galardonar los servicios del Gran Capitan, iba á entregarse á las sospechas, para quitarse de encima la obligacion del agradecimiento. Envenenaban esta mala disposicion Próspero Colonna, que entonces habia venido á España, con sus pérfidas sugestiones; el ingrato Nuño de Ocampo, que tambien se manifestó su acusador con respecto á la inversion de caudales; el artificioso Francisco de Rojas, embajador de España en Roma, el cual, después de haber auxiliado á Gonzalo con la mayor actividad en la conquista, envidioso de su gloria y de su influjo en Italia, aspiraba que le sacasen de ella; en fin, el virey de Sicilia Juan de Lanuza, quejoso del Gran Capitan por la justicia que hizo á los pueblos de la isla cuando sus vejaciones los alborotaban. Todo se convertia por estos malsines envidiosos en su daño: sus condescendencias con los soldados, sus dádivas continuadas, el lujo y ostentosa magnificencia de su casa, el amor que le tenian los pueblos y barones principales del reino, la veneracion y respeto de los estados de Italia.

Hallábase entonces Fernando en una de aquellas circunstancias criticas en que no bastan las luces y la inteligencia á un político, sino que es preciso apelar á la grandeza de alma y de carácter para no desmayar y cometer errores. Isabel al morir dejaba sus reinos á su hija doña Juana, casada con el archiduque Felipe de Austria, ordenando que si su hija ó no quisiese ó no pudiese intervenir en la gobernacion de ellos, fuese gobernador el Rey Católico mientras llegaba á mayor edad Carlos su nieto, hijo mayor del Archiduque y Juana. Esta, privada de razon, era absolutamente inútil al gobierno; y Fer-

nando, en virtud de la disposicion de Isabel, queria seguir mandando en Castilla: Felipe deseaba venir á administrar el patrimonio de su esposa, y la mayor parte de los grandes, impacientes por sacudir el freno y la sujecion en que habian estado hasta entonces, favorecian las pretensiones del Archiduque. Este vino con la Reina á España y fué en fin forzoso á Fernando salir casi como expelido de aquel estado que por tantos años habia gobernado y acrecentado con el mayor acierto y la prosperidad mas gloriosa.

En medio de las negociaciones y disputas que hubo para esto, el gran político perdió la prudencia que siempre le habia asistido, y el resentimiento contra su yerno le hizo cometer una falta imperdonable. Quiso primeramente casar con la Beltraneja, y la envió á pedir á Portugal, donde vivia retirada en un claustro; pero ni aquel rey consintió, ni ella, ya vieja y dedicada á la austeridad, lo hubiera aceptado. ¿Qué era entonces en la consideracion de Fernando la nulidad de su nacimiento, con cuyo pretexto la habia despojado del reino? Volvióse á otra parte, y ajustó paz con Luis XII; contractó casarse con Germana de Fox, sobrina de aquel monarca, y ofreció restituir á todos los barones anjinos los estados que habian perdido en Nápoles por la conquista. Su objeto en esta convencion era buscar un apoyo contra los designios de su yerno, y ver si podia con su nuevo himeneo tener herederos á quien dejar sus propios dominios, y destruir asi la grande obra de la reunion de España, anhelada y conseguida por él y su esposa difunta. Los estados de Nápoles, conquistados por las fuerzas de Castilla, pero en virtud de los derechos de la casa de Aragón, ofrecian un problema político que resolver. ¿Debian obedecer á Fernando, ó al Archiduque? El rey Católico temia que Gonzalo, siguiendo los intereses de este príncipe, alzase por él aquel reino y se le entregase. Su mayor ansia era traerle á España, creyendo con esto atajar aquel daño. Envío órdenes sobre órdenes para que se viniese; mandó publicar la paz ajustada, restituir los estados á los barones desposeidos, y licenciar la gente de guerra. La paz se publicó en Nápoles, pero la restitution de los estados y el licenciamiento de los soldados eran dos negocios delicados, que pedian la asistencia de Gonzalo, y mas tiempo que el que podia sufrir la impa-

ciencia del monarca receloso. Para activar su salida de aquel reino, se obligó Fernando á conferirle, luego que llegase á su corte, el maestrazgo de Santiago. Entre tanto negociaban con él el Archiduque, Maximiliano su padre, y el Papa, procurando explorar sus intenciones, y ofreciéndole grandes premios si conservaba el estado bajo su obediencia. Dicese que le prometieron casar á su hija Elvira con el desdichado duque de Calabria don Fernando, restituir á este en aquel reino como feudatario de Castilla, y dejarle á él allí de gobernador perpetuo.

Pero él, firme contra las sugerencias del interés y del temor, respondió fieramente al Papa que se acordase de quién era Gonzalo de Córdoba; no aceptó las ofertas de Maximiliano ni de su hijo, se desentendió de las sospechas de Fernando, y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados, que se amotinaban porque se les hacia salir, enviándolos á España, y arreglando las cosas del reino para que no sufriesen alteracion por su partida. Era duro sin duda haber de ser arrancado de aquel teatro de su gloria, conquistado con tanto esfuerzo y fatigas, gobernado con tanta prudencia y grandeza, sin mas causa que la flaqueza del Rey en escuchar á cuatro malsines envidiosos, todos ingratos á sus beneficios. El Monarca, ya incapaz de sufrir mas retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las traiciones y tratos que se temia, determinó enviar á Nápoles á su hijo el arzobispo de Zaragoza, con órden de reasumir en sí toda la autoridad y de prender á Gonzalo. Habian de auxiliar esta resolucion Pedro Navarro, á quien se daba el mando de los españoles, y un Alberico de Terracina, encargado de aquietar á los napolitanos con la publicacion de un nuevo privilegio que al efecto se les concedia. Esta providencia escandalosa, imposible quizá de ejecutarse, y capaz por si sola de precipitar al héroe á una resolucion desesperada, no se llevó á ejecucion: ó Fernando tuvo vergüenza de ella, ó se apaciguó algun tanto con una carta que le escribió el Gran Capitan (2 de julio de 1506), en que entre otras cosas le decia: « Aunque vuesa Alteza se redujese á un
» solo caballo, y en el mayor extremo de contrariedad que
» la fortuna pudiese obrar, y en mi mano estuviese la potestad
» y autoridad del mundo con la libertad que pudiese desear, no
» he de reconocer ni he de tener en mis dias otro rey y señor

» sino á vuesa Alteza cuanto me querrá por su siervo y vasallo.
 » En firmeza de lo cual, por esta letra, de mi mano escrita,
 » lo juro á Dios como cristiano, y le hago pleito homenaje
 » como caballero, y lo firmo con mi nombre y sello de mis
 » armas, y lo envío á vuesa Alteza para que de mí tenga lo
 » que hasta agora no ha tenido; aunque creo que para con
 » vuesa Alteza, ni para mas obligarme de lo que yo lo estoy
 » por mi voluntad y deuda, no sea necesario.»

En fin, Fernando, teniéndose por desairado en España si no reinaba en Castilla, se embarcó en Barcelona para ir á Nápoles y visitar aquel reino: por el mismo tiempo Gonzalo se había embarcado en Gaeta para volver á España, y los dos se encontraron cerca del puerto de Génova (1.º de octubre de 1506). Al verle subir á la galera real, y al contemplar la alegre confianza con que se presentaba delante de aquel monarca á quien se suponía tan desconfiado y tan irritado con él, todos se quedaron suspensos; y el mismo Rey dió algunos momentos á la sorpresa que aquella inesperada vista le causaba. Sacudidas de su ánimo por entonces las viles sospechas que le habían agitado tanto tiempo, entregóse todo á los sentimientos de admiración, de agradecimiento y de respeto que la presencia de Gonzalo inspiraba, y llenándole de elogios y de honras, le detuvo en su compañía y le llevó á Nápoles consigo.

Allí fué donde gozó el premio mejor de sus grandes servicios. El Rey ponía todo su mérito en la prudencia, en la equidad y en la justicia; Gonzalo en la liberalidad, en la magnificencia y en la gloria adquirida por el valor. Siempre al lado de Fernando, él le designaba los soldados que mas bien le habían servido, le contaba sus hazañas, le manifestaba sus necesidades, recomendaba sus pretensiones, y le pedía sus recompensas. ¿Veía entre el tropel de la corte alguno que por encogimiento no osaba llegar al Rey? Él entonces le llamaba por su nombre, le acercaba á besar la mano á Fernando, y le proporcionaba aquella acogida que nunca se hubiera atrevido á esperar. ¿Tenía otro alguna pretension ardua? Acudía á Gonzalo, y Gonzalo se la conseguía. Aquel monarca reservado, detenido y parco en galardonar, olvidaba su natural junto á Gonzalo, y se vió con admiración que nada de lo que le pidió en aquel tiempo en favor de otros fué denegado por él: como

si hubiese tenido á menos en aquel teatro negar algo á quien se le había conquistado y defendido. Podían todavía estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero allí demostraciones de amor, de admiración y confianza, el uso que Gonzalo hizo de su influjo le constituía á los ojos de la Italia el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y en benevolencia.

Esto no bastó sin embargo para que los tesoreros no prosiguiesen, en odio de Gonzalo y por adular al genio del Rey, las pesquisas fiscales con que ya anteriormente le habían amenazado. Quisieron tomarle residencia del empleo que había hecho de las sumas remitidas para los gastos de la guerra, y Fernando tuvo la miserable condescendencia de permitirselo, y aun de asistir á la conferencia. Ellos produjeron sus libros, por los cuales Gonzalo resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una lección, así á ellos como al Rey, de la manera como debía tratarse un conquistador. Respondió pues que al día siguiente él presentaría sus cuentas, y por ellas se vería quien era el alcanzado, si él ó el fisco. Con efecto presentó un libro, y empezó á leer las partidas que en él había sentado: « Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del Rey. — Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías. » Iba leyendo por este estilo otras partidas, tan extravagantes y abultadas, que los circunstantes soltaron la risa, los tesoreros se confundieron, y Fernando, avergonzado, rompió la sesión mandando que no se volviese á tratar mas del asunto. Parece que se lee un cuento hecho á placer para tachar la ingratitud y avaricia del Rey; pero los historiadores de aquel tiempo lo aseguran, la tradición lo ha conservado, se ha solemnizado en el teatro, y *las cuentas del Gran Capitan* han pasado en proverbio. El Rey Católico no era ciertamente avaro, pues que á su muerte no se encontró en sus cofres con que enterrarle; pero su economía y su parsimonia tocaban á las veces, como en esta, en nimiedad y en bajeza.

Su ida á Nápoles no satisfizo las grandes esperanzas que los estados de Italia habian concebido de ella. Antes de llegar recibió la noticia de la muerte de su yerno el Archiduque; el cual, acometido de una dolencia aguda en Búrgos, habia fallecido en tres dias en la flor de su edad y antes de gozar el reino y la autoridad que tanto deseaba. Fernando prosiguió, sin embargo, su camino, y en su interior no suspiraba mas que por Castilla, donde ya la mayor y mas sana parte de los grandes y de los pueblos le llamaba para ponerle al frente del gobierno. Por esta razon no dió atencion ninguna á los negocios de Italia; y la cosa mas señalada que hizo en los siete meses que allí permaneci6, fué la restitution de los estados confiscados á los barones anjoínos, segun lo pactado en la paz con el rey de Francia. Estos estados se hallaban repartidos entre los conquistadores por premio de sus servicios, y era forzoso á Fernando ofrecerles una compensacion correspondiente en otros bienes y en rentas. De aqui resultó que ni unos ni otros quedaron contentos; los conquistadores se dejaban arrancar con repugnancia aquellos estados, que habian conquistado con su esfuerzo y regado con su sangre, además que las compensaciones, por el apuro de las rentas y por el genio de Fernando, eran necesariamente escasas; los anjoínos, porque en todo lo que estaba sujeto á controversia se les coartaba el beneficio de la restitution, pues cuanto menos se les devolvía á ellos, tanto menos habia que recompensar á los otros. Gonzalo ofreció entonces y cedió voluntariamente el ducado de Sant-Angelo con sus dependencias, don que le habia hecho el desposeido Federico; y el Rey en recompensa le dió el ducado de Sesa, con una cédula que pudiese servir de testimonio á los ojos del mundo y de la posteridad, de su agradecimiento á sus servicios, de su confianza en su lealtad, y del honor que merecia: cédula, por la singularidad de sus expresiones y de su estilo, superior á la rudeza del siglo y al fastidioso tono que tienen comunmente estos instrumentos diplomáticos.

Mas á pesar de esta demostracion, su ánimo no se aquietaba si no sacaba al Gran Capitan de Italia: neg6se á las gestiones que hicieron los venecianos y el Papa para que se le dejase por general de sus armas en la guerra que iban á

hacerse; y para satisfacerle de esta repulsa, que le cerraba el sendero de nuevas glorias, le volvió á prometer el maestrazgo de Santiago luego que estuviesen en España. Llegado el tiempo de la partida, Gonzalo se detuvo algunos dias; convocó á sus acreedores, á quienes satisfizo enteramente todos sus créditos; hizo que se portasen sus amigos del mismo modo, dando él de lo suyo á los que no tenian para cumplir; y arreglada su casa y séquito, que por la calidad de las personas y trato que él les hacia era superior á la casa real, dió luego la vela para seguir á Fernando, sentido y llorado amargamente de todas las clases del reino, de los principales personajes, y de las damas, que salieron á despedirse de él hasta el muelle, y le vieron embarcar con lágrimas de ternura y de admiracion, como si al salir él de aquella capital faltaran de una vez toda su seguridad y su ornamento.

Alcanzó al Rey Católico en Génova, y asistió á las vistas que tuvo con Luis XII en Saona. Los dos principes, que hasta entonces habian dado á la Europa el espectáculo del rencor, de la venganza y de la mala fe, lo dieron entonces de confianza, de estimacion y de amistad: contienda harto mas gloriosa que la primera, si estas muestras en los politicos no fueran tan engañosas. Lucieron á porfia los cortesanos de una y otra nacion su lujo ostentoso y bizarría; pero quien se llevaba tras si todos los ojos y todo el aplauso era el Gran Capitan, y la majestad de los monarcas se veía deslucida delante de los rayos de su gloria. Los franceses mismos, dice Guicciardini, que vencidos y rotos tantas veces por él debian odiarle, no cesaban de contemplarle con admiracion, y no se cansaban de tributarle honores. Los que se habian hallado en Nápoles contaban á los otros, ya la celeridad y astucia increíble con que asaltó de improviso á los barones alojados en Layno; ya la constancia y sufrimiento con que se sostuvo en Barleta, sitiado á un tiempo de los franceses, del hambre y de la peste; ya la eficacia y diligencia con que ataba las voluntades de los hombres, y con la cual los sostuvo tanto tiempo sin dineros; el valor con que combatió en Cerinola, el valor y fortaleza con que, inferior en gente, y esa mal pagada, determinó no separarse del Garellano, y la industria militar y las estratagemas con que habia conseguido aquella victoria. La

admiración que causaban estos recuerdos era aumentada por a majestad excelente de su presencia, por la magnificencia de su semblante y sus palabras, y por la gravedad y gracia de sus modales ¹. Mas nadie le honró mas dignamente que el rey Luis : él le hizo sentar á la mesa real y cenar con Fernando y consigo ; le hizo contar sus diversas expediciones, llamó mil veces dichoso al Rey Católico por tener tal general ; y quitándose del cuello una riquísima cadena que llevaba, se la puso á Gonzalo con sus propias manos.

Este fué el último dia sereno (30 de diciembre de 1507) que amaneció al Gran Capitan en su carrera ; el resto fué todo desabrimientos, desaires y amarguras. Desembarcó en Valencia, y habiendo descansado algunos dias de la fatiga de la navegacion, se dirigió á Búrgos, donde la corte se hallaba. Su comitiva era inmensa : seguiale gran número de oficiales españoles distinguidos, que no querian separarse de él ; á esto se añadía la muchedumbre de amigos, deudos y curiosos que de toda España corrian á verle y admirarle. Ni las posadas ni los pueblos eran bastantes á alojarlos. La pompa de su séquito

1. A esta pintura, que se halla en Guicciardini, no será importuno añadir esta otra, hecha por uno de los camaradas mas antiguos del Gran Capitan : « Fué su aspecto señorial, tenia pronto parecer, en las loables cosas y grandes fechos su ánimo era invencible, tenia claro y manso ingenio, á pié y á caballo mostraba él autoridad de su estado, seyendo pequeño floreció no siguiendo tras lo que va la juventud. En las cuestiones era terrible y de voz furiosa y rucia fuerza, en la paz doméstico y benigno; el andar tenia templado y modesto, su habla fué clara y sosegada, la calva no le quitaba continuo quitar el bonete á los que le hablaban. No le vencía el sueño ni la hambre en la guerra, y en ella se ponía á las hazañas y trabajos que la necesidad requería. Era lleno de cosas ajenas de burlas, y cierto en las veras ; como quier que en el campo á sus caballeros, presente el peligro, por los rogojar decia cosas jocosas ; las cuales palabras graciosas, decia él, ponen amor entre el caudillo y sus gentes. Era tanta su perfeccion en muchos negocios, quanto otro diligente en acabar uno ; en tal guisa, que vencidos los enemigos con el esfuerzo, los pasaba en sabiduría. » — (Hernan Perez de Pulgar, señor del Solar, en su *Sumario de las hazañas del Gran Capitan*, fol. 21, edicion de Sevilla de 1327.)

era tambien otro espectáculo para los asombrados españoles, los oficiales y soldados veteranos que le acompañaban se ostentaban vestidos de púrpura y seda la mas rica, adornados con las mas exquisitas pieles, brillando el oro y las piedras en las cadenas y joyeles que traian al cuello y en las penachudas celadas que les cubrian las cabezas. El pueblo, deslumbrado con aquel magnifico aparato compuesto de todos los despojos de la Italia y de la Francia, le aplaudía y le apellidaba Grande ; pero los mas prudentes y recatados, que sabian el humor triste y encogido de Fernando, conocian cuánto le habia de ofender aquella ostentacion de poderio. Entre ellos el conde de Ureña dijo con mucha gracia « que aquella nave tan cargada y tan pomposa necesitaba de mucho fondo para caminar, y que presto encallaria en algun bajío ».

Llegó á Búrgos (24 de mayo de 1508), y toda la corte para honrarle salió á recibirle por mandato del Rey. Los oficiales y soldados se presentaron delante, y Gonzalo los seguía ; al cual Fernando, como se inclinase á besarle la mano, le dijo cortesmente : « Veo, Gonzalo, que hoy habeis querido dar á los vuestros la ventaja de la precedencia, en cambio de las veces que la tomasteis para vos en las batallas. » Hizo pocos dias después su pleito homenaje de obedecer á Fernando como regente de Castilla hasta la mayor edad de Carlos su nieto, y este fué el último punto de su buena armonía con él. Desairado en la corte, no admitido en los consejos, desesperado de conseguir el maestrazgo que con tanta solemnidad se le habia ofrecido, su disgusto traspiraba, y todos los buenos españoles le acompañaban en él. Entre ellos, el que mas parte tomaba en su pena era el condestable de Castilla don Bernardino Velasco, con quien para estrechar mas la amistad casó Gonzalo á su hija Elvira. Llevóse mal este enlace en la corte, con tanta mas razon, quanto el Rey queria casar con Elvira un nieto suyo, hijo del arzobispo de Zaragoza, para que así entrasen en la familia real las riquezas, estado y gloria de Gonzalo. El Condestable habia sido antes casado con una hija natural de Fernando, y por esto un dia la reina Germana le dijo severamente : « ¿ No os da vergüenza, Condestable, siendo como sois tan pundonoroso y tan discreto, enlazaros á una

dama particular, habiéndoos antes desposado con hija de rey? « El Rey me ha dado un ejemplo digno de seguirse, respondió él, pues habiendo estado antes casado con una gran reina, después se ha enlazado á una particular digna de serlo tambien. » Paróse indignada Germana con aquella respuesta imprevista y atrevida, que la recordaba quién era y la castigaba su orgullo; y quedó tan ofendida que no volvió á admitir ni el brazo ni la compañía de Gonzalo, que antes, por su dignidad y preeminencia, siempre la prestaba aquel obsequio. El Condestable perdió toda la gracia, y no volvió á ser admitido en la corte.

Por el mismo tiempo él y Gonzalo dieron otro desabrimiento al Rey. Quería este que Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, permutase esta dignidad con su hijo, prelado de Zaragoza. No daba Jimenez grato oído á esta propuesta, y habiendo ido á aconsejarse de los dos, ellos le afirmaron en su propósito, y le exhortaron á la resistencia. De modo que cuando se le volvió á hablar de parte del Rey acerca de ello, contestó que si se le apuraba abandonaría arzobispado, corte y dignidades, y se volvería á su celda, de donde contra su voluntad la reina Isabel le había sacado. Blandió el Rey, conociendo cuán injuriosa era aquella permuta á la elección de su primera esposa, y no volvió á tratar del asunto.

Hacia esta época fué cuando Diego García de Paredes dió un alto testimonio de la lealtad y mérito de Gonzalo. Estaba este mal con aquel campeón porque se había puesto á servir con Próspero Colonna á quien por las cartas ya dichas Gonzalo aborrecía. Pero esta desavenencia no influyó nada para alterar el concepto que Paredes debía á su general. Hallábase un día en palacio, y en la sala misma del Rey oyó á dos caballeros que decían que el Gran Capitan no daría buena cuenta de sí. Entonces Paredes, alzando la voz de modo que lo oyese el Rey, exclamó « que cualquiera que dijese que el Gran Capitan no era el mejor vasallo que tenía, y de mejores obras, se tomase el guante que ponía sobre la mesa ». Puso con efecto el guante: nadie osó contestar, y el Rey, tomándolo y devolviéndosele, dijo « que tenía razon en lo que decía ». Desde entonces volvió á reinar buena armonía entre los dos guerreros.

Pero el ánimo de Fernando, altamente ofendido de la alianza de Gonzalo y del Condestable, y de la contradicción que hacían á sus deseos, encontró poco después la ocasión de la venganza. Un alboroto ocurrido en Córdoba hizo que enviase á sosegarle á un alcalde de su casa y corte, con orden que intimase al marqués de Priego se saliese de la ciudad. Era el marqués hijo del ilustre y desgraciado don Alonso de Aguilar, y sobrino carnal de Gonzalo. Acostumbrado, como todos sus progenitores, á ejercer en Córdoba una especie de principado, se sintió altamente de la intimación que le hizo el alcalde, y no solo no le obedeció, sino que se apoderó de su persona y le envió preso á su castillo de Montilla. Este desacato escandalizó á todo el reino. Fernando, que vió comprometida en él su autoridad, la de las leyes y la administración de justicia, soltó la rienda á su enojo, y trató de ejecutar por sí mismo el castigo con la severidad y aparato mas solemne. Mandó aprestar armas y caballos, hizo llamamiento de gentes, y se dirigió desde Castilla á Andalucía, diciendo que iba á destruir aquella rebelion. Estremeciéronse los grandes, tembló Gonzalo por el Marqués, y todos se pusieron á interceder en su favor, pidiendo que se condonase aquel desvario á su juventud y á su poco seso. Ya Gonzalo le había escrito estas precisas palabras: « Sobrino, sobre el yerro pasado lo que os puedo decir es que conviene que á la hora os pongais en poder del Rey: si así lo haceis, seréis castigado, y si no, os perderéis. » Obedeció el mozo, y con toda su familia vino á ponerse á disposicion del monarca irritado, á tiempo que este, acompañado ya de un considerable número de tropas, llegaba á Toledo. Pero Fernando, sin admitirle á su presencia, le mandó ir siempre á una jornada distante de la corte y poner á disposicion suya todas las fortalezas que tenía, y prosiguió su camino. Llegado á Córdoba, hizo prender al Marqués, fulminó proceso contra él y otros culpados, como reos de lesa majestad, castigó de muerte á algunos de ellos, y al Marqués, usando de clemencia, conmutó la pena capital en destierro de Andalucía y en que se arrasase la fortaleza de Montilla. En vano para detener estas demostraciones de rigor, y para salvar aquel castillo, donde había nacido el Gran Capitan y era el mas bello de toda Andalucía, apuraron el Condestable, Gonzalo y los grandes todos

los medios del ruego y de la queja; en vano le representaron que debía perdonar el desconcierto de un mozo arrepentido y humillado, en gracia de sus ascendientes muertos, ya que no hiciese caso del mérito de los vivos; en vano, en fin, los embajadores de Francia manifestaban que parecía indecoroso no conceder un castillo al que había ganado para la corona cien ciudades y un reino floreciente. El Rey se mantuvo inflexible: la fortaleza se demolió, y Gonzalo tuvo que devorar el desaire y la humillación de tan odiosa repulsa.

Para apaciguarle algún tanto le cedió Fernando por su vida la ciudad de Loja, y aun se la prometió en propiedad para sí y sus descendientes en caso de que renunciase al maestrazgo que se le había prometido y no se le confería. Era ciertamente impolítico desmembrar de la corona aquella dignidad en el estado en que se hallaban las cosas; pero ¿por qué hacer una promesa con ánimo de no cumplirla? El monarca más poderoso y prudente de Europa, ¿no tenía otros medios de recompensar á un héroe que con una palabra engañosa? Gonzalo, más generoso y más franco, no quiso admitir el dominio de Loja, y respondió fieramente que no trocaría jamás el título que le daba al maestrazgo una promesa real y solemne, «y que cuando menos, se quedaría con su queja, que para él valía más que una ciudad.» En Loja vivió desde entonces, siendo su casa la concurrencia de todos los señores de Andalucía y la escuela de la cortesanía y de la magnificencia: él era su oráculo; el apaciguaba sus diferencias, y los instruía del estado y movimientos de toda la Europa y aun de Asia y Africa, en cuyas principales cortes tenía agentes que le daban cuenta de los negocios públicos. Otro encargo que allí se tomó fue el de proteger á los conversos y á los moros de aquellos contornos contra las injurias y los agravios que el odio de los cristianos les acarreaaba. Gonzalo creía que debían tratarse con blandura, y atraerlos á la fe y á la amistad con el ejemplo de la buena fe y de las virtudes y con los buenos tratamientos. El Rey, resuelto á no sacarle de aquel reposo oscuro, que tenía más apariencias de destierro que de retiro, ni quiso que Cisneros le llevase por general á la expedición que aquel prelado hizo á las costas de Africa, ni menos enviarle á los venecianos y al Papa, que en la nueva liga que con él habían sentado con-

tra la Francia se le pedían para que mandase el ejército coligado. En estas circunstancias todos los generales le creían arruinado y sin recurso. «¡Qué encallada estará aquella nave!» decía el conde de Ureña; lo cual sabido por Gonzalo, «decid al Conde, contestó, que la nave, cada vez más firme y más entera, aguarda á que la mar suba para navegar á toda vela.»

Y así iba á suceder: la batalla de Ravena, en que los franceses derrotaron al ejército de la liga, mandado por el virey de Nápoles don Ramon de Cardona, mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del ejército, todos clamaban por el Gran Capitan; y ahogando la necesidad entonces todas las sospechas, recibió la orden y poderes plenos para pasar con tropas á Italia. Aprestóse en Málaga la armada que había de conducirlo, y toda la nobleza española con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfía y la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componían la infantería y guarda ordinaria del Rey se iban sin su licencia para el Gran Capitan, siendo de todas partes, pero más del Andalucía, infinitos los caballeros que se ofrecían á servir sin sueldo por marchar con él. Gonzalo con su generosidad y afabilidad natural los recibía, y con celeridad increíble corría de unos pueblos á otros, apresurando los preparativos de la expedición y aprestando la partida.

Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró más que un momento. A la primera noticia que el Rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose y de que los franceses no habían sabido sacar partido de aquella gran victoria, dió las órdenes para que se deshiciera el armamento y para que el Gran Capitan sobreeseyese en su partida. Ya estaban hechos todos los gastos, los preparativos completos, algunas tropas embarcadas, y Gonzalo en Antquera acelerando la salida, cuando llegaron estas órdenes. Nunca fué recibida con tanto dolor y consternación por ejército ó general ninguno la noticia de una derrota completa y del último infortunio; y aquel héroe que adversidad ninguna, ningún trabajo pudo contristar, se vió vencido por este contratiempo, y apenas

poder disimular en el semblante el negro luto de que su corazón estaba vestido. Convocó á las tropas, las animó á la alegría por la mejora que habian tenido los negocios públicos, les prometió recomendar al Rey su buena voluntad y los sacrificios que habian hecho en aquella ocasion, y las pidió que esperasen tres dias para hacerles alguna demostracion de su agradecimiento, por el celo con que le habian querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera en dinero, joyas y vestidos hasta cantidad de cien mil ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del ejército. Representábale un doméstico suyo la exorbitancia de aquella liberalidad y el empeño en que se metia por ella: « Dadlo, contestaba él; que nunca se goza mejor de la hacienda que cuando se reparte. »

Habiendo así cumplido con los soldados, volvió su ánimo á manifestar al Rey el profundo sentimiento que aquel trastorno le causaba. Otro que él hubiera tenido á fortuna que en el aprieto en que la batalla de Ravenna habia dejado las cosas toda Italia y toda España hubiesen vuelto á él los ojos, y cifrando en él solo su remedio, fuesen como á implorarle en aquellos agujeros de las Alpujarras, que así llamaba á Loja. Mas lleno ya el pensamiento de cosas grandes, preparado á quebrantar con servicios y nuevas glorias la envidia de sus émulos, su mayor dolor al tener que sacudir de sí aquellas ilusiones era creer que las malas sugerencias de los envidiosos fuesen causa de tanta novedad. Escribió pues al Rey una carta llena de quejas y amargura. Preguntábale « si sus reinos y sus estados habian recibido por su medio alguna mengua ó deshonra; si no era cierto que de todos sus súbditos él era quien mejor le habia servido, quien mas habia acrecentado su poder; que siendo esto así, ¿por qué en su patria, donde es tan natural que todos quieran alcanzar alguna honra, él habia de pasar por la grito de tanto disfavor? Mas parecia esto venganza que otra cosa, y venganza de ofensas soñadas solamente por la malicia de los que no sabian con otros medios merecer el lugar que tenían cerca del Rey. Al fin él, acostumbrado á sufrir, podria llevar esto en paciencia; pero doliale el daño padecido por muchos que habian vendido sus haciendas y desechado buenos partidos por servir en aquella expedicion, los cuales estaban

todavía sin gratificacion ninguna. Yo, añadía, no tengo mas premio que la obligacion de escuchar las quejas de todos; mas si á ellos se atiende, y en algo se les recompensa, nadie estará mas premiado que yo, pues por lo que toca á los gastos que he podido hacer con ellos, han salido de las liberalidades de vuesa Alteza, por cuyo servicio expendere todo lo que tengo, hasta quedar en el fuste de Gonzalo Hernandez. »

Con esta carta envió juntamente á pedir su licencia para salir de España y irse á vivir á su estado de Terranova. Demanda imprudente, pues de nada estaba mas lejos Fernando que de consentirle pasar á Italia, de cualquier modo que fuese. Respondió empero á sus primeras quejas que el Papa era la causa de haberse sobreseido en la empresa, pues no queria ya contribuir al pago del ejército, como se habia obligado; y en cuanto á la licencia, le añadía que llevando unos poderes tan amplios como se le habian dado para la guerra y la paz, tales como el mismo Principe los llevara si allá fuera, no parecia conforme á razon que él se presentase en Italia antes de tener arregladas las cosas con aquellos principes; que por esto le parecia que debia ir á descansar á su casa en Loja, y que entre tanto se tomara asiento en las cosas de la liga, y le avisaria lo que se determinase. Gonzalo, habida esta respuesta, devolvió al Rey sus poderes, diciendo « que para vivir como ermitaño poca necesidad tenia de ellos; » y añadió « que él se iria á sus agujeros, contento con su conciencia y con la memoria de sus servicios. »

Con estas demostraciones de resentimiento no era fácil que dispase las siniestras impresiones de Fernando ni que suavizase su mala voluntad. Pidió sucesivamente dos encomiendas de la orden de Santiago, y se las negó; y á las cartas que el emperador Maximiliano le envió proponiéndole que diese el cargo de todas las cosas de Italia al Gran Capitan, contestó que en ninguno podia confiarse menos que en aquel caudillo, del cual tenia por cierto que trataba secretamente con el Papa para pasando á Italia tomar el cargo de general de la Iglesia, y arrojar de aquel país á todos los extranjeros, así españoles como alemanes y franceses, y que en recompensa el Papa le habia ofrecido el ducado de Ferrara. Esta sospecha es igualmente injuriosa á la lealtad de Gonzalo que gloriosa á su

capacidad; y Fernando, según la costumbre de los hombres suspicaces, daba por supuesto todo lo que en su imaginación lisiada se presentaba como posible. Decía también que los servicios de Gonzalo habían sido públicos, y sus ofensas secretas; sin duda para conciliar el honor con que le trataba en público, y el disfavor y estorbo que ponía á su engrandecimiento, con que tenía escandalizada á toda España.

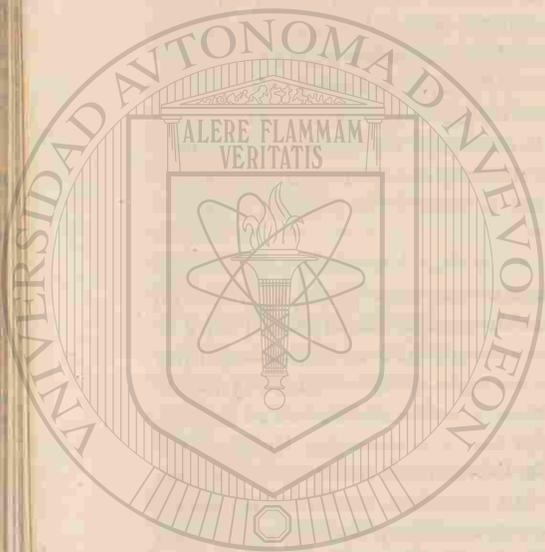
Mas fundados quizá fueron los temores que le atosigaban respecto de su regencia. La grandeza estaba dividida en dos bandos: uno que quería el gobierno de Fernando, á cuya frente estaba el duque de Alba; otro de los que, descontentos con él, volvían sus ojos y sus esperanzas á la corte de Flándes, y aspiraban á traer á España al Príncipe heredero para que administrase los reinos de su madre, y lanzar otra vez al rey de Aragón á sus estados. El alma y cabeza de este partido se creía que era Gonzalo: ya se decía que á la primera ocasión daría la vela desde Málaga y partiría á Flándes para traer al Archiduque y ponerle en posesión de Castilla; por lo cual se dieron órdenes para que no saliese buque ninguno de aquel puerto, y aun se añade que ya se habían dado para prenderle ¹.

El entre tanto, doliente y moribundo, salió de Loja, y se hizo llevar en andas por los contornos de Granada, á ver si la mudanza de aires cortaba las cuartanas tenaces que le apretaban. En los dos años que habían mediado desde su última ocurrencia había permanecido firme en su posición, sin abatirse nunca, y dando á su resentimiento la misma publicidad que tenía su disfavor. Púsose el Rey malo, y no le fué á ver, diciendo que no quería se atribuyese á lisonja, que era la mo-

1. En la *Vida de Marco Bruto*, de Quevedo, pueden verse las instrucciones dadas por el Rey Católico sobre este negocio al alcaide de la plaza Francisco Perez de Barradas. La orden de prisión está allí concebida en términos muy generales, y para el solo caso de que el Gran Capitan tratase de embarcarse en unas naves de Niza, que se decía habían de venir á Málaga con este objeto. Estos documentos son curiosos, y manifiestan bien la agitación y sospechas que turbaban el ánimo del Rey. Sus fechas son el 14 de agosto y el 7 de octubre de 1515.

neda que menos quería dar y recibir. Llamóle Fernando para un capítulo de las órdenes militares que había de celebrarse en Valladolid; y no quiso asistir, dando por razón que su Alteza tendría á mayor servicio su falta que su presencia. En aquellos últimos días de amargura y soledad se le oyó decir que solo se arrepentía de tres cosas en su vida: una la de haber faltado al juramento que hizo al duque de Calabria cuando la rendición de Taranto; otra la de no haber guardado el salvoconducto que dió á César Borja; y la tercera, una que no quería descubrir: creyendo algunos que fuese la de no haber puesto á Nápoles bajo la obediencia del Archiduque; otros el no haberse aprovechado él mismo del favor de la fortuna, y de la afición que le tenían los barones y los pueblos, y haberse hecho rey de aquel estado.

Sea de esto lo que fuere, él llegó á Granada, y la enfermedad, que por su naturaleza no era muy grave, hecha mortal por la edad y las pesadumbres, acabó con su vida el día 2 de diciembre de 1515. Su muerte apaciguó las sospechas del Rey y acalló la envidia de sus enemigos. Vistióse Fernando y toda la corte de luto; mandó que se le hiciesen honras en su capilla y en todo el reino, y escribió una carta afectuosa, dándole el pésame, á la duquesa viuda. Celebráronse sus exequias con toda pompa en la iglesia de San Francisco, donde fué depositado antes de pasarle á la de San Jerónimo, donde yace; y doscientas banderas y dos pendones reales que adornaban el túmulo, tomadas por él á los enemigos del Estado, recordaban á los atligidos concurrentes la gloria y los servicios del Gran Capitan.



FRANCISCO PIZARRO

Ninguno de los capitanes del Darien podia llenar el vacío que dejaba en las cosas de América la muerte de Balboa. La hacha fatal que segó la garganta de aquel célebre descubridor parecia haber cortado tambien las magnificas esperanzas concebidas en sus designios. Habiase trasladado la colonia española al otro lado del istmo, al sitio en que se fundó Panamá; mas ni esta posición, mucho mas oportuna para los descubrimientos de oriente y mediodía, ni las frecuentes noticias que se recibian de las ricas posesiones á que después se dió el nombre de Perú, eran bastantes á incitar á aquellos hombres, aunque tan audaces y activos, á emprender su reconocimiento y conquista. Ninguno tenia aliento para hacer frente á los gastos y arrostrar las dificultades que aquel grande objeto llevaba necesariamente consigo. El hombre extraordinario que

1. AUTORES CONSULTADOS. — *Impresos*: Francisco de Jerez. Agustín de Zárate. Garcilaso Inca. Francisco Lopez de Gomara. Antonio de Herrera. Pedro Cieza de Leon. — *Inéditos*: *Memorias históricas y Anales del Perú*, de don Fernando Montesinos. Gonzalo Fernandez de Oviedo, *Historia general de Indias*, parte III. *Las relaciones de Miguel de Estete*, del padre fray Pedro Ruiz Naharro, mercenario; y otra anónima del tiempo de la conquista. Diferentes documentos de la misma época, y otros apuntes respectivos á ella comunicados al autor. ®

había de superarlas todas aun no conocía su fuerza, y lo que raras veces acontece en caracteres de su temple, ya Pizarro tocaba en los umbrales de la vejez sin haberse señalado por cosa alguna que en él anunciase el destructor de un grande imperio y el émulo de Hernán Cortés.

No porque en esfuerzo, en sufrimiento y en diligencia le aventajase alguno ó le igualasen muchos de los que entonces militaban en Tierra-Firme. Mas contenido en los límites asignados á la condicion de subalterno, su carácter estaba al parecer exento de ambicion y de osadia; y bien hallado con merecer la confianza de los gobernadores, ó no podía ó no quería competir con ellos ni en honores ni en fortuna.

Pudiérase atribuir esta circunspeccion á la timidez que debía causarle la bajeza de sus principios, si fuera cierto todo lo que entonces se contaba de ellos, y después se ha repetido por casi todos los que han tratado de sus cosas. Hijo natural de aquel Gonzalo Pizarro que se distinguió tanto en las guerras de Italia en tiempo del Gran Capitan y murió después en Navarra de coronel de infanteria; habido en una mujer cuyo nombre y circunstancias por de pronto se ignoraron; arrojado al nacer á la puerta de una iglesia de Trujillo; sustentado en los primeros instantes de su vida con la leche de una puerca, por no hallarse quien le diese de mamar, fué al fin reconocido por su padre, pero con tan poca ventaja suya, que no le dió educacion ni le enseñó á leer, ni hizo por él otra cosa que ocuparle en guardar unas parras de cerdos que tenia. Quiso su buena suerte que un dia los cerdos, ó por acaso ó por descuido, se le desbandasen y perdiesen; él de miedo no quiso volver á casa, y con unos caminantes se fué á Sevilla, desde donde se embarcó después para Santo Domingo á probar si la suerte, ya para él tan dura en su patria, le era menos adversa en las Indias. Semejantes aventuras tienen mas aire de novela que de historia. Gomara las cuenta, Herrera las calla, Garcilaso las contradice. Algunas están en oposicion con los documentos del tiempo, que le dan sirviendo en las guerras de Italia en su juventud primera ¹; otras están verosimilmente

1. En un discurso ó papel en derecho presentado al Rey por los descendientes del conquistador para hacer efectiva en ellos la gra-

exageradas. Él era sin duda alguna hijo natural del capitan Pizarro; su madre fué una mujer del mismo Trujillo, que se decía Francisca Gonzalez, de padres conocidos ¹ y de Trujillo tambien. Su educacion fué en realidad muy descuidada: se cree por los mas que nunca supo leer ni escribir; pero si, como otros quieren, alguna vez aprendió á leer, fué ya muy tarde, cuando su dignidad y obligaciones le precisaron á ello: escribir ni aun firmar es cierto que nunca supo. Lo demás es preciso darlo y recibirlo con aquella circunspeccion prudente que deja siempre en salvo la verdad; bien que para Pizarro, como para cualquiera que sube por sus propios medios á la cumbre del poder y de la fortuna, la elevacion sea tanto mas gloriosa cuanto de mas bajo comienza.

La primera vez que se le mienta con distincion en la historia es al tiempo de la última expedicion de Ojeda á Tierra-Firme (1510), cuando ya Pizarro tenia mas de treinta años. Con él se embarcó, y en los infortunios, trabajos y peligros que se amontonaron sobre los españoles en aquella afanosa empresa hizo el aprendizaje de la carrera difícil en que después se habia de señalar con tanta gloria. No cabe duda en que debió distinguirse al instante de sus demás compañeros, cuando Ojeda, después de fundar en Urubá la villa de San Sebastian, y teniendo que volver por socorros á Santo Domingo, le dejó de teniente suyo en la colonia, como la persona de mayor confianza para su gobierno y conservacion.

Contados están en la vida de Vasco Nuñez los contratiempos terribles que asaltaron allí á los españoles; cómo tuvieron que abandonar la villa perdidos de ánimo y desalentados, y cómo fueron después vueltos á ella por la autoridad de Enciso, que los encontró en el camino. Todos estos acontecimientos, así

cia que se le concedió del título de marqués con veinte mil vasallos, se dice así:

«Francisco Pizarro, señor, caballero de la órden de Santiago, después de haber servido en las guerras de Italia y Navarra con el coronel Gonzalo Pizarro su padre y Hernando Pizarro su hermano, pasó á las islas de Barlovento en el último viaje que hizo Colon, donde se halló en todas las ocasiones que se ofrecieron», etc.

1. Llamábanse Juan Matcos y María Alonso.

como los debates y pasiones que después se encendieron entre los pobladores del Darien, no pertenecen á la vida de Pizarro, que ningun papel hizo en ellos. Contento con desempeñar acertada y diligentemente las empresas en que se le empleaba, se le ve obtener la confianza de Balboa como habia obtenido la de Ojeda, y después la de Pedrarias, del mismo modo que la de Balboa. Todos le llevaban consigo á las expediciones mas importantes: Vasco Nuñez al mar del Sur, Pedrarias á Panamá. Su espada y sus consejos fueron bien útiles al capitán Gaspar de Morales en el viaje que de orden del último gobernador hizo desde Darien á las islas de las Perlas, y lo fueron igualmente al licenciado Espinosa en las guerras peligrosas y obstinadas que los españoles tuvieron que mantener con las tribus belicosas situadas al oriente de Panamá. Mas como de estas correrías, muchas sin provecho, y las mas sin gloria, no resultó ningun descubrimiento importante, ni Pizarro tampoco tuvo el principal mando en ellas, no merecen llamar nuestra atencion sino por lo que contribuyeron á aumentar la experiencia y capacidad de aquel capitán, y el crédito y confianza que se granjeó con los soldados, los cuales no una sola vez se lo pidieron á Pedrarias, y marchaban mas seguros y alegres con él que con otro ninguno de los que solian conducirlos.

A pesar de ello, su ambicion dormia: ni lo que muchos de aquellos aventureros lograban en sus incursiones, que eran tesoros y esclavos, él tenia en abundancia; y después de catorce años de servicios y afares el capitán Pizarro era uno de los moradores menos acaudalados de Panamá. Así es que cuando llegó el caso de la famosa contrata para los descubrimientos del Sur, mientras que el clérigo Hernando de Luque ponía en la empresa veinte mil pesos de oro, suyos ó ajenos, Pizarro y Diego de Almagro, sus dos asociados, no pudieron poner otra cosa que su industria personal y su experiencia.

Precedieron al proyecto de esta compañía, otras tentativas que, si no de tanto nombre y consistencia, fueron bastantes á lo menos para tener noticias mas positivas de la existencia de aquellas regiones que se proponian descubrir. Ya por los años de 1522 Pascual de Andagoya, con licencia de Pedrarias, habia salido á descubrir en un barco grande por la costa del Sur, y

llegando á la boca de un ancho rio en la tierra que se llamó de Biruquete, se entró por el rio adentro, y allí, peleando á veces con los indios, y á veces conferenciando con ellos, pudo tomar alguna noticia de las gentes del Perú, del poder de sus monarcas, y de las guerras que sostenian en tierras bien apartadas de allí. La fama sin duda habia llevado, aunque vagamente, hasta aquel paraje el rumor que las expediciones de los Incas al Quito, y de la contienda obstinada que tenian con aquella gente belicosa sobre la dominacion del país. Mas para llegar al teatro de la guerra era preciso, segun los indios decian, pasar por caminos ásperos y sierras en extremo frías; y estas dificultades, unidas al desabrimiento que debió causar á Andagoya su desmejorada salud, le hicieron abandonar la empresa por entonces y volverse á Panamá.

Acaeció poco tiempo después morir el capitán Juan Basurto, á quien Pedrarias tenia dado el mismo permiso que á Andagoya. Muchos de los vecinos de Panamá querian entrar á la parte de las mismas esperanzas y designios, mas retraianse por las dificultades que presentaba la tierra para su reconocimiento, con las cuales no osaban ponerse á prueba. Solos Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos ya desde el Darien, y asociados en todos los provechos y granjerías que daba de sí el país, fueron los que, alzado el ánimo á mayores cosas, quisieron á toda costa y peligro ir á reconocer por sí mismos las regiones que caian hácia el sur. Compraron para ello uno de los navichuelos que con el mismo objeto habia hecho construir anteriormente el adelantado Balboa, y habida licencia de Pedrarias, le equiparon con ochenta hombres y cuatro caballos, única fuerza que de pronto pudieron reunir. Pizarro se puso al frente de ellos, y salió del puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524, debiéndole seguir después Almagro con mas gente y provisiones. El navio dirigió su rumbo al Ecuador, tocó en las islas de las Perlas, y surgió en el puerto de Piñas, limite de los reconocimientos anteriores. Allí acordó el capitán subir por el rio de Birú arriba en demanda de bastimientos y reconociendo la tierra. Era la misma por donde habia andado antes Pascual de Andagoya, que dió á Pizarro á su salida los consejos y avisos que creyó útiles para dirigirse cuando allá estuviere.

Pero ni los avisos de Andagoya ni la experiencia particular de Pizarro en otras semejantes expediciones pudieron salvar á los nuevos descubridores de los trabajos que al instante cayeron sobre ellos. La comarca estaba yerma, los pocos bohios que hallaban, desamparados, el cielo siempre lloviendo, el suelo, áspero en unas partes, y en otras cerrado de árboles y de maleza, no se dejaba hollar sino por las quebradas que los arroyos hacían: ninguna caza, ninguna fruta, ningún alimento; ellos cargados de las armas y pertrechos de guerra, despeados, hambrientos, sin consuelo, sin esperanza. Así anduvieron tres días, y cansados de tan infructuoso y áspero reconocimiento, bajaron al mar y volvieron á embarcarse. Corridas diez leguas adelante, hallaron un puerto donde hicieron agua y leña, y después de andar algunas leguas más, se volvieron á él á ver si podían repararse en la extrema necesidad en que se hallaban. El agua les faltaba, carne no la tenían, y dos mazorcas de maíz, que se daban diariamente á cada soldado, no podían ser sustento suficiente á aquellos cuerpos robustos. Dícese que al arribar á este puerto se temían los unos á los otros, de flacos, desfigurados y miserables que estaban. Y como el aspecto que les presentaba el país no era más de sierras, peñas, pantanos y continuos aguaceros, con una esterilidad tal que ni aves ni animales parecían, perdidos de ánimo y desesperados, anhelaban ya volverse á Panamá, maldiciendo la hora en que habían salido de allí. Consolábalos su capitán, poniéndoles delante la esperanza cierta que tenía de llevarlos á tierras en donde fuesen abundantemente satisfechos de los trabajos y penuria en que se hallaban. Pero el mal era mortal y presente, la esperanza incierta y lejana, y si á muchos las razones de Pizarro servían de aliento y consuelo, otros las consideraban como los últimos esfuerzos de un desesperado, que se encrucece contra su mala fortuna y no le importa arrastrar á los demás en su ruina.

Viendo en fin que el bastimento se les acababa, acordaron dividirse, y que los unos fuesen en el navío á buscar provisiones á las islas de las Perlas, y los otros quedasen allí sosteniéndose hasta su vuelta como pudiesen. Tocó hacer el viaje á un Montenegro y otros pocos españoles, á quienes se dió por toda provision un cuero de vaca seco que había en el barco, y

unos pocos palmitos amargos de los que á duras penas se encontraban en la playa. Ellos salieron en demanda de las islas, mientras que Pizarro y los demás que quedaban seguían luchando con las agonias del hambre y con los horrores del clima.

Bien fueron necesarios entonces á aquel descubridor las artes y lecciones aprendidas en otro tiempo con Balboa. Él no solo alentaba á los soldados con blandas y amorosas razones, que sabía usar admirablemente cuando le convenía, sino que ganaba del todo su afición y confianza por el esmero y eficacia con que los socorria y los cuidaba. Buscaba por sí mismo el refresco y alimento que mas podía convenir á los enfermos y endebles, se los suministraba por su mano, les hacía barracas en que se defendiesen del agua y la intemperie, y hacía con ellos las veces no de caudillo y capitán, sino de camarada y amigo. Este esmero no bastó sin embargo á contrarrestar las dificultades y apuros de la situación y del país. Como solo se mantenían de las pocas y nocivas raíces que encontraban, hinchábaseles los cuerpos, y ya veinte y siete de ellos habían sido víctimas de la necesidad y de la fatiga. Todos perecieron al fin si Montenegro oportunamente no hubiese dado la vuelta, cargado el navío de carne, frutas y maíz.

Pizarro entonces no estaba en el puerto. Sabiendo que á lo lejos se había visto un gran resplandor, y presumiéndolo efecto de las luminarias de los indios, se dirigió allá con algunos de los mas esforzados, y dieron en efecto con una ranchería. Los indios huyeron al acercarse los españoles, y solos dos pudieron ser habidos, que no acertaron á correr tan ligeramente como los demás. Hallaron también cantidad de cocos, y como una fanega de maíz, que repartieron entre todos. Los pobres prisioneros hacían á sus enemigos las mismas preguntas que en casi todas las partes del Nuevo Mundo donde se los veía saltar de aquel modo. «¿Por qué no sembráis, por qué no cogeis, por qué andáis pasando tantos trabajos por robar los bastimentos ajenos?» Pero estas sencillas reconvenções del sentido comun y de la equidad natural fueron escuchadas con el mismo desprecio que siempre, y los infelices tuvieron que someterse al arbitrio de la fuerza y de la necesidad. Aun uno de ellos no tardó en perecer, herido de una flecha emponzo-

ñada de las que se usaban allí, cuyo veneno era tan activo, que le acabó la vida en cuatro horas. Pizarro al volver se encontró con el mensajero que le llevaba la noticia de la llegada de Montenegro, y apresuró su marcha para abrazarle.

Habido entre todos el consejo de lo que debían hacer, acordaron dejar aquel puerto, al que por las miserias allí sufridas dieron el nombre del *puerto de la Hambre*, y se volvieron á hacer al mar para seguir corriendo la costa. Navegaron unos pocos días, al cabo de los cuales tomaron tierra en un puerto que dijeron *de la Candelaria*, por ser esta festividad cuando arribaron á él. La tierra presentaba el mismo aspecto desierto y estéril que las anteriores; el aire tan húmedo, que los vestidos se les pudrían encima de los cuerpos; el cielo siempre relampagueando y tronando; los naturales huidos ó escondidos en las espesuras, de modo que era imposible dar con ellos. Vieron sin embargo algunas sendas, y guiados por ellas, después de caminar como dos leguas se hallaron con un pueblo pequeño, donde no encontraron morador ninguno, pero sí mucho maíz, raíces, carne de cerdo, y lo que les dió mas satisfacción bastantes joyuelas de oro bajo, cuyo valor ascendería á seiscientos pesos. Este contento se les agó cuando, descubriendo unas hollas que hervían al fuego, vieron manos y piés de hombres entre la carne que se cocía en ellas. Llenos de horror, y conociendo por ello que aquellos naturales eran caribes, sin averiguar ni esperar mas, se volvieron al navío y prosiguieron el rumbo comenzado. Llegaron á un paraje de la costa que llamaron *Pueblo Quemado*, y está como á veinte y cinco leguas del puerto de Piñas; tan poco era lo que habían adelantado después de tantos días de fatigas. Allí desembarcaron, y conociendo por lo trillado de las sendas que se descubrían entre los manglares, que la tierra era poblada, empezaron á reconocerla, y no tardaron en descubrir un lugar.

Halláronle abandonado también, pero surtido de provisiones en abundancia, por manera que Pizarro, considerada su situación á una legua del mar, lo fuerte del sitio, pues estaba en la cumbre de una montaña, y la tierra al rededor no tan estéril ni triste como las que habían visto, determinó recogerse en él y enviar el navío á Panamá para repararle de sus averías. Faltaban manos que ayudasen á los marineros: el capitán

acordó que saliese Montenegro con los soldados mas dispuestos y ligeros á correr la tierra, y tomar algunos indios que enviar al navío y ayudasen á la maniobra. Ellos entre tanto se mantenían reunidos acechando lo que los castellanos hacían, y meditando el modo de echar de sus casas á aquellos vagamundos que con tal insolencia venían á despojarlos de ellas. Así, luego que los vieron divididos, arremetieron á Montenegro, lanzando sus armas arrojadas con grande algazara y griteria. Los españoles los recibieron con la seguridad que les daban sus armas, su robustez y su valor; y todo era necesario para con aquellos salvajes desnudos, que no les dejaban descansar un momento, acometiendo siempre á los que mas sobresalían. De este modo fueron muertos tres castellanos, y otros muchos heridos. Los indios, luego que vieron que aquel grueso de hombres se les defendía mas de lo que pensaban, determinaron retirarse del campo de batalla, y por sendas que ellos solos sabían, dar de pronto sobre el lugar, donde imaginaban que solo habrían quedado los hombres inútiles por enfermos ó cobardes. Así lo hicieron, y Pizarro al verlos receló de pronto que hubiesen desbaratado y destruido á Montenegro; mas sin perder ánimo salió á encontrarlos, trabándose allí la refriega con el mismo tesón y furia que en la otra parte. Animaba él á los suyos con la voz y con el ejemplo, y los indios, que le veían señalarse entre todos por los tremendos golpes que daba, cargaron sobre él en tanta muchedumbre y le apretaron de modo, que le hicieron caer y rodar por una ladera abajo. Corrieron á él creyéndole muerto, pero cuando llegaron ya estaba en pié con la espada en la mano, mató dos de ellos, contuvo á los demás, y dió lugar á que viniesen algunos castellanos á socorrerle. El combate entre tanto seguía, y el éxito era dudoso, hasta que la llegada de Montenegro desalentó de todo punto á los salvajes, que se retiraron al fin, dejando mal herido á Pizarro y á otros muchos de los españoles.

Curáronse con el bálsamo que acostumbraban en aquellas aperturas, esto es, con aceite hirviendo puesto en las heridas; y viendo por el daño recibido, que no les convenía permanecer allí siendo ellos tan pocos, los indios muchos y tan atrevidos y feroces, determinaron volverse á las inmediaciones de Panamá. Llegaron de este modo á Chicamá, desde donde Pizarro des-

pachó en el navío al tesorero de la expedición Nicolás de Rivera, para que llevase el oro que habían encontrado, diese cuenta de sus sucesos, y manifestase las esperanzas que tenían de encontrar buena tierra.

Mientras que con tanto afán y tan corta ventura iba Pizarro reconociendo aquellos tristes parajes, su compañero Almagro, apresurando el armamento con que debía seguirle, se hizo á la mar en otro navichuelo con sesenta y cuatro españoles, pocos días antes de que llegase á Panamá Nicolás de Rivera. Llevó el mismo rumbo, conjeturando por las señales que veía en los montes y en las playas el camino que llevaban los que delante iban. Surgió también en Pueblo Quemado, en donde los mismos indios que tanto habían dado en que entender á Pizarro y Montenegro, le resistieron á él valientemente y le hirieron en un ojo, de que quedó privado para siempre. Pero aunque al fin les ganó el lugar, no quiso detenerse en él, y pasó adelante en busca de su compañero, sin dejar cala ni puerto que no reconociese. De esta manera vió y reconoció el valle de Bacza, llamado así por un soldado de este apellido que allí falleció; el río del Melón, que recibió este nombre por uno que vieron venir por el agua; el de las Fortalezas, dicho así por el aspecto que tenían las casas de indios que á lo lejos descubrieron; y últimamente el río que llamaron de San Juan, por ser aquel el día en que llegaron á él. Algunas muestras halló de buena tierra en estos diferentes puntos, y no dejó de recoger porción de oro; pero la alegría que él y sus compañeros podían percibir con ello, se convertía en tristeza pensando en sus amigos, á quienes creían perdidos, de modo que desconsolados y abatidos, determinaron volverse á Panamá. Pero como tocasen en las islas de Perlas y hallasen allí las noticias dejadas por Rivera del punto en que quedaba Pizarro, volvieron inmediatamente la proa y se encaminaron á buscarle. Halláronle con efecto en Chicamá: los dos amigos se abrazaron, se dieron cuenta recíproca de sus aventuras, peligros y fatigas; y habido maduro acuerdo de lo que les convenía hacer, se acordó que Almagro diese la vuelta á Panamá para reharcerse de gente y reparar los navichuelos.

Hallóse al llegar con nuevas dificultades, que contrariaban mucho desgraciadamente los designios de los dos descubridores.

Pedrarias, que les había dado licencia para emprender su descubrimiento, se mostraba ya tan opuesto á la empresa como favorable primero. Trataba entonces de ir en persona á castigar á su teniente Francisco Hernandez, que se le había alzado en Nicaragua, y no que se le disminuyese la gente con que contaba, por el anhelo de ir al descubrimiento del Perú. Esta era la verdadera razón; pero él alegaba las malas noticias traídas por Nicolás de Rivera, y culpaba altamente la obstinación de Pizarro, á cuya poca industria y mucha ignorancia achacaba la pérdida de tantos hombres. Pedrarias, según ya se ha visto, era tan pertinaz como duro y receloso. Decía á boca llena que iba á revocar la comisión y á prohibir que fuese más gente allá. La llegada de Almagro, más rico de esperanzas que de despojos y noticias, no le templó el desabrimiento, y todo se hubiera perdido sin los ruegos y reclamaciones que le hizo el maestro escuela Hernando de Luque, amigo y auxiliar de los dos, y eficazmente interesado en el descubrimiento. Todavía estas gestiones hubieran sido por ventura inútiles, á no hacerse á Pedrarias la oferta de que se le admitiría á las ganancias de la empresa sin poner él en ella nada de su parte, con lo cual halagada su codicia, cedió de la obstinación y alzó la prohibición que tenía dada para el embarque ¹. Puso sin embargo la condición de que Pizarro había de llevar un adjunto, como para refrenarle y dirigirle. Luque logró que este adjunto fuese Almagro, á quien para más autorizarle se dió el título de capitán; pero á pesar de la buena fe y sana intención con que este acuerdo se hizo, luego que fué sabido por Pizarro se quejó sin rebozo alguno de semejante nombramiento como de un desaire que se le hacía, y mal satisfecho con las disculpas que se le dieron, el resentimiento quedó hondamente clavado en su corazón, pudiéndose señalar aquí el origen de los desabrimientos y pasiones que después sobrevinieron y produjeron tantos desastres.

Es probable que Pizarro no quisiese presentarse en Panamá

1. Esta asociación de Pedrarias á la compañía no duró mucho tiempo: luego que los descubridores tuvieron más confianza en el buen éxito de su empresa, tuvieron modo de separarle de ella haciendo una transacción con él: el pasaje está en Oviedo, y es curioso.

hasta la salida de Pedrarias á Nicaragua, que fué en enero del año siguiente (1526). Tratábase de proporcionar fondos para la continuacion de la empresa, que faltaban á los descubridores, exhaustos ya con los gastos del primer armamento. El infatigable Luque los supo proporcionar, y entonces fué cuando se formalizó la famosa contrata, por la cual el canónigo se obligó á entregar, como lo hizo en el acto, veinte mil pesos de oro para los gastos de la expedicion, y los dos ponian en ella la licencia que tenían del Gobernador, y sus personas é industria para efectuarla, debiéndose repartir entre los tres por partes iguales las tierras, indios, joyas, oro y cualesquiera otros productos que se granjeasen y adquiriesen definitivamente en la empresa. Y para dar mayor solemnidad á la asociacion y enlazarse con los vinculos mas fuertes y sagrados, Hernando de Luque dijo la misa á los dos, y dividiendo la Hostia consagrada en tres partes, tomó para sí la una, y con los otros dos dió de comulgar á sus compañeros. Los circunstantes, poseidos de respeto y reverencia, lloraban á la vista de aquel acto y ceremonia nunca usados en aquellos parajes para semejante proyecto; mientras que otros consideraban que ni aun así se salvaban los asociados de la imputacion de locura que su temerario propósito merecía para con ellos. En los tiempos modernos todavía se ha tratado con mas rigor aquella ceremonia, acusándola de repugnante y de impia, como que ratificaba en el nombre de un Dios de paz un contrato cuyos objetos eran la matanza y el saqueo¹. Mas por ventura para formar este juicio solo se ha fijado la vista en la larga serie de desastres y violencias que siguieron á aquel descubrimiento, sin poner la atencion al mismo tiempo en la idea predominante del siglo, y en las que principalmente animaban á los aventureros de América. Extender la fe de Cristo en regiones desconocidas é inmensas, y ganarlas al mismo tiempo á la obediencia de su rey, eran para los castellanos obligaciones tan sagradas y servicios tan heroicos, que no es de extrañar implorasen al emprenderlas todo el favor y la intervencion del cielo. No plégué á Dios

1. Es la expresion de Robertson, el mas moderado y juicioso de los escritores extranjeros que han hablado de nuestras cosas en el Nuevo Mundo.

Jamás que la pluma con que esto se escribe propenda á disminuir en un ápice el justo horror que se debe á los crímenes de la codicia y de la ambicion; pero es preciso ante todas cosas ser justos, y no imputar á los particulares la culpa propia del tiempo en que vivieron. No estamos ciertamente los modernos europeos tan ajenos como pensamos de estas contradicciones repugnantes, y llamamos tantas veces al Dios de paz para que intervenga en nuestros sangrientos debates y venga á ayudarnos en las guerras que emprendemos, tan poco necesarias por lo comun, y por lo comun tan injustas, que no hemos adquirido todavía bastante derecho para acusar á nuestros antepasados de iguales extravíos.

Con dos navios y dos canoas cargados de bastimentos y de armas, y llevando consigo al hábil piloto Bartolomé Ruiz, volvieron á hacerse al mar los dos compañeros, y continuando el rumbo que antes habian llevado, llegaron cerca del rio de San Juan, ya reconocido antes por Almagro. Allí les pareció hacer alto, porque la tierra tenia apariencia de ser algo mas poblada y rica, y menos dañosa que las anteriores. Un pueblo que asaltaron, donde hallaron algun oro y provisiones y tomaron algunos indios, les dió aquellas esperanzas, sin embargo de que el pais de lejos y de cerca no presentase mas que altas montañas, ciénagas y rios, de manera que no podian andar sino por agua. Quedóse allí Pizarro con el grueso de la gente y las dos canoas; Almagro volvió á Panamá en uno de los navios, para alistar mas gente con el oro que habian cogido, y en el otro navio salió Bartolomé Ruiz reconociendo la tierra costa arriba, para descubrir hasta donde pudiese.

El viaje de este piloto fué el paso mas adelantado y seguro que se habia dado hasta entonces para encontrar el Perú. El descubrió la isla del Gallo, la bahía de San Mateo, la tierra de Goaque, y llegó hasta la punta de Pasaos, debajo de la linea. Encontróse en el camino con una balsa hecha artificialmente de cañas, en que venian hasta veinte indios, de los cuales se arrojaron once al agua cuando el navio se acercó á ellos. Tomados los otros, el piloto español, después de haberlos examinado algun tanto, y los efectos que traian consigo, dióles libertad para que se fuesen á la playa, quedándose solo con tres de los que le parecieron mas á propósito para servir de lenguas y

dar noticias de la tierra. Iban, según pareció, á contratar con los indios de aquella costa; y por esto entre los demás efectos que contenia la balsa habia unos pesos chicos para pesar oro, contruidos á manera de romana, de que no poco se admiraron os castellanos. Llevaban además diferentes alhajuelas de oro y plata labradas con alguna industria, sartas de cuentas con alguna esmeraldas pequeñas y calcedonias, mantas, ropas y camisetas de algodón y lana semejantes á las que ellos traian vestidas; en fin, lana hilada y por hilar de los ganados del país. Esto fué ya para los españoles una novedad extraña y agradable; pero mucho mas lo fué su buena razon y las grandezas y opulencia que contaban de su rey Huayna-Capac y de la corte del Cuzco. Dificultaban los castellanos dar fe á lo que oian, teniendo á exageracion y falsedad de aquellas gentes; pero sin embargo Bartolomé se los llevó consigo, tratándolos muy bien, y desde Pasaos dió la vuelta para Pizarro, á quien no dudaba que darian contento las noticias que aquellos indios llevaban.

Casi al mismo tiempo que él, llegó Almagro con el socorro que traia de Panamá, compuesto de armas, caballos, vestidos, vituallas y medicinas, y de cincuenta soldados venidos nuevamente de Castilla, que se aventuraron á seguirle. Contaba Almagro las precauciones de que habia tenido que valerse para entrar en la ciudad. Mandaba ya en ella el nuevo gobernador Pedro de los Rios; y aunque se sabia que á fuerza de representaciones y diligencias del maestre escuela Luque, traia encargo expreso del Gobierno de guardar el asiento convenido con los tres asociados, era tal sin embargo el descrédito en que habia caido la empresa en Panamá, que tuvo recelo de ser mal recibido, y se detuvo hasta saber las disposiciones del Gobernador. Este á la verdad sentia la pérdida de tantos castellanos; pero no por eso dejó de asegurar á Hernando de Luque que les daría todo el favor que pudiese¹. Entró pues Almagro en el puerto de Panamá, el Gobernador le salió á

1. Al maestre escuela no le daban allí otro nombre á la sazón que el de *Hernando el loco*, por el empeño que tenía en ayudar y proteger los proyectos quiméricos de aquellos dos hombres temerarios, y porque todos suponian suyo el caudal con que la empresa se habia empezado.

recibir para hacerle honor, confirmó los cargos que su antecesor Pedrarias habia dado á su compañero y á él, y permitió que se alistase gente y se hiciesen las provisiones necesarias. Estas noticias, unidas á las de los indios tumbecinos, levantaron algun tanto los ánimos desmayados; y los dos amigos, aprovechando tan buena disposicion, se hicieron al instante al mar, siguiendo el mismo rumbo que antes habia llevado Bartolomé Ruiz. Llegaron primeramente á la isla del Gallo, donde se detuvieron quince días, rehaciéndose de las necesidades pasadas; y continuando su viaje, entraron despues en la bahía de San Mateo. Allí resolvieron desembarcar y establecerse hasta tomar lenguas de las tierras que estaban mas adelante. Dábanles confianza de lograrlo los indios de Tumbes, á quienes Pizarro hacia con este objeto instruir en la lengua castellana. Por otra parte, la tierra, abundante en maiz y en yerbas saludables y nutritivas, como que les convidaba á permanecer en ella. Mas los naturales, tan intratables y agrestes como todos los que hasta entonces encontraron, les quitaban la esperanza de poderse sostener, á lo menos mientras no fuesen mas gente. Pusiéronse pues á deliberar lo que les convenia hacer. Los mas decian que volverse á Panamá, y emprender despues el descubrimiento con mas gente y mayor fuerza. Repugnábalo Almagro, haciéndoles presente la vergüenza de volverse sin haber hecho cosa de momento, y pobres, expuestos á la risa y mofa de sus contrarios y á la persecucion y demandas de sus acreedores: su dictámen era que se debía buscar un punto abundante de vituallas donde establecerse, y enviar los navios por mas gente á Panamá. Las razones con que Almagro manifestó su opinion no fueron por ventura tan circunspectas y medidas quanto la situacion requeria; porque Pizarro, ó dejándose ocupar de un sentimiento de flaqueza que ni antes ni despues se conoció en él, ó arrastrado de una impaciencia que no es fácil disculpar, le contestó ásperamente que no se maravillaba fuese de aquel dictámen quien, yendo y viniendo de Panamá con el pretexto de socorros y vituallas, no podia conocer las angustias y fatigas que padecian los que por tantos meses estaban metidos en aquellas costas incultas y desiertas, faltándoles ya las fuerzas para poderlas conllevlar. Replicó Almagro que él se quedaria gustoso, y que Pizarro fuese por el socorro, si

eso le agradaba mas. Los ánimos de aquellos hombres irritados, no pudiéndose contener en términos razonables, pasaron de las personalidades á las injurias; de las injurias á las amenazas, y de las amenazas corrieron á las armas para herirse. Pusiéronse por medio el piloto Ruiz, el tesorero Rivera y otros oficiales de consideracion que lo oían, los cuales pudieron sosegarlos y atajar aquel escandaloso debate, haciéndoles olvidar su pasión y abrazarse como amigos. ¡ Dichosos si con aquel abrazo hubiesen cerrado la puerta para siempre á los tristes y crueles resentimientos en que habian de abrasarse después!

Establecida así la paz, Pizarro se ofreció gustoso á quedarse con la gente, yendo Almagro, como lo tenia de costumbre, por los socorros á Panamá. Reconocieron ante todo los sitios contiguos á la bahía en que se hallaban, y desengañados de que ninguno les era conveniente, determinaron retroceder y fijarse en la isla del Gallo, punto mucho mas oportuno para sus fines. Almagro, por tanto, dió la vela para Panamá, y Pizarro, con ochenta y cinco hombres, único resto que quedaba después de tantos refuerzos, se dirigió á la isla, desde donde á pocos dias envió el navio que le quedaba para que se quedase en Panamá y volviese con Almagro.

Este concierto y disposiciones de los dos capitanes alteraron en gran manera los ánimos de los soldados, que ya no á escondidas, sino en corrillos y á voces, se quejaban de su inhumanidad y dureza. « ¿No eran bastantes por ventura tantos meses de desengaños, en que no habian hecho otra cosa que hambrear, enfermar, hincharse y perecer? Corrido habian palmo á palmo aquella costa cruel, sin que hubiese punto alguno en que ella no los hubiese rechazado con pérdida y con afrenta. ¿Qué peligros dignos del nombre español habian encontrado allí, qué riquezas que correspondiesen á las magnificas esperanzas que se les habian dado el salir? El poco oro recogido en los asaltos que de tarde en tarde hacian, se enviaba por ostentacion á Panamá, y á servir tambien de incentivo que trajese mas victimas al matadero; y ellos en tanto, perdidos siempre entre manglares, sin mas alimento que la fruta insípida de aquellos árboles tristes, ó las raíces malsanas de la tierra, cayéndoles continuamente los aguaceros

encima, desnudos, hambrientos, enfermos, arrastraban penosamente la vida para estar martirizados mortalmente por los mosquitos, asaetados por los indios, devorados por los caimanes. Ochenta eran los que al principio habian salido de Panamá, y después de tantos refuerzos como Almagro habia traído, eran ochenta y cinco los que quedaban. Bastar les debiera tanta mortandad, y no empeñarse en sacrificar aquel miserable resto á su inhumana terquedad y á sus esperanzas insensatas. La rica tierra que estaban siempre pregonando se alejaba cada vez mas de su vista y de su diligencia, y el continente de América se les defendia por aquel lado con mas teson y rigor que se habia resistido el opuesto á los esfuerzos obstinados y valientes de Ojeda y de Nicuesa. Tanto tiempo, tan inútiles tentativas, tantas fatigas, tantos desastres, debieran ya convencerlos de que la empresa era imposible, ó por lo menos temerario quererla llevar á su cima con medios tan desiguales. »

No era fácil responder, ni mucho menos acallar estas quejas amargas del desaliento. Los jefes, recelando que fuesen todavia mas ponderadas las noticias que se enviasen á Panamá, y que así la empresa se desacreditase del todo, resolvieron que Almagro recogiese todas las cartas que se enviasen en los navios; pero este abuso de confianza produjo entonces lo que siempre, mucha mengua y ningun fruto. La necesidad, mas sutil que la sospecha, supo abrirse paso seguro, á despecho de los dos capitanes, para las nuevas que queria enviar. Escribióse un largo memorial, en que se contenian los desastres pasados, los muchos castellanos que habian muerto, la opresion y cautiverio en que gemian los que restaban, y concluian con la súplica mas vehemente y lastimera para que se enviase por ellos y se los libertase de perecer¹. Este memorial

1. Gomara dice que este memorial fué escrito por un Saavedra, natural de Trujillo, y que iba firmado de muchos. Saavedra lo daba por coplista, pues el memorial acaba así:

Pues, señor Gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor,
Y aquí queda el carnicero.

se metió en el centro de un grande ovillo de algodón que un soldado enviaba con el pretexto de que le tejiesen una manta, y llegó á Panamá con Almagro. Hallóse modo de que la mujer del Gobernador pidiese el ovillo para verlo, y desenvuelto entonces y encontrado el escrito, el Gobernador, que se enteró por su contenido de la extremidad en que aquella gente se hallaba, determinó enviar por ellos y excusar mas desgracias en adelante, ya que las pasadas no se podian remediar. Ayudó mucho á esta resolucion ver confirmadas las noticias del memorial con lo que decian algunos de los que venian con Almagro, no muy acordes en esto con las miras de su capitan. Así, á pesar de los ruegos, reclamaciones y aun amenazas que hicieron los dos asociados en la empresa, el Gobernador, sordo á todo, dió la comision á un Juan Tafur, dependiente suyo y natural de Córdoba, de ir con dos navios á recoger aquellos miserables y traerlos á Panamá.

Hallábanse ellos entre tanto en la isla del Gallo, donde pasaban las mismas angustias que siempre, menos las que nacia de las hostilidades de los naturales; porque los indios, por no estar cerca de ellos, les habian abandonado la isla y acogidose á tierra firme. Llegaron los dos navios, y mostrada por Tafur la orden del Gobernador, fué tanta la alegría de los soldados, que se abrazaban como si salieran de muerte á vida, y bendecian á Pedro de los Rios como su libertador y su padre. Pizarro solo era el descontento: sus dos asociados le escribian que á todo trance ¹ se mantuviese firme y no malograrse la expedicion volviéndose á Panamá; que ellos le socorrerian al instante con armas y con gente. Viendo pues el alboroto de los soldados, y su voluntad determinada de desamparar la empresa, «volveos en buen hora, les dijo, á Panamá los que tanto afan teneis de ir á buscar alli los trabajos, la pobreza y los desaires que os esperan. Péname de que así querais perder el fruto de tan heróicas fatigas, cuando ya la tierra que os anuncian los indios de Tumbes os espera para colmaros de gloria y de riquezas. Idos pues, y no diréis jamás que vuestro capitan no os ha acompañado el primero en

1. La expresion literal era: «Que aunque supiese reventar, » etc.

todos vuestros trabajos y peligros, cuidando siempre mas de vosotros que de sí mismo.»

Ni se persuadian ellos por tales razones, cuando él, sacando la espada y haciendo con ella una gran raya en el suelo, de oriente á poniente, y señalando el mediodia como su derrotero, «por aquí, dijo, se va al Perú á ser ricos; por acá se va á Panamá á ser pobres: escoja el que sea buen castellano lo que mas bien le estuviere.» Dicho esto, pasó la raya, siguiéndole solos trece de todos cuantos alli habia: arrojo magnánimo, y que las circunstancias todas que mediaban hacen verdaderamente maravilloso. La historia expresa los nombres de todos estos valientes españoles; pero los mas memorables entre ellos son el piloto Bartolomé Ruiz, por sus conocimientos y servicios, un Pedro de Candia, griego de nacion y natural de la isla de su nombre, que después hizo algun papel en los acontecimientos que se siguieron; y un Pedro Alcon, que á poco perdió el juicio y dió en los disparates que luego se contarán ¹.

Con la restante muchedumbre se volvió Tafur á Panamá, no queriendo dejar á Pizarro uno de los navios, como ahincadamente se lo rogaba, y consintiendo á duras penas que quedasen con él los indios de Tumbes y una corta porcion de maiz por toda provision. Él, viéndose solo con tan poca gente determinó abandonar la isla del Gallo, donde los naturales podian volver y exterminarlos, y se pasó á otra isla situada á seis leguas de la costa y á tres grados de la linea, que por despo-blada no presentaba el mismo peligro.

Esta ventaja era lo único que podia resarcir los demás inconvenientes de aquella mansion infernal. Fuéle puesto el nombre de Gorgona, por las muchas fuentes, rios y gargantas de agua que bullen en la isla. Jamás se ve el sol alli, jamás deja de llover, y las altas montañas, los bosques espesos, la destem-

1. Herrera cuenta este paso de otro modo, y segun él, la raya quien la hizo fué Tafur, quien por consideracion á Pizarro quiso dejar la libertad de quedarse con él á los que quisiesen. Garcilaso, Montesinos y otros muchos lo cuentan como va en el texto. Los nombres de los trece que se quedaron con su capitan pueden verse en la capitulacion.

planza del cielo y la esterilidad de la tierra la dan un aspecto salvaje y horrible: propia estancia solamente de desesperados como ellos. Hicieron barracas para abrigarse, construyeron una canoa para salir á mar abierto, y con los peces que cogian y la caza que mataban, ayudados del maíz que les dejó Tafur, se fueron sustentando trabajosamente todo el tiempo que tardó el socorro, que fueron cinco meses. Pizarro, como siempre, era el principal proveedor; pero toda su diligencia y todos sus esfuerzos no bastaban á cerrar la entrada á las enfermedades que en aquel país insalubre necesariamente habian de contraer, ni al desaliento consiguiente á ellas, pues, aunque al parecer de hierro, sus corazones eran de hombres. Pasábanse los días, y el socorro no llegaba: cualquier remolino de olas, cualquiera celaje que viesen á lo lejos se les figuraba el navio. Le esperanza, engañada tantas veces, se convertia en impaciencia, y al fin en desesperacion. Ya trataban de hacer una balsa en que irse costeano á Panamá, cuando se divisó el navio, cuya vela al principio, aunque patente á los ojos, no era creida por el alma, escarmentada con tantos engaños. Acercóse al fin, y no cabiendo ya duda, se abandonaron á toda la alegría que debía inspirarles el gusto de verse socorridos y la satisfaccion de no perder el fruto de tantos sufrimientos.

Pero el socorro no era tan grande como esperaban y como merecian. Venia el navio solo con la marineria necesaria para la maniobra, y conducialo Bartolomé Ruiz, á quien Pizarro habia enviado con Tafur para que apoyase con su reputacion y experiencia lo que él escribia al Gobernador y á sus asociados. Sus razones y sus esperanzas pudieron menos que las lástimas de los demás. Al oírlas se desbandó toda la gente que Almagro tenia alistada para enviar á su compañero: el Gobernador, pesaroso de la pérdida de tantos castellanos y ofendido de la tenacidad del descubridor, amenazaba abandonarle á su mal destino, bien que, vencido al fin por los ruegos y quejas de los dos asociados, permitió que saliese el navio, pero con la intimacion, tan precisa como severa, de que Pizarro dentro de seis meses habia de volver á dar cuenta de lo que hubiese descubierto.

Él, oidas estas noticias, tomó inmediatamente el partido que

á su situacion convenia; y dejando en la isla á dos de sus compañeros, que por enfermos y débiles no podian seguirle¹, y todos los indios de servicio que allí tenian, con los once españoles restantes y con los indios tumbecinos, monta en el navio y dirige su rumbo por donde le habia antes llevado el piloto Bartolomé Ruiz. A los veinte dias halla y reconoce la isla que después se llamó de Santa Clara, puesta entre la de Puna y Tumbes: paraje desierto, pero consagrado á la religion del pais, donde un adoratorio y diferentes alhauelas de oro y plata que allí hallaron, construidos en figuras de piés y manos, á modo de nuestras ofrendas votivas en los altares milagrosos, les presentan ya una muestra de la industria y la riqueza del pais que iban buscando. Al dia siguiente, navegando siempre adelante, se encuentran con balsas cargadas de indios vestidos de camisetas y mantas y armados á su usanza. Eran de Tumbes y iban á guerrear con los de Puna. Pizarro les hizo á todos ir con él, asegurándoles que no trataba de hacerles mal, sino de que le acompañasen hasta Tumbes. En medio de la extrañeza y maravilla que unos á otros se causaban, se iban acercando á la costa, la cual, baja y llana, sin manglares ni mosquitos, parecia á los castellanos tierra de promision comparándola con las que habian visto hasta allí. Surge en fin el navio en la playa de Tumbes; los de las balsas tuvieron libertad de ir á tierra, encargándoles el capitan español que dijesen á sus señores que él no iba por aquellas tierras á dar pesadumbre á ninguno, sino á ser amigo de todos.

Coronaba la orilla cuando salieron una muchedumbre de indios, que contemplaban pasmados aquella máquina nunca vista, y se admiraban de ver venir en ella y saltar en las balsas gente de su propio pais. La maravilla y la curiosidad crecian cuando, llegando á tierra aquellos indios y dirigiéndose al instante al curaca del pueblo, que así llamaban allí á los caciques, le dieron cuenta de lo que habian visto en los extranjeros y de lo que les contaron los indios intérpretes que

1. Herrera hace mencion de estos dos con los nombres de Páez y de Trujillo; pero estos apellidos no están entre los trece que antes tiene expresados y después repite al contar las mercedes que les hizo el Emperador.

traían. Avivado con estas noticias el deseo de conocerlos mejor, fué enviado al navio en diez ó doce balsas todo el bastimento que tuvieron á mano. Hallábase allí á la sazón uno de aquellos nobles peruanos á quienes por la deformidad de sus orejas y por el adorno que en ellas traían pusieron después los nuestros el nombre de *orejones*. Este quiso ser del viaje, proponiéndose observarlo todo con el mayor cuidado para poder dar noticia de ello al rey del país. Pizarro, que recibió el presente y á los que le llevaban con el mayor agrado y cortesía, no pudo menos de admirarse del reposo y buen seso y de las preguntas atinadas y prudentes que el orejon le hacia. Dióle por tanto alguna noticia del objeto de su viaje, de la grandeza y poder de los reyes de Castilla, y de los puntos esenciales de la religión católica. Todo lo oía con atención y sorpresa el peruano, entretenido con las novedades que veía y escuchaba, se estuvo en el navio desde la mañana hasta la tarde. Comió con los castellanos, alabóles su vino, que le pareció mejor que el de su tierra, y al despedirse le dió Pizarro unas cuentas de margaritas, tres calcedonias, y lo que fué de mas precio para él, una hacha de hierro. Al Curaca envió dos puercos, macho y hembra, cuatro gallinas y un gallo. Despidiéronse de este modo amigablemente, y rogando el orejon á Pizarro que dejase ir con él algunos castellanos para que el Curaca los viese, condescendió el Capitan, mandando que fuesen á tierra Alonso de Molina y un negro.

Llegados al pueblo, la maravilla y sorpresa de los indios subió al último punto cuando tocaron por sus ojos lo que les habían dicho los de las balsas. Todo los desatinaba: la extrañeza de aquellos animales, el canto petulante y chillador del gallo, aquellos dos hombres tan poco semejantes á ellos y tan diferentes entre sí. Quién cuando el gallo cantaba preguntaba lo que pedía; quién hacia lavar al negro para ver si se le quitaba la tinta que á su parecer le cubría; quién tentaba la barba á Alonso de Molina y le desnudaba en parte para considerar la blancura de su cuerpo. Todos se agolpaban sobre ellos, hombres, viejos, niños y mujeres, regocijándolos el negro con sus gestos, sus risas y sus movimientos, y respondiéndoles Molina por señas, segun podía, á lo que le preguntaban. Las mujeres sobre todo, mas curiosas y mas expresivas,

no cesaban de acariciarle y aun dábanle á entender que se quedase allí y le darian una moza hermosa por mujer. Pero si los indios estaban admirados del aspecto de los extranjeros, no lo estaba menos Alonso de Molina de lo que veía en la tierra. A ojos acostumbrados tantos meses á no ver mas que manglares, sierras ásperas, pantanos eternos, salvajes desnudos y feroces, y miserables bohios, debió sin duda causar tanta alegría como asombro hallarse de pronto con un pueblo ajustado y gobernado con alguna especie de policía, con hombres vestidos, con habitaciones construidas de un modo regular, un templo, una forlaleza; á lo lejos sementeras, acequias, rebaños de ganados, y dentro oro y plata con abundancia en adornos y utensilios.

Contábalo él de vuelta al navio, y lo encarecía de tal modo, que Pizarro, no atreviéndose á darle fe, quiso que saliese á tierra Pedro de Candia para informarse mejor. Candia tenía otro ingenio y otra experiencia de mundo que Molina; era además alto, membrudo, de gentil disposición; y las armas resplandecientes de que salió vestido, en que los rayos del sol reverberaban, le presentaron á los ojos de los simples peruanos como objeto de respeto y de veneración, tal vez como un ser favorecido de su númen tutelar. Llevaba al hombro un arcabuz, que por las noticias que dieron los indios de las balsas, le rogaron que disparase; él lo hizo apuntando á un tablón que estaba allí cerca, y lo pasó de parte á parte, cayendo al suelo unos indios al estrépito, y otros gritando despavoridos de asombro ¹. Agasajado y acariciado con tanto afecto como Molina, aunque no con tanta sorpresa ni confianza, reconoció la fortaleza, y visitó el templo á ruego de las vírgenes que le servían. Llamábanlas *mamacónas*; estaban consagradas al sol, y su ocupación, después de cumplir con las ceremonias del culto, era labrar tejidos finisimos de lana. El

1. Aquí añaden las relaciones antiguas que los indios sacaron un tigre y un león á ver si se defendía de ellos; que Candia disparó su arma, y que los animales se vinieron mansos para él. Herrera lo cuenta, pero como que le cuesta dificultad creerlo: ahora ya no es difícil colocar este hecho entre la multitud de patrañas con que está afeada nuestra historia del Nuevo Mundo.

agasajo y expresion viva y afectuosa de aquellas criaturas simples é inocentes interesarían sin duda menos al curioso extranjero que las planchas de oro y plata de que estaban cubiertas á trechos las paredes del adoratorio y prometían tan largo premio á su codicia y á la de sus compañeros. Despidióse en fin del Curaca, y regalado con cantidad de provisiones diversas, entre las cuales se señalaban un carnero y un cordero del país¹, se volvió al navío, en donde refirió cuanto había visto con expresiones harto mas ponderadas y magníficas que las de Alonso de Molina.

Entonces no quedó ya duda al capitán español de la grandeza y opulencia de la tierra que se le presentaba delante, y volvió con dolor su pensamiento á los compañeros que le habían abandonado, y cuya desercion le privaba de emprender cosa alguna de momento. Sin duda en recompensa de aquel buen hospedaje que recibía, sentía que sus pocas fuerzas no le consintiesen ocupar violentamente el pueblo, hacerse fuerte en su alcázar y despojar á los habitantes y á su templo de aquellas riquezas tan encañecidas. Su buena fortuna le excusó entonces el peligro de este mal pensamiento. Las divisiones en el imperio de los incas no habían empezado aun: Huayna-Capac vivía, y las fuerzas todas de aquel grande estado, dirigidas por un príncipe tan hábil como firme, cayendo de pronto sobre aquellos pocos advenedizos, fácilmente los hubieran exterminado, ó por lo menos no les dejaran destruir aquella monarquía tan á su salvo como lo hicieron después.

Las noticias adquiridas en Tumbes no llenaron todavía los deseos de Pizarro, que determinó pasar adelante y descubrir mas país. Su anhelo era ver si podía hallar ó tener noticia de Chíncha, ciudad de la cual los indios le contaban cosas maravillosas. Siguió pues su rumbo por la costa, tocaron y reconocieron el puerto de Payta, tan célebre después, el de Tangarala, la punta de la Aguja, el puerto de Santa Cruz, la tierra de Colaque, donde después se fundaron las ciudades de Trujillo y de San Miguel, y en fin el puerto de Santa, á nueve

1. Eran dos llamas, que los españoles, dándoles el nombre de carneros y ovejas de la tierra, comparaban, y no sin razon, á pequeños camellos.

grados de latitud austral. Allí, ya navegadas y reconocidas mas de doscientas leguas de costa, sus compañeros le pidieron que los volviese á Panamá; que el objeto de tantas fatigas y penalidades estaba ya conseguido con el descubrimiento incontestable de un país tan grande y tan rico. El lo juzgó así tambien, y el navío volvió la proa al occidente, siguiendo el mismo camino que había llevado hasta allí.

A la ida y á la vuelta los indios, prevenidos por la fama, salieron en todas partes á su encuentro con igual curiosidad que inocencia y confianza. Admiraban la extrañeza del navío en que iban, su figura, sus armas y la ventaja inmensa que les llevaban en fuerza y en industria. « Juzgaban de ellos entonces por lo que habían visto en Tumbes, » según la candorosa expresion de Herrera; y la liberalidad, el agasajo, la fiesta y regocijo con que los trataban eran consiguientes á la idea que tenían de su humanidad y cortesía. Indio hubo que les tuvo guardados, y les presentó un jarro de plata y una espada que se les había perdido en un vuelco de balsa que padecieron á la ida. Bastimentos les llevaban cuantos podían desear; presentes muchos de mantas y collares de chaquiras; oro no les daban, porque los castellanos, según las juiciosas disposiciones de su capitán, ni lo pedían ni lo tomaban ni mostraban anhelarlo. Viendo esta amigable disposicion de los naturales y la abundancia de la tierra, Alonso de Molina y un marinero llamado Ginés pidieron licencia para quedarse, y Pizarro se la dió, encomendándolos mucho á los indios y encareciéndoles el valor de esta confianza. Molina quedó en Tumbes, y Ginés en otro punto mas atrás. Ya antes Bocanegra, otro marinero, se había escapado del navío en la costa de Colaque por disfrutar de la bondad de la gente y de lo risueño del país, sin que las diligencias que hizo su capitán para reducirle á que volviese produjesen efecto alguno. En fin, como para aumentar mas los vínculos entre unos y otros y procurarse medios de comunicacion para lo futuro, pidió Pizarro que le diesen algunos muchachos que aprendiesen la lengua castellana y pudiesen servirle de intérpretes cuando volviese. Diéronle dos, uno que después bautizado se llamó don Martín, y el otro Felipillo, harto célebre después por la parte que algunos le atribuyen en la muerte del inca Atahualpa.

Pero de todas cuantas conferencias tuvieron con los indios, y de cuantos agasajos y obsequios de ellos recibieron, ninguno igualó en gala y cortesía ni alcanza en interés, al modo que tuvo de acogerles y regalarlos una india principal en un puerto cercano al de Santa Cruz. Ansiaba ella ver y tratar aquellos extranjeros que la fama le presentaba tan extraños, tan valientes y tan comedidos. Pizarro, aunque sabedor de sus deseos y buena voluntad, no había podido satisfacerla á la ida, y había prometido visitarla cuando volviese. Con efecto, luego que estuvo de vuelta trató de cumplirla esta palabra, y con tanta mas razon, quanto que Alonso de Molina, que casualmente había tenido que quedarse en la tierra todo aquel tiempo, había sido tratado por aquella señora con una atencion y un agasajo sin igual, que él no se cansaba de ponderar y aplaudir. Señalóse pues el punto donde iria el navio para las vistas, y no bien llegaron á él, cuando se le acercaron muchas balsas con cinco reses y otros mantenimientos de parte de Capillana, que así entendieron los españoles que se llamaba la india. Envióles á decir además « que para dar mas confianza á los extranjeros, ella queria fiarse primero del capitan, y iria al navio á verlos á todos, y después les dejaria en él prendas bastantes para que estuviesen seguros en tierra todo el tiempo que quisiesen. » Pizarro, para corresponder á esta atencion delicada, mandó que saliesen del navio al instante y fuesen á saludarla el tesorero Nicolás de Rivera, Pedro Alcon y otros dos españoles.

Recibiólos ella con una cortesía igual á sus demostraciones primeras. Hizolos sentar y comer junto á sí, dióles ella misma de beber, diciendo que así se usaba hacer en su tierra con sus huéspedes; y después añadió que queria inmediatamente ir al navio y rogar al capitan que saltase en tierra, pues ya iria fatigado de la mar. Contestaron ellos que viniese en buen hora, y al instante se puso en camino. Llegada al navio, Pizarro la recibió con toda urbanidad y respeto, la regaló con quanto su estado y posicion permitia, y los castellanos se esmeraron en conducirse con ella con la mejor crianza y comedimiento. Ella en seguida manifestó que pues siendo mujer se había atrevido á entrar en el navio, el capitan, que era hombre, podria mejor salir á tierra, quedando allí cinco de los mas principales de

sus indios para que lo hiciese con toda confianza; á lo que contestó Pizarro que por haber enviado delante de sí toda su gente y venir con tan poca compañía no lo había hecho; pero que ahora, visto el afecto con que los favorecia, saltaria contento en tierra sin que fuesen para ello necesarias prendas ningunas de seguridad. La india con esto se volvió á su albergue á disponer la solemnidad con que habian de ser recibidos y agasajados huéspedes que tanto codiciaba.

Al romper el dia ya estaban al rededor del navio mas de cincuenta balsas para conducir al capitan. Iban en una doce indios principales, que luego que entraron en el buque dijeron que ellos se quedaban allí para seguridad de los españoles; y así lo hicieron, por mas que Pizarro porfió en que saltasen á tierra con él. Bajó, en fin, á la playa seguido de sus compañeros, y la india salió á recibirlos acompañada de mucha gente, todos en órden, con ramos verdes y espigas de maíz en las manos. Llevólos á una enramada preparada al intento, donde en el sitio principal estaban dispuestos los asientos de los huéspedes, y otros algo desviados para los indios. Siguióse el banquete, compuesto de todos los alimentos que daba de sí el país, diversamente aderezados. Al banquete sucedió la danza, que los indios ejecutaron con sus mujeres, admirándose los españoles cada vez mas de hallarse entre gentes tan atentas y entendidas. Tomó Pizarro luego la voz, y por medio de los intérpretes les manifestó su gratitud por las honras que le hacian y la obligacion en que por ellas les estaba. Para acreditarla en el momento les indicó la errada religion en que vivian, la inhumanidad y barbarie de sus sacrificios, la nulidad y repugnancia de sus dioses. Dijoles algunos de los principales fundamentos de la religion cristiana, y les prometió que á su vuelta les traeria personas que los adoctrinasen en ella. Y concluyó con hacerles entender que era preciso que obedeciesen al rey de Castilla, monarca poderosísimo entre cristianos, y pidiéndoles que en señal de obediencia alzasen aquella bandera que en las manos les ponía. A juzgar por nuestras ideas presentes, el tiempo á la verdad no era el mas á propósito para hacerles esta extraña propuesta. Los indios ciertamente fueron mas corteses y comedidos: sin disputar sobre la preferencia ni de religion ni de rey, tomaron la ban-

dera, y por dar gusto á su huésped, la alzaron tres veces, bien así como por burla, no creyendo que se comprometían nada en ello, y bien seguros de que no había en el mundo otro rey mas poderoso que su inca Huayna-Capac.

Los españoles, agasajados y honrados de este modo, se volvieron al navío, donde Pedro Alcon, viendo que ya se preparaban á partir, rogó á Pizarro que le dejase en la tierra. Era Alcon de aquellos hombres que adoran en su persona, y su manía en ataviarse y engalanarse llegaba á tal extremo que sus compañeros se burlaban de él, y decían que parecía mas bien soldado galán de Italia, que miserable descubridor de manglares. Cuando de orden de Pizarro bajó del navío á saludar á la india, creyó que aquella era la propia ocasion de lucirse, y se vistió su jubón de terciopelo, sus calzas negras, un escudón de oro con su gorra y medalla en la cabeza, y la espada y daga á los dos lados. Así salió pavoneándose y presumiendo rendir toda la tierra con su bizarria. La presencia de Capillana acabó de trastornarle la cabeza, porque, sea que ella fuese de hermosa disposición, sea que su dignidad y cortesia le cautivasen la voluntad, él luego que estuvo en su presencia empezó á echarla ojeadas, á suspirar y á mostrar su afeion y sus deseos con las simplezas pueriles de un amor tan importuno como insensato. Ella no se dió por entendida; pero Alcon, que la habia ya marcado como conquista suya, y no queria perder tan grata esperanza, resolvió quedarse en la tierra, y en su consecuencia pidió á su capitan licencia para ello. Negósele resueltamente Pizarro, conociendo su poco juicio; y él, viendo venirse al suelo la torre de sus vanos pensamientos, perdió de improviso la cabeza, y empezó á grandes gritos á insultar á sus compañeros y á dar muestra de querer herirles con una espada rota que acaso se halló á la mano. Y aunque el desventurado habia enloquecido de amor, no era amor lo que deliraba; sus improprios y voces se dirigian todos á llamarlos « bellacos usurpadores de aquella tierra, que era suya y del rey su hermano »; por donde se venia en conocimiento que las ideas de ambicion y mando habian fermentado en su cabeza tanto como las de galanteria y presuncion. Para excusar pues los inconvenientes de sus amenazas y de sus insultos, tuvieron que amarrarle á una cadena y ponerle debajo de cu-

bierta, y allí recogido, no fué de peligro ni de enojo á sus compañeros. No se sabe si en adelante sanó de su frenesi, si bien inclina á creerlo verle comprendido después en las gracias y honores que el Emperador concedió á los esforzados moradores de la Gorgona.

Sin este desagradable incidente todo hubiera sido bonanza en aquel dichoso viaje. Pizarro, ya impaciente por terminarle, no quiso detenerse mas en la costa desde que salió de Tumbez, y dirigiéndose á la Gorgona, recogió á uno de los dos soldados que allí habia dejado, pues el otro era muerto; y con él y los indios que le acompañaban siguió su rumbo á Panamá (á fines del año 1527). Allí entró al fin, después de mas de un año que habia salido, andadas y reconocidas doscientas leguas de costa, descubierto un grande y rico imperio, y vencedor de los elementos y de la contradiccion de los hombres.

Los tres asociados se abrazarian sin duda en Panamá con la alegría y satisfaccion consiguiente á la gran perspectiva de gloria y de riqueza que se les presentaba delante. Pero aunque el descubrimiento de las nuevas regiones estuviese conseguido, faltaba realizar su conquista: empresa por cierto hartomas ardua y costosa. Medios no los tenian, gente tampoco. El gobernador Pedro de los Rios les negaba resueltamente uno y otro; en Pedrarias no podian ó no querian confiarse; y por otra parte, depender de ajena mano en empresa de tanta importancia era exponerse á los mismos inconvenientes que acababan de experimentar. Resolvieron pues acudir á la corte, darla cuenta de lo que habian hecho, y pedir los títulos y autorizacion competente para dar por sí mismos cima á lo que tenian comenzado. Ofrecióse aquí otra dificultad, y fué quien habia de tomar este encargo sobre sí. Pizarro, ó deseoso de descansar, ó no teniendo bastante confianza en sí mismo para negociar en la corte, no se prestaba fácilmente á ello. Luque, conociendo el carácter de sus dos compañeros, queria que se diese la comision á un tercero, ó que por lo menos fuesen los dos á negociar. Pero Almagro, mas franco y confiado, dijo que nadie debia ir sino Pizarro; que era mengua que el que habia tenido ánimo para sufrir por tanto tiempo la hambre y trabajos nunca oídos que habia pasado en los manglares, le perdiese ahora para ir á Castilla á pedir al Rey aquella gober-

nacion; y que el mismo que habia visto y reconocido el país podia hablar mejor de él y disponer los ánimos á la concesion de lo que se iba á solicitar. La razon estaba evidentemente á favor de este dictámen desinteresado : Pizarro se rindió al fin, y Luque, condescendiendo tambien, no dejó por eso de anunciar lo que después sucedió, en aquellas palabras proféticas :
 « ¡ Plegue á Dios, hijos, que no os hurteis uno al otro la bendicion, como Jacob á Esau ! Yo holgara todavía que á lo menos fuérades entrambos. »

Determinóse en seguida que la negociacion debía dirigirse á pedir la gobernacion de la nueva tierra para Pizarro, el adelantamiento para Almagro, el obispado para Luque, el alguacilazgo mayor para Bartolomé Ruiz, y otras diferentes mercedes para los demás de la Gorgona. Y habiendo reunido con harta dificultad mil y quinientos pesos para esta expedicion, Pizarro se despidió de sus dos asociados, prometiéndoles negociar fielmente en su favor; y llevando consigo á Pedro Candiá y algunos indios vestidos á su usanza, con muestras del oro, plata y tejidos del país, se embarcó en Nombre-de-Dios, y llegó á Sevilla á mediados de 1528.

Mas apenas habia saltado en tierra cuando fué preso á instancia del bachiler Enciso, en virtud de una antigua sentencia que tenia ganada contra los primeros vecinos del Darien, por razon de deudas y cuentas atrasadas. De este modo recibia su patria á un hombre que le traia tan magníficas esperanzas; y el que poco tiempo después habia de eclipsar con su fasto y su poder á los próceres y aun príncipes de su tiempo se vió vergonzosamente encarcelado como un tramposo, y embargado el dinero y efectos que traia consigo. No duró mucho, sin embargo, la prision; porque noticioso el Gobierno de sus descubrimientos y proyectos, dió orden de que al instante se le pusiese en libertad y se le proveyese de sus dineros mismos para que se presentase en Toledo, donde la corte á la sazón se hallaba.

Su presencia y discrecion no desmintieron en este nuevo teatro la fama que le habia precedido. Alto, grande de cuerpo, bien hecho, bien agestado; y aunque de ordinario era, segun Oviedo, taciturno y de poca conversacion, sus palabras cuando queria eran magníficas, y sabia dar grande interés á lo que contaba. Tal se presentó delante del Emperador; y al pintar lo

que habia padecido en aquellos años crueles, cuando por extender la fe cristiana y ensanchar la monarquía habia estado tanto tiempo combatiendo con el desamparo, con el hambre y con las plagas todas del cielo y de la tierra, conjuradas en contra suya, lo hizo con tanto desahogo y con una elocuencia tan natural y tan persuasiva, que Carlos se movió á lástima, y recibiendo sus memoriales con la gracia y benignidad que solia, los mandó pasar al consejo de Indias para que allí se le hiciese favor y se le despachase. La ocasion no podia ser mas oportuna : Carlos V, entonces halagado por la victoria y por la fortuna, se veia en la cumbre de su gloria. Humillada Francia con la derrota de Pavía y la prision de su rey, puesta en respeto Italia con el escarmiento de Roma, árbitro de la Europa, disponiéndose á partir para recibir de las manos del Pontífice en Bolonia la corona imperial; y como si todo esto junto fuese aun poco, puestos dos españoles á sus piés, aquel acabando de darle un grande y rico imperio, este presentándose á ofrecerle otro mas vasto y mas opulento.

Viéronse en efecto en aquella ocasion Hernan Cortés y Pizarro, que se conocian ya desde su primera residencia en Santo Domingo, y aun se dice que eran amigos. Cortés venia á combatir con su presencia las dudas que se tenian de su fidelidad, y es cierto que si realmente las hubo, fueron desvanecidas como sombras al esplendor de la magnificencia, bizarría, y discrecion maravillosa que desplegó en aquel afortunado viaje. Los honores brillantes que recibió del Emperador y de la corte, pudieron servir á Pizarro de estímulo noble y poderoso para animarle á hechos igualmente grandes. Los dineros con que se dice que el conquistador de Méjico ayudó entonces al descubridor del Perú, le fueron por ventura menos útiles que la prudencia y maestría de sus consejos. Util le fué tambien la especie de ingratitud usada entonces con Cortés, á quien, á pesar de las honras y mercedes que se le prodigaban, no fué concedido el mando político de un reino en cuya conquista habia hecho muestra de un valor y de unos talentos tan sublimes como singulares. Pizarro lo tuvo presente al extender su contrata para la pacificacion de las regiones que habia descubierta, y no consintió que se le pusiese en ellas ni superior ni aun igual.

La ambicion, hasta entonces ó dormida ó suspensa en su ánimo, se despertó con una violencia tal, que le hizo romper todos los vínculos de la fe prometida, de la amistad y de la gratitud. No solo se hizo nombrar por vida gobernador y capitán general de doscientas leguas de costa en la Nueva Castilla, que tal era el nombre que se daba entonces al Perú, sino que procuró también para sí el título de adelantado y el alguacilazgo mayor de la tierra; dignidades que, según lo convenido, debía negociar la una para Almagro, la otra para Bartolomé Ruiz. La alcaldía de la fortaleza de Tumbez, la futura del gobierno en caso de faltar Pizarro, la declaración, en fin, de hidalguía, y la legitimación de un hijo natural, no podían ser para Almagro mercedes y honores suficientes á disminuir la distancia y superioridad inmensa á que su compañero se ponía respecto de él. Menos descontento pudo quedar Bartolomé Ruiz, puesto que el título de piloto mayor de la mar del Sur, y el de escribano de número de la ciudad de Tumbez para un hijo suyo cuando estuviere en edad de desempeñarlo, no eran gracias tan desiguales á su mérito y á sus servicios. Pedro de Candia fué hecho capitán de la artillería que había de servir en la expedición, y todos los famosos de la Gorgona declarados fidalgos los que no lo eran, y caballeros de la espuela dorada los que ya tenían aquella calidad. Solo Fernando de Luque pudo quedar satisfecho de la consecuencia y buena fe de su asociado. Por fortuna los títulos y dignidades eclesiásticas á que él aspiraba no podían competir con la preeminencia y prerogativas del nuevo gobernador, y á esto debió sin duda ser electo para el obispado que debía establecerse en Tumbez, y nombrado, mientras las bulas se despachaban en Roma, protector general de los indios en aquellos parajes, con mil ducados de renta anual ¹.

Logró además Pizarro para sí la merced del hábito de Santiago; y no contento con las armas propias de su familia, consiguió que se les añadiesen nuevos timbres con los símbolos

1. Él, sin embargo, se daba después por quejoso, así de Pizarro como de Almagro, y los acusaba de ingratos en las cartas que escribía al cronista Oviedo. (Véase la *Historia general* de este, capítulo 1º del libro 46.)

de sus descubrimientos. Una águila negra con dos columnas abrazadas, que era la divisa del Emperador; la ciudad de Tumbez murada y almenada con un león y tigre á sus puertas, y por lejos, de una parte el mar con las balsas que allí usaban, y de la otra la tierra con hatos de ganado y otros animales del país, fueron los blasones nuevos añadidos á las armas de los Pizarros. La orla era un letrero que así decía: *Caroli Cæsaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa ducis Pizarro inventa et pacata*. Ofende la soberbia y se extraña la ingratitud que encierra en sí esta leyenda; pero no sé si todo desaparece con aquella jactancia, ó llámese bizarria verdaderamente española, con que daba por logrado todo lo que no estaba emprendido, y como conquistado y vencido lo que no hacía mas que acabar de descubrir. Habiase obligado por la capitulación hecha con el Gobierno á salir de España para su expedición en el término de seis meses, y llegado á Panamá, emprender el viaje para las tierras nuevamente descubiertas en otro término igual. Erase pues forzoso ganar tiempo y aprovechar los pocos medios que le quedaban. Mas á fin de que se supiesen prontamente en Indias los despachos que iba á llevar, y no se hiciese novedad en la conquista, luego que tuvo junta alguna gente, envió delante como unos veinte hombres, los cuales llegaron en fines de aquel mismo año á Nombre de Dios. La diligencia no podía ser mas oportuna, pues ya Pedrarias en Nicaragua, aparentando quejas de que le hubiesen separado de la compañía, en que al principio le admitieron, trataba de tomar la empresa por sí y otros asociados. Y aun á duras penas pudieron escapar de su ira y de sus garras Nicolás de Rivera y Bartolomé Ruiz, que de parte de Almagro habían ido en un navío á Nicaragua á publicar grandezas del Perú, y á excitar los ánimos á entrar y disponerse para la empresa luego que Pizarro volviese.

Él entre tanto se hallaba en Sevilla continuando los preparativos de su viaje. Había anteriormente pasado por Trujillo, con el objeto sin duda de abrazar á sus parientes, y disfrutar la satisfaccion, tan natural en los hombres, de presentarse aventajados y grandes en su patria, si antes en ella fueron tenidos en poco por sus humildes principios. Su familia, que quizá no había hecho caso ninguno de él en el largo discurso

de tiempo que habia mediado desde su partida, le recibió sin duda entonces con el agasajo y respeto debidos á quien iba á ser el arrimo y principal honor de toda ella. Cuatro hermanos que tenia, tres de padre y uno de madre, se dispusieron á seguirle y á ser sus compañeros de trabajos y de fortuna. Con ellos se presentó en Sevilla, y con ellos, luego que tuvo adelantados algun tanto los preparativos de la expedicion, se embarcó en los cinco navios que componian su armamento.

Faltaba mucho para completar en él lo que habia capitulado con el Gobierno. Sus medios eran tan cortos, y la empresa tan desacreditada, á pesar de sus magnificas esperanzas, que no habia podido completar la leva de ciento y cincuenta hombres que debia sacar de España. El plazo señalado estrechaba: ya el consejo de Indias, receloso de la falta de cumplimiento, y acaso tambien instigado por algun enemigo de Pizarro, trataba de examinar si los navios aparejados para partir estaban provistos de la gente y pertrechos prescritos en la contrata. La órden estaba expedida para que fuesen visitados y reconocidos, y hallándoseles en falta no se les dejase salir. El temeroso de esta pesquisa y ansioso de evitar dilaciones, dió la vela (19 de enero 1530) al instante en el navio que montaba, sin embargo de tener el tiempo contrario, dejando encargado el resto de la escuadrilla á su hermano Hernando Pizarro y á Pedro de Candia, con la advertencia de que en el caso de ser reconocidos y echándose de menos la gente que faltaba para el número convenido, respondiesen que iba en el navio delantero. De este modo el que á su llegada de Indias habia sido preso en Sevilla por deudas atrasadas, tambien por no poder ocurrir á los gastos en que se habia empeñado tenia que salir de España como un miserable fugitivo.

Fueron con efecto reconocidos los navios, y preguntados judicialmente los religiosos dominicos que iban en la expedicion, Hernando Pizarro, Pedro de Candia y otros pasajeros¹.

1. Este reconocimiento y probanza se hicieron en 27 de enero de 1530: existe todavia el documento auténtico de todo ello, y de él se deduce que eran cinco los navios que Pizarro llevaba para la gente y pertrechos de guerra, y que iba además uno de pasajeros que no iban á la conquista. — (Extractos de Muñoz, año 1530.)

La contestacion fué tal, que satisfechos los ejecutores del registro, se permitió la salida, y los buques siguieron el rumbo de su capitana, que los esperaba en la Comera. Reunidos allí, continuaron felizmente su navegacion á Santa Marta, donde Pizarro diera algun descanso á su gente á no habérsele empezado á desbandar, desalentada con las tristes y desesperadas noticias que corrian de los países adonde iban. Huyó pues de allí como de una tierra enemiga, y dióse prisa á llegar á Nombre-de-Dios, donde desembarcó al fin con solos ciento veinte y cinco soldados.

A la nueva de su llegada corrieron al instante á saludarle sus dos compañeros, y el recibimiento que se hicieron los tres no desdijo de la amistad antigua y de los vinculos que los unian. No dejó, sin embargo, Almagro de darle sus quejas á solas: «era extraño por cierto, le decia, que cuando todos eran una cosa misma, él se hallase como excluido de los grandes favores de la corte y limitado á la alcaidia de Tumbes: gracia en verdad bien poco correspondiente á la amistad antigua que habia entre los dos, á la fe jurada, á los trabajos padecidos, á la mucha hacienda empeñada por él en la empresa. Y lo mas sensible para un hombre tan ansioso de ser honrado por su rey, era la mengua que recibia á los ojos del mundo viéndose así excluido de sus justas esperanzas con tan poca estimación, ó mas bien con tanto vilipendio. A esto contestó Pizarro que no se habia olvidado de hacer por él cuanto debia; que la gobernacion no podia darse mas que á uno; que no era poco lo hecho en haber empezado á negociar, pues lo demás vendria fácilmente después, mayormente cuando la tierra del Perú era tan grande, que habria sobrado para los dos; por último, que como su intencion era siempre de que lo mandase todo como propio, eran excusadas por lo mismo las dudas y las quejas, y debia quedar satisfecho.

El descargo á la verdad era bien insuficiente; pero en la sencilla y apacible condicion de Almagro hubiera bastado acaso á sosegar todas las inquietudes si Pizarro no trajera sus cuatro hermanos consigo. Pues ¿cómo presumir después de lo pasado que el Gobernador pospusiese los intereses de ellos á los de su amigo? No hay duda que al valor y prendas de alma y cuerpo que desplegaron después se debieron en gran parte

las grandes cosas que se hicieron en la conquista; pero no es menos cierto que á su orgullo, á su ambicion y á sus pasiones se deben atribuir principalmente las guerras civiles que después sobrevinieron, y aquel torbellino espantoso de desastres, de escándalos y de crímenes que los devoró á todos ellos.

Eran tres hermanos de padre, como ya se ha dicho: legítimo Hernando, y los otros dos, Juan y Gonzalo, bastardos como el Gobernador; Francisco Martín de Alcántara, el cuarto, era hermano suyo por su madre. De ellos el más señalado y el que influyó más en los acontecimientos fué Hernando, no tanto por la preponderancia que le daba su legitimidad y mayoría, como por las grandes y encontradas calidades que se hallaban en su persona. Desagradable en sus facciones, gentil y bizarro en la disposición de su cuerpo, de modales finos y urbanos, de amable y gracioso hablar; su valor era á toda prueba, su actividad infatigable; en cualquiera acontecimiento, por inesperado que fuese, veía con presteza de águila lo que convenia hacer, y con la misma presteza lo ejecutaba. No habia cuando estaba en España cortesano más flexible, más artero, más liberal; no habia en América español más altivo, más soberbio ni más ambicioso. No miraba él la corte sino como instrumento de sus miras; no consideraba los hombres sino como siervos de su interés ó como víctimas de sus resentimientos. Templado y humano con los indios, odioso y temible á los castellanos, astuto, disimulado y falso, incierto en sus amistades, implacable en sus venganzas, eclipsaba con sus grandes calidades las de su hermano el Gobernador, á cuya elevación y dignidad lo sacrificaba todo, y parecia el mal genio destinado á viciar la empresa con el veneno de su malicia y con la impetuosidad de sus pasiones ¹.

Era imposible que un hombre de este temple se aviniese á depender de Almagro, que feo de rostro y desfigurado además con la pérdida del ojo, pobre de talle, llano y simple en sus

1. «E de todos ellos, Hernando Pizarro, solo era legítimo, é más legitimado en la soberbia: hombre de alta estatura é grueso, la lengua é el labio gordos, é la punta de la nariz con sobrada carne é encendida; y este fué el desavenidor y el torbador del sosiego de todos.» — (Oviedo, *Historia general*, lib. 46, cap. 1.º)

palabras, ganoso de honores en demasia, por lo mismo que tardaba en conseguirlos, convidaba más al desprecio que á la estimación cuando no se le consideraba más que por lo exterior solo. Hernando Pizarro y sus hermanos recién venidos no le podian considerar de otro modo, y más al experimentar la escasez de recursos que les proporcionaba, hallándose gastado y consumido con los muchos dispendios que habia hecho. El desprecio que tenían en su corazón traspiraba á veces en sus ademanes, y á veces también en sus palabras. Almagro, resentido, se conducia cada vez con más indiferencia y tibieza, como quien no queria afanarse por ingratos; y esta triste disposición se acababa de enconar en sus ánimos con los chismes, sospechas y sugerencias traídas y llevadas todos los días por amigos, enemigos y parciales. Llegaron á tanto en fin los sentimientos de una y otra parte, que Almagro estuvo ya dispuesto á que entrasen en la compañía otros dos sujetos para hacer frente con ellos á los Pizarros, y el Gobernador empezó á tratar con Hernando Ponce y con Hernando de Soto, ricos vecinos de Leon, en Nicaragua; los cuales, propietarios de dos navios y soldados experimentados en las cosas de Indias, podrian con sus personas y bienes ayudarle en la expedición y suplir abundantemente la falta de Diego de Almagro.

Pero el rompimiento que por instantes estaba para estallar, pudo al fin contenerse con las advertencias y reclamaciones de Hernando de Luque y del licenciado Espinosa. Hallábase este á la sazón en Panamá, y además de ser amigo de todos ellos, tenia en la empresa, según se ha sabido después, una parte harto más considerable que Hernando de Luque. Mediaron ambos, y las diferencias se concertaron con un convenio, cuyas condiciones principales fueron que Pizarro se obligase á no pedir ni para sus hermanos merced ninguna del Rey hasta que se diese á Almagro una gobernación que comenzase donde acababa la suya, y que todos los efectos de oro y plata, joyas, esclavos, naborias y cualesquiera bienes que se hubiesen en la conquista se dividiesen por partes iguales entre los primeros asociados.

Conciliados algún tanto los ánimos por entonces con este acuerdo, los preparativos se adelantaron con mayor actividad, y pudo darse principio á la expedición. Almagro, como la

primera vez, se quedó en Panamá á completar las provisiones y pertrechos necesarios y á recibir la gente que de Nicaragua y otras partes acudia á la fama de la conquista. Mas Pizarro dió luego á la vela en tres navichuelos provistos de las municiones de boca y guerra suficientes, y llevando á sus órdenes ciento y ochenta y tres hombres ¹. Con este miserable armamento, mas propio de pirata que de conquistador, se arrojó á atacar el imperio mas grande y civilizado del Nuevo Mundo. Hubo sin duda en esta empresa mucha constancia, valor grande, y á las veces no poca capacidad y prudencia; pero es preciso confesar que hubo mas de ocasion y de fortuna, y á tener noticias mas puntuales de la extension y fuerzas del país, es de creer que no se aventurasen á tanto con fuerzas tan desiguales. Mas los españoles entonces solo se informaban de las riquezas de una region, y no de su resistencia; esta en su arrojío era nula: allá iban, y allá se perdian si no les ayudaba la fortuna, ó se coronaban de poder y de riquezas cuando les era propicia: héroes en un caso, insensatos en otro.

El primer punto en que la expedicion tomó tierra fué la bahia de San Mateo; allí se determinó que la mayor parte de la gente con los caballos tomase su camino por la marina, y los navios fuesen costeando casi á la vista unos de otros. Vencieron con su acostumbrada constancia las dificultades que les ofrecia el país en aquella direccion, por los rios y esteros que tenian que atravesar; y llegaron, en fin, al pueblo de Coaque, rodeado de montañas y situado cerca de la linea. Los

1. Esta salida fué en los últimos dias del año de 1530 ó primeros del 31, segun se deduce de la relacion manuscrita del padre Naharro, donde se dice que Pizarro hizo bendecir las banderas en la iglesia de la Merced de Panamá el dia de San Juan Evangelista del año de 1530, y confesar y comulgar á sus soldados el inmediato de los Inocentes. No parece verosímil, segun esto, que la salida se dilatase hasta febrero, como lo expresa la relacion antigua de Pedro Sancho que hay en Ramusio, seguida en esta parte por Robertson. Zárate dice expresamente que la salida fué á principios del año 31: ni en Jerez, ni en Oviedo, ni en Garcilaso, ni en Herrera se halla determinada la fecha con precision. Por lo demás, la autoridad del padre Naharro en esta parte es incontestable, porque él sacó la noticia de los registros mismos de la iglesia de la Merced.

indios, viéndolos venir, los esperaron sin recelo, como que ningun mal merecian de aquella gente extranjera. Mas ya su marcha era enteramente hostil, el pueblo fué entrado como por fuerza, las casas y habitantes despojados de cuanto tenian, los indios, despavoridos, se dispersaron por aquellos valles y asperezas. Hallaron al Cacique escondido en su propia casa, y traído delante del Capitan, dijo que no se habia atrevido á presentarse, receloso de que le matasen, viendo cuán contra su voluntad y la de los suyos se habia entrado el lugar por los españoles. Pizarro le aseguró, diciéndole que su intencion no era de hacerle mal ninguno, y que si hubiera salido á recibirle de paz no les tomará cosa ninguna. Amonestóle que hiciese venir la gente al lugar, y volvió con efecto la mayor parte al mandato del Cacique, y proveyeron por algun tiempo de bastimento á los castellanos; pero sentidos del poco miramiento con que eran tratados, se dispersaron y desaparecieron otra vez, sin que por mas diligencias que se hicieron pudiesen después ser habidos.

Fué considerable el botin, pues de solas las piezas de oro y plata se juntaron hasta veinte mil pesos, sin contar les muchas esmeraldas que tambien se hallaron y valian un tesoro ¹. Hizose de todo un monton de donde se sacó el quinto para el Rey, y se repartió lo demás segun lo que á cada uno proporcionalmente correspondia. La regla que invariablemente se observaba en esta clase de saltos y saqueos, era poner de manifiesto cada uno lo que cogia, para agregarlo á la masa, que después habia de distribuirse. Fuerza les era hacerlo así, porque tenia pena de la vida el infractor de la regla, y la codicia, que todo lo vigila, nada perdona tampoco.

Los tres navios salieron de allí, dos para Panamá y uno para

1. Dicese que muchas de estas esmeraldas se perdieron por quererlas probar con martillo, para distinguir las de otras piedras verdes que se les parecian mucho. Aconsejábales esto fray Reginaldo de Pedraza, un dominicano que iba en la expedicion con otros religiosos de su orden, asegurándoles que la verdadera esmeralda era mas dura que el acero. Aun la murmuracion soldadesca no perdonó á este fraile, pues decian que con achaque de probarlas se las guardaba. — (Herrera, década 4.ª, lib. 7.º cap. 9.º)

Nicaragua, á mostrar las piezas de oro ricas y vistosas habidas en el despojo, y estimular con ellas los ánimos para venir á militar en la expedicion. Pizarro daba cuenta á sus amigos de su buena fortuna, y les pedia que le enviasen en los navios hombres y caballos. El entre tanto se quedó á aguardar su vuelta en aquella tierra de Coaque, donde los españoles volvieron á experimentar todos los males y trabajos de sus peregrinaciones anteriores. Era este como el último esfuerzo que hacia la naturaleza contra ellos para defenderles el Perú, y es preciso confesar que fue harto doloroso y cruel. Acostábanse sanos, y amanecian unos hinchados, otros tullidos, algunos muertos. Y como si este azote no fuese bastante, acometió á la mayor parte de ellos una enfermedad tan penosa como horrible, en la que se les llenaba el cuerpo y la cara de berrugas grandes, blandas y dolorosas que les incomodaban y afeaban, sin saber de qué manera se las podrian curar. Los que se las cortaban se desangraban, y á veces hasta morir; los otros tenian por mucho tiempo que sufrir sobre sí aquella peste, que se pegaba de unos á otros y cada vez se hacia mas cruel. Renoyábanse á los veteranos sus antiguas aflicciones y agonias, mientras que los de Nicaragua recordaban con lágrimas las delicias del país que habian dejado, y maldecian la hora en que salieron de allí fascinados por esperanzas tan traidoras. Consolábalos Pizarro lo mejor que podia; pero el tiempo se pasaba, los navios no venian, y ya desalentados y afligidos, pedian á quejas y gritos pasar á otra tierra menos adversa y cruel.

Al cabo de siete meses que allí aguardaban, apareció un navio que les traia bastimentos y refrescoes. En él venian Alonso de Riquelme, tesorero de la expedicion, y los demás oficiales reales que no habiendo podido salir de Sevilla al tiempo que Pizarro, por la priesa y cautela con que emprendió su viaje, habian, en fin, llegado á Indias y venian con algunos voluntarios á incorporarse con él. Alentados con este socorro, y mas con la esperanza que Almagro daba de acudir prontamente con mayor refuerzo, determinaron pasar adelante, y por Pasao, los Caraques y otras comarcas habitadas de indios, llegaron por último á Puerto Viejo, donde fronteros á la isla de Puna y próximos á Tumbes, pudieron considerarse á las

puerías del Perú. En unas partes habian sido recibidos de paz ó por temor á sus armas ó por el deseo de quitarse de encima aquellos huéspedes incómodos; en otras encontraron con hostilidades que al fin se convertian en mayor daño de los naturales; porque no eran los obstáculos puestos por los hombres los que podian detener la marcha de aquellos audaces extranjeros: harto mas arduos eran los que la naturaleza les ponía, y ya los habian vencido.

Acrecentóse en gran manera la confianza de Pizarro con la llegada de treinta voluntarios que vinieron de Nicaragua, entre ellos Sebastian de Belalcázar, uno de los capitanes que mas se señalaron después en el Perú. Querian algunos, cansados ya de viajar, que se poblase en Puerto Viejo; mas el Gobernador tenia otras miras, y su intencion era pasar á la isla de Puna y pacificarla amigablemente ó á la fuerza, para después venir á Tumbes y sujetar á aquel pueblo con el ayuda de los insulares si se resistian á recibirle. Duraba entre aquellas gentes la animosidad antigua, y sobre ella fundaba el conquistador su plan, que á pesar de las razones que tuviese para preferirle, no tuvo éxito correspondiente á sus esperanzas y deseos, pues no le excusó al fin la molestia y peligro de tener á unos y otros por enemigos, y dos guerras en lugar de una.

Pudo evitarse la de la isla, á proceder los españoles con mas confianza ó mas espera. Mas esto no era posible atendidas las sospechas que, segun las relaciones antiguas, infundieron los intérpretes á Pizarro sobre la buena fe de los isleños. Los castellanos, conducidos á Puna en balsas proporcionadas por los indios, asegurados por Tomalá, su principal cacique, que vino á Tierra-Firme á disipar las dudas que Pizarro podia tener de su buena voluntad, fueron agasajados, regalados y divertidos con toda clase de demostracion amistosa. Mas nada bastaba para aquietar sus ánimos prevenidos, que tomaban aquellas pruebas de benevolencia por otras tantas celadas alvosas con que los indios trataban de exterminarlos á su salvo. ¿Eran fundadas estas sospechas, ó no? La decision es difícil cuando no tenemos á la vista mas que las relaciones de los vencedores, parciales por necesidad, y que han de propender siempre á justificar sus procedimientos. Y en este caso hay

mas motivos de duda, puesto que los intérpretes que tanto enconaban á los castellanos eran tumbecinos, enemigos naturales de los insulares, y por consiguiente inclinados á procurarles todo el mal posible de parte de aquellos huéspedes poderosos. De cualquier modo que esto fuese, Pizarro, informado un dia de que el principal cacique se avistaba con otros diez y seis, y recelando comprometida en esta conferencia la seguridad de los españoles, envió á buscarlos á todos, y traídos á su presencia, los reconvino ásperamente por el mal término que con él usaban. Mandó en seguida que se reservase á Tomalá y se entregasen los otros á los indios tumbecinos, que habiendo entrado con él en la isla bajo el amparo y sombra de los castellanos, todo lo estragaban en ella con robos y devastaciones. Ellos viendo en poder suyo á sus victimas, se arrojaron á ellas como bestias feroces, y les cortaron las cabezas por detrás á manera de reses de matadero.

Los de Puna viéndose atropellados de este modo por los extraños, insultados por sus enemigos naturales, preso su señor y descabezados sus caciques, acudieron á las armas, y en número de quinientos acometieron á los españoles no solo en el real donde tenian hecho su asiento, sino hasta en los navios, que por mas desamparados, parecian mas fáciles de ofender; pero bien pronto conocieron la diferencia de armas á armas, y de brazos á brazos. ¿Qué podrian hacer aquellos infelices medio desnudos, con sus armas arrojadas hechas de palma, contra cuerpos de hierro, contra espadas de acero, contra la violencia de los caballos y el estruendo y estrago de los arcabuces? No perdieron el ánimo sin embargo, aunque rechazados con pérdida por todas partes; y volvian una vez y otra al ataque con nueva furia, para dispersarse después y esconderse en los pantanos y manglares del país. Duró esta guerra, si tal puede llamarse, muchos dias, sin que los españoles, fuera de los cortos despojos que en los primeros encuentros recogieron, sacasen mas que sobresalto, cansancio, y algunas veces heridas. Pizarro, conociendo que no le era ventajoso continuarla, hizo traer delante de sí á Tomalá, y le dijo que ya veia los males que sus indios habian traído sobre sí con su doblez y alevosía: á él, como su cacique, convenia atajarlos, y por lo mismo le amonestaba que les

mandase dejar las armas y recogerse pacíficamente á sus casas: cuando esto se realizase los castellanos cesarian de hacerles guerra. A esto repuso el indio « que él no habia dado motivo á ella, siendo falso cuanto se le habia imputado; que le era por cierto bien doloroso ver su tierra hollada de enemigos, su gente muerta, y todo asolado y destruido. Todavía por complacerle era gustoso de mandar lo que queria, y daria órden á los indios para que dejaran las armas. » Así lo hizo, y no una vez sola; pero ellos no quisieron obedecerle y enconados y furiosos, decian á gritos que nunca tendrian paz con gente que tanto mal le habia hecho.

En tal estado de cosas llegó de Nicaragua Hernando de Soto con dos navios, en que venian algunos infantes y caballos. Fué este capitán considerado desde entonces como la segunda persona del ejército, bien que ya estuviese ocupado por Hernando Pizarro el cargo de teniente general que á él se le habia ofrecido en las conferencias tenidas anteriormente en Panamá. Supo Soto disimular este desaire con la templanza y cordura que siempre le acompañaron; y su destreza, su capacidad y su valor, manifestados en todas las ocasiones de importancia, le granjearon desde luego aquel lugar distinguido que tuvo siempre en la estimacion de indios y españoles. El socorro que trajo consigo pareció bastante á Pizarro para emprender cosas mayores, con tanta mas razon cuanto que los soldados estaban ya cansados de aquella guerra infructuosa, muchos de ellos enfermos aun del contagio de las berrugas, y todos deseosos de establecerse en otra parte. Estas consideraciones le hicieron resolverse á dejar la isla y pasar á tierra firme.

Si la guerra de Puna pudo fácilmente excusarse, la de Tumbes, por el contrario, ni pudo esperarse ni prevenirse. Todo al parecer alejaba la idea de un rompimiento de parte de aquella gente: el trato antiguo desde el primer reconocimiento, el concepto favorable que los castellanos dejaron allí entonces, la buena acogida que hicieron á los que se unieron á ellos. Juntos habian pasado á Puna, allí los tumbecinos habian hollado y desolado á su placer la tierra enemiga, allí habian tenido la feroz satisfaccion de sacrificar por su mano á los caciques, y seiscientos cautivos que los de Puna guardaban destinados, parte al sacrificio y parte

á las labores del campo, fueron puestos en libertad por Pizarro de resultas de su primera victoria, y enviados al continente con todo lo que les pertenecía. Beneficios eran estos que debian asegurar la buena voluntad y amistosa acogida de aquellos naturales; y sin embargo no la aseguraron, y los españoles fueron recibidos por los tumbecinos con toda la alevosia y la perfidia que pudieran temerse del enemigo mas encarnizado. Los españoles al verse asaltados así debieron sentir tanta sorpresa como indignacion, y acusar altamente la perversidad de aquellos bárbaros sin fe. Mas la causa no estaba en los indios, estaba en ellos mismos. Cuando la otra vez vinieron, se hacian interesantes por su novedad y se presentaban comedidos en sus acciones, corteses en sus palabras, generosos en dar, agradecidos al recibir, indiferentes á las riquezas, fieles observadores de la hospitalidad. Ahora armados y feroces, maltratando los pueblos pobres, saqueando los ricos, y llevándolo todo al rigor de la violencia, aparecian á los ojos de los indios, sabedores por fama de lo sucedido en Coaque, como bandoleros péridos y crueles, indignos de todo obsequio y respeto y acreedores á toda doblez y alevosia. No tenian pues los castellanos por qué quejarse de los tumbecinos, á los cuales el instinto de su propia conservacion debia necesariamente instigar á repeler de cuantos modos pudiesen á sus odiosos agresores.

El paso de la isla á la tierra firme se hizo parte en los navíos y parte en las balsas, donde se pusieron los caballos y el bagaje. Llegaron primero los que iban en las balsas, y á tres que los indios pudieron coger por ir mas delanteros, después de ayudarles cortestamente á salir á tierra, los llevaron al lugar como para aposentarlos, y al instante que llegaron se echaron sobre ellos, les sacaron los miembros, y aun vivos y palpitantes los echaron en grandes ollas que tenían puestas al fuego, donde tristemente perecieron. Las demás balsas iban llegando cuál con mas cautela, cuál con menos, y los indios las acometian y robaban el herraje y ropa que llevaban, perdiéndose en este despojo la mayor parte del equipaje del Gobernador, que iba en una de ellas. Los hombres que salian á tierra, como se vieron sin capitán y sin guía, mojados y cogidos de sobresalto, empezaron á dar voces pidiendo ayuda. A la

grita y al bullicio del desórden, Hernando Pizarro, que con los caballos habia saltado en tierra algo distante de allí, se arrojó para socorrerlos por medio de un estero que habia entre unos y otros. Siguiéronle los que se hallaban con él, y á su vista y arremetida los indios no tuvieron aliento para sostenerse, y abandonaron el campo. De este modo pudo la gente de las balsas acabar de desembarcar, y á poco llegó Pizarro con los navíos.

Hallóse el pueblo no solo yermo, sino enteramente arruinado. La guerra con los de Puna, enconada nuevamente con las divisiones del imperio, le tenia en un estado harto diferente de aquel en que le vieron la primera vez los españoles. Desalentábanse ellos mucho con el aspecto de aquellas ruinas, y mas los de Nicaragua, al comparar los trabajos que allí padecian y la devastacion que miraban, con las delicias de su paraíso, que este nombre daban á aquella bella provincia. Llegó en esto un indio, que rogó á Pizarro no se le saquease su casa, una de las pocas que se veian en pié, y prometió quedarse en su servicio. « Yo he estado en el Cuzco, añadía, yo conozco la guerra, y no dudo que toda la tierra va á ser vuestra. » Mandó el Gobernador al instante señalar aquella habitacion con una cruz para que fuese respetada, y prosiguió oyendo al indio lo que contaba del Cuzco, de Vilcas, de Pachacamac y otras poblaciones de aquella region; de las grandezas de su rey, de la abundancia de oro y plata, empleados no solo en los utensilios y cosas mas comunes, sino tambien en chapear las paredes de los palacios y de los templos.

Cuidaba Pizarro de que estas noticias cudiesen entre los españoles; pero ellos, escarmentados é incrédulos, no les daban acogida, teniéndolas por invenciones suyas para levantarles el ánimo con la esperanza y cebarlos en la empresa. Tal concepto habian hecho anteriormente en la isla de Puna de un papel encontrado en la ropa de un indio que habia servido al marinero Bocanegra, escrito, segun se decia, por él, y donde habia estas palabras: « Los que á esta tierra viniéredes, sabed que hay mas oro y plata en ella que hierro en Vizcaya. » El artificio era á la verdad harto grosero, y no produjo mas efecto que cerrarles la fe y los oídos á las

grandes cosas que aquel indio contaba después, y que otros que iban llegando repetían.

Quiso también Pizarro saber de él cuál había sido el paradero de los dos españoles que quedaron en Tumbez en su primer viaje: respondió que poco antes que llegase el ejército habían sido muertos los dos, uno en Numbez y otro en Cinto. De la muerte no se dudó, porque jamás parecieron; pero del motivo de su desgracia y de los sitios en que sucedió variaban las noticias según la pasión ó las miras de los que las daban. Quién decía que fueron muertos por su insolencia y libertades con las mujeres del país, quién que yendo con los de Tumbez á un combate con los de Puna, habían sido cogidos, alanceados por los insulares; quién, en fin, que llevados á que los viese el inca Huayna-Capac, sabiendo sus conductores que era muerto, los mataron en el camino.

De cualquier modo que esta desgracia sucediese, y á pesar de la perfidia y crueldad usada por los tumbecinos con los castellanos en su travesía desde Puna, Pizarro creyó conveniente darles la paz que le pedían, y permitirles que volviesen á poblar su lugar desamparado. Revolvía ya en su pensamiento fundar en aquellos contornos un pueblo donde dejar los soldados enfermos y cansados; y que siendo cómoda entrada para los socorros que pudiesen venirle de las otras partes de América, fuese también refugio seguro para su retirada en caso de descalabro. Conveniente pues pacificar la comarca y no dejar enemigos á sus espaldas. Con este objeto no solo se reconcilió con los indios de Tumbez, sino que salió de allí para hacer por sí mismo un reconocimiento con el grueso del ejército en los llanos (16 de mayo de 1532), y con una parte de él envió á Hernando de Soto á hacer otro por la sierra. Los indios de los valles se sometieron sin dificultad con la fama que ya había entre ellos del poder y valor de los españoles, y mas todavía con los castigos que hicieron en los que con razon ó sin ella sospecharon que se les querían oponer. A Soto hicieron alguna resistencia los serranos, menospreciando su gente por tan poca; mas luego que hicieron prueba de sus fuerzas con ella, se pusieron en huida, y los castellanos siguieron su marcha hasta descubrir parte del camino real que el inca Huayna-Capac había hecho construir en aquellas al-

turas. Los despojos que hubieron de la refriega con los indios, y las muestras de oro y plata que por todas partes les presentaba la tierra, acrecentaron la alegría y las esperanzas de sus compañeros cuando volvieron al real: de manera que el Gobernador, viendo esta buena disposición, determinó aprovecharse de ella para poner en ejecución sus intentos.

Procedióse en seguida á la fundación del nuevo asiento, que se llamó la ciudad de San Miguel, en los valles de Tangarala, á treinta leguas de Tumbez, veinte y cinco del puerto de Payta, y ciento y veinte de Quito. Fué la primera población española en aquella regiones, y después, por ser mal sano el sitio primero, se trasladó á las orillas del río Piura, de donde le quedó el nombre. Pizarro arregló con todo esmero y según las instrucciones que traía, su policía y regimiento, y le dió las reglas mas oportunas para su conservación y defensa en medio de tanta gente enemiga, como que había de ser en todo caso el fundamento y apoyo de sus operaciones. Al mismo tiempo hizo por vía de depósito el repartimiento del territorio, según tenían de costumbre los españoles en todas las demás partes de Indias. En esta distribución cupo Tumbez á Hernando de Soto, sea que el Gobernador quisiese indemnizarle así del cargo de su segundo, que había conferido á su hermano, sea que por este modo quisiese manifestarle el aprecio que le merecían su persona y sus servicios. Hizose también entonces repartimiento del oro habido en los últimos acontecimientos, y con el quinto del Rey despachó el General á Panamá los navios que estaban en Payta, escribiendo á su compañero Almagro que se diese prisa á venir con toda la gente que pudiese. Sospechábase de él que trataba hacer armada y gente para salir á descubrir y poblar por sí mismo, y Pizarro le rogaba en sus cartas, por todo cuanto había mediado entre ellos, que no diese lugar ni á sospechas ni á enojos pasados, y se viniese para él. Dispuestas así las cosas, todavía se detuvo algun tanto en arrancar con su gente. Necesitaba tomar mas amplias noticias de las fuerzas, recursos y costumbres del pueblo que iba á someter, y por otra parte, daba lugar con la dilación á que le pudiesen llegar nuevos refuerzos, necesarios á la consecución de su empresa, vista la poca gente que tenía consigo. Pero estos refuerzos no llegaban;

y no queriendo perder reputacion con los indios si mas se detenia, ni tampoco la ocasion que le presentaban las divisiones de los dos incas para sojuzgarlos á uno y otro, moviése al fin de los valles donde estaba, y con solos ciento setenta y siete hombres de guerra, de los cuales sesenta y siete iban á caballo, tomó su camino por las cumbres, dirigiéndose á Caxamalca (24 de setiembre de 1532) ¹.

La monarquía que los españoles iban á destruir se extendia de norte á sur por aquella costa del nuevo continente sobre setecientas leguas, y su origen subia, segun la tradicion de los indios, á una época de cerca de cuatro siglos. Habitaron aquel pais desde tiempo inmemorial tribus dispersas, rudas y salvajes, cuya civilizacion comenzó por las regiones australes, entre las gentes que habitaban los contornos de la gran laguna de Titicaca, en la tierra del Collao. Estos indios probablemente eran mas activos, mas belicosos é inteligentes que los otros; y como apenas hay nacion alguna que por supersticion ó por orgullo no ponga sus orígenes en el cielo, tambien los peruanos contaban que en medio de aquella gente aparecieron de improviso un dia un hombre y una mujer, cuyo aspecto, cuyo traje y cuyas palabras les infundieron veneracion y maravilla. Llamóse el Manco-Capac, ella Mama-Oello, y diéronse por hijos del sol, cuyo culto y adoracion predicaban; amaes-

1. Esta es la fecha que pone Jerez á la salida, y debe estarse á ella, y no á la de Herrera, que la señala en el 4 del mismo mes. La relacion de Jerez es propiamente un diario de la expedicion, y en esta diversidad de cómputos debe estarse mas bien á su dicho que al de otro ninguno. Tambien hay variedad sobre el número de los hombres que salieron con Pizarro de San Miguel, y esto aun en las relaciones de los testigos de vista; los unos dicen que ciento sesenta, otros que los ciento sesenta y siete expresados en el texto. Pero ¿á qué extrañarlo, cuando Jerez y Herrera no están acordados ni aun consigo mismos? Las diferencias son cortas, ni el objeto á la verdad es de mucha importancia; pero esto seria una prueba de que aun los autores mas puntuales no están libres de estas ligeras inexactitudes, y que cuando la historia descende á tales menudencias es muy fácil equivocarse en ellas. Hernando Pizarro, en su carta á los oidores de Santo Domingo, dice que eran sesenta de á caballo y noventa peones.

trados por él en todas las artes de buena policia y de virtud, y venidos por órden suya á enseñarlas en la tierra. Con este prestigio consiguieron reunir al rededor de sí algunas tribus errantes de la comarca, enseñando Manco á los hombres el cultivo de los campos, y Oello á las mujeres á hilar y á tejer y demás labores propias de su sexo. La sumision y obediencia que por este camino se granjearon de ellos eran correspondientes á los beneficios que les proporcionaban, y cuando ya estuvieron seguros de su dominacion y de su influjo, los llevaron á fundar una ciudad en un valle montuoso, á ochenta leguas de la laguna. Esta ciudad fué el Cuzeo, silla en adelante y cabeza del imperio de los incas. Allí hicieron su palacio, allí elevaron un templo al sol, allí dieron á su culto mas pompa y aparato, y mayor autoridad y majestad á sus leyes. El reino quedó vinculado en su descendencia, que siempre era reputada por sangre pura del sol, casándose aquellos principes con sus hermanas, y heredando el trono los hijos que de ellas tenian.

Desde Manco hasta Huayna-Capac se contaba una sucesion de doce principes, que, parte por la persuasion y parte por las armas, fueron extendiendo su culto, su dominacion y sus leyes por la inmensa region que corre desde Chile hasta el Ecuador, atrayendo ó sojuzgando las gentes que encontraron en las serranias de las cordilleras y en los llanos de la marina. El monarca que mas dilató el imperio fué el inca Topa-Yupangui, que llevó sus conquistas por la parte del sur hasta Chile, y por la del norte hasta Quito; bien que, segun la mayor parte de los autores, no fué él quien conquistó esta última provincia, sino su hijo Huayna-Capac, el mas poderoso, el mas rico y el mas hábil tambien de todos los principes peruanos. Él desvaneció con su valor los intentos de sus rivales, que quisieron disputarle el imperio después de muerto su padre; contuvo y apagó la rebelion de algunas provincias, sujetó otras nuevas á su imperio, visitólas todas para mantener en ellas el buen órden, dió leyes sabias, corrigió abusos en las costumbres, rodeó el trono de una grandeza y esplendor no visto hasta él, y se granjeó mas veneracion y respeto de sus pueblos que otro monarca alguno de sus antepasados. Establecieronse en su tiempo, ó se perfeccionaron mucho, tres grandes medios de

comunicacion, necesarios en provincias tan distantes y diversas: el uso de un dialecto general á todas ellas; el establecimiento de las postas para la prontitud de los avisos y de las noticias; en fin, los dos grandes caminos que conducian del Cuzco al Quito en una extension de más de quinientas leguas. De estos dos caminos uno iba por las sierras, otro por los llanos, y ambos estaban provistos á la distancia propia y conveniente, de estancias ó aposentamientos, que llamaban *tambos*, donde el Monarca, su corte y el ejército que llevaba, aunque fuese de veinte á treinta mil hombres, tomaban descanso y refresco, y renovaban, si era necesario, sus armas y sus vestidos. Obras verdaderamente reales, emprendidas y ejecutadas por los peruanos en gloria de su inca, y que al principio tan útiles, después les fueron tan perjudiciales por la facilidad que dieron á los movimientos y marcha de los españoles para la conquista del país.

Huayna-Capac murió en Quito, dejando el imperio á Huascar, su hijo mayor, habido en la Coya ó emperatriz, hermana suya. Pero como de su matrimonio con la hija del cacique principal de Quito le quedase un hijo, á quien queria mucho, llamado Atahualpa, jóven de grandes calidades y de no menores esperanzas, dejóle heredado en aquella provincia, que fué de sus abuelos maternos, no previendo los tristes efectos que de semejante particion se seguirian. Suponen otros que esta desmembracion no fué obra de Huayna-Capac, sino de Atahualpa, que hallándose bienquisto del ejército de su padre, y ganando con promesas y lisonjas á los dos generales principales Quizquiz y Chalicuchima, quiso al amparo de ellos ser y quedar por señor del país que habia pertenecido á sus mayores. Esta diferencia de tradiciones en hechos tan recientes manifiesta lo mal informados que estaban los españoles, ó el influjo que sus pasiones tenian en lo que contaban, segun que cada uno queria disculpar ó acriminar la resistencia de Atahualpa á la voluntad de su hermano ¹, el cual, queriendo absolutamente mantener la

1. Véase la contradiccion que en esta parte se observa en Herrera cotejando el cap. 11, lib. 7, década 4.ª, con el cap. 1, lib. 3, década 3.ª: en el primero la particion del Estado suena hecha por Huayna-Capac; en el segundo es la ambicion de Atahualpa la que quiere poseer á Quito contra la voluntad de su hermano y de su padre

integridad del imperio, mandó que el ejército se volviese al Cuzco, y que Atahualpa, so pena de ser tratado como enemigo, viniese á rendirle la obediencia y le restituyese las mujeres, alhajas y tesoros del inca difunto.

Las amenazas de que iba armado este mandamiento, en vez de intimidar á Atahualpa, le estimularon mas á sostener con la fuerza sus pretensiones ó sus derechos; y dando el primero la señal á la guerra civil, salió con su ejército de Quito dirigiéndose hácia la capital. Iba ocupando militarmente las provincias, ganando los naturales á su partido y engrosando sus fuerzas al paso que marchaba. Llevaba esperanza de que su hermano, mas jóven que él y de índole mas mansa y mas pacífica, vista su resolucion y temiendo su poderio, se allanase á dejarle en la posesion en que estaba y se confederase con él. Mas Huascar envió á su encuentro un ejército, cuyos generales, reforzados con la gente de algunos valles que desertaron de la causa de Atahualpa, le dieron batalla junto al tambo de Tomebamba, y después de tres dias de un obstinado combate, le vencieron y le hicieron prisionero. Llevado al tambo y guardado allí estrechamente, no por eso perdió el ánimo, pues aprovechándose del descuido en que los vencedores estaban, entregados á la algazara y borracheras de la victoria, con una barra de cobre que le dió una mujer rompió la pared de su prision, y pudo escaparse á los suyos. Dicese que para darles aliento á seguirle y volver á la pelea, les hizo creer que el sol su padre le habia libertado, convirtiéndole en culebra para que pudiese salir por un pequeño agujero, y que le prometia la victoria sobre sus enemigos si renovaba el combate. Esta astucia, y mas que ella su diligencia y valor, ayudados de su popularidad, le dieron fuerzas bastantes para volver sobre sus vencedores y trocar la fortuna de la guerra. Él los atacó, los desbarató, y el estrago de una y otra parte fué tal, que largos años después se veian con asombro en el campo de batalla las reliquias miserables de la muchedumbre que pereció en ella.

Ya vencedor Atahualpa, se aprovechó de la ventaja que acababa de conseguir con la habilidad y denuedo propios de un gran corazon, y no puso limite alguno ni á sus pretensiones ni á sus deseos. La roja borla, insignia real de los incas, con que se ciñó la frente en Tomebamba, anunció al

agitado Perú que era ya capital la contienda entre los dos hermanos, y que la suerte toda del imperio estaba comprometida en sus odios. Atahualpa, como bastardo, no podía sentarse en aquel trono, herencia sagrada y exclusiva de los hijos legítimos del sol. Pero la falta de título se suplía con su atrevimiento y arrogancia, y sus acciones y sus palabras eran menos de usurpador artificioso que de monarca ofendido é irritado. Desdoran con efecto su victoria y su fortuna las muestras de severidad y de rigor, ó por mejor decir, de crueldad, que iba dando según adelantaba en su marcha. Asoló á Tomebamba, castigó las tribus que habian abandonado su partido, y una de ellas, la de los cáñaris, de quien tenia mayores quejas, no pudo aplacar su enojo por mas demostraciones de humillacion y arrepentimiento que le hizo. Mandó matar de ellos hombres á millares, y que sus corazones fuesen esparcidos por las sementeras, diciendo « que queria ver el fruto que daban corazones fingidos y traidores ». Con esto siguió su camino hácia el Cuzco, y se situó en Caxamalca, desde donde podia atender á los movimientos de su competidor y á la marcha y miras de los castellanos, cuya entrada ya sabia y empezaba á darle cuidado.

Fue pues indispensable á Huascar juntar nuevo ejército y salir personalmente á defender su trono. Las fuerzas de los dos hermanos eran casi iguales entonces, bien que ni por la experiencia, ni por la calidad, ni por la confianza, pudiesen las del Cuzco compararse con las del Quito. Atahualpa envió delante la mayor parte de los suyos al mando de los generales Quizquiz y Chalicuchima; y estos, mas hábiles ó mas felices que los caudillos enemigos, sorprendieron un destacamento, en el que por su mal iba Huascar, y le hicieron prisionero. Con esta desgracia su ejército se dispersó y se deshizo; los vencedores se adelantaron á ocupar la capital, y Atahualpa, noticioso de su fortuna, ordenó que su hermano fuese llevado vivo á su presencia ¹.

1. En el modo de contar estos sucesos hay mucha variedad en los autores españoles. En el texto se ha seguido la narracion de Zárate, que es la mas clara, la mas consistente y la mas probable. Otros hacen preceder y seguir esta catástrofe de diferentes batallas y de muchas atrocidades

Entre tanto Pizarro al frente de su pequeño escuadron avanzaba para encontrarle. La marcha era lenta, parte por la dificultad de los caminos, parte por la circunspeccion necesaria para transitar por pueblos desconocidos, cuya voluntad era preciso ganar y asegurar imponiéndoles respeto y confianza. Así es que, aunque de San Miguel á Caxamalca no hay mas que doce grandes jornadas, los españoles tardaron cerca de dos meses en recorrer aquella distancia, y no es exceso, atendidos los estorbos que tenian que superar. Mientras mas avanzaban mas noticias tenian del poder y fuerzas del monarca que buscaban. Estas noticias, si en unos acrecentaban la ambicion y la esperanza, en otros ayudaban al recelo, considerando su corto número y sus pocas fuerzas. Pizarro quiso desde el principio atajar este desaliento, y con resolucion verdaderamente bizarra y propia de su carácter hizo entender á sus soldados que los que quisiesen volverse á avecindarse en San Miguel podian hacerlo en buen hora, y allí se les señalarian indios con quien sustentarse, como á los demás que habian quedado, pues él no queria que nadie le siguiese con flojedad y tibieza, confiando mas en el valor de los pocos que le acompañasen con buen ánimo, que en el número de muchos desalentados. Cinco de á caballo y cuatro infantes fueron los únicos que se aprovecharon de esta licencia, la cual parecerá por ventura mas temeridad que valentía á los que consideren bien cuánto valia cada hombre en aquellos descubrimientos y conquistas, y cuán difícil era poder suplir el vacío de cualquiera que faltaba.

Purgado así el ejército de aquellos pocos cobardes, los demás siguieron alegres y animosos adonde su capitán los llevaba. Por fortuna en todos los pueblos fueron recibidos de paz, y si noticias equivocadas ó siniestras interpretaciones les infundian tal vez recelo en algun paraje, este recelo se disipaba al punto que llegaban, con la amistosa disposicion de los indios y con el buen hospedaje que de ellos recibian. Dijose á Pizarro que en un pueblo llamado Caxas habia gente de guerra de Atahualpa esperando á los castellanos. El envió allí un capitán con algunos soldados para que cautelosamente lo reconociese, y haciendo otro día de marcha sentó su real en el pueblo de Zaran, y allí esperó las resultas del reconocimiento

mandado. El capitán encontró en Caxas un recaudador de tributos, el cual le recibió con franqueza y amistad, y le dió bastante noticia de la marcha que llevaba su rey, del modo que allí tenían de cobrar las contribuciones y de otras costumbres del país. El capitán español, que no solo reconoció á Caxas, sino á Guacabamba, otro pueblo cercano á él y mas grande, volvió maravillado de las grandes calzadas que iban por aquel distrito, de los puentes que vió sobre los rios, de las fortalezas que tenían construidas, de los almacenes de vestuario y provisiones para el ejército; en fin, de la fábrica de ropas que había en Caxas, donde muchedumbre de mujeres hilaban y tejían vestidos para los soldados del Inca. Contaba tambien que á la entrada del pueblo vió ciertos indios ahorcados por los piés, en castigo de haber uno de ellos entrado en aquel retiro á gozar de una mujer, y de habérselo consentido los porteros que las guardaban. Esta severidad de justicia, esta autoridad y poder, ejercidos á lo lejos con una obediencia tan puntual; estos preparativos de guerra, hechos con tanta prevision é inteligencia; en fin, una policia y un órden tan bien observados y tan fuera de lo que se conocía en las regiones que habían recorrido, debió dar á entender á los españoles que era muy diferente gente la que iban á experimentar, y bien digno de respeto y de recelo el poder del monarca á cuya presencia se dirigían.

Llegó al ejército al mismo tiempo un indio que se dijo enviado de Atahualpa, y traía de regalo al general español dos vasos de piedra para beber, artificioosamente labrados, y una carga de patos secos para que hechos polvo se sahumase con ellos, segun el uso de los principales del país. Añadió que el Inca le encargaba decirle que quería ser su amigo, y que le aguardaba de paz en Caxamalca. La calidad y cortedad del presente de parte de un monarca tan poderoso pudieran dar que sospechar á cualquiera aun menos cauteloso que Pizarro. Él sin embargo aparentó recibir el regalo con estimacion y agrado, y dijo al indio que recibía agradecido aquella demostracion de amistad de parte de tan gran príncipe, y le encargó le manifestase de la suya que noticioso de las guerras que sostenía contra sus enemigos, se había movido para servirle en ellas con aquellos compañeros y hermanos suyos, y muy prin-

cialmente además para darle una embajada de parte del vicario de Dios en la tierra, y del rey de Castilla, un príncipe muy grande y poderoso. Mandó en seguida que el indio y los que le acompañaban fuesen bien tratados y agasajados, y añadió que si algunos dias quería estar con ellos descansando lo podía hacer en buen hora. Él se quiso volver al instante á su señor, y entonces le mandó dar una camisa de lino, un bonete colorado, cuchillos, tijeras y otras bujerías de Castilla, con las cuales aquel emisario se fué muy contento. Los vasos del presente, con mucha ropa de algodón y lana entretejida con oro y plata, habida en los diferentes pueblos por donde habían transitado, se enviaron á San Miguel, adonde el Gobernador escribió contando los términos en que se hallaba con el Inca, y encargando á aquellos españoles que conservasen á toda costa la paz con los indios de la comarca.

Siguiendo su camino por diferentes pueblos, donde los recibieron de paz, los españoles se hallaron á orillas de un caudaloso rio muy poblado de la otra parte. Recelando algun impedimento, mandó Pizarro á su hermano Hernando que lo pasase á nado con algunos soldados, para divertir á los indios y pasar él entre tanto con la demás gente. Los moradores de aquellos pueblos huyeron luego que vieron atravesar el rio á los españoles: solo pudieron alcanzarse algunos pocos, á quienes Hernando Pizarro procuraba aquietar; y como ninguno de ellos respondiese á lo que se les preguntaba de Atahualpa, hizo dar tormento á uno, el cual declaró que el Inca, mal enojado con los castellanos y resuelto á acabar con ellos, los aguardaba de guerra, dispuesta su gente en tres puntos, uno al pié de la sierra, otro en la cima, y el último en Caxamalca. Dijo además que así lo había oido, y que tenía motivos de saberlo, por ser hombre principal. Dióse noticia de esto al Gobernador, que hizo al instante cortar árboles en las riberas, y en tres pontones pasó la gente y los equipajes, llevando los caballos á nado. Alojóse en la fortaleza de uno de aquellos lugares, y enviado á llamar un cacique de las cercanías, este vino, y de él entendió que Atahualpa se hallaba mas adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con mas de cincuenta mil hombres de guerra. Esta era la verdad, y así el tormento dado al indio á quien

antes se apremió fué una crueldad bien superflua, pues su declaración era falsa.

Tal variedad de avisos y de noticias puso en perplejidad el ánimo del Gobernador, que por lo mismo resolvió saber directamente la verdad, enviando á un indio de su confianza que espíase la estacion, fuerzas y movimientos de Atahualpa. Escogió para el caso uno de la provincia de San Miguel, el cual no quiso ir por espía, sino por mensajero, pareciéndole que así podía hablar con el Inca y traer mejor relacion de todo. Túvolo á bien Pizarro, y le mandó que fuese y le saludase de su parte, haciéndole saber que iba caminando sin hacer á nadie violencia, con el objeto de besarle las manos y darle la embajada que llevaba, y ayudarle al mismo tiempo en las guerras que tenia, si queria aceptar su amistad y su servicio. El indio partió con su embajada, encargado tambien de avisarle con uno de los compañeros que llevaba, si habia en la tierra gente de guerra, como se les habia dicho antes.

Despues de tres dias de camino por tierras fáciles y apacibles, llegaron ya cerca de las sierras intermedias entre Caxamalca y ellos. Eran ásperas y tajadas, de dificultosa subida, y acaso imposibles de vencer si gente de guerra las defendiera. A la derecha tenian el gran camino llano y derecho que los llevaba hasta Chíncha sin dificultades ni peligros. Por esta razón se inclinaban muchos á que se tomase esta direccion y se abandonase la idea de subir por las alturas. Mas el General, altamente convencido de que todo el buen éxito de su expedicion consistia en avistarse cuanto antes con el Inca, les hizo entender cuán impropio era de españoles huir de las dificultades y perder reputacion. ¿Qué pensaria de ellos el Inca cuando supiese que torcian el camino, despues de haberle anunciado que iban derechos á buscarle? Diria que no osaban de miedo: así los despreciaria, y en este desprecio consistia el peligro, pues que no podian vivir tranquilos en medio de aquellas gentes sino teniéndolas admiradas con su valor y atemorizadas con su audacia. Era preciso pues marchar por la sierra, una vez que lo mas arduo no sólo era para ellos lo mas glorioso, sino tambien lo mas seguro. Todos á una voz respondieron que los llevase por el camino que quisiese, prometiéndole alegres y animosos seguirle adonde quiera.

y hacer cumplidamente su deber cuando la ocasion se lo mandase.

Llegaron en esto al pié de la sierra. Pizarro, tomando consigo cuarenta caballos y sesenta infantes, comenzó á subirla el primero, dejando atrás el resto de los soldados con el bagaje, encargándoles que fuesen siguiendo poco á poco sus pasos segun las órdenes y avisos que él les daria. La subida, como se ha dicho, era agria y dificultosa; los caballos iban del diestro, porque montados era imposible, y los pasos á veces tan escarpados, que iban subiéndolos como por escalones. Una fortaleza que habia en un cerro bien empinado le sirvió de punto de direccion, y á ella llegaron al mediar el dia. Era de piedra y puesta en un sitio todo de peña tajada, salvo el paso por donde habian subido. Maravilláronse mucho que Atahualpa hubiese dejado desamparado aquel punto, donde cien hombres resueltos podian desbaratar un ejército con solo arrojar piedras desde arriba. Mas no habia por qué admirarse de que el Inca, que segun todas las apariencias los esperaba de paz, no guardase aquel derrumbadero ni les estorbaba el camino.

Avisóse á la retaguardia desde allí que podia seguir su marcha sin recelo, y el Gobernador avanzó por la tarde hasta otra fortaleza que estaba mas adelante, situada en un lugar casi enteramente desamparado. Allí pasó la noche; pero antes de que espirase el dia llegó á su presencia un indio enviado por el mensajero que habia despachado anteriormente para el Inca. Este iba á avisarle que en todo el camino que habia andado ninguna gente de guerra habia visto, ni otro estorbo ninguno; que él iba adelante á cumplir con su comision, y que tuviese entendido que al dia siguiente se presentarian á él dos enviados de Atahualpa. Pizarro, entendido esto, no quiso que los embajadores le hallasen con tan poca gente como allí tenia, y avisó á los que quedaban atrás que se apresurasen para juntarse con él. Entre tanto siguió su camino, llegó á lo alto de la sierra y mandó plantar allí sus tiendas para esperar á sus compañeros. Estos llegaron, y poco tiempo después los mensajeros del Inca, que presentaron al capitán diez reses de su parte, y le dijeron que iban á saber el dia en que pensaba llegar á Caxamalca, para enviarle bastimentos al camino. A este comedimiento respondió Pizarro no ménos cortesmente que iria con toda la bre-

vedad posible. Mandó que se les agasajase y regalase bien, y preguntóles noticias del país y de la guerra que el Inca sostenía. El Inca, según ellos, quedaba en Caxamalca sin gente de guerra, porque la había toda enviado contra el Cuzco: contaron largamente las diferencias de los dos hermanos y las glorias de su rey, entre ellas el haber vencido á Huascar y héchole prisionero por medio de sus capitanes, que ya se le traían con las grandes riquezas que le encontraron. A esto, por si acaso era dicho con intencion de espantarle, respondió arrogante-mente el capitán castellano que el Rey su señor tenía criados mayores señores que Atahualpa, y también capitanes que le habían vencido grandes batallas y preso reyes mas poderosos. Este era quien le enviaba para dar al Inca y á sus vasallos noticia y conocimiento del verdadero Dios, y tal era el objeto que le llevaba á su presencia. Que deseaba ser su amigo y servirle en las guerras que tenía, si de ello era gustoso, y se quedaria en sus dominios, aun cuando sus intentos eran de ir con sus compañeros á buscar la otra mar. En fin, que él iba de paz si de paz le recibían; y aunque no buscaba la guerra, no rehusaria hacerla si se la declaraban.

Despedidos aquellos mensajeros, llegó á la noche siguiente el primero que había buscado á Pizarro de parte del Inca en la estancia de Zaran, junto á Caxas y Guacabamba, y llevádole el presente de los vasos de piedra. Ahora venia con mayor autoridad: acompañábanle muchos criados, traía vasos de oro, en que había su vino, y con él brindaba á los castellanos, diciéndoles que se quería ir con ellos hasta Caxamalca. Presentó otras diez reses de regalo, hizo algunas preguntas, y hablaba mas desenvueltamente que primero, ensalzando hasta el cielo el poder de su señor. A pocos dias de estar este indio con los castellanos, volvió el mensajero que Pizarro había enviado al Inca antes de emprender la subida de la sierra, y no bien hubo entrado en el campamento y avistado al otro indio, cuando se agarró furioso con él y empezó á maltratarle cruelmente. Separólos inmediatamente el Gobernador, y preguntado el recién llegado por la causa de aquel atrevimiento, «¿cómo que-reis, contestó, que yo lleve con paciencia ver aquí honrado y regalado por vosotros á éste perverso, que no ha venido sino á espiar y á mentiros, mientras que yo, embajador vuestro, ni he

podido ver al Inca, ni me han dado de comer, y apenas he podido escapar con la vida, según me han maltratado?» Retiró en seguida que él había encontrado á Caxamalca sin gente y á Atahualpa con su ejército en el campo; que no se le habían dejado ver bajo el pretexto de que estaba recogido ayunando y entregado á sus devociones; que había hablado con un pariente del Inca, al cual había referido toda la grandeza, valor y armas de los españoles; pero que aquel indio lo había tenido todo en poco, menospreciando por su corto número á los extranjeros. El otro indio replicó que si en Caxamalca no había gente, era por dejar sus casas desocupadas á los nuevos huéspedes; y si el Inca estaba en el campo, era porque lo acostumbraba hacer así desde que duraba la guerra. «Tú no has podido verle, añadió dirigiéndose á su adversario, porque ayunaba, y en tal tiempo nadie le ve ni le habla, y si te hubieras aguardado y dicho de parte de quién ibas, él te recibiera y oyera y te mandara regalar, pues no hay duda en que son pacíficas sus intenciones.»

¿A quién creer? El Gobernador, según la propension de su genio, mas cauteloso que confiado, y midiendo la disposición del Inca por la suya, se inclinaba mas bien á lo que decía el indio amigo, que no al que se decía mensajero. Disimuló sin embargo, en lo que era gran maestro, reprimió y contuvo á su emisario, y siguió honrando y tratándolo bien al del monarca peruano¹. Y sin detenerse mas tiempo, dió cuanta prisa pudo á su viaje para llegar á Caxamalca, de donde ya no estaba distante. Vinieron á la sazón otros mensajeros de Atahualpa con bastimentos, que recibió con muestras de mucha gratitud, y con ellos envió á pedir al Inca su amistad, rogándole que procediese de buena fe, y asegurando que por su parte no habria falta en corresponderle con la misma.

De allí á poco se descubrió á Caxamalca con sus campos bien labrados y abundosos, los rebaños paciendo á trechos, y de

1. El mensajero de Atahualpa venia á lo menos autorizado con los presentes que había traído en sus dos embajadas. ¿Cuáles eran las credenciales del indio de San Miguel enviado al Inca por Pizarro? Ningunas á la verdad, y en tal caso no es mucho de extrañar que fuese mal recibido.

lejos el ejército del Inca, acampado á la falda de una sierra en toldos de algodón, y con un aparato no visto antes por los españoles. Como una legua antes de llegar, el Gobernador hizo allo para reunir su gente, dividióla en tres trozos, y señalando á cada uno su capitán, se puso en marcha otra vez, y entró en Caxamalca á hora de visperas del 15 de noviembre de aquel año (1532). No era ciertamente motivo de confianza hallarse con el pueblo sin gente alguna mas que unas pocas mujeres en la plaza que, según se dice, daban demostraciones claras de la lástima que tenían de aquellos extranjeros por su manifiesta perdición. Pizarro, en consecuencia, después de reconocido el pueblo y visto los diferentes puntos que ofrecía para la seguridad, halló que la mejor estación militar era la plaza, que cercada toda de una pared bastante fuerte y alta, con solas dos puertas que caían á las calles de la ciudad, y aquellas casas para su alojamiento en medio, le ofrecía la mejor y mas oportuna posición para resguardarse de cualquiera sorpresa, y sostenerse en caso de ataque contra aquella muchedumbre. Si Pizarro, como todo lo manifiesta, concibió al instante el plan de atraer allí al Inca para acorralarle y apoderarse mas fácilmente de su persona, es preciso confesar que su talento militar era tan pronto en concebir como su ánimo duro é inexorable en resolver.

Viendo pues desierta á Caxamalca y que el Inca no daba muestras de venir, acordó enviarle á Fernando de Soto con quince caballos y el intérprete Felipillo, á fin de que le hiciese acatamiento de su parte, y le pidiera que diese las disposiciones que estimase oportunas para que él le fuese á besar las manos y declararle la comision que llevaba de parte de su señor el rey de Castilla. Soto partió, y el General, contemplando la multitud de indios que el Inca temia consigo, envió tras él otros veinte caballos para que le hiciesen espaldas, al mando de su hermano Hernando, que fué el que le advirtió el peligro que corrían los primeros si no eran sanas las intenciones de Atahualpa. Uno y otro llevaban orden de conducirse con la mayor circunspeccion y respeto, sin inquietar ni molestar á nadie en camino.

Acercóse Hernando de Soto al campamento á vista de los indios, que contemplaban admirados la fiereza y docilidad del

caballo que montaba. Llegado allá y preguntado á qué iba, contestó que llevaba una embajada para el Inca, de su servidor y amigo el gobernador de los cristianos. Entonees el Inca salió grandemente acompañado y representando majestad y gravedad; sentóse en un rico asiento, y mandó se preguntase á aquel embajador lo que quería. Soto se apeó del caballo, y haciéndole reverencia, respetuosamente le dijo que don Francisco Pizarro, su capitán, deseaba mucho besarle las manos, conocerle personalmente, y darle cuenta de las causas por que había ido á aquella tierra, con otros negocios que holgaria saber; que por eso le había enviado á saludarle y suplicarle que se sirviese de ir á cenar aquella noche con él á Caxamalca, ó á comer al otro día, pues aunque extranjero en la tierra, no dejaria de regalarle y obsequiarle con la reverencia y respeto debidos á tan gran príncipe. El Inca contestó, no por sí mismo, sino por medio de un indio principal que á su lado estaba, que agradecia la buena voluntad de su capitán, y que por ser ya tarde, otro día iria á verse con él en Caxamalca. Soto ofreció decir lo que se le mandaba, y preguntó si había otras órdenes que llevar. « Iré, añadió el Inca, con mi ejército en orden y armado, mas no tengáis pena ni miedo por ello. » Había ya en esto llegado Hernando Pizarro, y dijo á Atahualpa las mismas razones que Hernando de Soto. Advertido el Inca de que aquel que hablaba era hermano del Gobernador, alzó los ojos, que hasta entonces por representar gravedad los había tenido bajos, y le dijo « que Mayzabelica, un capitán suyo en el rio Turicara, le había avisado de haber muerto á tres castellanos y un caballo, por haber tratado mal á los caciques del contorno ¹. El sin embargo queria ser su amigo, y se iria á ver al otro día con su hermano el General. » A esto replicó arrogantemente el español que Mayzabelica mentía, porque todos los indios de aquel valle eran como mujeres, bastando un solo caballo para toda la tierra, como lo conoceria cuando los viese pelear: añadió que el Gobernador era muy su amigo y le ofrecía su ayuda contra cualquiera á

1. De este Mayzabelica nada dice Herrera en su relacion anterior. Gomara le mienta como jefe de uno de los distritos por donde pasaron los españoles en su viaje, y como despreciador de ellos en las noticias que daba al Inca.

quien quisiese hacer guerra. « Cuatro jornadas de aquí, repuso el Inca, hay unos indios muy bravos con quienes yo no puedo, y allí podeis ir á ayudar á los míos. » « Diez de á caballo enviara el Gobernador, contestó Hernando, y estos bastarán: tus indios no son necesarios sino para buscar á los que se escondan. » Sonrióse Atahualpa, porque ignorante todavía de las fuerzas y armas castellanas, las razones que oía debieron parecerle balañronadas pueriles.

En esto se presentaron unas cuantas mujeres con vasos de oro en sus manos, en que traían la chicha ó vino que ellos hacían del maíz, y por orden del Inca les ofrecieron de beber. Rehusábanlo los castellanos por su repugnancia á aquel brebaje, pero al fin, importunados y por no parecer descorteses, lo aceptaron. Y como si quisiesen pagar un agasajo con otro, advirtiéndole que el Inca no apartaba los ojos del caballo de Hernando de Soto, este capitán saltó en él, y empezó á escaramucear y á revolverle y corvetear de una parte á otra, haciéndole echar mucha espuma. Miráballo Atahualpa con atención y maravilla; pero sin mostrar espanto ni recelo alguno, aun cuando Soto acereó alguna vez tanto el caballo, que con el resuello le hizo mover los hilos de la borla; y aun se dice que reprendió y castigó á algunos de los suyos porque se dejaron vencer del temor del animal y huyeron al acercarse á ellos. Despidiéronse en fin los embajadores con el encargo de decir á su general que el Inca iría otro día á visitarle, y que entre tanto se aposentase con su gente en tres de los salones grandes que había en la plaza, dejando el de en medio para él. Vueltos á Caxamalca, dieron cuenta de su comision, ponderando la majestad y entereza del Inca y las fuerzas de su ejército, que á su parecer subiría á más de treinta mil hombres de guerra. Esto empezó á amedrentar á muchos de los soldados, considerando que eran cerca de doscientos para cada castellano. Pero su general, menos receloso de aquella fuerza aparente que contento de que el Inca se viniese tan incautamente á poner en sus manos, les dijo que no tuviesen recelo de aquella muchedumbre, la cual, en vez de servir á los indios de provecho, iba á ser su perdicion, y que si ellos fuesen hombres como hasta allí lo habían sido, les aseguraba una felicísima victoria.

Al día siguiente Atahualpa, después de avisar al general es-

pañol que ya iba á verificar su visita, advirtiéndole que á ejemplo de los castellanos que habían ido armados á su real, él también llevaría armada su gente, dió la señal de marchar, y el ejército se puso en movimiento con direccion á Caxamalca. Iba formado en tres cuerpos, segun las diferentes armas que cada uno de ellos traía. Uno como de doce mil hombres era el delantero, armados de ondas los unos, y otros de pequeñas mazas de cobre guarnecidas de puntas muy agudas. Detrás de ellos otro como de cinco mil, que llevaban astas largas, llamadas *aillos*, armadas de lazos corredizos, que solían servirles para enredar y coger á los hombres y las fieras. El último á retaguardia era el cuerpo de los lanceros, con quienes iban los indios de servicio y el sinnúmero de mujeres que seguían el campo. En el centro se veía al Inca sentado en sus andas tachonadas de oro y guarnecidas de vistosas plumas, y llevado en hombros de los indios mas principales. Su asiento era un tablon de oro, y encima de él un cojín de lana exquisita sembrada de piedras preciosas. Toda esta riqueza, sin embargo, y todo este aparato no daban tanta dignidad y decoro á su persona como la borla encarnada que le caía sobre la frente y le cubría las cejas y las sienas: insignia augusta de los sucesores del sol, venerada y adorada de aquel inmenso gentío. Treceientos hombres marchaban delante de las andas limpiando el camino de piedras, pajas y cualquiera estorbo que hubiese. Iban formados los orejones á los lados del Monarca, y con ellos algunos indios principales, llevados también en andas y en hamacas para ostentacion de grandeza. La marcha presentaba un orden concertado al son de las bocinas y atambores, como si fuera una procesion religiosa, y tan despacio andaba, que tardó cuatro horas en la legua que mediaba entre el real y Caxamalca.

Caía ya la tarde, y Pizarro viendo á los indios hacer alto á un cuarto de legua del pueblo y que empezaban á plantar sus toldos como para acampar allí, temió perder el lance que ya tenía preparado, y envió á rogar al Inca que apresurase su marcha y le viniese á ver antes que llegase la noche. Condescendió Atahualpa con su ruego, y le contestó que allá iba al instante, y también que iba sin armas. Con efecto, dejando en aquel punto todo el grueso de su gente, y tomando consigo como unos cinco á seis mil indios de los de la vanguardia, con-

tinuó su camino para entrar en el pueblo, siguiéndole también en gran parte los mismos señores principales que le habían acompañado hasta allí. Entre tanto el caudillo español daba las últimas órdenes á sus capitanes y acababa de tomar las disposiciones necesarias para conseguir sus intentos con el menor riesgo posible. Mandó que estuviesen escondidos infantes y caballos en los aposentamientos de en medio, colocó en una eminencia que había á un lado los mosquetes, al mando de Pedro de Candia, y unos pocos arcabuceros en una torrecilla de una de las casas que dominaba el terreno. Los caballos, guarnecidos con pretales de cascabeles para que hiciesen mas ruido, fueron divididos en tres bandas de á veinte cada una, al mando de los capitanes Hernando de Soto, Hernando Pizarro y Sebastian de Belalcázar. Pizarro tomó consigo veinte rodeleros, hombres robustos y valientes á toda prueba, los cuales debían seguirle y ayudarle donde quiera que se dirigiese. A todos se encargó silencio y sosiego hasta que él diese á la artillería la señal de disparar, y con sus veinte esforzados, arrimado á las casas y á la vista de la puerta, se puso á esperar á Atahualpa.

Empiezan, en fin, á entrar los indios en la plaza, ordénanse en ella segun su costumbre, y en medio de ellos el Inca se pone en pie sobre sus andas como registrando el sitio y buscando con la vista á los extranjeros á quienes venia á encontrar. En esto se le presenta con un intérprete el dominicano Valverde, enviado por el Gobernador á hacerle las intimaciones y requerimientos de estilo ¹. Llevaba en una mano una cruz, en la otra

1. El padre Remesal, en su *Historia de Chiapa*, dice que fué poco afortunado este fraile en escribirse sus sucesos por personas poco afectas á la religion dominicana y á la persona del mismo Valverde, para echarle de culpa, « que no tuvo, » de la prision del Inca, por las voces que suponen dió cuando Atahualpa arrojó la Biblia en el suelo, como si, aunque hubiera dicho que creia en Dios como san Pedro y san Pablo, dejara de hacer lo que hizo quien antes de enviarle tenia apercebida la gente y á punto los arcabuces y mosquetes para lo que sucedió después. Es probable que la suerte del Inca no hubiera sido otra de la que fué aunque el mismo Bartolomé de las Casas fuera de capellan en la expedicion; pero Remesal debiera probar con documentos fidedignos la verdadera conducta de su fraile, el cual, aun por las relaciones antiguas que menos le car-

la Biblia. Puesto delante del monarca peruano, le hizo reverencia y le santiguó con la cruz, y después le dijo que él era sacerdote de Dios, cuyo oficio era predicar y enseñar las cosas que Dios había puesto en aquel libro, y le mostró la Biblia que llevaba; añadió, segun se dice, alguna cosa de los misterios de la fe cristiana, de la donacion de aquellas regiones hecha por el Papa á los reyes de Castilla, y de la obligacion en que el Inca estaba á ponerse á su obediencia; y concluyó diciendo que el Gobernador era su amigo, que queria la paz con él, y se la ofrecia con la misma voluntad que hasta allí lo había hecho. Él como sacerdote se lo aconsejaba también, pues Dios se ofendia mucho de la guerra; y que entrase á ver al Gobernador en su aposento, donde le esperaba para conferenciar con él sobre todos aquellos puntos. Dicho esto, presentóle la Biblia, que el Inca tomó en sus manos y volvió algunas hojas, y la arrojó al fin al suelo con muestras de impaciencia y de enojo. Ni el libro ni en gran parte las palabras del religioso podian en manera alguna ser inteligibles para él, por bien interpretadas que fuesen, lo cual es muy de dudar. Pero lo que sí entendió perfectamente bien, fué lo que se le decia de las intenciones pacíficas de aquellos extranjeros, pues al tiempo de arrojar el libro, « bien sé, dijo, lo que habeis hecho por ese camino y cómo habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohios. » Quiso disculpar el religioso á los suyos echando la culpa á los indios; pero él insistió en su reclamacion, afirmando en que habian de restituir cuanto habian tomado. Entonces Valverde, cobrado su libro, se fué para el Gobernador á darle cuenta del mal suceso de su conferencia. Las antiguas memorias varían sobre las razones con que lo hizo; pero todas convienen en que no dejaban tregua al ataque ni lugar al disimulo. Al mismo tiempo el Inca se volvió á poner en pie y habló á los suyos; de que resultó entre ellos ruido sordo y movimiento, que probablemente fué la causa inmediata de precipitarse la accion, tomando aquel aspecto atroz y espantoso con que ha pasado á los siglos posteriores.

gan, y son las que se siguen en el texto, queda siempre con bastante culpa de lo que acaeció con el Inca. (Véase la *Historia de Chiapa*, lib. 9, cap. 7.)

Hace entonces Pizarro la señal, y al instante Pedro de Candia dispara sus mosquetes, los arcabuces le responden, las cajas y trompetas comienzan á sonar, los caballos se arrojan furiosos y embisten por tres partes á aquel murallon de hombres desnudos, y los infantes los siguen haciendo todo cuanto estrago pueden con las lanzas, con las ballestas, con las espadas. Al estruendo, tan espantoso y terrible como imprevisible y repentino, de armas, hombres y caballos parecia venirse abajo el cielo, la tierra temblaba, y no quedó entre los indios ni hombre seguro ni valor en pié. Todos, despavoridos y atónitos, ó recibían pasmados la muerte sin osar moverse, ó buscaban azorados salida para huir, y no encontraban por dónde. Tomadas las puertas, alta la muralla, y ellos confusos y perdidos, se estorbaban y ahogaban, mientras que los castellanos los herían y mataban á su salvo. No puede en modo alguno darse el nombre de batalla á esta carnicería cruel. Ovejas alanceadas en redil quizá hicieran mas resistencia que la que aquellos infelices opusieron á sus encarnizados enemigos. Tal fué la agonía, en fin, tal la fuerza con que los unos se apiñaron sobre los otros, que la pared no pudo resistir al empuje, y reventó por un lado, abriéndose un portillo, que concedió ancha puerta á su fuga. Por allí salieron, y tambien los castellanos, que los fueron siguiendo hasta que la noche y una lluvia que sobrevino puso fin al alcance. La confusion y el estrago fueron mayores hácia la parte donde estaba el Inca. Pizarro con sus veinte rodeleros acometió por aquel lado con intento de apoderarse á toda costa de la persona del Príncipe, bien persuadido de que en esto consistia todo el buen éxito de aquel lance. Allí no se pensó en huir, sino en sostener al Inca en las andas á toda costa: herían y mataban; pero derribando uno, entraba otro al instante á suplirle con un ánimo y denuedo que admiraba á los españoles y los cansaba tambien. Es de maravillar ciertamente que aquellos infelices supiesen morir con tal brio, y no acertasen ni á defenderse ni á herir. Cuando Pizarro vió que algunos de sus compañeros, dejando de herir en los indios, se acercaban á las andas, dió voces diciendo que no le matasen, sino que le prendiesen; él mismo hizo entonces un esfuerzo para apoderarse de su presa, y llegado á las andas, asió con mano vigorosa de la ropa del Inca y le

hizo venir al suelo. Esto terminó la accion, porque los indios, no teniendo ya á quien guardar ni respetar, se desparramaron y desaparecieron del todo. Dos mil de ellos fueron muertos, sin que de los castellanos pereziese ninguno ni aun fuese herido tampoco, sino es Pizarro, que recibió una ligera herida en la mano, que un castellano le hizo sin querer al tiempo de extender el brazo para coger á Atahualpa ¹.

El príncipe prisionero fué tratado al principio por sus vencedores con todo el miramiento y respeto que á su dignidad se debía. A la fama de que estaba vivo y sin lesion, esparcida de propósito por los españoles, fueron acudiendo muchos indios, diese que hasta en número de cinco mil, á consolarle y servirle. Y como en el reconocimiento que se hizo en el campamento indio al día siguiente de la accion, entre el riquísimo despojo de alhajas de oro y tejidos de lana y algodón finisimos, se hallasen tambien muchas mujeres principales, bastantes de la sangre real, y algunas mamaconas, ó sean virgenes consagradas al sol: llevadas tambien á Caxamalca, y aplicadas al servicio y asistencia de su príncipe, le componian una especie de corte que en cuanto podia conciliarse con su cautiverio, no desdecia absolutamente de su majestad y dignidad antigua. Ayudaba á ello tambien la cortesía y respeto con que el Gobernador le trataba. Él le alentó y consoló, haciéndole las reflexiones propias de su desgracia y situacion; se ofreció á servirle conforme á su grandeza, le dijo que si sabia que alguna de sus mujeres estuviese en poder de algun español, se la mandaria buscar y restituir; y que le avisase de cuanto fuese su voluntad, pues en todo se cumpliria segun su deseo. El Inca se mostró agradecido á estos ofrecimientos de Pizarro, y con sus modales, semblante y procedimientos desde que se vió en poder de los españoles no desmereció jamás aquel trato reverente y respetuoso, ni desdijo un punto de la gravedad y decoro que su carácter le prescribia, diciendo frecuentemente,

1. Para la narracion de esta jornada he tenido presente, además de las relaciones conocidas, una carta de Hernando Pizarro á los oidores de Santo Domingo, en que se cuentan todos los sucesos de esta época, y en todo lo que me parecia dudoso he seguido su testimonio como el mas sensato y el mas autorizado.

cuando se trataba de su desgracia y veía gemir y sollozar á los suyos, que no debían extrañar lo que le sucedía, « pues era uso de guerra vencer y ser vencido. »

La codicia, tan poco disimulada de los españoles en aquellas regiones, le dió al instante esperanzas de libertad, y á pocos días de estar preso empezó á tratar de su rescate con sus vencedores. Ofrecióles al principio que les cubriría con alhajas de oro y plata el piso del aposento en que estaba, que era bastante espacioso; y como ellos lo tomasen á burla y se riesen de la oferta como de cosa imposible, se levantó en pié, y alzando la mano cuanto pudo, hizo una señal en la pared y dijo resueltamente que no solo cubriría el suelo, sino que le henchiría también hasta allí. Venía á tener el aposento veinte y dos piés de largo y diez y seis de ancho, y la altura á que el Inca hizo su señal era de mas de tres varas. Entonces el Gobernador, viendo que no era de despreciar el tesoro inmenso que se le ponía delante, y creyendo que era preciso contentar, aunque fuese solo en apariencia, las esperanzas del Inca para apoderarse de aquella riqueza, le dió su palabra con la firmeza que Atahualpa quiso, de que le dejaría libre en el momento que él cumpliese lo que acababa de ofrecer. Dada y tomada esta fe por los unos y por los otros ¹, echóse una raya roja en toda la pared del aposento á la altura que el Inca señaló; y al instante envió mensajeros á los principales pueblos de sus estados, mandando que cuanto oro y plata hubiese en los templos y en sus palacios se enviase al instante á Caxamalca para el rescate de su príncipe. A este mandato añadió otro no menos esencial, que fué el de que no se tratase de mover guerra á los castellanos, con los cuales no le convenia sino la

1. Herrera dice positivamente que Pizarro dió su palabra con propósito de no cumplirla. Paréceme que no sería esta una de las imputaciones menos negras con que ha sido manchada la memoria de aquel conquistador. Pero, sin hacer de sus prendas morales mas aprecio del que ellas merezcan, podría lavársele de este exceso de perfidia, y decirse que su codicia, satisfecha con las ofertas del Inca, le hizo entonces ofrecer de buena fe lo que después ó no quiso ó no pudo cumplir. Herrera quiere á toda costa hacer de Pizarro un gran político, aunque sea á costa de hacerle mas malo.

paz, y que en todas partes fuesen obedecidos y respetados como él mismo.

Puede venirse en conocimiento del estado en que se hallaba la subordinacion y policia del país, y de la manera con que las órdenes de los Incas eran cumplidas, con el caso de los tres españoles que á ruegos del Inca fueron enviados al Cuzco para ordenar y activar la remision de aquellos tesoros. Pizarro accedió á ello con el doble objeto de que aquel negocio particular se llevase adelante, y de ser exacta y cumplidamente informado de las cosas de la capital. Nombró con este fin tres soldados particulares, que fueron Pedro Moguer, Francisco Martínez de Zárate y Martín Bueno, los cuales, llevados en hombros de indios, reclinados en hamacas, anduvieron las doscientas leguas que hay de Caxamalca al Cuzco, no solo sin peligro, pero seguidos del respeto y reverencia de todo el país, y regalados y agasajados con todo lo mas rico y lisonjero de la tierra: ellos se dice que iban admirados de la buena razon de los indios, del buen orden que tenían puesto en sus casas, del aseo, comodidad y abundancia de sus caminos. Llegaron á la ciudad, y debió sin duda acrecentárseles la admiracion con el arreglo que hallaban en ella, con la riqueza de sus templos y con la policia de sus artes. Los agasajos, los aplausos y los respetos fueron mayores allí: creíanlos seres superiores á ellos, hijos de la divinidad, venidos para remediar los males que sufría entonces el Estado. Las vírgenes del templo los servian, humillábaseles los sacerdotes, y todos los demás los adoraban. Y ¿ cómo correspondieron estos insensatos á aquella benevolencia, á tan alta estimacion? ¿ De qué manera supieron conservar este concepto y buen nombre, en que tanto iba á su nacion y á ellos mismos? Mofándose con risa y escarnio de las reverencias que aquella simple gente les hacia, sacrificando á su desenfreñada lujuria el pudor de las vírgenes que los asistían, echando mano á cuanto su codicia anhelaba, cometiendo toda clase de sacrilegio en los templos, de indecencia y groseria delante de los hombres, dieron á entender fácilmente á los indios que en vez de ser hijos de Dios, eran una nueva plaga que para su daño les enviaba el cielo. Dudaron si los matarían: el respeto de Atahualpa los detuvo; pero procuraron aligerar cuanto antes la remesa del oro que se les pedia, y

con él los despacharon á Caxamalea, y así se libraron de ellos. A vista de tan insigne ejemplar, acaso singular en la historia, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la temeridad, si la insolencia ó si la grosería, se podría preguntar cuáles eran los bárbaros aquí, si los europeos ó los indios, y la respuesta no es dudosa. Culpase mucho á Pizarro por esta desatinada elección, que comprometía en tanto grado los intereses y el honor de la nación castellana en aquellas regiones; y á menos que lo hiciese ó por la confianza que tenía de estos hombres para la comision que llevaban, ó por estar mas diestros en el lenguaje del país, ó en fin por cualquiera otra causa particular que ahora se nos oculta, la acusacion queda sin réplica, y es otro cargo que la posteridad tiene que hacer á su memoria ¹.

De cualquiera modo que fuese cometido aquel yerro, el resultado inmediato que tuvo fué el de ocultar los indios en el Cuzco cuanto oro pudieron, en odio de los castellanos, y hacer lo mismo después en Pachacamac. El templo de este nombre era el mas rico de todo el Perú, y la codicia de adquirirlo y el recelo de que se dispase con las disensiones civiles que habia en el imperio movieron á Pizarro á pedirsele á Atahualpa. Vino él en ello, pero con la condicion de que el tesoro que de allí se trajese debía entrar á llenar su cupo en la estancia del rescate. Tomado este asiento, el Gobernador nombró á su hermano Hernando para que acompañado de veinte hombres de á caballo y doce escopeteros, fuese á cogerlo, y al mismo tiempo á reconocer la tierra, y saber si eran ciertas

1. Debe tenerse presente que Gomara dice que fueron nombrados para esta comision, ó por mejor decir se ofrecieron á ella, Hernando de Soto y Pedro de Barco, y que estos se encontraron en el camino con el inca Huascar, á quien traian preso los generales de Atahualpa; y que habiéndoles pedido que le tomasen ellos consigo y le llevasen á Pizarro, ellos se excusaron con su comision, etc. Con él conviene Zárate; pero Estete habla de tres enviados al Cuzco, sin decir sus nombres: Hernando Pizarro en su carta está conforme con él; Pedro Sancho en su relacion supone á Hernando de Soto en Caxamalea, mientras los tres emisarios castellanos están en el Cuzco. Es preciso pues seguir á Herrera, aunque con el sentimiento de tener que repetir los desórdenes que cuenta. La comision, por otra parte, encargada á Hernando de Soto fuera desempeñada mejor.

las reuniones y asonadas de guerra que se contaban de los indios. Salió con efecto aquel capitán á principios del año de 1533 (5 de enero), y en las cien leguas que anduvo desde Caxamalea á Pachacamac no encontró mas que indios pacíficos y tranquilos, ó bien los que, cumpliendo las órdenes del Inca, iban cargados de oro y plata á Caxamalea. Mas antes de que estos españoles llegasen á Pachacamac ya les habia precedido allí la noticia de las demasias y escándalos cometidos en el Cuzco; y los sacerdotes del templo, no queriendo dar lugar á semejantes desórdenes ni á que se despojase de sus riquezas aquel antiguo y venerado santuario, sacaron de él y escondieron todo el oro y plata que les fué posible. No contentos con esto, apartaron tambien de allí las vírgenes del sol, para no exponerlas á la desenfrenada lujuria de aquellos insolentes extranjeros. Por manera que cuando Hernando Pizarro llegó ya el templo estaba despojado de sus mejores preseas. No fueron tan pocas, sin embargo, las que no pudieron alzarse, que con ellas y los presentes que le hicieron los caciques comarcanos no trajese á Caxamalea veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata.

Tanta riqueza podia contentar á la codicia; pero todavía los castellanos pudieron complacerse mas de ver venir con él al guerrero Chaliquichama, el primero de los generales de Atahualpa, y por su valor, su capacidad, su crédito y sus servicios, la segunda persona del imperio. Hallábase en Jauja, al frente de unos veinte y cinco mil hombres de guerra, cuando Hernando Pizarro llegó á Pachacamac. Sus intenciones eran dudosas, y el capitán español conoció al instante la importancia de reducir á la obediencia á un hombre de tanta autoridad, y la necesidad de tenerle siempre á la vista para quitar toda ocasion de inquietudes y novedades. Fiado pues en las disposiciones pacíficas tomadas por el Inca, y todavía mas en su arrojo y su valor, avanzó con su pequeño escuadron otras cuarenta leguas mas para avistarse y conferenciar con él. El indio receló al principio y estuvo dando largas por algunos dias; mas tales fueron las artes de Hernando Pizarro, tales las palabras y seguridades que le dió, que Chaliquichama al fin se vino á juntar con él, trayendo consigo algunas cargas de oro que habia juntado para venir á Caxamalea. Llevado en andas, se-

guido de indios principales atentos á sus órdenes, en el séquito y cortejo que traía y en la ostentacion y riqueza que llevaba se mostraban bien claros el honor y la dignidad que alcanzaba en aquella monarquía; pero este soberbio sátrapa, luego que llegó á las puertas donde estaba preso el Inca, no entró por ellas sin descalzarse primero los piés y echar sobre sus hombros una mediana carga que tomó de un indio: costumbre usada en el país en demostracion de sumision y respeto; y cuando en fin estuvo en presencia de Atahualpa, alzó las manos al sol como en acción de gracias de dejarle ver á su príncipe: llegóse á él con todo acatamiento, besóle el rostro, las manos y los piés, y lloró y lamentó aquel desastre y afrenta, la cual, exclamaba, no aconteciera á su señor á hallarse entonces él en Caxamalca. Notaban los españoles con extrañeza y maravilla aquellas señales de lealtad y sentimiento en personaje tan principal y en situacion como aquella, y se admiraban todavía mas de ver á Atahualpa, que sin perder un momento su entereza y gravedad acostumbrada recibia majestuosamente aquellos respetos, y sin contestar palabra alguna se dejaba acatar y reverenciar como un dios.

Antes de que Hernando llegase vinieron dos sucesos á alterar considerablemente la situacion en que el Inca y los castellanos se hallaban, y contribuyeron en gran manera al desenlace trágico en que vino á terminar. La una fué la muerte del inca Huascar, á quien los generales de Atahualpa, después de vencido, enviaron vivo á su señor para que dispusiera de su suerte. Tuvo él aviso de esta ventaja y de que su hermano venia, á poco tiempo de su rota y prision de Caxamalca, y dícese que no pudo menos de reirse de los caprichos de la fortuna, diciendo que en un mismo dia le hacia vencido y vencedor, prendedor y prisionero; mas viniendo después á considerar lo que debia hacer en este caso, y temiendo que si Huascar era traído á los españoles, podia mejorar su partido haciéndoles todavía ofertas mas grandes que las suyas, y tal vez contribuir á completar su destruccion con la ventaja que le daban su legitimidad, su juventud y su misma inexperiencia, determinó quitar de en medio este estorbo y sacrificar la naturaleza á la política, mandando que le diese muerte; mas antes de ponerlo por obra quiso, segun se dice, experimentar con qué ánimo

tomaria Pizarro la muerte de aquel príncipe. Para ello fingió tristeza y afliccion, y preguntándole la causa, respondió que sus capitanes, después de haber vencido y preso á su hermano, le habian muerto sin conocimiento suyo luego que habian sabido que él estaba prisionero: lo que le causaba mucha pesadumbre, porque al fin, aunque enemigos y émulo en el imperio, siempre eran hermanos. El Gobernador le consoló, diciendo que aquellos eran trances de fortuna á que estaban sujetos los acontecimientos de guerra; y no hizo mas demostracion de imputarle aquel negocio, aunque tal vez en su interior daba gracias á la suerte, que le libraba así de uno de sus enemigos por la mano misma del que tenia en su poder. Vista por Atahualpa esta especie de indiferencia, envió la orden cruel, y el desdichado Huascar, implorando la justicia del cielo y la fe de los hombres, quejándose á gritos de la iniquidad de su hermano, y votándole á la venganza y castigo de los españoles, murió ahogado por los ministros de su rival en el rio de Andamarca, y echado la corriente abajo para que su cadáver no fuese encontrado ni sepultado. Manera de muerte muy cruel, pues segun la supersticion de aquellas gentes, eran destinados á condenacion y pena eterna los ahogados y quemados que no recibian sepultura. Este príncipe, que apenas tenia veinte y cinco años cuando murió, era bueno, clemente, liberal, y por lo mismo muy amado de los de su bando; pero sin experiencia ninguna en la guerra ni en los negocios, era incapaz de sostenerse contra su émulo, mas activo, mas valiente, mas capaz, y asistido de los mejores soldados y generales del Estado. La victoria estuvo por Atahualpa; mas por quién estaba la razon y la justicia no es fácil decidirlo ahora, si bien los españoles entonces todos á boca llena se la daban al príncipe de Cuzco. Así era natural que lo hiciesen los que poco después pusieron esta muerte como cargo capital en el proceso que fulminaron contra su desgraciado vencedor. Sin insistir mas en esta cuestion, ya por lo menos inútil, lo cierto es que uno y otro pagaron bien cara su sangrienta discordia, y que el fin trágico que ambos tuvieron, y la ruina total del imperio y religion peruana, fueron el fruto amargo de sus fustas querellas y del error cometido por su padre en la particion de la monarquía.

La otra novedad ocurrida en este tiempo fué la llegada del

capitan Almagro al Perú y su pronta venida á Caxamalca. Venia ya condecorado por el Rey con el título de mariscal, y traía cuatro navios y doscientos hombres consigo, entre ellos varios oficiales excelentes, que venian de Nicaragua con Francisco de Godoy á servir en el Perú, y se pusieron á las órdenes de Almagro en el camino. Parecía ya signo de estos dos antiguos compañeros y descubridores que no pudiesen estar juntos sin rencillas y desconfianzas. Apenas Almagro llegó á San Miguel y se puso en comunicacion con el Gobernador, cuando á este se dijo que su amigo, con mas fuerza y poderío, tenía á menos juntarse con él, y pensaba buscar otros descubrimientos y conquistas por sí solo. A Almagro querian persuadir que el Gobernador trataba de quitarle de en medio, y le inducian á que se guardase y cautelase de sus asechanzas. Esta vez á lo menos superior uno y otro corresponder á su dignidad y á sus mutuas obligaciones. Pizarro envió mensajeros á su amigo dándole el parabien de su venida, y rogándole que se apresurase con los caballeros que le acompañaban á venir á juntarse con él y á participar de su buena fortuna. Almagro, enterado de que el origen de aquellos chismes venia de una falsa relacion enviada por un Rodrigo Perez, escribano de oficio, y que le servia de secretario, le hizo proceso como abusador de su cargo, y le mandó ahorcar por su mala fe y alevosia. ¡ Dichosos los dos si se hubieran conducido siempre con igual franqueza y resolucion! Hecho esto, Almagro con sus soldados se puso en marcha para Caxamalca, adonde llegó sin encontrar impedimento alguno en el camino (14 de mayo de 1533), antes bien toda buena acogida, servicio y agasajo de parte de los indios. Salió á recibirle el Gobernador, y haciéndose ambos las demostraciones de gusto y de cariño propias de su amistad antigua, entraron en la ciudad, donde al instante el Mariscal pasó á hacer reverencia al Inca y como á ponerse á sus órdenes. Él, aunque probablemente se doliese en su interior de que el número de sus enemigos se aumentase, le recibió con el mismo buen semblante que á los demás castellanos. Tode se presentaba allí entonces con aspecto tranquilo y agradable á los españoles y al principe prisionero: reinaba entre ellos la confianza y reinaba tambien la alegría; él tenía la esperanza de verse pronto en libertad, ellos la perspectiva del poderío y la opulencia.

Llegó de allí á poco Hernando Pizarro (25 de mayo de 1533) con las riquezas del templo de Pachacamac y con el general peruano. Saliéronlos á recibir el Gobernador y los principales capitanes del ejército; mas á la vista inesperada de Almagro no pudo el orgulloso Hernando tener la rienda á su aversion antigua, llegando á tanto la demostracion de su disgusto, que ni le cumplimentó ni le saludó tampoco. Pesó á todos de esta groseria, y mas al Gobernador, que le reprendió de ella cuando estuvieron solos, y en seguida pasaron á la estancia del Mariscal, y excusándose el recién venido del descuido usado con él, Almagro recibió las disculpas con su buena fe y facilidad natural, y aquel sinsabor quedó entonces desvanecido, á lo menos en apariencia. Incidentes pequeños á la verdad, pero absolutamente precisos para pintar el carácter moral de los personajes históricos. En la narracion presente todavía son mas indispensables, pues estas rencillas, aunque leves, son las chispas que forman después el grande incendio en que vienen á ser abrasados todos los actores de este drama triste y sangriento.

Segun llegaban las cargas del rescate á Caxamalca, se iban poniendo en un sitio señalado á este fin y custodiado con una buena guardia. Las distancias eran largas, las cargas pequeñas, la estancia espaciosa, y por consiguiente, hacia poco bulto á los ojos de los codiciosos castellanos. Impacientábanse ellos de ver que tanto tardaba la reunion del tesoro prometido, y temian que se les devaneciesen como humo las esperanzas de oro que centelleaban en su acalorada fantasia. Alguna vez, echando al Inca la culpa de la tardanza, y sospechando que esto lo hacia para dar lugar á que se alborotasen las provincias y los castellanos fuesen destruidos antes de recibir su rescate, proponian que se le diese muerte y se saliese de una vez del cuidado y susto en que los tenía: peligro del que entonces salvaron á Atahualpa los respetos de Hernando Pizarro, que se opuso siempre á que se le ofendiese.

Señalábanse en esta impaciencia los de Almagro, como creyéndose acreedores á la parte de aquel rico botin; y tambien los oficiales reales, que dejados prudentemente por Pizarro en San Miguel, se vinieron con Almagro á Caxamalca para entender en las atenciones á la reparticion de los despojos. Mas

cuando los castellanos vieron llegar la muchedumbre de indios cargados con los tesoros del Cuzco, y que acumulados á los que allí habia, el monton se agrandó, haciéndose de repente mayor que su codicia, entonces á la impaciencia que antes tenian porque se llegase á reunir, sucedió otra impaciencia mas viva, que fué la de disfrutar; y aunque, segun toda apariencia, no estuviese lleno aun el cupo prometido por el Inca, empezaron á pedir á voces que se repartiese al instante¹. Quiso Pizarro satisfacer este deseo, que era por ventura igual en jefes y en soldados, y á todos estaria bien. Mas antes era preciso allanar la dificultad que ofrecian las pretensiones de los de Almagro, que querian entrar á la particion como los que habian venido primero y desbaratado al Inca en Caxamalca. Para la igualdad no habia razon; mas dejarlos tambien sin nada era poco cortés y aun peligroso. Habido pues su consejo los dos generales con los cabos principales del ejército, se acordó que se sacasen del monton cien mil ducados para los de Almagro, con lo cual se dieron por contentos, y se procedió sin estorbos á la distribucion.

Ejecutóse esta con la mayor solemnidad (17 de junio de 1533). Pizarro hizo constar judicialmente la autoridad y facultades que tenia por las provisiones reales para que estos repartimientos se hiciesen segun los servicios y merecimientos de cada uno, á juicio del mismo Gobernador; y pidiendo formalmente el auxilio divino para guardarles justicia, se dió principio á la operacion. Pesóse el oro y la plata que resultaban después de fundidos y aquilatados. Sacáronse primero los quintos reales, el importe de un donativo que además se hizo al Rey, la joya que llamaban del escaño, con otras que por su hechura ó por su singularidad se querian presentar enteras en la corte; los cien mil ducados de los almagristas y los derechos del quilatador, fun-

1. Los historiadores no dicen que se hiciese la prueba de si el tesoro llegaba hasta la raya colorada que se extendió para señal. Herrera se contenta con decir vagamente: « Llegado el tesoro del rescate del Inca, » etc. Gomara asegura mas positivamente que los españoles dieron prisa á que se repartiese antes de que se acabase de juntar, por temor de que los indios se lo quitasen ó cargasen mas españoles antes de distribuirlo, y hubiese que partir con ellos.

didor y marcador, con las costas de estas diferentes labores. El resto se repartió entre el General, capitanes y soldados, segun sus méritos y graduacion respectiva, ó segun las condiciones que cada cual habia ajustado en su contrata. Por lo mismo las porciones no tuvieron la igualdad que resulta en los historiadores cuando hacen esta regulacion, en la cual tambien difieren mucho entre sí. Pero de la acta judicial de repartimiento, se viene en conocimiento de que la parte de cada soldado de á caballo fué, generalmente hablando, de cerca de nueve mil pesos en oro y sobre trescientos marcos en plata, y la de cada infante con corta diferencia la mitad. Los capitanes y soldados distinguidos recibieron á proporcion: la parte de Pizarro subió á cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro, y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata, sin contar el tablon de oro de las andas del Inca, que como general se adjudicó, valuado en veinte y cinco mil pesos. Botin prodigioso, y si se atiende al corto número de soldados entre quienes se distribuyó, sin ejemplar en la historia de estas correrias ó latrocinios que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, á la constancia, á la actividad y á la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecian, porque de todo esto habian hecho muestra en el grado mas alto, no ciertamente contra los hombres, que poca ó ninguna resistencia les podian oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia á las pruebas mas crueles. Pero la opinion humana, justamente guiada por la razon y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta á la opulencia cuando es hija de la aplicacion, del talento y de la industria, ha marcado con el sello de su reprobacion eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapina.

Pizarro habia cumplido á sus compañeros la palabra que les habia dado de hacerles mas ricos que lo que ellos acertasen á desear¹. Faltábale hacerlo ver en América y hacerlo ver en

1. A la verdad esta adquisicion de oro y plata en tanta cantidad no los hizo mucho mas ricos, á lo menos á los que quedaban en América. Las cosas que anhelaban subieron á un precio proporcionado á la abundancia de los metales con que se habian de satisfacer.

España. Para esto determinó enviar á su hermano Hernando Pizarro para que llevase los quintos del Rey y el donativo que el ejército le habia hecho, con la relacion de todo lo sucedido y del estado en que las cosas se hallaban. Iba tambien con el encargo de pedir para el Gobernador y sus hermanos honras, dignidades y mercedes. El mariscal Almagro escribió tambien al Rey representándole sus servicios, y pidiendo en merced que se le diese la gobernación de la tierra que estoviese mas adelante de la del gobernador Pizarro, con el titulo de adelantado. Sin duda por consideraciones de cortesía y consecuencia dió la procuración de este negocio á Hernando Pizarro; pero no contando mucho ni en su buena voluntad ni en su eficacia, dió al mismo tiempo poder secreto á sus dos amigos Cristóbal de Mena y Juan de Sosa, que se venian á España, para que ayudasen á sus pretensiones en el caso de que el primero las mirase con descuido. Hernando Pizarro partió acompañado de algunos capitanes y soldados, que cuerdamente resolvieron volverse á su patria á disfrutar en ella con sosiego de las riquezas que les habia proporcionado la fortuna. Llegaron á Panamá, y de allí se esparció por todas las Indias el crédito de los tesoros del Perú. Pasaron el mar, arribaron á Sevilla, y como eran tan altos los quintos del Rey, tan grandes los caudales que trajeron consigo los que se volvian, y tan crecidas las remesas que enviaban á sus familias los que se quedaban allá, hinchieron, como dice Gomara, la contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

Distribuidos los tesoros del Inca, parecia llegado el caso de determinar acerca de su persona. Pedia él que se le pusiese en libertad, pues por su parte estaba cumplido lo que prometido habia. Mas otros eran por cierto los pensamientos de su artificioso y duro vencedor. No hay duda que la situacion en que

Una mano de papel valia diez pesos, unos borcegués treinta, una capa negra ciento, un caballo, tres, cuatro y á veces cinco mil ducados. Los mercaderes solian comprar el oro de veinte quilates á catorce, el de catorce á siete: la plata valia tambien á este tenor: por manera que los poseedores de riquezas tan grandes apenas podian adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles á la mas mediana fortuna.

estaban los españoles, y en el supuesto de estar decretada irrevocablemente la destruccion de aquel imperio, cualquiera partido que se tomase con Atahualpa estaba expuesto á inconvenientes muy graves. Darle libertad era impolitico, mantenerle en prison embarazoso, quitarle la vida, cruel y sobremanera injusto. Cuando por su culpa ó por la ajena los ambiciosos se ven metidos en estos atolladeros siempre se abren camino á toda costa, aunque sea pasando por encima de la humanidad y de la justicia. Pizarro lo hizo así entonces; y si ya mucho antes no tenia en su corazon condenado á muerte al Inca, sin duda lo determinó cuando satisfecha la pasion primera, que era la de adquirir, pudo dar oido solamente á las sugerencias de la ambicion. Por desgracia el mismo Atahualpa le habia dado el ejemplo y allanado el camino, dejándole con el sacrificio de Huascar sola una victima para llevar á su cima la empresa en que estaba empeñado. Esta resolucion fué al principio secreta, y nadie llegó á entenderla hasta después. Entre tanto, para dar alguna disculpa al hecho y hacerlo menos odioso, empezaron á correr noticias de sediciones, de movimientos de indios, de proyectos de sus generales para salvar al prisionero. Daban calor á estos rumores los indios de servicio ó yanacunas, los cuales, como la clase mas perjudicada en el Estado, tenian odio á las demás, y solo veian su restauracion futura en el trastorno del imperio y destruccion de sus jerarquias. Dobláronse las guardias al Inca, y fué preso el general Chialiquichiamá como fautor de estas inquietudes; y á pesar de la firmeza y sinceridad con que negaba los cargos y demostraba su falsedad, sin duda fuera quemado entonces por voluntad del Gobernador si no lo estorbara Hernando Pizarro, que aun no habia partido para España. Crecian las sospechas de guerra y la fama de los alborotos: los soldados de Almagro activaban la pérdida del príncipe peruano, porque pensaban que mientras viviese no estaban con los de Pizarro en aquella igualdad que apetecian, y anhelaban por ir á buscar nuevas tierras y tesoros nuevos. Los oficiales reales la instaban tambien de puro miedo, en el concepto de que la muerte de Atahualpa llenaria de temor á los indios y allanaria todas las cosas: entre ellos el mas caviloso, el mas inquieto y el mas cruel de todos era Alonso Riquelme el tesorero, que con sus continuas y vehementes gestiones, ayu-
16.

das de la autoridad de su oficio, no parecía que lo pedía, sino que lo mandaba.

No deseaba otra cosa el Gobernador, como quien ponía todo su artificio entonces en suponerse forzado á lo mismo que estaba en su interés, y por consiguiente en su deseo. Y como los agresores querían siempre tener una apariencia de justicia aun para los mismos á quienes ofenden, Pizarro, en medio de estos rumores y recelos, entró á ver al Inca, y le dijo que extrañaba mucho que habiendo sido tan bien tratado, y estando bajo la buena fe y confianza en que le tenían los castellanos, él tratase de destruirlos con los ejércitos que públicamente se decía mandaba venir á Caxamalca. Creyó al principio Atahualpa que se burlaba, y le rogó que no usase de aquellas chanzas con él. Mas viendo después en el tono y semblante del Gobernador la realidad y continuación del enojo, viendo agravarse las prisiones y doblarse las guardias, « no sé, decía á los españoles, cómo me teneis por hombre de tan poco seso, que teniéndome en vuestro poder y cargado de cadenas, haya de haceros traición y mandar que se mueva mi gente contra vosotros, pues al instante que la veais venir y sepais que viene podeis cortarme la cabeza. Y estais por cierto bien mal informados del poder que tengo si recelais que nadie se mueva y venga contra mi voluntad. Si yo no quiero, ni las aves vuelan ni las hojas de los árboles se menean en mi tierra. » Mas estas reflexiones, sacadas del sentido comun mas obvio y de la razon mas sana, no bastaban á disculparle contra quien estaba resuelto á encontrarlo delincuente; y después de aquella triste conferencia y unas demostraciones de rigor tan desusadas antes con él, debió el miserable Inca presentir cuál iba á ser su destino. Así es que, quejándose de Pizarro y de los castellanos, decía que, después que le habian tomado su tesoro bajo la fe jurada y prometida, trataban contra toda justicia darle la muerte.

Todavía el Gobernador quiso dar otra prueba de circunspeccion y detenimiento en negocio tan grave, enviando á Hernando de Soto y á otro capitán con algunos caballos para que reconociesen la parte en donde se decía que estaban los enemigos, y con su aviso proceder á lo que conviniese. Ellos salieron y no encontraron en todo el país que atravesaron mas que indios de servicio que venian pacíficamente á Caxamalca. Quizá esta co-

mision fué un medio de alejar de allí á Soto, que era el único valedor que quedaba al Inca después de la ida de Hernando Pizarro, siendo estos dos capitanes los que mejor supieron ganarle la voluntad, y con quien él mas se complacía en sus conversaciones y en sus juegos.

Después de la salida de Soto se levantó un grande alboroto entre los castellanos, como si los enemigos se acercasen y el peligro se aumentara. Entonces ya pareció todo maduro y dispuesto para procesar á aquel sobre quien no tenían mas jurisdiccion que la fuerza ¹. Imputósele la muerte de Huascar y las supuestas tramas contra la seguridad de los españoles; y probados estos cargos á su modo, fué llevada la causa á fray Vicente Valverde. Este religioso, todavía menos instruido en las formalidades de la justicia que en las máximas sanas de la predicacion evangélica, aseguró que aquello era suficiente para condenar al Inca, y ofreció que si menester fuese él firmaría este dictámen. Apoyados con su voto los dos generales, pronunciaron su sentencia, y por ella el desdichado Atahualpa debía ser quemado vivo. Al saberse en el ejército un fallo tan atroz, muchos de los españoles protestaron noblemente contra él, y reclamaron los derechos de la justicia, de la equidad y de la gratitud en favor del príncipe prisionero. Indignábanse de que se desluciesen sus hazañas con aquel hecho tan inhumano, y no querían que se echase eternamente tal mancha sobre el nombre

1. Dicese que en este proceso el intérprete Felipillo de Poehos torcia las declaraciones de los indios, de modo que el Inca resultase culpable, con el fin de conseguir con su muerte á una de las concubinas del Príncipe, de quien estaba perdidamente enamorado.

Algunos autores añaden tambien como motivo muy principal de la muerte del Inca, el odio que le juró Pizarro por el desprecio que le manifestó Atahualpa cuando llegó á entender que no sabia leer. N una ni otra especie se hallan en las primeras relaciones, ni tampoco se encuentran en Gomara ni en Herrera. Garcilaso es el primer autor que la refiere: lo hace como de oídas y sin citar escritor ninguno ó testimonio auténtico en que apoyarse. Por lo demás, este cuento y el de Felipillo parecen inventados y conservados para dar razon de un acontecimiento que presenta por sí mismo causas mas probables y positivas. Herrera en esta parte presenta bien el hecho, aunque en el modo de contarle se advierta bien la circunspeccion penosa con que procede.

y honra española. Nombraron á este fin un protector al Inca y apelaron formalmente de la sentencia para el Emperador, pidiendo que Atahualpa y su proceso fuesen enviados á España. Los de esta opinion eran muchos, y á su frente estaban los hombres mas distinguidos del ejército. Todo fué en vano: el nombre y la acusacion de traidores con que se les amenazó los redujo al fin al silencio, la sentencia fué intimada al Inca, y él se dispuso á morir. Quejóse al principio altamente de la perfidia que con él se usaba, y acordándose de su familia, preguntaba con lágrimas « en qué había delinquido él, sus mujeres ni sus hijos ». Dado este desahogo indispensable á la naturaleza, se resignó noble y esforzadamente á su fin y se mandó enterrar en el Quito, donde estaban sepultados sus antepasados por línea materna. Dejaron los ejecutores fenecer el día, como si temieran la luz, para la consumacion de su crimen, y dos horas después de anochecido le sacaron al suplicio, consolándole el padre Valverde en el camino, que sin duda quiso piadosamente asistir por sí mismo al remate de aquella tragedia á que en algun modo había dado principio. Persuadiale que se hiciese cristiano y pidiese el bautismo, añadiendo, por ventura para persuadirle mejor, que de este modo no sería entregado al fuego. Entendió bien el pobre moribundo lo que le convenia, y pidió el bautismo, que le fué administrado segun el tiempo y lugar lo permitieron. Hecho esto, el sucesor de Manco-Capac fué entregado en manos de los verdugos, que atándole á un madero, inmediatamente le ahogaron.

Tenia entonces treinta años, y segun dice Gomara, que como contemporáneo pudo saberlo de los mismos que le trataron: « era hombre bien dispuesto, sabio, animoso, franco, muy limpio y bien traído ». La idea que de él han dejado las relaciones antiguas le es en verdad bien favorable, á pesar de los visos de artificio, crueldad, injusticia y tiranía que han querido dar á su carácter. Estas calidades odiosas se avienen mal con las prendas y virtudes que manifestó en el largo tiempo de su prision, y que le ganaron el interés y el afecto de tantos castellanos.

1. Gomara pone duda en que le pidiese de buena fe, y Herrera con un *asirman* indica que el hecho debe ir por la fe de otros, y no por la suya. Todos convienen en el género de muerte.

que á boca llena, como ya se ha dicho arriba, apellidaban inicua é inhumana la sentencia dada contra él ¹. Se avienen también mal con los elogios que en estas mismas relaciones se le dan, donde después de su muerte apenas se le nombra con otros dictados que los del *gran Monarca, el buen Rey*, y otros de la misma dignidad. Están finalmente en contradiccion con el amor y con el deseo que dejó impresos en la nacion peruana, la cual, considerando por ventura reflejadas mas bien en él que en otro ninguno de sus principes las grandes prendas del inca Huayna-Capac, lloraba cifrada en su deplorable muerte la catástrofe de su imperio.

Luego que se divulgó en Caxamalca, las esposas del Inca, las indias que le servian y toda su familia en general empezó á herir el aire con sus lamentos y á invocar al cielo con sus gritos. Las mas queridas salieron desesperadas y frenéticas á enterrarse con él; y como los españoles no se lo permitiesen, se esparcieron por los contornos, y cual con cordeles, cual con

1. Los historiadores todos se ponen de parte de esta opinion, y son los ecos de los mismos sentimientos que animaban al ejército. Herrera manifiesta bien claro que si la muerte del Inca era disculpable en política, no lo era ni en justicia ni en moral. Gomara, después de decir que no fué enviado al Emperador, como muchos querian que se hiciese, y que fué muerto á instancia de los de Almagro, añade: « No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues; ca todos ellos acaban mal. » Oviedo es todavía mas positivo; en el cap. 14 del lib. 46 de su *Historia general* copia á la letra la relacion de este acontecimiento hecha por Francisco de Jerez; pero después en el cap. 22 vuelve á tratar el asunto por sí mismo, y manifiesta á la larga la injusticia y escándalo de semejante proceso y de tan inicuo suplicio. Entre otras cosas dice: « Notorio es que el Gobernador le aseguró la vida, y sin que le diese tal seguro, él se le tenia, pues ningun capitán puede disponer sin licencia de su rey y señor de la persona del príncipe que tiene preso... » Y mas adelante: « Le levantaron que los queria matar, é todo aquello fué rodeado por la inadvertencia é mal consejo del Gobernador, é comenzaron á le hacer proceso mal compuesto é peor escrito; seyendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado é deshonesto clérigo, y un escribano falto de conciencia, é de mala habilidad, y otros tales que en la maldad concurrieron. »

sus propios cabellos, se ahorcaban para seguirle. Satisficieron así algunas de ellas su cariño y su deseo, y otras muchas mas lo hicieron si Pizarro no atajase aquel furor, mandando á sus soldados que las siguiesen y contuviesen.

El cadáver, enterrado con decencia entre otros cristianos, fué á pocos dias sacado secretamente por los indios, y llevado segun unos al Quito, y segun otros al Cuzco. Jamás pudo después saberse de él, aun cuando por codicia de los tesoros que se suponian en su sepulcro muchos españoles hicieron en uno y otro paraje diligencias exquisitas para encontrarle. Viéronse en las otras provincias del Perú, cuando llegó á ellas la noticia, las mismas demostraciones de fidelidad y adhesion, dándose muerte hombres y mujeres para ir á servir en el otro mundo á su idolatrado inca. El sentimiento fué general en todo el imperio, y como se sabia en todo él la constancia y buena fe con que se habia conducido en su prision, y las órdenes positivas y eficaces que habia dado prohibiendo tomar las armas en su favor y hacer guerra á los castellanos, comparaban con esta conducta el inico modo usado por ellos; y no solo sus amigos y parciales, mas tambien los que no lo eran, levantaban el grito contra los castellanos y envidiaban la suerte de los incas anteriores, que no habian alcanzado tiempos tan desastrados y crueles.

Este fué el último acto con que se consumó la destruccion de aquella gran monarquia. Ya desde la prision del Inca y dispersion de su ejército, los capitanes que le mandaban se fueron á diversas partes, y ejercieron, segun se dice, mil tiranías y violencias. Perdido el temor á la autoridad, y rota la armonía que reinaba en el Estado, los vinculos que le unian se desataron de golpe y todo se desconcertó, no encontrando los grandes freno á su ambicion, ni los pequeños á su licencia. Los almacenes y propiedades públicas comenzaron á saquearse, las posesiones privadas á invadirse: todo fué confusion y desorden; y la obra de la civilizacion, que habia costado siglos de sabiduría, y perseverancia, se veia destruir por momentos. La religion se perturbó, las costumbres se corrompieron, y hasta las vírgenes del sol, tan recogidas y veneradas, salieron libremente de sus clausuras, y abandonadas á su albedrío, se hicieron el despojo de los suyos y de los extraños, y la burla y el desprecio de unos

y otros ¹. Una mudanza y turbacion tan fuerte en aquella arreglada policia y en aquel concierto de leyes divinas y humanas llenaba entonces de tristeza el corazon de todos los hombres de bien, y de temor para en adelante, pues recelaban que sus males no habian de parar en aquello. Y con efecto fué así, porque muerto el Inca, los desórdenes, escándalos y usurpaciones crecieron hasta el punto mas lastimoso: las clases, largo tiempo comprimidas, levantándose contra las superiores, ejercieron sus desquites y venganzas; ninguna provincia se entendió con otra, ni apenas hombre con hombre, y falseada la clave de la cúpula que mantenía el edificio, todo él con espantosa ruina vino al suelo.

Esta pronta disolucion del imperio era favorable á los desig-nios del conquistador, que pudo ver en ella abierta mas fácil entrada á la nueva monarquia que se proponia fundar. Mas si la muerte de Atahualpa allanó las dificultades que podian oponer su capacidad, su valor y su poderio, tambien sobrevinieron otras de pronto que debieron poner á los castellanos en justo cuidado y grave pesadumbre. Detúvose al instante el raudal de plata y oro que venia á Caxamalca para el rescate del Inca, el servicio de los indios empezó á entorpecerse, los bastimentos á disminuirse, á eludirse las órdenes, y á amagar los levantamientos y las hostilidades. Si era grande el desprecio de los españoles hácia gentes que á tan poca costa y peligro suyo habian desbaratado, prendiendo y dando muerte á su rey, el aborrecimiento de los naturales hácia ellos era infinitamente mayor. La tierra era grande, los indios muchos, y los castellanos pocosísimos. Pareció pues á Pizarro necesaria la creacion de un nuevo inca que fuese su instrumento principal para la obediencia de los indios y punto central de sus intereses y voluntades, y excusarse las disensiones y guerra que necesariamente de otro modo se habian de acrecentar. Llamó con este objeto á los orejones que allí estaban, hizoles entender que no era su ánimo deshacer su monarquia, y les pidió consejo sobre la persona que contemplaban mas digna de recibir la

1. « Algunos españoles dicen que ni eran vírgenes ni aun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas costumbres, etc. — (Comara.)

borla del imperio. Ellos, como hechuras que eran de Atahualpa le propusieron á un hijo de este príncipe llamado Toparpa. Sus pocos años y su inexperiencia le hacian muy á propósito para los fines del general español, el cual dió su aprobacion á ello, y el hijo de Atahualpa fué reconocido por rey y coronado con todas las ceremonias acostumbradas en el Cuzco, aunque no con la misma pompa y majestad. Asi los bárbaros que ocupaban la Italia en los últimos tiempos del imperio romano solian crear estos césares de farsa, y Toparpa al lado de Pizarro nos representa bien al vivo á Avito y Antemio al lado de Ricimer, á Julio Népos y Augústulo al de Oréstes.

Resolvióse en seguida la marcha á la capital. Mas antes era preciso dejar asegurados á San Miguel de Piura y su distrito, que podian considerarse como la llave del Perú. Para esto fué elegido el capitán Sebastian de Belalcázar, que recibió sus instrucciones y partió al instante á su destino. Esta eleccion hace honor al discernimiento y penetración del general castellano; porque Belalcázar, ya se le considere empeñado en las guerras porfiadas y sangrientas que mantuvo contra los indios del Quito, ya emprendiendo nuevos descubrimientos y viajes atrevidos en las regiones equinociales, ya en fin tomando á veces parte en los acontecimientos del Perú, hizo prueba de una capacidad tan grande y de un juicio tan seguro, y desplegó un genio tan andaz y belicoso y una actividad tan incansable, que en gloria y en esfuerzo no reconoce ventaja en ninguno de los mas señalados descubridores.

Cumplidos en fin siete meses de su estacion en Caxamalca, salen de allí los españoles, dirigiéndose al Cuzco por el camino real de los Incas. Eran ya en número de cuatrocientos ochenta hombres, que para lo que se acostumbraba en Indias podian considerarse como un mediano ejército. Con ellos iba el nuevo inca llevado en andas, y seguido y cortejado de los orejones que se hallaban allí entonces. Señalábase en aquella comarsa el general Chialiquichama, llevado tambien en andas para demostracion de su autoridad y grandeza. El Gobernador, que no tenia motivos bastantes para mantenerle preso, le habia dado libertad, aconsejándole que se mantuviese quieto y sosegado. En esta buena armonia iban indios y españoles por los hermosos valles que forman allí las sierras, sin que en los pri-

meros dias encontrasen nada que recelar en su camino. Todo estaba de paz: los indios de las diversas poblaciones por donde pasaban los salian á recibir y agasajar con sumision y respeto, y los castellanos marchaban ricos y contentos con lo pasado, alegres y animados con las esperanzas de mayor ventura que se les ofrecia en lo venidero.

Mas luego que pasaron la provincia de Guamachuco y llegaron á la de Andamarca se recibió aviso de que habia mas adelante un grueso de indios con intenciones en la apariencia hostiles. Creyó conveniente el general español que un hijo del inca Huayna-Capac fuese á sosegarlos; pero los que fueron con él volvieron tristes, anunciando que sin respetar su nacimiento, los enemigos le habian dado muerte como traidor á su país. Entonces no quedó duda á los castellanos de que se les aparejaba una guerra bien áspera, y que á pesar de sus precauciones les era preciso abrirse paso con las armas á la capital.

El primer efecto de esta novedad fué la prision del general Chialiquichama, á quien Pizarro volvió á poner en la cadena ó por seguridad ó por venganza. Tambien empezó el ejército á marchar con mas cautela y en mejor orden, llevando Almagro con Hernando de Soto la vanguardia, y siguiendo Pizarro con el resto del ejército y el bagaje. Mas los indios no se dejaron percibir armados hasta que los castellanos entraron en el valle de Jauja, sesenta leguas mas allá de Caxamalca. Allí, creyéndose seguros á la otra orilla del rio que corre por medio del valle, empezaron á denostar y á provocar á sus enemigos: « ¿ Qué querian en tierra ajena? ¿ Por qué no se iban á la suya? Contentos debian estar con los males que habian hecho y con la muerte de Atahualpa. » El rio, ya grande de suyo, y crecido entonces con las nieves derretidas, al que además habian quitado el puente, les parecia un valladar seguro para decir injurias á su salvo. Pero al ver á los castellanos entrar denodadamente en el rio, despreciando igualmente el furor de su corriente que los clamores y amenazas que les enviaban, y no teniendo valor para esperar la arremetida de los caballos, se pusieron en fuga, unos hácia el norte y otros al poniente, quedando todavia bastantes en el campo para probar y aun cansar las espadas castellanas.

Con este triste escarmiento y el éxito igual de algunos otros encuentros, se allanaron los indios de aquel valle, cayendo en poder de los castellanos los tesoros del templo que allí habia, buen número de tejidos de lana y algodón, y muchas mujeres hermosas, entre ellas dos hijas de Huayna-Capac. Allí determinó Pizarro fundar un pueblo, movido de lo delicioso y feraz del terreno, de lo muy poblado que estaba, y de la proporcionada distancia que tenia á todas partes. Entre tanto que lo ponía por obra, envió á Hernando de Soto con sesenta caballos para que fuese despacio reconociendo el camino del Cuzco. Puesto en marcha, descubrió á lo lejos en Curibayo un grueso de indios fortificado para defender el paso, y dió aviso al Gobernador, pidiéndole que enviase delante al nuevo inca para si su presencia los aquietaba. Pero Toparpa enfermó á la sazón gravemente, y falleció luego, dejando á Pizarro con el sentimiento de su pérdida, y sin saber cómo repararla; conociendo cuán útil le haba sido la presencia de aquel rey, aunque de burla, para excusar tropiezos y dificultades en la marcha que llevaba.

No necesitó Soto del auxilio que pedia, porque llegando con sus caballos adonde estaban los indios, los dispersó fácilmente con solo acercarse al puesto en que se hallaban: tanto era el pavor que los ocupaba cuando sentian á los caballos. Mas no abatidos por eso, determinaron esperarle en un paso áspero y dificultoso que hay en la sierra de Vileaconga, á siete leguas del Cuzco. Allí llamaron mas gente, se proveyeron de vitualla, se fortificaron á su modo, y añadiendo dificultades á la aspereza del terreno, hicieron hoyos ocultos con estacas puntiagudas para que se mancasen los caballos. Los castellanos, creyéndolos de huida, siguieron el alcance, pasaron á Curambo, atravesaron el rio de Abancay, y por el camino real de Chinchasuyo llegaron al punto ocupado por los indios. Al verlos empeñados en el paso peligroso, los bárbaros, creyéndolos ya destruidos, alzaron á su usanza la gritería de guerra, y fieros con las hondas, con las macanas, con sus dardos, y con los aillos se mostraban por todas partes en la sierra con el propósito de morir ó vencer. Retraíanse de acometer los soldados españoles á vista de aquella gran muchedumbre, de la posición fuerte que habian sabido escoger, y sobre todo de su obstinación.

Viéndolos Soto así inciertos, « ni el parar aquí, les dijo, nos conviene, ni dejar de vencer tampoco. Miétras mas nos detengamos la dificultad y el peligro se van á hacer mayores, pues los enemigos se acrecentarán en número y atrevimiento. Al contrario, todo está llano si aquí vencemos: seguidme. » Y dicho esto, arremetió el primero á los enemigos, que le recibieron á él y los suyos con ánimo igualmente resuelto y denodado. La refriega fué obstinadísima de parte de los indios. Quien los vió dejarse alancear y acuchillar como corderos en Caxamalca, y los viera aquí combatir como leones, no diría que pertenecian á la misma gente. Morian á la verdad muchos de ellos, pero tambien caian caballos y españoles; y en la desproporción inmensa de número en que unos y otros se hallaban, cada gota de sangre castellana que se vertía era una pérdida irreparable. La noche los separó: los indios cansados se arremolinaron junto á una fuente, y los castellanos en un arroyo; pero estaban á tiro de bala unos de otros, y los peruanos en ademán de embestir luego que rompiese el día. Hernando de Soto, que al hacer el recuento de su gente, se halló con cinco españoles muertos, otros once heridos; y de los caballos, muertos dos, y heridos catorce; considerando además cuán poco bastimento traía consigo y la poca gente que le quedaba, y no sabiendo si á pesar de los avisos que habia enviado desde el camino, seria ó no socorrido á tiempo, empezó á padecer en su ánimo por la dificultad de su posición, y á arrepentirse de su temeridad. En medio de estos recelos, que se aumentaban mas con la oscuridad de la noche, la trompeta castellana se dejó oír al pié de la sierra, anunciando en sus ecos auxilio y esperanza. Respondió la trompeta de los combatientes desde arriba, á cuyo son pudo encaminarse á toda priesa el socorro conducido por el mariscal Almagro, y reunirse al escuadrón de Hernando de Soto. Unos y otros se abrazaron con el contento que es de presumir, y esperaron á la mañana para renovar el combate. La sorpresa y sentimiento de los indios al hallar con el día doblado el número de sus enemigos, y que se les escapaba la victoria que ya tenian en las manos, fueron grandes; pero no perdieron el ánimo, y aguardaron el ataque de los castellanos, que siendo ya entonces mas en número y peleando con mas ardor y confianza, fácilmente los

desbarataron y ahuyentaron. Ganado así el campo, los vencedores acordaron aguardar allí el resto del ejército, que á largos pasos venia á juntarse con ellos.

Entre tanto Pizarro, después de haber dado en Jauja las disposiciones para la nueva poblacion que allí proyectaba, dejó por su teniente al tesorero Riquelme, para desembarazarse así de aquel hombre discolo y bullicioso. Al mismo tiempo envió un destacamento á la costa de Pachacamac para ver si podia fundarse otro pueblo en la marina, y pasó á Vilcas, punto central del imperio de los Incas, puesto á igual distancia entre Quito y Chile. Allí pudo admirar la magnificencia de aquellos monarcas, pues Vilcas, con el Cuzco y Pachacamac, era uno de los tres sitios en que ellos á porfia se habian esmerado en prodigar su grandeza y poderio, así en el templo y adoratorios, como en los aposentos reales y sitios de recreo que tenian contruidos en aquel delicioso paraje. Desde allí pasó sin tropiezo ninguno á encontrar á su vanguardia, que le esperaba; mas él, que desde Caxamalca podia decirse que habia marchado con el decoro y gravedad que correspondian á un conquistador civilizado, pacificando pueblos, proyectando fundaciones, y absteniéndose de toda accion bárbara é indigna, llegado á Vilcaconga, dió segunda prueba de cuán pocos respetos le merecian la humanidad y la justicia cuando estaban encontradas con su seguridad ó su resentimiento. Los movimientos hostiles de los indios en los diferentes encuentros que se habian tenido con ellos llevaban una apariencia de orden y de concierto, y mostraban que eran dirigidos por alguna cabeza capaz y ejercitada en el arte de la guerra. Sabiase en el campo español que al frente de aquella muchedumbre levantada estaba Quizquiz, uno de los generales mas hábiles de Atahualpa, y compañero de Chialiquichiana en las guerras contra Huascar. Empezóse á susurrar si habia comunicaciones entre los dos capitanes, y aun se dijo que Chialiquichiana habia enviado avisos á su amigo de que los castellanos se dividian, y cómo debia aprovechar aquella buena ocasion. Estas inteligencias no estaban suficientemente probadas para el rigor que se usó después con el general prisionero. Pero el aprieto en que acababan de hallarse los sesenta caballos de Hernando de Soto habia llenado el ánimo de los españoles de

tanta ira como cuidado. Añadiase á esto la fama de haber vencido cinco batallas en favor de su rey, la seguridad con que los indios decian que si él se hallara con Atahualpa cuando el suceso de Caxamalca no acontecieran las cosas de aquel modo; en fin, su misma capacidad, reconocida tal vez por sus opresores en el largo trato que con él habian tenido. Temianse pues las dificultades que iba á traer sobre los españoles si llegaba á cobrar su libertad, y aun se decia que para proporcionársela venian sobre ellos una gran muchedumbre de enemigos. Todo esto era mas de lo que necesitaba para aparecer culpable á los ojos del conquistador receloso: y Pizarro, para no tenerle que temer, le hizo inmediatamente quemar. Así terminó la triste serie de injusticias cometidas con este guerrero, que probablemente debió su deplorable fin á su misma reputacion. Chialiquichiana desde la estaca en que fué puesto para ser quemado podia triunfar de su verdugo, echándole en cara su falta de fe, sus injusticias, y en fin, su inhumanidad con un hombre que no le habia dado motivo ninguno justo para ella, confesando por este mismo hecho que valia mas que él¹.

Dado semejante ejemplo de rigor, el ejército se puso al instante en marcha para el Cuzco. Todavía los indios, antes de ver perdida su capital, quisieron probar fortuna en un paso estrecho que hace el valle de Xaquixaguama por una sierra que le ciñe al oriente. Allí esperaron la vanguardia castellana, que mandada por Almagro, Soto y Juan Pizarro, empezó á escaramuzar con ellos, á embestirlos y herirlos con las lanzas. Sostenianse ellos con bastante firmeza, animados de su valor y protegidos del terreno, cuando Mango Inca, uno de los hijos de Huayna-Capac, que habia salido de la ciudad con buen número de los suyos á juntarse con los combatientes, desesperando de la fortuna de su patria, se pasó á los españoles y se presentó al Gobernador, que le recibió con toda clase de honor y de agasajo. Entonces los indios, desalentados y furiosos, dejado el combate corrieron al Cuzco á quemar aquel emporio y esconderles tesoros

1. « Y en esta suspension de ánimo, dice Herrera, acordó quitarle de delante, y luego le mandó quemar, aunque pareció á algunos cosa fuerte; pero los que siguen las razones de estado á todo cierran los ojos. »

que en él había. Volaron á estorbarlo, por mandado del Gobernador, Hernando de Soto y Juan Pizarro; pero no pudieron impedir que fuese casi enteramente saqueado el templo del Sol, escondidas sus riquezas, llevadas á otra parte las sagradas vírgenes que en él vivían, y puesto fuego en algunos puntos de la poblacion; con la misma prisa salieron de allí llevándose todos los jóvenes de uno y otro sexo, y no dejando mas que los viejos y los inútiles. En tal estado encontraron los españoles la capital del imperio, entrado Pizarro en ella á fines de noviembre de 1533, y tomando posesion con las formalidades acostumbradas á nombre del rey de Castilla ¹.

Apoderados á tan poca costa los españoles de aquella opulenta ciudad, su primer anhelo, después de haber contenido el fuego que los indios encendieron, fué buscar las riquezas que allí se atesoraban. Muchas habian distraído y ocultado los indios, pero todavía quedaban muchas. Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestían, metiéronse á saco la fortaleza y los palacios, revolvióse de arriba abajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó después el ansia á los sepulcros, y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez y ceder á las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habian enterrado. Lo que con mas anhelo se buscaba eran las sepulturas de Huayna-Capac, Atahualpa y otros incas, cuyas riquezas, exageradas por la fama, acrecentaban la impaciencia y los deseos. Preguntaban á los indios dónde estaban, y ellos, ladinos y reservados, ó respondían con efugios ó se negaban á responder. De aquí los insultos y las amenazas, después los golpes, y al fin el tormento. Pero ni la arrogancia ni la crueldad pudieron arrancar nada, á unos porque lo ignoraban, á otros porque fueron mas fuertes que sus verdugos; y así aquellos venerables monumentos se salvaron para siempre de la rapacidad de los vencedores. El producto de este saqueo, unido á los despojos habidos en el camino, y puesto todo en comun, según la

1. Esta fecha está autorizada con el testimonio del analista Montesinos. La que fija Herrera en octubre de 1534 es evidentemente equivocada: este escritor comete algunas faltas de cronología en la narracion de los sucesos de Pizarro.

costumbre de aquella tropa, fué todavía mayor que el botin de Caxamalca. Pero ya eran muchos mas á partir, y por esa razon no les tocó á tanto. Dicese que sacado el quinto del Rey, se hicieron de lo demás cuatrocientas ochenta partes, y que cupieron á cada una cuatro mil pesos. Esta enorme masa de metales preciosos puestos en tráfico de repente en un solo punto, y falto de cosas y comodidades trocables con ellos, hizo su efecto natural, que fué el de envilecerlos. La plata no se estimaba por pesada y embarazosa, la pedrería se abandonaba á quien la queria tomar: por manera que aquellos hombres tan ansiosos de oro y plata, viendo rebosar el vaso de su codicia con el raudal inmenso que vino á henchirle de pronto, debieron conocer fácilmente que aquel tesoro anhelado les servia mas de carga y pesadumbre que de satisfaccion y provecho.

No por atender á estos cuidados, propios del capitán y del aventurero, se olvidaba Pizarro de las obligaciones políticas y religiosas que le prescribía su oficio de gobernador. Dió al instante á la ciudad la forma de policía castellana, estableció ayuntamiento, nombró alcaldes; y derribados y destruidos los idolos del país, señaló el lugar en que debía erigirse templo donde se predicase el Evangelio y se celebrasen dignamente los oficios divinos. Pero en medio de la fácil prosperidad con que se sucedían estos acontecimientos, vino á acibarar su alegría la nueva del armamento que se preparaba en Guatemala para venir al Perú, y la sospecha amarga de que los mismos españoles eran los que venían á poner en contingencia lo que ya tenía en su poder.

Estaba entonces de adelantado y gobernador en Guatemala aquel Pedro de Alvarado, uno de los principales conquistadores de Nueva España, y quizá de todos sus compañeros el mas querido de Hernán Cortés. Muy pocos podían disputarle la palma del valor y del esfuerzo, ninguno el de la gentileza y bizarría. Los indios mejicanos le llamaban Tonatio, comparándole así por su hermosura con el sol, y entre los españoles era el que se llevaba la gala del donaire y apostura. Su trato y sus modales correspondían al atractivo que tenía su persona: hablaba á la verdad con algun exceso, pero sus palabras eran blandas y graciosas, su agasajo grande, sus lisonjas

dulces, daba mucho, prometía mas. El corazón por desgracia no era semejante á esta apariencia seductora : vano, ingrato y aun falso, los españoles no podían sufrir su arrogancia ni los indios sus vejaciones. La edad y los negocios fueron mostrando en él estos vicios, que al principio no se descubrían. Había allanado y pacificado la provincia de Guatemala, adonde le envió Cortés, acabada la guerra de la capital ; y célebre y poderoso con el nombre y las riquezas que había granjeado en aquella conquista, vino á la corte en el año de 527 á hacer ostentación de sus servicios, y demandar el galardón que se les debía. La buena fortuna que había tenido en las Indias le acompañó también en España. Su buena gracia, quizá también sus presentes, le conciliaron el favor del comendador Cobos, secretario del Emperador, y así cuando volvió á Nueva España se presentó condecorado con el hábito de Santiago, hecho adelantado y capitán general de Guatemala, casado con una dama principal, que se hizo célebre por la idolatría con que le amó, y seguido de muchedumbre de caballeros y hombres distinguidos, que llevaban cotgadas sus esperanzas en su favor y en su fortuna. De aquí una vanidad y una arrogancia que no cabían en los ámbitos de aquel Nuevo Mundo. Sus pretensiones eran altas, sus proyectos magníficos, y sus preparativos y armamentos eclipsaban en ostentación y en grandeza á los mismos de Hernán Cortés.

Había prometido en España aprestar una armada para hacer descubrimientos en el mar del Sur y abrir nuevos rumbos en la navegación de las islas de la Especería : proyecto á la sazón muy del gusto de la corte. Y con efecto, luego que llegó á su provincia por los años de 1530, empezó á buscar los medios de realizar aquella oferta con todo el calor que correspondía á su palabra empeñada, á las esperanzas de la corte, y á su vanidad y ambición, ya exaltadas á lo sumo. No hubo gasto ni empeño ni vejación que le detuviera para llevar su intento adelante ; y en menos tiempo del que pudiera creerse tuvo prestas ocho velas de diferentes tamaños, entre ellas un galeón de trescientas toneladas, que comparado con los demás buques que entonces se veían en aquellos mares, debía parecer colosal, y por lo mismo fué llamado el San Cristóbal. Las prevenciones de armas, caballos, bastimentos y demás efectos de guerra

fueron correspondientes á la importancia de este armamento, el mayor que hasta entonces se había construido y aportado en los puertos de las Indias. Ni era menor la porfía y ansia de gente de todas clases y oficios para ser ocupada en él. El gran Cortés, ya marqués del Valle, quiso entrar á la parte de la empresa ; pero Alvarado se negó resueltamente á ello, y el que ya en España le había desdeñado por pariente, no quiso tampoco en las Indias tenerle por compañero ¹.

Iban ya á completarse los preparativos, cuando empezó á esparcirse por la América la fama de las riquezas del Perú. Entonces el Adelantado, viéndose dueño de unas fuerzas tan superiores, que con ellas podía, á su parecer, dar la ley en todas partes, mudó de miras y de propósito, y abandonando los descubrimientos inciertos del mar del Mediodía, publicó decididamente su jornada para el Perú. A esta declaración fué mayor la porfía de los aventureros, que volaban á tomar parte en las ricas esperanzas que pregonaba. En vano los oficiales reales se oponían al intento, ponderando los inconvenientes que iban á seguirse de tan injusta demanda, contraria á las órdenes expresas del Gobierno y á las obligaciones que tenía contraídas con él ; en vano la audiencia de Méjico le enviaba órdenes sobre órdenes para que se abstudiese de ir á perturbar á los descubridores del Perú en sus conquistas y pacificación ; en vano, en fin, la ciudad de Guatemala le representaba el desamparo en que quedaba aquella provincia sin armas, sin soldados y sin él, abandonada á la merced de las tribus belicosas que de dentro y fuera le amenazaban. Sordo á todas estas reclamaciones y abusos, seguía sin detenerse poniendo á punto su armamento. A los oficiales respondía que su comisión para la mar del Sur no le señalaba rumbo ni límite alguno, y podía ir adonde mejor le conviniese : á la audiencia, que don Francisco Pizarro no tenía fuerzas suficientes para acabar la empresa que había comenzado, y él iba á ayudarle con las suyas ; al ayun-

1. Habíase comprometido Alvarado á casarse con Cecilia Vazquez, prima hermana de Cortés. Pero luego que vino á España y se vió con el favor del secretario Cobos olvidó la promesa hecha á su general, y tomó por esposa á doña Beatriz de la Cueva, dama que le propuso su protector.

tamiento de Guatemala, que para la seguridad de su provincia ya llevaba consigo los principales caciques y señores que con aquel fin tenia presos; y por último, á los que podía hablar con mas franqueza y desahogo, que se iba á buscar otras tierras mas ricas y mayores, porque Guatemala era poco para él.

En esto llegó del Perú el piloto Juan Fernandez, que se habia hallado en los acontecimientos de Caxamalca, y dió al Adelantado larga noticia de los enormes tesoros que allí se habian repartido, del viaje de Pizarro con el ejército por las sierras hacia el Cuzco, y de que el Quito, donde estaban los tesoros de Huayna-Capac y de Atahualpa, caia fuera de los límites señalados á aquel gobernador, y estaba aun por ocupar. Esto fué poner espuelas al deseo del Adelantado, que tomando en su servicio á aquel piloto, al instante se hizo á la vela con su armada, compuesta de doce buques de todos tamaños, en que se embarcaron quinientos soldados bien armados, doscientos veinte y siete caballos y una infinidad de indios, algunos en rehenes, otros como auxiliares, y los mas de servicio. Esto era expresamente contra las ordenanzas, que prohibian semejantes traslaciones de naturales; pero al Adelantado entonces no contenian ni el respeto ni la conveniencia ni las leyes. Iban con él muchos caballeros y personas distinguidas, principalmente de aquellos que habian pasado con él desde España á probar fortuna en las Indias. Distinguianse entre ellos sus dos hermanos Gomez y Diego de Alvarado, Juan de Rada, que fué quien tanto se señaló después en las tragedias sangrientas que se siguieron, y Garcilaso de la Vega, padre del historiador. Mas de doscientos hombres quedaron sin embarcar por falta de navios. Llegado al puerto de la Posesion (23 de enero de 1534), le vino á encontrar allí el capitán Garcia Holguín, á quien de antemano habia enviado para que fuese á la costa del Perú y le trajese completa informacion del estado de las cosas. Holguín confirmó las noticias que habia dado Juan Fernandez. La armada volvió á hacerse á la vela, y de paso entró en el puerto de Nicaragua, y allí el Adelantado, para suplir la falta de buques, se apoderó á la fuerza de dos navios que se hallaban en el puerto. Tenialos apercebidos el capitán Gabriel de Rojas, antiguo amigo de

Pizarro, para llevar doscientos soldados á aquel gobernador, que le enviaba á llamar con ahinco para que le acompañase y fuese á participar de su fortuna. Ni los respetos de Rojas, que sin duda merecia muchos, ni sus reclamaciones fueron bastantes para excusarle aquel desabrimento, y él no tuvo otro recurso que ponerse en camino al instante con unos pocos españoles que le siguieron, á buscar á su amigo en el Perú y darle cuenta del indigno despojo y violencia usada con él.

Alvarado prosiguió su viaje, llegó á los Caraques, cerca de Puerto-Viejo, y allí desembarcó su tropa. Dicese que en aquel punto, y aun antes de llegar á él, dió muestras de querer pasar adelante costeando (marzo de 1534), y no empezar sus descubrimientos hasta la otra parte de Chíncha, donde él sabia que se acababa la gobernacion de don Francisco Pizarro. Mas ya se hiciese esto con cautela y para salvar las apariencias, ya se hiciese de buena fe, el ejército, cansado ya de navegar, y no soñando mas que las grandezas y la opulencia que en el Quito se prometia, pidió á voces á su general que le condujese allá, y la marcha se dirigió al Quito.

No tardaron mucho tiempo en arrepentirse. Los primeros dias á la verdad les salió todo segun su deseo, y en algunos pueblos de indios que encontraron al paso pudieron adquirir alguna riqueza, bastante por ventura á contentar ánimos menos enfermos de ambicion y de codicia. Pero cuando se vieron después enredados en aquellos desiertos inmensos, sin guia ni intérprete alguno, no hallando mas que sierras, ciénagas ó rios, y la parte mas llana erizada de malezas y espesuras, por donde solo podian abrirse paso á fuerza de hierro y de fatiga; cuando enflaquecidos con el hambre, abrasados de sed, fueron tambien acometidos de calenturas que les quitaban la vida al dia siguiente de sentirlos, ó los dejaban sin seso y sin acuerdo por muchos dias, debieron maldecir la hora y la ocasion en que su mal deseo los trajo á agonizar y perecer en tan horrible país. El mismo General, atacado de ellas, estuvo diez dias luchando con el peligro, y pudo á fuerza de cuidado escapar con la vida. Salieron después á parajes menos ásperos, donde encontraron algunas tribus y rancherías de indios, divididas y dispersas, sin relacion ni noticia alguna entre sí, diversas en lengua y costumbres, y diversas tambien en ritos, si ritos tenian. Algun

oro hallaron, y ese recogieron; pero al cabo de cinco meses que así andaban, la tierra, el clima y el cielo volvieron á encruelcerse de pronto, y á dar con un rigor implacable nuevo castigo á su temeridad. Volvió á cerrarse el país, tuvieron que vencer rios caudalosos, y dieron por último con unas sierras nevadas, que les era forzoso atravesar. Iba el ejército en tres cuerpos: la vanguardia, que llevaba delante Diego de Alvarado para reconocer; detrás el Adelantado con el segundo, y en fin el grueso del campo con el bagaje al cargo del licenciado Caldera, un letrado que tenia todo el aprecio y confianza del General. Cuando empezaron á internarse por las sierras venteaba reciamente, y la nieve caía á copos grandes y espesos. Los primeros castellanos que iban con Diego de Alvarado, como iban mas expeditos y ligeros, pudieron, aunque con inmensa fatiga, atravesar las seis leguas que tenían los puertos, y llegaron á un pueblo situado en los llanos, donde pudieron repararse algun tanto del trabajo del camino. Desde allí Diego de Alvarado envió á advertir á su hermano el general de los peligros que tenia aquel paso, y de la necesidad que habia de atravesarle para llegar al buen paraje en que ya se encontraba la vanguardia. Recibido este aviso, y no pudiendo excusar el peligro y rigor del tránsito, el Adelantado prosiguió su marcha. Continuaba la ventisca y su furor se acrecentaba: la mortandad de la gente, que ya antes era considerable por las descuidadas y fatigas pasadas, se empezó á hacer mayor con aquel frío cruel. Los españoles al fin, mas robustos, mas bien vestidos, y habituados á la variedad de temperamentos, podian resistir mejor; pero los miserables indios, desnudos de abrigo, faltos de vigor, nacidos y acostumbrados al clima apacible y templado de Guatemala y Nicaragua, podian defenderse menos del rigor del temporal; y cuál perdiendo la vista, cuál los dedos, cuál las manos y los piés, cuál quedándose enteramente helado; todos, en fin, horriblemente padecian. Arrimábanse á los penascos, llamaban á sus amos para que los socorriesen, durando aquellos clamores lastimeros hasta que se les helaba la voz y se les helaba la vida. Cogiólos la noche así, y el tormento y el desmayo fueron mayores, porque á excepcion de algunas pocas tiendas que los mas acomodados y ricos tendieron para su abrigo, los demás tuvieron que pasarla sin fuego, sin de-

fensa, no oyéndose mas que alaridos, lástimas ó maldiciones. Oíalos congojosamente el Adelantado, y ya pesaroso de la temeraria empresa que su ambicion le habia hecho intentar, temblaba de que llegase el dia, por no ver el triste estrago que su imaginacion le presentaba. Vino la luz, y al aspecto de la muchedumbre de indios y negros que amanecieron helados, todos sin orden ni consejo, como gente rota en batalla, se volvian ciegameute al lugar de donde habian salido. Entonces Alvarado, desalentado y confuso, viendo en este rumbo su perdicion, corria de unos á otros, diciéndoles que el pasar aquella sierra era forzoso; que el mismo frío habian de sufrir marchando adelante que volviéndose atrás; que no fuesen pusilánimes, y avansasen hasta donde los esperaba la vanguardia. Para darles mas aliento hizo pregonar que los que quisiesen oro lo tomasen de las cargas públicas, con tal que se obligasen á pagar su quinto al Rey; pero los que habian arrojado ya los metales preciosos que llevaban, para quedar mas expeditos, se mofaban del pregon, y estaban bien ajenos de aprovecharse de aquella oferta tan forzada como inoportuna ¹. Ya en esto era llegada la retaguardia con Caldera, que no habia sufrido menores trabajos en su tránsito. Todos, en fin, mas animados unos con otros, volvieron á tomar el camino que primero, y buscaron la salida de las sierras. Pero el dia era mas áspero que el pasado, y por consiguiente la agonía y los desastres tambien mayores. Llegó ya el frío á entorpecer los caballos, ya los españoles morian. Un soldado robusto se bajó á apretar las cinchas de su yegua, y ella y él quedaron helados. Gomez el ensayador murió con su caballo, embarazados uno y otro con el peso de las muchas esmeraldas que habia recogido y que su codicia no le consintió arrojar. Este, en fin, pagó la pena de su locura; pero la piedad de Huelmo merecia otro destino: ya bastante adelantado, oyó los gritos de su mujer y dos hijas doncellas que llevaba, y acudiendo á su socorro, quiso, mas bien que salvarse, quedarse en su compañía y perecer con ellas, como en efecto pereció. Entre tanto la nieve y el viento arre- ciaban cada vez mas; el que se distraia ó se paraba era per-

1. Castellano hubo á quien presentándole su negro una carga de oro, « anda en mal hora, le dijo; el verdadero oro es comer ».

dido, el que mas andaba libraba mejor; todo se arrojaba para quedar mas libres oro, armas, ropa, preseas quedaban esparcidas por la nieve. Lo que habia costado tantos sacrificios, y aun por ventura delitos; aquello por lo que se habian aventurado á los peligros y fatigas de aquel temerario viage, se despreciaba y se aborrecia como cosa vil y aun pernicioso. Tan imperiosas influyen sobre el hombre la ocasion y necesidad del momento. Flacos, en fin, abatidos y casi difuntos, pudieron salir de aquellas nieves, y llegaron al pueblo de Pasipe, cerca de Riobamba, dejándose en el camino muertos ochenta y cinco castellanos, seis mujeres españolas, muchos negros, dos mil indios, el resto casi todo fuera de servicio, sin los caballos muertos, las armas arrojadas, los tesoros abandonados. Pérdida inmensa, de que solo podian consolar les esperanzas de encontrarse con un pais rico y desembarazado. Pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto; porque apenas se habian reparado algun tanto y puesto otra vez en marcha, cuando al llegar al camino grande de los Incas que atravesaba el pais, las frescas huellas de caballos que encontraron de improviso les dieron á entender que ya andaban por alli otros españoles. Último golpe para el ambicioso Alvarado, que tras desastre tan grande empezó ya á temer con fundamento que, descubierto antes y recorrido el pais por otros castellanos, les era forzoso abandonarle ó conquistarle á la fuerza.

No se engañaba por cierto en su siniestra conjetura. El mariscal Almagro, que habia sabido en Vilcas por Gabriel de Rojas los intentos y marcha de Alvarado, partió tan ligero como el rayo á contenerle, y reforzando la poca tropa que llevaba con alguna gente de San Miguel de Piura y con el destacamento que tenia Belalcázar, á quien hizo al instante venir cerca de sí, se situó en Riobamba y envió ocho caballos á reconocer la comarca. Dieron estos corredores con Diego de Alvarado, que para tomar tambien lengua y conocer la tierra habia sido enviado con buen golpe de gente, y acertó á tomar el mismo camino. Eran pocos los de Almagro, y tuvieron que rendirse prisioneros. Mas tratados con la mayor urbanidad y cortesía por Diego de Alvarado, fueron conducidos á su hermano, que los acogió igualmente bien, diciéndoles que su intencion no era buscar escándalos, sino descubrir nuevas tierras y servir en

ello al Rey, á lo cual todos estaban obligados. Esto dicho, los agasajó y regaló noblemente, y los envió al Mariscal con una carta en que manifestando los mismos sentimientos moderados, le avisaba que iba á acercarse á Riobamba, donde lo arreglarían todo amistosamente y á su satisfaccion.

A esta carta contestó Almagro con tres comisionados que le envió, encargados de darle de su parte la bienvenida, de manifestarle el sentimiento que tenia por los trabajos padecidos en los puertos nevados, añadiendo que no dudando de su buena voluntad, como tan leal caballero, le aseguraba que la mayor parte de aquellos reinos caia bajo la jurisdiccion de don Francisco Pizarro, y que él mismo estaba aguardando de un dia á otro los despachos para gobernar al oriente todo lo que caia fuera de los limites señalados á su amigo. Con esta insinuacion, dejada caer como al desuido, cerraba á Alvarado las puertas de allá al mismo tiempo que las de acá, y le daba á entender que, así como defendia la gobernacion de su compañero, defenderia tambien la que esperaba obtener para sí propio. Alvarado, incierto y dudoso del partido que le convenia, respondió que cuando estuviese cerca de Riobamba enviaria propios mensajeros con la contestacion, y prosiguió su camino hácia allí.

Hasta aquí las comunicaciones eran mas corteses que hostiles. Mas no por eso cuando ya los campos comenzaron á acercarse dejaron los dos partidos de hacerse la guerra de intriga, frecuente siempre en las discordias civiles cuando los ánimos no están enconados. Los recién venidos ponderaban su fuerza, los de Almagro, con mas cautela y mejor efecto, les insinuaban que las ricas provincias de aquella gobernacion estaban aun por repartir, y que mas cuenta les tenia entrar con ellos pacíficamente á la distribucion, que ir con su general á buscar tierras inciertas, y acaso otros puertos de nieve donde acabar de perecer¹. Empezó tambien la desercion: de la parte de Almagro se pasó á la de Alvarado el intérprete Felipillo, y al

1. El mismo Alvarado en la carta que escribió al Emperador desde Guatemala en mayo del año siguiente, dándole cuenta de su expedicion, confiesa que las dádivas y ofertas de Almagro pudieron tanto entre los suyos, « que si yo, dice, quisiera partirme á mi conquista, no hallara treinta hombres que me siguieran. »

Mariscal se pasó Antonio Picado, secretario del general de Guatemala. No pudo este llevarlo en paciencia, pues al instante mandó salir el grueso de su gente; tendidas las banderas y en son y aparato de guerra se acercó á Riobamba, con ánimo de no guardar miramiento ninguno y romper las hostilidades si no le entregaban su secretario. Almagro, que no tenía mas que ciento y ochenta hombres contra cuatrocientos que venían sobre él, no desmayó por eso; y fiado en el valor y resolución de su gente y en los manejos secretos que tenía en el campo enemigo, aguardaba á su adversario sin temor, y animaba los suyos con palabras de esfuerzo y confianza.

Todavía para excusar en lo posible el escándalo que amenazaba, con la autoridad y entereza de un hombre que manda en el país envió á decir á Diego de Alvarado, que se acercaba con la vanguardia, que hiciese alto; y así lo hizo. Entonces el Adelantado volvió á pedir que se le entregase su secretario Picado, pues era criado suyo. « Picado es libre, contestó Almagro, y puede irse ó quedarse, sin que nadie le haga fuerza para ello. » Y para acabar de poner las formalidades de su parte, así como estaba la justicia, envió en seguida al alcalde y escribano de la nueva población de Riobamba, que en aquellos mismos días quiso fundar allí, para alegar en todo caso la primacía de posesión. Estos comisionados intimaron judicialmente al Adelantado que se fuese á su gobernación de Guatemala, que no usurpase la ajena, y que de lo contrario le protestaban todos los daños y perjuicios que de la contienda se siguiesen. « Yo soy gobernador y capitán general por el Rey, replicó vivamente Alvarado, y puedo entrar y andar en el Perú por donde quiera que no se haya dado á otro en gobernación. Si el Mariscal tiene poblado en Riobamba, yo no entiendo de hacerle perjuicio, ni pretendo otra cosa que tomar por mi dinero lo que hubiere menester para mi ejército. »

Blandeaba Alvarado: ni su orgullo ni su vanidad ni su pujanza le podían defender del desaliento que le inspiraba su propia sinrazón. Contra el parecer de todos había salido de Guatemala, contra el parecer de todos estaba en el Perú. Veía á los suyos inciertos, divididos en opinión, y muy poco ganosos de pelear; mientras que los contrarios se mostraban animosos, inflexibles, sin dar la mas mínima señal de flaqueza. Cedió

pues, y con los comisionados de Almagro envió dos capitanes suyos para que conferenciasen con él y tratasen de concierto. De aquí resultó la vista entre los dos generales, que se apalabró para el día siguiente, y se verificó en Riobamba, adonde pasó el Adelantado acompañado de unos pocos caballos.

Recibióle el Mariscal con toda especie de honor y cortesía; y luego que estuvieron en presencia uno de otro, habló primero Alvarado: « Públicos, dijo, son en las Indias los grandes servicios que tengo hechos á la corona, y públicas también las mercedes y honores que he recibido del Rey. Gobernador y capitán general de un pueblo tan grande y rico como Guatemala, pudiera contentarme con esto y reposar en tan gran dignidad y confianza; pero el ocio dice mal con la profesión de un soldado que ha trabajado y servido toda su vida y se halla todavía en edad de trabajar. He querido pues merecer mas honra de mi rey y mas celebridad en el mundo. Habilitado por su majestad para descubrir por mar, dejé el designio que tenía de tomar mi rumbo á las islas del poniente, llevado de la fama que corría de las riquezas de estas tierras del sur. Arribé y me interné en ellas, no creyendo que estuviesen bajo los límites del gobernador don Francisco Pizarro. Mas pues Dios lo ha dispuesto de otro modo, y la tierra, según veo, está ya ocupada, por mi parte, señor Mariscal, no se dará escándalo ninguno en ella, ni el Rey será deservido. » Almagro en pocas razones, según su índole y su costumbre, alabó mucho su propósito, diciendo « que no había creído jamás otra resolución en tan honrado caballero ». En esto llegaron Belalcázar y otros principales capitanes de Almagro, y besaron las manos al Adelantado; lo mismo hicieron los de este con Almagro, y todo se volvió cortesías, amistades y ofrecimientos urbanos y caballerosos. Pareció también allí Antonio Picado, y su general le perdonó; del mismo modo que el intérprete Felipillo, que fué restablecido en la gracia del Mariscal.

Tratóse luego del concierto que debía tomarse para que todo quedase allanado, y mediando el licenciado Caldera, Lope Idiaquez y otros caballeros principales de uno y otro bando, se acordó que el Adelantado se apartase de aquel descubrimiento y conquista, y dejada la gente y los navios en el Perú, se volviese á Guatemala, abonándole cien mil pesos de oro por

los gastos que habia hecho y en precio y paga de la armada ¹. De todo se hizo pública y formal escritura (26 de agosto de 1534); y aunque de semejante transaccion pudiese pesar á algunos de los jefes del ejército de Alvarado, que perdian por el mismo hecho el grado que llevaban en él, la mayor parte de los soldados se alegraron, porque de aquel modo se evitaba una guerra civil y quedaban en tierra rica. Así se lo manifestó su general cuando se despidió de ellos, añadiendo con tanta gracia como cortesania, que nada perdian sino sola su persona, y que pues ganaban tanto en la del señor Mariscal, les rogaba que le reconociesen gustosamente por su caudillo, de cuyo valor y liberalidad estaba seguro que siempre se hallarian muy satisfechos. Esta noble confianza fué realizada y aun excedida por el generoso carácter de Almagro. Los oficiales del Adelantado se fueron presentando á él á ofrecerle sus respetos y á darle su obediencia. Él los recibía con tanta afabilidad y agasajo, y los metió después tan dentro de su estimacion y confianza, que verdaderamente los hizo suyos no solo durante la vida, sino hasta después de la muerte; pudiéndose tal vez asegurar que este gran séquito y corte de tantos caballeros con que se vió de allí en adelante Almagro, fué, por las pretensiones desmedidas que en él produjo y por la envidia que causó en sus rivales, ocasión muy principal de los males que después sobrevinieron, y en que al fin se perdieron caudillo y capitanes ².

Los dos generales enviaron aviso de este concierto al Gobernador, que recibió á los mensajeros con grandes demostra-

1. Herrera dice que fueron ciento veinte mil pesos el precio en que se ajustó la armada; pero la escritura de venta, que he tenido presente, solo reza los cien mil. Este documento se otorgó en Santiago de Quito (nombre puesto á la poblacion proyectada en Riobamba) en 26 de agosto de 1534, y fué autorizado por el escribano Diego de la Presa. Por aquí se ve que el tránsito de Alvarado desde Puerto-Viejo hasta Quito duró desde fines de marzo hasta muy entrado agosto.

2. Alvarado lo presentia así cuando en su carta al Emperador decía, hablando de la gente que él dejaba al Mariscal: « Con la cual se ha mudado la condicion de Almagro de tal manera, que temo que la llegada de Hernando Pizarro con los despachos que diz que trae de vuestra majestad no sea parte para que entre ellos haya alguna gran discordia por donde se pierda todo. »

ciones de alegría, y les dió ricas preseas en albricias. Almagro, antes de volver á las provincias de arriba, dejó de gobernador en su lugar para las de abajo á Sebastian de Belalcázar, con quien se quedó buena parte de la gente de Alvarado, y le dió orden de que la poblacion comenzada en Riobamba se trasladase á los aposentos que tenian los Incas en el Quito. Envió un capitán para que poblase en Puerto-Viejo, á fin de evitar los males que solian hacer en la tierra los recién llegados al Perú, y vuelto á San Miguel de Piura con Alvarado, pasaron de allí al valle de Chimo, donde dejó á Miguel Estete para que procediese á fundar la poblacion que después se llamó Trujillo. Ordenadas estas cosas, el Mariscal y el Adelantado prosiguieron su camino hasta Pachacamac, donde á la zazon se hallaba Pizarro. Fueron grandes los comedimientos y cortesias que pasaron entre los tres, si bien no faltaron malsines que quisieron inducir sospechas en el ánimo del Gobernador, avisándole que mirase por sí, porque Almagro y Alvarado venian muy conformes en trabajar para quitarle el gobierno y desautorizarle. Supo él entonces dar la acogida que merecia tan absurda sugestion, recibió con dignidad y honradez las excusas que le dió Alvarado, y á la recomendacion que le hizo de sus oficiales y soldados prometió hacer tanto en su favor, que así él como ellos tuviesen lugar de quedar enteramente satisfechos. Juntos fueron después á ver el gran templo de aquel valle, donde Alvarado pudo, por los clavos y vestigios que aun quedaban en las paredes, considerar la riqueza que le adornó en otro tiempo. De allí á poco llegó Hernando de Soto, encargado de traer los cien mil pesos para Alvarado, el cual se despidió del Perú, rico á la verdad con aquel oro y con los magníficos presentes que el Gobernador y Mariscal le hicieron; pero solo, sin ejército, sin armada, y puede tambien decirse que sin honra. La expedicion, á la verdad, no tuvo el éxito tan desastrado como su desacuerdo y temeridad prometian; pero él habia salido de Guatemala con el atrevido y arrogancia de un gran conquistador, y volvía cargado de cajones de oro y plata á manera de mercader ¹.

1. Esta relacion de la expedicion de Alvarado está sacada principalmente de Herrera: las fechas y algunas circunstancias se han

Esto pasaba á fines del año de 1534 y principios del siguiente, en que Pizarro se ocupaba en reconocer los diferentes puntos de aquella comarca, propios para asentar una ciudad que fuese la capital del nuevo imperio. El valle de Linac ó de Rimac (que estos dos nombres le dan los escritores) le ofrecía todas las comodidades que podia desear para este fin: posición central en las provincias, proximidad á la mar, suavidad de clima, fertilidad y amenidad de terreno, comodidad de un buen puerto. Resolvió pues fijar allí el grande establecimiento que proyectaba, y eligió un sitio á dos leguas cortas del mar y cuatro de Pachacamac, junto á un rio, no grande, pero fresco y delicioso. Hizo venir allí á los pobladores de Jauja, repartió los solares, y celebró la solemnidad de la fundacion con todas las ceremonias acostumbradas, en 18 de enero de 1535 ¹. Púsole el nombre de los Reyes, acaso porque en su festividad andaba buscando y encontró al fin el punto en que habia de fundarla. Pero el nombre que tenían el valle y rio que se sentó ha prevalecido sobre el primero, y la capital del Perú español no tiene ya otro dictado que el de Lima.

Marchó en seguida al valle de Chimo á examinar la población que allí habia proyectado el mariscal Almagro á la vuelta de su última expedición, y de que quedó encargado Miguel Estete; y como hallase muy de su gusto el sitio elegido, aprobó y confirmó cuanto se habia hecho, y en obsequio y honor de su patria le dió el nombre de Trujillo. Allí se ocupó tambien en arreglar el estado de aquellas provincias: confirmó en su cargo á Sebastian de Belalcázar, repartió la tierra, se ganó la afición de todos los vecinos de ella, y procuró con medios

tomado de las cartas inéditas de Alvarado, que es lo único para que puede ser útil su imperfecta y parcial narracion, en donde no tira á otra cosa que á disculparse á sí mismo á costa de los dos descubridores del Perú. Copia de estas cartas existe en la copiosa y exquisita coleccion del señor don Antonio Uguina.

1. A los mas ha engañado el nombre de los Reyes puesto á la nueva ciudad, para deducir de ello que fué fundada el 6 de enero. En el texto se sigue al padre Bernabé Cobo, que en su libro de la *Fundacion de Lima* fija la fecha en el dia 18 de enero: la autoridad de este escritor en esta y otras cosas del Nuevo Mundo es irrecusable.

suaves atraer de paz á los indios. Bien sabia él usar estas artes cuando queria, y mas entonces, que viejo y cascado, menos á propósito para los trabajos activos é impetuosos, gustaba con preferencia de entender en fundar pueblos, hacer repartimientos, dar leyes, distribuir mercedes; en suma, hacer vida de príncipe, objeto á que se habian dirigido todos sus trabajos y sus esfuerzos desde que su ambicion se despertó. Así puede llamarse esta época una de las mas afortunadas de su vida si se ha de medir la fortuna por la ambicion satisfecha; puede llamarse tambien quizá la mas gloriosa en realidad, siendo cierto que vale mas la fama que se gana en conservar y edificar, que la que se adquiere en destruir. Pero este periodo duró poco, y ya las semillas de la discordia civil se iban á sembrar en los ánimos para producir la ponzoña que causó después tantos estragos.

Hallábase aun en Trujillo cuando apareció allí un mozo desconocido que dijo traer las provisiones reales para que don Diego de Almagro fuese gobernador desde Chíncha en adelante. Oída que fué esta noticia por Diego de Agüero, uno de los capitanes que habian servido con Almagro en la expedición del Quito, voló al instante á ganarse las albricias de la noticia, y alcanzó á Almagro junto al puente de Abancay, cerca del Cuzco; y sin tener ni orden ni comision para ello, le dió la noticia y el parabien de parte de don Francisco Pizarro. A esto contestó Almagro con su buena fe acostumbrada, « que le agradecia el trabajo que se habia tomado, y tenia en mucho la merced que el Rey le hacia, y se holgaba de ella, porque así nadie se entrase en la tierra que él y su compañero habian ganado; pero que en lo demás tan gobernador era él como don Francisco Pizarro, pues mandaban lo que querian. » Dió en seguida á Agüero en albricias por valor de siete mil pesos, y continuó su viaje al Cuzco. Iba á residir allí con poderes amplios de su compañero para tomar á su nombre el mando de aquellas partes, y facultad de descubrir por sí ó por otros hácia lo que llamaban Chiriguana, al mediodía, corriendo los gastos por mitad. Acompañábanle los dos hermanos de Alvarado y demás principales oficiales de aquel ejército que se habian puesto en sus manos, cifrando toda su fortuna en su amistad y en sus ofertas. Para ellos, por consiguiente, era tan grata

como para él aquella noticia, pues le veían ya con poder y autoridad para realizar sus promesas. Llegó al Cuzco, fué recibido con todo honor y respeto por Hernando de Soto, los dos Pizarros, Juan y Gonzalo, y demás gente principal que allí había. Y como á poco tiempo se le presentó aquel mozo con un solo traslado de las provisiones, pues las originales las traía Hernando Pizarro, el mal aconsejado Mariscal se desveneció de modo, que no quiso usar de los poderes que llevaba de su compañero, porque no estando el Cuzco dentro de la primera gobernacion, y si de la segunda, que se le conferia á él, fuera menoscabar su autoridad, cuando, ya sus poderes emanaban del Rey mismo.

No dubada entonces el Gobernador que el Cuzco caía fuera de los limites de su mando. Doliase sin embargo perder de aquel modo la mas rica joya de su conquista, y mucho mas no haber repartido la tierra, y ver que otro había de llevar la gloria y las ventajas de tal beneficio. Aconsejado pues de amigos mas interesados por él que por el Mariscal, y todavia mas impelido de su propia ambicion y anhelo de mando, revocó los poderes que había dado á su compañero, poniendo por pretexto en las cartas que escribió, así á él como á la ciudad, que lo hacia con el fin de que así quedase el Mariscal mas desembarazado para sus descubrimientos, y tambien porque en el caso de que llegasen las provisiones del Rey en la forma que sonaban, no era bien que le encontrasen gobernando con poderes suyos. Los poderes para gobernar se enviaron á Juan Pizarro, pero con expresa orden de que era para el solo caso en que Almagro quisiese usar de los que llevaba suyos; porque si no se aprovechaba de ellos debía seguir con el mando Hernando de Soto, que á la sazón le ejercía. Con este despecho envió á toda priesa á un Melchor Verdugo, y él se puso en camino para Lima. Verdugo, llegó al Cuzco mucho después que el Mariscal, á quien no hubo que notificar nada, porque no hacía caso de los poderes que el Gobernador le había dado; y se trataba ya en particular, y hablaba, disponia y prometía como si lo fuera en realidad de aquella tierra. Ofendiéronse los dos Pizarros de ello, la ciudad se dividió en bandos, el mayor número seguía á los dos hermanos; pero los principales y mejores, cansados de su orgullo y su soberbia, se inclinaban al Mariscal.

Fueron y vinieron quejas y chismes de una parte á otra, las pasiones se inflamaron, y hubo día en que salieron los dos bandos á la plaza ya casi echando mano á las armas y dispuestos á verter la sangre española. La prudencia y entereza de Soto, unidas á la moderacion de Almagro, pudieron entonces contener el escándalo, aquietándose con la providencia que Soto tomó de que los Pizarros y sus principales amigos tuviesen sus casas por cárcel, y el Mariscal guardase la suya para que los otros obedeciesen mejor.

Llegó la noticia de estos alborotos á Lima, y llegó con la exageracion que las malas nuevas llevan desde lejos cuando van contadas por la voz de las pasiones. Pizarro, juzgando en peligro la vida de sus hermanos, determinó ir al Cuzco al instante, y se llevó consigo al licenciado Caldera y á Antonio Picado, á quien había hecho su secretario. En el camino tuvo diferentes avisos; porque recibió el mensaje que le llevaba Luis Moscoso de parte de Almagro, en que le daba cuenta de lo que había pasado, y después una carta de un Carrasco, en que le decía que se diese priesa si quería ver á sus hermanos vivos. Él se alteró, llamó á Moscoso y le reconvinó por su falta de verdad; mas insistiendo el otro en que la carta mentía, envió con él á Antonio Picado para que le informasen con certeza del estado de las cosas; y sabiendo por ellos que todo estaba quieto, prosiguió su camino y llegó al Cuzco. No consintió que se le hiciese recibimiento ninguno, y se fué derecho á la iglesia, donde al instante le fué á ver el Mariscal. Abrazáronse con lágrimas, y luego prorumpió Pizarro: « Mirad cómo me haceis venir por esos caminos, sin cama, sin tienda, comiendo solo maíz. ¿ Dónde estaba vuestro juicio, que habiendo lo que hay de por medio, os poneis en tales reyertas con mis hermanos? ¿ No les tengo yo mandado que os respeten como á mí mismo? — No era necesaria esa priesa, contestó Almagro, pues que yo os he informado al instante de todo lo que ha pasado: á tiempo estáis y lo sabréis. Vuestros hermanos han mirado mal en este caso, y no han podido disimular el pesar que les causan las honras que el Rey me ha hecho. » Llegó en aquel punto Hernando de Soto, acompañado de muchos caballeros, á darle la bienvenida; y luego que estuvo en su posada, reprendió mucho á sus hermanos, y ellos se disculpaban diciendo

que ya el Mariscal se tenia por gobernador del Cuzco y trataba de repartir la tierra entre sus amigos, y que ellos en tal caso no habian hecho mas que lo que convenia á su honra y servicio.

El porte del Gobernador en este paso no desdecia de la amistad antigua ni del decoro que se debia á si mismo y á su antiguo compañero; no así el del Mariscal, á quien verdaderamente no se puede excusar de inconsideracion y ligereza, y sobre todo de falta de miramiento á los respetos que debia á su gobernador y su amigo. Sin embargo, como los ánimos no estaban todavia enconados con ningun agravio positivo, y acaso mas bien por creer cada uno que la presa que se disputaban vendria á su poder sin nuevos escandalos ni dificultades, dieron fácilmente oídos á las gestiones de la conciliacion que el licenciado Caldera y otros mediadores interpusieron (21 de junio de 1533) ¹; y la amistad y compania de los dos capitanes se volvió á renovar y confirmar en los altares. Celebróse pues la misa delante de ellos, partióse la hostia entre los dos, y se añadieron todos los juramentos y solemnidades que al religioso acto convenian. Votáronse uno y otro, si faltaban á la sinceridad y buena fe en el trato, á la conservacion y mantenimiento de su amistad y compania, y á la reparticion igual de los provechos, á todos los males que deben sobrevenir en este mundo y en el otro á los perjuros; esto es, perdicion de hacienda y de honra, perdicion de vida y perdicion de alma. Por honor á la religion de los dos me inclinaria yo á creer, á pesar de las sospechas que en esta ocasion manifiestan los historiadores, que uno y otro procedian de buena fe y que tenian ánimo de cumplir lo que entonces ofrecian. Es cosa deplorable por

1. Así está la fecha en Montesinos, que pone en la relacion de este año la ceremonia y la concordia á la letra: Herrera pone tambien los artículos de ella: son cinco, y ninguno dice relacion expresa á la causa inmediata de aquella primera discusion, que era la pertenencia del Cuzco. Es verdad que las provisiones reales no habian llegado todavia; pero ¿no parecia natural prever y precaver el caso para cuando llegasen? Los dos anhelaban por tener en su gobernacion la capital del Perú, y esto se olvida enteramente en la concordia; la cual parece mas una renovacion de compania mercantil que un arreglo político de mando y de gobierno

cierto que promesas tan santas, y amistad tantas veces confirmada y jurada se rompiese después de un modo tan sangriento y cruel. Pero estos actos religiosos, si infunden respeto y veneracion en el momento en que se celebran, no acaban por eso con los intereses ni con las pasiones: el corazon queda el mismo, y á la menor ocasion se escapa otra vez como primero, sin que pueda acusársele de falso y de sacrilego, aunque con razon se le tache de perjuro.

Publicóse después la jornada del Mariscal para Chile: prefirió él para su viaje esta direccion, así por las riquezas que le decian habia en aquellas provincias, como por caer en los términos de la gobernacion que aguardaba. Alistáronse para seguirle todos los aventureros que no habian hecho todavia su fortuna, y aun algunos que la tenian, en la confianza de mejorarla con él. Su amable trato y su liberalidad sin limites le ganaban todos los corazones: de manera que apenas habia quien no le quisiese seguir. Ciento y ochenta cargas de plata y veinte de oro salieron de su casa para repartirla entre los capitanes que no tenian con que equiparse, sin recibir por ello mas obligaciones que la de pagarlo de lo que ganasen en la tierra donde iban; y eso los que quisieron de su voluntad hacerlas, que muchos ni aun de aquel modo se obligaron ¹. Esta profusion mas que real con que se preparaba á su viaje le quitó los medios que necesitaba para sus proyectos en Castilla. Trataba de casar á su hijo don Diego con una hija de un consejero de Indias, y tambien de comprar alguna renta en España. Pidió para esto á su compañero que le mandase dar cien mil pesos de su recámara, y Pizarro se los ofreció gustoso. Desembarazado de este cuidado, dió prisa á la expedicion, nombró por su teniente general á Rodrigo Orgoñez, hizo marchar muy delante

1. Cuéntanse muchos ejemplares de esta generosidad: tenia un día junto á sí una carga de anillos, y un Juan de Lepe le pidió uno: «Toma, le respondió Almagro, los que te quepan en las dos manos;» y sabiendo después que era casado, le mandó dar cuatrocientos pesos para que se fuese con su mujer. A otro que le presentó una adarga le agasajó con cuatrocientos pesos y con una olla de plata y asas de oro que valia mil ducados; al que le presentó el primer gato castellano que se vió en aquellas partes, le regaló seiscientos pesos, etc., etc.

de sí á Paulo Topa, un indio principal de quien se hablará después, hermano del inca Mango, y al Vilchoma ó sumo sacerdote, acompañados de tres castellanos, para que le preparasen y allanasen los ánimos de los naturales; y dando las instrucciones oportunas á los capitanes que dejaba en el Cuzco y en Lima para que acabasen de reunir la gente y se la condujesen, se puso en marcha para sus descubrimientos.

Al despedirse los dos compañeros, Almagro dijo á Pizarro que amándole como á verdadero hermano, y no deseando otra cosa sino que su amistad y buena armonía se conservase y no hubiese nunca impedimentos y estorbos que la perturbasen y rompiesen, le pedía como hermano, como amigo y como compañero, que enviase sus hermanos á Castilla, dándoles de la hacienda que á él pertenecía todo el tesoro que quisiese. « En esto, le decía, daréis á la tierra un general contento, pues no hay nadie en ella á quien estos caballeros no den en rostro con la confianza de ser vuestros hermanos. » A esto respondió el Gobernador, que le tenían amor de padre y no darian jamás ocasion á escándalo ninguno. Consejo áspero sin duda para los oídos de un hermano, difícil de seguirse atendido el carácter del Gobernador; pero honrado, seguro, é inspirado como por instinto, previendo ya las desgracias que á toda prisa venían sobre ellos¹.

No bien partió Almagro para su expedicion, cuando el Gobernador hizo el repartimiento de las tierras del Cuzco, y dejando á su hermano Juan por su teniente en la ciudad, se volvió á Lima á dar calor á las obras que allí se construian; lo cual era entonces su pensamiento favorito y al parecer el primero de sus cuidados. Como en aquellos dias todo estaba tranquilo en el Perú, los indios en paz, los españoles contentos, la voluntad del General respetada y obedecida como suprema ley; y no siendo esta voluntad, como le sucedia siempre en tiempos serenos, ni dura ni enojosa, se puede decir que esta fué otra época de su vida honorífica y afortunada, en

1. « Pizarro, dice Herrera, aunque era astuto y recatado, pero en la mayor parte fué de ánimo suspenso y no muy resolutivo. » (Década 5.ª, lib. 7. cap. 13.) Acaso no podia él ya con sus hermanos lo que debia, á pesar del respeto que suponía en ellos.

que disfrutó sin pesadumbre y sinsabores de la alta fortuna que se habia sabido granjear. Era espectáculo por cierto bien curioso ver á aquel hombre, de una educacion tan descuidada y tan falta de noticias, disputar con los artifices sobre la dimension de las calles, altura de los edificios, situacion de los templos, edificios y casas públicas; defender con razones tomadas de la política, del comercio y de la salubridad, la posición que habia elegido para el emporio que levantaba, y enseñar á sus compañeros y recién llegados á apreciar y disfrutar aquel paraíso en donde los ponía. Ejercitábase tambien en repartir dádivas que le ganasen concepto y amigos; y si á la verdad su compañero le llevaba en esta parte ventaja, no por eso Pizarro era considerado como escaso, y sabia dar con gracia y con magnificencia cuanto era menester. Al licenciado Caldera, al clérigo Loaisa, á los dos hermanos Henriquez, á Tello y Luis de Guzman, á Hernando de Soto cuando se despidió de él para venirse á España; en fin, á otros muchos caballeros y soldados dió presentes de príncipe sin ostentacion y sin violencia, como convenia á un gran conquistador¹.

1. Sabia dar tambien como particular con discrecion y silencio de manera que no fuesen humillados con sus dádivas aquellos á quienes socorria. De esta virtud se cuentan muchos rasgos suyos que le hacen grande honor. Solia jugar con menesterosos, y se dejaba ganar para que se socorriesen de este modo y saliesen honrados con el lauro de jugar mejor que él. El pasaje del tejuelo de oro llevado al juego de pelota para socorrer á un soldado es citado por todos los historiadores: el tejuelo pesaba, y él lo llevaba escondido en el seno para dárselo al soldado sin que nadie lo viese; mas no pareciendo, y ofreciéndose un partido de pelota que jugar, él se puso á jugarle sin desnudarse el sayo ni sacar el peso que llevaba, hasta que vino el soldado, que tardó mas de tres horas; y llamándole aparte, le dió el oro, diciéndole que mas quisiera haberle dado tres tantos mas, que el trabajo que habia padecido con su tardanza. Pero de todo lo que se cuenta para recomendar su afebilidad, su buen trato y su llaneza, nada le honra mas que aquel paso de arrojarle al rio de la Barranca á sacar por los cabellos á un indio yanacona suyo, que caido impensadamente al agua, se le llevaba la corriente; reñianle sus capitanes aquella temeridad, y él les contestó « que no sabian ellos que cosa era querer bien á un criado. »

En Lima encontró esperándole al obispo de Panamá, que venia con comision del Rey para arreglar los limites de las dos gobernaciones, la suya y la de Almagro. Pero como las provisiones originales que debian servir de base á la operacion las traia Hernando Pizarro, y este no acababa de llegar, nada pudo hacerse en negocio tan necesario. Insinuóse tambien al Obispo que su comision era ya supérflua, hallándose tan conformes las voluntades de los dos gobernadores por la última concordia que habian hecho. La verdad era que ninguna de las dos partes lo queria; y el prelado, muy poco satisfecho de la sinceridad y buena fe con que en aquel pais se procedia en este y otros negocios, se valió de este pretexto para volverse á su iglesia, rehusando el gran presente que el Gobernador quiso hacerle, y admitiendo solo la limosna de mil pesos de oro que le dió para los hospitales de Panamá y Nicaragua.

En este tiempo fué tambien cuando Pizarro dió al capitán Alonso de Alvarado la comision de ir á pacificar los Chiachapoyas, nacion situada al oriente, para ensanchar por alli la dominacion española y la propagacion del Evangelio. Los diferentes sucesos de Alvarado en su expedicion no son de este lugar; pero él hizo prueba en ella de la prudencia, templanza y honradez de carácter que siempre le distinguieron y supo conservar aun en medio del furor de las guerras civiles, sin embargo de que en estas no fuese tan afortunado como solia serlo en las de los indios.

Llegó en fin á Lima Hernando Pizarro de vuelta de Castilla. Allí habia sido admirado y atendido como correspondia á las grandes riquezas que trajo á la metrópoli, y á los descubrimientos y conquistas que se habian hecho. España toda se conmovió á su llegada casi como lo habia hecho al tiempo en que Colon vino á presentar el Nuevo Mundo á los Reyes Católicos. Ahora se cumplian las esperanzas de entonces, y por ventura excedia la realidad á la esperanza. El mensajero, que tanta parte habia en aquellos acontecimientos, fué altamente honrado y favorecido, y se le despachó por la corte á medida de su deseo. Las prerogativas de criado de la casa real, el hábito de Santiago, la facultad de llevar ciento y cincuenta soldados de Castilla, la preeminencia de general de la armada en

que volviese á las Indias; en fin, la recomendacion de su persona, y el encargo expreso de toda diligencia y buen despacho á todos los gobernadores, comandantes y demás empleados públicos, por quienes hubiesen de correr los negocios y los preparativos de su vuelta, no parecieron gracias superiores á su mérito y á su opinion. A su hermano el Gobernador se le dió el titulo de marqués y setenta leguas mas de gobernacion por luengo de costa y cuenta de meridiano. Al Mariscal, por quien tambien pidió, estimulado de las diligencias que empezaron á hacer en su favor los capitanes Mena y Sosa, se le concedió, con el titulo de adelantado, la gobernacion de doscientas leguas de costa, linea recta de este, oeste, norte y sur, desde donde se acabasen los limites de la jurisdiccion de don Francisco Pizarro; con la facultad de nombrar por sucesor de ella después de sus dias á la persona que quisiese. Llamóse en los despachos Nueva Castilla á las tierras sujetas á Pizarro, y Nueva Toledo á las de Almagro; pero estos nombres no han subsistido. Las cartas con que el Rey contestó á los dos descubridores fueron graciosas, muy apreciadoras de sus servicios, y prometiendo honrarlos y hacerlos siempre merced. Al padre Valverde se le recompensó con el obispado del Cuzco, para el cual fué presentado á su santidad. En fin, como Hernando Pizarro prometia montes de oro, y la corte tenia tanta necesidad de él, se le encargó que volviese pronto con todo lo que hubiese recogido de quintos, y con el producto de un servicio extraordinario que se obligó á sacar de los conquistadores. Con esto se volvió al Perú, seguido de un número considerable de caballeros y soldados que quisieron ir con él á adquirir honores y riquezas en Indias; y legó á Lima poco tiempo después que su hermano habia vuelto del Cuzco, y Almagro partido á Chile.

Dicese que á vista de las provisiones que enviaba la corte se renovó en el Gobernador el sentimiento de envidia contra su compañero; y que receloso de que el Cuzco saliese de su poder, recoivino á su hermano por haber consentido que se diese á Almagro la gobernacion de Nueva Toledo. A esto Hernando Pizarro contestó que los servicios del Mariscal eran tan notorios en la corte, que aun aquel galardón parecia corto al Rey y al Consejo; que por lo demás, en las setenta leguas que

le traía añadidas á su gobernacion, debia estar comprendido el Cuzco, y tambien mas allá, con lo cual debia desechar aquel cuidado. No omitieron sin embargo los dos hermanos las diligencias oportunas para asegurarse mas y mas de aquella gran posesion. En primer lugar dilataron entregar á Juan de Rada, capitan de Almagro, los despachos originales en favor de su general, que sin cesar les pedia para llevárselos con el refuerzo de gente que estaba reuniendo en Lima para seguirle. Hernando Pizarro se los negó bajo diferentes pretextos, y al fin le dijo que en el Cuzco se los entregaria: todo para dar lugar á que el Adelantado se alejase mas y mas cada vez, y las provisiones le encontrasen á tanta distancia, y acaso envuelto en dificultades y negocios que no le permitiesen dar la vuelta. Tambien juzgó el Gobernador oportuno que su hermano fuese allá á tomar el gobierno de la ciudad, que á la sazón estaba encargado á Juan Pizarro, pues en el caso de contradiccion de parte de Almagro, y suponiéndole con miras hostiles á su vuelta, quería que el mando y la direccion de aquellas cosas estuviesen en manos mas firmes y mas capaces.

Entre tanto que se disponia esta jornada, Hernando Pizarro, ansioso de cumplir las promesas que habia hecho en la corte, hostigaba á los conquistadores para que hiciesen al Rey un servicio extraordinario y le ayudasen á hacer frente á los enemigos y guerras que tenia en Europa. No daban ellos fácil oído á estas persuasiones: decian que bastante hacian por el Rey en enviarle aquellos grandes quintos que de ellos recibia, ganados á fuerza de sudor, de trabajos y de sangre, sin que el Rey de su parte les hubiese ayudado con nada para ello; que no querian contribuir mas con sus haciendas para que él y su hermano solos fuesen los agraciados por el Rey. De tantas mercedes y honores como les habia prometido al partir, ¿qué habia traído sino el hábito de Santiago para sí, y el título de marqués para su hermano? Amagábalos él con que les haria restituir el rescate de Atahualpa, el cual por ser de rey pertenecía al Rey; y abandonándose á su genio arrogante y orgulloso, los tachaba de ingratos y hombres viles, que no merecian la fortuna que tenian. La cuerda era delicada, y el Gobernador tomó la mano en la contienda, volviendo por sus compañeros. Él los

defendió de los insultos de su hermano, les dijo que merecian tanto como los que asistieron á don Pelayo en la restauracion de España, y añadiendo que la lealtad castellana no se ponía nunca á controvertir servicios con su príncipe, les pedia que se la mostrasen con generosidad en la ocasion presente, dándoles de paso la esperanza de que tal vez les concederia á perpetuidad los indios que hasta entonces no tenian mas que en depósito. Estas palabras, dichas con la afabilidad que solia cuando trataba de ganar los ánimos, dispusieron á la generosidad á los conquistadores ricos que á la sazón se hallaban en Lima: de modo que reunida gran cantidad de dinero para el servicio ofrecido, Hernando Pizarro apresuró su partida al Cuzco á ver si podia conseguir de sus vecinos un donativo igual, y estar entre tanto á la mira de los acontecimientos.

Bien era menester que tomase el mando allí entonces un hombre de su esfuerzo y de su resolucion. Agolpáronse al instante con celeridad espantosa las dificultades, los peligros y aun los desastres. Creíase que solo habria que defender el Cuzco contra las pretensiones aun inciertas del adelantado Almagro; pero el Cuzco y todo el Perú empezaron á titubear en las manos españolas; y el alzamiento general de la tierra y la discordia civil, que casi á un tiempo estallaron, vinieron á poner en mortal peligro lo que tanto trabajo habia costado adquirir. Mas para dar al estado de las cosas la claridad que corresponde, es preciso tomar la narracion desde mas arriba, y llevar la vista y atencion á los indios, de quienes mucho tiempo há que no hablamos.

No por ver al Inca desbaratado y prisionero en Caxamalca desmayaron sus generales, ni faltaron á lo que debian á su rey y á su país. Si no pudieron inspirar mas despecho y fuerza á la muchedumbre que dirigian, y si no acertaron á prevalecer contra la disciplina y armas tan superiores de sus enemigos, á lo menos mantuvieron en cuando estuvo de su parte la libertad de su patria: combatian cuantas veces tuvieron soldados con que guerrear, y al fin murieron todos libres é independientes, sin reconocer ni sufrir el ajeno señorío. Irrumínavi, que estaba en el ejército de Atahualpa cuando aquella sorpresa, se escapó al Quito con los cinco mil indios que mandaba, y allí puso la provincia en un estado de defensa tal, que vencedor

unás veces, vencido otras, haciendo siempre frente á Belalcázar, sucumbió, á la verdad, bajo la superior destreza y esfuerzo de su contrario: pero quitándole del todo el fruto de su victoria, frustrándole para siempre de los tesoros á que aspiraba, y pereciendo en medio de los tormentos sin dar ninguna muestra de flaqueza. ¹ Ya hemos visto cómo pereció Chialiquichiana en poder de Pizarro, y su suplicio acredita menos su culpa que el temor que infundía con su crédito y con su valor, y la poca esperanza que se tenía de ganarle en favor de los invasores.

En fin, Quizquiz cubrió y defendió las provincias de arriba, llevó sus indios muchas veces al combate, y luego que vió perdido el Cuzco se hizo recibir por capitán de los mas valientes mitimaes de las provincias comareñas del Cuzco, que eran los guamancoas, oriundos de las provincias del Quito, y probó otra vez la fortuna de la guerra, primero en el puente de Apurímac, cerca del Cuzco, contra el Gobernador; y luego contra los castellanos de Janja, acaudillados por Gabriel de Rojas, que se hallaba á la sazón en aquel valle. Allí se peleó mas obstinadamente: los castellanos vencieron, pero no hubo ninguno de ellos que no quedase herido, uno fué muerto, y tambien tres caballos, y además prendieron á sesenta yanaconas, que Quizquiz hizo matar luego como sus mas implacables enemigos. Él prosiguió su camino al Quito, adonde habia ofrecido llevar sus mitimaes. Allí tuvieron un encuentro con Belalcázar, en que tambien fueron vencidos. Entonces los capitanes aconsejaron á Quizquiz que hiciese paz con los españoles, pues ya veía que eran invencibles. Él los llamó cobardes: y acalorándose la disputa sobre si habia de rendirse ó no, uno de los principales le dió un bote de lanza, y los demás le acabaron á golpes de maza y de hacha.

Estos ejemplares sangrientos y terribles debían poner escarmiento en cualquiera que quisiese hacerse campeón de la inde-

1. Belalcázar le sorprendió por la traicion de algunos indios que avisaron dónde estaba; hizole dar tormento á él y á sus compañeros de prision para que descubriesen los tesoros del Quito; « pero ellos, dice Herrera, se hubieron con tanta constancia, que le dejaron con su codicia, y él inhumanamente los hizo matar. »

pendencia peruana. Mucho mas cuando los españoles después de la muerte de Toparpa continuaban la farsa de tener un inca con representacion de rey, para que fuese su primer esclavo, y mandar y aun castigar en su nombre á la gente del país. Pero el daño les vino, como frecuentemente sucede, de la misma precaucion. Habia don Francisco Pizarro á poco tiempo de estar en el Cuzco hecho poner la borla de rey, con todas las ceremonias acostumbradas en el país, á aquel Mango Inca que se pasó tan oportunamente á él en los encuentros anteriores á la entrada de la capital. Como todos decian que, á la ley de hijo de Huayna-Capac, era á quien con mejor titulo pertenecía el reino, se recibió general contento de esta eleccion, los indios permanecieron tranquilos bajo su mando, y el Inca en sus principios no desmereció por su conducta reverente y oficiosa el puesto á que el Gobernador le habia elevado. Duró este sosiego hasta que empezaron á romper las pasiones de los dos capitanes españoles en el Cuzco: los indios se dividieron tambien, unos siguiendo un partido, otros otro, siendo lo extraño en este caso que el inca Mango siguiese mas bien el bando de Almagro que el de su bienhechor. En vano procuraron ellos, después de estar conformes entre sí, conciliar tambien á los naturales, pues aunque en una junta que tuvieron con los mas distinguidos persuadieron, rogaron y aun interpusieron su autoridad para que cesasen en sus divisiones, nada pudieron conseguir, y el Inca y sus parientes quedaron enemistados ¹. Después, cuando Almagro partió á su jornada de Chile, pidió á Mango que le diese dos señores para que se fuesen con él, y le dió, segun ya dijimos antes, á su hermano Paullu Topa, y al Vilehoma; dando á entender que alejaba al uno por celos políticos otro porque le tenia por inquieto y peligroso de su poder. Esto, de mando, y á lo menos en cuanto al sacerdote, no era mas que

1. Sucedió en esta junta que un hermano del Inca, mancebo de poca edad, viendo que algunos señores que allí se hallaban no hablaban con su rey de rodillas, segun la antigua costumbre, los reprendió con tanta vehemencia, y sus palabras tenían un espíritu tan brioso y resuelto, que el Gobernador español se alteró oyéndole, le amenazó y le dijo malas razones: cosa que desagradó á muchos, por parecer un despique que no le hacia honor.

pura apariencia, pues antes de partir dejó concertado con Mango el plan del levantamiento, y apenas supo que estaba empezado, cuando volvió apresuradamente á tomar parte con él y á dirigirle.

Luego que llegó el tiempo oportuno para el intento, el Inca convocó secretamente á los principales señores de las tres provincias vecinas, y hechos muchos sacrificios y ceremonias á su usanza, les propuso el estado de las cosas, y les pidió consejo sobre lo que se debía hacer para salir de la sujeción en que aquellos extranjeros los tenían; recordóles la mansedumbre y justicia con que los habían gobernado los Incas sus antepasados, y la prosperidad con que iban entonces todas sus cosas; maniéstó el desórden y trastorno que todo había padecido con la llegada de los castellanos, el sacrilego robo de los templos, la corrupción de las costumbres por el desfreno de su lujuria; tenidas por manebas sus hijas y sus hermanas, y por esclavos los hombres, sin mas ocupacion que la de buscarles metales y servir á sus caprichos. Ellos habían hecho alianza con los yanacunas, la clase mas vil de aquella tierra, y les habían dado alas y soberbia para insultar á sus señores y aun vilipendiarle á él; lo mismo sucedía con muchos mitimaes: de modo que ya no faltaba sino que le despojase de la borla. ¿Qué había hecho el Perú á aquellos hombres insolentes para haber entrado en él á mano armada y dar muerte á Atahualpa, á Chialiquichíama y demás personajes, la flor y el esplendor de aquel reino? Advirtiósles del aumento progresivo y espantoso que iban tomando, y que si se descuidaban en el remedio, ya después sería tarde para conseguirlo. La ocasion presente no podía ser mas oportuna: los mas valientes y mejores se habían alejado con Almagro y era probable que no volviesen de Chile; los demás, divididos y situados á grandes distancias, podrían ser atacados y oprimidos á un tiempo, sin que pudiesen valerse unos á otros. Era preciso pues aprovechar la coyuntura inmediatamente, y aventurarlo todo para conseguir la ruina y destruccion de hombres tan injustos y crueles. Respondiéronle primero con llantos y gemidos, y después á una le dijeron que hijo era de Huayna-Capac, y todos darian la vida por él; que los sacase de aquella dura servidumbre, y el sol y los dioses estarian en su favor. Y

pasando después á consultar las disposiciones que deberían tomarse, la primera en que convinieron, como base principal de todas, fué en que procurase el Inca salir del Cuzco con la mayor cautela que pudiese, y se volviesen á reunir todos en paraje seguro.

No estuvieron estos tratos tan secretos, que al fin los yanacunas no los rastreasen y avisasen de ello á los españoles. Así es que aun cuando Mango logró escaparse dos veces del Cuzco, dos veces fué vuelto á él, y la última puesto preso con buena guarda para que no lo intentase la tercera. Temieron los indios segunda catástrofe como la de Atahualpa, pero por fortuna los castellanos ni le estimaban ni le temían, y además Juan Pizarro estaba muy lejos de tener la autoridad de su hermano para atreverse á tanto, ni tampoco su resolucion. En esto llegó Hernando, y sea compasion ó desprecio, sea politica ó codicia, como lo suponian sus enemigos, lo primero que hizo fué poner á Mango en libertad. Él usó de ella al principio con discrecion y recato. Supo ganar los oídos del nuevo comandante con su artificio y sus lisonjas, su compasion con sus lástimas, y su confianza con su porte obsequioso á un tiempo y desahogado. Mas nada le movió tanto para ello como la oferta que hizo de alhajas y tesoros. Sobre todo le hablaba de una estatua de oro de su padre del tamaño del natural, cuyo paradero era conocido de él. La codicia es tan crédula como ciega: dióle fe Hernando Pizarro, y pidiéndole el Inca licencia para ir á buscarla, se la concedió gustoso. Mango pues salió del Cuzco á ciencia y presencia de todos, acompañándole, además de los indios que llevaba, dos castellanos y el intérprete del comandante. Este á los ocho dias conoció el yerro que había cometido, y salió con ochenta caballos á buscar al Inca en Calca, lugar poco distante de la capital. Al acercarse allá encontró á los dos castellanos, que le dijeron cómo iban despedidos, habiéndoles mandado Mango que se fuesen, pues no necesitaba de ellos. Quiso, sin embargo, dar vista á Calca, y fué acometido de los indios, que le dieron en que entender toda la noche, y al fin tuvo que volverse al Cuzco á la mañana siguiente, cargándole ellos y molestándole hasta que le encerraron en la ciudad.

Ya entonces la guerra estaba abiertamente declarada, y los indios la hicieron con tanta resolucion como porfia. La lucha,

aunque desigual, no lo era tanto como al principio, porque mas habituados á la vista de los caballos y al estrépito de los arcabuces, no llevaban tanta disposicion al terror ni á la sorpresa, y sabian suplir la desigualdad de sus armas con la muchedumbre de gente, y la falta de robustez con la impetuosidad y el teson. Inundaron pues como diluvio las avenidas del Cuzco, tomaron de sorpresa y rebato la gran fortaleza exterior, ganaron tambien una casa fuerte inmediata á la plaza en que los castellanos querian atrincherarse, ocuparon las casas, barrearón las calles, y haciendo en las tapias sus agujeros y troneras, se comunicaban á su placer por todas partes, pareciendo todavia mas de los que eran. Los españoles, reducidos á doscientos y á mil yanacunas que peleaban en su compañía, no tuvieron otro recurso que recogerse á la plaza, y allí acuartelados en dos casas y en sus toldos, se defendian como podian de las piedras, flechas y armas arrojadas que á manera de espeso granizo venian disparadas contra ellos. Hacian á veces salidas de aquellos reparos, y entonces llevaban de vencida á los indios por las calles, deshaciéndoles sus trincheras y alanceando y derribando á los que alcanzaban; pero luego tenian que volverse á sus guaridas, y los indios, rehechos, repetian sus ataques y sus insultos. Pudieron en fin los castellanos ganar la casa fuerte de la plaza, y aun echar á sus enemigos de la ciudad; mas no por eso los pudieron alejar mucho de allí, y mientras los indios tuvieron en su poder la gran fortaleza exterior les molestaban con ventaja. Tratóse de ganársela tambien, y con efecto se consiguió: pero fué á costa de la vida de Juan Pizarro, que recibió una pedrada mortal en la cabeza al tiempo en que por la fatiga del dia se acababa de quitar la celada. Era de los cuatro hermanos el de menos orgullosa y arrogante condicion, y por eso su pérdida fué sentida generalmente de todos sus compañeros de armas. Mientras se combatia la fortaleza, se combatia tambien en la ciudad, y los indios añadiendo golpe á golpe, la pusieron fuego por diferentes partes. Las casas, cubiertas de paja, segun el uso general del país, ardieron en un momento; los españoles veian quemarse sus moradas y sus efectos, al paso que el humo, dándoles en los ojos, los imposibilitaba de pelear. Pasábanse los dias y aun los meses; socorro, por mas que lo esperaban, no venia; los bárbaros les

arrojaban las cabezas de los cristianos que mataban en diferentes puntos del país segun los encontraban; y la imaginacion, ya aterrada, se figuraba en todas partes el mismo peligro con mayor estrago. Defenderse allí era heróico, pero aguardar insensato; y no una vez sola estuvieron á punto de abandonar la ciudad y volverse por los llanos á Lima. El Ayuntamiento se inclinaba á ello y aun lo pedía; pero Juan Pizarro antes de su desgracia, su hermano Gonzalo, Gabriel de Rojas y Hernando Ponce, sugetos todos de carácter indómito, lo contradijeron siempre, diciendo que era bajeza y que antes se debería perecer. Este dictámen prevaleció, como era regular que sucediese entre hombres tan valientes; y la conservacion del Cuzco se debió entonces sin duda á la resolucion verdaderamente heróica de aquellos capitanes.

En tal estado de cosas, Hernando Pizarro pensó que seria conveniente ir á atacar al Inca en el tambo del valle de Yucay, punto situado como á seis leguas del Cuzco, en donde por la fuerza del sitio habia fijado Mango su residencia ¹. Tomó á su cargo la expedicion, y con sesenta caballos, algunos infantes y buen golpe de indios amigos llegó cerca del tambo y ahuyentó los diferentes cuerpos enemigos que le salieron al encuentro. Mas llegado junto al muro del tambo, la espesa nube de piedras que empezaron á lanzar sobre él le desordenó los caballos, y fuéle preciso retirarse á un llano frontero de la puerta de lugar para rehacerse. Entonces los indios cobrando ánimo, salieron á él con tal griteria y tal intrepidez y en tan excesivo número, que los castellanos empezaron á temer, y mucho mas cuando vieron que en un momento sacaron de madre el río que

1. « Por todas partes del (se habla del valle Yucay) se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que habia, e pecialmente los que ovo en tambo, que está el valle abajo tres leguas, entre dos grandes cerros, junto á una quebrada por donde pasa un arroyo... En este lugar tuvieron los Incas una gran fuerza de las mas fuertes de todo su señorío, asentada entre unas rocas, que poca gente bastaba á defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas que hacian inexpugnable el sitio; y por lo bajo está lleno de grandes andenes, que parecen murallas unas encima de otras. » (Pedro Cieza de Leon, parte 1, cap. 94.)

pasaba por el lugar, y se lo echaron encima, y los caballos se atollaban. Añadiase á su confusion, que oian y sentian disparar mosquetes contra ellos; señal de que ya los indios estaban apoderados de armas castellananas y sabian usarlas á propósito. Llegada la noche, trató el general español de retirarse, lo que hizo con grandisima dificultad y fatiga: los enemigos á cada paso le cargaban y le detenian, y el suelo, erizado de espinos y de puas agudisimas y fuertes, embarazaba la marcha de los caballos, que apenas podian caminar. Los indios lo habian previsto todo, y el general español se volvió al Cuzco no solo con la mengua de que le fallase su empresa, sino con el triste convencimiento de lo aguerridos y terribles que se iban haciendo sus enemigos. Experimentólo todavia mas en otra salida que hizo después con ochenta caballos y algunos infantes. Habian alojado los indios en el sitio, y retirádose á sus asientos una gran parte de la muchedumbre, creyendo Hernando Pizarro por lo mismo que le seria fácil sorprender al Inca en el tambo, adonde antes fué á buscarle. La fuerza que llevaba, el secreto con que salió, la rapidez de su marcha, no fueron bastantes á salvarle de otro desabrimiento tan triste como el primero. Hallóse de repente sorprendido con el estruendo de las bocinas y atambores, y con el alarido de guerra de mas de treinta mil indios que le aguardaban apostados junto á las tapias del tambo, defendidos en unas partes con fosos, en otras con terraplenes y trincheras, y entorpecido tambien con una represa el vado del rio. Veíase á lo lejos á Mango montado á caballo con su pica en la mano, gobernar y contener su gente en aquel punto inaccesible, mientras que algunos de los suyos, armados de espadas, rodela y morriones quitados á los nuestros, salian de sus reparos, arrostraban los caballos y se entraban furiosos por las lanzas castellananas. Fué pues forzoso á Pizarro, con pérdida de bastantes indios auxiliares, retirarse á la capital, adonde de allí á pocos dias dieron los indios de improviso, por disposicion de su inca, un rebato tan fuerte, que á duras penas se les estorbó la entrada, y muchos españoles quedaron heridos en la refriega. Este teson, esta audacia, esta pericia militar, aunque imperfecta y grosera, mostraban cuánto pudieran hacer los indios en su defensa si tuvieran caudillos dignos del espíritu que ya los animaba. Pero entonces faltaban capitanes

al ejército, así como al principio de la conquista faltó ejército á los capitanes.

Al mismo tiempo que fué atacado el Cuzco fué embestida tambien Lima. Allí á la verdad no con tanto efecto ni con tanto daño y peligro de los españoles, porque la tierra, mas llana, dejaba toda su fuerza y pujanza á los caballos; siempre temidos de aquella muchedumbre; y la proximidad del puerto ayudaba á reforzarse con gente y provisiones. Pero la angustia y congoja que el Gobernador no sentia allí ni por sí mismo ni por la poblacion, la tenia por el Cuzco y por sus hermanos. Nadie venia de aquella parte: los indios tenian interceptado el camino y aun la tierra; todos los castellanos dispersos eran muertos; los diferentes destacamentos enviados ó por noticias ó en socorro tuvieron la misma suerte, menos los pocos que habian podido volver fugitivos y espantados á Lima, y otros pocos tambien reservados por el Inca para servirse de ellos como esclavos. Por manera que llegaban ya á setecientos los españoles que en unos parajes ó en otros habian sido sacrificados por los indios á su defensa ó á su venganza. El fiero conquistador conoció entonces la temeridad de haberse extendido tanto en aquel inmenso país, y temió que la rica presa adquirida con tantos esfuerzos se le iba á escapar de las manos. Almagro estaba lejos, los demás establecimientos españoles de América lo estaban tambien, y él no osaba abandonar el punto central y necesario en que se hallaba para ir al socorro del Cuzco. Dispuso pues que Alonso de Alvarado, á quien hizo venir de los Chiachapoyas, fuese con quinientos hombres de á pie y de á caballo á sacar de peligro á la capital, y escribió además á Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva España y Santo Domingo, encareciendo el riesgo en que estaban las cosas del Perú y pidiendo á toda prisa socorros. Por la eficacia de las expresiones que usaba en estas cartas podia conocerse la fuerza de los recelos que tenia. En la que escribió á Alvarado á Guatemala le decia « que si le socorria le dejaría la tierra, y se iria á Panamá ó á España ¹. De todas partes le acudieron á su

1. Es mucho de dudar que en caso de haberse verificado el socorro y por él se cobrase la tierra, cumpliera Pizarro su palabra. Estas expresiones, además del desaliento que manifiestan, son

tiempo los refuerzos que pidió. Hernan Cortés le envió dos navíos con armas, gente, caballos; y añadiendo á estos efectos regalos de amigo, le envió doseles, colgaduras, ornatos de casa, ropa blanca, vestidos, y entre ellos una ropa de martas, con la cual Pizarro se engalanó toda su vida en los días solemnes. De Panamá le llevó el licenciado Gaspar de Espinosa bastante número de españoles, entre ellos una manga de arcabuceros; asimismo de las demás partes le vinieron refuerzos iguales ó mayores. Es verdad que todo esto llegó al Perú cuando ya sus conquistadores por si solos habian sabido sacudir de sí el peligro, y aun el Gobernador fué notado de pusilánime por haberse creído tan sin fuerzas. Pero no era de hombre pusilánime, por cierto, la resolución tomada en el momento del mayor apuro de alejar todos los navíos del puerto, quebrantando así á los indios la soberbia y la confianza, y quitando á los suyos el recurso de la mar. Era obligacion suya mantener y asegurar el país que habia conquistado y gobernaba; y miradas sus precauciones, por este lado, aun cuando por ventura sus palabras fuesen sobradamente desalentadas. De cualquier modo que se considere, Pizarro debió á esta diligencia hallarse en pocos días con un ejército numeroso, compuesto en gran parte de veteranos, y al tiempo en que mas lo habia menester, no contra los indios, sino contra los españoles que iban inmediatamente á disputarle el imperio.

Nueve meses hacia que duraba este áspero conflicto entre indios y españoles, cuando empezó á oirse en el Cuzco que el Adelantado volvía. Los diferentes sucesos de su jornada á Chile no tienen inmediata conexion con esta Vida aun cuando por sus results no dejen de tener relacion con ella. Vendriase por otra parte á coincidir en su narracion con la serie uniforme, y por lo mismo cansada, de los trabajos y fatigas que siempre tenian que sufrir los castellanos en sus descubrimientos y correrías por aquellas desconocidas regiones. Al ir, caminos fragosos, sierras nevadas, ventiscas crueles, en que padeció Almagro iguales angustias que su émulo Alvarado en

prueba bien clara de la persuasion en que así los Pizarros como los demás conquistadores del Perú estaban de que el país era suyo.

las serranias del Quito, y se dejó allí helada la quinta parte de la gente. Al llegar, indios robustos y feroces, con quienes tenia que estar continuamente combatiendo, y que si á veces se podian vencer, no por eso eran fáciles de subyugar. Hacia acá, arenales desiertos, falta absoluta de agua, y todas las molestias consiguientes, como si caminaran por los yermos abrasados de la Arabia. Por otra parte, ningun descubrimiento importante, ningun establecimiento útil, ningun hecho curioso: Chile quedó intacto para el valor de Valdivia y para la musa de Ercilla. Aquel bizarro y florido ejército que salió del Cuzco con tan grandes esperanzas, después de haber corrido mas de trescientas leguas al mediodia, viendo que la tierra era mas pobre mientras mas se internaba en ella, y no hallando mas que despoblados, sierras heladas, pocos alimentos, menos oro y muchos desengaños, se fatigó de marcha tan trabajosa y estéril, y pidió ansiosamente volver atrás. Los cabos que le mandaban estaban mal acostumbrados, y la fácil adquisicion de tesoros, de poder y gloria que habian hecho ya tantos otros, y aun ellos mismos en los campos de Méjico, de Guatemala y del Perú, les hacia mirar con ceño y desdeñan todo lo que no fuese un imperio que rendir y templos y palacios que saquear y que robar. Estaban ya en poder del Adelantado las provisiones originales de su gobernacion, que Juan de Rada le habia traído, entregadas al fin en el Cuzco por Hernando Pizarro. Este era muy poderoso estímulo para tomar la resolución de volver, en la impaciencia que él tenia de mandar y gobernar, y ellos á su sombra de disfrutar y adquirir. Uno le decia que si le aconteciese morir allí, no quedaria á su hijo mas que el nombre de don Diego. Otros le aconsejaban que pues ya era gobernador efectivo de la Nueva Toledo, fuese allá al instante, y advirtiese que el Cuzco entraba en sus limites y que ellos tenian voluntad de vivir en aquella ciudad y gozar de su abundancia y sus delicias. Con tales dichos y otros semejantes la cabeza de aquel hombre, ya desvanecida con los honores y mercedes que la corte le hacia, y que por otra parte era padre idólatra de su hijo, y general tan condescendiente y fácil como liberal con sus oficiales, no podia mantenerse firme contra las sugestiones de la ambicion, y era difícil que no se decidiese á contentar la suya y la ajena á toda costa. Dióse pues

la órden de retroceder, y el ejército se puso en marcha para el Cuzco.

Pasado el desierto que divide el Perú del reino de Chile, supo el levantamiento general de los indios y el peligro y trabajos de los españoles. Esto le pareció que daba á su vuelta los visos de necesaria; y mas satisfecho de sí mismo, aceleró su viaje para dar por su parte el remedio y socorro que las cosas necesitasen. Como antes de salir á su expedicion eran tan estrechas las conexiones entre él y el Inca, desde Arequipa, donde descansó algunos dias, le envió un mensaje para manifestarle la extrañeza que le causaban aquellas novedades, el deseo que tenia de saber las causas que habian tenido y la buena voluntad con que venia á él para favorecerle en todo lo que pudiese. Respondióle Mango que holgaba de su vuelta; echó la culpa de su alzamiento á la avaricia de Hernando Pizarro, y en obsequio de Almagro prometió suspender las hostilidades hasta verse con él, y efectivamente así lo hizo.

Esta negociacion, que duró algunos dias, fué entendida por los castellanos del Cuzco, que casi á un mismo tiempo supieron la llegada de Almagro al Perú y que un ejército de españoles estaba en el valle de Jauja. Era el de Alvarado, enviado, como ya se dijo arriba, por el Gobernador en socorro de Cuzco, y que por motivos que después se expresarán se habia detenido allí como cinco meses. Hernando Pizarro entonces lo primero á que atendió fué á romper las inteligencias de Almagro con el Inca, sin duda para quitar al Adelantado el mérito y la gloria de haberle sosegado y reducido. Envió pues con un muchacho mulato una carta á Mango, en que le decia que no hiciese paz con don Diego de Almagro, porque no era el señor, sino don Francisco Pizarro. Mango dió la carta á dos castellanos de Almagro que á la sazón estaban con él, añadiendo que bien sabia que los del Cuzco mentian, porque el verdadero señor era don Diego de Almagro, y por tanto quería que á aquel mensajero se le cortase la mano por mentiroso. Rogaron mucho por él los dos castellanos, y al fin se contentó con solo cortarle un dedo, y con este escarmiento y respuesta le dejó volver á los que le enviaron.

La segunda diligencia del comandante del Cuzco fué tratar de inquirir el designio del Adelantado, el cual ya se habia acercado á

Urcos, lugar distante seis leguas de la ciudad. Decia él, y no sin alguna apariencia de razon, que si las intenciones de don Diego fuesen sanas hubiera ido á la ciudad amigablemente á poner en seguridad á la capital y á los españoles que en ella habia, y tratar allí de conformidad lo que á todos conviniese; pero que no era buena señal estar tan cerca y ponerse en comunicacion con los enemigos antes que con sus compatriotas. Acor-daron pues que saliese Hernando Pizarro con su hermano Gonzalo y otros capitanes, acompañados de la mayor parte de la gente, y caminasen hácia Urcos á ver si podian averiguar la intencion de Almagro, la cual se les hacia cada vez mas sospechosa viendo la insolencia y oyendo la griteria de los indios de guerra que les entorpecian y dificultaban el camino, y á voces les decian que ya era llegado Almagro, que habia de matar á todos los castellanos del Cuzco.

Los indios, con efecto, habian creído de buena fe que el Adelantado se iba á juntar con el Inca en daño de la gente de la capital. Habia el general español, por medio de los frecuentes mensajes que él y Mango se enviaban, aplazado vistas entre los dos en el valle de Yucay. Para ello salió Almagro de Urcos con la mitad de su gente, dejando la otra mitad á cargo de Juan de Saavedra, con órden de que allí le esperase sin hacer novedad ninguna. Mas las vistas aplazadas no pudieron verificarse, porque como los indios que andaban en las dos divisiones del ejército de Chile viesan que alguna vez hablaban y conferenciaban entre sí los castellanos del Cuzco y los recién venidos, sin hacerse mal ninguno, antes bien con demostraciones de urbanidad y de benevolencia, tuvieron por trato doble el del Adelantado, y avisando de ello á Mango, el Inca, en lugar de acceder á la conferencia, mandó tratar hostilmente á unos y á otros, empezando tambien la guerra entre los naturales y los españoles de Chile.

Entonces Almagro, considerándose en mayor apuro que antes, pues en lugar de uno, tenia ya sobre sí dos enemigos, dió la vuelta hácia el Cuzco, y mandó á Juan de Saavedra que viniese á juntarse con él. Habia tenido entre tanto este capitán una conferencia con Hernando Pizarro cuando este salió al reconocimiento de que ya se habló arriba, sin resultar nada positivo de las propuestas que uno á otro se hicieron, ni atre-

verse todavía á decidir el negocio con las armas, á pesar del deseo que ambos partidos tenian. Saavedra se contuvo por no faltar á las órdenes de su general; Pizarro, por no dar lugar á que se dijese que ellos eran los agresores. Tambien por su parte el Adelantado habia enviado un mensaje á Hernando Pizarro, en que le avisaba de su venida con el objeto de socorrer á los españoles del Perú y á su amigo el Gobernador en el aprieto en que estaba; que era su intento tambien tomar posesion de la gobernacion que el Rey le habia dado, pues que esto podia hacerlo sin perjuicio de los pactos y capitulaciones hechas entre él y su hermano, pues no entendia separarse de ellas ni de la amistad y compania que habia entre los dos. A Lorenzo de Aldana y Vasco de Guevara, que llevaron este mensaje, preguntó en particular Hernando Pizarro, rogándoles por su paisanaje y por su amistad antigua que le dijesen cuál era en realidad la intencion del Adelantado: ellos le declararon que la de no separarse de la compania y amistad de su hermano ni de dar ocasion á escándalos y á sediciones. « Como tal sea su intencion, dijo Hernando entonces, suyo será el homenaje, y hará de todos á su voluntad. » Acordóse en suma por los Pizarros que se contestase al Adelantado que fuese su señoría bien venido, que no creian que hubiese cosa que impidiese la buena armonía que habia entre él y el Gobernador; que le suplicaban entrase en la ciudad, donde seria muy bien recibido, y que para su alojamiento se le desocuparia la mitad de ella.

Esta respuesta lo concertaba todo al parecer, y no dejaba lugar á dudas ni á contiendas. Mas no fué así; porque el concepto de falso y doble que Hernando Pizarro tenia, y el desprecio y mofa con que á la sazón hablaba de la persona del Adelantado, como siempre lo hacia, agriaban cuantas buenas palabras podia dar, y quitaban toda confianza á sus promesas. Por eso Almagro ordenó á Saavedra que se viniese á juntar con él, y para más facilitar esta operacion, puso en marcha su gente para el campo de las Salinas, donde Saavedra vino á encontrarle. Reunidas allí las dos divisiones, marcharon al Cuzco en órden de guerra, con las picas altas y las banderas tendidas; y haciendo alto antes de entrar, aunque sin dejar la formacion que llevaban, envió el Adelantado al regimiento de

la ciudad las provisiones reales con la intimacion expresa de que en virtud de ellas le recibiesen por gobernador.

Eran quinientos soldados los que llevaba consigo, hombres á toda prueba, regidos por capitanes experimentados y valientes, todos ganosos de honra y de riquezas, fieles á los intereses de su caudillo, y prestos y determinados á perder la vida por él. En la ciudad, al contrario, no habia mas que doscientos hombres de guerra divididos en opinion, muchos de ellos aficionados á Almagro por su buen carácter y liberalidad, y casi todos los principales cansados y ofendidos de la insolencia y orgullo de los Pizarros, y por consiguiente, poco dispuestos á sufrir una guerra civil por los intereses de hombres tan odiosos. Mas no por eso los dos hermanos decayeron de ánimo; antes bien con toda diligencia y esfuerzo alababan á los valientes de su bando, animaban á los tibios, confirmaban á los dudosos, ponian de por medio los respetos de su hermano, ofrecian á unos, daban á otros, no omitian nada de cuanto con la diligencia, con el ingenio, con el trabajo, podia contribuir á la defensa y seguridad de la plaza que se les disputaba.

Llegados á Hernando Pizarro los comisarios de las provisiones, les envió al Ayuntamiento, diciendo que este veria lo que habia de hacer. Los pobres regidores no sabian á qué atenerse ni qué decidir: dentro tenian una especie de tiranos, á quienes no querian ofender; y fuera, una fuerza superior, á la que en su concepto no era posible resistir. Declararon pues que las provisiones eran claras respecto de la gobernacion del Adelantado, pero no de la ciudad, de la cual no se hacia mencion ninguna; que ellos no eran letrados ni geógrafos para decidir si el Cuzco entraba en aquellos limites; pero que siendo el caso grave, convenia mirarlo bien, y para tratarlo con mas quietud convendria que se hiciese suspension de armas por algunos dias. El Adelantado, á quien se comunicó esta declaracion por medio de Gabriel de Rojas y del licenciado Prado, que la ciudad diputó para hablarle, no venia al principio en la suspension de armas que se le proponia, ni quiso admitir el alojamiento que se le tenia preparado en la ciudad; mas al fin, por honor y respeto á los comisionados, accedió á la tregua con la condicion de que él permaneceria en el sitio en que se hallaba, y Hernando Pizarro no pasaria

adelante en las fortificaciones que hacia. Es de creer que él viniese en este concierto de buena fe; no así sus capitanes, cuyas pasiones desenfrenadas le arrastraban al precipicio, así como las propias suyas despeñaban á los Pizarros. Juzgaban los confidentes de Almagro, y tal vez no se engañaban, que aquello no era mas que ganar tiempo para dar lugar á que llegase Alonso de Alvarado, que ya, segun fama, se hallaba en el puente de Abancay; y por lo mismo decian que era preciso ganarlos por la mano, y valiéndose de la oscuridad de la noche, acometer la ciudad y prender á los dos hermanos. Esto no era á la verdad proceder segun las reglas mas estrechas del pundonor militar; pero trataban con un enemigo cauteloso y arrojado, que no se paraba en ellas cuando no se ajustaban á su conveniencia ó á su orgullo. Arrastraron pues en este dictámen á su general, que dió por ventura contra su inclinacion la orden de embestir, encargando con toda eficacia que se abstuviesen de muertes, de robos y de toda violencia que pudiese causar pesadumbre al vecindario.

La sorpresa se hizo con la mayor facilidad por ser la noche oscura y lluviosa y haber abandonado sus puestos casi todos los soldados de la guarnicion, fatigados de las velas de las noches anteriores y descontentos de aquellas diferencias. Solo en casa de los dos Pizarros habia veinte hombres de guerra y unos mosquetes montados á la puerta. El Adelantado con la mayor parte de sus capitanes y gente se dirigió á la iglesia, Rodrigo Orgoñez con tropa suficiente se encaminó á casa de los Pizarros, y Juan de Saavedra y Vasco de Guevara ocuparon las calles que iban á parar allí, para que no les fuese socorro. Los dos hermanos, oido el rumor, se arrojaron á sus armas, y partiendo entre sí los pocos soldados que tenian, se pusieron á defender las puertas y ventanas de la casa con un arrojo y una entereza digna de mejor causa y de mejor fortuna. Decia Orgoñez á Hernando Pizarro que se diese, y le ofrecia todo buen tratamiento. « Yo no me doy á tales soldados », contestó él, y seguia combatiendo. « Vos no sois mas que un teniente de gobernador en una ciudad, replicó Orgoñez, y yo soy general del nuevo reino de Toledo; el caso no es para entrar en esos puntos, y es preciso entregarse ó aparejar las

manos y pelear. » Peleábase en efecto con todo el furor que cabe en ánimos desesperados, y Orgoñez, juzgando á mengua que aquello durase tanto, y queriendo tambien evitar la efusion de sangre, mandó que se pusiese fuego á la casa, cuyo techo de paja al instante empezó á arder. Afligió esto á los cercados; pero no á Hernando Pizarro, en cuyo semblante feroz se veia el contento de morir así, y no por la mano y superioridad de sus enemigos. Él insistia en combatir; pero el fuego cundia á toda prisa, el humo los ahogaba, dos grandes maderos quemados caian sobre ellos, la casa toda amenazaba por momentos desplomarse, y socorro no habia que esperar. En aquel conflicto todos de tropel, así el que quiso como el que no quiso, cubiertos con sus adargas, se arrojaron entre sus enemigos, que inmediatamente los desarmaron y prendieron, mientras que la casa, no bien habian salido de ella cuando con espantoso estruendo vino al suelo.

Si hubo algo de inconsiderado y cauteloso en la conducta de Almagro desde que entró en el Perú á su vuelta de Chile, no se puede negar que lo hizo desaparecer todo con el modo noble y moderado que tuvo en el uso de su primera ventaja. Excusó á los dos prisioneros la humillacion de verse en su presencia, los hizo guardar con decoro y hasta con holgura, y cumplidas que fueron por el ayuntamiento las provisiones reales que llevaba (18 de abril de 1537), y él recibido y publicado por gobernador, anunció que no se trataba de hacer novedad ni de alterar el estado de las cosas; y nombrando por su teniente en la ciudad á Gabriel de Rojas, caballero y capitán que no era de su bando, pero muy estimado y de grande autoridad con todos, dió á entender que no iba á mandar como cabeza de partido, sino como un magistrado público amante del bien comun.

A la toma y posesion del Cuzco se siguió la derrota y prision de Alonso de Alvarado en el puente de Abancay. Este general, que cinco meses antes habia sido enviado por el Gobernador para socorrer la capital, amenazada de los indios, se detuvo todo aquel tiempo en Jauja pacificando aquellos naturales. Decia, para justificar su tardanza, que así se lo habia mandado el Gobernador; pero sus enemigos para acriminarle le imputaban que se habia detenido allí por los in-

tereses particulares de su amigo Antonio Picado. Lo cierto es que su socorro llegó tarde, y que el Cuzco se libertó sin él de los indios, y no pudo libertarse por su falta de caer en manos de sus adversarios. A la noticia de su venida el Adelantado le envió comisionados de toda su confianza para que le intimasen que pues se hallaba en los límites de una gobernación ajena, ó diese la obediencia al que la tenía, ó se volviese al distrito de la gobernación de don Francisco Pizarro. Iban por cabezas de esta embajada los dos Alvarados, hermanos del gobernador de Guatemala, amigos entonces y principales confidentes de Almagro; con los cuales escribió una carta amistosa á Alonso de Alvarado, convidándole á seguir su opinión y haciéndole toda clase de ofertas. Mas estos embajadores nada hicieron, sin embargo de ser al principio recibidos con mucha urbanidad y cortesía por el general adversario. Sea que sus importunaciones le enojasen, ó que temiese sus intrigas, ó acaso mas bien que resolviere guardarlos en rehenes de la seguridad de los dos Pizarros, Alonso de Alvarado no permitió que se le hiciese requerimiento ninguno, y luego los hizo desarmar á todos y poner en prision, contra la fe pública y el carácter de que iban revestidos: con esto las cosas se pusieron en hostilidad manifiesta, y no podian menos de venir segunda vez á rompimiento.

Cuando Almagro, pasados ocho dias, vió que no volvian sus amigos, sospechó al instante lo que era y llamó á consejo á sus capitanes para determinar lo que debía hacerse en semejante coyuntura. Todos opinaron por la guerra, siguiendo el dictámen del general Orgoñez, el cual resueltamente opinó que empezasen dando muerte á los dos Pizarros presos, y luego fuesen á encontrar con Alonso de Alvarado, en cuyo ejército tenían ellos tantos amigos que al instante que viesen sus banderas se pasarían de su parte, y así se pondrían en libertad aquellos caballeros, á quienes el Adelantado tenia tanta obligacion, pues estaban presos por su servicio. Esquivaba él todo derramamiento de sangre, y le detenian todavía los respetos de su amistad antigua con el Gobernador, aunque aborrecia á los dos hermanos, especialmente al insolente Hernando. Por lo mismo no quiso que se tratase mas de aquellas muertes, diciendo que la grandeza se conservaba mejor con los consejos

cuertos y moderados que con los vehementes y violentos. « Mostráos en buen hora piadoso, replicó Orgoñez, ahora que podeis; mas tened entendido que si una vez Hernando Pizarro se ve libre, se vengará de vos á toda su voluntad, sin misericordia ni respeto alguno »: palabras que anunciaban al pobre Almagro la suerte que le aguardaba si al fin venia á caer en manos de aquel hombre inexorable y cruel.

Resueltos á combatir, salen los castellanos del Cuzco y van á encontrarse con Alvarado en el puente de Abancay. Los dos ejércitos eran iguales en gente, pero muy desiguales en fuerza; los de Alvarado estaban desunidos en opinion y poco deseosos de pelear. Pedro de Lerma, el capitán de mas reputacion entre ellos, mantenía inteligencias con Orgoñez¹. Alvarado, sospechándolo, le habia mandado prender; pero él pudo escaparse, atravesar el rio y pasarse al Adelantado. Acrecentóse con esto la confianza á aquel ejército, que ya la tenía tan grande en el crédito de valor que gozaba y en lo bien pertrechado que se veía. Alvarado dispuso minuciosamente su tropa segun la naturaleza del puesto que ocupaba: tenia delante el rio, colocó en el puente y en los dos vados conocidos la gente que le pareció suficiente para su defensa, dando el encargo del puente á Gomez de Tordoya, el del vado fronterizo á Juan Perez de Guevara, y el de arriba á Garcilaso. El con otro cuerpo quedó para acudir adonde conviniese. Llegado Almagro al rio, todavía quiso enviar un mensaje de paz á Alvarado pidiéndole sus amigos; mas Orgoñez su general no lo consintió, diciendo que aquellas eran dilaciones dañosas, en que se perdian el crédito y el ánimo del mismo modo que el tiempo. Dió en seguida las disposiciones para pasar el rio: amonestó á los soldados en pocas palabras que allí era preciso ó vencer ó morir, porque la guerra no queria corazones muertos; recordóles que iban á pelear, no con indios, sino con españoles tan esforzados y valientes como ellos, y que por lo mismo era preciso redoblar el esfuerzo para vencerlos. Esto dicho, se arrojó al rio al frente de ochenta caballos, los mejores, y seguido de los capitanes de

1. Lerma iba descontento porque el Gobernador, habiéndole dado al principio el mando del ejército que iba en socorro del Cuzco, se le quitó y después se le dió á Alvarado.

mayor reputacion. Era de noche, el río hondo y crecido, el paso peligroso, y en medio de la oscuridad y del rumor se oían las voces de aquel hombre denodado: « Caballeros, ánimo, aprieta; que ahora es tiempo; » con las cuales se guiaban y alentaban los soldados que le seguían. Tiraban los contrarios adonde oían el rumor, mas los tiros se perdían y no hacían efecto alguno. Los caballeros, según iban pasando el río y llegando á la orilla se apeaban; y terciando en batalla, cerraban con sus contrarios y los comenzaban á herir. No hubo allí mucha resistencia, porque desde el principio fué herido en un muslo y puesto fuera de combate el capitán Guevara, que mandaba en aquel punto. El Adelantado, que con sesenta caballos y alguna infantería se había quedado para embestir el puente á su tiempo, luego que por el ruido y el estruendo de los mosquetes conoció que Orgoñez estaba en la otra orilla, arremetió con su impetuosidad acostumbrada, y arrollando cuanto se le puso delante, ganó el puente y se juntó á los suyos. Pasábasele ya algunos de sus contrarios; mas Alonso de Alvarado, con el cuerpo que se había reservado y alguna gente que pudo recoger, restableciendo el combate junto al puente, hacia con el mayor valor rostro á las picas y á las ballestas. Era de noche todavía; mezclábase el nombre del Rey con el de Almagro en los gritos de los unos, y en los de los otros con el de Pizarro; y estos ecos, que al parecer debieran ser de paz, servían entonces para aumentar su desesperacion y su furia. Allí acudió Orgoñez, allí fué herido de una pedrada en la boca; pero aunque el golpe fué erudo y le hizo saltar los dientes y arrojar á borbotones la sangre, él, cada vez mas feroz, alzando la espada y exclamando, « aquí me han de enterrar ó he de vencer, » se entró por los enemigos, mandando á los suyos que sin piedad ni remision hiriesen y matasen, pues era ya una vergüenza que aquellos insolentes Pizarros se defendiesen de soldados tan valientes. Inflamados con estas palabras, peleaban ellos como leones, y ya sus adversarios no les podían resistir. Alvarado, que al romper el día vió su desorden, y mezclados ya muchos de los suyos con los de Almagro, desmayó de todo punto, y desenredándose de la refriega, pudo con unos pocos subirse á un cerro, donde se detuvo, dudoso de lo que haría. Al fin deter-

minó juntarse con Garcilaso, que estaba en el vado de arriba y no había entrado en combate. Pero el incansable Orgoñez, que á todo atendía, se abalanzó con una banda de caballos por aquel camino, cortóle el paso, desbarató su gente y le hizo rendirse prisionero. En este tiempo los cuarteles de los vencidos se ganaban sin resistencia alguna por el capitán enviado á tomarlos, Garcilaso, sabido el suceso, se vino también para el Adelantado; de modo que al salir el sol el campo era todo suyo y fuera de duda la victoria.

Esta fué la primera batalla que se dió entre aquellos dos bandos tan encarnizados después. Por fortuna no se derramó en ella mucha sangre ni de vencedores ni de vencidos; ni después de la acción se afligió ánimo con aquellas ejecuciones funestas que en semejantes casos suele prescribir la inexorable razon de estado ó permitirse la venganza. Almagro, tan humano como generoso, no quiso consentir en el decreto de muerte que ya el fiero Orgoñez tenía fulminado contra el general prisionero cuando le llevaban al Cuzco¹; mandó que se volviese á los vencidos lo que era suyo, y lo que no se encontrase, que se pagase de su hacienda propia: en fin, se condujo con tal humanidad y cortesía, que los hizo suyos en gran parte, y si bien muchos le faltaron después ó por flaqueza ó por inconstancia, no por eso perdieron jamás el interés que inspiraba su hidalga y benigna condicion. Cuando Diego de Alvarado, ya libre de sus prisiones, llegando á abrazarle y á darle el parabien de su victoria, le pidió, con generosidad también harto noble de su parte, la suspension de la terrible orden de Orgoñez, « ya eso está hecho, » respondía él con una satisfaccion y una alegría que daba á entender bien claro la bondad de su corazón y cuán poco había nacido para aquella terrible crisis en que la ambicion propia y ajena le tenía puesto. En la conferencia que tuvo con Alonso de Alvarado su conversacion era

1. La máxima de Orgoñez era que de los enemigos los menos, especialmente siendo cabezas; porque decía él « que perro muerto ni muerde ni ladra ». Cuando le llegó la orden de Almagro para que no se procediese á la rigorosa ejecucion de Alvarado, contestó con ceño y desabrimiento: « Pues así lo quiere, así sea, y á él le pesará. »

mas propia de hombre que justifica sus procedimientos y manifiesta la razón que le asiste, que de vencedor envanecido y enojado que acusa y acrimina. Quejóse sí, con discreción y templanza, del agravio hecho á sus embajadores, y concluyó asegurándole que su tratamiento sería conforme á su persona; y en lo que tocaba á disponer de sí, viese él lo que le convenía, y cualquiera que fuese su resolución, siempre le tendría por amigo.

Sin embargo de estas palabras de benevolencia y blandas disposiciones del Adelantado, el fiero y resuelto Orgoñez opinaba en el consejo de guerra que se tuvo después de la batalla, que lo que convenía era cortar al instante las cabezas á los dos Pizarros, al general Alvarado y al capitán Gomez de Tordoya, y marchar inmediatamente sobre Lima para deshacerse del Gobernador, y acabar así á un tiempo con las principales cabezas del bando contrario. Providencias, decía él, duras á la verdad, pero las únicas en que podía cifrar su seguridad, pues la experiencia acreditado tenía mil veces en América que quedaba encima el que se adelantaba primero y ganaba por la mano; y que si ellos no lo hacían así con los Pizarros ahora que los tenían en su poder, ellos lo harían con Almagro y sus amigos cuando los tuviesen en el suyo. Corrieron entonces gran peligro los prisioneros: la autoridad de Orgoñez, la energía de su carácter daban sobrada fuerza á sus palabras, que además de lisonjear el orgullo de aquellos capitanes embravecidos con su victoria, eran ayudadas poderosamente también del odioso concepto que justamente se habían adquirido los objetos de su proscripción y de su ira. Así es que llegó ya á tomarse un acuerdo conforme con aquella opinión rigorosa; pero en fuerza de los ruegos y consideraciones de Diego de Alvarado y otros mediadores, Almagro no quiso ponerlo en ejecución, y el ejército se volvió al Cuzco quince días después de la batalla sin coger fruto alguno de la victoria.

Hernando Pizarro entre tanto se quejaba desesperado de la fortuna, considerando en aquella derrota de su bando cerradas por mucho tiempo las puertas á su libertad y á sus proyectos vengativos. Ibale á consolar y á divertir Diego de Alvarado con aquella atención cortésana y amable simpatía que eran tan geniales en él. Jugaban para entretener el tiempo, y jugaban

largo, como se ha acostumbrado siempre en América, y todavía mas entonces. Perdió Alvarado en diferentes veces hasta ochenta mil pesos, que enviándoselos á Hernando Pizarro, este se los devolvió rogándole que se sirviese de ellos. Desde entonces Alvarado hizo por gratitud y con mucha mas eficacia lo que antes había hecho por mera compasión y conveniencia. Él fué el principal defensor que tuvo el prisionero contra las fieras y continuas sugerencias de Orgoñez, y se tuvo siempre por cierto que á no estar él de por medio, acaso el Adelantado, á pesar de su blanda condición, diera acogida al fin á los consejos de su general y sacrificara los presos. Mas ya es tiempo de volver la vista al Marqués gobernador: él á la verdad no había intervenido ni directa ni personalmente en los acontecimientos que se acaban de referir; pero su nombre, su grandeza y su fortuna están siempre en medio de ellos, como blanco principal á que se dirigían los esfuerzos de los que peleaban en el Cuzco y en Abancay.

La primera noticia que tuvo de la sorpresa del Cuzco y prisión de sus hermanos fué la que le envió Alonso de Alvarado de resultas de sus primeras comunicaciones con Almagro, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes sobre lo que debía hacer. Halláronle las cartas de Alvarado en Guarco, al frente de cuatrocientos españoles que había reunido con los refuerzos llegados de diferentes partes de las Indias. Turbóse en gran manera con aquella inesperada novedad, y no pudo disimular su pesadumbre á los ojos de los que le observaban. Mas cobrado algun tanto después, y considerando que por su parte no había habido culpa en el rompimiento, « siento, dijo, como es razón los trabajos de mis hermanos; pero mucho mas me duele que dos tan grandes amigos hayamos á la vejez de entender en guerras civiles, con tanto deservicio de Dios y del Rey, y tanta miseria y desventura como ellas ocasionan. » Dichas estas palabras de desahogo, y dada cuenta al ejército de lo que pasaba, contestó á Alvarado que agradecía su aviso, y que aunque las cosas habían venido á un estado tan áspero, esperaba que Dios pondría paz entre su amigo y él, y encargaba que mientras iba á unirsele con la gente que tenía, no se avistase con el Adelantado ni viniese á rompimiento. Llamó después á los principales de su campo;

y ponderando el deservicio que al Rey se hacia en aquel atropellamiento cometido por su adversario, y diciendo que á él, como á su lugarteniente y gobernador, le tocaba contener y castigar á los que andaban alborotando la tierra y desasosegando las ciudades, les pidió que le ayudasen en aquella demanda, ofreciendo servirles y aventajarlos, como lo tenia de costumbre y ellos experimentarían. Después de este preámbulo artificioso, les dijo que como caballeros de honor y leales servidores del Rey le diesen su parecer, en la inteligencia de que él estaba dispuesto á seguirlo. La posicion de la mayor parte de aquellos militares era á la verdad bien delicada: habian sido enviados para defender el país contra el levantamiento de los indios, y apenas llegaban cuando se encontraban con una guerra civil y convidados á mover sus armas contra españoles. Ignorantes de los sucesos y de las pasiones que agitaban á los castellanos del Perú, no podian saber con certeza á quién darian la razon. Lo regular era que viesan las cosas como se las pintaban aquellos con quienes estaban entonces: hablábales el primer descubridor del país, su principal conquistador, gobernador por el Rey, y que, lejos del sitio en que se habian verificado los sucesos, no tenia al parecer parte ninguna en la malicia de ellos: veian un pueblo de castellanos sorprendido y entrado á la fuerza por un capitan castellano; dos personas tan principales como los dos Pizarros puestos en prision; ningun mensaje, ninguna propuesta, ninguna disculpa por parte de los ejecutores de aquel atentado: no era fácil, atendido todo, que dejasen de tomar parte en los pesares del general que tenian presente, y era muy natural que se ofreciesen á servirle. Sin embargo, al manifestar sus opiniones tuvieron mas cuenta con lo que la razon dictaba que con esta inclinacion, y pareció á todos que el mejor camino era enviar mensajeros al Adelantado para reducir las cosas á paz y á concordia, escribiéndosele con todo comedimiento y amor, y que entre tanto se enviase por gente y armas á Lima, por si acaso hubiese de venirse á rompimiento. Y no faltó quien propuso que lo primero que debia hacerse era averiguar si el Cuzeo caia en la gobernacion de don Diego de Almagro, pues en tal caso todo lo demás era excusado. Este dictámen heria la dificultad de lleno; pero tambien heria las pasiones, y no se hizo caso de él.

El Gobernador, queriendo á un mismo tiempo dar muestra de seguir la opinion ajena y contentar tambien la suya, envió delante á Nicolás de Ribera con un mensaje pacífico al Adelantado, pidiéndole que soltase sus hermanos, y se pusiese término á las dos gobernaciones sin ofensa de ninguno; y él se preparó á seguir su camino por la sierra para juntarse con Alvarado¹. Pero en esto llegó la nueva de la rota de Albancay, de la prision de su general y de la disolucion total de su ejército; y desconcertado con este suceso tan impensado para él, se vió precisado á mudar de plan y á esperar del tiempo y del artificio lo que no podia esperar de la fuerza. Temiase á cada instante ver venir el ejército victorioso sobre sí, y cortar de una vez con un golpe decisivo todas sus esperanzas y sus designios. Estos recelos suyos acreditaban el acierto de la opinion del general Orgoñez cuando queria que desde Albancay se marchase derechamente á Lima, y se oprimiese á su adversario con celeridad y con sorpesa. Pizarro pues resuelto á negociar para rehacerse entre tanto, y romper con esperanzas aparentes el impetu y pujanza de su contrario para después combatirle de poder á poder, envió al Cuzeo una embajada compuesta de las personas mas distinguidas de su campo, y él se volvió á toda prisa á Lima á levantar gente y formar un ejército igual al de sus enemigos.

Iba por principal negociador en aquella embajada el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los principales y mas antiguos pobladores y conquistadores de Tierra-Firme, personaje muy respetado en Panamá, amigo antiguo de los dos gobernadores rivales, y segun las noticias adquiridas después, compañero tambien de las ganancias de aquella empresa. Creyóse que sus respetos, y las atenciones que uno y otro le tenian, conducirian las cosas á un término favorable, con tanta mayor razon, cuanto era público que él y los demás comisionados llevaban poderes bastantes para fijar interinamente los térmi-

1. Aquí fué donde puso guarda para su persona, compuesta de doce hombres, mitad con arcabuces y mitad con alabardas. Ya sin duda él, que nada habia temido antes, empezó á recelar por sí, á menos que lo hiciese por darse autoridad; pero en tal caso no hubiera aguardado hasta entonces.

nos de las dos gobernaciones, y conseguir, sobre todo, la libertad de los presos. Llegados al Cuzco, donde fueron afable y honoríficamente recibidos, se empezó á ventilar el asunto, haciéndose reciprocamente las propuestas que á cada parte convenian. Consultábalas el Adelantado con los suyos, y los comisionados, permitiéndolo él, con Hernando Pizarro, el cual convino de pronto en las primeras propuestas de Almagro, por la necesidad, decia, que él tenia de salir prestamente de allí y partir á Castilla á llevar al Rey sus quintos. No engañó á Espinosa este aparente celo y súbita conformidad, pues al instante le contestó que si como hombre oprimido se allanaba entonces á todo por cobrar su libertad y encender después la guerra para vengar sus resentimientos, seria mejor buscar otros medios de concordia, aunque fuesen mas tardios, una vez que lo que menos convenia era dar lugar y pábulo á aquellas pasiones tan perniciosas á todos, y á nadie mas que á los Gobernadores mismos. Sintióse herido en lo vivo el prisionero; pero como era artero y disimulado cuando le convenia, mostróse agradecido á la buena voluntad del mediador, y poniendo el negocio en sus manos, aseguró y protestó que por parte suya no habria nunca alteracion en lo que se concertase.

« Todavía estuvo Espinosa mas ingenuo y entero con el Adelantado. Añadia Almagro propuestas á propuestas, segun se le iban concediendo las que proponia primero. Entonces Espinosa le llamó la atencion á lo que diria el mundo que los habia visto á los dos en tan perfecta conformidad por tantos años, y acabando tan grandes cosas por ella, cuando los viese ahora enemigos entre si, causadores de sediciones y guerras civiles, manchando y escurciendo con su ciega ambicion la honra que por tan laudable amistad tenian adquirida. « Mas dejado aparte, añadió, el vituperio que inevitablemente se os sigue, ¿dónde está vuestro juicio cuando aventurais de este modo vuestra autoridad y vuestra existencia? ¿Pensais que el Rey ha de mirar con indiferencia el peligro y los males que ha de producir vuestra discordia, y que no pondrá en el momento que la sepa la órden que conviene para estorbarlos? No os engaños; presto ó tarde ha de venir quien os ponga en paz y os juzgue, y por ventura os castigue: entonces, aun cuando el que venga carezca de la ambicion, de la soberbia y de la codicia, tan comu-

nes en los jueces comisionados que á estos parajes se envian, siempre os habeis de ver pesquisados, perseguidos y afligidos por hombres de ajena profesion, que segun su costumbre, ponderarán vuestros yerros y los desastres públicos para acrecentar su crédito y encarecer sus servicios. No permita Dios que yo os vea en tan miserable estado, sujetos al albedrio y voluntad ajena, y expuestos á sufrir en vuestra hacienda, y por desgracia acaso en vuestra vida, la decision rigorosa de la justicia, ó la ciega y violenta determinacion de las pasiones. Consideradlo bien, os repito. ¿No son á la verdad harto anchas estas regiones para que extendais vuestra autoridad y mando en ellas, sin que por unas pocas leguas mas ó menos vayais ahora á enojarse al cielo, á ofender al Rey, y á llenar el mundo de escándalos y desastres? » A estas palabras, dignas de notarse por ser cabalmente un letrado quien las proferia, se contentó el Adelantado con responder que quisiera que aquellas mismas razones las hubiese dicho primeramente á don Francisco Pizarro, cuya gobernacion era muy dudosa, segun los limites señalados por las provisiones reales, que pudiese llegar hasta Lima, cuanto menos al Cuzco, objeto de la presente diferencia, y que indubitablemente caia en la suya; sobre lo cual, como cosa justa y autorizada, estaba dispuesto á perder la vida si menester fuese. « Segun eso, señor Adelantado, replicó Espinosa, vendrá á suceder aqui lo que dice el refran antiguo castellano: el vencido vencido, y el vencedor perdido. »

Podia Almagro haber añadido para justificar su poca inclinacion á convenirse, que aunque el Gobernador habia dado á Espinosa y sus compañeros poderes amplios para negociar, un Hernan Gonzales que venia con ellos le traia tambien secreto para revocar cuanto hiciesen. Esta cautela, tan fuera de sazón como poco conforme á la honradez y franqueza con que hombres que se precian de grandes y valientes deben tratar entre si llegó á rastrear por los amigos y consejeros de Almagro, y no es extraño por cierto que sabida por él, agriase y alterase todas las benévolas disposiciones que pudiese tener para la paz.

La diligencia, sin embargo, y buenos respetos de Espinosa pudieran por ventura arreglar el asunto de modo que no estallase en rompimiento; pero cuando ya se trataba de formar

ciertos artículos en que unos y otros se habían convenido, adoleció gravemente y falleció de allí á poco. Sintieronlo mucho todos los que deseaban sinceramente la paz, porque cifraban en él las esperanzas de conseguirla; sintieronlo también los que le apreciaban por sus prendas personales, que sin duda eran estimables. Mas no así los soldados que habían militado con Balboa: acordábanse aun de haberle visto instrumento de la iniquidad de Pedrarias; y veinte años de servicios, de fatigas y de descubrimientos en Tierra-Firme, de prudencia y moderación en su conducta, no habían lavado, ni lavarán ya jamás, la mancha puesta á su nombre con aquella injusta sentencia.

Muerto Espinosa, el Adelantado despidió á los embajadores con encargo de que dijese al Gobernador que, para excusar revueltas y disensiones, lo mejor sería nombrar personas de buena conciencia que oyendo á peritos, declarasen lo que á cada uno tocaba, con obligación de restituirse recíprocamente lo que cada cual tuviese sin pertenecerle; y le avisasen al mismo tiempo que él iba á ponerse en camino para las provincias de abajo con el objeto de enviar al Rey el oro de sus quintos, y de paso iría pacificando la tierra. Movió en seguida su ejército á la marina, llevando consigo en prisiones á Hernando Pizarro, y dejando en el Cuzco á su hermano Gonzalo y al general Alvarado encargados á Gabriel de Rojas, que quedaba de gobernador en la ciudad. Este movimiento debía ya parecer nueva hostilidad á su contrario, y la arrogancia y soberbia de sus capitanes y soldados lo manifestaban mejor. Ufanos con la sorpresa del Cuzco y la victoria de Albancay, lo menos que decían era que iban á arrojar al Gobernador á mandar á sus anchos en las tierras de los manglares, y no había de quedar en el Perú ni una *pizarra* en que tropezar. Con estos fieros y esperanzas bajaron á los llanos, plantaron su real en Chíncha, y trataron de fundar allí una ciudad que les asegurase la costa, y fuese punto de abrigo para recibir los esfuerzos de gente y armas que pudiesen venir, los despachos reales y demás efectos que faltaban en las provincias de arriba. Este pensamiento se puso al instante en ejecución: poblóse la ciudad, que llamaron Almagro, y que por su localidad, por su nombre y por la ocasión parecía destinada á servir de padron

á la de Lima, de insulto y mengua á Pizarro, y de orgullo y riqueza á sus fundadores.

Entre tanto Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado tuvieron modo de sobornar á sus guardas y escaparse del Guzco con otros pocos españoles que les quisieron seguir. Tomaron su camino por las sierras, y atropellando peligros y dificultades harto trabajosas, lograron llegar á Lima y abrazar al Gobernador, que se holgó en extremo de su libertad. Esta noticia, llevada al real de Chíncha, alteró los ánimos de modo que Almagro, arrepentido de no haber seguido los consejos rigurosos de Orgoñez, iba ya inclinándose á ponerlos en ejecución respecto de Hernando Pizarro. Jamás estuvo en mayor peligro este capitán; pero Diego Alvarado, constante en protegerle templó la irritación del Adelantado y contradujo las razones, que para despacharle daba siempre su general. Hizo mas aun, que fué salvarle de las funestas resultas á que su genio áspero y altivo le arrastraba frecuentemente. Tal debió estar un día, que el alférez general de Almagro, que casualmente altercaba con él, no pudiendo sufrirle y perdiendo toda consideración y respeto, le puso una daga á los pechos para pasarle el corazón, á tiempo que Alvarado pudo venir á detener el golpe y apaciguar la contienda.

Dió el Gobernador oído á la proposición de poner el negocio en tercera, y los dos contendientes se convinieron al fin en poner sur diferencias al juicio del padre Francisco Bobadilla, provincial y comendador de la Merced, á quien uno y otro respetaban como sugeto de letras, probidad y pundonor. El primero que por su desgracia pensó en él fué el Adelantado, con mucha contradicción de Orgoñez, que viendo claro en esto como en todo, decía abiertamente que el padre Bobadilla era mas aficionado á don Francisco Pizarro que no á él; que este juicio, en caso de fiarse á alguno, debía ser, no á un hombre exento como lo era aquel religioso, sino á personas que temiesen á Dios y también temiesen á los hombres; bien que, insistiendo siempre en su modo de pensar resuelto y desengañado, añadía que la verdadera seguridad no consistía en frívolas convenciones, sino en prepararse de modo que el enemigo no pudiese dañar ni ofender. A esto Almagro respondía que si no podía esperarse justicia de un hombre de las

prendas que acompañaban al padre Bobadilla, no había en el mundo de quien poder fiar. Pero el suceso manifestó que Orgoñez no se engañaba, y el buen religioso correspondió bien mal á las esperanzas del Adelantado.

Es verdad que al principio mostró una grande imparcialidad, y su primera diligencia fué procurar que los dos competidores se viesen y hablasen á presencia suya. Esto era sin duda ir á cortar el mal de raíz si todavía quedaba en ellos algun rastro de la amistad y confianza antigua, pues viéndose, hablándose y abrazándose, podían disiparse las sospechas y los efectos funestos de los chismes traídos y llevados por terceros. Concertáronse pues estas vistas para Mala, donde el Provincial había fijado su residencia y establecido su juzgado; y se hicieron todos los juramentos y pleitos homenajes que se contemplaron necesarios para la seguridad de unos y otros, obligándose con ellos no solo los Gobernadores, sino tambien sus respectivos generales, para que las tropas no se moviesen de los puntos que ocupaban mientras la conferencia durase. Prestóle Rodrigo Orgoñez; pero sospechando siempre segun su costumbre, la mala fe de sus contrarios, dijo á Almagro, levantando su mano derecha: « Señor Adelantado, no me contentan estas vistas: ruego á Dios que se hagan mejor de lo que yo lo adivino. » El adivinaba en esta coyuntura tan bien como en las demás, y solo como por milagro es escapó el Adelantado de la celada que le tenían prevenida.

El primero que se presentó en Mala fué Pizarro, seguido, segun el convenio hecho, de solos doce á caballo que eran sus principales amigos y confidentes. Poco tiempo después marchó el Adelantado, acompañado de otros tantos caballeros, y luego que se supo su llegada, el padre Bobadilla, el Gobernador y demás capitanes se pusieron á aguardarle á la puerta de la casa. Apeóse y fué para el Gobernador con el sombrero en la mano y le hizo reverencia, á la cual Pizarro correspondió tocándose con la mano la celada que tenia puesta, y saludándole friamente. En otros tiempos se abrazaban cuando se veían, y lloraban ó de placer ó de sentimiento; pero la amistad transpiraba siempre en sus agasajos ó en sus quejas. Aquí ya la falsedad, el resentimiento y la desconfianza tenían endurecidos los corazones, y nada se pudieron decir que pudiese

satisfacerlos y aplacarlos. Con alguna mas atencion recibió los caballeros que le acompañaban, y como viese que no llevaban armas, les dijo *que iban de rua*; á lo que ellos cortesmente respondieron que *para servirle*. El provincial rogó á los Gobernadores que subiesen á su casa, lo cual hecho, y hallándose algo apartados uno de otro, el primero que prorumpió á hablar fué Pizarro, que preguntó al Adelantado por qué causa le había tomado la ciudad del Cuzco, que él había ganado y descubierto con tanto trabajo; por qué le había llevado su india y sus yanaconas; por qué, en fin, no contento con estas tropelias, le había hecho la grande injuria de prender á sus hermanos. — « Mirad lo que decis, contestó el Adelantado, en eso de afirmar que ganasteis el Cuzco por vuestra persona: bien sabeis vos quién la ganó. Yo he ocupado el Cuzco porque era ciudad de mi gobernacion segun las reales provisiones expedidas en mi favor; mi intencion era entrar con ellas sobre mi cabeza, y no por armas; vuestros hermanos me la defendieron, y ellos me dieron justicia para prenderlos. » — « Si mis hermanos, interrumpió el Gobernador, siendo mancebos os la defendieron, mejor os la defenderé yo. » — « Por estas causas, continuó Almagro, he entrado en el Cuzco y me hice recibir por gobernador. » — « No eran esas causas bastantes para el desacato de prenderlos ni para romper á Alonso de Alvarado en Abancay. Así pues volved al Cuzco y dad libertad á mi hermano, ó de lo contrario debeis considerar que va á resultar gran daño. » — « El Cuzco está en mi gobernacion, y no le devolveré si el Rey no me lo manda. En cuanto á la libertad de vuestro hermano, letrados hay aquí, y ellos podrán determinar lo que sea justicia, y yo le soltaré si así lo declaran, con tal que se presente ante el Rey con el proceso. » — « Soy contento de ello, contestó Pizarro. »

Así altercaban los dos, cuando los amigos de Almagro llegaron á rastrear que Gonzalo Pizarro se había acercado con tropas á Mala, y aun se decía que tenia dispuesta una emboscada de arcabuceros en un cañaveral, aguardando á que las trompetas hiciesen señal para emprender su mal hecho. En un punto pues arrimaron un caballo á la casa, entró Juan de Guzman, uno de los capitanes en la sala, y le avisó como pudo de ello; y Almagro sin detenerse bajó, subió á caballo, y con él sus amigos, y á

todo galope desaparecieron ¹. El Gobernador envió tras de él á Francisco de Godoy á saber la causa de aquella improvisa retirada, y á convidarle á que viniese á Mala á otro día para terminar su conferencia. Pero el juego estaba descubierto, y el Adelantado, que por las razones mismas de Francisco de Godoy llegó á entender mejor la mala fe de su adversario, le contestó secamente que para presentar las escrituras y oír la determinación bastaban los procuradores y no era necesaria su presencia.

A este desabrimiento sucedió el fallo del juez compromisario, que le enconó todavía mas. El Provincial, vistas las escrituras y oídos como peritos los pilotos que las dos partes presentaron, pronunció su sentencia, que fué tal como si el mismo Pizarro, se la dictara; porque dejando para el resultado de observaciones mejor hechas la division de las distancias y de los términos de una y otra gobernacion, se mandaba á don Diego de Almagro que volviese la ciudad del Cuzco á don Francisco Pizarro, que la poseía pacíficamente cuando él la tomó á fuerza de armas, y manifiestamente contra la voluntad del Rey, sin ser juez allí ni gobernador; que diese además el oro y la plata perteneciente á los quintos del Rey, y que dentro de seis días entregase los presos con sus causas, para que vistos por él, hiciese justicia y enviase el oro y la plata á la corte. Este era el artículo principal ó mas esencial de aquel fallo, que publicado y comunicado á las partes, fué alabado y consentido por el Gobernador. Por el contrario, el procurador del Adelantado interpuso apelacion para el Rey y su consejo de Indias á lo que repuso el juez, como era de esperar, que de su sentencia no habia apelacion, porque era consentimiento de ambas partes interesadas.

¹ Dicese tambien que Francisco de Godoy, uno de los capitanes de los Pizarros, descontento del mal trato y doblez con que se recibia á Almagro, no teniendo otro modo de avisarle, y viéndole subir á la casa de Provincial, empezó á cantar un romancillo que decia:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es ya de andar de aquí.

El Adelantado lo entrooyó, y por eso estuvo tan pronto á salir de la sala cuando Juan de Guzman subió á advertirle.

Mas cuando el aviso de aquella decision tan parcial llegó al ejército, era de ver cómo en el se expresaban las pasiones de aquellos soldados, que de un golpe se creian despojados de lo que con tanto afán, tantos trabajos y peligros habian adquirido. Turbóles la nueva, y la melancolía y el silencio manifestaban bien su amargura y desaliento; mas luego se acordaron de que tenian en sus manos las armas con que se lo habian adquirido, y en onces furiosos, decian que no debia sufrirse tamaña injusticia como la que aquel religioso habia hecho; y volviendo después su cólera contra su general, á voces y en corrillos clamaban contra su ignorancia, contra su vejez y flojedad. « Por ellas, decian, triunfarán los Pizarros, y ocuparán las ricas provincias del Perú, mientras que nosotros habrémós de ir entre los charcas y collas, que ni aun leña alcanzan para quemar. ¿No hubiera sido mejor, si habíamos de perder el Cuzco, pasar el rio Maule y entrar en las provincias del estrecho de Magallanes? Esas á lo menos nadie nos disputaria. » El alboroto y la agitacion eran tales, que el Adelantado, aunque lo intentara, no los pudiera apaciguar; pero era preciso sosegarle primero á él, que confundido y irritado con aquel desengaño, estaba fuera de sí, y prorumpia en expresiones que desdecian de su carácter y ajaban su dignidad. « ¿ Por ventura se ignora en parte alguna lo que yo he hecho para descubrir este Nuevo Mundo, y los trabajos, fatigas y dispendios que treinta años hace estoy gastando en servicio del Rey y en esta empresa? Llámanme por desprecio tuerto y viejo; pues deben saber que si este viejo, este tuerto, no se hubiera arriscado á ella con la eficacia y teson de que todo el mundo es testigo, Pizarro la hubiera dejado y vuéltose sin fruto alguno á Tierra-Firme; y ahora un fraile cauteloso y fementido ha venido á engañarme con sus mañas, para dejar en sus manos un juicio que solo competia á letrados y juristas, y que él ha corrompido con tan inicua sentencia. »

Esta ira y exaltacion del Adelantado no eran de extrañar: Bobadilla espontáneamente habia dicho que si él fuera juez de aquellas diferencias partiria los límites de las gobernaciones de modo que la de Almagro empezase en la nueva ciudad de este nombre, con la mitad de la tierra que habia desde ella hasta Lima. Juraba el fraile hacerlo por el hábito que traia, y

el buen Almagro, creyéndole, quiso que fuese él solo quien fallase en el negocio. Es probable que estuviese adestrado por Pizarro para este caso, y el Adelantado cayó simplemente en el lazo que le tenía armado su rival. Orgoñez, viendo á su gobernador tan alligido, le consolaba á su modo, y le decia que no tomase pena por lo hecho, pues él mismo tenia la culpa por no haber querido dar crédito á sus verdades. El último remedio de este asunto era cortar la cabeza á Hernando Pizarro, retirarse al Cuzco y hacerse fuertes allí: « De este modo conocerá nuestro enemigo que no se quiere ni paz ni concordia alguna con él. Él podrá seguirnos con su ejército, pero por poderoso que sea, los caminos no son tan fáciles ni tan bien provistos, que en cualquiera punto no se le pueda desbaratar. » Repugnaba á Almagro aquel partido desesperado, y no se avenia con el derramamiento de sangre, y respondió á su general que se viese si Bobadilla queria otorgar la apelacion, para evitar en cuanto fuese posible las guerras y los alborotos.

Entre tanto lo que mas peligro corría era la vida de Hernando Pizarro, amenazada continuamente por los fieros de los soldados, y no segura de un instante de enojo en el corazon de Almagro. Su hermano lo veia bien; y así, prescindiendo ya de la declaracion de Bobadilla, quiso y propuso que se tratase de otros medios de concordia y se diese libertad al prisionero. Queriala conseguir á todo precio, y con tanto mas ahineo, cuanto en su corazon tenia propuesto no cumplir nada de lo que concertase por ella. Y como el Adelantado, aunque pronto á enojarse y tenaz en su ambicion, procedia de buena fe y repugnaba todo partido violento, dió por fin oídos á la negociacion que se entabló de nuevo, y en la cual no dejó de haber altercaciones y dificultades que serian prolijas de referirse. Pero todo vino á terminar en unos capitulos de concordia en que se convinieron, por los cuales el Cuzco quedaba en poder de Almagro interinamente hasta que el Rey otra cosa mandase, y Hernando Pizarro era puesto en libertad, haciendo primero pleito homenaje de partir á Castilla en cumplimiento de los encargos que de allí habia traído.

A las deliberaciones que se tuvieron sobre esto no fué llamado Orgoñez; pero lo fué cuando ya en virtud de los artículos concertados se trató de realizar la soltura de Hernando

Pizarro. Disculpóse el Adelantado del recato que se habia tenido con él, y justificó su resolucion con su deseo de la paz. Mas aquel hombre, tan ingenuo como leal, no pudo menos de exponer que el que en Castilla no habia cumplido con su palabra, tampoco la cumpliria en las Indias; que donde no habia confianza no podia haber amistad; que una y otra, fundadas en verdad y en virtud, no podian existir en compañía del fraude y la malicia: antes juzgaba que no eran muy necesarias las armas; mas ya le afirmaba que le convenia aperebirlas para en adelante, pues nunca faltaban excusas á los pérfidos para faltar á sus promesas. Y haciendo enérgicamente con sus manos la demostracion de cortarse la cabeza, « ¡Orgoñez! Orgoñez! exclamó, por la amistad de Don Diego de Almagro te han de cortar esta. » Otro soldado valiente dijo á voces: « Señor Adelantado, hasta ahora no truje pica, pero de aquí adelante la traeré de dos hierros. » Todo el campo, alborotado sabiendo lo que se trataba, y convencido del carácter pérfido, implacable y vengativo de Hernando Pizarro, manifestaba los mismos recelos que Orgoñez; y con cédulas, motes y escritos sin autor se daba á entender que si se deseaba paz no convenia descuidarse.

Pero la suerte estaba echada, Almagro resuelto, y todos en espectacion. Él mismo fué al lugar en que se custodiaba el preso, mandó al alcaide que le sacase, y los dos se abrazaron. El Adelantado le dijo que olvidase las cosas pasadas, y tuviese por bien que en adelante hubiese paz y tranquilidad entre todos; á lo que respondió Hernando Pizarro que ninguna cosa mas deseaba, y que por su parte no faltaria á ello. Hizo luego el juramento y pleito homenaje acordado en las capitulaciones. Almagro le llevó á su casa y le regaló espléndidamente: allí le visitaron y hablaron los capitanes y caballeros del ejército, y saliendo todos á despedirle como una media legua, acompañado de don Diego, hijo del Adelantado, de los dos Alvarados y otros caballeros, llegó por fin al campo de su hermano. De él fueron recibidos con las demostraciones de alegría y agasajo propias de la ocasion: los regaló, les dió dádivas y joyas, principalmente al jóven don Diego, y los despidió con todo agrado y cortesía. Vueltos al campo, aunque la mayor parte del ejército sospechaba que la paz no duraria mucho tiempo, Alma-

gro no obstante seguía en su confianza y mas sabiendo el buen recibimiento que Pizarro habia hecho á su hijo. Con estos pensamientos lisonjeros pasó su campo al valle de Zangalla, donde trasladó el pueblo que habia empezado á fundar en Chíncha, y no se ocupó entonces de otra cosa que de enviar los quintos del Rey á Castilla.

Diversas por cierto eran las disposiciones del campo contrario. Luego que los dos hermanos pudieron hablarse á solas, Hernando pidió al Gobernador venganza de las injurias que se habian hecho á los dos con la toma del Cuzco, despojo de su hacienda, larga prision, y demás violencias de Almagro: deciale que no era honor suyo dejarlas de castigar, y que para eso se debía seguir y prender al Adelantado. Convenia el Gobernador en la razon del enojo y en la justicia del castigo, pero vacilaba en tomarla por su mano. « Temo, decia, la ira del Rey. » « ¿ Y la temia él cuando se atrevió á entrar por fuerza en el Cuzco y ponerme á mi en prision? » No era pues posible contener el deseo de sangre y de venganza que ardía en aquel ánimo soberbio, aun cuando las intenciones del Gobernador estuviesen mejor dispuestas; que no lo estaban sin duda, visto el encadenamiento de fraudes y de artificios con que habia conducido la negociacion hasta llevar las cosas al punto en que se hallaban. Juntó sus capitanes, y en presencia de ellos pronunció auto en que calificando de delitos todas las operaciones del Adelantado desde su vuelta de Chile, se constituía vengador y castigador de aquellos males, y mandaba que su hermano Hernando Pizarro no saliese del reino hasta pacificarlo, por la necesidad que allí de su persona habia, pudiéndose enviar los quintos al Rey con otro sujeto de confianza. Resistió Hernando el cumplimiento de esta parte del auto, alegando el encargo especial que habia traído de la corte; y para completar esta farsa indecente que á nadie podia enganar, se hizo repetir aquel mandato dos y tres veces, y aun amenazar con castigo si no le obedecia.

Hizo e en seguida al Adelantado la intimacion de estilo para que, en cumplimiento de una provision real que habia venido algunos dias antes sobre limites de las dos gobernaciones, se saliese de lo poblado y conquistado por el Gobernador, y de no hacerlo, fuesen de su cuenta los daños y males que se siguiesen

de su resistencia. Aunque turbado con un golpe tan imprevisto para él, respondió que, en cumplimiento de aquel real despacho, no saldria del lugar donde se le notificaba; que hiciese lo mismo el Gobernador, y que los daños corriesen de su parte si otra cosa hacia. Esta diligencia era en realidad la declaracion de la guerra, y los dos partidos se prepararon á hacérsela con toda la animosidad de sus reciprocos agravios y de sus pasiones exaltadas.

Las fuerzas no eran ya iguales ni la confianza la misma. Los Pizarros tenian doble gente que Almagro, bien pertrechada, dirigida por capitanes experimentados y todos adictos y fieles á la causa que defendian, los unos por creerla mas legitima, los otros seducidos y fascinados por las magnificas promesas del Gobernador; y este, mas firme y mas recio mientras mas años tenia, redoblabá sus esfuerzos y su teson para vindicar su autoridad desairada, de la cual cada vez era mas celoso. Almagro, al contrario, debilitado por la edad y por los achaques que ya empezaba á padecer, con un carácter infinitamente menos firme aunque mas bueno, cansado de negociar inútilmente, y gastado con el tiempo no podia comunicar á su gente la confianza y el ánimo que él no tenia. Orgoñez poseia las calidades de alma que faltaban á su jefe, y las poseia en alto grado; pero carecia de la autoridad y del influjo propios de un caudillo principal, centro de las operaciones y de los intereses de todos; y por una fatalidad singular sus dictámenes, que eran los mas seguros, fueron siempre combatidos por Diego de Alvarado, que mas blando, mas comedido, y por lo mismo mas acepto á Almagro, conseguia siempre al fin que los suyos prevaleciesen. Los demás capitanes, bizarros sin duda y valientes á toda prueba, tenian menos subordinacion y menos unidad de intereses y de miras que los del Marqués. Los soldados, en fin, inferiores en número, intimidados unos con el superior poder de sus enemigos, y otros ganados con sus artificios para que abandonasen sus banderas cuando llegase la ocasion, no componian un cuerpo tan dispuesto á moverse con igualdad como el ejército contrario.

Así no es de extrañar que todas las operaciones de las tropas de Almagro, desde que volvió á estallar la guerra hasta que finalizó con la batalla de las Salinas, fuesen una serie no inter-

rumpida de yerros y de desastres. Perdieron las alturas de la sierra de Cuaytara, donde con poquísima gente pudieron deshacer á sus contrarios, y se dejaron sorprender por ellos. Perdieron también la ocasion de desbaratarlos cuando, empeñados en el paso de la sierra, se hallaron los Pizarros atacados del frío intenso y cruel que allí reina, y transidos, pasmados, luchando con vértigos y bascas de muerte, presentaban fácil victoria á sus poco advertidos enemigos. No se atrevieron á seguir el dictamen de Orgoñez, que viendo á los Pizarros determinados á seguir su camino al Cuzco, propuso revolver impetuosamente sobre Lima, entonces desamparada de fuerzas, rehacerse allí de gente, escribir á España el verdadero estado de las cosas, y equilibrar la reputacion ocupando la nueva capital del imperio, ya que el enemigo se apoderase de la antigua. Este parecer, en el cual Orgoñez daba la mejor prueba de su pericia y denuedo militar, era acaso el único camino de salvacion que les quedaba. Pero aunque algunos capitanes le aprobaron, fué contradicho por otros, que aparentando no querer perder el fruto de sus fatigas en la posesion del Cuzco, no querian en realidad abandonar á sus contrarios las riquezas que en él tenían, ni alejarse de las delicias y regalos que allí disfrutaban. Siguióse por su mal el parecer de los últimos, y ni cortaron los puentes de los ríos que habian de hallar sus contrarios en su marcha, ni los molestaron en ninguno de los pasos difíciles del camino. Vueltos en fin al Cuzco, en vez de atrincherarse y fortificarse allí para defenderse los pocos de los muchos, confiados en su valor, ó mas bien arrastrados de su mala fortuna, presentan en campo raso la batalla á sus enemigos, que si bien eran menos fuertes en caballeria, les eran muy superiores en arcabuceria y ordenanza militar.

Pizarro luego que los suyos arrojaron á los contrarios de las alturas de Guaytara, los llevó al valle de Ica para que se repusiesen de las fatigas y trabajos pasados en la sierra. Allí determinó entregar el ejército á sus hermanos para que persiguiesen á Almagro, que habia ya tomado la vuelta del Cuzco. Hernando iba de superintendente, gobernador y cabeza de la expedicion; Gonzalo con título de capitán general. Recomendólos el Gobernador á los capitanes y soldados, excusándose él de no mandarlos, con sus enfermedades y su vejez: animó

á todos con la esperanza de una segura victoria sobre sus contrarios, vencidos ya y fugitivos; la cual no seria batalla, sino un justo castigo de hombres enemigos de su rey. Todos respondieron á voces que estaban prontos á ello, y con esta alegre disposicion se dió la señal de marchar tomando el ejército el camino del Cuzco, y el Gobernador el de Lima.

No faltó quien aun en el extremo á que ya eran llevadas las cosas, y entre gente tan olvidada al parecer de todas sus obligaciones, tuviese osadia para representar á los dos hermanos que bastaba ya la sangre española vertida en el levantamiento del país y en la prosecucion de tantos desvarios; que se acordasen de lo que debian á Dios, al Rey y á la patria, y suspendiesen los aparatos de guerra, ofreciéndose ellos á que por términos pacíficos se arreglase todo á su voluntad. Mas era ya tarde para que este último y generoso esfuerzo de la humanidad y de la razon fuese oído de aquellos hombres soberbios y vengativos. Hernando Pizarro respondia que don Diego de Almagro era el que habia roto la guerra: bien seguro y tranquilo se hallaba él en el Cuzco, sin tener pensamiento de enemistad con ninguno, cuando el Adelantado con las banderas tendidas y al son de los atambores se habia declarado enemigo de los Pizarros; bien era menester que entendiese á qué hombres habia ofendido; y así, no habia que pensar en mas que en ir á buscar al enemigo; y que las armas decidiesen cuál era el partido que debia prevalecer. El Gobernador, aunque con menos violencia, resistia con igual dureza las sugerencias de paz: él que se atrevió á afirmar « que su jurisdiccion llegaba hasta el estrecho de Magallanes »¹, devoraba ya en el deseo la inmensidad de su mando, y anhelaba el momento de arruinar sin recurso á su adversario para verse único y solo gobernador de aquellas dilatadas regiones. Los temores que pudiera darle el desagrado de la corte obraban como inciertos y lejanos, y seis-cientos mil pesos de oro que tenía recogidos para enviar al Rey le parecian suficiente justificacion ó disculpa de cualquiera atentado. No habia por consiguiente respeto que le enfrenase ni consideracion que le moviese, siendo su ambicion hidrópica

1. Para esta expresion ambiciosa y temeraria véase Herrera, década 6.ª, lib. 4, cap. 2.

mas insaciable en él todavía. que en su hermano la venganza. A esta disposición tan enconada en los jefes se añadía la que animaba á oficiales y soldados, los unos ganosos de lavar la afrenta recibida en Abancay, los otros anhelando ir á apoderarse de las riquezas y gozar de las delicias que los de Almagro disfrutaban, prometidas á ellos en premio de los trabajos y peligros que sufrían en aquella contienda. Cerróse pues el paso á todo buen consejo, y unos y otros se despeñaron en los horrores de la guerra civil.

Decidióse esta en el campo de las Salinas, á media legua del Cuzco, donde los dos bandos se encontraron (26 de abril de 1538). Estas batallas de América, que en Europa apenas pastrian por medianas escaramuzas, llevan consigo el interés de los grandes resultados que tenían, y el del espectáculo de las pasiones, manifestadas en ellas frecuentemente con mas energía que en nuestras sabias maniobras y grandes operaciones. Dijose la misa muy de mañana en el campo de los Pizarros, como si con esta muestra de devoción legitimasen y santificasen su causa. En seguida Hernando, armado de todas piezas, con una rica sobrevesta de damasco naranjado, y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, con que amigos y enemigos le distinguiesen de lejos, sacó su gente al combate, y atravesando un rio y una ciénaga que había delante, se fué á encontrar con el ejército contrario. Las fuerzas no eran iguales: prevalecían á la verdad los de Almagro en caballería y en indios auxiliares: pero era doble el número de los españoles en el campo de los Pizarros, y una manga de arcabuceros que acababa de llegar de Europa les daba gran ventaja en esta parte esencial, y decidió la fortuna del dia. Porque luego que vencieron los malos pasos que tenían que atravesar, y estuvieron al alcance de su arma, aquellos diestros tiradores, animados por Hernando Pizarro, que les gritaba: « ¡ A las astas arboladas ! » pusieron fuera de combate á mas de cincuenta de los caballeros contrarios. No ayudaba tampoco el terreno á la arremetida é impetuosidad de los caballos, que era en lo que podían llevar ventaja los de Almagro: Orgoñez, receloso de ser envuelto por la superioridad de su adversario, había elegido una posición mas propia para resistir que para atacar. En esto quizá lo

erró, y proporcionó al temor y la fuga la ocasión que había quitado á la audacia. Su gente, hostigada con aquel fuego certero y sostenido, empezó á flaquear muy pronto: unos dejaban la formación por irse á guarecer detrás de unos paredones arruinados que había en el campo, otros huían á la ciudad, otros en fin sin sacar la espada se pasaron vilmente al campo contrario, siguiendo el ejemplo que les dió Pedro Hurtado, alférez general de Almagro. Ya entonces, perdido el orden de batalla, empezaban á mezclarse unos con otros, y á campear solamente el esfuerzo personal de los hombres señalados. Pedro de Lerma, conociendo de lejos á Hernando Pizarro, se arrojó á él llamándole á voces *traidor y perjuro*, y le encontró tan poderosamente, que le hizo arrodillar el caballo, y allí le matara si no fuera tan bien armado. Otros hacían por su parte iguales hechos con los contrarios que se les ponían delante. Orgoñez, que no había olvidado ninguno de los deberes y atenciones de general, hizo con su persona todo lo que podía esperarse de su arrojo y resolución. Dos soldados enemigos atravesó con su lanza, y oyendo á otro cantar victoria, cerró al instante con él y le pasó el pecho de una estocada. En esto viendo que algunos de los suyos se retiraban de la batalla, voló á ellos con su caballo para hacerlos volver á ella. Herido en la frente, de un arcabuzazo, muerto el caballo y caído debajo de él, todavía pudo desembarazarse, y defenderse peleando, de la muchedumbre de enemigos que le tenían cercado y le decían que se rindiese. Preguntó si había allí algun caballero á quien se pudiese entregar. Un Fuentes, criado de Hernando Pizarro, respondió que sí y que se diese á él. Así lo hizo, y luego que entregó la espada y le cogieron entre todos, el Fuentes arremetió á él y le degolló con una daga. Así murió este hombre, digno por su valor y su marcial franqueza de mejor guerra y de mejor fortuna. Matáronle á la verdad bajo el seguro de rendido, y esto hace mas fea y vil la acción de su matador; pero á pensar con equidad, no tuvo peor suerte que la que él mismo destinaba á sus vencedores, si hubiesen caído en sus manos. Era natural de Oropesa, había servido en las guerras de Italia, y se halló de alférez en el saqueo de Roma. Poco antes de su muerte le había dado el Rey el título de mariscal de la Nueva Toledo.

Ya en esto los capitanes Salinas, Lerma, Guevara y otros habian caido ó heridos gravemente ó muertos; y la gente de Almagro, enflaquecida y desalentada con tales desastres, acabó de desmayar de todo punto con la prision y muerte de su general. Declaróse la victoria en favor de los Pizarros; el campo quedó por ellos, y la ciudad fué al instante ocupada por el vencedor. Lleno de ira y de soberbia y respirando venganza, era por demás esperar de él ni generosidad ni clemencia. Al tiempo que ponian la cabeza de Orgoñez en un garfio en la plaza, cargaban de prisiones á todos los capitanes y caballeros distinguidos del bando contrario, los soldados saqueaban las casas, y algunos saciaban su enojo á sangre fria en los infelices prisioneros, que no se les podian defender. Así mataron traidoramente al capitan Rui Diaz, llevándole un amigo á las ancas de su caballo; así pereció tambien Pedro de Lerma, que cubierto de heridas y casi exánime, fué sacado del campo por otro amigo suyo y llevado á su casa, donde no pudo defenderle de un bárbaro alevoso, que le pasó á estocadas en la cama donde yacia moribundo. Aumentábase el disgusto y horror de estos desastres escandalosos con la licencia y el gozo que se notaba en los indios. Vióseles acudir de todos aquellos comornos y tenderse por los cerros circunvecinos para gozar del espectáculo sangriento que sus opresores les daban; oyóseles al comenzarse la batalla herir los vientos con alaridos de sorpresa y de alegría; y después, cuando terminado el combate, el campo quedó abandonado y solo, bajaron como aves carniceras á despojar los muertos, rematar los heridos; y creciéndoles la insolencia con la impunidad, entrar y robar el real de los vencedores.

Y ¿ qué era entre tanto del sin ventura Adelantado? El dia antes de la batalla, como si anteviera ya su acerba suerte, después de la revista de su tropa, á que estuvo presente en andas, porque no podia tenerse en pié, propuso á su general que se buscasen medios de paz y se excusase la sangre. Desechado esto fieramente por Orgoñez, animó noblemente á sus soldados antes de la pelea, y entregó el estandarte real á Gomez de Alvarado, recordándole su amistad y sus obligaciones. Después no pudiendo por su indisposicion y flaqueza asistir al combate, se puso á mirarlo desde lejos en un recuesto, y vió

con la congoja y agonía que son de imaginar sus amigos rotos y vencidos, y á él despojo de la fortuna y de las iras de un enemigo implacable é irritado. Recogióse huyendo á la fortaleza del Cuzco, adonde después de la batalla le fué á buscar Alonso de Alvarado, y le trajo á la ciudad para ponerle en el mismo encierro y con las mismas prisiones que habian sufrido él y los dos hermanos Pizarros. Hubo allí un capitan que viéndole por primera vez, y considerando su mala presencia y desagradable catadura, alzó el arcabuz para matarle, diciendo: « Mirad por quién han muerto á tantos caballeros. » Esta indignacion soldadesca no dejaba de llevar consigo una especie de generosidad, porque ¡de cuántos sinsabores, de cuántas congojas y humillaciones le libertara aquel golpe si Alonso de Alvarado, que le contuvo, le hubiera dejado descargar!

Al principio le fué á ver Hernando Pizarro por ruego suyo, le consoló, le dió esperanza de vida, y le aseguró que esperaba á su hermano y que se conformarian los dos, y si se tardase en venir, daría lugar á que se fuese donde estuviese. Enviábale regalos á la prision, le aconsejaba que estuviese alegre; y hubo vez en que envió á preguntarle que de qué modo iria mejor á ver á su hermano, si en silla ó en andas: el prisionero, agradecido, respondió que iria mejor en silla, y con estas buenas palabras de dia en dia esperaba verse puesto en disposicion de tratar sus cosas con su antiguo amigo y compañero. Mas entre tanto se le estaba formando un proceso capital, se admitian para hacerle cargos todas las delaciones y acriminaciones que pudieran agravar su causa, y fueron tantos los que acudieron á declarar contra él en obsequio de su perseguidor, que los secretarios no se daban manos á escribir, y el proceso llegó á tener mas de dos mil fojas. Entregado así á las pesquisas y cavilaciones judiciales, que cuando se llevan por semejante estilo son una degradacion todavia peor que el suplicio, el miserable prisionero estaba á orillas del sepulcro, y no conocia ni su daño ni su peligro. Habian ya pasado dos meses y medio desde el dia de la batalla ¹, cuando

1. Herrera dice que cuatro; pero en una carta inédita que he tenido á la vista, del tesorero Manuel de Espinal al Emperador, se fija el dia de la pronunciacion de la sentencia en 8 de julio de 1538;

pareció al vencedor que era ya tiempo de concluir aquella comedia tan grosera como cruel. Cerró el proceso, condenóla á muerte, y mandó que se le intimase la sentencia.

La tribulacion y congoja que recibió el triste Almagro con aquella terrible nueva fueron iguales á la seguridad y confianza en que á la sazón se hallaba; y aquel hombre, que con tanta intrepidez y denuedo habia arrostrado la muerte en el mar, en los rios, en los desiertos y en las batallas, no tuvo ánimo para considerarla en las manos de un verdugo. Dese todo lo que se quiera á la edad, á los achaques, al abatimiento que infunden los infortunios, al desaliento y soledad de una prision prolija y rigurosa; pero no puede menos de considerarse con menor lástima todavía que indignacion y vergüenza, á aquel miserable anciano postrado delante de su inexorable enemigo, y pedirle por amor de Dios que no le matase, que atendiese á que no lo habia hecho con él pudiendo hacerlo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo aunque los habia tenido en su poder; que mirase cómo él habia sido la mayor parte para que su hermano Francisco Pizarro subiese á la cumbre de honra y riqueza que tenia; dijole que considerase cuán flaco, viejo y gotoso estaba; cuán pocos podian ser los tristes dias de vida que le quedaban, y pidióle que se los dejase vivir en la cárcel para llorar sus pecados. El lastimero tono en que estas cosas decia podrian ablandar las piedras, mas no aquel corazon de bronce, que con un desabrimiento y dureza digna de sus malas entrañas le respondió que se maravillaba de que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte; que no era ni el primero ni el último que así acabaria; y supuesto que presumia de caballero y de ilustre, la sufriese con entereza y dispusiese su alma, porque era una cosa que no tenia remedio ¹.

y por consiguiente no será tanto tiempo. Espinal era testigo de vista y su carta contiene una relacion bastante menuda de todo el suceso, aunque se muestra muy parcial en favor de Almagro.

1. Pensar que Hernando Pizarro se habia de ablandar con lástimas y razones era pensar un delirio. Cuando antes de la batalla los tráfugas de Almagro le decian, para congratularse con él, que el Adelantado quedaba tan enfermo, que ya seria muerto, « no me

Pero el que tan pusilánime se habia mostrado delante de su contrario pidiéndole la vida, luego que se desengañó de la inutilidad de sus ruegos y vió que era forzoso morir, se dispuso á este acto con decencia y gravedad, harto mas propias de su carácter que su flaqueza anterior. Ordenó su alma y dispuso su testamento, dejando por herederos al Rey y á su hijo, declarando que tenia gran suma de dinero en la compañía con don Francisco Pizarro; pidió al rey que hiciese merced á su hijo, y en virtud de la facultad real que tenia, nombróle por gobernador de la Nueva Toledo, dejando por administrador de este encargo, hasta que tuviese edad, á su caro y fiel amigo Diego de Alvarado, que hizo por él entonces todas cuantas gestiones y oficios correspondian á su lealtad y á su cariño. Y cuando el desdichado hubo cumplido con estos tristes y solemnes deberes, volviöse al capitan Alonso de Toro, que sin duda debía de ser uno de los mas encarnizados contra él, y le dijo: « Ahora, Toro, os veréis harto de mis carnes. » La muerte se ejecutó en la prision, dándole garrote en ella, y sacándole después á la plaza, donde públicamente le cortaron la cabeza. Después le llevaron á las casas de un amigo suyo, el capitan Hernan Ponce de Leon, donde estuvo de cuerpo presente, y luego le enterraron en la iglesia, acompañándole Hernando Pizarro y todos los capitanes y caballeros del Cuzco.

Era manchego ¹, hijo de padres humildes y desconocidos, y tenia sesenta y tres años cuando le mataron. Fué á las Indias con Pedrarias Dávila, y en el Darien se amistó y asoció con Francisco Pizarro, viviendo siempre los dos en comunidad de granjerias y de intereses, tal vez por conformarse tambien los hábitos y los caracteres. Su persona y sus costumbres fueron tales cual resultan de la serie de los sucesos referidos. Indios y españoles todos le lloraron á porfia: los primeros decian que nunca recibieron de él pesadumbre ni mal tratamiento; los

«querrá Dios tan mal, exclamaba él, que le deje morir sin que yo le tenga en mis manos. »

1. Herrera le hace natural de Aldea del Rey, y esto es lo mas probable; Zárate, de Malagon, Gomara y Garcilaso, de Almagro: todos pues convienen en que era de la Mancha, aunque difieren en el pueblo.

segundos perdian un caudillo generoso, á quien seguian y servian mas por inclinacion que por interés. Hubo de ellos algunos que á voces llamaron *tirano* á su matador, y le amenazaron con venganza. Hasta los del bando contrario juzgaron aquella ejecucion no solo rigurosa, sino injusta, y la tuvieron por muestra bien cruel de ánimo tan inicuo como desagradecido. Olvidábanse entonces la poca dignidad de su trato, su vanidad pueril, su inconsideracion y su imprudencia, para no recordar mas que la amable dulzura, incansable generosidad, fácil clemencia y afectuoso corazón con sus capitanes y soldados. Nosotros simpatizamos fácilmente con el justo dolor y sentimiento de aquella agradecida muchedumbre; pero la afición que inspiran las amables prendas del Adelantado, y la compasion debida á su infortunio, no deben cegar los ojos de la razon y de la equidad; y dando lágrimas á su desastrada muerte, confesaremos sin embargo que él fué sin duda el agresor en aquella guerra civil. Aun cuando el Cuzco cayese en los términos de su gobernacion, lo cual estaba muy lejos de ser cierto ¹, no debia dar el escándalo de tomarse por sí mismo la justicia con las armas en la mano. Puso imprudentemente este debate al arbitrio y decision de la fuerza, porque á la sazón era mas fuerte; él fué flaco á su vez, y entonces la fuerza le arrolló.

La odiosidad de esta ejecucion recayó al principio toda sobre Hernando Pizarro, como instrumento inmediato y visible de ella; mas después se fijó con mas encono en el Gobernador, como principal autor de aquel desastre, hecho á su nombre y bajo su autoridad, sin que él, en tanto tiempo como duró el proceso, hiciese el menor esfuerzo para impedirle. Luego que recibió la noticia de la victoria de las Salinas, determinó ponerse en marcha hácia el Cuzco para gozar allí de su triunfo y ostentar su poderío. Al salir de Lima prometió á cuantos le aconsejaron la moderacion y clemencia, que no tuviesen cuidado, que Almagro viviria y volveria con él á la amistad anti-

¹: El término del paralelo de Chincha pasaba por cerca de la ciudad del Cuzco; pero con el aumento de las setenta leguas que se habia dado á la gobernacion de Pizarro quedaba indudablemente dentro de ella la capital del Perú.

gua. Lo mismo ofreció al jóven don Diego, que le pidió humildemente la vida de su padre cuando se le presentaron en Jauja los capitanes que se le llevaban de órden de su hermano; y á las graciosas palabras con que le hizo esta promesa, añadió otras de consuelo, dando órden cuando le despidió, de que se le proveyese de todo lo necesario y se le tratase en su casa con el mismo regalo y respeto que á su hijo don Gonzalo. Buenas y loables demostraciones si el efecto y la verdad correspondiesen á ellas, y si entre tanto no se prosiguiera el proceso y no tuviera las funestas resultas que ya se han contado. Detúvose en Jauja cuanto le pareció necesario para ser desembarazado de su competidor, y la noticia de su muerte le cogió ya vuelto á poner en camino y cerca de la puente de Abancay. Sus amigos contaban que al oírlo estuvo gran rato con los ojos bajos, mirando al suelo y derramando lágrimas; otros aseguraron que, cerrado el proceso, su hermano le envió á preguntar lo que habia de hacerse, y que la respuesta fué que hiciese de modo que el Adelantado no los pusiese en mas alborotos. No se opone lo uno á lo otro, y estos grandes comediantes que se llaman politicos tienen á su mandado las lágrimas cuando ven que les convienen.

Llegado al Cuzco, le recibieron con los aplausos y el fausto que convenia á su poder. Conocióse allí cuánto se habia alterado su condicion con la mudanza y favores de la fortuna. Los indios, que antes eran acogidos por él con indulgencia y agrado, los recibia entonces con aspereza y desabrimiento; y á las quejas que le daban por los ultrajes que padecian de los castellanos, les respondia que mentian. El mismo semblante mostraba, y aun peor voluntad, á los soldados de Chile, como partidarios de Almagro, olvidándose de los grandes servicios que habian hecho al Rey, y no teniendo respeto alguno á sus necesidades. Presentósele Diego de Alvarado como testamentario del Adelantado su amigo, y le pidió que le mandase desembarazar la provincia de la Nueva Toledo, para que se cumpliera el nombramiento hecho por el Adelantado en su hijo. Usó Alvarado en esta demanda de aquel comedimiento y urbanidad que usaba en todas sus cosas, y tuvo el cuidado de advertir que dejaba aparte el debate de la ciudad del Cuzco hasta que el Rey determinase sobre ella. Ni esta circunspeccion ni el justo y amable

proceder de Alvarado le defendieron de ser recibido con aspereza y soberbia. La respuesta fué « que su gobernacion no tenía término, y llegaba desde el estrecho de Magallanes hasta Flandes »; dando á entender así que su ambicion no tenía límites, y que con la felicidad excesiva había perdido enteramente aquella prudencia y compostura de ánimo en que antes sobresalía.

Era tan celoso de mando y tan irritable en su orgullo, que porque le dijeron que Sebastian de Belalcázar solicitaba de la corte el gobierno en propiedad de todas las provincias de abajo, le declaró al instante una ojeriza que no se le acabó sino con la muerte. Ni los servicios de Belalcázar, ni el respeto y reverencia que siempre le tuvo, ni la sumision con que se envió á disculpar de la imputacion que se le hacia, bastaron á sacudir de su ánimo las sospechas y el ansia de perturbarle de allí. Ejército no podía mandar contra él, porque el que tenía iba entonces persiguiendo al adelantado Almagro; pero dió comision á Lorenzo de Aldana, uno de sus capitanes, para que fuese al Quito y despojase cautelosamente á Belalcázar de la autoridad que tenía delegada en él para gobernar aquel país, y procurase sobre todo prenderle y enviarle bien custodiado á Lima. Su anhelo entonces era que el Rey diese en gobernacion las provincias de abajo á Gonzalo su hermano, y en esto consistía el delito de Belalcázar. Por fortuna este hombre infatigable y belicoso se hallaba entonces engolfado en sus aventuras y descubrimientos de la otra parte del Ecuador, y no podía atender al desaire que su antiguo general le hacia en el Quito. Aldana por consiguiente se estableció allí sin oposicion ninguna, y mantuvo la provincia bajo la obediencia de su primer descubridor.

Quando Pizarro llegó al Cuzco no encontró allí á sus hermanos, que se hallaban en la provincia del Collao pacificando indios y buscando minas. Mas como Hernando tuviese ya necesidad de volver á Castilla para cumplir sus promesas y el encargo que la corte le había hecho, apresuró su viaje recogiendo cuanto oro y plata pudo para sí y para el Rey por todos los medios buenos y malos que se le vinieron á las manos. Sabía él harto bien que un buen tesoro sería la mejor justificacion de sus hechos en la corte. Al despedirse del Gobernador le dió por consejo que enviase á Castilla al hijo de Almagro, para

quitar la ocasion de que el bando de Chile le tomase por cabeza y pretexto para cometer algun atentado contra su persona, que no consintiese que aquellos hombres fieros y belicosos anduviesen juntos ni que viviesen en ninguna parte de diez arriba, sobre todo que mirase por sí y anduviese siempre bien acompañado. El Marqués se burló de estos avisos, y le respondió « que se fuese su camino adelante y se dejase de semejantes recelos, pues las cabezas de aquellas gentes guardarian la suya ». El tiempo manifestó cuán fundados eran los temores de Hernando Pizarro, y que el consejo de enviar al jóven don Diego á Castilla era de hombre que sabia ver las cosas de muy lejos. Fuése Hernando (1539), y el cúmulo de oro que llevaba consigo no le podia asegurar contra la inquietud que le infundian sus procedimientos en la guerra civil. No se atrevió á tocar en Panamá, temiendo que allí la Audiencia le pidiese razon de su conducta y le prendiese, como efectivamente estaba dispuesto. Navegó hasta Nueva España, y desembarcando en Guatulco, le prendieron cerca de Guajaca y le llevaron á Méjico. Mas el virey don Antonio de Mendoza, que no tenía órdenes ningunas sobre su persona, y de sus culpas nada le constaba, le dejó proseguir su camino á Castilla, donde podrian hacérsele los cargos que se estimasen justos. Embarcado en Veracruz, y llegado á las islas de los Azores, no se atrevió á pasar adelante hasta saber por sus amigos si podia hacerlo con seguridad. Ellos le respondieron que sí, y con esta confianza se atrevió á entrar en España y á presentarse en la corte.

No halló en ella de pronto ni el castigo que merecia ni la buena acogida que sus amigos le anunciaron. Habiale precedido la fama de sus violencias, y estaba ya pidiendo justicia contra él aquel Diego de Alvarado, tan encarnizado ahora en su daño como constante otro tiempo en defenderle. Amigo el mas querido del desdichado Almagro, él había recibido en su seno los pensamientos y últimos suspiros del anciano moribundo; á él encomendó su hijo, á él las esperanzas de su suerte, á él acaso tambien los intereses de su venganza. La desesperacion de Alvarado al ver inútiles los esfuerzos y súplicas empleadas en favor de Almagro, fué igual á la confianza que por sus oficios anteriores con el vencedor había concebido de salvarle. Considerábase homicida de su amigo por la con-

tradiccion que habia hecho á los rigurosos consejos de Orgoñez; lloraba su ceguedad, y llamaba á voces ingrato y tirano á Hernando Pizarro, diciendo que por haberle él dado la vida se la quitaba á su amigo. Jamás se le conoció consuelo desde aquel trance cruel; y después de haber probado en vano si el Gobernador reconocia los derechos del jóven Almagro, vino á España á hacerlos valer ante el Rey, dejando sembrada en el camino la odiosidad debida á las iniquidades de hombres tan injustos y crueles. Llegado Hernando á la corte, se hicieron los dos la guerra al principio con demandas, con recusaciones, con cavilaciones de foro. Aveníase esto mal con la impaciente vehemencia de Alvarado, y no queriendo aventurar la venganza de su muerto amigo á medios tan inciertos y prolijos, apeló á las armas de caballero. Envió pues á Hernando Pizarro un cartel de desafío en que le provocó á salir al campo, obligándose á probarle allí con su espada que en su proceder con el adelantado Almagro habia sido hombre ingrato y cruel, mal servidor del Rey y fementido caballero. No se sabe lo que contestó Hernando; pero el bizarro Alvarado falleció de una enfermedad aguda de allí á cinco dias; y muerte tan oportuna, atendíendose al carácter perverso que se conocia en su adversario, no se creyó exenta de malicia. Así acabó victima de su amistad y de sus bellos sentimientos (1540) este hombre amable y leal, tan tierno y consecuente en sus cariños, tan franco y noble en sus odios, y cuyo carácter, en medio de las atrocidades y alevosías que al rededor de él se cometen, sirve como de consuelo al ánimo afligido con ellas, y vuelve por el honor de la especie humana envilecida.

Su fiero y arrogante rival no disfrutó mucho tiempo la seguridad y sosiego que le proporcionaba esta muerte. Los jueces del proceso acordaron muy pronto que se le prendiese, y fué puesto en el alcázar de Madrid. Después, al trasladarse la corte á Valladolid, fué llevado al castillo de la Nota de Medina, donde hasta el año de 360 ¹, permaneció sepultado y olvidado de los

1. Así viene á deducirse de la informacion hecha hácia los años de 1623 por un nieto suyo, para la vindicacion del título de marqués, que se halla entre los documentos reunidos por Muñoz. Garcilaso dice que su libertad no fué hasta el año de 62.

hombres el que tanto ruido habia hecho en ambos mundos por sus riquezas y por sus pasiones.

Mas la victima principal debida á los manes de Almagro y de Atahualpa estaba por sacrificar todavía, y la confianza imprudente de Pizarro, nacida de su soberbia y de su orgullo, le iban ya arrastrando por momentos al cuchillo de la venganza. Después de la muerte de su competidor todo reía al parecer á la ambicion que le dominaba, y en las novecientas leguas que hay desde los Charcas hasta Popayan no habia otra voluntad que la suya. La corte le trataba siempre con la mayor deferencia, y le habia hecho marqués de los Charcas, dándole tambien facultad de agregar diez y seis mil vasallos á su mayorazgo. Sus hermanos, uno en España le defendia de los tiros del odio y de la malevolencia; otro, enviado por él al Quito de gobernador, le aseguraba por aquella parte, y aun se preparaba á extender su dominacion y su nombre por las tierras ricas, segun la opinion de entonces, de los Quixos y de la Canela. Él, roto y cansado por la edad, se entregaba á su gusto favorito de fundar y de poblar, y á estos últimos cuidados de su vida se deben las fundaciones de la Plata, de Arequipa, de Pasto y de Leon de Guanuco. La guerra del inca Mango, si bien daba algun disgusto por no estar ya terminada y pacificado el pais, no causaba tampoco cuidado, por las pocas fuerzas de aquel principe y los escarmientos que habia recibido en sus diferentes encuentros anteriores con los castellanos. En fin, aun cuando ya se tenia noticia de que venia al Perú un ministro del Rey á tomar informaciones sobre los acontecimientos pasados, sus amigos le escribian que en los despachos que aquel comisionado llevaba se guardaba la mayor consideracion con su persona; y que así no tuviese pena ninguna por ello, pues iba mas para favorecerle que para darle pesadumbre.

Estas noticias, propaladas por él ó por sus parciales con mas vanidad que prudencia, fueron tal vez lo que precipitó su desgracia, porque con ellas se acabaron de enconar los ánimos ya irritados de los soldados y capitanes de Chile. Da lástima y enojo ver la miseria y abandono en que desde la muerte de su jefe se hallaban constituidos. Andaban los soldados, hambrientos y desnudos, vagando por los pueblos de los indios y solicitando de ellos su sustento. Muchos de los capitanes habian

bajado á Lima atraídos de su amor al jóven Almagro, y cifrando en él sus esperanzas y su remedio. Pero este mancebo, privado de su herencia, echado de la casa del Marqués, arrojado de otras por adulacion al poder dominante, acogido en fin por dos amigos viejos de su padre, que se aventuraron á todo por acudirle, aun cuando por las liberalidades ajenas pudiese subsistir con alguna decencia, no tenia medios para pagar á aquellos caballeros la buena voluntad que le tenian y aliviar sus necesidades. Estas eran tales que no se pueden bastantemente encañecer: sin casa, sin hogar, manteniéndose de la caridad ajena, y no teniendo entre doce, y eran los mas principales, sino una capa de que alternativamente se servian. Tal era el estado en que se hallaban aquellos fieros conquistadores, dueños un tiempo de los tesoros del Cuzco, y que en la opulencia que entonces los hinchaba tenian á menos las ricas tierras de los Chareas y de Chile. La amarga comparacion que hacian con las riquezas y delicias en que nadaban otros, que en valor y en servicios les eran tan inferiores, irritaba mas y mas el sentimiento de sus males, y los ponía á punto de no poderlos sufrir. Solo el furor de las pasiones y la ceguedad de la arrogancia pueden explicar esta falta de cordura y de cautela en hombre tan sagaz como el Marqués. Cuando en las discordias civiles cae un partido, su jefe es muerto y faltan las cabezas, es interés del vencedor que los ánimos se calmen, las pasiones se olviden, y se quite toda ocasion á desabrimientos y quejas parciales. La persecucion prolongada después de la victoria no hace mas que prolongar las pasiones y eternizar el espíritu de partido. Hubiera enviado á España á don Diego y separado aquella gente descontenta, dándoles comisiones en que entretenerse y sustentarse, como le aconsejaba su hermano, y él acabara sus dias en paz y en todo el lustre de la gloria y poderio á que le subió la fortuna. No lo hizo así, y se perdió, y perdió aquel desgraciado país, que siguió ardiendo en guerras civiles por espacio de trece años, y solo por culpa suya.

Alguna vez sin embargo trató de enmendar este mal y acudia á los trabajos que aquella gente padecía. Con este fin proyectó la poblacion de Leon de Guanuco, y dió el cargo de hacer el establecimiento á Gomez de Alvarado, pensando en dar allí repartimientos á los de Almagro; pero los celos de los vecinos

de Lima frustraron casi del todo aquel buen pensamiento. En otra ocasion envió á decir á Juan de Saavedra, á Cristobal de Sotelo y á Francisco de Chaves, que les queria dar indios de repartimiento para que se sustentasen; pero ellos, rabiosos con la necesidad que habian padecido, querian antes perecer que recibir nada de su mano. Sonábase ya la llegada de Vaca de Castro, el ministro que el Rey enviaba, á quien pensaban ir dos de ellos á recibir en San Miguel de Piura y presentarse á él vestidos de luto, pidiéndole justicia de las crueldades usadas por los Pizarros contra ellos y contra su antiguo capitán. Á esta comision enviaron después un buen caballero de entre ellos, llamado don Alonso de Montemayor, y parecia que con tales disposiciones todo debia permanecer tranquilo hasta la llegada de Vaca de Castro. Pero la animosidad imprudente de unos y otros no se podia refrenar; y si no con amagos y amenazas descubiertas, se hacian la guerra á lo menos con insultos y escarnios mal disimulados. Un dia amanecieron en la picota tres sogas tendidas con direccion la una á casa del Marqués, y las otras dos á las de su secretario Picado y su acalde mayor el doctor Velázquez. Atribuyóse esta insolencia á los de Chile. El Marqués, incitado por sus amigos á que buscarse y castigase á sus autores, respondía que harta mala ventura tenian aquellos cuitados viéndose pobres, vencidos y corridos. Pero el secretario Antonio Picado no tuvo tanto sufrimiento. Viósele de allí á pocos dias pasar á caballo por la calle donde vivía don Diego de Almagro, vestido de una ropa francesa bordada, y sembradas en ella muchas higas de plata; paseóla gallardeándose y dando arremetidas al caballo: cosas todas de mofa y menosprecio, y mucho mas enojosas de parte de un hombre que era en su concepto el que mas fomentaba la pasion del Gobernador contra ellos. Por esta demostracion y otras tales vinieron á sospechar que, después de los trabajos y miseria que habian padecido, se trataba de matarlos ó desterrarlos. Y como hacía este mismo tiempo se empezó á propagar por Lima la inclinacion que el juez comisionado traía á las cosas del Marqués, y el contento verdadero ó aparente de Pizarro y los suyos lo acreditaba, ellos se contemplaron perdidos del todo si no miraban por sí, y apelaron á lo único que les quedaba, esto es, á su desesperacion y á su valor.

Empezaron á proveerse de armas cada cual segun podia, y á andar atropados : veíase á don Diego y á Juan de Rada, su principal maestro y consejero, salir siempre seguidos de hombres determinados y valientes. Juan de Rada era uno de los antiguos capitanes del Adelantado, natural de Navarra, y hombre que, así por las distinguidas calidades de valor y capacidad que ya se han dicho de él, como por la confianza que en él ponía el jóven Almagro, obtenia la primera autoridad entre aquellos hombres de hierro. Sabíase que habia comprado una cota, y que la traía siempre consigo, y esto se notaba mas en él y daba mas que sospechar. Vino esto, como era natural, á noticia de los amigos del Marqués, y se lo avisaron, aconsejándole que se guardase y llevase siempre compañía consigo. Él se contentó por entónces con llamar á Juan de Rada, el cual, si bien se turbó algun tanto con aquel imprevisto llamamiento, se fué á presentar á él sin consentir que nadie le acompañase, aunque muchos se ofrecían á hacerlo. Llegó delante del Marqués, que á la sazón se hallaba en su huerta mirando unos naranjos; y luego que supo quién era, porque al principio por su cortedad de vista no pudo conocerle, « ¿qué es esto, Juan de Rada, le dijo, que me dicen que andáis comprando armas para matarme? — Así es verdad, señor, contestó Rada, he comprado dos coracinas y una cota para defenderme. — ¿Pues qué causa os muéve ahora á proveeros de armas mas que en otro tiempo? — Porque nos dicen y es público que usía recoge lanzas para matarnos á todos. Acábenos ya usía, y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué se tiene respeto á los pies. Tambien se dice que usía piensa matar al juez que viene enviado por el Rey; y si su ánimo es tal, y determina dar muerte á los de Chile, no lo haga con todos: destierre usía á don Diego en un navío, pues es inocente; que yo me iré con él adonde la ventura nos quisiere llevar. » Conmovido y enojado el Marqués de lo que oía, respondió con grande alteracion: « ¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traicion como es esa? Nunca tal pensé yo, y mas deseo tengo que vos de que acabe de llegar ese juez; que ya estuviera aquí si se hubiera embarcado en el galeon que le envié. En cuanto á las armas, sabed que el otro dia salí á caza, y entre cuantos

íbamos no habia quien llevase una lanza: mandé á mis criados que comprasen una, y ellos han comprado cuatro. Plegue á Dios, Juan de Rada, que venga el juez, y estas cosas hayan fin, y Dios ayude á la verdad. — Por Dios, señor, repuso Rada ya mas mitigado, que he invertido mas de quinientos pesos en comprar armas, y por esto traigo una cota, para defenderme del que quisiere matarme. — No plegue á Dios, Juan de Rada, que yo haga tal. » Íbase ya el capitan, cuando un loco que para su diversion tenia el Marqués, y estaba presente, le dijo: « ¿Por qué no le das de esas naranjas? » Eran entonces muy apreciadas por ser las primeras que se conocian. « Dices bien », respondió el Marqués, y cortando por su mano seis del árbol que tenia delante, se las dió, añadiendo al oído que le dijese si necesitaba de algo para franqueárselo. Besóle por ello las manos Juan de Rada, y se fué á encontrar con sus amigos, que viéndole salieron del cuidado en que su llamada los habia puesto.

Esta escena, en que los dos al parecer se explicaban con ingenuidad, y que acabó de un modo tan pacífico y amistoso, no produjo otro efecto que prolongar la confianza del Gobernador, y animar á los conjurados á precipitar su designio. Temian ellos ser destruidos si el Marqués volvía á sus rencores ó á sus sospechas, mientras que él, juzgando que ellos no trataban mas que de defenderse, y no pensando por su parte hacerles mal ninguno, creía por esto solo tenerlos seguros. Llovian sobre él avisos de lo que los conjurados trataban, principalmente en los dos dias que precedieron á la catástrofe. Dos veces se lo advirtió un clérigo á quien uno de los de Chile se lo habia descubierto: una de ellas cenando en casa de Francisco Martinez, su hermano; él respondió que aquello no tenia fundamento, y que le parecia dicho de indios ó deseo de ganar un caballo por el aviso; y se volvió á probar bocado. Aquella misma noche al acostarse, un paje le dijo que por toda la ciudad se sonaba que al siguiente le habian de matar los de Chile; y muy enojado, le envió en mal hora, diciéndole: « Esas cosas no son para tí, rapaz. » Á la mañana siguiente, último dia que habia de vivir, le anunciaron lo mismo que le tenia dicho el paje, y se contentó con decir tibiamente á su alcalde mayor, el doctor Juan Velazquez, que prendiese á los principales de Chile.

Habíasele mandado otra vez y con igual tibieza, como si no se tratase de peligro suyo personal. El doctor, que ya le tenía dicho que mientras él regentase la vara que llevaba en la mano no tuviese temor ninguno, le volvió á dar la misma seguridad y le ofreció adquirir las noticias convenientes. Cosa por cierto bien digna de notarse, que ya que él tomaba este negocio con tanta indiferencia, ni su hermano Martínez de Alcántara ni su secretario Picado, á quienes tanto iba en ello, ni sus demás amigos, noticiosos como debían ya estar de estos rumores, no tratasen de reunirse, de acompañarle y de formar una guardia al rededor de su persona, que atajase los designios de aquellos hombres determinados. Mas la ciega confianza que él manifestaba se comunicaba á los otros, y prosiguió cerrando los oídos á todos los avisos de la prudencia, como si fuera mengua del valor ó desdoro de la grandeza suponer que alguno se les atreva. Así en tales casos los hombres valientes se pierden por el exceso de su arrogancia, á la manera que los pusilánimes suelen precipitar su ruina por el exceso de sus temores.

Entre tanto los conjurados, si bien ya resueltos á matarle, no estaban ciertos aun ni del modo ni del día. Hallábanse aquella mañana (domingo 26 de junio de 1544) los principales en casa de don Diego, y Juan de Rada todavía reposando, cuando un Pedro de San Millan entra y le dice: « ¿Qué hacéis? De aquí á dos horas nos van á hacer cuartos á todos: así lo acaba de decir el tesorero Riquelme. » Salta Juan de Rada al instante de su lecho y toma sus armas, los demás se arman también; él los anima en pocas palabras, manifestándoles que la acción á que estaban resueltos, antes conveniente á su ambición y á su venganza, es ya absolutamente precisa para su salvacion en el peligro en que se ven: todos le responden segun su deseo, y se precipitan desesperados á la calle. Ondeaba ya en el aire á una de las ventanas de la casa el paño blanco, á cuya señal debían de armarse y venir á acudirles los cómplices que estaban lejos. Entraron en la plaza, y uno de ellos, Gomez Perez, por no mojarle los piés en un charco de agua que acaso allí habia derramado de una acequia, hizo un pequeño rodeo. Repara en ello Juan de Rada, y entrando por el agua, se va á él mal enojado, y le dice: « ¿ Con que vamos á mancharnos en sangre humana, y rehu-

sais mojaros los piés con agua? Vos no sois para el caso; ea, volveos; » y sin consentirle pasar adelante, le hizo al punto retirar, y Gomez no asistió al hecho ¹. Este hecho sin duda era atroz y criminal, pero no alevoso ni vil. Á la mitad del día, y gritando furiosos: « ¡ Viva el Rey! ¡ Mueran los tiranos! » atraviesan la plaza y se abalanzan á las casas de su enemigo como quien á banderas desplegadas y al eco de la guerra y de los atambores asalta una plaza fuerte. Nadie les salió al encuentro en el camino, y sea indiferencia, sea odio á la dominacion presente, de cuantos á aquella hora estaban en la plaza, y quizá pasaban de mil, ninguno se opuso á su intento, y los veían y dejaban ir, diciéndose friamente unos á otros: « Estos van á matar á Picado ó al Marqués. »

Estaban con él á la sazón un crecido número de sus amigos y dependientes, haciéndole la corte. Uno de los pajes, que estaba en la plaza, viendo á los conjurados en ella y conociendo á Juan de Rada, corrió al momento y se entró por la casa del Marqués, gritando: « Al arma, al arma; que los de Chile vienen á matar al Marqués mi señor. » Con estas voces se levantaron todos alterados, y bajaron hasta el primer descanso de la escalera á ver lo que seria, cuando ya estaban por el segundo patio los conjurados repitiendo sus temerosos clamores. El Marqués, intrépido y resuelto, se entró á su recámara para armarse, y desnudándose la ropa talar de grana que tenia vestida, se puso una coracina y tomó un arma enastada. Asistían á su lado su hermano Francisco Martínez de Alcántara, un caballero llamado don Gomez de Luna y dos pajes. Los otros circunstantes, cuál por un lado, cuál por otro, habían desaparecido, quedando en la sala solo el capitán Francisco de Chaves con dos criados suyos. La puerta de la sala estaba cerrada, y si así permaneciera, como lo habia mandado el Marqués, el hecho hubiera sido mas difícil. Subian ya por la escalera los matadores, guiándolos Juan de Rada, que exaltado hasta el entusiasmo por verse en aquel día y en aquel paso tan deseado de su amistad y de su rencor, repetía el nombre del muerto Almagro en ecos de feroz alegría. Empezaron á com-

1. Este incidente, que pinta tan al vivo la penetracion y denuedo de Juan de Rada, se halla en Montesinos, año de 1544.

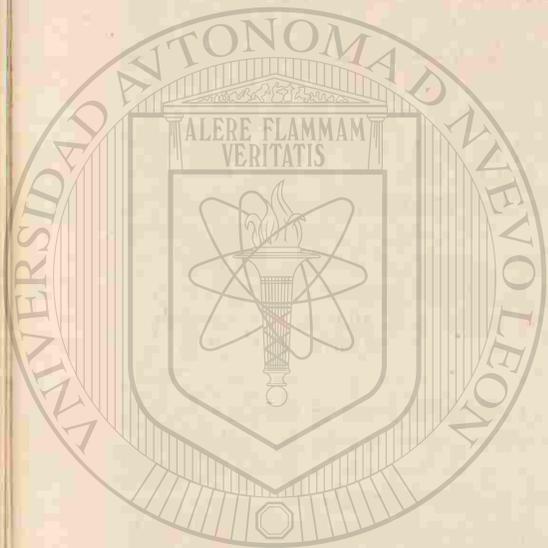
batir la puerta, que Chaves por aturdimiento ó por miedo mandó abrir: entonces ellos entraron por la sala, buscando con los ojos á la víctima. Chaves les decia: «¿Qué es esto, señores? No se entienda conmigo el enojo del Marqués; yo fui siempre amigo; mirad que os perdeis.» Una estocada mortal puso término á sus voces, y sus dos criados perecieron con él allí. Pasan adelante y llegan á las puertas de la cámara del Marqués, ya preparado á defenderla con los pocos que le quedaban. Lucha por cierto bien desigual: de una parte un viejo de más de sesenta años¹, dos hombres y dos muchachos; y de la otra diez y nueve soldados robustos y valientes, á quienes la misma atrocidad y desesperacion aumentaba la fuerza y la osadía. Peleó sin embargo con ellos el Marqués, y les resistió la entrada con una destreza y un esfuerzo digno de sus mejores tiempos y de sus antiguas proezas. «¿Qué desvergüenza es esta? ¿Por qué me quereis matar? Á ellos, que traidores son.» Así clamaba él mientras que ellos gritaban: «Ea, muera; que se nos pasa el tiempo;» y diciéndose injurias y dándose cuchilladas continuaban la mortal refriega, sin conocerse ventaja de una parte ni de otra, en tal manera que los conjurados pedian á toda prisa armas enastadas para mejorarse. Al fin, Juan de Rada, dando un empujón á su compañero Narváez, que estaba delantero, le echó encima de Pizarro para que él y los suyos, embarazados en herirle, no estorbasen tanto la entrada á los demás. Así pudieron ganar la puerta, y ya entonces la suerte del combate no podía permanecer incierta mucho tiempo. Cayó muerto Martínez de Alcántara, muertos fueron también los dos pajes, y derribado en tierra gravemente herido don Gomez. El Marqués, aunque solo y teniendo que hacer rostro á todas partes, pudo defenderse algunos momentos más; pero desangrado, fatigado y sin aliento, apenas podia ya revolver la espada, y una grande herida que recibió en la garganta le hizo en fin venir al suelo. Respiraba aun y pedia confesion, cuando uno de ellos, que á la sazón tenia una alcarraza de agua en las manos, le dió con ella fuertemente en la cabeza, y á la violencia de aquel golpe

1. Los historiadores no están acordes en la edad que entonces tenia: Herrera le da sesenta y tres años, otros sesenta y cinco.

inhonesto acabó de rendir el alma el conquistador del Perú.

No contentos con verle muerto de este modo deplorable, algunos de los conjurados empezaban ya á tratar de arastrarle á la plaza y hacerle allí pasar por la afrenta del patíbulo. Los ruegos del Obispo le salvaron de este último ultraje; y el cadáver, envuelto en un paño blanco, fué llevado á toda prisa y como á escondidas por sus criados á la iglesia. Allí hicieron un hoyo de pronto, y sin pompa ni ceremonia alguna le enterraron, temiéndose á cada instante que le viniesen á cortar la cabeza para ponerla en el garfio de los malhechores. Saqueábanse entre tanto sus casas y su recámara, donde habia por valor de más de cien mil pesos. Sus dos hijos, niños aun, fugitivos y descarriados mientras sucedia la catástrofe, fueron buscados y puestos en seguro por los mismos fieles criados que hicieron los últimos honores al cadáver del padre. Su muerte no fué sentida ni vengada tampoco al pronto, porque unos capitanes que al rumor y al alboroto se armaron y acudieron á socorrerle, ya cuando llegaron á la plaza supieron que era muerto, y se retiraron á sus casas. Todo pues quedó allanado; y sumergida Lima en silencio y en terror, Juan de Rada proclamó solemnemente por gobernador á su jóven alumno, que al instante pasó á ocupar el palacio del Marqués y á ejercer su autoridad desde allí.

Entonces el viejo Almagro, si pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozara en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfacción y de alegría. Pero ¡cuán cortos fueran y cuán acerbos después á su corazón paterno! Veriale al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener; divididos sus feroces capitanes, y matándose desastrosamente unos á otros sin poderlo él estorbar; arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey; vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.



PARTE SEGUNDA

LITERATURA

INTRODUCCION HISTÓRICA

A UNA COLECCION

DE

POESÍAS CASTELLANAS

ARTÍCULO PRIMERO.

DEL PRINCIPIO DE NUESTRA POESÍA, Y SUS PROGRESOS HASTA
JUAN DE MENA.

Se ha convenido generalmente en dar á la poesía el primer lugar entre las artes de imitación. Ya se mire la antigüedad de su origen, ya la extensión de los objetos que la ocupan, ya la duración y el agrado de sus impresiones, ya, en fin, las utilidades que produce, siempre resaltan su dignidad y su importancia, y la historia de sus progresos tiene que ir unida siempre á la de los otros ramos que componen la ilustración humana. Dícese que ella y la música han civilizado á los pueblos; y esta proposición, que en rigor es exagerada y aun falsa, manifiesta por lo menos el influjo que una y otra han tenido en la formación de las sociedades. Las lecciones que los primeros filósofos dieron á los hombres, las primeras leyes,

los sistemas mas antiguos, todos se escribieron en verso, al paso que la fantasia de los poetas, con el halago de sus pinturas y la pompa de las funciones que ideaban, interrumpia con una distraccion apacible y necesaria la fatiga de los trabajos campestres.

Es cierto que la poesia después no se presenta con la dignidad consiguiente al ejercicio absoluto y exclusivo de estos diversos ministerios; pero conserva todavia un influjo tan poderoso en nuestra instruccion, en nuestra perfeccion moral y en nuestros placeres, que podemos considerarla como dispensadora de los mismos beneficios, aunque bajo diferentes formas. Ella sirve de atractivo á la verdad para hacerla amable, ó de velo para defenderla; enseña á la infancia en las escuelas, despierta y dirige la sensibilidad en la juventud, ennoblece el espíritu con sus máximas, le engrandece con sus cuadros, siembra de flores el camino de la virtud, y abre el templo de la gloria al heroismo. Tantas ventajas, unidas á tanto halago, han excitado en los hombres una admiracion y una gratitud eternas.

Su ocupacion primaria y esencial es pintar á la naturaleza para agradar, como la de la filosofia explicar sus fenómenos para instruir. Asi, mientras que el filósofo, observando los astros, indaga sus proporciones, sus distancias y las reglas de su movimiento, el poeta los contempla, y traslada á sus versos el efecto que en su imaginacion y en sus sentidos hacen la luz con que brillan, la armonía que reina entre ellos, y los beneficios que dispensan á la tierra. La dificultad de llenar digna y debidamente el objeto de la poesia es enorme, aun cuando, por la prontitud de sus progresos en algunos géneros, no parezca tan grande á primera vista. Desde la máxima vaga ó el cuento insípido, vigorizados con el halago de una rima incierta ó de una medida informe, hasta la armonía y elegancia sostenida y los cuadros complicados y sublimes de la *Hiada* ó la *Eneida*; desde el carro y las hoces de Téspis hasta el grande espectáculo que ofrecen la *Ifigenia* ó el *Tancredo*, la distancia es inmensa, y solo pueden superarla los esfuerzos mayores de la aplicacion y el ingenio.

Algunas naciones favorecidas del cielo la recorren con mas prontitud, y pasan ligeramente desde la flaqueza de los primeros ensayos al vigor de los pensamientos mas grandes y

combinaciones mas acabadas. Tal fué la suerte de la Grecia, donde el genio de la poesia, contando apenas algunos momentos de infancia, crece y se eleva hasta el punto de producir los inmortales poemas de Homero. Tal, aunque con menos brillo y perfeccion, fué la de la Italia moderna, donde en medio de la noche de los siglos de barbarie sucedidos á la ilustracion romana, parecen de repente Dante y Petrarca, trayendo consigo la aurora de las artes y el buen gusto. Otros pueblos menos dichosos luchan siglos enteros con la rudeza y la ignorancia, se hacen sensibles mas tarde á los halagos de la elegancia y la armonía; y la perfeccion, en el modo que es dado á los hombres conseguirla, es conquistada por ellos á fuerza de tiempo y de fatiga. Una gran parte de las naciones modernas se halla en este caso, y entre ellas es preciso contar tambien á nuestra España.

Precedió aquí, como en casi todas partes, el verso escrito á la prosa, siendo el *Poema del Cid*, hecho á mediados del siglo XII, el primer libro que se conoce en castellano, y al mismo tiempo la obra primera de poesia. Comenzaba ya entonces, en medio de la confusion de lenguas causada por la invasion de los bárbaros del norte, á tomar alguna forma aquel romance que después habia de presentarse con tanto brillo y majestad en los escritos de Garcilaso, Herrera, Rioja, Cervántes y Mariana. Á considerar la obra por el argumento solo, pocas habria que la aventajasen, del mismo modo que pocos guerreros podrian disputar á Rodrigo de Vivar la palma de las proezas y el heroismo. Su gloria, que eclipsó entonces la de todos los reyes de su tiempo, ha pasado de siglo en siglo hasta ahora, por medio de la infinidad de fábulas que la admiracion ignorante ha acumulado en su historia. Consignada en poemas, en tragedias, en comedias, en canciones populares, su memoria, semejante á la de Aquiles, ha tenido la suerte de herir fuertemente y ocupar la fantasia; mas el héroe castellano, superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un Homero.

Ni era posible encontrarle al tiempo en que el rudo escritor de aquel poema se puso á componerle. Con una lengua informe todavia, dura en sus terminaciones, viciosa en su construccion, desnuda de toda cultura y armonía; con una versificacion sin

medida cierta y sin consonancias mareadas; con un estilo lleno de pleonasmos viciosos y de puerilidades ridículas, falto de las galas con que la imaginación y la elegancia le adornan, ¿cómo era posible hacer una obra de verdadera poesía, en que se ocupasen dulcemente el espíritu y el oído? No está, sin embargo, tan falto de talento el escritor, que de cuando en cuando no manifieste alguna intención poética, ya en la invención, ya en los pensamientos, y ya en las expresiones. Si, como sospecha don Tomás Sánchez, editor de este y de otros poemas anteriores al siglo xv, no faltan al del Cid más que algunos versos del principio, no deja de ser una muestra de juicio en el autor haber descargado su obra de todas las particularidades de la vida de su héroe anteriores al destierro que le intimó el rey Alfonso VI. Entonces empieza la verdadera gloria de Rodrigo, y desde allí empieza el poema; contando después sus guerras con los moros y con el conde de Barcelona, sus conquistas, la toma de Valencia, su reconciliación con el Rey, la afrenta hecha á sus hijas por los infantes de Carrion, la solemne reparación y venganza que el Cid toma de ella, su enlace con las casas reales de Aragón y de Navarra, donde finaliza la obra, indicando ligeramente la época del fallecimiento del héroe. En la serie de su cuento no le faltan al escritor vivacidad é interés, usa mucho del diálogo, y á veces presenta cuadros que no dejan de tener mérito en su composición y artificio. Tal es, entre otros, la despedida de Rodrigo y Jimena en San Pedro de Cardeña, cuando él parte á cumplir su destierro. Jimena, postrada en las gradas del altar donde se celebra el oficio divino, hace al Eterno una oración pidiendo por su esposo, que concluye así:

Tú eres Rey de los reyes ó de todo el mundo padre :
A tí adoro é creo de toda voluntad,
E ruego á san Peydro que me ayude á rogar
Por mio Cid el Campeador que Dios le curie de mal,
Quando hoy nos partimos, en vida nos faz yuntar,
La oracion fecha la misa acabada la han :
Salieron de la Iglesia, ya quieren cavalgar.
El Cid á doña Ximena ibala abrazar,
Doña Ximena al Cid la manol' va á besar,
Lorando de los ojos que non sabe que se far,

E él á las niñas tornólas á catar,
A Dios vos acomiendo, hijas.
E á la mugier é al Padre spiritual.
Agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar :
Lorando de los oios que non viestes á tal;
Asis' parten unos d'otros como la uña de la carne.
Mio Cid con los sos vasallos pensó de cavalgar,
A todos esperando, la cabeza tornando va.
A tan grand saber fabló Minaya Alva Fanez :
Cid, ¿do son vuestros esfuerzos?
En buen ora nascuistes de madre :
Pensemose de ir nuestra via, esto sea de vagar :
Aun todos estos duelos en gozo se tornarán ;
Dios, que nos dió las almas, consejo nos dará.

Hay sin duda gran distancia entre esta despedida y la de Héctor y Andrómaca en la *Iliada* pero es siempre grata la pintura de la sensibilidad de un héroe al tiempo que se separa de su familia, es bello aquel volver la cabeza alejándose, y que entonces le esfuerce y conhorten los mismos á quienes da el ejemplo del esfuerzo y la constancia en las batallas. Aun es mejor, en mi dictámen, por su graduación dramática y su artificio, el acto de acusación que el Cid intenta á sus alevosos yernos delante de las Cortes congregadas á este fin. El choque primero de los Infantes y los campeones de Rodrigo en el palenque no deja de tener animación y aun estilo.

Abrazan los escudos delante los corazones,
Abaxan las lanzas abueltas con los pendones,
Enclinaban las caras sobre los arzones,
Baticien los caballos con los espaldones,
Tembrar querie la tierra dód' eran moveres.

.....
Martin Antolinez mano metió al espada :
Relumbra tod' el campo.

No ha quedado noticia de quien fué autor de este primer vagido de nuestra poesía. En el siglo siguiente florecieron dos escritores, en quienes se descubre ya el adelantamiento y progresos que habían hecho la versificación y la lengua. Una y otra tienen en los poemas sagrados de don Gonzalo de Berceo, y en el de *Alejandro*, de Juan Lorenzo, mas fluidez, mas tra-

bazon, y formas determinadas. La marcha de estos autores, aunque penosa, no es tan arrastrada y seca como la del poema precedente. La diferencia que hay entre los dos poetas posteriores es que Berceo, por la naturaleza de sus argumentos, la mayor parte leyendas de santos, fuera de su narracion y de algunos consejos morales, consiguientes al estado que tenia y á la materia que trataba, no presenta riqueza de erudicion, ni variedad de conocimientos, ni fantasia en la invencion. Juan Lorenzo, al contrario, se eleva mas con su asunto, y manifiesta una instruccion tan extensa en historia, mitologia y filosofia moral, que hace á su obra ser la mas importante de cuantas se escribieron en aquella época. Los versos siguientes sobre un objeto mismo pueden ser muestra del estilo de uno y otro:

Yo, maestro Gonzalo de Berceo nomnado,
Yendo en romería, caeci en un prado,
Verde é bien sencido, de flores bien poblado,
Logar cobdiciadvero para un home cansado.
Daban olor sobejo las flores bien olientes,
Refrescaban en home las caras é las mientes.
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frias, en hibierno calientes.

(BERCEO.)

El mes era de Mayo, un tiempo glorioso,
Quando facen las aves un solaz delectoso,
Son vestidos los prados de vestido fermoso,
Da suspiros la duenna, la que non ha esposo.

Tiempo dulce é sabroso por bastir casamientos,
Ca lo tempran las flores é los sabrosos vientos,
Cantan las doncellas, son muchas á conventos,
Facen unas á otras buenos pronunciamientos.

Andan mozas é vieias cobiertas en amores,
Van coger por la siesta á los prados las flores,
Dicen unas á otras: bonos son los amores,
Y aquellos plus tiernos tiénense por mejores.

(LORENZO.)

Reinaba entonces en Castilla Alfonso X, príncipe á quien la fortuna, para completar su gloria, debió dar mejores hijos y vasallos menos feroces. Le posteridad le ha puesto el sobrenombre de Sabio, y sin duda alguna le merecia el hombre ex-

traordinario que en un siglo de nieblas pudo reunir en sí las miras paternales y benéficas de legislador, las combinaciones profundas de matemático y astrónomo, el talento y conocimientos de historiador y los laureles de poeta. Él fué quien puso en el debido honor la lengua patria, cuando mandó que se extendiesen en ella los instrumentos públicos, que antes se escribian en latin. Mariana, poco favorable á este rey, asegura que esta providencia fué la causa de la profunda ignorancia que se siguió después. Pero ¿qué se sabia antes? El latin de que se usaba era tanto y mas bárbaro que el romance; los nuevos usos á que este se aplicaba por aquella resolucion, la dignidad y autoridad que adquiria, era fuerza que influyesen en su cultura, pulimento y progresos. ¿Puede por ventura creerse que estas utilidades de la lengua no tuvieron influjo ninguno literario, ó que hay ilustracion y literatura nacional cuando la lengua propia no se cultiva? Considérese pues la asercion de Mariana como hija de las preocupaciones un poco pedantescas del siglo en que vivia; y nosotros, aun prescindiendo de la conveniencia politica de dicha ley, mirémosla como una de las causas que, influyendo en la mejora de la lengua, debió tambien influir en el adelantamiento de nuestra poesia.

Hay un libro entero de cántigas ó letras para cantarse, compuestas en dialecto gallego por este rey, de que pueden verse muestras en los *Anales de Sevilla*, de Ortiz de Zúñiga; otro intitulado *El Tesoro*, que es un tratado de piedra filosofal, á lo que se cree, pues hasta ahora no se ha podido en gran parte descifrar; y tambien se le atribuye el de las *Querellas*, del cual no se conservan mas que dos estancias. Uno y otro están escritos en versos de doce sílabas, con los consonantes cruzados: versificacion á que se dió el nombre de coplas de arte mayor, y que fué un verdadero adelantamiento para la poesia, pues la marcha que tenia el verso alexandrino usado por Berceo y por Lorenzo era insufrible por su monotonia y pesadez. Cótéjense con los versos que van citados estas coplas con que empieza el libro de *El Tesoro*:

Llegó pues la fama á los mis oidos
Quen tierra de Egipto un sabio vivia,

E con su sabor oí que facia
 Notos los casos que no son venidos :
 Los astros juzgaba, é aquestos movidos
 Por disposicion del cielo fallaba,
 Los casos que el tiempo futuro ocultaba
 Bien fuesen antes por este entendidos.
 Codicia del sabio movió mi alicion,
 Mi pluma é mi lengua con grande humildad
 Postrada la alteza de mi majestad,
 Ca tanto poder tiene una pasion :
 Con ruegos le fiz la mi peticion,
 E se la mandé con mis mensajeros,
 Avores, haciendas é muchos dineros
 Allí le ofrecí con santa intencion.
 Repúsome el sabio con gran cortesia :
 Maguer vos, señor, soais un gran rey,
 Non paro yo mientes en aquesta ley
 De oro nin plata nin su gran valía :
 Serviros, señor, en gracia ternia,
 Ca non busco aquello que á mi me sobró,
 E vuestros haveres vos fagan la pro
 Que vuestro siervo mais vos querria.
 De las mis naves mandé la mejor,
 E llegada al puerto de Alexandria,
 El fisico astrólogo en ella salia,
 E á mi fué llegado cortés con amor :
 E habiendo sabido su grande primor
 En los movimientos que face la esfera,
 Siempre le tuve en grande manera,
 Ca siempre á los sabios se debe el honor.

Todavía son mejores en estilo, número y elegancia las dos coplas con que empieza el libro de las *Querellas* :

A tí, Diego Pérez Sarmiento, leal
 Cormano é amigo é firme vasallo,
 Lo que á míos homes por cuita les callo
 Entiendo decir plañendo mi mal :
 A tí, que quitaste la tierra é cabdal
 Por las mias haciendas en Roma é allende,
 Mi péndola vuela, escúchala dende,
 Ca grita doliente con fabla mortal.
 ¡Cómo yace solo el rey de Castilla,

Emperador de Alemania que foé,
 Aquel que los Reyes besaban el pió,
 E Reinas pedian limosna é mancilla!
 El que de hueste mantuvo en Sevilla
 Diez mil de á caballo é tres dobles peones,
 El que acatado en lejanas naciones
 Foé por sus Tablas, é por su cochilla.

Parece que hay la diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua; y lo mas raro es que para encontrar coplas de arte mayor que tengan igual mérito, así en la dición como en la cadencia, es preciso saltar casi otros dos siglos, y buscarlas en Juan de Mena¹.

Si el movimiento que dió este gran rey á las letras hubiera sido auxiliado por sus sucesores, la ilustracion española, contando dos siglos de antelación, contaria tambien mas grados de perfeccion y mas riquezas. No lo consintió la naturaleza feroz de aquellos tiempos crueles. Empezó á arder la llama de la guerra civil en los últimos años de Alfonso con la desobediencia y alzamiento de su hijo, y siguió casi sin interrupcion por un siglo entero, hasta que llegó al último grado de atrocidad y de horrores en el reinado borrascoso y terrible de Pedro. Los hombres de Castilla en esta miserable época parece que no tenían espíritu sino para aborrecer, ni brazos sino para destruir. ¿Cómo era posible que en medio de la agitacion de aquellas turbulencias pudiese lucir tranquilamente la antorcha del ingenio, ni oirse los cantos de las musas? Así es que solo se cuenta en ella un cortísimo número de poetas: Juan Ruiz, arcepreste de Hita; el infante don Juan Manuel, autor del *Conde Lucanor*; el judío don Santo, y Ayala el cronista. Los versos de estos escritores unos se han perdido, otros existen todavía inéditos; habiendo salido solamente á la luz pública los del Arcepreste, que por fortuna son tal vez los mas dignos de conocerse.

El argumento de sus poesías es la historia de sus amores,

1. Algunos eruditos dudan de que estas dos obras pertenezcan al tiempo y autor á que se atribuyen, y el adelantamiento que presentan la versificación y el lenguaje forma una presuncion muy fuerte á favor de esta opinion.

interpolada con apólogos, alegorías, cuentos, sátiras, refranes, y aun devociones. Vencía este autor á todos los anteriores, y pocos le aventajaron después, en facultad de inventar, en vivacidad de fantasía y de ingenio, en abundancia de chistes y de sales; y si hubiera tenido cuenta con elegir ó seguir metros mas determinados y fijos, y su dición fuera menos informe y pesada, esta obra sería uno de los monumentos mas curiosos de la edad media. Pero la rudeza de las formas exteriores hace insufrible su lectura. Sean muestras de su versificación y estilo las copias siguientes, en que el poeta pide á Vénus que interponga su favor para con una dama á quien amaba, la cual era, según la pinta.

De talle muy apuesta, de gestos amorosa,
Donegil muy lozana, plasertera et fermosa,
Cortés et mesurada, falaguera, donosa,
Graciosa et risueña, amor de toda cosa...

Señora doña Vénus, muger de don Amor,
Noble dueña, omillome yo vuestro servidor,
De todas cosas sois vos el Amor señor,
Todos vos obedescen como á su facedor.

Reyes, duques, et condes, ó toda criatura
Vos temen é vos sirven como á vuesta fechura,
Complid los míos deseos, é dadme dicha é ventura.
Non me seades escasa, nin esquiya, nin dura...

So ferido é llagado, de un dardo so perdido,
En el corazon lo trayo encerrado et escondido;
Non oso mostrar la laga, matarme ha si la olvidó.
E aun desir non oso el nombre de quien me ha ferido,
El color he perdido, mis sesos desfallecen,
La fuerza non la tengo, mis ojos non parescen,
Si vos non me valedes, mis miembros desfallecen.

Vénus, entré otros consejos, le dice:

Toda muger que mucho otea, ó es risueña,
Dil' sin miedo tus coitas, non te embargue vergueña,
Apenas de mil una te desprecie.

Si la primera onda de la mar airada
Espantase al marinero cuando viene turbada,
Nunca en la mar entrarie con su nave ferrada,
Non te espante la dueña la primera vegada.

Con arte se quebrantan los corazones duros,
Tómanse las cibdades, derrihanse los muros,
Caen las torres altas, alzanse pesos duros,
Por arte juran muchos, por arte son perjuros!
Por arte los pescados se toman so las ondas, etc.

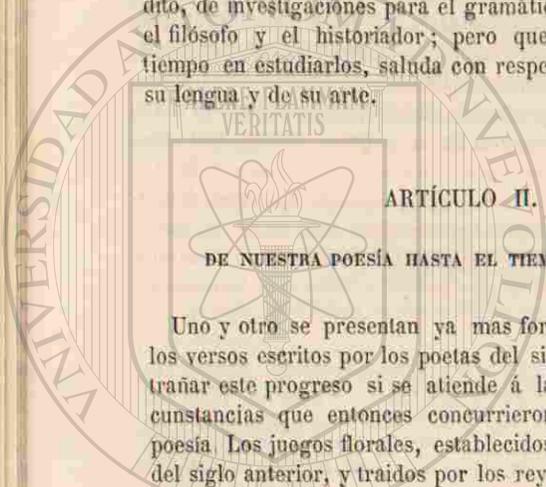
Podrianse citar otros trozos mucho mas picantes, entre ellos la descripción del poder del dinero, que tiene una mordacidad y una libertad de que difícilmente se hallarán ejemplos en otros escritores de dentro y fuera de España en aquel tiempo, aunque entrase en la comparación el independiente Dante; ó la chistosa apología y alabanza de la mujeres chicas, que empieza:

Quiero vos abreviar la predicacion;
Que siempre me pagué de pequeño sermon,
E de dueña pequeña, et de breve rason;
Ca de poco et bien dicho se afina el corazon, etc.

Pero bastan á mi propósito los ejemplos citados. Alguna vez el poeta, cansado acaso de la monotonía y pesadez, varia del metro que generalmente usa, y introduce otra combinación de rimas en cántigas que mezcla con su narración; como, por ejemplo, la siguiente:

Cerca la tablada
La sierra pasada
Fallem con aldara
A la madrugada.
Encima del puerto
Coidé ser muerto
De nieve é de frio;
E de ese rocío,
E de grand helada.
A la decida
Dí una corrida,
Fallé una serrana,
Fermosa, lozana,
E bien colorada.
Dixe yo á ella:
Homillome, bella, etc.

Don Tomás Antonio Sanchez ha publicado las obras de casi todos los autores mencionados con ilustraciones excelentes, así para dar noticia de ellos como para la inteligencia del texto, que la ancianidad y rudeza del lenguaje y los códices han oscurecido á porfia. Allí están como en una armería estas venerables antiguallas : objetos preciosos de curiosidad para el erudito, de investigaciones para el gramático, de observacion para el filósofo y el historiador; pero que el poeta, sin gastar tiempo en estudiarlos, saluda con respeto, como á la cuna de su lengua y de su arte.



ARTÍCULO II.

DE NUESTRA POESÍA HASTA EL TIEMPO DE GARCILASO.

Uno y otro se presentan ya mas formados y vigorosos en los versos escritos por los poetas del siglo xv; y no es de extrañar este progreso si se atiende á la muchedumbre de circunstancias que entonces concurrieron para favorecer á la poesia. Los juegos florales, establecidos en Tolosa á mediados del siglo anterior, y traídos por los reyes de Aragon á sus estados en fines del mismo, el concurso de ingenios que contendian por ganar los premios señalados en estas solemnidades, las ceremonias observadas en ellas, la consistencia y consideracion dada al arte de trovar, la aficion de los príncipes, los libros antiguos mas generalmente conocidos, las luces que ya brotaban por todos partes y deshacian la caliginosa niebla de tantos siglos bárbaros, la imitacion de la Italia, que, mas pronta, se habia ilustrado primero : todo contribuyó poderosamente á la acogida que logró este arte, la primera que se cultivó cuando los pueblos se acercan á su civilizacion. Así al echar la vista á los antiguos Cancioneros, donde están recogidas las poesías de esta época, lo primero que se admira es la muchedumbre de autores, y lo segundo su calidad. Juan el Segundo, que se complacia mucho en oír los decires rimados, y á veces tambien rimaba, introdujo este gusto en su corte, y casi todos los grandes, á imitacion suya, ó le protegían ó le

cultivaban. Coplas hacia el condestable don Alvaro, coplas el duque de Arjona, coplas el célebre don Enrique de Villena, coplas el marqués de Santillana, en fin, otros ciento tanto ó mas ilustres que ellos.

La forma que se habia dado á la versificacion era mucho menos imperfecta que la de los siglos anteriores. Prevalcian las coplas de arte mayor y los versos octosílabos sobre la pesadez fastidiosa del alejandrino; las rimas cruzadas herian mas agradablemente el oído, y no le aturdian con las groseras martilladas del sonsonete cuadruplicado; y el período poético mas despejado y rotundo venia de cuando en cuando al espíritu con las pretensiones de la gracia y la elegancia. Suavizóse un poco el austero semblante que el arte tenia, y dejando los largos poemas, las leyendas de devocion y la serie pesada y fastidiosa de preceptos áridos y secas sentencias, se dedicó á argumentos mas proporcionados á sus fuerzas; y la pintura del amor y el tono de la elegia eran lo que mas comunmente se sentia en sus acentos. En fin, la lectura de los escritores latinos, mas generalizada ya, les enseñaba unas veces el modo de imitar, otras les proporcionaba alusiones, símiles y exornaciones con que engalanar sus versos.

Entre el crecido número de poetas que entonces florecieron, el que mas descuella sobre todos, por el talento, saber y dignidad de sus escritos, es Juan de Mena. Este elevó en su *Laberinto* el monumento mas interesante de nuestra poesia en aquel siglo, y con él dejó muy lejos de sí á los otros escritores. El poeta en esta obra se supone con el intento de cantar las vicisitudes de la fortuna, y al tiempo que teme las dificultades de la empresa se le aparece la Providencia, que le introduce en el palacio de aquella divinidad y le sirve de guía y de maestra. Allí primeramente ve la tierra, cuya descripcion geográfica hace, y después se descubren las tres grandes ruedas de la fortuna, donde voltean los tiempos pasados, presentes y venideros. Cada rueda se compone de siete círculos, emblemas alegóricos del influjo que los siete planetas tienen en la suerte de los hombres, por las inclinaciones que les dan; y en cada uno hay gentes innumerables que tuvieron la disposicion del planeta á quien el círculo pertenece : los castos á la luna, los guerreros á Marte, los sabios á Febo; y así de los demás,

La rueda del tiempo presente está en movimiento, las otras dos paradas, y á la de lo futuro cubre un velo de tal modo, que aunque aparecen formas é imágenes de hombres, no deja distinguirlos bien. Concebida la obra bajo este plan, se divide naturalmente en siete órdenes; y el poeta, describiendo lo que ve, ó conversando con la Providencia, pinta todos los personajes importantes de que tiene noticia; cuenta los hechos célebres, asigna sus causas, manifiesta cuanto sabe en historia, mitología y filosofía moral y política, y deduce de cuando en cuando preceptos y máximas excelentes para la conducta de la vida y gobierno de los pueblos. Así, el *Laberinto*, lejos de ser una colección de coplas frívolas ó insignificantes, donde á lo más que hay que atender es al artificio del estilo y de los versos, debe ser mirado como la producción de un hombre docto en toda la extensión que aquel tiempo permitía, y como el depósito de todo lo que se sabía entonces.

Si la invención de este cuadro que sin duda tiene grandiosidad y filosofía, perteneciese exclusivamente á nuestro poeta, su mérito sería infinitamente mayor, y no se pudiera negar el don del genio en una parte tan principal. Pero siendo ya conocidas entre nosotros las terribles visiones de Dante y los triunfos de Petrarca, el esfuerzo de espíritu necesario para crear el plan y argumento del *Laberinto* aparece mucho menor, no habiendo hecho Mena más que imitar á estos escritores, variando el sitio de la escena en que coloca su mundo alegórico. Los pensamientos son nobles y grandes, las miras justas y honestas. Se le ve tomar fuerzas de su asunto y apostrofar aquí al monarca castellano, advirtiéndole que sus leyes no sean telas de araña, y que deben contener igualmente á los grandes que á los pequeños; en otra parte pedirle que reprima el horror que iba introduciéndose en los lares domésticos, de envenenarse los esposos; ya indignarse de la barbarie con que se habían quemado los libros de don Enrique de Villena¹, ya

1. Otra y aun otra vegada yo lloro.
Porque Castilla perdió tal tesoro
No conocido delante la gente.
Perdió los tus libros sin ser conocidos,
Y como en exequias, te fueron ya luego
Unos metidos al ávido fuego,
Y otros sin órden no bien repartidos:

mostrar los estragos y desórdenes de Castilla, como castigo del reposo en que los grandes dejaban á los infieles, por atender solamente á su ambición y su codicia.

Los pedazos que van al frente de esta colección manifestarán el carácter de su fantasía, de su versificación, de su estilo y su lenguaje. Él se expresa generalmente con más fuerza y energía que gracia y delicadeza; su marcha es desigual, sus versos, á veces valientes y numerosos, decaen otras por falta de cadencia y de medida; su estilo, animado, vivo y natural en partes, de cuando en cuando toca en hinchado ó en trivial; en fin, la lengua en sus manos es una esclava que tiene que obedecerle y seguir de grado ó fuerza el impulso que le da el poeta. Ninguno ha manifestado en esta parte mayor osadía ni pretensiones más altas; él suprime sílabas, modifica la frase á su arbitrio, alarga ó acorta las palabras y cuando en su lengua no halla las voces ó los modos de decir que necesita, acude á buscarlos en el latín, en el francés, en el italiano, en donde puede. Aun no acabado de formar el idioma, prestaba ocasión y oportunidad para estas licencias, que se hubieran convertido en privilegios de la lengua poética si hubieran sido mayores los talentos de aquel escritor y más permanente su crédito. Los poetas de la edad siguiente, puliendo la rudeza de la dicción, haciendo una innovación en los metros [y en los asuntos de sus composiciones, no conservaron la noble libertad y las adquisiciones que en favor de la lengua habían hecho sus antecesores. Si en esto los hubieran seguido, el lenguaje castellano, y sobre todo el lenguaje poético, tan numeroso, tan vario, tan majestuoso y elegante, no envidiaría flexibilidad y riqueza á otro ninguno.

El *Laberinto* ha tenido la suerte de todas las obras que, saliendo de la esfera común, forman época en un arte. Se ha impreso y reimpresso diferentes veces, muchos le han imitado, y algunos críticos respetables le comentaron, entre ellos el Broicense. Así ha pasado hasta nosotros, si no leído en su totalidad con placer, por la rudeza del lenguaje y monotonía

Cierto en Atenas los libros fingidos
Que de Protágoras se reprobaron,
Con ceremonia mayor se quemaron
Quando al Senado le fueron leídos.

de la versificación, por lo menos registrado con gusto, citado con oportunidad y mentado siempre con estimación. Mayor respeto se hubiera conciliado si el autor, al proponerse escribir sobre las cosas de su tiempo, se manifestase más ajeno y distante de las maquinaciones y partidos que entonces había en Castilla. Este era el medio de verlas mejor y de juzgarlas con más independencia. Juan de Mena á la verdad no era continuo en la corte; pero el cronista del Rey, el amigo de don Alvaro de Luna, el corresponsal de los principales señores, no podía llenar debidamente la obligación que había tomado sobre sí. El poema que hoy hacia debía verse mañana por el Condestable, por el Almirante, por el marqués de Santillana, ó por cualquiera de los demás ricoshombres, todos aficionados á la poesía, pero más opuestos todavía entre sí en gustos, intereses y pasiones. ¿Cómo era posible explicarse con entereza y verdad? Así es que su vigoroso espíritu, no empleando más que la mitad de su fuerza, se quedó muy lejos de la dignidad y altura á que de otro modo pudiera fácilmente elevarse.

Los otros poetas más distinguidos de este siglo fueron el marqués de Santillana, uno de los caballeros más generosos y valientes que hubo en él, hombre docto y poeta fácil y dulce en los amores, cuerdo y grave en las sentencias; Jorge Manrique, que floreció después y que en sus coplas á la muerte de su padre dejó el trozo de poesía más regular y puramente escrito de aquel tiempo; Garcí Sanchez de Badajoz, que escribió coplas con mucho calor y agudeza; en fin, Macías, anterior á todos, autor de solas cuatro canciones, pero que no será olvidado jamás, por sus amores y muerte deplorable².

1. El mismo da á entender en su obra la circunspección y reserva á que se veía obligado. Véase la *Orden de Mercurio*, copla 92, y la epístola 20 del *Centón epistolario* del bachiller Cibdad Real.

2. Macías era gentilhomme del maestro don Enrique de Villena. Entre las damas que servían á este señor, había una de quien se prendó el poeta, y de cuyo amor no pudieron arrancarle ni el verla casada con otro, ni las reprensiones del Maestro, ni, en fin, la prisión en que este le mandó custodiar. El esposo, lleno de celos, se concertó con el alcaide de la torre en que estaba su rival, y halló modo de arrojarle por una ventana la lanza que llevaba y atravesarle con ella. Cantaba entonces Macías una de las canciones que

Se engañaría cualquiera que buscase en los Cancioneros antiguos una poesía constantemente animada, interesante y agradable. Después de haber visto tal cual composición en que ya indulgencia con que se lee suple á las veces por el mérito que le falta, el libro se cae de las manos y no se vuelve á coger con facilidad. Es cierto que frecuentemente se encuentra un pensamiento ingenioso, una imagen oportuna y una copla bien construida; pero allí mismo se tropieza con puerilidades, bajezas,

había hecho á su dama, y así espiró con el nombre de ella y del amor en los labios. Las dos calidades de trovador y de amante, unidas en él, le hicieron un objeto solemne y casi religioso entre los poetas del tiempo. Los más de ellos le celebraron, y su nombre, á que se unió el dictado de *enamorado*, quedó como proverbial para designar la fineza de los amantes. No disgustará á los lectores ver aquí las coplas que Mena le destinó en el *Laberinto*:

Tanto anduvimos el cerco mirando
 Á que nos hallamos con nuestro Macías,
 Y vimos que estaba llorando los días
 En que de su vida tomó fin amando:
 Llegué más acerca, turbado yo, cuando
 Vi ser un tal hombre de nuestra nación,
 Y vi que decía tal triste canción,
 En elegiaco verso cantando:
 « Amores me dieron corona de amores.
 Para que mi nombre más bocas ande,
 Entonces no era mi mal menos grande
 Cuando me daban placer sus dolores:
 Vencen el seso sus dulces errores,
 Mas no duran siempre según luego aplacen,
 Y pues me hicieron del mal que vos hacen,
 Sabed al amor desamar, amadores.
 « Huid un peligro tan apasionado,
 Sabed ser alegres, dejad de ser tristes,
 Sabed deservir á quien tanto servistes,
 Á otro que á amores dad vuestro cuidado;
 Los cuales si fuesen por un igual grado
 Sus pocos placeres según su dolor,
 No se quejara ningún amador
 Ni desesperara ningún desamador.
 « Bien como cuando algún malhechor
 Al tiempo que hacen de otro justicia,
 Temor de la pena le pone cobdicia
 De allí en adelante vivir ya mejor;
 Mas desde pasado por aquel temor,
 Vuelve á sus vicios como de primero,
 Así me volvieron á do desespero
 Amores que quieren que muera amador. »

trivialidades, versos informes, rimas indeterminadas. Se ve luchar al escritor con la dureza de la lengua, con la pesadez de la versificación; y á pesar de los esfuerzos que hace, vencido de la dificultad, no atinar ni con la verdadera expresión ni con la bella armonía. Conocían y manejaban á Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano y demás poetas antiguos; pero si á veces se servían de ellos con oportunidad, mas frecuentemente abusaban de su lectura para alusiones incoherentes ó absurdas, y para hacer ostentación de pueril é impertinente pedantería ¹. No

1. Esta canción de Santillana, no desprovista enteramente ni del afecto ni de gracia, puede ser ejemplo de cómo estos escritores se aprovechaban de la erudición:

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadosa Aleto,
E pavoroso Metelo;
Que yo jamás olvidase
Tu virtud,
Vida mia y mi salud,
Nin te dejase.

El César afortunado
Cesará de combatir,
E hicieran desdecir
Al Priámides armado;
Antes que yo te dejara,
Idola mia,
Ni la tu filosofía
Olvidara.

Sinón se tornara mudo
E Tarcides virtuoso,
Sardanápalo animoso,
Torpe Salomon é rudo;
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,
Olvidase tu figura,
Cuyo so.

Étiopía tornará
Húmeda, fría ó nevosa,
Ardiente Scitia é fogosa,
E Scila reposará;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío,
Nin pudiese.

Las fieras tigres harán
Antes paz con todo armento,
Habrán las arenas cuento,
Los mares se agotarán;

acertaban á imitar de ellos la sencillez de sus planes y el admirable artificio con que en sus composiciones sabían desenvolver y vigorizar un pensamiento, y sostener y graduar el efecto desde el principio hasta el fin. Por último, los versos, aunque mas tolerables que los del tiempo antiguo, tenían el gran inconveniente de la monotonía, y de no poderse acomodar á la variedad, elevación y grandeza que deben tener los periodos poéticos, segun las imágenes, afectos y pensamientos que encierran.

ARTÍCULO III.

DESDE GARCILASO HASTA LOS ARGENSOLAS.

Se atribuye generalmente á Juan Boscan la introducción en nuestra poesía de los endecasílabos y artificio de la versificación italiana. Andrés Navagero, embajador de Venecia en España, aconsejó á Boscan esta novedad, que empezada por él, y seguida de Garcilaso, Mendoza, Acuña, Cetina y otros buenos ingenios, hizo enteramente mudar de semblante el arte. No porque ya no se conociesen antes de él los endecasílabos en Castilla. Hay algunos en el *Conde Lucanor*, escrito en el siglo xiv; y el marqués de Santillana en el xv compuso muchos sonetos al modo que los italianos. Pero estos ensayos no habian tenido consecuencia; y solo al tiempo de Boscan fué cuando se dedicaron generalmente á esta clase de versificación. Y si bien yo creo que mas influjo tuvo en esto la relación íntima que ya por aquel tiempo habia entre las dos naciones, que

Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
Ca tú eres caramida,
E yo so fierro, señora,
E me tiras toda hora
Con voluntad non fingida.
Pero non es maravilla,
Ca tú eres
Espejo de las mujeres
De Castilla.

trivialidades, versos informes, rimas indeterminadas. Se ve luchar al escritor con la dureza de la lengua, con la pesadez de la versificación; y á pesar de los esfuerzos que hace, vencido de la dificultad, no atinar ni con la verdadera expresión ni con la bella armonía. Conocían y manejaban á Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano y demás poetas antiguos; pero si á veces se servían de ellos con oportunidad, mas frecuentemente abusaban de su lectura para alusiones incoherentes ó absurdas, y para hacer ostentación de pueril é impertinente pedantería¹. No

1. Esta canción de Santillana, no desprovista enteramente ni del afecto ni de gracia, puede ser ejemplo de cómo estos escritores se aprovechaban de la erudición:

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadosa Aleto,
E pavoroso Metelo;
Que yo jamás olvidase
Tu virtud,
Vida mia y mi salud,
Nin te dejase.

El César afortunado
Cesará de combatir,
E hicieran desdecir
Al Priámides armado;
Antes que yo te dejara,
Idola mia,
Ni la tu filosofía
Olvidara.

Sinón se tornara mudo
E Tarcides vertuoso,
Sardanápalo animoso,
Torpe Salomon é rudo;
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,
Olvidase tu figura,
Cuyo so.

Étiopía tornará
Húmeda, fría ó nevosa,
Ardiente Scitia é fogosa,
E Scila reposará;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío,
Nin pudiese.

Las fieras tigres harán
Antes paz con todo armento,
Habrán las arenas cuento,
Los mares se agotarán;

acertaban á imitar de ellos la sencillez de sus planes y el admirable artificio con que en sus composiciones sabían desenvolver y vigorizar un pensamiento, y sostener y graduar el efecto desde el principio hasta el fin. Por último, los versos, aunque mas tolerables que los del tiempo antiguo, tenían el gran inconveniente de la monotonía, y de no poderse acomodar á la variedad, elevación y grandeza que deben tener los periodos poéticos, segun las imágenes, afectos y pensamientos que encierran.

ARTÍCULO III.

DESDE GARCILASO HASTA LOS ARGENSOLAS.

Se atribuye generalmente á Juan Boscan la introducción en nuestra poesía de los endecasílabos y artificio de la versificación italiana. Andrés Navagero, embajador de Venecia en España, aconsejó á Boscan esta novedad, que empezada por él, y seguida de Garcilaso, Mendoza, Acuña, Cetina y otros buenos ingenios, hizo enteramente mudar de semblante el arte. No porque ya no se conociesen antes de él los endecasílabos en Castilla. Hay algunos en el *Conde Lucanor*, escrito en el siglo xiv; y el marqués de Santillana en el xv compuso muchos sonetos al modo que los italianos. Pero estos ensayos no habian tenido consecuencia; y solo al tiempo de Boscan fué cuando se dedicaron generalmente á esta clase de versificación. Y si bien yo creo que mas influjo tuvo en esto la relación íntima que ya por aquel tiempo habia entre las dos naciones, que

Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
Ca tú eres caramida,
E yo so fierro, señora,
E me tiras toda hora
Con voluntad non fingida.
Pero non es maravilla,
Ca tú eres
Espejo de las mujeres
De Castilla.

la autoridad de un poeta mediano como Boscán, todavía, sin embargo, es muy glorioso para él haber sido autor de tan feliz revolución, y contribuir con su ejemplo y sus esfuerzos á establecerla.

Pero los que se hallaban bien con la versificación antigua, levantaron al instante el grito contra la innovación, y trataron á sus fautores como reos de lesa poesía y alevosos á la patria. Al frente de ellos Cristóbal de Castillejo, en las sátiras que escribía contra los *Petrarquistas* (que así les llamaban), comparaba esta novedad á las que Lutero introducía entonces en la fe; y haciendo comparecer en el otro mundo á Boscán y á Garcilaso ante el tribunal de Juan de Mena, Jorge Manrique y otros trovadores del tiempo anterior, ponía en su boca el juicio y condenación de las nuevas rimas. A este fin supone que Boscán dice un soneto y Garcilaso una octava delante de sus jueces, y luego añade:

Juan de Mena, como oyó
La nueva troba publicada,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida.
Y dijo: según la prueba
Once sílabas por pie,
No hallo causa por qué
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo también las usé.

Don Jorge dijo: no veo
Necesidad ni razón
De vestir nuestro deseo
De coplas que por rodeo
Van diciendo su intención
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta trova á la verdad
Por el contrario denota
Obscura prolijidad...

Cartagena dijo luego,
Como práctico en amores
Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trovadores

Muy melancólicas son
Estas trovas á mi ver,
Enfadadas de leer,
Tardías de relación,
Y enemigas de placer.

Si Juan de Mena y Manrique hubieran podido manifestar entonces algún sentimiento, fuera el de no hallar establecida ya la versificación nueva cuando escribieron: el genio fogoso y atrevido del uno, el grave y sesudo del otro habrían hallado para la expresión de sus pensamientos y pinturas un instrumento á propósito en el endecasílabo. Hubieran conocido al instante que las coplas de arte mayor, reducidas á sus elementos, eran una combinación continua y cansada de versos de seis sílabas; que los octosílabos aconsonantados servían más para el epigrama y el madrigal que para la grande poesía; y que las coplas de pie quebrado, esencialmente opuestas á toda armonía y á todo placer, no debían sostenerse. Esto no lo podía conocer Castillejo: escribía si la lengua castellana con propiedad, facilidad y pureza; pero el nùmen, la invención, las imágenes altas y animadas, la fuerza del pensamiento, el calor de los afectos, la variedad, la armonía; todas estas dotes, sin las cuales, ó á lo menos sin muchas de ellas, nadie es considerado poeta, todas le faltaban. Así, no es de extrañar que, encastillado en sus coplas, suficientes para la expresión de los pensamientos agudos é ingeniosos en que abundaba, desconociese la necesidad que tenía nuestra poesía de la versificación nueva para salir de su infancia. Esta tenía más libertad y soltura, daba oportunidad para variar las pausas y las cesuras, y presentaba á la infinita variedad de formas que tiene la imitación la muchedumbre de combinaciones que puede recibir la colocación de los versos largos y cortos. Tales ventajas se lograban con el nuevo sistema, y todas fueron reconocidas por los nuevos ingenios que las adoptaron; pero para ello era preciso tener la cualidad de poeta, y Castillejo, rigurosamente hablando, no la tenía.

Esta circunstancia era para la disputa mucho más necesaria de lo que parece, pues aunque no hubiese la grande diferencia que existía entre unos y otros metros siempre llevaría la palma aquel partido que pusiese en su favor mejores versos y compo-

siciones mas agradables. En tal posicion el solo talento de Garcilaso debía anonadar, como lo hizo, y convertir en polvo á todos los copleros. ¡Cosa verdaderamente extraña, por no decir admirable! Un jóven que muere á la edad de treinta y tres años, entregado á la carrera de las armas, sin estudios conocidos, con solo su particular talento, auxiliado de su aplicacion y buen gusto, saca de repente á nuestra poesia de su infancia, la encamina felizmente por las huellas de los antiguos y de los mas célebres modernos que entonces se conocian; y rivalizando á veces con ellos, la engalana con arreos y sentimientos propios, y la hace hablar un lenguaje puro, armonioso, dulce y elegante. Su genio, mas delicado y tierno que fuerte y elevado, se inclinó de preferencia á las imágenes dulces del campo y á los sentimientos propios de la égloga y la elegía. Tenia una fantasia viva y amena, un modo de pensar decoroso y noble, una sensibilidad exquisita; y este feliz natural, ayudado del estudio de los antiguos y de la comunicacion con los italianos, produjo aquellas composiciones que, aunque tan pocas, se conciliaron al instante una estimacion y un respeto que los tiempos siguientes no han cesado de confirmar.

Desearan algunos que se hubiese entregado mas á sus propias ideas y sentimientos; que estudiando igualmente á los antiguos, no se dejase llevar tanto del gusto de traducirlos, y que no abandonase las imágenes y afectos que su excelente talento le sugeria, por las imágenes y afectos ajenos; que ya que en la mayor parte es un modelo de cultura y de elegancia, hubiera hecho desaparecer algunos rastros que tiene de la rudeza y desaliño antiguo; por último, quisieran que la disposicion de sus églogas tuviese mas unidad, y hubiese mas conexion entre las personas y objetos que intervienen en ellas. Pero estos defectos no pueden contrapesar las muchas bellezas que aquellas poesias contienen, y es privilegio concedido á todos los que abren una nueva carrera el poder errar sin que su gloria padezca. Garcilaso es el primero que dió á nuestra poesia alas, gentileza y gracia, y para esto se necesitaban mas talento y mas fuerza, sin comparacion alguna, que para evitar las faltas en que la necesidad, su juventud y la flaqueza indispensable en la naturaleza humana le hicieron caer.

A las prendas sobresalientes que tiene como poeta se añade

la de ser el escritor castellano que manejó en aquel tiempo la lengua con mas propiedad y acierto. Muchas voces y frases de sus contemporáneos, muchas de otros autores posteriores han envejecido ya y desaparecido; el lenguaje de Garcilaso, al contrario, si se exceptúan algunos italianismos que su continuo trato con quella nacion le hizo contraer, está vivo y floreciente aun, y apenas hay modo de decir suyo que no se pueda usar oportunamente hoy dia.

Tantas especies de mérito reunidas en un hombre solo excitaron la admiracion de su siglo, que le dió al instante el titulo de príncipe de los poetas castellanos: los extranjeros le llaman el Petrarca español; tres escritores célebres le han ilustrado y comentado, entre ellos Fernando de Herrera; infinitas veces se ha impreso, y todos los partidos y sectas poéticas le han respetado. Sus bellos pasajes corren de boca en boca por todos los que gustan de pensamientos tiernos y de imágenes apacibles; y si no es el mas grande poeta castellano, es el mas clásico á lo ménos, el que se ha conciliado mas aplauso y mas votos, aquel cuya reputacion se ha mantenido mas intacta, y que probablemente no perecerá mientras haya lengua y poesia castellana.

El impulso dado por Garcilaso fué seguido de algunos buenos ingenios de su tiempo, que fueron don Hernando de Acuña, Gutierrez de Cetina, don Luis de Haro, don Diego de Mendoza y otros pocos; pero todos muy desiguales á él; y para encontrar un escritor en que el arte hiciese algun progreso es preciso buscarle en fray Luis de Leon. Este hombre doctísimo, versado en toda clase de erudicion, inteligente en las lenguas antiguas, enlazado con relaciones de amistad á todos los sabios de su tiempo, fué uno de los escritores á quienes la lengua castellana debió mas, por el nervio y propiedad con que la escribia, y el que dió á nuestra poesia un carácter no conocido hasta él. Las canciones y sonetos de Garcilaso estaban escritos en el tono elegiaco y sentimental de Petrarca, y sola su *Flor de Gnido* era la composicion en que se acercó mas al carácter de la poesia lirica antigua. Luis de Leon, lleno de Horacio, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda; y en una diction natural y sin aparato supo manifestar elevacion, fuerza y majes-

tad. Su profesion y su genio le inclinaban mas al género lirico moral que al heróico, sin embargo de que su *Profecía del Tajo* manifieste lo que hubiera podido hacer en este último; pero en aquel dejó unas cuantas odas excelentes, que se acercan mucho, si no igualan, á los modelos que se propuso imitar. Su principal mérito y su carácter en ellas es el de producir pensamientos majestuosos y fuertes, imágenes grandes, sentencias profundas, sin que le cuesten ningún esfuerzo, y con la mayor sencillez. La dición y el estilo son animados, puros y abundantes, como que salen de un manantial rico y limpio. No es tan feliz en la versificación: aunque dulce, flúido y gracioso en ella, carece de gravedad, y desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud. A este defecto se añade otro, mayor todavía en mi dictámen, que es el de que nadie tiene menos poesía cuando el calor le abandona: lánguido entonces y prosáico, ni toca ni mueve ni enajena, y solo le queda el mérito de su dición y su estilo, que son sanos siempre y puros, aun cuando no tengan vida ni color.

A este mismo tiempo pertenecen en mi opinion las poesias de Francisco de la Torre, publicadas por Quevedo en 1631. Nadie dudó entonces que estas obras fuesen de un poeta anterior al editor; pero casi en nuestros dias un hombre de mucho mérito (don Luis Velazquez) las reimprimió con un discurso al frente, en que aseguró eran una produccion de Quevedo, el cual habia querido publicar con nombre ajeno sus versos amatorios. La absoluta ignorancia en que se está de la calidad y circunstancias del tal Francisco de la Torre; el ejemplar de Lope de Vega que habia publicado, con el nombre de Burguillos, poesias conocidamente suyas; la semejanza de estilo que creia ver Velazquez entre estos versos y los de Quevedo, con otras razones menos importantes, fueron los fundamentos de esta opinion, que por entonces se siguió sin contradiccion alguna.

Pero estas pruebas no pasan de meras conjeturas, que, además de no afianzarse en hecho ninguno positivo, quedan desvanecidas al instante que se examinan la naturaleza y carácter de aquellas poesias. El que no sepa distinguir los versos de Quevedo de los de Garcilaso ú otro cualquiera poeta de la época anterior, ese solo podrá confundir con él á Francisco de

la Torre. No son bastante prueba de semejanza unos cuantos versos rebuscados en las obras de uno y otro, sacados de su lugar, confundidos entre sí, y que ni aun de este modo tienen, si bien se miran, la semejanza de estilo que se supone. Para saber si las poesias de Francisco de la Torre pueden ser ó no de Quevedo, es preciso, después de leer las primeras, buscar en la *Erato* ó *Euterpe* del segundo las poesias que allí se dan por pastoriles; entonces es cuando se palpa la enorme diferencia que hay entre uno y otro, ya se mire la dición, ya el estilo, ya los versos, ya las imágenes, ya la composicion, ya el todo. No es posible equivocarlos, como no es posible equivocarse jamás á las mujeres que son bellas naturalmente con las que se martirizan para parecerlo.

Con efecto, estas poesias de Francisco de la Torre son de los frutos mas exquisitos que dió entonces nuestro Parnaso. Todas pastoriles, sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdicen nunca de este carácter, y guardan la propiedad mas rigurosa con él. Sus dotes mas eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasia. Ningun poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una tórlola, una cierva, un tronco derribado, una yedra caída le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura. Las imitaciones de los antiguos, en que estas poesias abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él. Es lástima que á la pureza de su lenguaje no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosáicas. A veces tambien la locucion se manifiesta oscura por dislocaciones ú omisiones de expresion, acaso hijas del descuido y corrupcion de los manuscritos. Por último, se echa de menos en sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores; el poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas que al fin cansan y fastidian.

Hasta ahora la poesia conservaba las galas naturales y sencillas que habia tomado de Garcilaso; y si bien Luis de Leon

le dió alguna elevacion y grandeza, se inclinaba mas á los argumentos que piden un estilo medio, como son los que presenta la naturaleza campestre. Tenia ornamentos de gusto, pero sin ostentacion ni riqueza, y su lenguaje era mas puro y gracioso que majestuoso y brillante. Mantenedores de este carácter natural, modesto y sencillo, fueron Francisco de Figueroa, que en su égloga de *Tirsi* dió el primer ejemplo de buenos versos sueltos castellanos; Jorge de Montemayor, que con su *Diana* introdujo el gusto y la aficion á las novelas pastorales; y Gil Polo, uno de sus continuadores que menos feliz que él en la invencion le aventajó mucho en los versos, y casi llegó á oscurecerle. Pero pasando de estos escritores á los andaluces¹, ya se ve al arte mudar de gusto, tomar un tono mas elevado y vehemente, enriquecer y engalanar la diction, y manifestar la intencion de sorprender y arrebatarse: en suma, aspirar al *mens divinius atque os magna sonaturum*.

Al frente de estos autores debe, sin disputa, nombrarse á Fernando de Herrera, hombre á quien la elocucion poética debe mas que á ninguno. Su talento era igual á su estudio; y familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, se dedicó, á imitacion de los grandes escritores antiguos, á formar un lenguaje poético que compitiese en pompa y riqueza con el que ellos usaron en sus versos. Es verdad que ya no estaba él en la situacion de Juan de Mena, y que no tenia facultades para suprimir sílabas, sincopar frases, mudar terminaciones. Esta parte física de la lengua estaba ya fijada por Garcilaso y sus imitadores, y no podia sufrir alteracion. Pero la parte pintoresca podia recibir, y de hecho recibió de él grandes mejoras: valióse mucho de las palabras compuestas que ya habia, introdujo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados, á que dió nuevo vigor y frescura por la oportunidad con que los aplicó, y usó, en fin, de mas frases y modos de decir separados de la lengua usual y comun que ningun otro poeta. A este esmero añadió otro menos esencial, que fué el cuidado de pintar al oido, por medio de la armonia imitativa, haciendo

1. Luis de Leon, aunque natural de Granada, se formó y vivió en Salamanca, y por consiguiente, no contradice á esta observacion general.

que los sonidos tuviesen analogia con la imágen. Él los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente ó los precipita de golpe, ya los hace rozarse con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren flúidos y fáciles, otras penetran el oido con sosegada y apacible melodia. Estas dotes que tienen los versos de Herrera en el mecanismo de su lenguaje, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que, descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que mas conservan el carácter pintoresco y divino que les dió el poeta.

Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepuja á Herrera en fuerza y osadia de imaginacion, muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se exceptúa á Rioja, en dignidad y en decoro. La mayor parte de sus poesias se reducen á elegias, canciones y sonetos en el gusto de Petrarca. Fué este poeta el primero que, separándose del modo con que los antiguos habian pintado al amor, dió á esta pasion un tono mas ideal y mas sublime. Él la acrisoló de la flaqueza de los sentidos, convirtiéndola en una especie de religion, y redujo su actividad á estar continuamente admirando y adorando las perfecciones de la cosa amada, á complacerse en sus penas y martirios y á contar los sacrificios y privaciones por otros tantos placeres. Herrera, apasionado toda su vida por la condesa de Gelves, dió á su amor el heroismo del amor platónico, y con los nombres de Luz, de Sol, de Estrella y de Eliodora le consagró una pasion fogosa, tierna y constante, pero acompañada de tal respeto y tal decoro, que el pudor no podia alarmarse de ella, ni la virtud ofenderse. En todos los versos que dedicó á este objeto hay mas adoraciones, mas enajenacion de sí mismo, que esperanzas y deseos. Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafisica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy distante de la verdad y de la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. A este mal, que de cuando en cuando se deja notar en Herrera, se añade que su diction, demasiado estudiada y esmerada, peca casi siempre por afectacion, y no pocas veces por oscuridad. El estilo y lenguaje del amor quieren ir mas descargados. Así Herrera, que sin duda amaba con

vehemencia y con ternura, parece, al decir sus sentimientos, mas ocupado del modo de expresarlos que del deseo de interesar con ellos; y á esto debe atribuirse que sea de nuestros poetas el que menos versos amorosos ha hecho propios para andar en boca de las gentes.

Pero en donde esta dición rica y poética luce á la par de su imaginacion ardiente y vigorosa es en la oda elevada, donde Herrera, feliz imitador de la poesia griega, hebrea y latina, supo llenarse de su fuego y rivalizar con ella. Este género en su origen estaba muy distante de las ideas ordinarias. El poeta, poseido de una exaltación que no estaba en su mano ni moderar ni regir, cantaba sus versos junto á las aras de los templos, en los teatros públicos, al frente de los ejércitos, en las grandes solemnidades nacionales. El nûmen que le inspiraba le hacia volar entonces á otras regiones y ver cosas escondidas al comun de los hombres. Desde allí, en un lenguaje de fuego y por todas sus circunstancias maravilloso, hacia descender la verdad de lo alto en grandes y fuertes lecciones para los pueblos; abria las puertas del destino, y anunciaba lo futuro; entonaba himnos de gratitud y de alabanza á los dioses y á los héroes, ó llenando de furor patriótico y guerrero á los escuadrones armados, los llamaba á los combates y á la victoria. En tal posicion, el poeta lirico no debia parecer un hombre como los demás: su agitacion, su lenguaje, los números á que le reducía, la música con que le cantaba, la audacia de sus figuras, la grandeza de sus pensamientos, todo debia contribuir á considerarle en aquellos momentos de entusiasmo como un ser sobrenatural, un intérprete de la divinidad, una sibila, un profeta.

Tal fué en la antigüedad el carácter de la oda, que después las naciones modernas han introducido con mas ó menos buen éxito en su poesia. Pero despojada del canto y alejada de las solemnidades y concurrencias numerosas, no ha sido mas que un débil reflejo de la inspiracion primera. Los grandes poetas modernos han creído que para restituírle el carácter exaltado y divino que tuvo en su origen, era preciso trasplantarla otra vez al país en que nació, y llenarla de las ideas, imágenes y aun frases antiguas. Fué Herrera el primero que la concibió así entre nosotros; Horacio habria adoptado con gusto su can-

cion á Don Juan de Austria; el himno por la batalla de Lepanto respira en todas partes aquel fogoso entusiasmo, y está adornado de las imágenes ricas y frases atrevidas que caracterizan la poesia hebráica; y la cancion elegiaca al Rey don Sebastian, animada del mismo espíritu que el himno, está llena de la melancolia y agitacion que debia producir en una imaginacion viva aquella catástrofe miserable. Hasta en canciones poco interesantes por su asunto y su composicion se hallan vuelos osados y dignos de Pindaro, sobresaliendo siempre aquel esmero en la dición, aquella poesia de estilo, por la cual jamás podrán confundirse tres versos suyos con los de otro ningún poeta. Servirán de muestra en esta parte los siguientes sacados de su cancion á San Fernando, que no es de las mejores:

Cubrió el sagrado Bétis, de florida
Púrpura, y blandas esmeraldas llena
Y tiernas perlas la ribera oncosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movable cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo.

Al citar Lope de Vega estos versos como un modelo de locucion poética, tan opuesta á las extravaganeias del culteranismo, lleno de entusiasmo, exclamaba: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera.»

Sus paisanos le dieron el renombre de *Divino*, y de todos los poetas castellanos á quienes se dió este título, ninguno le mereció sino él. A pesar de esta gloria y de las alabanzas de Lope, su estilo, y sus principios tuvieron pocos imitadores entonces; y hasta el restablecimiento del buen gusto en nuestro tiempo no se ha conocido bien el mérito eminente de su poesia, y la necesidad de seguir sus huellas para elevar la lengua poética sobre la lengua vulgar. Imitóle don Juan de Arguijo en sus sonetos, descargando un poco el estilo del excesivo

ornato que tiene en Herrera; pero quien le mejoró infinitamente mas fué Francisco de Rioja, sevillano tambien como los otros dos, y discípulo de la misma escuela, aunque floreció bastantes años después.

Igual en talento á Herrera, y superior en gusto, Rioja hubiera fijado sin duda los verdaderos limites entre la lengua prosáica y la poética si hubiese escrito mas ó se conservasen sus composiciones. ¿Cómo es posible que un hombre de tan grande ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese mas que una cancion, una epistola, trece silvas y unos cuantos sonetos? Mas fácil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó que yazcan olvidados entre los muchos monumentos literarios que entre nosotros luchan todavía con el polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha quedado es suficiente, sin embargo, á darnos idea de su carácter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y severidad de la sentencia, por la novedad y eleccion de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasia, y por la excelencia del estilo, que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hichazon grandioso, y adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente es el acierto con que construye sus períodos, los cuales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por prolijos; defecto grande y frecuente en los mas de nuestros poetas, cuyas cláusulas, no bien distribuidas, fatigan el aliento cuando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo xvi, y del falso oropel de los del siguiente; pero además de que son rarísimos, debe tenerse presente que no limó él ni dispuso estos versos para publicarlos: disculpa bastante de mayores yerros. Por mucha importancia que se les quiera dar, no podrán quitar la primacia que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica cancion á las ruinas de Itálica, y la casi perfecta epístola moral á Fabio.

Al último tercio del xvi corresponden otros poetas, célebres entonces, pero de mérito y orden muy inferior á los ya nombrados: Juan de la Cueva, que pertenece mas bien á la historia de la comedia, entre cuyos primeros corruptores se le

cuenta comunmente; Luis Barahona de Soto, autor del poema *Las lágrimas de Angélica*, aplaudido mucho en su tiempo, y de nadie leído ahora; Pedro de Padilla, escritor recomendable por la pureza de la dición y fluidez de los versos, pero pobre de imaginacion y de calor; y algunos otros que, aunque menos señalados, no dejaron de contribuir á los progresos del arte. A esta época pertenece Pablo de Céspedes, pintor, escultor y poeta, en cuyas bellas octavas sobre la pintura respira frecuentemente el estilo vigoroso y pintoresco de Virgilio. Pertenece, en fin, á la misma Vicente Espinel, inventor de la quinta en la guitarra y de las décimas en la versificacion, que de su nombre se llamaron *Espinelas*. Aunque este poeta carecia de gusto y de doctrina, manejaba la lengua con tanto despejo y pureza, tenia tanto talento y tan buen oido, y sus periodos poéticos son por lo regular tan sueltos, llenos y sonoros, que no es de extrañar la grande estimacion en que sus contemporáneos le tuvieron; y su ejemplo contribuyó poderosamente á dar á los versos mas facilidad, mas número y abundancia.

ARTÍCULO IV.

DE LOS ARGENSOLAS Y OTROS POETAS HASTA GÓNGORA.

Ninguno de los autores de este tiempo igualó á los Argensolas en circunspeccion y en cordura, en facilidad de rimar, y en correccion y propiedad de lenguaje. Son tan sobresalientes en esta última parte, que Lope de Vega decia de ellos que habian venido á Castilla desde Aragon á enseñar la lengua castellana. Su erudicion, la severidad de su doctrina, sus conexiones, la grande proteccion que les dispensó el conde de Lémos, fueron las causas de aquella especie de magisterio que ejercieron sobre sus contemporáneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el titulo de *Horacios españoles*, y siempre se les reputó como poetas de primer orden, conservando una opinion casi tan intacta como la del mismo Garcilaso

ornato que tiene en Herrera; pero quien le mejoró infinitamente mas fué Francisco de Rioja, sevillano tambien como los otros dos, y discípulo de la misma escuela, aunque floreció bastantes años después.

Igual en talento á Herrera, y superior en gusto, Rioja hubiera fijado sin duda los verdaderos limites entre la lengua prosáica y la poética si hubiese escrito mas ó se conservasen sus composiciones. ¿Cómo es posible que un hombre de tan grande ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese mas que una cancion, una epistola, trece silvas y unos cuantos sonetos? Mas fácil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó que yazcan olvidados entre los muchos monumentos literarios que entre nosotros luchan todavía con el polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha quedado es suficiente, sin embargo, á darnos idea de su carácter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y severidad de la sentencia, por la novedad y eleccion de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasia, y por la excelencia del estilo, que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hichazon grandioso, y adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente es el acierto con que construye sus períodos, los cuales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por prolijos; defecto grande y frecuente en los mas de nuestros poetas, cuyas cláusulas, no bien distribuidas, fatigan el aliento cuando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo xvi, y del falso oropel de los del siguiente; pero además de que son rarísimos, debe tenerse presente que no limó él ni dispuso estos versos para publicarlos: disculpa bastante de mayores yerros. Por mucha importancia que se les quiera dar, no podrán quitar la primacia que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica cancion á las ruinas de Itálica, y la casi perfecta epístola moral á Fabio.

Al último tercio del xvi corresponden otros poetas, célebres entonces, pero de mérito y orden muy inferior á los ya nombrados: Juan de la Cueva, que pertenece mas bien á la historia de la comedia, entre cuyos primeros corruptores se le

cuenta comunmente; Luis Barahona de Soto, autor del poema *Las lágrimas de Angélica*, aplaudido mucho en su tiempo, y de nadie leído ahora; Pedro de Padilla, escritor recomendable por la pureza de la dición y fluidez de los versos, pero pobre de imaginacion y de calor; y algunos otros que, aunque menos señalados, no dejaron de contribuir á los progresos del arte. A esta época pertenece Pablo de Céspedes, pintor, escultor y poeta, en cuyas bellas octavas sobre la pintura respira frecuentemente el estilo vigoroso y pintoresco de Virgilio. Pertenece, en fin, á la misma Vicente Espinel, inventor de la quinta en la guitarra y de las décimas en la versificacion, que de su nombre se llamaron *Espinelas*. Aunque este poeta carecia de gusto y de doctrina, manejaba la lengua con tanto despejo y pureza, tenia tanto talento y tan buen oido, y sus periodos poéticos son por lo regular tan sueltos, llenos y sonoros, que no es de extrañar la grande estimacion en que sus contemporáneos le tuvieron; y su ejemplo contribuyó poderosamente á dar á los versos mas facilidad, mas número y abundancia.

ARTÍCULO IV.

DE LOS ARGENSOLAS Y OTROS POETAS HASTA GÓNGORA.

Ninguno de los autores de este tiempo igualó á los Argensolas en circunspeccion y en cordura, en facilidad de rimar, y en correccion y propiedad de lenguaje. Son tan sobresalientes en esta última parte, que Lope de Vega decia de ellos que habian venido á Castilla desde Aragon á enseñar la lengua castellana. Su erudicion, la severidad de su doctrina, sus conexiones, la grande proteccion que les dispuso el conde de Lémos, fueron las causas de aquella especie de magisterio que ejercieron sobre sus contemporáneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el titulo de *Horacios españoles*, y siempre se les reputó como poetas de primer orden, conservando una opinion casi tan intacta como la del mismo Garcilaso

Sin intentar disminuir la justa estimacion que se les debe ni contender con sus muchos apasionados, yo diria que su fama me parece mucho mayor que su mérito, y que si la lengua les debe mucho, por el esmero y la propiedad con que la escribian, la poesia no tanto, donde su reputacion está al parecer mas afianzada en los vicios que les faltan que en las virtudes que poseen. En el género lirico son fáciles, cultos, ingeniosos; pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasia. Tampoco en los amores tienen la gracia y la ternura que la poesia erótica pide, y si se exceptúa algun otro soneto de Lupercio, no puede citarse en esta parte composicion ninguna de ellos, que merezca llamar la atencion y encomendarse á la memoria de los amantes. No hablaré de la *Isabela* y la *Alejandra*, porque todos convienen, hasta los menos doctos, que estas composiciones no tienen de tragedias mas que el nombre y las muertes friamente atroces con que se terminan. Su carácter sesudo, la indole de su espíritu, mas ingenioso y discreto que florido y expansivo, la sal y el gracejo que á veces sabian esparcir, tenian mas cabida en la poesia satírica y moral, donde realmente han sido mas felices. Hay en ellos infinidad de rasgos, preciosos algunos por la profundidad y valentia, y muchos por aquella ingeniosidad de pensamiento, aquella facilidad y propiedad de expresion que los constituye proverbiales.

Y el vulgo dice bien que es desatino
El que tiene de vidrio su tejado,
Estar apedreando el del vecino.

La grave autoridad de la moneda
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamás oyó respuesta aceda.

Los lechos conyugales y aun las cunas
Mancilla vuestra industria ó las abrasa.

El agraz virginal de las alumnas
En las prensas arroja aun no maduro
Sin aguardar tardanzas importunas.

Descoyunta el candado, humilla el muro;
En la familia toda infunde sueño.

.....

Así tal vez fiada en su hermosura
La adúltera gentil con los fingidos
Celos de su consorte se asegura.

Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercebidos.

Culpa á los siervos, con la limpia ira
De los celos legitimos bramando :
Su noble esposo crédulo la mira

Enternecido y obligado, y dando
Satisfaccion inútil á su aleve,
La abraza y pide el corazon mas blando.

Y con los labios abrasados bebe
De su Percia las lágrimas atroces
Que de los ojos bien mandados llueve.

Cuyo llanto, oh marido, cuyas voces,
Te dirá su escritorio si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.

¡Oh santo Dios! ¡Qué trazas, qué papeles
Pérfidos has de hallar!

Y si es de plata ó nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico,
¡Aplacarte ha la sed mas que el de barro!

Pues la seguridad con que lo aplico
A la sedienta boca de agua lleno,
¿Darámela en palacio un vaso rico?

En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia.

Estos pasajes, sacados de varias sátiras de Bartolomé, y otros muchos de mérito igual ó superior que pudieran citarse, así de él como de Lupercio, prueban su feliz disposicion para esta clase de poesia. Se los ha comparado á Horacio, y sin duda tienen con él mas semejanza, sin embargo de la preferencia que Bartolomé daba á Juvenal¹. Pero ¡ á cuánta

1. Pero cuando á escribir sátiras llegues,
A ningun irritado cartapacio
Sino al del cauto Juvenal te entregues.
Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamás con tanto acierto,
Con permission de nuestro insigne Horacio.

distancia no están de él! La vivacidad, la soltura, la variedad, la concisión, la mezcla exquisita y delicada de censura y de alabanza, el abandono amable y la efusión amistosa que encantan y desesperan en su admirable modelo; todas les faltan y acusan la condescendencia excesiva ó el defecto de gusto con que sus contemporáneos les dieron el título de Horacios. La facilidad de rimar les hacía encadenar tercetos sin fin, en que si no se encuentran ripios de palabras, hay muchos de pensamientos. Esto hace que sus sátiras y epístolas parezcan frecuentemente prolijas, y aun á veces cansadas. Horacio, por ejemplo, hubiera aconsejado á Lupericio que abreviase la entrada de su sátira á la Marquesilla, y otros muchos pasajes prolijos que hay en ella; á Bartolomé que suprimiese en la fábula del *Aguila y la Golondrina* la larga enumeracion de las aves, inútil é importuna para un poeta, superficial y escasa para un naturalista; hubiera, en fin, advertido á uno y otro que los rasgos satíricos, semejantes á las flechas, deben llevar plumas y volar, para herir con ímpetu y certeza. Es triste, por otra parte, ver que no salgan jamás de aquel tono desabrido y desengañado que una vez toman, sin que la indignacion hácia el vicio los exalte, ni la amistad ó admiracion les arranque un sentimiento ni un aplauso. Elige uno amigos entre los autores que lee, como entre los hombres que trata: yo confieso que no lo soy de estos poetas, que, á juzgar por sus versos, parece que nunca amaron ni estimaron á nadie.

Discípulo del menor Argensola fué Villegas, que si al talento natural hubiera hermanado alguna parte del juicio y sensatez de su maestro, nada dejara que desear en los géneros que cultivó. Él fué el primero que nos dió á conocer la anacreóntica; y si en sus cantinelas y monóstrofes se ofende á veces el gusto con los falsos conceptos, los equivocados y retruécanos que encuentra, mas frecuentemente se agrada con la vivacidad, la ligereza y la gracia que la anima, con aquella libertad y travesura tan propias de un muchacho, con aquella cadencia, en fin, y aquel acento que halagan y cautivan el oído y hacen perdonarlo todo. No sucede lo mismo con sus versos mayores: fácil generalmente y numeroso en ellos, rima con desahogo y maestría, y descubre de cuando en cuando un seso y una doctrina muy superiores á sus pocos años. Pero ¿qué son idilios

sin sencillez y sin afectos, elegías sin melancolia ni ternura, odas sin elevacion ni entusiasmo? Aun cuando estuviesen libres de estos defectos capitales, siempre perderian mucho de su valor por la continua afectacion y pedanteria, por las locuciones viciosas, antítesis y falsas flores de que abundan ¹.

Otra novedad intentó, que pedia para arraigarse mas fuerzas que las suyas. Probóse á componer sáficos, exámetros y disticos castellanos; y aunque las muestras que publicó no sean del todo infelices, especialmente en los sáficos, por su analogia con nuestro endecasílabo, no ha tenido después quien le siga en esta empresa. Pide el exámetro una prosodia mas determinada y fija que la que tiene nuestra lengua, para contentar el oído, y por lo mismo su imitacion es tanto mas difícil, por no decir imposible. Sin duda hubiera ganado el arte en el establecimiento de esta novedad, pero para ello se necesitaba que hubiese estado entonces en sus principios; que la lengua, dócil y flexible, se prestase á la voluntad del poeta, y que este tuviese un genio colosal que subyugase á los otros, y les hiciese una ley de versificar como él. Era mal tiempo de introducir otros ritmos aquel en que se conocian tan bellos versos endecasílabos de Garcilaso, Leon y Herrera; y la consistencia y fijacion que tenian la lengua y la poesia no las permitian retroceder á su infancia, como era preciso para adiestrarse en el manejo de la versificacion latina.

La reputacion de este poeta no correspondió entonces á las esperanzas orgullosas de que se alimentaba, cuando publicó su

1. ¿Pues qué diré del ganadero Anquises?
Mas preguntalo á Venus Citerca,
Quién es el hortelano de sus lises
Ó el pínxel en el Ida de su idea:
¿Agrícola de mares no era Ulises,
Pues como de Calipso gozó dea?

¿Qué ridícula jergonza! ¿Podrá nadie creer que estos versos son del mismo autor y de la composicion misma donde se hallan estos otros?

Vén pues, serrana, ven y no te escondas,
Serás, con ser esposa de este río,
Tétis feliz de las mejores ondas
Que bajan á dar lustre al mar sombrío,
Mira que es justo que al amor respondas
Con dulce agradecer, no con desvío.

libro. En él insultó á Cervántes, motejó á Góngora, se burló de Lope de Vega; y creyéndose un astro superior que iba á eclipsar á sus contemporáneos, se representó al frente de sus eróticas como sol naciente que amortigua con sus rayos á las estrellas, llevando el arrogante lema: *Sicut sol matulinus; me surgente quid istæ?* Aun cuando hubiera reunido en sí los talentos de Horacio, Píndaro y Anacreonte en toda sus extension y pureza, de lo que estaba muy lejos, siempre era imperdonable esta jactancia, que ni aun puede disculparse con sus pocos años. El público es siempre mayor que cualquiera escritor, por grande que sea; y es preciso presentarse delante de él con modestia, á menos de querer pasar ó por loco ó por necio. Villegas pues irritó impertinentemente á sus iguales, no hizo sensacion ninguna en el público, y se atrajo los sarcasmos groseros y mordaces de Góngora, y la reprension justa y moderada de Lope ¹ Sepultado en olvido hasta la aparicion del *Parnaso español*, en cuya coleccion tuvo gran lugar, fué reimpresso por aquel tiempo con un discurso al frente, en que su autor, don Vicente de los Ríos, le atribuyó la primacia de la poesia lirica entre nosotros. Semejante condescendencia, en un hombre de la erudicion y gusto exquisito de Ríos, pareció tan extraña como excesiva. Las eróticas á la verdad, consideradas como produccion de un jóven de veinte y tres años, son una muestra bien extraordinaria de talento; pero de aqui al lugar preeminente en que las coloca aquel elegante humanista hay una distancia muy grande. Asi es que una critica mas severa y mas justa no ha conservado después á Villegas la palma que tan liberalmente le concedió su biógrafo.

Habian cultivado nuestros poetas hasta este tiempo casi todas

1 Anacreonte español, no hay quien os tope
Que no diga con mucha cortesía
Que ya que vuestros pies son de elegía,
Que vuestras suavidades son de arrope...
Con cuidado especial vuestros antojos
Dicen que quieren traducir del griego,
No habiéndolo mirado vuestros ojos.

(GÓNGORA.)

Aunque dijo que todos se escondiesen,
Cuando los rayos de su ingenio viesan.

(LOPE.)

las especies de versificacion italiana. La octava numerosa y roncunda, el terceto exacto y laborioso, el artificioso soneto, la impertinente sextina, la cancion en sus infinitas combinaciones, el verso suelto, aunque por lo comun pésimamente manejado ¹, eran los instrumentos de sus composiciones todas, las cuales venian á ser reflejos mas ó menos luminosos de la poesia antigua y la toscana. Algunas coplas y trovas se hacian, bien que poquíssimas, en que duraba el gusto anterior á Garcilaso; pero cuando el uso del asonante se generalizó en el último tercio del mismo siglo XVI, el gusto y aficion á los romances se generalizó tambien, y con ellos se continuó y como que vino á perpetuarse la antigua poesia castellana ².

Desnudos verdaderamente del artificio y violencia á que precisaba la imitacion en los otros géneros, cuidándose poco sus autores de que se pareciesen á odas de Horacio ó á canciones de Petrarca, y componiéndose mas bien por instinto que por arte, los romances no podian tener al aparato y la elevacion de las odas de Leon, Herrera y Rioja. Pero ellos eran propiamente nuestra poesia lirica, en ellos empleaba la música sus acentos, ellos eran los que se oian por la noche en los estrados y en las calles al son del arpa ó la vihuela; servian de vehiculo y de incentivo á los amores, de flechas á la sátira y á la venganza; pintaban felizmente las costumbres moriscas y las pastoriles y conservaban en la memoria del vulgo las proezas del Cid y otros campeones. En fin, mas flexibles que los otros géneros, se plegaban á toda clase de asuntos, se valian de un lenguaje rico y natural, se vestian de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias solamente de un carácter original que procede sin violencia y sin estudio.

Hay en ellos mas expresiones bellas y enérgicas, mas ras-

1. La égloga de *Tirsi*, de Figueroa, y la traduccion del *Aminta* por Jáuregui, son las únicas excepciones de esta decision general, y los únicos ejemplares que pueden citarse, entre nuestros antiguos poetas, de versos sueltos bien contruidos.

2. Este juicio de nuestros romances ha sido publicado ya por el colector en otro opúsculo suyo; así como el de Quevedo, que sigue mas adelante, aunque con alguna alteracion.

gos delicados é ingeniosos que en todo lo demás de nuestra poesía. Los *romances* moriscos principalmente están escritos con un vigor y una lozania de estilo que encantan. Aquellas costumbres en que se unian tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos moros tan bizarros y tan tiernos, aquel país tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonoros y tan dulces: todo contribuye á dar novedad y poesía á las composiciones en que se pintan. Los poetas después se cansaron de disfrazar las galanterías con el traje morisco, y se acogieron al pastoril. Entonces á los desafíos, cabalgatas y divisas sucedieron los campos, los arroyos, las flores, las cifras en los árboles; y lo que con esta mudanza perdieron en vigor los romances, lo ganaron en amenidad y sencillez.

La invencion en unos y en otros es bellissima, y admira ver con cuán poco esfuerzo y con qué brevedad describen el sitio, el personaje y los sentimientos que le agitan. Aquí es el alcaide de Molina, que entra alarmando á los moros contra los cristianos que les talan los campos; allá es el malogrado Aliatar, que, en medio de la pompa fúnebre que le trae, entra sangriento y difunto por la misma puerta que el día anterior le vió salir lleno de lozania; ya es una simplecilla que, habiendo perdido los zarcillos que le dió su amante, se aflige pensando en las reconvenções que la esperan; ó bien es un pastor que, solo y desdenado, se ofende de ver que dos tórtolas se besen en un álamo, y las espanta á pedradas.

Los defectos de estas composiciones nacen de la misma fuente que sus buenas prendas, ó por mejor decir, son el exceso ó el abuso de ellas mismas. Su facilidad y soltura se convierten muchas veces en abandono y desaliño, su ingeniosidad en afectacion, los equívocos, los conceptos, las falsas flores se introdujeron en ellos con tanta mayor libertad cuanto mas ayudaban tales juguetes á la galanteria, que las tenia por discreciones, y porque parecian mas disimulables en unas obras que se hacian como jugando. No pueden determinarse fijamente los autores principales de esta poesía; pero la buena época de los romances es aquella en que Lope de Vega, Lianó y otros mil desconocidos aun, no se habian acabado de corromper con el pésimo gusto que después lo ahogó todo; comprende la juventud de Góngora y de Quevedo, y termina en el príncipe de

Esquilache, que fué el único que después de ellos acertó á dar á los romances el colorido, la gracia y ligereza que antes tuvieron. Pero si este gusto, por una parte, contribuyó á popularizar la poesía y darle mayor amenidad y soltura, y á sacarla de los límites de la imitacion, á que los anteriores poetas la habian reducido, influyó tambien para descorregirla y desalinárla, convidando á este abandono la misma facilidad de su composicion. Así es que los poetas que florecieron á fines del siglo xvi y principios del siguiente, mas numerosos, mas fáciles, mas amenos, y sobre todo, mas originales que los anteriores, serán al mismo tiempo mas descuidados, y tendrán menos artificio, menos esmero y menos pureza y correccion en su diction y en su estilo.

Vivian en este tiempo los tres poetas que mas amenidad, mas abundancia y facilidad han poseido. El primero es Valbuena, nacido en la Mancha, educado en Méjico, y autor del *Siglo de oro* y del *Bernardo*. Nadie desde Garcilaso ha dominado como él la lengua, la versificacion y la rima, y nadie, al mismo tiempo, es mas desaliñado y desigual. Su poema, semejante al Nuevo Mundo, donde el autor vivia, es un país inmenso y dilatado, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas mas sublimes y frondosas. Si á veces sorprende por la soltura del verso, por la novedad y viveza de la expresion, por el gran talento de describir, en que no conoce igual, y aun tal vez por la osadia y profundidad de la sentencia, mas frecuentemente ofende por su inconcebible descuido. El mayor defecto del *Bernardo* es su extension excesiva, siendo moralmente imposible dar á una obra de cinco mil octavas la igualdad y elegancia continuada que son precisas para agradar. Las églogas del *Siglo de oro* no tienen los defectos de composicion que el poema, y gozan en la estimacion pública el lugar mas próximo á las de Garcilaso. Sin duda le merecen, atendida la propiedad del estilo, la facilidad de los versos, la oportunidad y fraseura de las imágenes, y la sencillez de la invencion. Si sus pastores no fueran á veces tan rudos, si hubiera tenido un cuidado mas constante con la elegancia en la diction, y con la belleza en los incidentes; si pusiera, en fin, mas variedad en la versifica-

cion, reducida casi enteramente á tercetos, no dudo que el buen gusto le concediera en esta parte una absoluta primacia.

El segundo de estos poetas es Jáuregui, célebre por su traduccion del *Aminta*, poeta florido, versificador elegante y numeroso. Este escritor es el que con mas facilidad y cultura ha expresado sus pensamientos en verso; pero tenia poco nervio y espíritu, y era tambien escaso en la invencion. Su gusto en sus primeros tiempos fué muy puro, como sus rimas lo manifiestan; mas después de haber sido uno de los mas acérrimos impugnadores del culteranismo, se dejó al fin arrastrar de la corriente, y en su traduccion de la *Farsalia*, y en *Orfeo* se abandonó á todas las extravagancias de que antes se burlaba.

Pero el hombre que recibió de la naturaleza mas dones de poeta, y el que mas abusó de ellos, fué sin duda Lope de Vega. Don de escribir su lengua con pureza, con claridad suma y con elegancia; don de inventar, don de pintar, don de versificar de la manera que queria, flexibilidad de fantasia y de espíritu para acomodarse á todos los géneros y á todos los tonos, una afluencia que jamás conocia estorbo ó escasez; memoria enriquecida con una lectura, si no acendrada, por lo menos grande; aplicacion infatigable, que aumentaba la facilidad que naturalmente tenia. Con estas armas se presentó en la arena, no conociendo en su ambiciosa osadia ni limites ni freno. Desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya, todo lo recorrió, todos los géneros cultivó, y en todos dejó señales de desolacion y talento.

Avasalló el teatro, llamó á sí la atencion universal; los poetas de su tiempo fueron nada delante de él. Su nombre era el sello de aprobacion para todo: las gentes le seguian en las calles, los extranjeros le buscaban como un objeto extraordinario, los monarcas paraban su atencion á contemplarle. Hubo críticos que alzaron el grito contra su culpable abandono, envidiosos que le murmuraban, infames que le calumniaron: ejemplo triste, añadido á los otros muchos que prueban que la envidia y la calumnia nacen con el mérito y la celebridad, puesto que ni la amable cortesania del poeta, ni la apacibilidad de su genio, ni el gusto con que se prestaba á alabar á los

otros, pudieron desarmar á sus detractores ni templar su malignidad. Pero ninguno de ellos pudo arrebatarle el cetro que tenia en sus manos, ni la consideracion que tantos y tan célebres trabajos le habian adquirido. Su muerte fué un luto público, su entierro una concurrencia universal; hay un libro de poesías españolas hechas á su muerte, otro de italianas; y viviendo y muriendo, siempre estuvo oyendo alabanzas, siempre cogiendo laureles, admirado como un portento, y aclamado *fénix de los ingenios*.

¿Qué queda al cabo de dos siglos de toda aquella pompa, de aquellos ruidoso aplausos que entonces fatigaron los ecos de la fama? Al ver que de tantas poesías y poemas como compuso, es muy raro, quizá ninguno, el que puede leerse entero, sin que á cada paso choque por su repugnancia; que su obra mas estudiada y querida, su *Jerusalem*¹, es un compuesto de absurdos, donde lo poco bueno que se encuentra hace todavia mas deplorable el abuso de su talento; que de tantos cente-

1. Mientras que llega el fiador que obligo,
De la *Jerusalem*, de aquel poema
Que escribo, imito, y con rigor castigo.

Así escribia Lope á su amigo Gaspar de Barrionuevo poco antes de publicar la *Jerusalem*. Dudoso se hace el rigor de semejante castigo al ver el carácter de facilidad que presenta aquel poema, y los muchos defectos que hay en su ejecucion. Sin embargo, Lope variaba y enmendaba mucho sus versos al tiempo de escribirlos. He visto un libro manuscrito de borradores suyos, que contiene diferentes poesías líricas y pastoriles, donde asombra el sinnúmero de enmiendas, correcciones y variaciones que hay en cada período. en cada verso; tanto, que apenas pueden descifrarse y entenderse. Un soneto al papa Urbano VIII, que empieza: *Con dulce amor, con religioso culto*, ocupa dos hojas y media de escritura en cuarto, en que apenas se pueden sacar seis versos en limpio, y el soneto queda por concluir. ¿Qué serian pues los borradores de otras obras mas importantes, el de la *Jerusalem*, por ejemplo, que tanto castigaba su autor? El hecho es curioso, y mas tratándose de Lope de Vega; porque cuando se considera la voluminosa coleccion de sus obras poéticas, no se acierta á concebir tan prodigiosa fecundidad con tan grande indecision al componerlas.

El manuscrito á que se refiere esta nota existe en la selecta librería de mi caro amigo el señor don Agustin Duran.

nares de comedias apenas habrá una que pueda llamarse buena; en fin, que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto, no puede menos de exclamarse: « ¿Dónde están pues los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivía, y que asombra y da envidia á la imaginación que los contempla desde lejos? »

No era posible que tuviesen otro resultado trabajos hechos con tal precipitación, con semejante olvido de todos los buenos principios y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparación, sin estudio ni atención á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él había acostumbrado el público á novedades casi diarias, descompuso y como que relajó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma prisa y el mismo abandono á todos sus demás escritos¹. Así es que, á excepcion de algunas poesias cortas, en que la buena inspiración del momento podía aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invención, de composición y de estilo. ¡Facilidad fatal, que corrompió en él todo cuanto bueno había! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia, y aun la fuerza, de que también estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas, pedantescas é importunas, á explicaciones frias y prolijas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la flojedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible, en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su dición y sus versos.

Era pues bárbaro, se dirá, el siglo que consentía tales extravíos y que daba tanto aplausos á un escritor tan defectuoso. No

1. Si no me embarazara el libre cuello
De la necesidad el fiero yugo,
Por lo que al cielo plugo,
Yo viera en mi cabello
Algun honor que á la virtud se debe,
Que diera verde lustre á tanta nieve.
Del vulgo vil solicité la risa,
Siempre ocupado en fábulas de amores;
Así grandes pintores,
Manchan la tabla aprisa.

(LOPE, *égloga á Claudio*.)

era bárbaro, aunque si condescendiente con exceso. Hubo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desorden, pero no podían contrastar al aura popular que la clase de trabajos de Lope se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesia, la claridad de su expresión, inteligible casi siempre al menos docto; el lenguaje de la galantería fina y culta, que él inventó y puso en uso en las comedias; el decoro y aparato con que autorizó la escena¹, los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de cuando en cuando presenta, el papel sobresaliente y brillante que las mujeres hacen generalmente en sus obras; en fin, su imperio absoluto en el teatro, donde los aplausos tienen mas solemnidad y energía: todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entonces, el cual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba².

ARTÍCULO V.

DE GÓNGORA Y QUEVEDO, Y SUS IMITADORES.

Para dar á la poesia castellana el tono y el vigor que le iban faltando, apenas fueran suficientes Horacio y Virgilio con la

1. Pintar las iras del armado Aquiles,
Guardar á los palacios el decoro,
Iluminados de oro
Y de lisonjas viles,
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, el sentencioso viejo,
¿A quién se debe, Claudio?

2. Muerto él, Calderon, Moreto y otros, que en vida suya se hubieran contentado con el título de discípulos suyos, le oscurecieron en la escena, sin embargo de que su nombre fué siempre respetado como escritor. Este respeto se iba disminuyendo mucho con la observación mas atenta de los buenos principios y de los grandes modelos; hasta que últimamente algunas de sus comedias, representadas con aplauso y concurrencia general, han vuelto á restablecer su reputación vacilante. En francés se ha hecho en estos últimos años una buena traducción de algunas poesias suyas, por el señor marqués de Aguilar, y en Inglaterra un hombre tan res-

nares de comedias apenas habrá una que pueda llamarse buena; en fin, que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto, no puede menos de exclamarse: « ¿Dónde están pues los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivía, y que asombra y da envidia á la imaginación que los contempla desde lejos? »

No era posible que tuviesen otro resultado trabajos hechos con tal precipitación, con semejante olvido de todos los buenos principios y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparación, sin estudio ni atención á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él había acostumbrado el público á novedades casi diarias, descompuso y como que relajó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma prisa y el mismo abandono á todos sus demás escritos¹. Así es que, á excepcion de algunas poesias cortas, en que la buena inspiración del momento podía aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invención, de composición y de estilo. ¡Facilidad fatal, que corrompió en él todo cuanto bueno había! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia, y aun la fuerza, de que también estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas, pedantescas é importunas, á explicaciones frias y prolijas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la flojedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible, en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su dición y sus versos.

Era pues bárbaro, se dirá, el siglo que consentía tales extravíos y que daba tanto aplausos á un escritor tan defectuoso. No

1. Si no me embarazara el libre cuello
De la necesidad el fiero yugo,
Por lo que al cielo plugo,
Yo viera en mi cabello
Algun honor que á la virtud se debe,
Que diera verde lustre á tanta nieve.
Del vulgo vil solicité la risa,
Siempre ocupado en fábulas de amores;
Así grandes pintores,
Manchan la tabla aprisa.

(LOPE, *égloga á Claudio*.)

era bárbaro, aunque si condescendiente con exceso. Hubo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desorden, pero no podían contrastar al aura popular que la clase de trabajos de Lope se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesia, la claridad de su expresión, inteligible casi siempre al menos docto; el lenguaje de la galantería fina y culta, que él inventó y puso en uso en las comedias; el decoro y aparato con que autorizó la escena¹, los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de cuando en cuando presenta, el papel sobresaliente y brillante que las mujeres hacen generalmente en sus obras; en fin, su imperio absoluto en el teatro, donde los aplausos tienen mas solemnidad y energía: todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entonces, el cual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba².

ARTÍCULO V.

DE GÓNGORA Y QUEVEDO, Y SUS IMITADORES.

Para dar á la poesia castellana el tono y el vigor que le iban faltando, apenas fueran suficientes Horacio y Virgilio con la

1. Pintar las iras del armado Aquiles,
Guardar á los palacios el decoro,
Iluminados de oro
Y de lisonjas viles,
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, el sentencioso viejo,
¿A quién se debe, Claudio?

2. Muerto él, Calderon, Moreto y otros, que en vida suya se hubieran contentado con el título de discípulos suyos, le oscurecieron en la escena, sin embargo de que su nombre fué siempre respetado como escritor. Este respeto se iba disminuyendo mucho con la observación mas atenta de los buenos principios y de los grandes modelos; hasta que últimamente algunas de sus comedias, representadas con aplauso y concurrencia general, han vuelto á restablecer su reputación vacilante. En francés se ha hecho en estos últimos años una buena traducción de algunas poesias suyas, por el señor marqués de Aguilar, y en Inglaterra un hombre tan res-

grandeza de su ingenio, la perfeccion de su gusto y la alta proteccion que disfrutaron. Dos hombres se aplicaron entre nosotros á esta empresa: los dos de gran talento, pero de un gusto depravado y de diferentes estudios. Sus vicios, que participan alguna vez de sus buenas prendas, tuvieron la propiedad de un contagio, y produjeron consecuencias mas fatales que el mal mismo que intentaron remediar.

El primero fué don Luis de Góngora, padre y fundador de la secta llamada de los cultos. Todos saben que después de un siglo de adoraciones que logró en los secuaces de su estilo, Luzán y los demas humanistas que restablecieron el buen gusto se aplicaron á destruir la secta, desacreditando á su fundador; y para ellos Góngora y poeta detestable fué todo uno. Mas esto era injusto, y deben distinguirse siempre en este autor el poeta brillante, ameno y lozano, del novador extravagante y caprichoso. Su genio independiente era incapaz de seguir ni de imitar á nadie; su imaginacion, en extremo fogosa y viva, no veía las cosas de un modo comun; y el colorido débil y pálido de los otros poetas no puede sufrir comparacion con la bizarría, si así puede decirse, de su expresion y su estilo. ¿En cuál de ellos se encontrarán periodos poéticos que en riqueza de lenguaje, en lozania y en número puedan competir con los siguientes?

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro; en aguas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello ondoso.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con apacible mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora;
Suelta las riendas á Fabonio y Flora...

petable por su dignidad y carácter como por su erudicion, filosofia y buen gusto (milord Holland), ha publicado una disertacion excelente sobre su vida y sus obras. Alternativa por cierto bien extraña, y que prueba á lo menos que, aun cuando Lope sea un escritor muy imperfecto, está, sin embargo, muy lejos de ser un objeto poco interesante en la historia de nuestras letras.

¿En cuál, imágenes mas delicadas, mas oportunas y mas naturalmente expresadas que estas?

La dulce boca que á gustar convida...
Amantes, no toqueis si quereis vida,
Que entre el un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.

Dormid; que el dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Ondéabale el viento que corria
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del dia.

No hay en todo Anacreonte un pensamiento tan gentil como el de aquella cancion en que presentado unas flores á su amada, le pide tantos besos como heridas le habian dado las abejas que las guardaban. Si de la poesia italiana se pasa al romance castellano y á las letrillas, Góngora es el rey de este género, que de nadie ha recibido tanta gracia, tantas galas, tanta poesia. Su mérito es tal en esta parte, y los buenos ejemplos tan comunes, que no dejan para demostrarlo otro trabajo que el de escoger. Este trozo bastará al intento, sacado del romance de *Angélica y Medoro*:

Todo es gala el africano:
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden;
Si o abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge...
Todo sirve á los amantes;

Plumas les baten veloces
 Airecillos lisonjeros,
 Si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombras,
 Los árboles pabellones,
 La apacible fuente sueño,
 Música los ruiseñores;
 Los troncos les dan cortezas
 En que se guarden sus nombres
 Mejor que en tablas de mármol
 O que en láminas de bronce.
 No hay verde fresno sin letra,
 No hay blanco chopo sin mote,
 Si un valle « Angélica » suena.
 Otro « Angélica » responde.

¿Cómo un hombre que poseía esta fuerza y esta abundancia pudo después abandonarse á los delirios lastimosos que le perdieron sin que le quedase ni una sombra de sus excelentes disposiciones? Creyendo que el lenguaje de la poesía se enervaba, y reputando la naturalidad por pobreza, la pureza por sujecion, y la facilidad por abandono, aspiró á extender los límites de la lengua y de la poesía, y dióse á inventar un nuevo dialecto que remontase el arte, de la llaneza rastrera á que, segun él, estaba reducido. Este dialecto se habia de distinguir por la novedad de las palabras ó de su aplicacion, por la extrañeza y la frase, por la osadía y abundancia de las figuras; y no solo compuso en él sus *Soledades* y su *Polifemo*, sino que afeó del mismo modo casi todos sus sonetos y canciones, salpicando tambien con él bastantes pasajes de sus romances y letrillas.

Si Góngora, á las excelentes disposiciones que tenia, hubiese juntado la instruccion y el buen gusto que le faltaban; si hubiera hecho de su lengua el estudio profundo que Herrera, y meditado sobre los recursos que presentaba el idioma, atendidos su carácter, su caudal y su armonía, tal vez consiguiera lo que deseaba, y tendria la gloria de ser un restaurador del arte, y no el oprobio de haberle corrompido. Pero le sucedió lo que á todos los que quieren levantar un edificio sin cimientos: dió consigo en un abismo de extravagancias y delirios, en una jeringonza detestable, tan opuesta á la verdad como á la belleza, y

que al paso que fué seguida de una muchedumbre de ignorantes, fué reprobada de cuantos conservaban todavia un poco de juicio y sensatez.

« Quiso, dice Lope^{de} Vega, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas, ni hasta su tiempo vistas... Bien consiguió lo que intentó, á mi juicio, si aquello era lo que intentaba; la dificultad está en recibirlo... A muchos ha llevado la novedad hácia este género de poesía y no se han engañado, pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo dia, porque con aquellas transposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas ó frases enfáticas se hallan levantados adonde ellos mismos no se conocen ni sé si se entienden. Lipsio escribió aquel nuevo latin, de que dicen los que le saben que se han reido Ciceron y Quintiliano en el otro mundo.... Todo el fundamento de este edificio es el trasponer; y lo que le hace mas duro es el apartar tanto los sustantivos de los adjuntos donde es imposible el paréntesis... Esto es una composicion llena de tropos y figuras; un rostro colorado á manera de los ángeles de la trompeta del juicio, ó de los vientos de los mapas... Las voces sonoras, las figuras esmaltan la oracion; pues si el esmalte cubriese todo el oro, no seria gracia de la joya, sino fealdad notable. » Y en otra parte dice: « Sin andar á buscar tantas metáforas de metáforas, gastando en afeites lo que falta de facciones, y enllaqueciendo el alma con el peso de tan excesivo cuerpo: cosa que ha destruido gran parte de los ingenios de España, con tan lastimoso ejemplo, que poeta insigne que, escribiendo en sus fuerzas naturales y lengua propia fué leido con general aplauso, después que se pasó á culteranismo lo perdió todo. »

No contento con estas demostraciones de severidad, este hombre apacible, que apenas conocia la malignidad ni la hiel, creyó que debia perseguir aquel contagio á sangre y fuego, y en sus comedias, en las poesías burlescas de Burguillos, en el *Laurel de Apolo*, y en otras mil partes burló y maldijo semejante poesía, que él caracterizaba de invencion odiosa para hacer bárbara la lengua. Auxiliáronle en esta guerra Jáuregui, Quevedo y algun otro; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y ellos mismos al fin se vieron precisados á ceder al contagio,

pues aunque no se les pueda llamar cultos en todo rigor, adoptaron algunos de los elementos que componian el dialecto, como fueron las trasposiciones violentas, las hipérbolas extravagantes y las figuras incoherentes. Góngora entre tanto, que no habia conocido jamás ni sujecion ni freno alguno, vomitaba contra sus adversarios los dicerios groseros que su mordacidad le sugería, y fiero y orgulloso con el aplauso de los ignorantes, gozaba en su interior de toda la gloria de un triunfo. A esto se añadió la recomendacion que daban á su partido el célebre predicador fray Hortensio Paravicino, por el influjo grande que tenia con los teólogos y oradores sagrados, y el malogrado conde de Villamediana, por el favor secreto y poderoso con que se le suponía en palacio. Los dos imitaron á Góngora y arrastraron consigo á otros escritores de menor crédito, propagándose así este bárbaro lenguaje hasta mediados del siglo pasado, en que Luzán y los demas buenos críticos lograron al cabo desterrarle enteramente.

Al mismo tiempo que los cultos, vinieron los conceptistas, los equivoquistas y los friamente sentenciosos, entre quienes descuella don Francisco de Quevedo, así por su mérito como por su influjo en el nacimiento y progresos de estas sectas diversas. Quevedo para algunos es el padre de la risa, el tesoro de los chistes, la fuente de las sales, el inventor de tantas frases y refranes felices; en una palabra, el maestro de la agudeza y de la jocosidad. Para otros, al contrario, es un hombre ominoso á la belleza y decoro del ingenio: « su espíritu, dicen, en vez de ser festivo, es chocarrero; él ha empobrecido la lengua, privándola de infinitos modos de decir que, antes nobles y decentes, son ya por culpa suya bajos é indecorosos; y si alguna vez divierte, es por la extravagancia original de sus delirios. » Estos dos juicios tan encontrados son al mismo tiempo verdaderos, y considerando atentamente el carácter de este escritor, se ve cuánto fundamento tienen unos y otros para sus críticas y sus aplausos. Quevedo era extremado: de la misma manera que nadie en lo serio ostenta una gravedad tan seca y una moral tan austera, nadie en lo jocosos muestra un humor tan festivo, tan libre y tan abandonado. La eleccion de sus asuntos se resiente tambien de esta contrariedad. Alguaciles, escribanos, terceras, maridos fáciles, rufianes y mujercillas

componen generalmente el fondo de sus bufonadas, y es preciso confesar que muchas veces los zahiere maestramente. Teólogo y estóico por otra parte, traduce á Epitecto, comenta á Séneca, interpreta la Escritura, y se enreda en vanos laberintos de metafísica: trabajos perdidos, que en su mayor parte ya no se leen, y que apenas tienen otro mérito que el de su erudicion inmensa.

De esta contradiccion nace tal vez el esfuerzo y la violencia con que procede en los dos géneros. Su estilo, en prosa como en verso, en lo serio como en lo jocosos, es siempre cortado, sin trabazon ninguna, sin progresion, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exageracion y á la hipérbole. Su imaginacion era vivísima y brillante, pero superficial y descuidada: y el genio poético que le anima centellea y no conmueve, salta con impetu y con fuerza, pero no vuela ni toma nunca una elevacion sostenida. La mania, ó mas bien la rabia, de expresar las cosas con novedad, le hará llamar « ley de arena » á las orillas del mar, al amor « guerra civil de los nacidos, » « rústico libro escrito en esmeralda » á los troncos donde están grabadas las cifras de los amantes. En los versos burlescos amontonará las alusiones forzadas, los equívocos y los despropósitos. Un jaque, para denotar cuán sentida ha sido su desgracia, dirá que le han llorado sogá á sogá, y no hilo á hilo; dirá que ha tenido mas « grillos que el verano, mas guardas que el monumento, mas registros que el misal. » Yo bien sé que Quevedo se divierte frecuentemente con lo que escribe, y delira porque quiere; sé que los equívocos tienen su lugar propio en estas composiciones, y que nadie los ha usado con mas felicidad que él. Pero todo tiene su término; y amontonados con semejante prodigalidad, en vez de agradar, causan fastidio.

La misma incorreccion y mal gusto que hay en su estilo, compuesto de frases y voces altas y nobles unidas á otras triviales y bajas, se halla en sus imágenes y pensamientos, los cuales se ven mezclados uno con otros sin economía, sin juicio y sin decoro. El soneto siguiente hará ver esta miserable confusion mejor que descripcion ninguna:

Falleció César fortunado y fuerte,
Ignoran la piedad y el escarmiento

Señas de su glorioso monumento;
 Porque tambien para el sepulcro hay muerte.
 Muero la vida, y de la misma suerte
 Muere el entierro rico y opulento,
 La hora con oculto movimiento
 Acalla el grito que la fama vierte.

Devanan sol y luna noche y dia
 Del mundo la robusta vida; ¿y lloras
 Las advertencias que la edad te envía?
Risueña enfermedad son las auroras,
Lima de la salud es su alegría,
Licas, sepultureros son las horas.

A pesar de estos defectos, que sin duda alguna son grandes, Quevedo será leído con estimación, y admirado justamente en muchos pasajes. En primer lugar, sus versos son de ordinario llenos, sus rimas ricas y fáciles. Y aunque este mérito, el primero que debe tener un poeta, no sea el principal, nuestro escritor sabe acompañarle de muchos rasgos excelentes, unos por la viveza de los colores, otros por la robustez y el vigor. Su poesía, nerviosa y fuerte, va impetuosamente á su fin; y si sus movimientos se resienten demasiado de los esfuerzos, afectación y mal gusto del escritor, se la ve marchar no pocas veces con una liebreza, una audacia y una singularidad que sorprende. Sus versos de cuando en cuando salen del fondo general, y sin necesidad del auxilio de los otros vienen á herir el oído con su vibración fuerte y sonora, ó á grabarse en la mente por la profundidad de la sentencia que contienen, ó por la novedad y energía de la expresión. De nadie se pueden citar tantos bellos versos aislados como de él; de nadie períodos poéticos mas pomposos y valientes:

Todas matronas y ninguna dama.

Joya era la virtud pura y ardiente.

Fatigó su furor el hemisferio.

Faltar pudo su patria al grande Osuna.

Vencida de la edad sentí mi espada.

De amenazas del ponto rodeado,
 Y de enojos del viento sacudido
 Tu pompa es la borrasca, y su gemido
 Mas aplauso te da que no cuidado.
 Reinas con majestad, escollo osado,
 En las iras del mar.

De estéril osas acusar al suelo
 Porque á los gritos tuyos ne se mueve;
 ¿Presumes, necio, de mandar la nieve,
 Y al invierno tasar quieres el hielo?

Y antes que los desórdenes del vientre
 Satisfagan sus impetus violentos,
 Yermos han de quedar les elementos
 Para que el orbe en sus angustias entre.

Al encontrar en sus obras estos pasajes brillantes, después de tributarles la justa admiración que se les debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignación, viendo el lastimoso abuso que Quevedo ha hecho de sus talentos, y empleados en equilibrios vanos y suertes de volteador los rigurosos músculos y fuerzas de un Alcides.

Amigo de Quevedo fué don Francisco Manuel Melo, portugués, y escritor tan infatigable como activo político y guerrero. Manejaba con igual facilidad el idioma castellano que el suyo nativo; y poeta, historiador, moralista, autor político, militar y aun ascético, es sobresaliente en algunos de estos ramos, y en ninguno despreciable. El libro de sus versos es rarísimo, y aunque algunos le han hecho imitador de Góngora, tiene mas puntos de semejanza con Quevedo. El mismo gusto en versificar, la misma austeridad de principios, la misma afectación de sentencia, la misma copia de doctrina. Tiene además con Quevedo la conformidad de haber publicado sus versos distribuidos por musas, bien que tres de ellas están en portugués. Hay en el español colores mas brillantes y rasgos mas valientes, en Melo mas sobriedad y menos extravagancias. Su estilo aunque elegante y culto, apenas tiene poesía; y sus versos amatorios carecen de ternura y de fuego, como sus odas de entusiasmo y de elevación. Tampoco tenia índole para los muchos versos

burlescos de que está lleno el gran volumen de sus poesías; mas cuando la materia es seria y grave, entonces su filosofía y su doctrina le sostienen, y su expresión ignala á sus ideas. Naturalmente inclinado á las máximas y á las sentencias, era mas á propósito para las poesías morales, para la epístola principalmente, en que la fuerza y la severidad del pensamiento se combinan mejor con una fantasía templada y poco profunda. En este género, si no es siempre un gran pintor, es por lo menos castigado y severo en el lenguaje y estilo, sonoro en los versos, grave y elevado en los pensamientos, moralista respetable en el carácter y en los principios. Sin embargo de estas prendas, los títulos de su gloria como escritor están mas bien afianzados en sus obras prosáicas: en el *Eco político*, por ejemplo, en su *Aula militar*, y sobre todo en la *Historia de las alteraciones de Cataluña*, la producción mas sobresaliente de su pluma, y quizá la mejor obra de su clase que hay en castellano.

La poesía entre tanto agonizaba: martirizada por estos energúmenos, no podía recobrar su belleza y su frescura con el auxilio de algunos pocos que todavía componían con circunspección y escribían con mas pureza. Rebollo no tenia fuerza ni fantasía, y sus escritos no son otra cosa que una prosa rimada. Esquilache, aunque con alguna mas gracia en los romances, lamido y amanerado, carecia tambien del espíritu y nervio necesario para composiciones mas altas. Ulloa nada hizo bueno sino su *Raquel*. Solís, en fin, que se mostró alguna vez poeta en su comedias, y frecuentemente en su historia, no es mas que un coplero en sus poesías líricas, que ya nadie lee. ¿cómo pudieran las endeables fuerzas de estos escritores eunucos levantar el arte del abismo en que se hallaba? Ya no era posible: el mal gusto estaba sancionado y reducido á teoría en la obra extravagante y singular de Gracian, *Agudeza y arte de ingenio*, que es un arte de escribir en prosa y verso, fundado en los principios mas absurdos, y apoyado con ejemplos buenos y malos, confundidos entre si de la manera mas repugnante. Este mismo Gracian es el que compuso un poema descriptivo sobre las estaciones con el título de *Selvas del año*: el primero, segun creo, que se ha escrito en Europa sobre este asunto, y sin duda alguna el peor. Para muestra de su estilo

y de la risible degradacion á que habia llegado la poesía, bastarán los versos siguientes, sacados de la *Entrada del estío*:

Después que en el celeste anfiteatro
El jinete del dia
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejonos rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle, alegre mora
Encima los balcones de la aurora;
Después que en singular metamorfosi
Con talones de pluma
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo
Entre los pollos del tindario huevo.

No hay mas que ver ni mas que decir: todo el poema está escrito de este modo bárbaro y ridiculo, y es una prueba tan evidente como triste de que ya no quedaban principios ningunos de imitación ni vestigios de eloquencia. Los ornatos propios del madrigal y del epigrama pasaron á los géneros mayores, y todo se volvió conceptos, retruécanos, equívocos y antítesis. Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilaso; en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentación de una hermosa dama ricamente ataviada; en Valbuena, Jáuregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura; pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona después á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entónces sus movimientos son convulsiones, sus colores, postizos; sus joyas, piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrepita, no hace mas que delirar puerilmente, secarse y perecer.

ARTÍCULO VI.

REFLEXIONES GENERALES.

Si en éste estado se echa una ojeada por los pasos que habia dado el arte en poco mas de un siglo que habia tenido de vida, se verá que nada habia dejado por intentar. Estaban traducidos todos ó buena parte de los autores antiguos; se habían hecho poemas épicos de todas clases; el teatro habia tomado una extension, y presentaba una abundancia, que tuvo para comunicar de sus riquezas á los extranjeros; la oda, en fin, en todas sus especies; la égloga, la epístola, la sátira, la poesia descriptiva, el madrigal, el epigrama: todo se habia recorrido y cultivado.

Si esta extension y variedad hacen honor á su flexibilidad, aplicacion y osadía, no es igual la felicidad de su desempeño en todas partes. Ya, en primer lugar, las traducciones son casi todas malas ó medianas. ¿Quién puede decir de buena fe que la de la *Odisea*, por Gonzalo Pérez; la de la *Eneida*, por Hernandez de Velasco, la de los *Metamorfóseos*, por Sigler, pueden suplir por el original? ¿Cuál es el hombre que, teniendo algun gusto en el lenguaje poético y en la versificacion, puede leer dos páginas de estas versiones, en que los ingenios mayores de la antigüedad están convertidos en copleros triviales sin elegancia y sin armonía? Tenemos un buen número de poemas épicos; y aunque de ellos se pueden entresacar algunos trozos de buena poesia, no hay uno que se pueda mirar como una fábula bien ordenada y que corresponda en su interés y dignidad á su titulo y argumento ¹. Es notorio que los defectos de nuestras comedias sobrepujan mucho á sus buenas dotes. Mas felices en los géneros cortos, nuestras odas, elegías, sonetos, romances y letrillas se acercan mas á la perfeccion. Pero aun en estos, ¡qué olvido de decoro, qué desaliño á veces, y á veces

1. Los dos poemas épicos castellanos que tienen mejor disposicion y están escritos mas correctamente son la *Gatomaquia* y la *Mosquea*; pero no me atrevo á decir si esto nos debe causar mas satisfaccion que vergüenza.

qué de pedantismo y cuánto falso gusto no hay que disimular! En los mejores escritores, en las composiciones mas esmeradas se ofende el espíritu de hallar frecuentemente junto á un acierto un desbarro, junto á una flor una espina.

Una cosa que se extraña en los buenos poetas del siglo xvi es que su genio poético no se alzase al nivel de las circunstancias que por todas partes le rodeaban. Las composiciones de Virgilio y de Horacio en Roma correspondian á la dignidad y majestad del imperio. Lucano después, aunque muy distante de la perfeccion de sus predecesores, conservó en su poema el tono fiero y arrojado, conveniente al asunto que escribia y al entusiasmo patriótico que le animaba. Dante en su extraño poema se muestra inspirado por todos los sentimientos que el rencor de la faccion, las disensiones civiles y la exaltacion de ánimos daban de sí. Petrarca, si en sus amores sacrificó á la galantería de su tiempo, en sus triunfos está al nivel de la altura y de la ilustracion á que ya iba sabiendo entonces el espíritu humano. No así nuestros poetas. Los árabes arrojados de la Peninsula; el mundo desdoblado presentando un nuevo hemisferio á la fortuna española; nuestras flotas yendo de un extremo al otro del Océano, acompañadas de terror, y volviendo cargadas de las riquezas de Oriente y Occidente; la religion desgarrada por la faccion de Lutero; Francia, Holanda, Alemania conmovidas y desoladas con la guerra civil y las disensiones religiosas; la potencia otomana arrollada en las aguas de Lepanto; Portugal cayendo en Africa para después unirse á Castilla; la espada española agitándolo todo en la tierra por espíritu de heroísmo, de religion, de ambicion y de codicia: ¿qué tiempo hubo nunca mas lleno de prodigios ni mas propio para exaltar la fantasia y el ingenio? Y sin embargo, las musas castellanas, sordas, indiferentes á esta agitacion universal, apenas saben inspirar á sus favoritos otra cosa que moralidades vagas, imágenes campestres, amores y galantería ¹.

1. Tres canciones de Herrera y algun trozo poco importante no son mas que una excepcion de esta idea general. Ni el *Golfo de Lepanto*, ni la *Carolea*, ni la *Austriada*, ni el *Carlo famoso*, se acercan con mucho á su argumento. En la *Araucana* misma, si hay algo bien pintado, no son los españoles, son los indios.

La falta de esta especie de grandeza se compensa en parte con una cualidad moral que distingue á aquellos poetas y los recomienda infinito. Ni en Garcilaso, ni en Luis de Leon, ni en Francisco de la Torre, ni en Herrera se hallan muestras ningunas de rencor y envidia literaria, de indecencia grosera ni de adulacion servil y descarada. Las alabanzas que alguna vez tributan al poder se contienen en aquel justo comedimiento y decoro que las hace tolerables. Hasta que se corrompió el gusto literario no empezó á manifestarse esta degradacion moral, compuesta de bajeza con los mayores, de insolencia con los iguales, y de olvido de todo respeto hácia el público: vicios harto contagiosos por desgracia, y que disfaman y destruyen la nobleza y dignidad de un arte que, por la naturaleza de su objeto y de sus medios, tiene algo de sobrehumano.

No puede negarse á una buena parte de nuestros autores talento admirable, erudicion extensa, y gran manejo en los clásicos antiguos; y sin embargo, no es comun en ellos la elegancia sostenida y la perfeccion de gusto que otros autores modernos han bebido en las mismas fuentes. A esto contribuyeron muchas causas. Una de ellas es que estos poetas comunicaban poco entre sí; faltaba un centro comun de urbanidad y de gusto, una legislación literaria que trazase la linea entre la hinchazon y la grandeza, la exageracion y la fuerza, la afectacion y la elegancia. Las universidades donde había mas conocimientos, no podian serlo por la naturaleza de sus estudios, mas escolásticos que amenos. La corte, donde se perfecciona mas pronto el espíritu de sociedad y de concurrencia, hubiera sido mas á propósito; pero vagante con Carlos V, severa y melancólica con Felipe II, no dió hasta Felipe III al talento poético la atencion necesaria para perfeccionarse; y ya entonces, y mucho mas en tiempo de su sucesor, el gusto estaba estragado, y la proteccion y aficion de los principes y grandes no podia hacer otra cosa que autorizar la corrupcion. En suma, faltó en España una corte como la de Augusto, la de Leon X, la de los duques de Ferrara, la de Luis XIV, donde la buena y delicada conversacion, la aficion á las musas, la cultura y elegancia, y otras circunstancias felices contribuyeron poderosamente á la perfeccion de los grandes escritores que vivian en el las.

Otra causa es el lugar secundario que tenia la poesia en muchos de los que la cultivaban. Hacian versos para distraerse de otras ocupaciones mas serias; y el que hace versos para divertirse no es, por lo comun, muy cuidadoso de la eleccion de asunto ni muy esmerado en la ejecucion. ¡ Suerte fatal que ha cabido entre nosotros á la mas bella y mas difícil de todas las artes! La poesia, que es una diversion y entretenimiento para los que la disfrutan, debe ser una ocupacion muy seria y casi exclusiva para los que la profesan, si aspiran á tener un lugar distinguido en la reputacion. Cuando se considera que Homero, Sófocles, Virgilio, Horacio, Taso, Racine, Pope y otros pocos mas han sido los mas grandes poetas y los mas laboriosos, no debe extrañarse que se hayan quedado tan detrás de ellos los que, aun suponiéndoles igual talento, no los han igualado ni en aplicacion ni en constancia.

A este mal se añadió otro peor, nacido en gran parte de la misma causa. Muy pocos de nuestros buenos poetas publicaron sus obras en vida. Garcilaso, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Herrera, los Argensolas, Quevedo y otros han sido dados á luz después de su muerte por sus herederos y amigos, con mas ó menos inteligencia. ¡ Cuánto no hubieran ellos desechado de lo que se publicó con su nombre, cuántas correcciones no hubieran hecho en lo escogido, y cuántos lunares de desaliño, de mal gusto y de oscuridad no hubieran hecho desaparecer!

Pero aun cuando por este motivo no les sea tan imputable la falta de perfeccion, no por eso deja de ser cierta. Ella ha dado motivo á la contrariedad de opiniones sobre el mérito de nuestros poetas antiguos, á quienes algunos reputan como modelos excelentes, mientras que otros los desprecian hasta el punto de creerlos indignos de leerse. En esto, como en todo, la parcialidad y las pasiones suelen llevar á los criticos mas allá del término que prescriben la verdad y la justicia; y ensalzar ó deprimir á los muertos, no viene á ser en ellos otra cosa que una manera indirecta de ensalzar ó deprimir á los vivos. Mas, aun prescindiendo de esta circunstancia, puede decirse que esta enorme diferencia nace del diverso punto que se toma para la comparacion. Cotejados Leon, Garcilaso, Herrera, Rioja y otros pocos con las extravagancias monstruosas

que Góngora y Quevedo introdujeron y autorizaron, no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos, perfectos, dignos de imitarse y de seguirse; pero si á estos mismos se los compara con los grandes autores de la antigüedad ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos ó les han excédido, viene ya á descubrirse la razon por que muchos los tratan con el excesivo rigor que se ha indicado. Yo, sin pretender dar por regla mi opinion particular, y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura, diria que, aunque contemplo vuestras poesías antiguas á bastante distancia de la perfeccion, todavía, sin embargo, producen en mí espíritu y en mi oído el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunarés que encuentro. Me atreveria también á decir que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesia, la epopeya y el drama, con el esmero y felicidad que la oda y demás géneros cortos, podríamos estar contentos del lote que nos cabia en esta amena parte de literatura. Añadiré, en fin, que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza, la propiedad y la indole de la lengua, y para formar el gusto y el oído en el número y fluidez de los versos y en la estructura del período poético castellano. No seria difícil, ni quizá fuera de propósito, manifestar en vuestras composiciones modernas el influjo que ha tenido en sus autores la admiracion exclusiva ó el desprecio exagerado de los padres de la poesia española; pero estas aplicaciones, necesariamente odiosas, no entran ni en mi carácter ni en mis principios.

POESÍAS

AL MAR.

Calma un momento tus soberbias ondas,
 Océano inmortal, y no á mi acento
 Con eco turbulento
 Desde tu seno líquido respondas.
 Cálmate, y sufre que la vista mia
 Por tu inquieta llanura
 Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
 Tu inmenso poderío,
 Y á las playas remotas de occidente
 Corrí desde el humilde Manzanares
 Por contemplar tu gloria,
 Y adorarte también, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía
 En ansia de admirar, y desdeñando
 El cerco oscuro y vil que la ceñía,
 Tal vez allá volaba
 Do la eterna pirámide se eleva
 Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.
 Tal vez trepar osaba
 Al Etna mugidor, y allí veía
 Bullir dentro el gran horno,
 Y por la nieve que le ciñe en torno
 Los torrentes correr de ardiente lava,

que Góngora y Quevedo introdujeron y autorizaron, no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos, perfectos, dignos de imitarse y de seguirse; pero si á estos mismos se los compara con los grandes autores de la antigüedad ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos ó les han excedido, viene ya á descubrirse la razon por que muchos los tratan con el excesivo rigor que se ha indicado. Yo, sin pretender dar por regla mi opinion particular, y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura, diria que, aunque contemplo vuestras poesías antiguas á bastante distancia de la perfeccion, todavía, sin embargo, producen en mí espíritu y en mi oído el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunares que encuentro. Me atreveria también á decir que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesia, la epopeya y el drama, con el esmero y felicidad que la oda y demás géneros cortos, podríamos estar contentos del lote que nos cabia en esta amena parte de literatura. Añadiré, en fin, que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza, la propiedad y la indole de la lengua, y para formar el gusto y el oído en el número y fluidez de los versos y en la estructura del período poético castellano. No seria difícil, ni quizá fuera de propósito, manifestar en vuestras composiciones modernas el influjo que ha tenido en sus autores la admiracion exclusiva ó el desprecio exagerado de los padres de la poesia española; pero estas aplicaciones, necesariamente odiosas, no entran ni en mi carácter ni en mis principios.

POESÍAS

AL MAR.

Calma un momento tus soberbias ondas,
 Océano inmortal, y no á mi acento
 Con eco turbulento
 Desde tu seno líquido respondas.
 Cálmate, y sufre que la vista mia
 Por tu inquieta llanura
 Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
 Tu inmenso poderío,
 Y á las playas remotas de occidente
 Corrí desde el humilde Manzanares
 Por contemplar tu gloria,
 Y adorarte también, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía
 En ansia de admirar, y desdeñando
 El cerco oscuro y vil que la ceñía,
 Tal vez allá volaba
 Do la eterna pirámide se eleva
 Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.
 Tal vez trepar osaba
 Al Etna mugidor, y allí veía
 Bullir dentro el gran horno,
 Y por la nieve que le ciñe en torno
 Los torrentes correr de ardiente lava,

Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno ;
Mas nada, ¡ oh sacro mar ! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto á ti : tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea
Do entre temor y admiracion te miro.
Inquieto centellea

En tu cristal el sol, que al occidente,
De majestad vestido, huye y se esconde.

¿ Dónde es tu fin ? ¿ En dónde
Mis ojos le hallarán ? Con pié ligero
Tú te liendes y corres, y llevado
Cual en las alas de aquilon sonante,
Mi espíritu anhelante
Te sigue al Ecuador, te halla en el polo,
Y endeble desfallece
Á tanta inmensidad. ¿ Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
Ó en brazo alerrador á hacerle guerra ?

¡ Ay ! que ese resonante movimiento
Me abate el corazon. Yo vi las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,
Y en seco son de su furor quejarse.
Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas,
Contrastados tambien los altos pinos,
Sacudirse y bramar ; mas no este ciego,
Este hervir vividor, estas oleadas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamás : tiembla la arena
Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélveste y sacudes
Una vez y otra vez : al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos mas altos se estremecen.

Cesa ¡ oh mar ! Cesa ¡ oh mar ! Ten, compasivo,
Piedad del flaco asiento
Que me sostiene exánime y pasmado.
¿ No me oyes, no ? ¿ Y violento
Te ensoberbeces mas ? Ya desatado
El horrendo huracan, silva contigo.

¿ Qué muralla, qué abrigo
Bastarán contra ti ? Negras las olas
Á manera de sierras se levantan,
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
Su furia ostentan y mi pecho espantan.
¿ Llegó tal vez el día

En que, tras tanta guerra,
El paso vencedor des en la tierra,
Y bramando allá dentro, envuelvas ciego
Mayas, imperios y hombres infelices,
Y al hondo abismo los sepultes luego,

Como cuando en tu vértigo espantoso
La Atlántica se hundió ? Con fuerte mano
Las zonas todas de la tierra asidas,
Burlar pensaban tu furor, y en vano ;
Que al golpe redoblado, impetuoso,
El eje poderoso
Se sintió vacilante, y estallando
Perdió su alto nivel : luchando entonces
Las ondas con las ondas se encontraron,
Y horrisonas cayeron,
Y el orbe estremecido desgarraron.
¿ Dó la región vastísima que un día
Desde Atlas á la América corria ?
Destrozada, anegada, hoy solo dura
En la fragosa altura
Que de tanto furor salvó la frente ;
Dura ya solo en la memoria oscura,
Que lleva, ¡ oh insano mar ! de gente en gente
Los ecos voladores
De tu antigua violencia y tus horrores.

¡ Y tanta fué del hombre la osadía,

Que los quiso arrostrar! Sube á los montes,
 Y la tenaz porfia
 De su mordaz segur humilla al suelo
 Al cedro que resiste á las edades,
 Al pino que se esconde allá en el cielo.
 Gimieron ambos cuando, al mar lanzados,
 En nadantes alcázares miraron
 Trocar su antiguo ser y su destino,
 Y al aire dando el vagoroso lino,
 Los leves campos de cristal surearon.
 Adios, amada playa: adios, hogares:
 El hombre audaz en la orgullosa popa
 Os mira, os huye, y por los anchos mares
 Al volver de las ondas se confia.
 En vano el rumbo le negaban-ellas;
 Elle arrancó en el cielo
 Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces
 Negarse á su anhelar? Fiero y sañoso
 El alto tormentorio amenazaba;
 Con un mar de terror y proceloso
 Las puertas del oriente defendía;
 Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,
 Y los hijos de Luso al punto hollaron
 El golfo indiano y la mansion de Brama.
 Colón, arrebatado
 De un númen celestial, busca atrevido
 El nuevo mundo revelado á él solo;
 Y tres veces el polo
 Ve al impávido Cook romper los hielos
 Que á fuer de montes su rigor despide,
 Descubriendo el secreto vergonzoso
 Del yermo inmenso á que sin fin preside.
 ¡Gloria eterna á sus nombres! ¡Dadme rosas,
 Dadme lauro inmortal que adorne y ciña
 Sus frentes generosas!
 Mirad la tierra á su divino esfuerzo
 Enriquecerse toda, y mil tesoros

De su fecundo seno
 Benéfica brotar; mirad la aurora
 Unida al occidente,
 Y al septentrion el sur. Á este portentoso
 Furioso el Océano,
 Es fama que gritó: « ¡ Con que es en vano
 Haber yo roto el orbe, y que, tendiendo
 El valladar profundo
 De mis terribles ondas,
 Un mundo haya negado al otro mundo! »

¿Cómo después tan abundosa fuente
 De amistad y de union tornarse pudo
 De estragos y violencias
 Perenne manantial? Se alzó insolente
 La vil codicia, y navegar con ella
 Se vió el odio fatal en los navios.
 ¿No era bastante, impíos,
 Los vientos escuchar que en torno braman,
 Los escollos temblar, mirar el cielo
 Cubrirse todo de espantosas nubes
 Y ardersen en rayos, á los piés hirviendo
 Sentir el mar sañudo,
 Y una tabla sutil ser vuestro escudo;
 Sin que á tan tristes plágas
 Añadieseis tambien la plaga horrenda
 De la guerra cruel? Ardiendo en ira
 Ella cruza, ella agita, y atronado
 El ponto, en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡ bárbaro nombre! á mis oidos
 Mas triste y espantoso
 Que este mar borrascoso,
 Tan terrible y atroz en sus rugidos.
 ¡Que no fuese yo un dios! ¡Oh cómo entonces
 El horror que te tengo el universo
 Te jurara tambien! Ondas feroces,
 Sed justas una vez: ya que la tierra
 Muda consiente que la hueste impia

De Marte asolador brame en su seno,
 Vosotras algun día
 Vengadla sin piedad : esas crueles,
 Esas soberbias naos
 Que, preñadas de escándalo y rencores,
 Turban vuestro cristal con sus furiosos,
 Del cielo y vientos contrastar se vean,
 Y en ciego torbellino
 Todas á un tiempo devoradas sean.
 Tal vez así de la discordia el fuego
 No osará profanar el Océano,
 Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

(1798.)

A LA HERMOSURA.

Cuando en la flor de mis risueños días
 Mi vista hirió tu luz, dulce hermosura,
 ¡ Oh cómo palpité ! ¡ Cómo mi pecho
 Te amó, te idolatró ! Tú númen fuiste
 Que desplegar hiciste
 El vuelo de mi voz, tú presidias
 De mi cítara al son, que entonces era
 Mas bien el eco de las ansias mías
 Que el eco de tu gloria : exento ahora
 De temor, de deseo y de esperanza,
 Que aceptes pido con afable agrado
 El tributo que rindo á tu alabanza.

¡ Oh si al formar tu vencedor traslado,
 Benigno el cielo, la apácible tinta
 Me diera con que el día en el oriente
 Nace á inundarle en cándidos albores !
 ¡ Los hermosos colores
 Flora me diera con que adorna y pinta
 Al soberbio clavel su altiva frente !
 Diérame de su seno la fragancia,
 Y la bella elegancia

Que gentiles los álamos despliegan
 Cuando las auras del abril los mecen,
 Cuando las lluvias del abril los riegan.

Á tu nacer testigo
 El orbe se recrea,
 Que tanto llega á florecer contigo;
 Y te contempla en tu halagüeña cuna,
 Como al morir el día
 Mira el recinto de la selva umbria
 La incierta luz de la naciente luna.
 Mirate amor alborozado, y lleno
 Ya del ardor que en esperanza siente,
 « Yo bañaré con mi esplendor su frente,
 Soberbio exclama, y con mi ardor su seno. »

Crece; que el lirio y la purpúrea rosa
 Tiñan tus gratos miembros á porfia;
 El sol de mediodía
 La lumbre encienda de tus ojos bellos;
 Que el tímido pudor la temple en ellos;
 La esencia de las flores
 Tu dulce aliento sea,
 Y á velar tus encantos vencedores
 Bajen en crespas ondas tus cabellos;
 En tu nevado seno
 Empiecen los amores
 La primera á gustar de sus delicias;
 Tu pié en la danza embellecer se vea,
 Y tu cándida mano en las caricias.

Diosa de la heldad, alza la frente,
 Mira tu gloria; al contemplarla el sabio
 Despide de su mente
 La grave austeridad; la indiferente
 Desmayada vejez siente que inflama
 Tu viva lumbre sus cenizas frias,
 Y suspirando exclama :
 « ¡ Ah, quien volviera á los floridos días ! »

Mientras que ansiosa, arrebatada y ciega
La juventud á oleadas
Corre, y se agolpa tras de tí, y á oleadas
Su tierno afán á tributarte llega.

¡Qué nube de esperanzas y deseos
Te halaga en derredor! ¡Qué de suspiros!
¡Cuántos amores! Y soberbia y fiera,
Sin ver ni agradecer, sigues hollando
La apacible carrera
Sembrada de placer, ornada en flores,
Tras tu carro de triunfo arrebatando
Los miseros despojos
De tantos amadores
Que al son de su cadena,
Bendiciendo tu luz, cantan su pena.

¡Dichoso aquel que junto á tí suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe,
Que á demandarte compasión se atreve,
Y blandamente palpar te mira!
¡En fin triunfaste, amor! ¿Cuál es la gloria
Que iguale en su contento
Á tan bella y magnífica victoria?
Mira al mortal que devoró los dones,
Los dulces dones suspirados tanto,
Cual se agita impaciente, estremecido,
De vanidad henchido,
De gozo inmenso, de inefable encanto.

¡Y no es eterno! ¡Ay Dios! ¡Y llega un día
En que del albo seno,
Cansada la hermosura,
Lanza al amor! Amor la embellecía;
Él su semblante de expresión bañaba,
Él gracia la inspiraba y bizarría;
El mundo la veía,
Y cual templo de un Dios la respetaba.
Y ora apagando la sagrada antorcha,

Sus alas tiende amor, y huye gimiendo
A la vana inconstancia, á la falsía,
Que su altar profanaron
Y la alma, fuente del sentir, cegaron.

No así en tí se cegó, cuando á la tierra
Ejemplo dabas del amor mas puro,
Heloisa infeliz. ¿Cuál fué la mano
Que, despiadada y dura,
Hundió en ese recinto pavoroso,
Morada del horror, tanta hermosura?
Y respondes: « Mi amor. » ¿Quién por tu seno
Dilató de tan bárbaros dolores
El amargo raudal? « Mi amor. » ¿Un tiempo
No llegará en que espire
El nombre de Abelardo en tus clamores,
De que el eco se llena,
Y en esas anchas bóvedas resuena?

« No lo sufre mi amor. Mira los días
Cual pasaron por mí; su triste huella
Marchitó mi beldad, sin que un instante
Viese templar la inapagable llama
Que me consume. Feneció mi amante
Sin fenecer mi amor; sus restos fríos
Son sin cesar bañados
De ardiente llanto y de lamentos míos
Déjame en ellos inundarme; el cielo
Este solo placer es el que ha dado
Á mi infelice suerte.
Déjame mi dolor; cuando la muerte
Venga á librarme del horror del mundo,
Entonces ¡ay! en mi postrer momento
Abelardo, dirá con hondo acento,
Abelardo, mi labio moribundo. »

Así sus ayes lastimeros hienden
De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden

Rosas y mirtos á su tumba, y llanto.
 Llanto mas bien; las lágrimas que vierto,
 Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
 Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
 ¿ Tanto vale el sentir? ¿ Á tanto alcanza
 Su divino poder? Ojos hermosos,
 Sabed que nunca pareceis mas bellos,
 Sabed que nunca sois mas poderosos
 Que cuando en vos se mira
 El vivo afán que el sentimiento inspira.
 Sin él ¿ qué es la beldad? Flor inodora.
 Estatua muda que la vista admira,
 Y que insensible el corazón no adora.

AL SUEÑO.

Tú, mudo esposo de la noche umbria,
 ¡ Oh padre del sosiego,
 Sueño consolador! ¿ por qué te niegas
 Á mi lloroso ruego?
 ¿ Por qué á mis sienas con piedad no llegas?
 Y no que lento y vagaroso bates
 Lejos de mí tu desmayado vuelo,
 Y esparces en el suelo
 La niebla del balsámico rocío
 Con que el dolor serenas
 Y el vivo afán de las acerbas penas.

Duélete ¡ oh sueño! al contemplar las mias;
 Suspende, ¡ ay Dios! suspende
 Por un momento el velador cuidado,
 Y en él tu velo vaporoso tiende.
 ¿ No bastan, di, para penar los dias?
 Mi espíritu, rendido
 Á tanta agitacion, mi triste pecho,
 De palpar cansado,
 Y en ansia y fuego el corazón deshecho,

Tu celestial venida
 Imploran ¡ ay! á restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano
 Mezclarme quise al alborozo insano
 Del ruidoso festin, y la ancha copa
 HENCHÍ tres veces de espumoso vino.
 Tres veces la apuré, sediento y ciego;
 Pero en mi yerta boca
 Se heló la risa y se tornó en gemido.
 Y el ardiente licor que entró en mi seno,
 En vez de dar á mi dolor reposo,
 Raudal fué impetuoso
 De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor, oías,
 Y blandamente en derredor volabas,
 Y halagüeño doblabas
 La gloria de mis dias,
 Que tú en la noche á redoblar venías.
 ¡ Oh ilusiones de bien! ¿ Donde habeis ido
 ¿ Tal vez á no tornar? Tal vez si ahora
 ¡ Oh sueño! has de venir, vendrá contigo
 Á atormentarme airada
 Del bien perdido la doliente idea;
 Mas ven, sueño, á mi voz, aunque así sea.

Ven; que ya las dos osas
 Al ocaso avecinan
 Su refulgente carro, y presurosas
 Las centellantes Pléyadas se inclinan,
 La luna fatigada
 Se retira hácia el mar, y ya la aurora
 Precipita la hora
 Que anuncia en el oriente
 Su trémulo esplendor. ¡ Ay! vendrá el dia,
 Vendrá, y mis ojos, de velar cansados,
 Su luz no sostendrán ni su alegría.

¡ Rindete á compasion, sueño precioso !
 Tu néctar delicioso
 Mi triste frente halague,
 Y blando y dulce y regalado vague...
 ¿ Me escuchas ? ¡ Oh favor ! Ya desmayados
 Mis sentidos fallecen,
 Mis miembros se entorpecen,
 Mis párpados se agravan,
 Las penas mismas su inelencencia fiera
 Con tu presencia acaban.
 ¡ Quién de ellas libre al despertar se viera !

Á LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

¿ Será que siempre la ambicion sangrienta
 Ó del solio el poder pronuncie solo,
 Cuando la trompa de la fama alienta
 Vuestro divino labio, hijos de Apolo ?
 ¿ No os da rubor ? El don de la alabanza,
 La hermosa luz de la brillante gloria,
 ¿ Serán tal vez del nombre á quien daria
 Eterno oprobio ó maldicion la historia ?
 ¡ Oh ! despertad : el humillado acento
 Con majestad no usada
 Suba á las nubes penetrando el viento ;
 Y si quereis que el universo os crea
 Dignos del lauro en que cenís la frente,
 Que vuestro canto enérgico y valiente
 Digno tambien del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
 Vilmente degradados
 Así en la antigüedad ; siempre las aras
 De la invencion sublime,
 Del genio bienhechor los recibieron.
 Nace Saturno, y de la madre tierra
 El seno abriendo con el fuerte arado,
 El precioso tesoro

De vivifica mies descubre al suelo,
 Y grato el canto le remonta al cielo,
 Y Dios le nombra de los siglos de oro.
 ¿ Dios no fuiste tambien tú, que allá un dia
 Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
 Y trazándola en letras, detuviste
 La palabra veloz que antes huía ?

Sin ti se devoraban
 Los siglos á los siglos, y á la tumba
 De un olvido eternal yertos bajaban.
 Tú fuiste : el pensamiento
 Miró ensanchar la limitada esfera
 Que en su infancia fatal le contenia.
 Tendió las alas, y arribó á la altura
 De do escuchar la edad que antes viviera,
 Y hablar ya pudo con la edad futura.
 ¡ Oh gloriosa ventura !
 Goza, genio inmortal, goza tú solo
 Del himno de alabanza y los honores
 Que á tu invencion magnifica se deben :
 Contéplala brillar ; y cual si sola
 Á ostentar su poder ella bastara,
 Por tanto tiempo reposar natura
 De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
 La plugo hacer de sí, y el Rin helado
 Nacer vió á Guttemberg. « ¿ Con que es en vano
 Que el hombre al pensamiento
 Alcanzase escribiéndole á dar vida,
 Si desnudo de curso y movimiento,
 En letargosa oscuridad se olvida ?
 No basta un vaso á contener las olas
 Del férvido Océano,
 Ni en solo un libro dilatarse pueden
 Los grandes dones del ingenio humano :
 ¿ Qué les falta ? ¿ Volar ? Pues si á natura
 Un tipo basta á producir sin cuento

Seres iguales, mi invencion la siga :
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse. »

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sanudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del aleazar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿ Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
Á devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Después abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinoso, todavía
La aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldon de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienas
Ornó de la razon, mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarea el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impio,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélagos inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuoso,
Á modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

« ¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre. » Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignacion en sus clamores.
« ¡Con que el mundo moral todo es horrores
¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre á la agonía!
¡Oh! no sea tal. » Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿qué haceis? Esas hogueras,
Que á devorarme horribles se presentan
Y en arrancarme á la verdad porfian,
Fanales son que á su esplendor me guian
An'orchas son que su victoria ostentan.

En su amor anhelante
Mi corazon extático la adora,
Mi espíritu la ve, mis piés la siguen.
No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pié atrás? Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente
Si una vez hácia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano;
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Océano.

Llegó pues el gran día
En que un mortal divino, sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo: « El hombre es libre. »
Y esta sagrada aclamacion saliendo,
No en los estrechos limites hundida
Se vió de una region; el eco grande
Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducida,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extension del vago viento;
Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razon: « Libre es el hombre. »

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el númen que me agita,

De tu sagrada inspiracion henchido,
Á la region olimpica se eleva,
Y en sus alas flamigeras me lleva.
¿Dónde quedais, mortales
Que mi canto escuchais? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta misero en que ardieron
La implacable ambicion, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona, que destruyen,
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende;
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresion granjea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á Guttemberg tributa:
Breve homenaje á su favor inmenso.

¡ Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
Á la alma inteligencia!
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
Su inlujo eternizó libre y fecundo :
¡ Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

(Julio de 1800.)

Á JUAN DE PADILLA.

Todo á humillar la humanidad conspira :
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto,
Y al genio su poder. ¡ Los grandes ecos
Dó están, que resonaban
Allá en los templos de la Grecia un día,
Cuando en los desmayados corazones
Llama de gloria de repente ardia,
Y el son hasta en las selvas convertia
Á los tímidos ciervos en leones ?
¡ Oh, cuál cantara yo si el dios del Pindo
Poder tan grande á mis acentos diera !
¡ Con qué vehemencia entonces la voz mia,
Honor, constancia y libertad sonando,
De un mar al otro mar se extenderia.

¡ Patria ! nombre feliz, nimen divino,
Eterna fuente de virtud, en donde
Su inestinguible ardor beben los buenos ;
¡ Patria !... La vista atónita no encuentra
Patria en torno de sí, ni el labio implora
Con voz tan bella al simulacro yerto
Que se muestra en su vez. Pálido, triste,
De negro luto y de pavor cubierto,
Ni aun á esquivar se atreve
La mano asoladora
De la furia execrable que, inclemente,
Su seno oprime, su beldad desdora.

Sangre destila si afligido llora ;
Su lúgubre alarido
Rompe los aires, y en dolor bañado,
Viene horroroso á lastimar mi oido.

¡ Perdona, madre España ! La flaqueza
De tus cobardes hijos pudo sola
Así enlutar tu sin igual belleza !
¿ Quién fué de ellos jamás ? ¡ Ah ! vanamente
Discurre mi deseo
Por tus fastos sangrientos y el contino
Revolver de los tiempos ; vanamente
Busco honor y virtud : fué tu destino
Dar nacimiento un día
Á un odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal ; todos te hollaron,
Todos ajaron tu feliz decoro ;
¡ Y sus nombres aun viven ! ¡ Y su frente
Pudo orlar impudente
La vil posteridad con lauros de oro !

¡ Y uno solo ! ¡ Uno solo !... ¡ Oh, de Padilla
Indignamente ajado,
Nombre inmortal ! ¡ Oh gloria de Castilla !
Mi espíritu agitado,
Buscando alta virtud, renueva ahora
Tu memoria infeliz. Sombra sublime,
Rompe el silencio de tu eterna tumba,
Rómpele, y torna á defender tu España,
Que atada, opresa, envilecida, gime.
Si, tus virtudes solas,
Solo tu ardor intrépido podria
Volvemos al valor, y sacudido
Por tí solo seria
Nuestro torpe letargo y ciego olvido.

Tú el único ya fuiste
Que osó arrostrar con generoso pecho
Al huracan deshecho

Del despotismo en nuestra playa triste.
 Abortóle la mar mas espantoso
 Que los monstruos que encierra en su hondo seno,
 Y él, respirando su infernal veneno,
 Entre ignorancia universal marchaba,
 Destruyendo sus piés cuanto corrieron.

¿De qué pues nos valieron
 Siete siglos de afán y nuestra sangre
 A torrentes verter? Lanzado en vano
 Fué de Castilla el árabe inclemente,
 Si otro opresor mas pérfido y tirano
 Prepará el yugo á su infelice frente.

Ofendida, indignada
 Se alzó, se estremeció, y arrojó el grito
 De venganza y de horror. « Vuela, hijo mio,
 Vuela, y ahuyenta la espantosa plaga
 Que me insulta y me amaga :
 Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brio
 Su curso infausto asolador quebranta. »
 Dijo ; y cual rayo que volando asuela,
 Ó como trueno que bramando espanta,
 El héroe de Toledo recorría
 Un campo y otro campo : el pueblo todo,
 Conmovido á su voz, ardiendo en ira
 Y anhelando vencer, corre furioso
 Á la lucha fatal que se aprestaba.
 Padilla le guiaba,
 Y de la patria en su valiente mano
 El estandarte espléndido ondeaba.

¡ Oh estrago ! ¡ Oh frenesí ! Dos veces fueron
 Las que el genio feroz de la impia guerra
 Entre muerte y dolor mezcló las haces ;
 ¡ Haces que nunca combatir debieron !
 Un hábito, una tierra
 Eran, y una su ley, unas sus aras,
 Uno su hablar. ¡ Ah bárbaros ! ¿ Y en vano
 Naturaleza os diera

Vinculos tantos ? Suspended los hierros
 Que sedientos de sangre en vuestras manos
 Contemplo con horror : ¿ no sois hermanos ?
 Todos á un tiempo, todos
 Revolved : al furor de vuestros brazos
 Caiga rota en pedazos
 La soberbia del déspota insolente
 Que á todos amenaza... ¿ En los oídos
 No os dan los alaridos,
 Las tristes quejas de la edad siguiente,
 Que á ominosa cadena
 Vuestra discordia pérfida condena ?

De polvo en tanto la confusa nube,
 Nuncia ya del furor, turbando el día,
 Hasta el Olimpo sube ;
 Y del bronce tronante al estallido
 El viento sacudido
 Raudo dilata por Castilla toda
 En ecos el horror : corre la sangre,
 Vuela la muerte... ¡ Oh Dios ! ¿ por qué dispersas
 Las huestes vencedoras
 Se derraman así ? Solo en el llano,
 De arena y sangre y de sudor cubierto,
 Miro al héroe que lucha, y lucha en vano,
 Y al fin cayó : su misera caída
 La libertad rendida
 Llevó tras sí. Cayó: cuando salieron
 Sus últimos suspiros,
 Al seno augusto de la patria huyeron.

Tajo profundo, que en arenas de oro
 La rubia espalda deslizando, llegas
 El pié á besar á la imperial Toledo ;
 Toledo, que en desdoro
 De su antigua altivez y su energía
 Se encorva al yugo que esquivó algun día ;
 Toledo, oriente de Padilla... ¡ Oh río !
 Tú le viste nacer, tú lamentaste

Su destino infeliz, y en triste duelo
 Su fin infausto denunciaste al cielo.
 Tú aquel solar bañabas,
 Do siempre incorruptibles se albergaron
 La patria y el valor. Mis ojos vean
 El suelo que él hollaba,
 El espacio feliz do respiraba,
 Y en mi llanto y dolor bañados sean.

« Nada encuentro! ¡Y la venganza airada
 Nada indultó! Su bárbara violencia
 La inocente morada
 De la opresa virtud sufrir no pudo.
 Derrocóla; en su vez, solo, afrentoso,
 El padron del oprobio allí se mira,
 Que á dolor congojoso
 Incita el pecho y á furor sañudo,
 Cuando contempla á la ignominia dado
 Tan santo sitio y al silencio mudo.
 ¡ Mudo silencio! No; que en él aun vive
 Su grande habitador: vedle cuán lleno
 De generosa ira
 Clamando en torno de nosotros gira.

« Castellanos, alzáo; la inmensa huella
 Corrió de tres edades
 Por mi sangre infeliz; corrió, y aun ella
 Hierve reciente y á venganza os llama.
 ¿ Queréis por dicha conllevar la pena
 Del siglo vil á quien mi muerte infama?
 ¿ Seguir besando la fatal cadena?
 ¿ Vuestro mal merecer? Volved los ojos,
 Volved atrás, y contempladme cuando
 Yo di á la tierra el admirable ejemplo
 De la virtud con la opresion luchando.
 Entonces los clamores
 De la fremente patria en vano oisteis,
 Negándoos á su voz, y fascinados
 Tras la execrable esclavitud corristeis,

Forjando ¡oh indignacion! los torpes lazos
 Que oprobio han sido á tan robustos brazos.

« Y aquella fuerza indómita, impaciente,
 En tan estrechos términos no pudo
 Contenerse, y rompió; como torrente
 Llevó tras sí la agitacion, la guerra,
 Y fatigó con crímenes la tierra.
 Indignamente hollada
 Gimió la dulce Italia, arder el Sena
 En discordias se vió, la África esclava,
 El Bátavo industrioso
 Al hierro dado y devorante fuego.
 ¿ De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,
 Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
 Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
 De sus sencillos lares
 Inútil valladar: de horror cubierto
 Vuestro genio feroz, hiende los mares,
 Y es la inocente América un desierto.

« Tantos estragos, sin respeto holladas
 Justicia y fe, la detestable ofensa
 Hecha á la patria de amarrarla al yugo
 Y ahogar su libertad, á un tiempo alzaron
 Su poderoso grito,
 Y á la atónita Europa despertaron.
 Ella sobre vosotros indignada
 Cayó y os oprimió. ¿ Qué se hizo entonces
 Vuestra vana altivez? La tiranía
 Que lenta os consumia
 Tendió su cetro bárbaro, y llamando
 Á la exicial supersticion, con ella
 Fué abierto el hondo precipicio en donde
 Se hundió al fin vuestro nombre,
 Viles esclavos, que en tan torpe olvido
 Sois la risa y baldon del universo,
 Cuyo espanto y escándalo habeis sido.

« Estremecéos, á la ignominia hoy dados,
 Mañana al polvo, ¿no mirais cuál brama,
 Con cuál furor se inflama
 La tierra en torno á sacudir del cuello
 La servidumbre? ¿Y se verá que, hundidos
 En ocio infame y miserable sueño,
 Al generoso empeño
 Los últimos voleis? No; que en violenta
 Rabia inflamado y devorante saña
 Ruja el leon de España,
 Y corra en sangre á sepultar su afrenta.
 La espada centellante arda en su mano,
 Y al verle, sobre el trono
 Pálido tiemble el opresor tirano.
 Virtud, patria, valor: tal fué el sendero
 Que yo os abrí primero;
 Vedle, holladle, volad; mi nombre os guie,
 Mi nombre vengador; á la pelea:
 Padilla el grito de las huestes sea,
 Padilla aclame la feliz victoria,
 Padilla os dé la libertad, la gloria. »

(Mayo de 1797.)

AL ARMAMENTO DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS

CONTRA LOS FRANCESES.

« Eterna ley del mundo aquesta sea:
 En pueblos ó cobardes ó estragados
 Que rueda á su placer la tiranía;
 Mas si su atroz porfia
 Osa insultar á pechos generosos
 Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
 Estréllese al instante,
 Y de su ruina brote el escarmiento. »
 Dijo así Dios: con letras de diamante
 Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
 Y en torrentes de sangre á la venganza
 Mandó después que lo anunciase al suelo.

Hoy lo vuelve á anunciar. En justa pena
 De tu vicioso y misero abandono
 En tí su horrible trono
 Sentó el númen del mal, Francia culpable;
 Y sacudiendo el cetro abominable,
 Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila
 El genio atroz del insensato Atila.
 La furia que el mortífero estandarte
 Llevaban de Timur, mandan al lado
 De tu feroz sultan; ellos le inspiran,
 Y ya en su orgullo á esclavizar se atreve
 Cuanto hay del mar de Italia á los desiertos,
 Faltos siempre de vida y siempre yertos,
 Do reina el polo engendrador de nieve.

Llega, España, tu vez; al cautiverio
 Con nefario artificio
 Tus príncipes arrastra, y en su mano
 Las riendas de tu imperio
 Logró tener, y se ostentó tirano.
 Ya manda, ya devasta; sus soldados
 Obedeciénd en torpe vasallaje
 Al planeta de muerte que los guía,
 Trocaron en horror el hospedaje,
 Y la amistad en servidumbre impia.
 ¿ Adónde pues huyeron,
 Pregunta el orbe estremecido, adónde
 La santa paz, la noble confianza
 La no violada fe? Vanas deidades,
 Que solo ya los débiles imploran.
 Europa sabe, de escarmiento llena,
 Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
 Esos atroces vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida;
 Nadie incline á esta gente fementida
 Por temor pusilánime la frente;
 Que nunca el alevoso fué valiente.
 Alto y feroz rugido

La sed de guerra y la sangrienta saña
 Anuncia del leon; con bronco acento
 Ensordeciendo el eco en la montaña,
 Á devorar su presa
 Las águilas se arrojan por el viento.
 Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata
 Al descuidado seno que la abriga
 Callada llega y ponzoñosa mata.
 Las víboras de Alcides
 Son las que asaltan la adorada cuna
 De tu felicidad. Despierta, España,
 Despierta, ¡ ay Dios! Y tus robustos brazos
 Haciéndolas pedazos
 Y esparciendo sus miembros por la tierra,
 Ostenten el esfuerzo incontrastable
 Que en tu naciente libertad se encierra.

Ya se acerca zumbando
 El eco grande del clamor guerrero,
 Hijo de indignacion y de osadia.
 Astúrias fué quien le arrojó primero:
 ¡ Honor al pueblo astur! Allí debía
 Primero resonar. Con igual furia
 Se alza, y se extiende adonde en fértil riego
 Del Ebro caudaloso y dulce Turia
 Las claras ondas abundancia brotan;
 Y como en selvas estallante fuego
 Cuando las alas de Aquilon le azotan,
 Que de pronto á calmar ni vuelto en lluvia
 Júpiter basta, ni los anchos rios
 Que oponen su creciente á sus furios;
 Los ecos libradores
 Vuelan, cruzan, encienden
 Los campos oliviferos del Bétis,
 Y de la playa Cántabra hasta Cádiz
 El seno azul de la agitada Tétis.

Alzase España, en fin; con faz airada
 Hace á Marte señal, y el Dios horrendo

Despeña en ella su crujiendo carro;
 Al espantoso estruendo,
 Al revolver de su terrible espada,
 Lejos de estremecerse, arde y se agita,
 Y vuela en pos el español bizarro.
 « ¡ Fuera tiranos! » grita
 La muchedumbre inmensa. ¡ Oh voz sublime,
 Eco de vida, manantial de gloria!
 Esos ministros de ambicion ajena
 No te escucharon, no, cuando triunfaban
 Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;
 Aquí te oirán y alcanzarás victoria;
 Aquí te oirán saliendo
 De pechos esforzados, varoniles;
 Y la distancia medirán, gimiendo,
 Que de hombres hay á mercenarios viles.

Fuego noble y sublime, ¿ á quién no alcanzas?
 Lágrimas de dolor vierte el anciano
 Porque su débil mano
 El acero á blandir ya no es bastante;
 Lágrimas vierte el ternezo niño infante,
 Y vosotras tambien, madres, esposas,
 Tiernas amantes, ¿ qué furor os lleva
 En medio de esas huestes sanguinosas?
 Otra lucha, otro afan, otros enojos
 Guardó el destino á vuestros miembros bellos,
 Deben arder en vuestros negros ojos.
 « ¿ Quereis, responden, darnos por despojos
 Á esos verdugos? No: con pecho fuerte
 Lidiando á vuestro lado,
 Tambien sabrémos arrostrar la muerte.
 Nosotras vuestra sangre atajaremos;
 Nosotras dulce galardón serémos
 Cuando, de lauro y de floridos lazos
 La vencedora frente coronada,
 Reposo halleis en nuestros tiernos brazos. »

¿ Y tú callas, Madrid? Tú, la señora
 De cien provincias, que cual ley suprema

Adoraban tu voz, ¿callas ahora?
 ¿Adónde están el cetro, la diadema,
 La augusta majestad que te adornaba? —
 « No hay majestad para quien vive esclava:
 Ya la espada homicida
 En mí sus filos ensayó primero.
 Allí cayó mi juventud sin vida :
 Yo, atada al yugo bárbaro de acero,
 Exánime suspiro,
 Y aire de muerte y de opresión respiro. »

¡ Ah! respira mas bien aura de gloria,
 ¡ Oh corona de Iberia! Alza la frente,
 Tiende la vista; en iris de bonanza
 Se torna al fin la tempestad sombría.
 ¿ No oyes por el oriente y mediodía
 De guerra y de matanza
 Resonar el clamor? Arde la lucha,
 Retumba el bronce, los valientes caen,
 Y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,
 Descubre al mundo el espantoso estrago.
 Así sus llanos fértiles Valencia
 Ostenta, así Bailén, así Moncayo;
 Y es fama que las víctimas de Mayo
 Lívidas por el aire aparecían;
 Que á su alarido horrendo
 Las francesas falanjes se aterraban;
 Y ellas, su sangre con placer bebiendo,
 El ansia de venganza al fin saciaban.

Genios que acompañais á la victoria,
 Volad, y apercibid en vuestras manos
 Lauros de Salamina y de Plátea,
 Que crecen cuando lloran los tiranos.
 De ellos ceñido el vencedor se vea
 Al acercarse al capitolio ibero :
 Ya llega, ¿ no le veis? Astro parece
 En su carro triunfal, mucho mas claro
 Que tras tormenta el sol. Barred las calles

De ese terror que las yermaba un día;
 Que el júbilo las pueble y la alegría;
 Los altos coronad, henchid los valles,
 Y en vuestra boca el apacible acento,
 Y en vuestras manos tremolando el lino,
 « Salve, exclamad, libertador divino,
 Salve, » y que en ecos mil lo diga el viento,
 Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande á sus leones
 Volar rugiendo al alto Pirineo,
 Y allí alzar el espléndido trofeo,
 Que diga : « Libertad á las naciones. »
 Tal es, ¡ oh pueblo grande! ¡ Oh pueblo fuerte!
 El premio que la suerte
 Á tu valor magnánimo destina.
 Así resiste la robusta encina
 Al temporal; arrójanse silvando
 Los fieros huracanes,
 En su espantoso vértigo llevando
 Desolacion y ruina; ella resiste.
 Crece el furor, redoblan su pujanza,
 Braman, y tiembla en rededor la esfera;
 ¿ Qué importa que á la verde cabellera
 Este ramo y aquel falte, arrancado
 Del impetu del viento, y luego muera?
 Ella resiste; la soberbia cima
 Mas hermosa al Olimpo al fin levanta,
 Y entre tanto meciéndose en sus hojas,
 Céfiro alegre la victoria canta.

(Julio de 1808.)

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No da con fácil mano
 El destino á los héroes y naciones
 Gloria y poder : la triunfadora Roma,
 Aquella á cuyo imperio

Se rindió en silenciosa servidumbre
 Obediente y postrado un hemisferio,
 ¡ Cuantas veces gimió rota y vencida
 Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
 Vedia ante Anibal sostenerse apenas :
 Sangre itálica inunda las arenas
 Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;
 Y las madres romanas,
 Como infausto cometa y espantoso,
 Ven acercarse al vencedor de Cánas.
 ¿ Quién le arrojó de allí? Quién hacía el solio
 Que Dido fundó un tiempo, sacudia
 La nube que amagaba al Capitolio?
 Quién con funesto estrago
 En los campos de Zama el cetro rompe
 Con que leyes dió al mar la gran Cartago?

La constancia : ella sola es el escudo
 Donde el cuchillo agudo
 La adversidad embota; ella convierte
 En deleite el dolor, la ruina en gloria;
 Ella fija el dudoso torbellino
 De la fortuna, y manda la victoria :
 Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
 ¡ Oh España! ¡ Oh patria! El luto que te cubre
 Muestre en tan grave afan tu amarga pena;
 Pero espera tambien, y con sublime
 Frente, de vil abatimiento ajena,
 La alta Gádes contempla y sus murallas
 Besadas por las olas,
 Que asombradas aun y enrojecidas
 Tiéndense allí por las sonantes playas,
 Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el breton en el soberbio alcázar
 Que corona su indómito navio,
 Y ufano con su gloria y poderío,
 « Allí están, exclamó; volved los ojos,
 Compañeros, allí : nuevos despojos

Ya vuestra invicta mano
 Va á conseguir en los endebles pinos
 Que España apresta á su defensa en vano.
 Libre de esclavitud no sea ninguno :
 Hijos somos nosotros de Neptuno,
 ¿ Y ellos osan surcar el Océano?
 Acordaos de Abukir : ¡ solo un momento
 Llegar, vencer y devorarlo sea!
 Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
 Que el opulento Tamesis me vea. »

Dijo; y tiende la vela : ellos le siguen
 Abriendo el mar con sus nadantes proras
 Del viento y de las ondas vencedoras;
 Mientras que firme el español los mira,
 Y despreciando su arrogancia fiera,
 El noble pecho palpitando en ira,
 Con impávida frente los espera.
 ¡ Ira justa! ¡ Ardor santo! Esos crueles,
 Bajo las alas de la paz seguros,
 Son los que nuestra sangre derramaron
 Por vil codicia, á la amistad perjuros;
 Esos los que á perpetua tiranía
 Condenaron el mar, los que hermanaron
 Del poder la insolencia y la soberbia
 Con la rapacidad y alevosía;
 Esos... La noche con su negro manto
 Envuelve el mundo : sombras espantosas
 En torno de los mástiles vagando,
 Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
 La pavorosa espectacion; el dia
 Abre el campo al furor, y horrendo Marte
 Con clamores de guerra hinche la esfera
 Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce.
 Con mortal estampido el eco truena,
 Y por el mar llevándose bramando,
 Hasta en las costas de África resuena.

Vuelan, movidas de rencor, las naves
 Con naves á encontrar : menos violentas
 Despide el polo austral sierras de hielo,
 Que con su mole inmensa y resonante
 Por las fáciles ondas se deslizan,
 Y al audaz navegante atemorizan :
 Ni con estruendo igual turban el cielo
 Las negras tempestades,
 Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
 A su furiosa guerra y duro encuentro
 Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,
 Creyendo en su pujanza
 Romper de nuestra escuadra el fuerte muro
 Tres veces rechazado
 Por el hispano esfuerzo, ya dudosa
 Ve la victoria que esperó seguro.
 ¿Quién su despecho pintará y su saña
 Cuando aquel pabellon, antes tan fiero,
 Miró invencible al pabellon de España?
 No hay saber, no hay valor, solo ya fia
 Su fortuna al poder : dobla sus naves
 Y las redobra en desigual pelea,
 De popa á proa, en uno y otro lado
 Cada español navío
 De mil rayos y mil es contrastado;
 Y él, con igual aliento
 Que recibe la muerte, así la envía.
 No : si cien voces yo, si lenguas ciento
 Me diese el cielo, a numerar bastara
 Las inclitas hazañas de aquel día :
 El humo al sol se las robaba entonces ;
 Pero la fama las dirá en su trompa,
 Las artes en sus mármoles y broncees.

Llega el momento en fin, tiende la muerte
 Su mano horrible y pálida, y señala
 Víctimas grandes el valiente Alcedo,

Castañas, Móyua, intrépidos perecen :
 Vosotros dos tambien, honor eterno
 De Bética y Guipúzcoa !... ¡Ah, si el destino
 Supiese perdonar! ¿Cómo á aplacarle
 La oliva no bastó que unió Minerva
 Á los lauros de Marte en vuestra frente?
 ¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente
 Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
 De vuetsras sabias huellas
 Llenos están de América los mares,
 Las Cicladas lo están; viuda la patria
 De tantos héroes que enlutada llora,
 Pide á su corazón lágrimas nuevas
 Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.
 ¡ Ah ! ¡ Vivierais los dos ! Y en vez de llanto,
 Del dolorido canto
 Que mi funebre acento hoy os consagra,
 Pudiera ya contraponer el pecho
 Al golpe atroz y recibir la herida :
 Diera á la patria así mi inútil vida,
 ¡ Y vivierais los dos ! Y ella orgullosa
 Con vuestra luz y espíritu valiente,
 Al arduo porvenir hiciera frente,
 De rayos coronada y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,
 Generoso escuadron, allí caiste;
 Tambien brotando á rios
 La sangre inglesa inunda sus navíos;
 Tambien Albion pasmada
 Los montes de cadáveres contempla,
 Horrendo peso á su soberbia armada;
 Tambien Nelson allí... Terrible sombra,
 No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
 Que vil insulte á tu postrer suspiro :
 Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
 ¡ Oh golpe ! ¡ Oh suerte ! El Támesis aguarda

1. Don Dionisio Alcalá Galiano y don Cosme Churrucá.

De las naves cautivas
 El confuso tropel, y ya en idea
 Goza el aplauso y los sonoros vivas
 Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
 Solo le verá entrar pálido y yerto :
 Ejemplo grande á la arrogancia humana,
 Digno holocausto á la afliccion hispana.

Así el furor de Marte
 Impele el brazo de la parca, y siega
 Vidas sin fin : lanzado por la rabia
 Cunde el fuego voraz, las tablas arden,
 Un volcan encendido
 Es cada buque, por los aires vagos
 Se alza y retumba el hórrido estallido,
 Y los sepulta el mar. ¿Hay mas estragos ?
 Si; que el cielo, ominoso á tal porfia,
 Manda á los aquilones inclementes
 Separar los feroces combalientes
 Y en borrascosa noche hundir el dia.
 Lo manda; ellos crueles,
 Azotando las ondas con sus alas,
 Se arrojan á los míseros bajeles
 Al nuevo asalto, al sin igual combate
 Fallece el árbol trémulo y se abate;
 Hiéndese la armazon, el Océano
 Por el roto entrepuente entra bramando;
 Y moribundo el español exclama :
 ¡Ah ! Perecíese yo, pero lidiando.

En tan atroz conflicto
 Allá en las nubes la gloriosa frente
 Asomaban los fuertes campeones
 Que armados del tridente y del acero
 Al pabellon ibero
 Hicieron humillarse las naciones.
 Lauria y Tovar se vian,
 Avilés y Bazan, que, saludando
 A los héroes de Hesperia que morian,

« Venid entre nosotros, les decian;
 Venid entre los bravos que imitasteis.
 Ya el premio hermoso del valor ganasteis;
 Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
 España, concitando sus guerreros,
 Magnánima se apresta á nuevas lides :
 Volved la vista á la ciudad de Alcides :
 Gravina, Eseaño, y Alava, y Cisneros,
 Y otros ciento allí están, firme columna,
 Dulce esperanza á nuestro patrio suelo :
 Venid, volad al cielo,
 Y sed astros de esfuerzo y de fortuna. »
 (1803.)

Á LA EXPEDICION ESPAÑOLA

PARA PROPAGAR LA VACUNA EN AMÉRICA BAJO LA DIRECCION DE
 DON FRANCISCO BALMIS.

¡ Virgen del mundo, América inocente !
 Tú, que el preciado seno
 Al cielo ostentas de abundancia lleno,
 Y de apacible juventud la frente ;
 Tú, que á fuer de mas tierna y mas hermosa
 Entre las zonas de la madre tierra,
 Debiste ser del hado,
 Ya contra tí tan inclemente y fiero,
 Delicia dulce y el amor primero ;
 Óyeme : si hubo vez en que mis ojos,
 Los fastos de tu historia recorriendo,
 No se hinchasen de lágrimas ; si pudo
 Mi corazon sin compasion, sin ira
 Tus lástimas oír, ¡ ah ! que negado
 Eternamente á la virtud me vea,
 Y bárbaro y malvado
 Cual los que así te destrozaron sea.

Con sangre están escritos
 En el eterno libro de la vida

Esos dolientes gritos
 Que tu labio afligido al cielo envia.
 Claman allí contra la patria mia.
 Y vedan estampar gloria y ventura
 En el campo fatal donde hay delitos.
 ¿No cesarán jamás? No son bastantes
 Tres siglos infelices
 De amarga expiacion? Ya en estos dias
 No somos, no, los que á la faz del mundo
 Las alas de la audacia se vistieron
 Y por el ponto Atlántico volaron;
 Aquellos que al silencio en que yacias,
 Sangrienta, encadenada, te arrancaron.

Los mismos ya no sois; pero ¿mi llanto
 Por eso ha de cesar? Yo olvidaria
 El rigor de mis duros vencedores;
 Su atroz codicia, su inclemente saña
 Crimen fueron del tiempo, y no de España.
 Mas ¿cuándo ¡ay Dios! los dolorosos males
 Podré olvidar que aun misera me ahogan?
 Y entre ellos... ¡Ah! venid á contemplarme,
 Si el horror no os lo veda, emponzoñada
 Con la peste fatal que á desolarme
 De sus funestas naves fué lanzada.
 Como en árida mies hierro enemigo,
 Como sierpe que infesta y que devora,
 Tal su ala abrasadora
 Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.
 Miradla abracecerse, y cual sepulta
 Allí en la estancia oculta
 De la muerte mis hijos, mis amores.
 Tened ¡ay! compasion de mi agonía
 Los que os llamais de América señores:
 Ved que no basta á su furor insano
 Una generacion; ciento se traga;
 Y yo, expirante, yerma, á tanta plaga
 Demando auxilio, y le demando en vano.

Con tales quejas el Olimpo heria
 Cuando en los campos de Albion natura
 De la viruela hidrópica al estrago
 El venturoso antidoto oponia.
 La esposa dócil del celoso toro
 De este precioso don fué enriquecida,
 Y en las copiosas fuentes le guardaba,
 Donde su leche cándida á raudales
 Dispensa á tantos alimento y vida.
 Jenner lo revelaba á los mortales.
 Las madres desde entónces
 Sus hijos á su seno
 Sin susto de perderlos estrecharon,
 Y desde entonces la doncella hermosa
 No tembló que estragase este veneno
 Su tez de nieve y su color de rosa.
 Á tan inmenso don agradecida
 La Europa toda en ecos de alabanza
 Con el nombre de Jenner se recrea;
 Y ya en su exaltacion eleva altares
 Donde, á par de sus genios tutelares,
 Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria á la radiante lumbré,
 En noble emulacion llenando el pecho,
 Alzó la frente un español: « No sea,
 Clamó, que su magnánima costumbre
 En tan grande ocasion mi patria olvide.
 El don de la invención es de fortuna,
 Gócele allá un inglés; España ostente
 Su corazon espléndido y sublime,
 Y dé á su majestad mayor decoro
 Llevando este tesoro
 Donde con mas violencia el mal oprime.
 Yo volaré; que un númen me lo manda;
 Yo volaré: del férvido Oceáno
 Arrostraré la furia embravecida
 Y en medio de la América infestada
 Sabré plantar el árbol de la vida. »

Dijo; y apenas de su labio ardiente
 Estos ecos benéficos salieron,
 Cuando tendiendo al aire el blando lino,
 Ya en el puerto la nave se agitaba
 Por dar principio á tan feliz camino.
 Lánzase el argonauta á su destino.
 Ondas del mar, en plácida bonanza
 Llevad ese depósito sagrado
 Por vuestro campo líquido y sereno;
 De mil generaciones la esperanza
 Va allí, no la anegueis, guardad el trueno,
 Guardad el rayo y la fatal tormenta
 Al tiempo en que, dejando
 Aquellas playas fértiles, remotas,
 De vicios y oro y maldicion preñadas
 Vengan triunfando las soberbias flotas.

Á Balmis respetad. ¡ Oh heroico pecho,
 Que en tan bello afanar tu aliento empleas!
 Vé impávido á tu fin. La horrenda saña
 De un ponto siempre ronco y borrascoso,
 Del vértigo espantoso
 La devorante boca,
 La negra faz de cavernosa roca
 Donde el viento quebranta los bajeles,
 De los rudos peligros que te aguardan
 Los mas grandes no son ni mas crueles.
 Espéralos del hombre: el hombre impio,
 Encallado en error, ciego, envidioso,
 Será quien sople el huracan violento
 Que combata bramando el noble intento.
 Mas sigue, insiste en el firme y seguro;
 Y cuando llegue de la lucha el día,
 Ten fijo en la memoria
 Que nadie sin teson y ardua porfia
 Pudo arrancar las palmas de la gloria.

Llegas en fin. La América saluda
 Á su gran bienhechor, y al punto siente

Purificar sus venas
 El destinado bálsamo: tú entónces
 De ardor mas generoso el pecho llenas;
 Y obedeciendo al númen que te guía,
 Mandas volver la resonante prora
 Á los reinos del Ganges y á la aurora.
 El mar del Mediodía
 Te vió asombrado sus inmensos senos
 Incansable surcar; Luzon te admira,
 Siempre sembrando el bien en tu camino,
 Y al acercarte al industrioso chino,
 Es fama que en su tumba respetada
 Por verte alzó la venerable frente
 Confucio, y que exclamaba en su sorpresa:
 « ¡ Digna de mi virtud era esa empresa! »

¡ Digna, hombre grande, era de tí! ¡ Bien digna
 De aquella luz altísima y divina,
 Que en días mas felices
 La razon, la virtud aquí encendieron!
 Luz que se extingue ya: Balmis, no tornes
 No crece ya en Europa
 El sagrado laurel con que te adornes.
 Quédate allá, donde sagrado asilo
 Tendrán la paz, la independéncia hermosa;
 Quédate allá, donde por fin recibas
 El premio augusto de tu accion gloriosa.
 Un pueblo, por tí inmenso, en dulces himnos
 Con fervoroso celo
 Levantará tu nombre al alto cielo;
 Y aunque en los sordos senos
 Tú ya durmiendo de la tumba fría,
 No los oirás, escúchalos al menos
 En los acentos de la musa mia.

(Diciembre de 1806.)

A LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

Dos lustros ya de plácido sosiego
Sobre el regazo de la paz hermosa
Gozado el mundo habia;
Y adormecido el fuego
De la discordia atroz, la espada ociosa
Entre el polvo y orin se consumia.
Nada turbó las candidas auroras
De tan dulce quietud; logró en su asilo
El labrador tranquilo
Ver coronadas de su afán las horas.

Mas sangre y fuego respirando viene
Con violento ademan Mayorte fiero,
Y á la cumbre escarpada
De la antigua Pirene
Sube ardiendo en furor; cruje el acero
De su carro espantoso, y empuñada
La mortífera lanza que blanda,
Mueve sañudo la execrable frente,
Y en su rabia impaciente
Cebarse en llanto y mortandad desea.

Tronó su voz; al escucharla entonces
El suelo en luto y en pavor gemia;
Destrozado, oprimido
Con los enormes bronce,
Vió la flor de la Hesperia que corria
De la bélica trompa al gran sonido.
¡Miseros! id donde el honor os lleva,
Ardiendo en ansia de funesta gloria;
Volad á la victoria,
Y haced de vuestro aliento heróica prueba.

¿Qué lograréis? El monstruo abominable
De vuestra insana ceguedad riendo,

Da la señal; ya sube
Del cañon formidable,
Al cielo vuestros crímenes diciendo,
De fuego y humo la ondeante nube.
Retumba el aire, y pavoroso esconde
Los gritos, el terror, el triste estrago;
El amago al amago,
La cólera á la cólera responde.

Muerte horrible á la muerte. Asi espantoso
Bate las altas cimas de Apenino
El Aquilon sañudo;
Á su impetu fragoso
El cedro añoso y el soberbio pino,
Sin encontrar á su defensa escudo,
Caen; y el hondo valle estremeciendo,
Por los ecos aligeros llevado,
Asorda dilatado
De caverna en caverna el ronco estruendo.

Y en medio de la lucha fulminante
Es el furor tan bárbaro y tan ciego,
Que ni la tierna esposa
Ni la adigida amante
Templar podrán de la contienda el fuego
Con su memoria tierna y dolorosa.
Todo cae, agoniza; ¡hombres crueles!
Y acaso aspiran á dorar su estrago
Con el falaz halago
Del carro triunfador y sus laureles.

Mas no: junto á la rueda sanguinaria
Van la viudez y la orfandad que lloran.
Monarcas de la tierra,
¿La misera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término á la guerra;
Y si el rayo, el relámpago y el trueno
Vuestro poder mostraron á porfia,

Ya es bien que luzca un día,
Debido á vuestra union, dulce y sereno.

Le dais por fin; á vuestra voz levanta
En el aire la paz de su alma oliva
La bienhechora rama.

¿No veis cuál se adelanta
A aplaudiros la tierra, y cuán festiva
Bendice vuestro nombre y os aclama?
¡Salud, divina paz! Eterna amiga
De la vida y del bien, ven, y en contento
Convierte el desaliento,
Y en sosiego apacible la fatiga.

Ven, y que la amistad, que la preciada
Virtud prodiguen sus inmensos bienes :
En esto ¡oh Diosa! emplea
Tu proteccion sagrada.
Tú fecundas el mundo y le sostienes,
Tú le das ornamento y se hermosea ;
Bajo la sombra de tu augusto velo
Las artes viven en concierto amigo,
Y seguro contigo,
El Gemo extiende su brillante vuelo.

¿Tú en los templos el incienso humea,
¿Tú las musas su divino acento
Sonoramente envían;
Y en cuanto el mar rodea,
En cuanto ilustra el sol y gira el viento,
De tí sola su bien los pueblos fian,
¡Ah! Maldicion eterna al inhumano
Que, profanando la quietud del suelo,
Muestre en bárbaro anhelo
Ardiendo el hierro en su homicida mano!

¡Maldicion, maldicion! Corren veloces
Los rios á la mar; nosotros ciegos
Al crimen y á la muerte

Nos llevamos feroces,
Sin atender á los humildes ruegos
De la virtud, sin escuchar la fuerte
Leccion del tiempo, que incesante clama.
¡Triste destino! El hombre fascinado
Va siempre al carro atado
De la ambicion frenética que brama.

Pues si negado á tantos escarmientos,
Siempre ha de ser que el universo gima
En guerra y en crueldades,
Dejad vuestros asientos,
¡Oh montes! y cayéndonos encima,
Fenece de una vez tantas maldades.
Irrita ¡oh ponto! tus voraces ondas,
Hasta que, sepultado el ancho mundo
En tu abismo profundo,
Por siempre en él nuestra impiedad escondas.

À ESPAÑA,

DESPUES DE LA REVOLUCION DE MARZO.

¿Qué era, decidme, la nacion que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendia
Su cetro de oro y su blason divino?
Volábase á occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España : en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasia
Para abarcarla se cansaba en vano ;
La tierra sus mineros le rendia,
Sus perlas y coral el Océano,
Y donde quier que revolver sus olas

Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia ajena,
Como esclava en mereado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡ Qué de plagas, ¡ oh Dios ! Su aliento impuro,
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida ;
La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lividos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó ; tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos ;
Tres veces ¡ ay ! Los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¿ Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh Iberia ?
Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto ?

Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar ; ya ni en su popa
Las guiraldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero,
Ahogó su vocería
El ronco marinero,
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frio ;
Y él va á estrellarse al áspero bajo.

Llegó el momento, en fin ; tiende su mano
El tirano del mundo al occidente,

Y fiero exclama : « El occidente es mio. »
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno oscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan ;
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡ Oh vergüenza ! ¿ Acaso
Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas ?
No en tanto os estimeis : grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España
Del indigno rumor que cerea oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcan que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden ;
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden :
« ¡ Venganza ! » ¿ Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban ?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza ;
Y tú orgulloso y fiero,
Viendo que aun hay Castilla y castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo : « Ya acabaron los tiranos. »

¡ Oh triunfo ! ¡ Oh gloria ! ¡ Oh celestial momento !
¿ Con que puede ya dar el labio mio
El nombre augusto de la patria al viento ?
Yo le daré ; mas no en el arpa de oro
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí ; no aprisionado

En estrecho recinto, en que se apoca
 El númen en el pecho
 Y el aliento fatídico en la boca.
 Desenterrad la lira de Tirteo,
 Y el aire abierto á la radiante lumbre
 Del sol, en la alta cumbre
 Del ríscoso y pinífero Fuenfria,
 Allí volaré yo y allí cantando
 Con voz que atruene en rededor la sierra,
 Lanzaré por los campos castellanos
 Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡ Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
 Único asilo y sacrosanto escudo
 Al impetu saúdo
 Del fiero Atila que á occidente oprime!
 ¡ Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
 Ved del Tercer Fernando alzarse airada
 La augusta sombra; su divina frente
 Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
 Blandir el Cid su centellante espada,
 Y allá sobre los altos Pirineos,
 Del hijo de Jimena
 Animarse los miembros gigantes.
 En torbo ceño y desdenosa pena
 Ved cómo cruzan por los aires vanos;
 Y el valor exhalando que se encierra
 Dentro del hueco de sus tumbas frías,
 En fiera y ronca voz pronuncian: « ¡ Guerra!

¡ Pues qué! ¿ Con faz serena
 Vierais los campos devastar opimos,
 Eterno objeto de ambición ajena,
 Herencia inmensa que afanando os dimos?
 Despertad, raza de héroes; el momento
 Llegó ya de arrojarse á la victoria;
 Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
 Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
 No ha sido en el gran día

El altar de la patria alzado en vano
 Por vuestra mano fuerte.
 Juradlo, ella os lo manda: *¡ Antes la muerte
 Que consentir jamás ningún tirano!* »

Sí, yo lo juro, venerables sombras;
 Yo lo juro también, y en este instante
 Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
 Ceñidme el casco fiero y refulgente:
 Volemos al combate, á la venganza;
 Y el que niegue su pecho á la esperanza,
 Hunda en el polvo la cobarde frente.
 Tal vez el gran torrente
 De la devastacion en su carrera
 Me llevará. ¿ Qué importa? ¿ Por ventura
 No se muere una vez? ¿ No irá, espirando,
 Á encontrar nuestros ínclitos mayores?
 « ¡ Salud, oh padres de la patria mía,
 Yo les diré, salud! La heroica España
 De entre el estrago universal y horrores
 Levanta la cabeza ensangrentada,
 Y vencedora de su mal destino,
 Vuelve á dar á la tierra amedrentada
 Su cetro de oro y su blason divino. »

(Abril de 1808.)

Á LUISA TODI,

CUANDO CANTÓ EN EL TEATRO DE MADRID LAS DOS ÓPERAS
 « DE ARMIDA » Y « DIDO ».

¿ Qué se negó de la falaz Armida
 Al mágico poder? Su voz sonaba,
 Y el bátrato profundo
 De sus lóbregos senos alanzaba
 El tremendo escuadron que la servía.
 Viérase al punto de infernal veneno
 Toda inundarse en derredor la esfera,

Arder el rayo y retumbar el trueno.
 La rápida carrera
 Suspenderse del sol, bramar los vientos,
 En sus hondos cimientos
 Estremecerse el mar, y mal segura
 La tierra contrastada,
 De sus ojos eternos desquiciada.

Mas cuando al fin enamorada y ciega
 El corazón indómito rendía,
 Y de perder su amante recelosa,
 En los fines del orbe le escondía,
 Ya no era entonces la espantosa maga;
 Era ya una deidad. El polo yerto
 Ostentóse cubierto
 Con el manto de Flora;
 Por los fecundos prados
 Las fuentes marmuraban,
 Y de esencias bañados,
 Los céfiros jugaban con las flores;
 Volaban los amores,
 Las gracias y el deleite en pos de Armida;
 Y ella entre tanto, de Rinaldo asida,
 El coro de las aves escuchaba,
 Que al placer y al amor la convidaba.

Tal fué entonces Armida; y tal ahora
 Tú ¡oh poderosa Todi! la presentas,
 Ya en ternura y delicias anegada,
 Temerosa después, y al fin furiosa
 Viendo su gloria y su beldad hollada.
 ¡Invencion celestial! No, no es Armida
 La que así nos enciende
 Y el agitado espíritu suspende:
 El mentido poder que por su encanto
 Tuvo en los elementos confundidos,
 Hoy en nuestros sentidos
 Lo alcanza el arte y lo renueva el canto.

¡Soberana armonía!
 ¿En qué sus dulces y halagüeñas flores
 Mas bien que en tus loores
 Esparcir deberá la poesía?
 Pero ¿cómo en su vuelo
 La poderosa voz seguir podría
 Que pasma al mundo y maravilla al cielo?
 Ella parte suave;
 Y ora orgullosa y grave
 Del espacio los ámbitos domina,
 Ora en quiebros dulcísimos se pierde,
 Y delicada trina;
 Ora sube al Olimpo, ora descende,
 Y ora como un raudal rico y sonoro
 Vierte súbitamente en los oídos
 De su riqueza armónica el tesoro.

Sola la admiración enmudecida
 Seguir la puede en su veloz carrera;
 ¿Y dó ha vivido el corazón de fiera
 Que se negase esquivo
 De su expresión celeste al atractivo?
 ¡Oh! no es posible el evitar su imperio;
 La fogosa energía
 De su gesto y acción se le prometen,
 Y su mágico acento y melodía.
 Aquí vence, aquí triunfa, aquí arrebatada:
 Vedla de gloria y majestad vestida
 Cuando del solio el esplendor retrata;
 Vedla después, desesperada y llena
 De cólera y soberbia, amenazando:
 Nube parece que espantosa trueno,
 O terrible Aquilón cuando, soplando
 Con hórrido silvido,
 Sacude el universo combatido.

¿Mas cuál benigna suavidad se siente?
 Él es, el blando amor, el hijo ardiente
 De la hermosa y divina Citerea:

Mas dulce y grato que la miel hiblea,
 Mas puro que los céfiros, su acento
 Sale inflamando el viento,
 Y por do quiera su ternura inspira.
 Ya tras el bien perdido
 Vaga anhelante y con dolor suspira ;
 En el dulce trinar pinta el gemido,
 En los blandos gorjeos
 Aparecen los tímidos deseos,
 La amorosa inquietud, las ansias tiernas,
 La risa alegre y apacible juego
 Que ceban tanto el delicioso fuego.
 Ya con tono mas grave
 La sublime constancia se ve ornada,
 O en celeste deliquio modulada
 Del caro bien la posesion suave.

Entonces gime el insensible, entonces
 Hasta los duros mármoles se agitan ;
 Amor aprende á amar, á amar incitan
 El eco, el viento, y de tu voz herido,
 Por su divino impulso es arrastrado
 Mi corazón vencido.

Salta en el pecho, y sin cesar palpita,
 Todo anegado en el amante anhelo
 Que inspira el canto ; su vehemente llama
 Veloz discurre por mi sangre y venas,
 Y en todas ellas su calor derrama ;
 Derrama su calor, que vuelto en llanto,
 Sin ser posible á contenerle el seno,
 Salta á la vista en delicioso encanto.

¿Quién de tu genio mesurar podria
 La extension y el ardor ? Dinos, ¿ en dónde
 Tuyo su oriente ? ¿ En dónde
 Se adestró á desplegar tal osadía,
 Y de tanta riqueza salió lleno ?
 ¿ Fué acaso allá donde el feliz Ismeno
 Corrió bañando la sonora Tébas ?

¿ Ó mas bien sobre el Ismaro sombrío,
 Do por la vez primera
 Los ecos de la música sonaron,
 Y tras si arrebataron
 Los hombre y las fieras,
 Las rocas y los árboles ? ¿ Dó Orfeo
 Su lira de oro celestial pulsaba,
 Los vientos á su voz se condolian,
 Y á Euridice llamaba,
 Y Euridice los montes respondian ?

Igual, empero, ó superior, tú impeles
 Al seno del olvido

Los pesares amargos y crueles.

Yo lo vi, lo sentí. Del hondo averno

Por mi mal abortado,

Un esquivo cuidado devoraba

Mi triste corazón, cuando presente

Vi la sidonia reina, que clamaba

Contra el troyano pérfido inclemente.

¡ Bárbara atrocidad ! Huye el ingrato

Sin que bastantes sean

De la misera amante las querellas

Su fuga á suspender : huye, no cura

Los preciosos tesoros

Que fiel le prodigaba la hermosura ;

Tesoros ¡ ay ! de amor y de ternura.

Y se entrega á la mar, ¡ qué de lamentos !

¡ Qué horrorosos acentos !

¡ Qué desesperacion ! En vano llora

La triste, y corre enfurecida, y gime ;

En vano al cielo en su dolor implora,

Y á los hombres tambien ; hombres y dioses

Al dolor y al horror la abandonaron...

¿ Morirá la infelice

Sin hallar compasion ?... Grande, sublime

Terrible situacion, que sorprendido

Mi espíritu admiraba,

Y olvidó su afliccion llorando á Dido.

¡ Y que tan dulces horas
 Hayan de fenecer! Mantua te pierde,
 Mantua, que tanto te admiró; desierto
 Se verá el gran teatro donde un día
 Al eco de tu canto y los aplausos
 El soberbio artesón se estremecía.
 Mustió el espectador, irá á buscarte
 Y no te encontrará; y en tal vacío,
 ¿Dó está, dirá, la enamorada Elfrida,
 La dulce Hipermenestra,
 La arrogante Cleopatra y Cleofida?
 Sombras sublimes, cuya hermosa idea
 Inventar y animar el genio pudo,
 ¿Será que nunca ya mi mente os vea?

Anda, vive feliz, corre el sendero
 Que á tu brillante gloria abrió el destino;
 Mas ¿qué le falta á su esplendor divino?
 El universo entero
 Su honor, su encanto, su deidad te aclama.
 Llevada en raudó vuelo
 Por la sonante trompa de la fama,
 Pasmará las edades, y asombrado
 Te nombrará el artista, y confundido
 Por mas osado que su genio sea,
 Tú el término serás de su esperanza,
 Dique á su presunción: él desde lejos
 Adorará tus soberanas huellas,
 Y lucirá tal vez con tus reflejos.
 Así en el alto Olimpo las estrellas
 Brillan, mas solamente en noche umbria,
 Cediendo el resplandor y la victoria
 Al gran planeta que preside al día.

(1795.)

Á MELENDEZ,

CUANDO LA PUBLICACION DE SUS POESIAS.

¡ Gloria al grande escritor á quien fué dado
 Romper el sueño y vergonzoso olvido
 En que yace sumido
 El ingenio español; donde confusas,
 Sin voz y sin aliento,
 Se hunden y pierden las sagradas musas!

Alto silencio en la olvidada España
 Por todas partes extendió su manto,
 Cuando tu hermoso canto
 Resonando ¡ oh Melendez! de repente,
 De orgullo y gozo llena,
 Se vió á tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas
 Crecer las nieblas de ignorancia viendo
 Natura, y sacudiendo
 El ocio letargoso en que yacia,
 Dijo: « Que Homero sea; »
 Y Homero nace, y resplandee el día.

Bellos como la luz, tersos y puros,
 Bien como el fondo del etéreo cielo,
 Gratos aun mas que el vuelo
 Del céfiro sonante en el estío,
 Cuando las hojas mueve,
 Y templá el rayo en delicioso frío;

Tus armoniosos versos á raudales
 Del manantial fecundo se arrebatan,
 De fieles se retratan
 Las flores y los árboles del suelo,

Las sierras enrisecadas,
Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡ Cisnes del Pindo ! Amable Anaereonte,
Tú, que de estro y amor mientras vivías,
Misera Safo, ardías.

Y tú, divino Pindaro, que elevas
En tu atrevido acento
Con tu nombre clarísimo el de Tebas ;

Volad hacia las playas de occidente
Desde la cumbre de Helicon divino,

Y ved el gran destino
Con que se ensoberbece el suelo iberio
Mirando en su poeta
Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira
Cuando el canto de amor en ella suena ;
Y apacible y serena
La belleza en sus versos vencedores
Se goza retratada,
De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego á los amenos campos,
Á la abundosa y apacible vega
Que el claro Tórmes riega ;
Y al escuchar su pastoral acento,
Ved florecer las rosas,
Reír el prado, embebecerse el viento.

Mas ¿ dó su musa rápida se esconde ?
¿ Dónde se eleva ? Á su ambicioso pecho
El orbe vino estrecho,
Y al éter se encumbró ; gozosa mira
Bajo de sí las nubes,
Y al campo inmenso del espacio gira.

¡ Vosotros solos, númenes del canto,
Le seguiréis ! Desde el fanal de Apolo

Al rutilante polo
Todo lo abarca en su inmortal porfia,
Y de fulgor se llena,
Y torrentes de lumbre al mundo envía.

À esta pompa magnífica, á los ecos
De aplauso universal que resonaron,
Sus cuellos agitaron
Las sierpes de la envidia, y de su seno
Ya á lanzar se aprestaban
Con torpe lengua el infernal veneno ;

Quando un genio gritó : « ¡ Monstruos odiosos !
¿ Qué sois, decid, para alcanzar victoria
De tan hermosa gloria ?
Sabed que nunca de la niebla umbría
El insensato orgullo
Vencer presume en claridad al día.

Admirad y callad », dijo. La envidia
Vióse aterrada, y su furor fué vano ;
Y el genio abrió su mano,
Y el lauro descendiendo omnipotente,
Al inmortal poeta
Cereó de rayos la gozosa frente.

(1797.)

À GUZMAN EL BUENO.

Ya con lira sonora,
Himnos di á la beldad hija del cielo,
Y á amor canté que sin cesar la adora ;
Mas ¿ cómo al fin mi generoso anhelo
Podrá exaltarse de la hermosa fama
Hasta el templo inmortal ? Ella me llama,
Y ya en mi pecho hierve
El canto de loor, sin que mis ojos
En esta sirtre miserable vean
El grande objeto que ensalzar desean.

¿Cantara yo las haces españolas
 En Pirene temblado al eco horrendo
 Con que Mavorte en rededor rugia?
 ¿Ó á las naves británicas huyendo
 Nuestra misera escuadra entre las olas,
 Amedrentadas ya con su osadía?
 No, España, patria mia;
 No son eternas, no, las torpes huellas
 Que de tu noble frente
 Empañan el honor; tú en otros dias,
 Con victorioso patriotismo bellos,
 De gloria ornada y esplendor te vias.
 ¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?

Entonces los Alfonsos esforzados,
 El hijo de Jimena y gran Rodrigo,
 Rayos horribles de la gente mora,
 Con sus nervudos brazos no cansados
 Desolación del bárbaro enemigo
 Eran siempre en la lid espantadora.
 ¿Quién diera á mi deseo
 Tantos lauros contar? Cada llanura
 Fué campo de batalla,
 Cada colina vencedor trofeo;
 Los sitios mismos que el baldon miraron,
 Miraron la venganza, y las afrentas
 En torrentes de sangre se lavaron.

« Venid, venid, el árabe decia,
 Volad, hijos de Agar; ya los esclavos
 El yugo intentan sacudir que un dia
 En su arrollado cuello
 Vuestro valor indómito cargara.
 ¿Lo sufriréis? Las naves aprestemos,
 Y el ancho valladar con que el destino
 La Europa y Libia dividió salvemos.
 Venid, venid; que nuestra fiera saña
 Estremecida España

Sienta otra vez; acometed, y abiertas
 De Calpe y de Tarifa os son las puertas. »

Mas no las puertas de Tarifa entonces
 Al pérfido Julian obedecian;
 El valor y el honor las defendian;
 El honor y el valor que siempre fueron
 Escudo impenetrable el mas seguro.
 ¿Qué sin ellos valer el alto muro
 Ni el grueso torreón jamás pudieron?
 ¡ Oh pueblo numantino !
 El hombre es solo quien guarnece al hombre.
 ¡ Oh sagrada ciudad de alto renombre !
 ¿Quién sino tu constancia te cenía
 Cuando las olas del poder romano
 Sobre tí vanamente se estrellaban,
 Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzman impertérrito defiende
 La fortaleza en donde
 Quebrada el moro su pujanza via;
 Que ataca en vano, y de furor se enciende,
 Y truena, al fin, con la espantable saña
 La nube que se rompe
 Con estruendo fragoso en la montaña.
 « ¿ Así será que la esperanza mia
 Un hombre solo á contrastar se atreva?
 Oye, Guzman : las leyes del destino
 Esta prenda infeliz de tus amores
 Á mi venganza dieron :
 Hijo es tuyo, ¿ le ves ? Si en el momento
 Ante mis piés no allanas
 La firme valla del soberbio fuerte,
 Tú, que le diste el ser, tú le das muerte. »

Así la iniquidad habla á la tierra,
 Cuando, de orgullo y de poder henchida,
 Mueve á los hombres espantosa guerra.
 Oh ! ¡ no tembleis ! Magnánima á su encuentro

La virtud generosa se levanta,
 Y sus soberbios impetus quebranta.
 Ella elevó á Guzman; de ella inspirado,
 «Conóceme, tirano, respondia;
 Y si es que espada en tu cobarde mano
 Falta á la atrocidad, ahí va la mia;
 Que yo consagro mi inocente hijo
 Sobre las aras de mi patria amada.»
 Esto sereno dijo,
 Y arroja al campo la fulminea espada.

Y estremécese el campo, y da un gemido
 Al vacilar la victima, do esconde
 Su punta aguda el inclemente acero.
 Calpe con gritos de dolor responde
 Al grito universal, y del guerrero
 Tambien la faz valiente
 Brotando riega involuntario el llanto.
 ¡Ah! tú padre de España eras primero;
 Mira cuál ella la segura frente
 Alza y su núnmen tutelar te aclama;
 Mira á tu gloria despertar la fama,
 Que, sus doradas alas desplegando
 Y sonando la trompa refulgente,
 Los grandes ecos de tu nombre envia
 Del norte al mediodia,
 Del templo de la aurora al occidente.

Y esta soberbia aclamacion oyendo,
 De horror y espanto el berberisco herido,
 Huye al mar confundido,
 Entre sollozos trémulos diciendo:
 «Huyamos ¡ay! á nuestra ardiente arena.
 ¿Cómo arrancar la tímida paloma
 Podrá su presa al águila valiente
 Del aire vago en la region serena?
 Quiébrase el cetro á la africana gente,
 Su trono se hunde, y la cruel venganza

Del vencedor, estrago y ruina
 Contra el seno del África fulmina.»

Así temblando el musulman huia
 Del español guerrero,
 Que sobre él centellando revolvía.
 Bien como cuando su valor primero,
 Sorprendido, el leon pierde, y se amansa,
 Y en si el oprobio de servir consiente.
 ¿Cómo á tan vergonzoso vituperio
 La generosa frente
 Pudo ya doblegar? ¿Dó fué el espanto
 Que dió á la selva atónita su imperio?
 ¿Nació quizá para vivir esclavo?
 No, que llega su vez, y ardiendo en ira,
 Rompe, y se libra, y con feroz semblante
 Del vil ultraje á la venganza aspira,
 Bañando en sangre las atroces manos:
 Y ruge, y amedrenta á sus tiranos.

(1800.)

Á LA DUQUESA DE ALBA,

PRESENTÁNDOLE UNA OBRA DE ESCULTURA CONSAGRADA Á SU
 BENEFICENCIA.

Fiel la amistad, á tu presencia ofrece
 Este precioso monumento, en donde
 La reverente gratitud te adora;
 Él tu dulce atencion humilde implora,
 Y una mirada de favor merece,
 Pues llega á tí como al Olimpo sube,
 Por manos inocentes enviada,
 De grato incienso vagarosa nube.

Pudo el cincel representar la gloria
 De tu belleza, el poderoso halago
 De tus ojos por siempre abrasadores,

Y tu triunfo ostentar y tus victorias
De las gracias en medio y los amores;
Mas era la amistad quien le guiaba :
Ella dijo al artista : « De tu mano
Un monumento singular espero,
Donde el genio del bien solo respire :
Que de Alba la deidad en él se mire,
Y que por él eternizada sea
La bondad celestial, inagotable,
Que su apacible corazón recrea.

Y agradóse el cincel en su tarea ;
Que al fin en ella á consagrar no aspira
Aquellos hijos del poder que triste
La tierra siempre y con terror admira.
Ellos del arte á profanar se atreven
El genio creador cuando en su gloria
Mandan tallar los mármoles y bronce
Para eterno blason de su memoria.
Óyelo el arte esclavizado, y gime,
Y obedece. ¿ Qué importa ? El humo negro
Que sus atroces crímenes exhalan
Allí fétido vaga ; allí se escuchan
Los ayes tristes que lanzar hicieron
Aquel honor que sin pudor violaron,
Aquella fe que sin cesar mintieron ;
La maldición del mundo, que oprimía
Su insolente ambición... ¡ Ah ! vanamente
Los esconde la tumba : ellos quisieron
Su fama eternizar ; su fama vive,
Mas es de eterna execración cargada ;
Y si la tierra á su pesar los nombra,
Ó bien de oprobio y de baldón los cubre,
Ó bien gimiendo y con dolor se asombra.

¡ Oh, cuán diversa suerte, amable amiga,
El cielo á tí te preparó ! Tu cuna
La humanidad y la amistad mecieron,
Y en tí encontraron sempiterno abrigo.

Creciste : tu poder y alta fortuna,
Cual raudales de bien, siempre se vieron
Llevar el gozo y la piedad consigo.
¿ Cómo ó de dónde tan sublimes dones
De tu nombre á la pompa se hermanaron ?
La pompa, siempre de soberbia henchida,
Solo á temor y humillación convida ;
Tú á agradecer y á amar. Dígalo el eco
De ansiedad y dolor con que tu nombre
De labio en labio sin cesar volaba
En estos tristes dolorosos días
Que la dolencia por tu ser vagaba
Cuando, como serpiente ponzoñosa
Por tus entrañas débiles corriendo,
El mal las devoraba, y tú gemías.
Las noches sucedían á los días,
Los días á las noches ; y el esquivo
Dolor triunfaba de tu endeble vida,
En su violencia atroz siempre mas vivo.
Huye ¡ oh muerte cruel ! De aquí destierra
Tu faz odiosa y tu inelmente saña ;
Hiera al perverso tu fatal guadaña
Vengando de él á la ultrajada tierra,
Y perdona á su encanto... Oyólo el cielo,
Y el arte, que solícito empleaba
Á par de ti su infatigable anhelo,
Calmar pudo al dolor ; la parca airada,
Que feroz amagándote ya estuvo,
Cedió, y la mano en tu exterminio alzada
Á su voz imperiosa se detuvo.

Vives en fin, y conservada fuiste
Al amoroso llanto y los suspiros
De la amistad, á los fervientes votos
Del agradecimiento. ¡ Ah ! si á la suerte
Plugo en tal riesgo separar la hora
Que á tu hermoso vivir última sea
Arrójela bien lejos ; y que entonces,
Serenó, sin dolor, sin agonía,

Se parezca el momento de tu sueño
 Al dulce osecurecer de un bello día.
 Morir es ley universal; no hay nadie
 Que su sentencia redimir consiga;
 Pero ¿morimos, adorable amiga?
 No; nuestro cuerpo, que la tierra esconde,
 Vive y da vida; nuestra mente vive,
 La del sabio en sus libros, la del bueno
 De sus acciones en el grande ejemplo;
 La virtud recordándolas se eleva;
 Gloria es su nombre, su memoria un templo.

Así vivirás tú; cuando trocada
 La suerte de los pueblos, que ahora deben
 A tu amoroso esmero su ventura,
 Sientan soberbia á la opresión su azote
 Sobre ellos extender, ¡oh cuántas veces
 De ti se acordarán! ¡Cuántas, postrados
 Ante este grupo, adoraran tu imagen,
 Y dirán: «¿Dónde estás? ¿Cuál fué la mano
 Que de tu amparo nos privó?» Y gimiendo,
 Y en llanto triste el pedestal regando,
 Exclamarán: «¡Oh Dios! si ella viviera,
 Cesara nuestra misera amargura;
 Lloráramos tal vez, y el llanto fuera
 De dulce gratitud y de ternura.»

Á DON NICASIO CIENFUEGOS,

CONVIDÁNDOLE Á GOZAR DEL CAMPO.

Tú, á quien el cielo con benignos ojos
 Miró desde el nacer; tú, en cuyo pecho
 Imprimió la virtud, y en larga mano
 El don divino de pintarla diera,
 Nicasio respetable, ¿por qué tardas,
 Y á la amistad que ansiosa te desea
 No te abandonas? De enlazados ramos

Espacioso dosel ora me ampara
 Del crudo ardor del polvoroso estío,
 Y los inquietos céfiros, vagando
 En dulce fresco, en movimiento y vida,
 Los senos bañan dei jardín. Mi mente
 Desolada entre tanto hácia ti vuela;
 Vuela hácia ti, que á tu pesar sumido
 En ese abismo pestilente y ciego,
 Los campos y las selvas solitarias
 Buscas, y aun dudas, y á gozar te niegas
 Placer tan puro y celestial conmigo.

¡Oh! No tardes, no tardes: bien tus pasos
 Llevas al bosque oculto, bien la vista
 Tiendas alegre en la abundosa vega,
 Ó la dulce corriente te embelese
 Del rio encantador; todo te llama
 Con delicioso afán, todo convida
 Tu enérgico pincel. No aquí ambiciosa
 Natura ansiara desplegar su inmenso
 Poder, y ornada en majestad sublime,
 Nuestra vista asombrar: guardó el espanto,
 Guardó el terrible horror allá do esconde
 Su frente el Apenino entre las nubes.
 Cúbrenle en torno las eternas nieves
 Que en vano bate el sol: si el viento suena,
 Es proceloso el austro, en cuyas alas
 Retumba el trueno; entonces los torrentes
 Baján furiosos á asolar los valles.
 ¿Qué es allí el hombre? Estremecido y solo
 Atónito se para, y no cabiendo
 Impresión tan soberbia en sus sentidos,
 Al mudo pasmo y confusión se entrega.

Graciosa, empero, aquí, dulce, apacible,
 Sus dones todos liberal reparte
 Naturaleza, y con placer se rie.
 Tal la beldad en su primer oriente,
 De gracias solo y suavidad bañada,

Suele mas tierna embelesar los ojos,
 Y el corazon herir. Nicasio, el mio
 Mas amó siempre que admiró. Do quiera
 Ternura aquí y amor. ¡ Oh cuántas veces,
 Cuántas, mirando las sociales vides
 Enlazarse á los olmos, y lozanas
 Entre los ramos de su verde apoyo
 Sus hojas ostentar y alegre fruto,
 En dulce llanto se bañó mi pecho!
 ¡ Cuántas pavesas del incendio antiguo
 Plácidas se avivaron! Los suspiros,
 Las ansias tiernas, la inquietud dichosa,
 Las delicias inmensas que algun dia
 Me inundaron, ¡ ay Dios! y acaso huyeron
 Para nunca volver; todas volaron,
 Todas á un tiempo con igual ternura
 Me asaltaron allí: si desaparece
 Y huye el amor, á la memoria acuden
 Padre, hermanos y amigos, y en un punto
 Afectos mil que á penetrar mi seno
 Aquel bosqueje solitario inspira,
 Y absorto y melancólico me llevan.

Lejos allá su placentero ruido
 La brillante cascada precipita
 Por el senoso peñascal, adonde
 Su curso rompe murmurando el río.
 Corro y le miro ¡ oh qué placer! furioso
 Del dique opuesto á su violencia en vano
 Clamoroso agitarse, alzar la espalda,
 Luchar, vencer, hervir, y en alba espuma
 Deshecho y rauda arrebatarse al llano.
 Vaga la vista entre los dulces juegos
 Que mil y mil con variedad graciosa
 Mágica el agua á su mirar presenta.
 Bañan en ella sus sedientas alas
 Los apacibles céfiros, y llenos
 De su grato frescor, en vuelo alegre
 Van á esparcirla á la tendida vega;

Mientras en dulce gratitud riendo,
 La dócil caña el intratable espino
 Y el álamo gentil en la ribera
 Sus ramos tienden á besar las ondas:

Ondas preciosas que el colono activo
 Supo en raudales dividir, y en ellos
 Llevar la vida y la abundancia al campo.
 Siquiera el cielo en su rigor se obstine
 En negar el vivífico rocío,
 Don de las nubes, los endebles diques
 Rompe seguro el rústico, y al punto
 Vieras la tierra que inundada embebe
 El cristalino humor; y fuerzas nuevas
 Con él cobrando, engalanar su frente
 Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.

Así la vista por do quier se baña
 En verdura eternal; así Pomona
 Tiende su manto, y pródiga derrama
 Del almo cuerno el celestial tesoro.
 ¿Qué mucho si su templo delicioso
 Le plugo aquí sentar, y aquí adorada
 Del hombre ser? Todo la acata. El río,
 En dos partido, con ardor la ciñe,
 Y ella en sus brazos y en su amor se goza.
 Yo allí, mientras los árboles se mecen
 Al son del viento, en tanto que á sus hombros
 Sube contento las opimas cargas
 El hortelano, y las zagalas rien
 En trisca alegre y bullicioso juego,
 Llego al altar de la deidad que en medio
 Reina ostentando su silvestre pompa,
 Y á reverencia y religion me inclina.
 ¡ Árboles prodigiosos! ¿Cuál la mente
 Que así os quiso agrupar? ¿Cuál fué la mano
 Que así os plantó? De majestad vestido
 El añoso nogal, su cima alzando,
 Hasta la cumbre del Olimpo alcanza;

Sube, y en su ambicion tiende los brazos
 Lejos de sí, cual si ocupar con ellos
 De la esfera los ámbitos quisiera;
 Y eternos á par de él, y á par sublimes,
 Seis lúgubres cipreses los lujosos
 Ramos le cercan, y en su faz sombría
 La luz quebrantan del ardor febeo.

¡Oh delicias! ¡Oh magia! ¡Oh cómo hundida
 Bajo esta hermosa bóveda se lleva
 La mente á meditar! ¡Cuál se engrandecen
 Sus pensamientos! Y á la par mirados,
 ¡Cuán breve el hombre, y su poder, su gloria,
 Toda su pompa! ¡Oh qué de veces vieron
 De su opulento dueño aquestos troncos
 La afanosa inquietud! ¡Cuántas en vano
 Con su grato silencio le brindaban
 Al reposo, á la paz; y él orgulloso
 En pos del mando y la ambicion corría!
 ¡Qué de delitos no abortó el insano
 Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,
 Domó la tierra, y ¿qué logró? Estas plantas
 Le vieron perecer, y ellas quedaron:
 Quedaron á esparcir sus ramos bellos
 Sobre mí, que inclinado y reverente
 Canto su gloria; y vivirán: testigos
 Serán ¡ay! de mi fin cuando á su ocaso
 Llegue el aliento de mi endeble vida.
 Todo al tiempo suecumba: ellas un día,
 Ellas tambien... ¡Ah bárbaro! repara
 La inclemente segur; muévante al menos
 Su sacro horror, su venerable sombra,
 Su angusta ancianidad. Pudo hasta entonces
 Respetarlas el tiempo, ¿y tú atrevido
 Su hojosa copa abatirás? Detente,
 Detente, y no en un punto así destruyas
 La gloria del verjel. Nogal frondoso,
 Altos y melancólicos cipreses,
 Para siempre vivid, y que el ingrato

Cuya mano sacrilega se atreva
 Vuestros troncos á herir, jamás encuentre
 Sombra refrigerante en el estío
 Cuando le hostigue el sol; nunca reposo,
 Nunca halle paz, y de su injusto pecho
 Huya por siempre la inocencia amable
 Que en el campo y los árboles se abriga.

Lejos, empero, de la frente mia
 Tan lúgubre pensar. Adios, cipreses,
 Pomona, adios: los álamos del bosque
 Ya con su dulce amenidad me llaman.
 Salve, repuesto valle; el sol ardiente
 Me hirió al venir, y fatigado el pecho
 Laté anhelante, y con dolor respira.
 Acógeme en tu seno; que tu yerba
 Verde, abundosa, á mis cansados miembros
 Sirva de alfombra; que el murmullo blando
 Del grato arroyo en agradable sueño
 Me envuelva y me regale, y que sacuda
 Favonio en tanto el delicioso néctar
 De su frescura, y mi sudor enjague.
 ¡Ah! que ni aquí del velador cuidado
 El tósigo alcanzó, ni las espigas
 Del miedo agitador su punta emplean.
 Todo es sosiego: al despertar, las aves
 Con su armónico acento en mis oídos
 Los ecos llevan del placer; las auras,
 Árboles, cielo y arroyuelo y prado,
 Todo me halaga y á mi vista ríe,
 Mientras la fuente retirada y pura
 Me ofrece el cáliz de sus ondas frías
 Á mitigar mi sed; y yo, embebido
 Con himnos mil, en mi delirio ciego
 Á sus graciosas náyades imploro.

¡Oh Gesner! ¿dónde estás? Tú, á quien desnuda
 Llena de gracia y de inmortal belleza

Natura se mostró; tú, que inspirado
 Fuiste de la virtud; tú, que en las selvas
 La paz y la inocencia y los amores
 Tan dulcemente resonar hacías,
 ¡Divino Gesner! ven; lleva mis pasos
 Y enséñame á gozar. Contempla el suelo
 Cuál nuestra planta engaña, y cuán hermoso
 Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,
 Después un seno; á la alameda vuelve
 La vista embelesada, y mira en ella
 Las gracias revolver; ve la ternura
 Con que al abrigo del robusto padre
 Del recio invierno y riguroso estío
 Los pequenuelos árboles se amparan.
 Pregunta al blando céfiro, que vuela
 En sus copas dulcísimas moviendo
 Los sones del amor, cuántas zagalas
 Asaltó aquí festivo, y cuántas veces,
 De su recato virginal burlando,
 Besó su frente y se empapó en su seno.
 Pídele los tiernísimos suspiros
 Que, llevados en él, por esta selva
 Andan vagando, y las querellas tristes
 Que el eco sordamente repetía.

Dímelo, ¡oh dulce fuente! Así tu curso
 Siempre abundante y puro, coronado
 Eternamente de verdor se vea,
 Las veces dí que el amador inquieto
 Sus ansias vino á consultar contigo.
 Aquí, en tus verdes márgenes sentado,
 Tal vez se vió de la beldad que ansiaba
 Gratamente acogido, y tal vez ella,
 Timida, tierna, de rubor tenida,
 Le declaró su amor, y de sus ojos
 Se escapó alguna lágrima que en vano
 Luchó por contener; allá mas lejos,
 Dentro de aquella gruta solitaria
 Que guarda el olmo en caridad sombría,

¡Quién sabe si el placer!... ¡Oh ameno valle!
 No temas, no, que á revelar se atreva
 Mi lengua tus misterios silenciosos;
 Basta la envidia en que encender me siento,
 Basta el encanto en que tu amor me inunda.

¿Y tú tardas, Nicasio? ¿Y con tan puros,
 Tan mágicos placeres te convida
 El campo, y tú le esquivas? Corro, vuela
 Antes que el año en su incansable curso
 Lleve al verano y al verdor consigo.
 Cuidadoso el jardín te guarda flores;
 Ven á gozarlas: si se agosta alguna,
 Yo con los ojos del dolor la sigo,
 Y pienso en tí, que su esperanza engañas.
 Huye con pié veloz esos lugares,
 Digna morada de los tigres fieros
 Que los habitan, do respiran solo
 El negro horror que en sus entrañas ceban:
 De donde huyó el sosiego, huyó por siempre
 La dulce confianza; el pensamiento,
 De la opresion sacrilega amagado,
 No se atreve á romper el claustro oscuro
 En que le hundió el temor; y las palabras
 Cuando son de virtud, sordas, temblando,
 Do quier hallar con la maldad recelan.

¡Oh pechos sin virtud! Jamás preciaron
 Los campos y las selvas que enmudecen
 Cuando sus plantas con desden las huellan.
 Si, que el sublime y celestial lenguaje
 De natura entender solo fué dado
 Á la inocente sencillez, y en ellos
 Los vicios viles y execrables moran
 De esclavos ó tiranos. Dulce amigo,
 Húyelos, y rendido á mis plegarias
 Ven á acogerte á mi apacible asilo.
 Los árboles no venden, los arroyos
 No aprenden á mentir; sereno el aire,

Sereno el cielo, á respirar te brindan
 En grata libertad : aquí segura
 Podrá tu mente en sus grandiosas alas
 El vuelo descoger; ora en los valles
 Perderáste embebido, ora sonando
 Tu lira de oro, invocarás las musas,
 Y las musas vendrán ; ellas amigas
 Del campo siempre y soledad han sido.
 Y en tanto que suspensa, embelesada,
 La esfera atiende á tu sublime canto,
 Yo, templando la cítara á tu ejemplo,
 Mi humilde acento ensayaré contigo.

(1797.)

Á DON GASPAR DE JOVELLANOS,

CUANDO SE LE ENCARGÓ EL MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

¿ Pudo lucir el suspirado día
 Que con sus votos la virtud llamaba,
 Y la esperanza florecer que apenas
 El sueño en sus halagos le pintaba ?
 Pudo : á este tiempo en repetido aplauso
 Miró el viento batir, en dulces himnos
 Los ecos resonar, y por do quiera,
 De labio en labio sin cesar llevado,
 El nombre de Jovino henchar la esfera.

¡ Bien haya veces mil aquel momento
 En que á las manos del saber se entregan
 Las riendas del poder ! En el cifrada
 Su ventura ve el orbe ; en tí, Jovino,
 La suya ve tu patria. Ella anhelante,
 Ya en el horror del precipicio puesta,
 Auxilio implora y tu robusta mano ;
 Que solo tú de sus profundos males
 El abismo sondar, dar á sus llagas
 El poderoso bálsamo, y en rayos

De luz clara y vivífica pudieras
 Inundarla por fin. ¡ Oh ! presto sea,
 Presto se cumpla la esperanza mía ;
 La nube ahuyenta del error, con ella
 Huirán al punto las funestas plagas
 Que nuestra dicha en su insolencia ahogaron :
 Y á ti solo debida esta victoria,
 Mi vista, ansiosa de tu honor, te vea
 Brillar al fin con tan inmensa gloria.

Victoria mas espléndida y mas pura
 Que las que en campos de pavor cubiertos
 Consagra á Marte la fiera humana ;
 No, empero, menos árdua : revestida
 De mil formas y mil tiende su vuelo
 Rastrea la ignorancia, y con sus alas
 Cuanto toca consume ; así en los campos
 Que baña con sus ondas Guadiana
 Crece el insecto volador, y muerta
 Lamenta Ceres su verdura ufana.
 Ora insulta y desprecia : en su habla loca
 Es ocioso el saber, frívolos sueños
 Las obras del ingenio, al polvo iguales
 Los altos pechos que Minerva inspira.
 ¡ Bárbara presuncion ! Allá en el Nilo
 Suele el tostado habitador dar voces,
 Y al astro hermoso en que se inflama el día
 Frenético insultar : la injuria yana
 Huye á perderse en la anchurosa esfera,
 Y Febo en tanto derramando lumbre
 Sigue en silencio su inmortal carrera.
 Ora feroz á la indolencia usada
 Se niega, y de murallas espantosas
 Cereá y ataja los senderos todos
 Por do á la humana perfeccion se arriba.
 De allí, alzando el cuchillo, armada en muerte,
 Cuantos su imperio detestable esquivan,
 Tantos amaga. ¡ Ay del cuitado que osa,
 De generoso ardor el pecho henchido,

Sus nieblas disipar, buscar la lumbre,
 Y á la cumbre trepar! Víctima entonces
 De su ciego furor... Pero primero
 Del cielo y de la tierra se vería
 Suspense el curso, y de las cosas todas
 El lazo universal roto y deshecho,
 Que la insolente estupidez su triunfo
 Logre completo, y que sus impías manos
 La sacra antorcha á la razon extingan.
 ¿ Quién dió á la tempestad el loco orgullo
 De sobrar á la luz? Tú, gran Jovino,
 Insta, combate, vence: el monstruo horrible
 Bramando espire; que reinar se vean
 Benéficas las letras; que amparadas
 De su inviolable independencia sean.

Ellas fueron tu amor, ellas tu encanto
 Siempre serán. ¡ Oh bienhadado y digno
 De envidia el que en su albergue solitario
 Las fuentes del saber tranquilo apura!
 Felices en su afán vuelan las horas:
 Ya la lectura le embelesa, y lleno
 De admiración, los altos monumentos
 De la estudiosa antigüedad medita,
 Y á sus genios se hermana, ecos grandiosos
 Por do la serie de la ciencia humana
 Se dilata á los siglos. Ya llevando
 Al hermoso espectáculo que ostenta
 Natura, su atención, busca sus leyes,
 Sus misterios indaga, en su belleza
 Atónito se arroba, y desde un punto
 Se hace inmenso como ella. Ora á los hombres
 La vista paternal vuelve, y llorando,
 Exento del error, ve sus errores,
 Y los señala y los combate, y libre
 Muestra la senda en que á placer se lleven
 De la mundana actividad las ruedas:
 Tal vez sueña, y soñando en su delirio,
 Nuevos mundos se finge, y de virtudes

Y de ventura celestial los llena.
 ¿ Quién no envidia su error? Lloro y suspira
 En la dulce ilusión que le enajena,
 Y del orbe en el bien el suyo mira.

Siquiera allí de la servil codicia,
 De la ambición frenética no tiembla
 La eterna agitación: á fuer de vientos
 Que en partes mil el horizonte rompen,
 Y furiosos batiéndose, á su impulso
 La fiel serenidad huye turbada;
 Tal en el centro del poder se acosan
 La doblez, la maldad, los vicios viles,
 Que en mentido disfraz vagan tras ellas,
 Y en su mísero vértigo sepultan
 De la virtud las esperanzas bellas.
 ¡ Ay! que tal vez al formidable peso
 Rebelde el hombro, y de luchar cansado
 Con la depravación, los tristes ojos,
 Jovino, volverás á aquellos días
 De tu apacible soledad testigos;
 Los volverás llorando; el desaliento
 Su amarga hiel derramará en tus venas,
 Maldiciendo afligido aquel momento
 Que te arrancó á tu albergue, do tranquilo
 La virtud, la verdad fueron tu asilo.

¿ Y el ejemplo del bien que debe al mundo
 Todo gran corazón? ¿ Y la alta gloria
 De aterrar la maldad? ¿ Y los consuelos
 De la opresa virtud? — Cuando lejana,
 De hierro el cetro iniquidad violenta
 Tienda á las veces, y afligido llore
 El inocente en su opresión, tú entonces,
 Tú serás su deidad. Antes venía,
 Y con trémulo pié la aula pisaba,
 La altiva majestad le confundía;
 Demandaba justicia, y su semblante,
 De incertidumbre tímida vestido,

Suspiraba un favor. Jovino ahora,
 Jovino es quien atiende á sus querellas,
 Quien enjuga sus lágrimas, quien tierno
 También acaso le acompaña en ellas.
 Lágrimas puras que, en placer bañada,
 Derrama la virtud, ¡qué de consuelos
 No dáis al corazón! — ¿Y el inmortal testigo,
 El premio hermoso de los grandes nombres?
 ¡Alta posteridad, que ya te mira
 Y tu nombre señala entre los hombres!

¡Oh porvenir! ¡Oh juez incorruptible
 Del hombre que vivió! ¡Cuál se amedrenta
 De tí el profano pecho que ya un día
 El bien miró, de indiferencia lleno,
 Ni osó el cerco salvar que le ceñía!
 Cuando la noche del sepulcro ostente
 La nada ante sus pies, cuando ya el sueño
 De su vida falaz se torne en humo,
 ¿Qué verá tras de sí? Misero olvido
 Ó execración eterna que á los tiempos
 La memoria en su voz vuelve continuo.
 Aquel, empero, que de ardor divino
 Tocado fué, que en incesante anhelo
 Siempre ansió por el bien, y que en su mente,
 Á cuanto obró y pensó la faz terrible
 Del tiempo que vendrá tuvo presente,
 Ese vive inmortal; su excelso nombre
 Colma el abismo de la tumba, y viva
 Su gloria colosal queda en sus hechos;
 Hechos que en ecos de alabanza suenan,
 Que el campo inmenso del espacio ocupan,
 Y el raudo giro de los siglos llenan.

Tiempo vendrá que en la dichosa Hesperia
 Espaciando la vista alborozada,
 Grite la admiración: « ¿No es este el suelo
 Que en otro tiempo á compasión movía?

Veinte siglos de error en él fundaron
 El imperio del mal: en vano había
 Pródigo el cielo de favor cubierto
 Su seno en bienes mil, y codiciosa
 La tierra por brotar, inagotables
 Sus opimos tesoros ostentaba.
 Su sed en vano innumerables rios
 Mitigaban regándola, y en vano
 Bañara el mar su costa al occidente,
 Al oriente y al sur. ¿Qué la servía
 Un clima placidísimo y sereno
 Que en vida, en fuerza y en placer la henchía?
 Todo fué por demás: su manto triste
 Tendió la asolación: yerros los campos,
 Mustios los pueblos, indolente el hombre,
 Sin conocer su estrago, sin aliento
 Para salvarse de él, ruina y silencio
 Cual de peste mortífera abrigaban.

¿Quién fué el Dios que bastó de tantos males
 El torrente á atajar? ¿Quién la carrera
 Mudó á estas aguas, allanó los montes,
 Los pantanos cegó? Cubren de Céres
 Y de Pomona los celestes dones
 El suelo antes erial, que abrojos solos
 Y zarzales inútiles llevaba.
 Trocóse todo: por do quier la mano
 Del hombre señalada, y por do quiera
 Su vivifica acción en movimiento
 Despierta mi atención. ¿Dó las cadenas
 Están de la verdad? ¡Cuál se ha extendido,
 En alas del espíritu llevada,
 De mar á mar y de Pirene á Gádes!
 ¿Quién volvió á sancionar la ley de vida
 Que en su pródigo amor naturaleza
 Por la voz del deleite diera al mundo?
 ¿Qué númen creador pudo en un día
 Verter aquí la plenitud y holganza,
 Imprimir su vigor y su energía? »

¡Ah! que entonces el nombre de Jovino
 Grande á la gloria y al aplauso viva,
 Y aquel augusto galardón reciba
 Digno de su virtud y alto destino.
 ¡Oh hermosa emulación! Vendrán las artes
 Hijas del genio imitador, y solas
 Adornar ansiarán el bello triunfo
 De su alumno y su dios: suyo las ciencias
 Le aclamarán, con su divina mano
 Allá en la playa astur mostrando alegres
 La mansión que él les diera, altar primero
 Que alzó á Minerva la razón hispana.
 En medio el labrador, no como un día
 Angustiado, infeliz, pobre y desnudo,
 Sino contento y vigoroso, alzando
 La agradecida voz, dirá: « Fué mio,
 Y su alabanza es mia; si de flores
 Primero se adornó su mente hermosa,
 Para mi maduró, y en fruto opimo
 Gocé yo al fin de su favor los dones.
 Si de su voz la persuasión salía
 Como raudal de miel, ella á mis llagas
 Dulce bálsamo fué. ¿No ahogó su mano
 Una en pos de otra las odiosas sierpes
 Que infestaban mi ser? Ved mi abundancia,
 Ved mi contento, el delicioso halago
 Con que de hijuelos el enjambre hermoso
 Me alivia y me corona. ¡Ay! hubo un tiempo
 Que el ser padre era un mal: ¿quién sin zozobra
 Á la indigencia, al desaliento, diera
 Nuevos esclavos? Pero huyó; al olvido
 Lanzó Jovino tan amargos días:
 Mi esperanza, mi paz, las glorias mías
 Obras son de su amor, son de su anhelo;
 Dadme pues solo el bendecir su nombre,
 Y en dulces himnos levantarle al cielo. »

À CÉLIDA.

Hoy fué, ¡miser! hoy fué cuando, irritado
 Amor del ocio en que yacer me vía,
 Tornó á embestir mi corazón cuitado.
 Era de mayo el mas hermoso día,
 Cuando naturaleza ostenta ufana
 Toda su gentileza y bizarria,
 Cuando mas vivo el sol reina en la esfera,
 Cuando en ramos la selva, el campo en flores,
 En perfumes el aire, donde quiera
 Todo respira amor y manda amores.
 Entonces fué cuando á los ojos míos
 Se presentó mi dulce vencedora:
 ¡Oh cuán hermosa! el mundo parecía
 Que, cuidadoso de aumentar su gloria,
 De toda aquella pompa se vestía
 Por festejar su triunfo y su victoria.
 La vi, templé, me estremecí: vencido
 Vi ya que iba á quedar de tanto halago;
 Pero no pude huir: su blando acento
 Hasta el seno mas hondo y escondido
 Llegó del pecho, y completó el estrago.
 Sacude al punto amor la abrasadora
 Antorcha que arma su terrible mano:
 « Arde », me dijo; y la escondió encendida
 Toda en mi corazón: « arde, esta llama
 Que ora en tí prende, irresistible, inmensa,
 Sea de hoy mas el tormento de tu vida,
 Y también tu delicia y recompensa. »

Ya un giro ha dado con su carro de oro
 Desde entonces el sol al alto cielo,
 Y no cesa un momento el vivo anhelo
 Que me arrebató tras la luz que adoro.
 Crecen corriendo hácia la mar los ríos,
 Crece amando mi amor. Célida hermosa,

¿Cómo es posible que inmortal no sea
 Este puro, este noble sentimiento
 Que todas mis potencias señorea
 Y es de mi ser el único alimento?
 Tú le inspiraste, si: mi alma abatida,
 Cubierta de aflicción, sintió volverse
 Por ti del bien á la ilusión perdida;
 Tú le inspiraste. ¡Oh Dios! ¿Qué no alcanzaba
 En mi agitado pecho y mis sentidos
 Tu poder celestial? Cuando halagüena
 Tus miradas tal vez á mi volvías,
 Iris eras de paz que deshacías
 El tormentoso horror de mis dolores,
 Y yo sin defenderme, cada día
 Iba en tus ojos á beber amores,
 Y en tu risa y tu hablar me embobecía.

Encantos ¡ay! por siempre vencedores,
 ¿Qué importa que el destino á mis sentidos
 Inhumano os esconda, si presentes
 Siempre estáis á mi ardiente fantasía?
 Aquí os tengo, aquí os miro, aquí os adoro;
 Aun me embelesa el sin igual decoro
 Que siempre reina en la nevada frente;
 Aun contemplo la púrpura del alba
 Vertida en su mejilla trasparente;
 Y respirando sin cesar, me creo
 Aquella pura y encendida rosa,
 Aquel precioso aroma de las flores
 En la boca gentil, nido de amores,
 Donde la amable discreción reposa.
 Solo ya un Dios la centellante lumbre
 Del sol desprender pudo, y en despojos
 Darla por siempre á los celestes ojos,
 Ojos que cuanto ven ceniza harían
 Sin su inefable y grata mansedumbre.
 ¡Dichoso aquel que sin cesar los vea!
 ¡Y mas feliz quien de sus dulces rayos
 Buscado, ansiado y regalado sea!

¿Dónde está, dilo, amor, el que presume
 Gloria tan alta? ¡Ah Célica! Quien sepa
 En esa faz tan nitida y tan bella
 Buscar, hallar la imperceptible huella
 Del triste afán que dentro te consume;
 El que presente te respete, y llore
 Por volver á tus piés cuando esté ausente,
 Si siente al fin como mi pecho siente,
 Ese te ame feliz, ese te adore.

Vientos, en vuestras alas vagorosas
 Llevadle ardiendo los suspiros míos:
 Id, veloces venid, y en cambio al menos
 Un recuerdo traed. Si ella me oyera
 Pidiéndola á los campos, á las selvas,
 Y á los mares también; dando á los aires
 Su dulce nombre, que repite el eco
 Con el acento triste y lamentable
 Con que le oye de mí; si ella me viera,
 Fijos los piés en la sonante playa,
 Tender la vista á descubrir de lejos
 De sus divinas lucecillas los reflejos,
 Yo sé que, á tierna compasión movida,
 Venir dejara hácia su triste amante
 Un rayo al menos de esperanza y vida.

Paréceme á las veces que, sensible,
 Compasiva á mi afán, este retiro
 Viene á honrar con su vista, á hollar el prado,
 Á respirar el aire que respiro.
 ¡Dichoso entonces yo! Voy á su lado
 Al bosque, al campo, á la apacible orilla
 Del amansado mar; y si descansa,
 También con ella á descansar me siento.
 Del sol un árbol mismo nos defiende
 Con su umbroso dosel, y de su acento
 El sabroso raudal mi alma suspende.
 No la hablo yo de amor, que amor la ofende;
 Pero á par de ella estoy, y absorto y mudo

Contemplo á mi placer de su hermosura
 La delicada flor; flor que no pudo
 Ni aun ajar del dolor la mano dura;
 Y enternecido, « ¡ Ah Célida ! prorumpo,
 Tú sufres : un destino inexorable
 El bien que indignamente á otros prodiga
 Á ti te niega, y lleno de amargura,
 El cáliz del dolor tu labio apura.
 Yo así le apuro, idolatrada amiga,
 Yo así le apuro : la inclemente mano
 Del destino también á mí me oprime,
 Y de un pesar recóndito y tirano
 También mi pecho destrozado gime.
 ¿ Temes acaso? ¿ Por ventura ignoras
 Que el cielo dió por bálsamo á las penas
 Contarlas y llorar?... Célida hermosa,
 No es mas puro el albor de la mañana
 Qué lo es mi ardor, ni amor con mas ternura
 El duce hermano á su querida hermana,
 El nuevo esposo á su inocente esposa. »
 Digo así, y entre tanto á la frondosa
 Selva baja la noche, el sol apaga
 Sus rayos en el mar, tú te levantas,
 Y tierna y melancólica á andar vuelves;
 Yo tierno y melancólico te sigo,
 Embedido, extasiado en la ventura
 De andar, de hablar, de respirar contigo.
 Los céfiros entonces nos halagan
 Con su grato frescor, y de las ondas
 Sacan la frente las neréidas bellas,
 Y nos saludan... ¡ Ay ! así otras veces
 Nos vieron juntos ir, nos saludaban
 Así las ninfas del undoso río
 En cuya alegre y plácida ribera
 Vi tu belleza por la vez primera
 Y rendi á tus encantos mi albedrío.

Hierve en tanto á mi vista el mar, y el viento
 Su seno agita y amenaza airado;

Hierve también con él mi pensamiento,
 Y en raudos torbellinos arrebatado,
 Vuelvo á ser de mis bárbaros pesares
 Á la antigua tormenta sacudido.
 Ángel consolador, ¿ dónde te has ido ?
 ¿ Qué has hecho de aquel bálsamo suave
 Que, sobre el triste corazón vertido,
 Su acerba llaga mitigar solía ?
 Contrario el cielo á la ventura mía,
 Me le robó, dejándome inclemente,
 Con esta amarga soledad presente,
 Recuerdos tristes de mi bien perdido.
 Ángel consolador, ¿ dónde te has ido ?

Á FILENO,

CONSOLÁNDOLE EN UNA AUSENCIA.

Á par con mi amistad id, versos míos,
 Id á Fileno, en cuyo pecho ahora
 La hiel ingrata del dolor se ceba.
 El al fijar en vos sus tristes ojos
 Exclamará tal vez : « Viva en mi amigo
 Mi memoria es aun, viva en su seno
 Late la compasión. Sierras fragosas,
 Llanos inmensos, presurosos ríos
 Le separan de mí, y enternecida,
 De allá tan lejos su oficiosa mano
 Á embalsamar mis lágrimas se tiende. »

Llora, Fileno, llora : este consuelo
 Señaló ya el destino á la amargura
 Cuando en un tierno corazón se anida.
 Yo lloraré contigo; aun en mi oído
 Suenan los tristes dolorosos ayes
 Que al partirse tu bien al viento dabas;
 Te miro aun que, palpitante, opreso
 Del congojoso afán, vuelves los ojos

Al sitio mismo en que arrancar lá viste
De la rápida rueda que sonando,
Tu pecho aun mas que el pavimento heria.
« Ella se va », con falleciente labio
Hondamente exclamaste; y repitiendo
El eco : « Ella se va », de amargo luto
Tu desolado corazon llenaba.

¡ Oh momento cruel ! Huyen entonces
La risa alegre y el festivo gozo
Del amante infeliz, huye el dseite
Que le inflamaba. En tan inmenso duelo,
¿ Dó su vista mover ? ¿ Hacia qué parte
Sus pasos llevará ? Solo un vacío
Mira, que el mundo en su tropel ruidoso
Ni llenó ni encubrió. ¿ Dónde el halago ?
¿ Dónde el grato mirar ? Dónde los juegos ?
Aquel continuo querellarse, aquellas
Iras dulces de amor, nubes suaves
Que su serena faz tal vez cubrian,
Y á deliciosa paz luego tornaban...
Todo huyó, todo fué : pasa un momento,
Llega el siguiente, y el dolor tan solo
Con su amarga lazada es quien los une.
Volaban antes las fugaces horas,
Volaban, y á par de ellas el deseo
Avivaba su ardor ; tras él venia
La esperanza feliz vertiendo flores,
Y de ilusiones mágicas ornada ;
Coronábala el goce, y luego el curso
De afán tan delicioso renacia ;
Ansiábase otra vez, y se esperaba
Y se gozaba. ¡ Ay Dios ! Ya ¿ qué le resta ?
Amar, penar, gemir : tal su destino,
Tal es su triste y perdurable empleo.

¿ Y qué ? ¿ Cerradas al ausente fueron
De un consuelo feliz las sendas todas ?
No, amigo, no : si en tu afliccion amarga

Te tienes por el ser mas infelice
De los que inflama amor, corre á la selva
Corre, y en ella la frondosa cima
De un álamo verás alto y pomposo
Que aquel recinto de verdor corona ;
Y entre sus frescos y gallardos ramos
Contempla el nido desolado y yermo
Que fué altar de placer, y ora es de llanto.
Dos tórtolas en él... ¿ Quién compasivo
No lamentó su desastrada suerte ?
Brilló el color del cielo en su plumaje,
Y el fuego del amor ardió en su seno.
Juntas las miró el sol, juntas la noche.
Juntas volar á su cristal la fuente,
Juntas el valle ; el eco embebecido
Su arrullo enamorado redoblaba
Y al fin llegó la hora fatal : salieron,
Y sus ligeras alas desplegaron.
Infelices, ¿ dó vais ? Torced el vuelo,
En el bosque no entreis ; y no me escuchan ;
Y siguiendo inocentes su camino
Dulces besos se dan, y amantes juegan.
Y de repente, al espantoso estruendo
De la tronante pólvora silvando,
Salió el plomo mortifero ; un gemido
Dió el viento en derredor ; volvió los ojos
Azorada la tórtola á su amado,
Que abierto el bello seno y moribundo,
La miró y espiró. « Cayó », gritaba
Bárbaro el cazador, cayó ; y en tanto
Huye, y huyendo la infelice viuda,
Hiende la esfera en lastimosos gritos.
Y ronca y sorda de gemir, su vuelo
Lejos allá sentó, do triste y sola,
Ningun viviente su dolor distrae ;
La muerte implora alli, la muerte airada
Se niega á su clamor, y envenenado
El curso puro de sus dulces dias,
Los vive en llanto y sempiterno luto.

¡Miserable que al destino ni aun es dado,
 Con ser tan poderoso, devolverle
 Su malogrado bien. ¡Oh! ¿Qué es la ausencia,
 Qué son los breves límites que ahora
 A ti te parten de tu bien, Fileno;
 Límites que traspasan los suspiros,
 Y por do hienden del amor las alas,
 Con ese eterno y lóbrego silencio,
 Con ese abismo impenetrable y hondo
 Que hay del ser al no ser, que hay de la vida
 Al sueño helado de la tumba oscura?

Y al fin, en pena tal, si amargo el duelo,
 Si es inmenso el afán, florase entonces
 Un corazón donde el amor ardía;
 Que el pecho entonces resonando en ayes,
 Sobre él su trono la tristeza asiente,
 Si, justo es el dolor, pene el amante,
 Pene, y en llanto funeral inunde
 Del bien perdido las cenizas frías.
 Mas cuando al tierno amor asaltan fieros
 El puñal del desprecio, la ponzoña
 De la doblez, los hielos del olvido,
 ¡Triste mil veces, triste el miserable
 Que á tales plagas condenado gime!
 ¿Quién fué el tigre cruel, quién fué el ingrato
 Que un sentimiento tan hermoso y puro,
 Al hombre dado en el amor del cielo,
 Con ellas corrompió? Del negro abismo
 Se desataron á infestar la tierra,
 Á marchitar de la beldad las rosas,
 Á desmayar la juventud. Entonces
 Cuantas las flores de esperanza fueron,
 Tantos cuchillos de dolor se clavan.
 Ama, y ¡quién lo creyera! su tormento
 Mas grande es el amar; la llama ardiente,
 Á pesar de su afán, crece en su seno;
 Y devora y abrasa, y sus entrañas
 Con insano furor vuelve en pavesas.

¡Oh lastimoso y miserable estado,
 Do de continuo el corazón se lleva
 De la rabia al dolor! Nunca la aurora
 Le hallará al despertar
 Ya en la memoria del placer pasado,
 Ya en la esperanza del placer que viene.
 Duerme agitado, empero, y despertando,
 Siente la hiel que le atosiga, y llora
 De viva afrenta y de vergüenza. En vano
 Mueve la planta á huir; ¿podrá el mezquino
 De sí mismo escapar? Honda en el seno
 La enarbolada flecha trae consigo,
 Y mientras huye mas, mas se la clava;
 Que si el olvido al parecer despliega
 Su suspirado velo, y un momento
 Cesa el afán, ¡ay si los ojos miran
 La tirana beldad que antes ansiaron!
 Hinchase el corazón, el pie vacila,
 Y á andar se niega; por sus miembros todos,
 Que la vida abandona, un sudor frío
 Vaga y triste temblor; turbios los ojos,
 Y en ronco son zumbando los oídos,
 Ni ve ni escucha; la profunda llaga
 Á abrirse torna con furor, y en ella
 Se dilata el raudal de la amargura.
 ¡Piedad del infeliz! ¿Su resistencia
 Ha de ser por demás? Si de su pecho
 Quiere arrancar tal vez la bella imagen
 Que amor grabó con su buril de llama,
 ¿En vano esfuerzo la impotente mano
 Desgarrará su corazón y entrañas,
 Y quedará inviolable entre despojos
 Allí reinando el ídolo sangriento?
 Mas valiera no amar; sí, mas valiera,
 Cual se huye el silvo de engañosa sierpe,
 Esquivar la beldad, y á sus halagos
 Con bronce duro amurallar el pecho.

Amor, terrible amor, yo, que en tributo

Te di el abril de mis floridos dias,
 Y tantas veces adorné tu pompa,
 Detras del carro triunfador traído;
 Yo sé que á tu violencia y tus furores
 Bada puede bastar; sé que mi pecho,
 Bien como el hielo se deshace en agua
 De Febo al rayo en el ardiente estio,
 Tal se deshace al contemplar la risa
 De una boca rosada, al ver los orbes
 De un seno que palpita, al ver los ojos
 Que halagüenos mirando centellean.
 ¿Cómo á tal prueba resistir podria
 Tan flaco luchador? Mas si otro tiempo
 Llega en que torne á obedecer tus leyes,
 Leyes de vida y de esperanza sean,
 No de engaño ó desden. Contento entonces,
 Rosas suaves me serán tus grillos,
 Y adorno al cuello el ponderoso yugo.

Doy que, envidioso á mi ventura el cielo,
 Me arranque entonces de mi bien, y airado
 Doy que me esconda en el opuesto polo.
 Yo lloraré, pero amaré mi llanto
 Y amaré mi dolor. ¿Podrá la suerte
 La memoria cegar? Siempre al oido
 Me halagará sonando el blando acento
 De la divina voz, cuando amorosa
 Por la primera vez se dijo mia.
 Mis labios luego el delicioso néctar
 Renovarán que de su fresca boca
 Mi amor libara en los primeros besos.
 Lejos de ella estaré; pero anhelante
 Preguntaré á los céfiros que vuelan,
 Preguntaré á los ecos que responden;
 Y acordes todos me dirán: « Te adora. »
 Lejos de ella estaré; mas lleno de ella
 Saldré á los campos, y embebido y solo
 En cada flor contemplaré su imágen:
 Que tambien ella es flor. Las ondas puras

Del plácido arroyuelo en sus remansos
 Me la darán; me la dará la noche
 En su faz melancólica y sombría,
 En su fulgor hermoso las estrellas,
 En su ilusion duleisima los sueños.

Tú así tambien de tu dichoso tiempo
 Podrás, Fileno, renovar la gloria:
 Busca la soledad, ella en sus brazos
 Dió siempre al triste favorable asilo;
 Y dulce y melancólica, en su seno,
 Renovando memorias deleitosas,
 Templará tu amargura. Huye la vista
 De esos hombres de mármol, que crueles
 Á los suspiros del dolor se cansan
 Ó con mofa sacrilega le siguen;
 Huye de ellos, en tanto que tu amigo
 Alas le pide á la amistad, y vuela,
 Y llega, y estrechándote á su pecho,
 El raudal de tus lágrimas mitiga.

A UNA NEGRITA

POTEGIDA POR LA DUQUESA DE ALBA.

En vano, inocente niña,
 Cuando viniste á la tierra
 Tu tierno cútis la noche
 Vistió de sus sombras negras.
 Y en vez del cabello ondeado
 Que sobre la nieve ostentan
 De su garganta y sus hombros
 Las graciosas europeas,
 Á ti de crespas vedijas
 Ensortijó la cabeza,
 Que el ébano de tu cuello
 Á coronar jamas llegan.
 ¿ Á qué la risa en tus labios,

Y en tus ojos la viveza,
 Y la gentil travesura
 Con que la vista recreas,
 Para arrancarte y traerte
 De las áridas arenas
 De la Libia á estos países,
 Entre gentes tan diversas?
 Allí vivió tu familia,
 Allí crecer tú debieras,
 Y allí en la flor de tus años
 Tus dulces amores fueran.
 Todo se trocó : los hombres
 Lo agitan todo en la tierra ;
 Ellos á la tuya un día
 La esclavitud y la guerra
 Llevaron, la sed del oro,
 Peste fatal ; su violencia
 Hace que los padres viles
 Sus miserós hijos vendan.
 ¡ Bárbara Europa !... Tú, empero,
 Desenfadada y contenta,
 Con dulce gracejo ries
 Y festiva travesas.
 ¿ Cómo así ? ¿ Piadoso el cielo
 Se dolió de tu inocencia
 Cuando te miró en el mundo
 De todo amparo desierta,
 Y te concedió á tí sola
 Lo que á tantos otros niega,
 El olvidar sus desdichas,
 Y alguna vez no saberlas.
 ¿ Yo desdichada ? No, huésped :
 Contéplame bien, contempla
 Mi fortuna, y en envidia
 Trocarás esas querellas.
 Esclava fui, ya soy libre ;
 La mano que me sustenta
 Miró con horror mi ultraje
 Y quebrantó mis cadenas ;

La misma que tantas almas
 Esclavizó á su belleza,
 Y cuyos ojos, si miran,
 No hay corazón que no venzan.
 Patria, familia y cariños
 Me robó la suerte adversa ;
 Cariños, familia y patria
 Todo lo he encontrado en ella.
 Mira el maternal esmero
 Con que ampara mi flaqueza,
 Y la incansable ternura
 Con que mi ventura anhela.
 Cuando risueña me llama,
 Cuando consigo me lleva,
 Cuando en su falda me halaga,
 Cuando amorosa me besa,
 Tal hay que trocara entonces
 Por mi humildad su soberbia,
 Y por mi atezada sombra
 Sus bellos colores diera.
 Excusa pues de decirme
 Que desdichada me crea :
 ¿ Yo desdichada ? No hay nadie
 Que pueda serlo á par de ella.
 ¡ Oh bien hayan tu palabras !
 ¿ Con que no siempre se cierran
 Del poderoso en el templo
 Á la humanidad las puertas ?
 Crece, dulce criatura,
 Vive, y monumento seas
 Donde de tu amable dueño
 Las alabanzas se extiendan ;
 Monumento mas hermoso
 Que el que á la vista presentan
 Los soberbios obeliscos,
 Las pirámides eternas.
 Así tal vez arrancada
 Vi de la materna cepa
 Con la agitación del cierzo

La vid delicada y tierna,
Y á los firmes piés llevada
De la palma que descuella
Levantando por los aires
Su bellissima cabeza;
Allí piedad, allí asilo,
Allí dulce arrimo encuentra,
Allí sus vástagos crecen
Y su verdor se despliega.
Ella al generoso apoyo
Con lazo amante se estrecha;
Y el viento dando en sus hojas,
Himnos de alabanza suena.

A DON RAMÓN MORENO,

SOBRE EL ESTUDIO DE LA POESÍA.

« ¿Y nos dejas, infiel? ¿Y así abandonas
Tantas horas de afán? ¿Y así al olvido
La flor darás de tus primeros días,
Que tantos lauros á tu sien prometen?
Nosótras á tu oriente presidimos.
¿Quién de fuego tu pecho, y de ternura
Llenó tu corazón? ¿Quién de armonía
Bañó el acento de tu voz suave,
Cuando Henáres, oyéndola, sus ondas
Serénaba suspenso, y de tu canto
El eco por sus márgenes sonaba? »

Así te hablaban las amables musas;
Y tú, esquivando su apacible halago,
Otra gloria, otra senda prevenías
Á tu noble ambición; ellas la vieron
Y de tu ingrata deserción lloraron.
¿Fué desprecio tal vez? ¿Pudo en tu mente
Caber también la vergonzosa idea
Con que orgullosa la ignorancia humilla

Este celeste don, y en sus furores
Le dice vano y frívolo, y riendo
Marca en oprobio el nombre de poeta?
Ella sola, entre nieblas asentada,
Puede desconocer el noble origen
Del talento que insulta, y ella sola
No respetar los sacrosantos nudos
Que con natura y la virtud le hermanan.

Quando rompe la aurora en el oriente,
Y el rayo anuncia de la luz febea,
¿Quién entonces se niega á la alegría,
Al himno universal con que saluda
La tierra al nuevo sol? ¿Quién, si la noche
Tiende su manto lóbrego, y el seno
De Olimpo con mil lumbres centellea,
De un horror melancólico y sublime
No se siente ocupar? ¿Cuál es el pecho
Que en férvido entusiasmo no se agita
Al mirar de su cárcel desatarse
Los aquilones, que azotando el polo,
Que agitando la mar, tremendos braman,
Y estrago y noche y tempestad lanzando,
Estremecen el orbe en sus furores?

¡ Oh tú, infeliz, que en tu insensible pecho
Jamás probaste el sentimiento hermoso
Que estos cuadros magníficos inspiran!
Tú solo puedes despreciar grosero
Al genio que los pinta; y si la suerte,
Avára de tu bien, negó á tus ojos
El conocer la luz, y á tus oídos
El sublime placer de la armonía,
Calla; ¿qué harán tus importunos gritos?
Mostrar patente tu ignorancia oscura,
Y hacer odiosa tu fatal dureza.

Entra, amigo, en tí mismo, y las dos fuentes
En tí hallarás del arte encantadora

Que debes admirar : fuentes eternas
 De do su gloria y su poder descendien.
 Mira el espejo rutilante y puro
 De tu imaginacion, que en su grandeza
 El mundo todo, el universo entero,
 Sin contenerse en limites, abarca ;
 Contempla luego la inexhausta hoguera
 En cuyo fuego las pasiones arden
 Y el sentimiento sin cesar se ceba ;
 Y así como en su curso van los rios
 Deslizándose hácia el mar sus claras ondas,
 Ondas que de él en vagarosas nubes
 Salieron ya ; verás la poesía
 Del corazon y mente descendiendo,
 Al corazon y mente arrebatarse.
 En vano intentas resistir : tu oido
 Su acento ganará, tu fantasía
 Póblarán sus imágenes hermosas ;
 Y al volcan de su fuego y su vehemencia
 Tu corazon ardiendo, vendrá el punto
 En que, vencido, arrebatado, sigas
 El carro triunfador de su alta gloria.

Tal será su poder, tal siempre ha sido.
 Si lo niegas, pregunta al universo ;
 Sus fastos lo dirán : ve la violencia
 Con que el torrente de los siglos corre,
 Anonadando en su fugaz camino
 Hombres, naciones ; los imperios crecen,
 Y otros imperios que á su vez se elevan,
 Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen,
 Como impelidas de los euros frios
 Huyen las nieblas, sin dejar sus alas
 Huellas ningunas por el aire vago.
 Pues el genio inmortal de la armonía
 Venció tanto furor ; la faz del mundo
 Trastornada se ve, y él resonando
 En medio á tanta ruina, hasta la esfera
 Los ecos lleva de su noble acento ;

Y el hombre absorto de placer le admira.
 ¿ Oyes el nombre del social Orfeo
 Entre aplausos aun ? ¿ Oyes cuál suena
 La trompa heróica del cantor de Aquiles,
 Y estrellarse en su nombre las edades,
 Añadiendo en su honor nuevos trofeos ?

¡ Vivid, padres del canto ! ¡ Almas sublimes,
 De la tierra esplendor ! ¿ No sois vosotros
 Los que, admirando el universo, y llenos
 De inmenso fuego al contemplar las leyes
 En que el órden se asienta, arrebatados
 De sagrado furor en vuestra lira,
 El amor, la virtud, el bien cantabais,
 Y de los hombres la rudez pulisteis ?
 Hélos cuál tigres respirando ciegos
 Estrago y sangre, con fatal cruieza
 Entre sí devorándose, y feroces,
 Solos, desnudos habitar las cuevas
 Que dió natura á los agrestes brutos.
 ¡ Misera humanidad ! Padres del canto,
 Venid ; á vuestra plácida armonía
 El hombre sorprendido alza la frente,
 Y ledo mira al sol ; ya en sus entrañas
 Arde el amor ; esposo, padre, amigo,
 Hombre es ya, en fin ; en sociedad se anida,
 Y el cielo alegre á su ventura ríe.
 ¡ Vivid, padres del canto ! No la tierra
 Tan ingrata será, que al hondo olvido
 Dé la memoria de los faustos dias
 Que nuestras bellas fábulas recuerdan.
 No la dará : si vuestros nombres mueren,
 Será allá cuando el mundo hecho pedazos
 En el estrago universal esconda
 Los nombres que sus ámbitos llenaron.

Y este precioso don, que al arte un dia
 Debíó la especie entera, en todos tiempos
 Le goza el hombre. Dime : allá en tu infancia,

¿ Quién suavizaba y de risueñas flores
De la instruccion la senda te cubria,
Sino su halago ? Sus grandiosos himnos
Te elevan al Olimpo, sus canciones
Te inundan de placer en tus festines ;
Y abate luego, si á abatir te atreves,
La grandeza del genio que elevado
En generoso vuelo arde, y te lleva
Á ansiar, llorar, á suspirar consigo,
Á amar y aborrecer ; que yo entre tanto,
Al ver los mundos que á su arbitrio crea
Un númen bienhechor en el bendigo,
Y hombre, de un hombre en el grandor me elevo.

¿ Serán tal vez sus formas agradables
Y la eterna beldad de que se ciñe
Las que en su oprobio á declamar te incitan ?
¡ Hombre feroz ! en tu fatal dureza
Arranca al prado su vistosa alfombra,
Su verdura á los árboles ; y nunca
Las auras templen el fogoso estio.
¡ Ay ! harto amargo de la vida el cáliz
Es al hombre infeliz, para que esquivo
Tambien le niegues el escaso néctar
Que á veces baña de placer sus horas.

Y no siempre su honor la poesia
Fundó en el muelle acento y blando halago,
En los objetos frivolos que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean.
Si es que los ecos bélicos te agradan,
Si los hórridos cantos de Tirteo
Aun quieres escuchar, vuela conmigo
Al campo de Mesenia, y en él mira
Á los hijos de Esparta desmayados
Volver la espalda al desigual combate.
Y escucha de repente cómo truena
El canto de la guerra, y cuál discurre
De fila en fila, mortandad nunciando,

Y ahuyentando el temor ; mira encenderse,
Con sus versos enérgicos airada,
La indignacion violenta, y de la patria
El amor sacrosanto, á cuyo nombre
Ómorir ó triunfar los héroes juran.
« Pues os preciais de descender de Alcides,
Amigos, alentad ; ¿ qué os acobarda ?
Sabed que nunca la oprobiosa fuga
Escudo fué contra el rigor del hado ;
Con hombres como vos es el combate.
¿ De qué temblais ? Marchad ; hermosa vida
Os dará la victoria, eterno nombre
Si en la lid pereceis el tiempo os guarda. »
Y al belisno acento enfurecida,
La muchedumbre intrépida se arroja :
Salta, acomete, y el horror, y el fuego,
Y la muerte espantosa, que silvando,
Del dardo y lanza en el acero vuela,
Nada son á su ardor ; lucha, porfia,
Á sus piés los soberbios baluartes
Húndense, y el laurel de la victoria
Ciñe la patria á su robusta frente.

¡ Ay ! los sagrados venerables dias
No son aun en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo.
Pero ellos brillarán : yo, caro amigo,
Ya entonces no seré ; nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos
Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El coro de los jóvenes los cante,
El coro de las virgenes responda,
Y el eco lleve mi dichoso nombre,
Y todo un pueblo con furor le aplauda.

¡ Oh tú, cualquiera que en mejores dias,
Por don del cielo, de mi patria seas
El solemne cantor ! ¡ Tú, á quien guardada

Tan alta gloria está! Yo te saludo
 ¡ Oh afortunado espíritu! te adoro;
 Vuelve, te ruego, la dichosa vista
 Al fango vil de que á salir en vano
 Aspira mi ambicion. No, sus esfuerzos,
 Sus débiles esfuerzos no podrian
 Durar, llegar á ti. ¿Qué serán ellos
 Si con tu excelsa elevacion se miden?
 Escucha, empero, los aplausos míos,
 Que vuelan á mezclarse á la alabanza
 Con que tu siglo ensalzará tu nombre;
 Y recibe estas lágrimas ardientes
 De despecho y de envidia, que mis ojos
 Al contemplar en tí vierten ahora.

En tanto pues que afortunado llega
 Este tiempo, nosotros, dulce amigo,
 Demos nuestro desprecio á la insolencia
 Del poderoso, que, en su pompa hinchado,
 Vincula en ella sus virtudes todas;
 Démosle al vil que ante sus piés se abate,
 Y aquella frente que le dió el destino
 Para mirar al sol hunde en el polvo;
 Mas no suframos que los bellos dones,
 Tesoros del espíritu, se vean
 Escarnecidos nunca. Abandonemos
 Tan delirante empeño á la ignorancia
 Ó á la mediocridad, que insulta y muérdete
 El bronce de la fama, en cuyos ecos
 Jamás el mundo escuchará su nombre.

(1798.)

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DESPEDIDA DE LA JUVENTUD.

Creced y floreced, plantas hermosas,
 Creced y floreced, y alzando al cielo
 Esas ramas sonantes y frondosas,
 Bañad en dulce lobreguez el suelo;

Que yo, angustiado, á vuestra sombra amiga
 Me acogeré, y en ella
 Tendré un asilo al fin donde no sienta
 El vivo resplandor que el sol ostenta.
 Él, en eterna juventud luciendo,
 Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años
 Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos;
 Y á contrastar su solio se amontonan,
 Y en su feliz carrera
 Nada marchita su beldad primera;
 Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡Oh cuánta diferencia
 Entre su fuerza y la flaqueza mia!
 Sigue un día á otro día,
 Y en su sorda inclemencia
 Cada cual me amortigua, y me arrebatá
 Al término en que espira la alegría.
 Vuelvo la vista, y angustiado miro
 Yacer segadas de mi edad las flores,
 Y la vida mostrárseme erizada
 De espinas solamente y de dolores.

Tened ¡ay! compasion de mi amargura;
 Que bien me la debeis, árboles bellos.
 Decid: cuando los vientos bramadores
 Á la voz del noviembre se desatan,
 Y sacudiendo frio,
 En su furor horrisono maltratan
 Vuestro verdor sombrío,
 Y anunciándoos vejez, de angustia os llenan
 Y á desnudez tristisima os condenan,
 ¿No sentis? ¿no llorais? Y estremecidos,
 ¿No os acordais de abril, cuando halagüenas
 Las manos de natura engalanaban
 Vuestras frentes risueñas,
 Cuando el auro os besaba con ternura,
 Y los ojos distantes que os miraban,

Cual templos de frescura
Y asilos de placer os saludaban?

Tal de mi juventud y de mi gloria
Los venturosos días
Se pintan tristemente en mi memoria,
Al tiempo que volando
Huyen lejos de mí, sin que mis ayes
Solo un momento detenerlos puedan.
Adios, divino amor, que desplegando
Las bellas alas de oro,
Me llevabas en ellas
Por sendores de flores,
Y el pecho y labio sin cesar colmabas
Del néctar celestial de tus favores.

Adios: la cruda mano
Del tiempo, a mis delicias enemigo,
Te arrebató consigo.
Y ¡oh cuántos otros bienes el tirano
Me arrebató también! ¿Con que la risa
Huyó por siempre de los labios míos,
Y la fiel confianza de mi frente?
Mis ojos, ¡ay! de lágrimas vacíos,
¿Será que nunca á desahogar ya tornen
Mi triste corazón, y que se vean
De él por siempre alejadas
Las esperanzas que halaguenas rien,
Las ilusiones que sin fin recrean?

Contigo, ¡oh juventud! contigo nace
El entusiasmo ardiente
Que arrebató hácia el bien, contigo espira,
Y tras él la virtud mustia y doliente
Privar de fuerza y marchitar se mira.
¿Qué á tu ferviente anhelo
Cuestan jamás los sacrificios? Oyes
La voz de la amistad, sientes la llama
Del patriotismo que tu pecho agita,

Ó bien la gloria que en honor te inflama;
Partes entonces desolada, y corres
Impávida á tu fin: como en la selva
El volador caballo,
Cuando en dichosa libertad respira,
Orgullosa se lanza á la carrera;
El viento no le alcanza, y vanamente
Á intimidar su ardiente lozania
Las ramblas y torrentes se presentan;
Las ramblas y torrentes acrecientan
Su generoso aliento y su osadia.

Y en vez de tantos dones
Como en mi tierno corazón moraban
Y en su luz generosa me ensalzaban,
¿Qué ofreces á mi vida,
Oscuro porvenir? El triste freno
De la prudencia y su compás helado;
Mientras que, derramando su veneno
La vil sospecha, asida
Del funesto puñal del desengaño,
En cada halago temerá un peligro,
Tras cada bien me mostrará un engaño;
Y roto el velo á la ilusion, el mundo
Que pintado en tan mágicos colores
Á mi inocente espíritu reia,
Será de hoy mas á la tristeza mia
Yermo sin amistad y sin amores.

Morir fuera mejor; mas ¡ay, que abiertas
Ya á devorarme aspiran
De la siguiente edad las negras puertas!
La vista estremeceida
Duda y se vuelve atrás: deten la mano,
Y no de bronce la eternal barrera
Corras, que esconde mi estacion florida,
¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!...
Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego,
Sin poderme valer, desconsolado,

Del carro del destino arrebatado,
 Á su imperiosa voluntad me entrego.

EN LA MUERTE DE UN AMIGO.

En este melancólico retiro
 De la indulgente soledad me abriga,
 Y con su sombra amiga
 Templó el horror en qué infeliz respiro,
 ¿Qué fúnebres clamores
 En confuso tropel hieren el viento
 Y vienen á mezclarse á mis dolores?
 Callad, nuncios de muerte; ya mi pecho,
 De palpar deshecho,
 No es bastante al raudal de la amargura,
 Y el cáliz del dolor hasta las heces
 Mi moribunda juventud apura.

¡Miseró! ¡Cuántas veces
 Presente á algun festín, cuando rodaban
 Por la mesa las copas de Lico,
 Y en risa y en placer nos inundaban,
 Mi espíritu asaltado
 De un súbito temor se estremecía,
 « ¡Si alguno de nosotros pereciera! »
 En mi interior decía,
 Y una indiscreta lágrima corría
 Que atajaba el deleite en su carrera.
 ¡Presagio de dolor, ya estás cumplido!
 Tendió la muerte sus horrendas alas;
 Como buitre voraz cayó en mí amigo,
 Y en él sus garras con furor clavando,
 Á la honda huesa le arrastró consigo.

• En vano, ¡ay Dios! en vano
 El bello sol, iluminando el día,
 Derramará en el mundo
 Su benéfica lumbre y su alegría;

De su seno frugífero y fecundo
 En vano los tesoros
 Ostentará la tierra:
 ¿Qué importa? Á otros darán la dulce vida,
 No al ser helado que la tumba encierra.

¡Con que será ya en vano
 Clamar yo en el dolor: « ¡Álzate, amigo;
 Ven como en otro tiempo á mi venias,
 Cuando las ansias mías
 Templar lograban su amargor contigo;
 Levántate á valerme! » Que insensible
 Me negará su oído,
 Inmóvil á mi voz como esas rocas
 Que rechazan mi lúgubre gemido.

Si; que á nadie se atiende y se responde
 En ese seno misterioso donde
 Lejos del mundo el infelice vaga.
 Pero el mundo me oirá, y enternecido
 Dará que satisfaga
 Mi luto y mi deber... ¡Oh lira mía!
 Ven en mi afán á acompañarme, y demos
 Á mi infeliz amigo
 El canto de alabanza; que se vea
 Su alma bella en mis versos retratada,
 Y eterna al mundo su memoria sea.

¿Qué sirve, empero, recordar ahora
 De su hermosa virtud la alta esperanza?
 Cuando el viento fatal de mediodía
 De las arenas libicas se lanza,
 Y el seno de la Bética azotando
 Con ala abrasadora,
 La floreciente mies tala y devora,
 ¿Acaso la abundancia que esperaba
 Podrá aliviar al labrador que llora?
 ¡Ah! ¡Son tan pocos los felices pechos
 En que se anida la virtud! ¡Tan pocos!

Aquellos en que enciende
 Entusiasmo y valor!... ¡Un día, un hora,
 Un momento infeliz hunde en el polvo
 La esperanza y delicias de los buenos!
 ¡Y los perversos viven y se ríen,
 De todo miedo y sobresalto ajenos!

Huye pues, lira, de mi débil mano,
 Ya que aliviarme en mi allicción no alcanzas
 Dolor manda la muerte, y no alabanzas,
 Dolor y luto y lágrimas. ¡Oh amigos!
 Venid, cercadme; y sosteniendo todos
 Mi vacilante paso,
 Hasta la tumba lúgubre lleguemos.
 En ella plantarémos
 Un fúnebre ciprés; mi amargo lloro
 Le regará; mi diligente mano
 Le hará crecer, y su enlutada sombra
 Cubrirá la inscripción, que en letras de oro
 Diga: « Al hombre sensible, al fiel amigo,
 Al exaltado patriota... » Un día
 Vendrá que el pasajero,
 Cuando este triste monumento mire,
 Sobre él contemple á la virtud llorando,
 Y de respeto y lástima suspire.

¡Ay! ¿Qué resta á mi vida, amigos míos,
 Sino hiel y dolor? Tal vez la pareca,
 Que en él se probó á herirnos, inflexible
 Ya la segunda víctima señala.
 ¿Quién de nosotros?... ¿Y será posible
 Que destinado á contemplar me vea
 De unos y otros el fin, llorar á todos,
 Y verme en todos acabar? ¡Oh muerte!
 Ven á mí de una vez: tu horrenda saña
 Descargue al punto la faltar guadaña,
 Y no me guarde á tan acerba suerte.

FRAGMENTOS DE UNA TRADUCCION

DEL PASTOR FIDO.

I.

DISCURSO DE LINCO Á SILVIO.

Dime: si esta tan alegre y bella
 Estacion, que renueva el mundo todo,
 Vieses, en vez de florecientes valles,
 De verdes prados y vestidas selvas,
 Estarse el fresno y el abeto y pino
 Sin su usada frondosa cabellera,
 Sin verdura los prados,
 Sin flores los collados,
 ¿No dijeras tú, Silvio: « El mundo ahora
 Se marchita y desmaya »?
 Pues la sorpresa y el horror que entonces
 De tan extraña novedad tuvieras.
 De ti mismo la ten: diónos el cielo
 Vida y costumbres á la edad conformes;
 Y así como el amor nunca conviene
 Á pensamientos canos,
 Así la juventud de amor contraria
 Contrasta al cielo, y á natura ofende.
 Mira en torno de ti: ¿ves la hermosura
 Que adorna, Silvio, el universo ahora?
 Ella es obra de amor: ama la tierra,
 Ama tambien el mar, aman los cielos:
 Aquella que allí ves luciente estrella,
 Del alba precursora,
 Bella madre de amor, de amores muere,
 Y enamorada luce y enamora:
 Mirala envuelta en esplendor y en risa;
 Quizás en este punto el dulce seno
 Deja del caro amante y sus delicias.
 En bosques y florestas

Aman las fieras, y en las ondas aman
 Las orcas graves y el delfin ligero.
 El pajarillo aquel que dulcemente
 Canta y lascivo vuela
 Ya del haya al abeto,
 Ya del abeto al mirto,
 Si espíritu tuviese y voz humana,
 « Yo me abraso de amor », exclamaria.
 Mas bien lo siente y en su voz lo dice,
 Que su amada le entiende y le responde :
 « A mí el fuego de amor también me inflama. »
 Bramá el toro en el campo, y cuando brama,
 Al blando juego del amor convida ;
 El leon en el bosque
 Ruge, y aquel rugido
 Es solo de su amor dulce gemido.
 Todo, en fin, ama, ¡ oh Silvio ! Y ¡ Silvio solo
 En cielo, en mar y en tierra
 Será alma sin amor ni sentimiento !
 ¡ Oh deja ya las selvas,
 Simple zagal... !

II.

AMINTA Y LUCRINA.

Te contaré la dolorosa historia
 De nuestros males que arrancar pudiera
 Llanto y piedad á las encinas duras,
 No solo á humanos pechos. En el tiempo
 Que el sacerdocio santo era obtenido
 Por jóvenes también, hubo un mancebo,
 Noble pastor, y sacerdote entonces,
 Llamado Aminta ; el cual amó á Lucrina,
 Ninfa gentil á maravilla y bella,
 Pero soberbia á maravilla y falsa.
 Mostróse ella gran tiempo agradecida,
 Ó lo fingió con vanas apariencias,
 Al puro afecto del amante joven,

Y sustentóle de esperanzas falsas,
 Mientras que el infeliz rival no tuvo.
 Mas no bien fué de rústico mozuelo
 Mirada la inconstante, cuando al punto,
 Sin defenderse á su primer suspiro,
 Al nuevo amor abandonóse toda
 Antes que el mal se sospechase Aminta.
 ¡ Misero Aminta ! que esquivado luego
 Fué y despreciado tanto, que ni verle
 Ni escucharle jamás quiso la impia...
 Pues como al fin, tras el amor perdido,
 Quejas también y lágrimas perdiese,
 Vuelto, rogando, á la gran diosa : « ¡ oh Cintia !
 Dijo, si ya con inocentes manos
 Y puro corazón el sacro fuego
 En tu altar encendi, venga la llama
 Que la pérfida ninfa en mí ha vendido. »
 Oyó Diana el llanto y las plegarias
 Del fiel amante, su ministro amado,
 Pues respirando en la piedad la ira,
 Acrecentó la cólera, y cogiendo
 El arco omnipotente, lanzó al seno
 De la misera Arcadia inevitables
 Y ocultos dardos de espantosa muerte.
 Sin piedad, sin socorro perecian
 Gentes de toda edad y de ambos sexos :
 Era tarda la fuga, el arte inútil,
 Vano el remedio ; y antes que el doliente,
 El médico infeliz morir solia.
 Una sola esperanza en tantos males
 Quedó, y fué el implorar su auxilio al cielo :
 Consultado el oráculo, respuesta
 Dió, clara sí, pero funesta y triste ;
 Que Cintia estaba airada, y aplacarse
 Solo pudiera si la infiel Lucrina,
 Ú otro de nuestra gente en lugar suyo,
 En holocausto presentado fuese
 Por las manos de Aminta á la gran diosa.
 Ella en vano lloró, y esperó en vano

De su nuevo amador ser socorrida;
 Que al fin, llevada con solemne pompa,
 Fué miserable víctima á las aras;
 Donde á los piés de su ofendido amante,
 Á aquellos piés de quien seguida en vano
 Y tanto fué, las trémulas rodillas
 Dobló, esperando su infelice muerte
 Del mancebo cruel. Aminta entonces
 Intrépido desnuda el saéro acero,
 Y en su rostro inflamado parecia
 Que el furor y venganza respiraban.
 Á ella vuelto después, dijo, lanzando
 Un gran suspiro anunciador de muerte :
 « Aprende en tu miseria, infiel Lucrina,
 Cuál amante seguiste, y cuál dejaste,
 Contempla en este golpe. » Esto diciendo,
 Clavó el cuchillo por su mismo seno,
 Y cayó sin aliento en brazos de ella,
 Víctima y sacerdote á un tiempo mismo.
 Á tan fiero espectáculo pasmóse
 La misera doncella ; pero al punto
 Que recobró la voz y los sentidos
 Dijo llorando : « ¡ Oh fiel, oh fuerte Aminta !
 ¡ Oh amante que tan tarde he conocido,
 Y me has dado muriendo vida y muerte !
 Si fué culpa el dejarte, ora la enmiendo
 Eternamente uniéndome contigo. »
 Y esto diciendo, desclavó el cuchillo,
 Teñido aun con la caliente sangre
 Del tarde amado enamorado pecho ;
 Y atravesando el suyo, moribunda
 Sobre Aminta cayó, que aun no bien muerto
 De aquel golpe fatal suspiraria.
 « ¡ Fué de ambos el fin... »

III.

CORISCA.

¿ Quién ha visto jamás, ni quién ha oído
 Mas extraña pasión, mas importuna,
 Ni mas loca también ? ¿ Quién en un pecho
 El odio á un tiempo y el amor unirse
 Con temple tan sutil, que uno por otro
 Se dilata y estrecha y nace y muere ?
 Si desde el pié gallardo hasta el semblante
 Miro yo la belleza de Mirtilo ;
 Si sus modales y su hablar contemplo,
 Y su hermoso ademan y sus miradas,
 Me asalta amor con tan violento fuego,
 Que toda yo me abraso, y me parece
 Que vence esta pasión todas las otras.
 Mas si después contemplo el obstinado
 Amor que tiene á mi mujer, y pienso
 Que de mí no se cura, y que por ella
 Desprecia mi beldad idolatrada
 De mil almas y mil, tanto le esquivo,
 Y le aborrezco tanto, que imposible
 Se me hace haberle alguna vez amado,
 Y que ardiese por él el pecho mio.
 Me digo así tal vez : « ¡ Oh si pudiese
 Gozar de mi dulcísimo Mirtilo,
 Tal que yo sola le tuviese, y nadie
 Le poseyese nunca ! ¡ Oh mas que todas
 Feliz Corisca ! » Y en aquel momento
 Un ímpetu en mi seno se despierta,
 Y hácia él tan dulcemente me arrebató,
 Que á sus huellas seguir, y á suplicarle,
 Y á descubrir el corazón camino.
 ¿ Qué mas ? Así me punza este deseo :
 Que si pudiera ser, le adoraria.
 Por otra parte me revuelvo y digo ;

¡Un soberbio, un esquivo, un desdenoso,
 Uno que á amar otra mujer se atreve,
 Un hombre que me mira y no me adora,
 Y así de mi semblante se defiende,
 Que no muere de amor! ¡Yo, que debía,
 Como á tantos he visto, verle ahora
 Abatido y lloroso á los piés míos,
 Abatida y llorosa á los piés suyos
 Podré verme caer! • Y en esta idea
 Ira tal, y tal cólera concibo
 Contra él, y contra mí, por haber vuelto
 Á mirarle la vista, el pecho á amarle,
 Que odio mas que la muerte el amor mío
 Y el nombre de Mirtilo, y le quisiera
 Ver el mas infeliz, mas afligido
 Pastor que hubiese; y si le viera entonces,
 Con mis manos allí le mataría.
 Así el odio y amor, ira y deseo
 Se combaten á un tiempo; y yo, que he sido
 La llama de mil almas hasta ahora,
 Y el tormento de mil, ardo y suspiro,
 Y pruebo en mi dolor el mal ajeno.
 Yo, que allá en la ciudad por tanto tiempo,
 De amantes gentilísimos servida,
 Fui siempre insuperable, y burlé siempre
 Todas sus esperanzas y deseos,
 Ya de un rústico amor, de un vil amante,
 De un zagalejo humilde soy vencida.
 ¡Oh Corisca infeliz! en este punto,
 Si desprovista de amador te vieras,
 Di, ¿qué fuera de ti? Dime, ¿qué harías
 Para calmar tu enamorada rabia?
 Aprendan á mi costa hoy las mujeres
 Á conservar y á acumular amantes.
 Si ni otro bien ni pasatiempo alguno
 Que el amor de Mirtilo yo tuviese,
 ¡Cierto que rica de galán me viera!
 Mil veces simple la mujer que á un solo
 Amante llega á reducirse: ¡oh! nunca,

Nunca tan necia se verá á Corisca.
 ¿Qué es constancia? ¿Qué es fe? Fábulas vanas,
 Nombres imaginados por celosos
 Para engañar las simples doncelluelas.
 La fe en el pecho de mujer, si acaso
 Fe en hembra alguna aposentarse puede,
 No es bondad, no es virtud; es una dura
 Necesidad de amor, ley miserable
 De menguada beldad que ama á uno solo,
 Porque amada de muchos ser no puede.
 Mujer bella y gentil, solicitada
 De muchedumbre de amadores dignos,
 Si á uno se acerca y los demás despide,
 Ó no es mujer, ó si es mujer, es necia.
 ¿Qué vale la beldad cuando no es vista;
 Y si vista, no amada; y si es amada,
 Amada de uno solo? Que en el mundo
 Cuanto mas dignos y frecuentes sean
 De una mujer los amadores, tanto
 La fama crece y alabanza de ella,
 Y su esplendor y gloria se aseguran
 En tener muchos. Las discretas damas
 Así vivir en las ciudades suelen;
 Y las que son mas bellas y mas grandes
 Con mayor libertad; siempre es entre ellas
 Despedir un amante gran locura;
 Hacen muchos así lo que uno solo
 Quizá no hará: quién para dar es bueno,
 Quién á servir, quién á otra cosa es útil;
 Y sucede tal vez que sin saberlo
 Lanza el uno los celos que dió el otro,
 Ó los despierta en el que no los tuvo.
 De esta manera en las ciudades viven
 Las mujeres ilustres, donde un día
 Yo aprendí el arte del amor, guiada
 De mi espíritu mismo, y del ejemplo
 De una dama gentil que me decía:
 Es preciso tratar á los amantes
 Cual si fuesen vestidos: tener muchos;

Uno ponerse, y remudarlos todos ;
 Que el largo conversar causa fastidio,
 Y el fastidio desprecio y odio al cabo.
 Es grande error, Corisca, que una dama
 Llegue su amante á fastidiar ; tú cura
 De que aquel que soltares salga siempre
 Quejoso, y no cansado. » Y así siempre
 He procedido yo ; gusto tenerlos
 En grande copia ; entretener los unos
 Con los ojos, los otros con las manos,
 Pasar al pecho el que mejor me agrada,
 Y al interior del corazón ninguno.
 ¡ Mas ay ! que de esta vez yo no sé cómo
 Ha venido Mirtilo, y me atormenta
 Tanto ¡ infeliz ! que á suspirar me obliga,
 Y á suspirar de veras, y negando
 Á mis cansados miembros el sosiego,
 También yo aprendo á desear la aurora,
 Tiempo oportuno á los amantes tris
 Cual ellos ¡ ay ! por esta selva umbrosa
 Ando buscando la adorada huella.
 De mi enemigo. ¿ Qué te harás, Corisca ?
 ¿ Le rogarás ? El odio no lo quiere,
 Aunque lo quiera yo. ¿ Le huirás ? Ni aquesto
 Lo consiente el amor, aunque debiera
 Tal vez hacerlo así. Pues ¿ qué resuelves ?
 Las súplicas primero y los halagos
 Abrirán el camino, y descubierto
 Le ha de ser el amor, mas no la amante ;
 Si esto no basta, acudiré al engaño ;
 Y si ni este tampoco, memorable
 Venganza hará la cólera...

IV.

EL SÁTIRO.

Cual hielo á plantas, sequedad á flores,
 Á ciervos red, á pajarillos liga,

Granizo á espigas, y gusano á trigo ;
 Así contrario amor fué siempre al hombre ;
 Y quien fuego le dijo, conocía
 Su natural tan pérfido y malvado,
 Pues si el fuego se mira, ¡ oh cómo es bello !
 Y si se toca, ¡ oh qué cruel ! El mundo
 Mas espantoso monstruo no conoce :
 Como fiera devora, y como acero
 Punza y traspasa, y como viento vuela ;
 Y donde afirma la imperiosa planta
 Toda fuerza y poder cede á su fuerza.
 No de otro modo amor, que si lo miras
 Ya en bellos ojos, ya en cabellos de oro,
 ¡ Oh cual gusta y deleita ! ; Oh cual parece
 Que solo paz respira y alegría !
 Mas si te acercas mucho y si le pruebas,
 Si comienza á bullir, y luego crece,
 No tiene tigre Hircania, ni la Libia
 Leon tan fiero, ó pestilente sierpe,
 Que en fiereza le venza ó se le iguale ;
 Crudo mas que la muerte y que el infierno,
 Contrario á la piedad, ministro de ira,
 Y finalmente, amor de amor desnudo.
 ¿ Mas para qué hablo de él ? ¿ Por qué le culpo ?
 ¿ Es él la causa de que el mundo ahora,
 Amando no, mas delirando peca ?
 ¡ Oh femenil perfidia ! Á tí se impute
 De la infamia de amor toda la culpa.
 De tí sola, y no de él, viene y se engendra
 Cuanto de duro y de malvado tiene ;
 Pues él, de suyo blando y apacible,
 Al punto pierda su bondad contigo.
 Tú no le dejas penetrar al pecho,
 Y de pasar al corazón las vías
 Le cierras todas ; por defuera solo
 Le adulas y le halagas, y es tan solo
 Tu cuidado, tu pompa y tu deleite,
 De un afeitado rostro la corteza.
 No son tus obras ya, ni ya te empleas

En pagar con tu fe la fe de amante,
 En luchar, en amar, con quien te ama
 Hacer de dos un corazón tan solo,
 Y en una voluntad unir dos almas.
 Pero te ocupas en teñir con oro
 Un cabello insensato, ornar la frente
 Con una parte de él envuelta en nudos,
 Y lo demás, en red entretejido,
 Prender el corazón de mil incautos.
 ¡ Oh cuán indigno á un tiempo y fastidioso
 Es el verte tal vez con los pinceles
 Pintarte las mejillas, y las faltas
 De natura y del tiempo andar borrando!
 ¡ Hacer se torne en púrpura brillante
 La triste amarillez, blanco lo negro,
 Las arrugas lisura, y un defecto
 Quitar con otro, y aumentarle acaso!
 Y esto es nada, aunque tanto: son iguales
 Á las obras costumbres y caricias.
 ¿ Qué cosa tienes tú que no sea falsa?
 Si abres la boca, mientes; si suspiras,
 Mentido es este suspirar; si mueves
 Hacia alguno los ojos, la mirada
 Es mentida también: todos tus actos,
 Todo ademan, y lo que en tí se mira,
 Y lo que no se mira, hables ó pienses,
 Andes ó llores tú, cantes ó rías,
 Todo es mentira, y aun aquesto es poco.
 Vender mas bien á quien mejor se fia,
 Al más digno de amor amarle menos,
 Y aborrecer la fe mas que la muerte,
 Tales las artes son que hacen tan crudo
 Y tan perverso á amor. Tuya es la culpa
 ¡ Oh pérfida mujer! de sus delitos,
 Ó lo es mas bien de quien de tí se fia.
 En mí la culpa está, que te he creído,
 Corisca perfidisima y malvada,
 Aquí tan solo por mi mal venida
 De las regiones lujuriosas de Argos,

Donde la liviandad tiene su imperio.
 Mas tú finges también, y eres tan diestra
 En mentir tus costumbres y palabras,
 Que con las mas honestas ora unida
 La fama del pudor anda contigo.
 ¡ Oh cuánto afán he sostenido! Oh cuántas
 Ignominias por ella! Oh cómo ahora
 Me arrepiento de todo y me avergüenzo!
 Aprende, incauto amante, de mi pena
 Á no adorar cual idolo un semblante;
 Que la mujer idolatrada es cierto
 Un númen infernal: de su belleza
 Se lo presume todo, á fuer de diosa;
 Sobre tí, que te humillas, elevada,
 Como cosa mortal te tiene en menos;
 Que ser por su valor ella se cree
 Lo que la finges tú por tu vileza.
 ¿ Para qué tanta esclavitud y tantos
 Ruegos, suspiros, llantos? Estas armas
 Úsenlas, si, los niños y mujeres,
 Mas nuestros pechos aun amando sean
 Fuertes y varoniles. Hubo un tiempo
 En que pensaba yo que suspirando,
 Y llorando, y pidiendo, en pecho de hembra
 La llama del amor se despertase.
 Ora lo advierto, erré; que si ella tiene
 El corazón de pedernal, es vano
 El intentar con lágrimas suaves
 Ó con el blando aliento de un suspiro
 Hacerle echar centellas, si el acero
 De un rígido eslabon no le combate.
 Por tanto, deja el suspirar y el llanto,
 Si el logro quieres de tu amor; y si ardes
 Con fuego inextinguible, allá en el seno
 De ese tu corazón mas escondido
 Tu afecto oculta, y ejecuta á tiempo
 Lo que natura y el amor enseñan,
 Pues la virtud de la modestia solo
 En el semblante la mujer la ostenta,

Y es grande error el que al tratar con ella
 La tengas tú jamás, pues aunque tanto
 La usa con los demás, consigo usada
 La tiene en odio, y en su rostro quiere
 Que la mire el amante, y no la emplee.
 Con esta ley tan natural, si amares,
 Tendrás gusto en tu amor; no ya Corisca
 Á mi me encontrará tierno y rendido
 Sino fiero enemigo, que con armas
 De un hombre de valor, no femeniles,
 En crudo asalto la herirá. Dos veces
 Cogí ya esta malvada, y no sé cómo
 Se me fué de las manos; mas si llega
 Por la tercera vez al mismo paso,
 Ya yo la pienso asegurar de modo
 Que escapar no podrá. Por estas selvas
 Suele á veces vagar, y yo venteando
 Como sagaz subueso, ando tras ella.
 ¡Oh qué terrible estrago y qué venganza
 Si la cojo he de hacer! Yo haré que vea
 Que llega alguna vez á abrir los ojos
 El que fué ciego, y que por mucho tiempo
 No ha de vanagloriarse en sus perfidias
 Una mujer sin fe y engañadora.

ARIADNA.

(Se supone á Ariadna sentada en una actitud profundamente triste sobre una peña á la orilla del mar: á un lado una tienda, á otro un gran peñasco que se encorva sobre las aguas.)

¡Nadie me escucha!... ¡Nadie!... El eco solo,
 Eterno compañero
 De este silencio lóbrego, responde
 Á mi agudo clamor, y mudamente
 Mi mal aumenta y mi dolor presente,

¿Y es aquesto verdad? ¿Pudo Teseo
 Sin mí partir, y pudo
 Desampararme así?... ¡Pecho de bronco,
 De todo amor y de piedad desnudo!
 ¿Qué te hice yo para tan vil huida?
 Le vi, le amé; mi corazón, mi vida,
 Toda yo suya fui, toda... El ingrato,
 ¿Qué no me debe?... Encadenado llega
 Á la cretense playa,
 Destinado á morir: su sangre odiosa
 Al monstruo horrible apacentar debía,
 Que en la prision del laberinto erraba.
 ¿Qué hubiera él sido sin la industria mia?
 Entra, combate, vence, y coronado
 De nueva gloria se presenta al mundo.
 Esto era poco: enfurecida y ciega,
 Frenética después, mi hogar, mi padre,
 Todo lo olvido á un tiempo, y me confío
 Al amable impostor, enajenado
 Con su halago y su amor mi tierno pecho;
 ¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho
 Pasion tan viva y perdicion tan loca?
 Yo lloro aquí desesperada en tanto
 Que el pérfido se rie
 De mi amor lamentable y de mi llanto.

Pero no; ¿cómo es posible
 Que tan deliciosos lazos
 Así los haga pedazos
 Una horrenda ingratitud?

(Levántase exaltada hácia la tienda.)

¡Ah! no es posible. ¡Oh fecho! tú que has sido
 Testigo de mi gloria y mi contento,
 Vuélveme al punto el bien que en tí he perdido.
 ¡Así mientras sus labios me halagaban,
 Y en tanto que sus brazos me ceñían,
 Ya allá en su pecho las traiciones viles
 Este lazo fatal me preparaban!

¡Oh union inconcebible
De perfidia y placer! ¡con que, engañoso
Puede ser el halago, y la ternura
Lleva tras sí maldad y alevosía!
Yo triste, envuelta en la inocencia mía,
Al delirio de amor me abandonaba.
Tú sabes cuál mi seno palpitaba,
Tú viste cuál mi sangre se encendía,
Y cómo de su boca engañadora
Deleite, amor y perdición bebía.

Dos ayer éramos,
Y hoy sola y misera
Me ves llorando
A par de ti.
Mira estas lágrimas,
Mirame trémula,
Donde gozando
Me estremeci.
¿Qué se hizo el pérfido?
Mi angustia muévate,
Y haz que volando
Torne hacia mí.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,
Yo te perdono. El ardoroso llanto
Que ora inunda mi rostro y me le abrasa
Enjugarás; reclinare en tu pecho
Mi atormentada frente, y aplicando
Tu mano al corazón, verás cuál bate
De anhelo palpitante y de alegría.
Mas ¡oh misero y ciego devaneo!
Mientras imploro al execrable amigo,
Lleva el viento consigo
Mi gritar, mi esperanza y mi deseo,
¡Y esto, oh dioses, sufris! ¡Y va seguro
Y contento el perjurio
Por medio de la mar, que le consiente
Sin abrirse y tragarle!... ¡Oh tú, divino

Astro del claro día, sol luciente,
Sagrado autor de la familia mía!
Mira el trance terrible á que he venido;
Mirame junto al mar volver llorando
La vista á todas partes, y en ninguna
Asilo hallar á mi fatal fortuna;
Mirame perecer sin un amigo
Que dé á mi suerte lamentable lloro.
¿Dónde, dónde volverme? ¿Á quién imploro?

« Muerte, no hay medio, muerte; » este el grito
Que por do quiera escucho; esta la senda
Que encuentro abierta á mi infelice suerte.
Brama el mar, silva el viento, y dicen: « Muerte. »

Y muerte hallaré yo... Las ondas fieras
Que senda amiga al seductor abrieron,
Me la darán... ¡Qué horror! Un sudor frio
Baña mi triste frente, y el cabello
Se eriza... Si... Las veo;
Las furias del averno me arrebatan
Tras de sí á fenecer... Voy desgraciada
Victima del amor...

... ¡Ah! ¡Si el ingrato
Presente ahora á mi dolor se hallara,
Quizá al verme llorar tambien llorara!
¡Mas no, misera! Muere; el mar te espera
El universo te olvidó, los dioses
Airados te miraron,
Y sobre ti, cuitada, en un momento
El peso de su cólera lanzaron.

¡Oh qué triunfo tan bárbaro y fiero!
Avergüenzate, cielo tirano,
Avergüenzate, ó dobla inhumano
Mi tormento y tu odioso rencor.
¿Dudo? ¿Temo? ¿Á qué atiendo? ¿Qué espero?
Dame ¡oh mar! en tu seno un abrigo,

Y las ondas escondan conmigo
Mi infortunio, mi oprobio y mi amor.

(*Arrójase al mar.*)

LA DANZA.

Á CINTIA.

¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos
Del sonoro violin? Pues él convida
Tu planta gentilísima y ligera;
Ya la vista te llama,
Ya en la dulzura del placer que espera
El corazón de cuantos ves se inflama.
¿Quién ¡ay! cuando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence á la aurora,
Y el cuello desviando
Blandamente hácia atrás, das gentileza
Á la hermosa cabeza
Reposada sobre él; quién no suspira,
Quién al ardor se niega
Que bello entonces tu ademan respira?

¡ Con qué pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones,
La alegre pompa de sus formas bellas!
Yaga la vista embelesada en ellas;
Ya del contorno admira
Al delicado talle do abrazadas
Las gracias se rieron,
Y su divino ceñidor vistieron
Ya, en fin, se vuelve á los hermosos brazos
Que en amable abandono
Como el arco de amor, dulces se tienden;
¡ Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden.
¡ Oh imagen sin igual! Nunca la rosa,
La rosa que primera

Se pinta en primavera,
De Favonio al ardor fué tan hermosa;
Ni así eleva su frente la azucena,
Cuando, de esencias llena,
Con gentileza y brio
Se mece á los ambientes del estio.

Suena, empero, la música, y sonando,
Ella salta, ella vuela: á cada acento
Responde un movimiento, una mudanza
Vuelve siempre á un compás; su ligereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.
Bella Cintia, detente;
Mi vista, que te sigue,
¿No te podrá alcanzar? ¿Nunca podría
Señalar de tus pasos
La undulacion hermosa,
La sutil graduacion? Cuando suspiro
Al fenecer de un bello movimiento,
Otro mas bello desplegarse miro.
Así del iris, serenando el cielo
Con su gayado velo,
En su plácida union son los colores;
Así de amable juventud las flores,
Do, si un placer espira,
Comienza otro placer. Ved los amores
Sus mudanzas siguiendo
Y las alas batiendo,
Dulcemente reir: ved cuán festivo
El céfiro, en su túnica jugando,
Con los ligeros pliegues
Graciosamente ondea,
Y él desnudo mostrando,
Suena y canta su gloria y se recrea
Y ella en tanto cruzando
Con presto movimiento,
Se arrebatava veloz: ora risueña
En laberintos mil de eterno agrado

Enreda y juega la elegante planta;
 Altiva ora levanta
 Su cuerpo gentilísimo del suelo,
 Batiendo el aire en delicado vuelo.
 Huye ora, y ora vuelve, ora reposa,
 En cada instante de actitud cambiando,
 Y en cada instante ¡oh Dios! es mas hermosa.

Atónita mi mente es commovida
 Con mil dulces afectos, y es bastante
 Un silencio elocuente á darles vida.
 Mas ¿qué valen las voces
 Á par del fuego y la pasión que inspiran
 En expresión callada
 Los negros ojos que abrasando miran?
 ¿Á par de la cadena
 Que, ó bien me da de la amorosa pena
 El tímido afanar, ó en ella veo
 La presta fuga del desden que teme,
 Ó el duelo ardiente del audaz deseo?
 ¡Salud, danza gentil! Tú, que naciste
 De la amable alegría,
 Y pintaste el placer; tú, que supiste
 Commover dulcemente el alma mía,
 De cuadro en cuadro la atención llevando,
 Y dando el movimiento en armonía.

Así tal vez de la vivaz pintura
 Vi de la antigua fábula animados
 Los fastos respirar. Aquí Diana,
 De sus ninfas seguida,
 Al ciervo en rauda curso fatigaba.
 Y el dardo volador tras él lanzaba;
 Allí Citères presidiendo el coro
 De las gracias rientes,
 Y á amor con ellas en festivo anhelo,
 Y en su risa inmortal gozoso el cielo;
 El trono mas allá cercar las horas
 Del sol, miraba en su veloz carrera,

Y asidas deslizándose en la esfera,
 Vertiendo lumbre iluminar los días.

¡Oh Cintia! tú serías
 Una de ellas también, tú, la mas bella;
 Tú, en la que brilla la rosada aurora;
 Tú, la agradable hora
 Que vuelve en su carrera
 La vida y el verdor de primavera;
 Tú, la primera los celestes dones
 Dieras al hombre de la edad florida;
 Volando tú, rendida
 La belleza inocente,
 Palpitara de amor; y tú serías
 La que, bañada en celestial contento,
 Del deleite el momento anunciarías.

¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!
 La magia que te sigue
 Me lleva el corazón; cesas en vano,
 Y en vano desapareces, si aun en sueños
 Mi mente embelesada
 Tu imagen bella retratar consigoé.
 La magia que te sigue
 Me lleva el corazón: ya por las flores
 Mire veloz vagando
 La mariposa, ó que la fuente ría,
 De piedra en piedra dando,
 Ó que bullan las auras en las hojas;
 Do quier que gracia y gentileza veo,
 «Allí está Cintia», en mi delirio digo,
 Y ver á Cintia en mi delirio creo.

Así vive, así erece
 Por tí mi admiración, y arrebatada,
 No te puede olvidar. Ahora mi vida
 Florece en juventud. ¿Cómo pudieran
 No suspenderla en inefable agrado

Tanta y tanta belleza que ya un día
 Soñaba yo en idea
 Y en tí vivas se ven? Vendrán las horas
 De hielo y luto, y la vejez amarga
 Vendrá encorvada á marchitar mis días;
 Entonces ¡ay! entre la penas mías
 Tal vez en tí pensando,
 Diré: «Vi á Cintia»; y en aquel momento
 Las gracias, la elegancia,
 Las risas, la inocencia y los amores
 A halagarme vendrán; vendrá tu hermosa
 Imágen placentera,
 Y un momento siquiera
 Mi triste ancianidad será dichosa.

PARA UN CONVITE DE AMIGOS.

CORO.

¡Compañeros, silencio! El aura inquieta
 Agita ya las cuerdas de la lira
 Que anhela por sonar: cante el poeta,
 Y que obedezca al númen que le inspira.

POETA.

Cantar, yo cantaré; mas ¿por ventura
 Quereis también que á interrumpir me atreva
 Su curso hermoso á tan sereno día?
 ¿Quereis que la voz mía
 En sus robustos tonos,
 Como ya lo acostumbra, airada y fiera,
 Rayos despida á los soberbios tronos?
 ¡Vano tesón! Los hombres olvidados,
 Como se llevan á la mar los ríos,
 Á la vil servidumbre así se llevan,
 Y con sus hombros la injusticia elevan.
 Allá se avengan; á los piés se humillen

De la siempre insolente tiranía,
 En tanto que nosotros consagramos
 Las horas al placer y á la alegría.
 Bebamos pues; nuestro apacible acento,
 Fuerzas cobrando en el licor divino,
 Salga mas grande á penetrar el viento,
 Suba mas dulce á celebrar el vino.

CORO.

Bebamos pues; nuestro apacible acento,
 Fuerzas cobrando en el licor divino,
 Salga mas grande á penetrar el viento,
 Suba mas dulce á celebrar el vino.

POETA.

Cuando inspirado el lírico latino,
 Glorias de Baco en su laud cantaba,
 El oriente á su carro encadenaba,
 Que de tigres fierísimos uncía.
 ¿Quién al dios de la risa y la alegría
 En tan terrible pompa conociera?
 Quién sin dolor contemplara á Lico,
 Ya llenando de horror los horizontes
 Cuando apedaza bárbaro á Penteo,
 Ya hinchendo en frenesí madres y esposas,
 Y al grito de las Ménades furiosas
 Las cavernas bramar, y arder los montes?
 ¡Triste alabanza! ¡Cántico inhumano!
 Odiar, matar, despedazar furioso
 Son dones propios de cualquier tirano.
 Mas le quiero yo ver la sien ceñida
 De pámpanos pacíficos, riendo,
 En brazos de su Ariadna reclinado,
 Besando á veces su turgente seno,
 Y á su presencia amiga
 Desterrando el mortífero veneno
 Del esquivo cuidado y la fatiga.

¿Quién basta ¡oh Baco! á celebrar tus dones?
 Tú, cuando braman las pasiones ciegas
 Á modo de huracan dentro del pecho,
 Eres iris de paz que las sosiegas.
 Tu aliento al afligido
 Las dolorosas lágrimas enjuga,
 Y á la desconfianza sospechosa
 La encapotada frente desarruga.
 ¿Qué mas? Hasta el esclavo
 Vilmente atado á la servil cadena,
 Cuando el ardor de tu licor le llena,
 Sacudiendo su pena, alegre canta,
 Y á su señor insulta,
 Y al Olimpo la frente audaz levanta.
 ¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria
 Del rubio dios que del oriente vino!
 Bebamos en sus honor, suya es la gloria.
 — ¡Gloria sin fin al inventor del vino!

CORO.

¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria
 Del rubio dios que del oriente vino!
 Bebamos en su honor, suya es la gloria.
 — ¡Gloria sin fin al inventor del vino!

POETA.

Mas ya no basta á contener mi acento
 Este breve horizonte, ya ambicioso
 Otros mas anchos ámbitos desea.
 ¡Oh, si el eco de paz yo dar al viento
 Pudiese, y que á mi voz quedase ocioso
 El hierro que aterrando centellea!
 Dame tu aliento, ¡oh Baco! dame el vuelo
 De los bóreas aligeros, y al punto
 Arrebátame allá donde irritado,
 Con sangre hinchado y la corriente aun roja,
 Al mar helado el Vistula se arroja.

Tres déspotas allí mandan la muerte :
 ¡Sacrilegos! Al tiempo
 Que hace el genio del mal paz con el mundo,
 Que todo vive y por vivir anhela,
 Ellos matan : ¡qué horror! — Ved al oriente
 La primavera hermosa
 Mostrar festiva su purpúrea frente.
 La copa de los árboles pomposa
 Grata sombra nos da, nido á las aves,
 Y dulce juego al céfiro lascivo.
 Brillante el sol, desde su excelsa cumbre
 Inunda al universo
 En torrentes de lumbre;
 Mientras la flor brotando el prado esmalta,
 Y en la torcida madre que le encierra
 Por guijas de oro el arroyuelo salta.
 ¿Dónde el Vistula fué? ¿Dónde la guerra?
 Cual cometa á mi vista aparecieron,
 Como prestos relámpagos huyeron.
 ¡Oh! no vuelvan jamás : perdi el camino;
 Le cobraré bebiendo ; y que mi canto,
 En vez de daros belicoso espanto,
 Os dé el encanto que respira el vino.

CORO.

¡Oh! no vuelvan jamás : perdió el camino ;
 Que le cobre bebiendo ; y que su canto,
 En vez de darnos belicoso espanto,
 Nos dé el encanto que respira el vino.

POETA.

Brindemos ; ¿ y por quién ? Por la hermosura.
 ¿No veis al rebullir del fresco viento
 Y á la vivaz fragancia de las flores
 Despertar en enjambres los amores?
 Que cada cual al punto por su amiga
 Beba, que cada cual la encuentre siempre

Mas fresca y mas hermosa
 Que por abril la rosa;
 Siempre brillante y pura
 Como es brillante el sol, puros los cielos.
 Nunca sospecha ó ponzoñosos celos
 Osen romper tan amorosos lazos;
 Que á sus abrazos cedan los abrazos
 Del álamo y la vid, y que á sus besos
 Cedan tan bien en fuego y en dulzura
 Las deliciosas chispas centellantes
 Que ora en este licor mi labio apura.
 Bebamos : acordémonos que un dia
 Dijo riendo Vénus á Lico :
 « Tu ardor va á par con la belleza mia ;
 Tú igualas el poder con el deseo. »

CORO.

Bebamos : acordémonos que un dia
 Dijo riendo Vénus á Lico :
 « Tu ardor va á par con la belleza mia ;
 Tú igualas el poder con el deseo. »

POETA.

Mas dejemos á amor : amor se agrada
 En el silencio, y delicado y niño,
 Hasta el aire le ofende, y goza solo.
 La amistad es social : pródigo el cielo,
 Dió á la dulce amistad ser el consuelo,
 Ser el encanto de la humana vida...
 ¡Ay! ¿por qué, amigos míos,
 Por qué esta amarga lágrima vertida
 Mi inflamada mejilla baña ahora?
 ¿En dónde están los pérfidos que un dia
 Con horrenda traicion mi amor pagaron,
 Y á modo de asesinos?... ¡Ah infelices!
 Jamás su alma alevosa
 Tendrá ya este placer, esta alegría

Que ora tan pura en mi interior rebosa.
 Volvedme el vaso á henchir, brindad conmigo
 Y otra vez le apurad. Por este cielo,
 Por este sol que nos alumbra y mira,
 Por este puro céfiro que espira
 Y en mi frente el sudor volando orea,
 Por el vivo placer que nos recrea,
 Tocad las copas, y juremos todos
 Que tan dulce amistad eterna sea.
 No importa al juramento estar beodos;
 No importa, no; jurad, bebed sin tino;
 Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
 Hierva en los vasos rebosando el vino,
 Y á voces torne á retumbar la selva.

CORO.

Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
 Hierva en los vasos rebosando el vino,
 Y á voces torne á retumbar la selva.

(Abril de 1807.

EL PANTEON DEL ESCORIAL.

En los amargos dias
 Que serán luto eterna en la memoria,
 Y á los siglos remotos indignada
 Con hiel y llanto pintará la historia;
 Cuando después de reluchar en vano
 Con la dura opresion en que gemia
 La tierra, sin aliento al yugo indigno
 El cuello pusilánime tendia;
 Al tiempo que el destino,
 Las espantosas puertas desquiciando
 Del imperio del mal, sus plagas todas
 Sobre España lanzaba,
 Y ella miseramente agonizaba :
 Yo entonces atligido,

• Pide, dije á mi espíritu, sus alas
A la paloma tímida, inocente;
Tómala, vuela, y huye á los desiertos,
Y vive allí de la injusticia ausente. »

Al punto presurosas
Mis plantas se alejaron
Á las sierras nevadas y fragosas,
Lindes eternos de las dos Castillas.
Ya sus cimas hermosas
Mi pensamiento alzaban
Del fango en que tú ¡oh corte! nos humillas.
Cuando mis ojos la mansion descubren
Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los reyes
Y albergue penitente á solitarios.
En vano el genio imitador su gloria
Quiso allí desplegar, negando el pecho
Á la orgullosa admiración que inspira;
« ¡Artes brillantes, exclamé con ira,
Será que siempre esclavas
Os vendáis al poder y á la mentira!
¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si al fin eres padron sobre la tierra
De la infamia del arte y de los hombres?

« Mas no es tumba también!... » Y en esta idea
Embebecido el pensamiento mio,
Quise al recinto penetrar, en donde
Bajo eterno silencio y mármol frío
La muerte á nuestros príncipes esconde.
¡Salud, célebres urnas! En el oro,
En las pomposas letras que os coronan,
Decídmelo, ¿ qué anunciáis? ¿ Tal vez memorias,
Memorias, ¡ay! en que la mente opresa
Con el dolor presente
Pueda aliviarse al contemplar las glorias
Que un tiempo ornaban la española gente?

¡Sepuleros, responded!... Y de repente
Vuélvense de la bóveda las puertas
Sobre el sonante quicio estremecido;
La antorcha muere que mis plantas guía,
Y embargado el sentido,
Mil terribles imágenes se ofrecen
Á mi atemorizada fantasía.

Tú que ciñendo de laurel la frente,
Con austero semblante
Y en perdurable verso
Presentas la verdad al universo,
Sin que el halago pérfido te vicie
Ni el ceño de los déspotas te espante:
¡Oh Musa del saber! mi voz te implora;
Vén, desata mi labio, en digno acento
Dame que pueda revelar ahora
Lo que vi, lo que oí, cuánto escondido,
Sin que los hombres á entenderlo aspiren,
Yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,
El silencio rompió que hondo reinaba,
Mientras las urnas lánguida alumbraba
Pálida luz de fósforo ligero.
Levanto al grito la aterrada frente,
Y en medio de la estancia pavorosa
Un jóven se presenta augusto y bello.
En su lívido cuello
Del nudo atroz que le arrancó la vida
Aun mostraba la huella sanguinosa;
Ya una dama á par de él también se via,
Qué, á fuer de astro benigno, entre esplendores
Con su hermosura celestial sería
Del mundo todo adoración y amores.
¿Quién sois? iba á decir, cuando á otra parte
Alzarse vi una sombra, cuyo aspecto
De odio á un tiempo y horror me estremecía.
El insaciable y velador cuidado,

La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable trono.
La aleva hipocresía,
En sed de sangre y de dominio ardiendo,
En sus ojos de víbora lucía;
El rostro enjusto y miserables facciones
De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubría
Cual verba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron:
Paráronse, y el jóven indignado,
«¿Qué te hicimos? ¡oh bárbaro! exclamaba;
¿Conoces á tus víctimas?» — «Respetá,
Dijo el espectro, á quien el ser debiste;
Por el bien del Estado al fin moriste.
Resignate.»

EL PRINCIPE CÁRLOS.

«¡Oh hipócrita! La sombra
De la muerte te oculta, ¿y aun pretendes
Fascinar, engañar? Cuando solos
Por tu superstición reinos enteros,
Yo los osé compadecer, tú entonces
Criminal me juzgaste, y al sepulcro
Me hiciste descender. Mas si en el pecho
De un hijo del fanático Felipe
No pudo sin delito haber clemencia,
¿Cuál fué, responde, la secreta culpa
De esta infeliz para morir conmigo?
Ni su sangre real, ni el ser tu esposa
Ni su noble candor, ni su hermosura,
De tí pudieron guarecerla.» —

Un hondo
Gemido entonces penetró los aires,
Que al desplegar sus labios dió la triste.

ISABEL DE VALOIS Ó DE LA PAZ.

«¡Ay, prorumpió, de la que nace hermosa!
¿Qué la valdrá que en su virtud confíe,
Si la envidia en su daño no reposa,
Y la calumnia hiriéndola se ríe?
Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron.
Quise al cruel que se llamó mi esposo
Un horror impedir, y este es mi crimen.
Pedi por tí con lágrimas; mis ruegos,
Cual si de un torpe amor fuesen nacidos
Irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
Y sin salvarte, perecí contigo:
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

Dijo; y vertiendo lastimoso llanto,
En los hombros del jóven reclinada,
Sus ojos melancólicos y bellos
Fijaba en él, y la amistad mas viva,
Las mas noble piedad reinaba en ellos.
Entre sus manos frias
Se miraba la copa envenenada
Que terminó sus días,
Y el Principe en las suyas agitando
Un sagriente dogal, con faz terrible
Á su bárbaro padre atormentaba.
El tirano temblaba; en sordos ecos
Desesperados ayes
Su boca despedía,
Y de sus miembros trémulos
En convulsiones hórridas
Brotaba á su despecho la agonía.
Sí, nacer para el mal, romperse el velo
De la ilusión que arrebató hácia el crimen,
Presentes ver la víctimas que gimen,
Ser odio, execración del universo,
Mirar que niega la implacable suerte

Todo retorno al bien; ¡ay! al perverso
Este infierno tal vez en vida alcanza,
Si aun le sigue á los reinos de la muerte,
¡Qué terrible, oh virtud, es tu venganza!

Sobrepujando en fin por un momento
La agitación, y vuelto hácia su hijo:

FELIPE II.

« Cesa, cruel, de atormentarme, dijo;
Tu muerte injusta fué; pero el Estado
Con ella respiró. Si tú vivieras,
Rota la paz, turbada la armonía
De un imperio hasta allí quieto y sereno,
Tú profanaras su inocente seno
Con atroz sedición, con la herejía. »

EL PRÍNCIPE CARLOS.

« Mandar, solo mandar, que se estremezca
La tierra á vuestro arbitrio, este es el orden,
Esta la ley con que regis al mundo
Tú y tus iguales, y al ahogar la vida
De las naciones miserables que os sirven
Dais el nombre de paz al desaliento
De la devastación. ¡ Oh de Felipe
Hijos, nietos imbeciles, decidle
Qué resta ya de la nación que un tiempo
Al mundo dominó como señora:
Alzáos del povo, y respondedle ahora! »

« Á los tremendos ecos
De la imperiosa voz, que resonando
Fué como trueno bronco por los huecos
De aquellas tumbas, de repente abiertas
Sus mármoles, tres sombras abortaron,
Que en vez de amor ú horror, desprecio solo
Y piedad injuriosa me inspiraron. »

Alzaba al cielo sin cesar los ojos
Con apariencia mística el primero,
Dejando el cetro en tanto por despojos
A un mercenario vil, cuya avaricia,
Mientras mas atesora, mas codicia.
En juegos, danzas, farsas distraido,
Y al crótalo procaz dando el oído,
El segundo se entrega á los placeres,
Y el reino y el deber pone en olvido.
Trémulo el otro respiraba apenas.
¡ Oh Dios! ¿ Y esto era rey á tanto imperio?
Nulo igualmente á la virtud que al vicio,
Indigno de alabanza ó vituperio,
La estrella ingrata que su ser gobierna
Le destinó en el mundo
Á impotencia oprobiosa, á infancia eterna.

Viólos Felipe, y en aquel momento
Lució en su faz la majestad pasada;
Viólos, y dijo:

FELIPE II.

« ¿ Quiénes sois? ¿ Qué hicisteis
Del inmenso poder que se extendía
Con pasmo universal de polo á polo?
Tal os le di muriendo. Al nombre hispano,
Á su esplendor y bélica fortuna
Tembló el francés, se estremejó el britano,
Y le oyó con terror la media luna. »

FELIPE III.

« Yo nací para orar: un solo día
Quise mostrarme rey, y de sus lares
Á las arenas líbicas lanzados
Un millon de mis súbditos se vieron.
Los campos todos huérfanos gimieron,
Llora la industria su viudez; ¿ qué importa?
Su voz no llegó á mí. »

FELIPE IV.

« Ya el trono de oro,
Que á tanto afán alzaron mis abuelos,
Debajo de mis piés se derrocaba;
Mientras que, embebecido entre festines
Yo, olvidando mi oprobio, respiraba
El aura del deleite en los jardines. »

CÁRLOS II.

« Yo inútil... »

FELIPE II.

« Basta ya ; ¿ quién hay que al verte
Pueda ignorar la deplorable suerte
De este imperio, en tus manos moribundo ? »

EL PRÍNCIPE CÁRLOS.

« Aun no basta ; responde : ¿ á quien el mundo
Te vió dejar el vacilante trono ?
¿ A quién diste el poder de Austria ? »

CÁRLOS II.

« A la Francia. »

FELIPE II.

« ¡ Á la Francia ! ; Á esa gente abominable,
Eterno horror de la familia mía !
¿ Lo oyes, oh padre ? Las legiones fieras,
Que en San Quintín triunfaron y en Pavia,
Bajo el yugo se ven de los vencidos.
¿ Cómo España es tan vil, que lo consienta ?
No hay duda, un astro pérfido, inclemente,
Se ha complacido en eclipsar mi nombre,
Y el mundo en vano me llamó *el Prudente*. »

Así en estos inútiles clamores
Su confusión frenético exhalaba,
Cuando las losas del sepulcro hendiendo,

Se vió un espectro augusto y venerable,
Que á los demás en majestad vencia.
El águila imperial sobre él tendía
Para dosel sus alas esplendentes,
Y en arrogante ostentación de gloria
Entre sus garras fieras y valientes
El rayo de la guerra arder se vía,
Y el lauro tremolar de la victoria.
Un monte de armas rotas y banderas
De bélicos blasones
Ante sus piés indómitos yacía :
Despojo que á su esfuerzo las naciones
Vencidas, derrotadas, le rindieron.
Las sombras á su aspecto enmudecieron ;
Y él, con fiero ademán vuelto al tirano,
Dijo :

CÁRLOS V.

« ¿ Por qué culpar á las estrellas
De esa mengua cruel ? Por qué te olvidas
De tu ambición fanática y sedienta,
Que de prudencia el nombre sacrosanto
A usurpar se atrevió ? Yo los desastres
De España comencé y el triste hanto
Cuando, espirando en Villalar Padilla,
Morir vió en él su libertad Castilla.
Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza,
Calló Aragón gimiendo. Así arrollados
Los nobles fueros, las sagradas leyes
Que eran del pueblo fuerza y energía.
¿ Quién, insensato, imaginar podría
Que, en sí abrigando corazón de esclavo,
Señor gran tiempo el español sería ?
¿ Qué importaba después con la victoria
Dorar la esclavitud ? Esos trofeos
Comprados fueron ya con sangre y luto
De la despedazada monarquía.
Mírala entre ellos maldecirme á gritos. »

Y era así ; que agoviada con el peso
De tanto triunfo allí se querellaba
Doliente y bella una mujer, y en sangre
Toda la pompa militar manchaba.
Él prosiguió :

CÁRLOS V.

« ¿ Las oyes ? Esas voces
De maldición y escandalo sonando
De siglo en siglo irán, de gente en gente.
Yo el trono abandoné, te cedi el mando,
Te vi reinar... ; Oh errores ! ; Oh imprudente
Temeridad ! ; Oh miseros humanos !
Si vosotros no haceis vuestra ventura,
¿ La lograréis jamás de los tiranos ? »

Llegaba aqui, cuando de la alta sierra
Bramador huracan fué sacudido,
De tempestad horrisona asistido,
Para espantar y combalir la tierra.
Derramóse furioso por los senos
Del edificio ; el panteon temblaba ;
La esfera toda se asordaba á truenos ;
Á su atroz estampido
De par en par abiertas
Fueron de la honda bóveda las puertas :
Entraron los relámpagos, su lumbré
Las sombras disipó, y enmudecido,
Y envuelto yo en pavor, cobro el sentido.
Cual si con tanta majestad quisiera
Solemnizar el cielo
La terrible leccion que antes me diera.

(Abril de 1505.)

ÍNDICE

Pág.

Estudio Crítico Biográfico.

PARTE PRIMERA. — HISTORIA.

VIDA DE LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES.

Prólogo.	1
El Cid.	7
Guznan el Bueno.	27
Roger de Lauria.	43
El Príncipe de Viana.	87
El Gran Capitan.	127
Francisco Pizarro.	203

PARTE SEGUNDA. — LITERATURA.

POESÍAS.

Introduccion histórica á una coleccion de poesias, caste- llanas.	379
1 Al Mar.	437
2 Á la Hermosura.	442
3 Al Sueño.	446
4 Á la Invencion de la Imprenta.	448
5 Á Juan de Padilla.	454
6 Al armamento de las provincias españolas contra los fran- ceses.	460

	Pág
7 Al combate de Trafalgar.	465
8 Á la Expedicion Española para propagar la vacuna en América	471
9 Á la paz entre España y Francia en 1795.	476
10 Á España despues de la Revolucion de Marzo.	479
11 Á Luisa Todi.	483
12 Á Melendez.	489
13 Á Guzman el Bueno.	491
14 Á la Duquesa de Alba.	495
15 Á don Nicasio Cienfuegos.	498
16 Á don Gaspar de Jovellanos.	506
17 Á Célida.	513
18 Á Fileno.	517
19 Á una negrita.	523
20 Á don Ramon Moreno.	526
21 Despedida á la juventud.	532
22 En la muerte de un amigo.	533
23 Fragmentos de una traduccion del Pastor Fido.	539
24 Ariadna.	550
25 La Danza.	554
26 Para un convite de amigos.	558
27 El Panteon del Escorial.	563
Índice de materias	573

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL TOMO PRIMERO Y ÚNICO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

